

FANTASMAS

PETER STRAUB

Para Valli Shaio y Gregorio Kohon

El abismo era tan sólo uno de los orificios de ese pozo
de tinieblas que se halla debajo de nosotros, en todas partes

El Fauno de Mármol
Nathaniel Hawthorne

Los fantasmas siempre tienen hambre

R.D. James

PRÓLOGO

Hacia El Sur

1

¿Qué fue lo peor que hizo usted en su vida?

No se lo diré, pero le diré lo peor que me sucedió... lo más terrible...

2

Pensó que podría tener problemas al atravesar con la niña la frontera del Canadá, y tomó hacia el sur, eludiendo las ciudades y eligiendo las carreteras anónimas que eran como un país aparte, así como el viaje mismo era un país aparte. Esta semejanza lo reconfortaba y a la vez lo estimulaba, de modo que el primer día pudo manejar sin detenerse durante veinte horas seguidas. Comieron en McDonald's y en los mostradores que vendían gaseosas. Cuando tenía hambre, abandonaba la carretera y tomaba un camino estatal paralelo, seguro de que iba a encontrar un restaurante a unos quince o veinte kilómetros de distancia. Entonces despertaba a la niña y ambos mordisqueaban sus hamburguesas o sus chorizos con salsa picante. Y la niña nunca le hablaba, salvo para decirle lo que quería comer. La mayor parte del tiempo dormía. Esa primera noche, el hombre recordó las luces que iluminaban las chapas de su automóvil y, aunque más tarde habría de comprobar que esto era innecesario, se apartó de la carretera y se internó en un oscuro camino rural el tiempo suficiente para destornillar las luces y arrojarlas a un prado cercano. Luego tomó unos puñados de barro de la banquina y embadurnó las chapas. Se limpió las manos en los pantalones, dio la vuelta hasta el lado del volante y abrió la puerta. La niña dormía con la espalda bien apoyada en el respaldo y tenía la boca cerrada. Parecía estar perfectamente tranquila. Todavía no sabía qué tendría que hacer con ella.

En West Virginia se despertó bruscamente y advirtió que durante unos segundos había estado manejando dormido. —Nos detendremos y dormiremos un poco—. Dejó la carretera más allá de Clarksburg y tomó un camino estatal, hasta que vio recortado contra el cielo un cartel luminoso que giraba y decía PIONEER VLLAGE en letras blancas contra el fondo rojo. Mantenía los ojos abiertos sólo mediante un esfuerzo de voluntad. No sentía bien st' abeza. Era como si las lágrimas estuviesen suspendidas detrás de sus párpados y como si muy pronto hubiese de echarse a llorar. Una vez en la playa de estacionamiento del centro comercial, condujo el automóvil hasta la hilera más alejada del portón y lo ubicó contra un cerco de alambre tejido. A sus espaldas había una fábrica de ladrillos que hacía réplicas de animales de plástico para publicidad., para los camiones Golden Chicken. El patio asfaltado de la fábrica estaba ocupado a medias con gigantescos pollos y vacas. En el medio había un enorme toro azul. Los pollos estaban sin *terminar*, y eran más grandes que las vacas y de un opaco color blanco.

Delante de él había ese sector casi vacío de la playa y después estaban espesos grupos de automóviles en hileras. Por fin se veía la serie de construcciones bajas de color amarillento que constituían el centro comercial.

—(Podemos mirar esos pollos grandes? —preguntó la niña. Don Wanderley hizo un gesto negativo.

—No bajaremos del auto —dijo—. Vamos a dormir un poco. —Cerró luego las puertas y levantó bien las ventanillas. Bajo la mirada impasible y sin curiosidad de la niña se inclinó, palpé debajo del asiento y retiró de allí un rollo de cuerda—. Extiende las manos —le dijo.

Casi sonriente, ella estiró las dos manitas cerradas en forma de puños. El hombre las juntó y arrolló la cuerda dos veces alrededor de sus muñecas, haciendo un nudo y seguidamente le ató los tobillos. Después de ver cuánta cuerda le quedaba, levantó el cabo sobrante con un brazo y con un gesto brusco atrajo a la niña hacia él. Usó la cuerda para atarse ambos juntos y por último hizo el nudo final, una vez que se hubo tendido en el asiento delantero.

La niña estaba encima de él, con las manos hundidas en su propio estómago y la cabeza apoyada en su pecho. Respiraba con tranquilidad, en forma regular, como si no hubiese esperado otra cosa que lo que él acababa de hacer. El reloj ene! tablero marcaba las cinco y media y el aire comenzaba apenas a volverse más fresco. Estiró las piernas hacia adelante y recliné la cabeza contra el respaldo. Con un fondo de ruidos de tránsito, se quedó dormido.

Y despertó, según imaginó, casi inmediatamente, el rostro cubierto de sudor, el olor levemente agrio y grasiento del pelo de la niña contra la nariz. Había oscurecido. Debía de haber dormido durante horas. No los habían descubierto. ¡Imaginar un instante que los hubiesen encontrado en la playa de estacionamiento de un centro comercial en Clarksburg, West Virginia, con la niña atada a su propio cuerpo! Lanzó un gemido, se volvió hacia un costado y despertó a la niña. Como él, se despertó del todo al instante. Con la cabeza echada hacia atrás, lo miró. No había temor, sino solamente intensidad en aquella mirada. Con mucha prisa él desató los nudos y apartó la cuerda que los unía. Cuando se irguió, sintió el cuello dolorido.

—¿Quieres ir al baño? —preguntó a la niña. Ella hizo un gesto afirmativo.

—¿Dónde?

—Junto al auto.

—¿Aquí mismo? ¿En la playa?

—Me oíste.

Imaginó otra vez que ella estuvo a punto de sonreír. Miró ese rostro menudo de expresión concentrada, enmarcado por pelo negro.

—¿Me dejarás? —preguntó ella.

—Tendré que tenerte de una mano.

—Pero, ¿no mirarás? —Por primera vez, el rostro expresó preocupación.

Don negó con la cabeza.

La niña extendió la mano hasta la manija de la puerta de su lado, pero él volvió a mover la cabeza y tomándola de una muñeca se la retuvo con fuerza.

—Por mi lado —dijo y abriendo su propia puerta bajó, siempre aferrado a la muñeca huesuda de la pequeña. La niña, de siete u ocho años con pelo corto y negro y el vestidito hecho de una tela delgada de color rosado, comenzó a deslizarse despacio hacia la puerta. No llevaba medias, sino zapatillas de lona azul desteñida

con los bordes de los talones deshilachados. Con un gesto infantil, bajó primero una pierna y luego se desplazó sentada para sacar la otra fuera del automóvil.

La llevó hasta el cerco de la fábrica. La niña inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Me prometiste. Que no mirarás.

—No miraré —le dijo él.

Y por unos instantes no miró, sino que echó la cabeza hacia atrás cuando ella se inclinó, lo cual lo obligó a inclinarse a su vez hacia un costado. Sus ojos se posaron en los grotescos animales de plástico detrás del cerco. Luego oyó el rumor de algo, tela de algodón, que se deslizaba por la piel de la niña, y miró hacia abajo. Tenía el brazo izquierdo bien extendido, para mantenerse lo más lejos posible de él, y se había levantado el vestido rosado hasta la cintura. También ella miraba los animales de plástico. Cuando terminó, dejó de mirarla, pues sabía que la niña lo sorprendería. Después de levantarse, se quedó esperando que el hombre le indicara qué debía hacer ahora. La arrastró de reveso al automóvil.

—¿En qué trabajas? —le preguntó la niña una vez allí.

Él lanzó una fuerte carcajada de sorpresa. Pregunta de reunión social.

—En nada —repuso.

—¿Adónde vamos? ¿Vas a llevarme a algún lado? Abrió la puerta y se apartó para dejarla subir.

—A una parte —dijo—. Claro que te llevo a alguna parte. —Subió y se sentó junto a ella, pero la niña se corrió hacia la otra puerta.

—¿Adónde?

—Veremos cuando lleguemos allá.

Otra vez manejó toda la noche y otra vez la niña durmió la mayor parte del tiempo, despertando a veces para mirar por el parabrisas (dormía siempre sentada, como una muñeca, con sus zapatillas de lona y su vestido rosado) y para hacerle preguntas.

—¿Eres un policía? —le preguntó una vez. Más tarde, al ver un cartel de salida, le preguntó—: ¿Qué es Columbia?

—Es una ciudad.

—¿Como Nueva York?

—Sí.

—¿Como Clarksburg?

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—¿Siempre vamos a dormir en el auto?

—No siempre.

—¿Puedo poner la radio?

Él accedió y la niña se inclinó para hacer girar el dial. Invadieron el auto los ruidos de la estática y dos o tres voces hablaron al mismo tiempo. La niña apretó otro botón y otra vez surgió el mismo silbido y mezcla de voces.

—Haz girar el dial —le dijo él. Con el ceño fruncido y una expresión concentrada, la niña hizo girar lentamente el dial. En un instante sintonizó una voz clara, la de Dolly Parton.

—Me encanta —le dijo.

Y así, durante horas avanzaron hacia el sur entre los ritmos y las canciones de la música regional, con estaciones que a veces eran débiles y otras fuertes, con *disc-jockeys* que cambiaban de nombre y de acento, con firmas patrocinantes que se sucedían en una lista en incesante movimiento de compañías de seguros, pasta dentífrica, jabón, el doctor Pepper, Pepsi-Cola, preparados para el acné, empresas de pompas fúnebres, vaselina, relojes de pulsera baratos, planchas de aluminio, champús contra la caspa. La música, en cambio, era siempre la misma, una historia enorme, artificial, una especie de épica repetitiva y sin límites fijos en la cual las mujeres se casaban con camioneros o jugadores empedernidos, pero permanecían al lado de ellos hasta que se divorciaban, y los hombres se sentaban en los bares planeando futuras seducciones ola manera de volver al pueblo natal, y se unían, en fin, con ci ardor de almas ordinarias y se separaban llenos de hastío y se preocupaban por los eventuales hijos. A veces el automóvil no arrancaba, otras el televisor estaba roto, otras los bares se cerraban y echaban a los parroquianos a la calle sin un centavo en el bolsillo. No había nada que no fuese trivial, no había frase que no fuese un clisé, pero a pesar de ello la niña permanecía satisfecha e impasible, dormitando cuando estaba Willie Nelson y despertando con Lorena Lynn, mientras el hombre manejaba, simplemente, distraído por las interminables radionovelas dedicadas a las capas inferiores de los Estados Unidos.

—¿Oíste hablar alguna vez de un hombre llamado Edward Wanderley? —le preguntó una vez.

Ella no repuso, sino que lo miró con fijeza.

—¿Oíste hablar de él?

—¿Quién es?

—Era mi tío —repuso y la niña le sonrió.

—¿Y de un hombre llamado Sears James?

La niña movió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¿Y de alguien llamado Ricky Hawthorne?

Otra vez ella agitó la cabeza. Era inútil seguir preguntando. No sabía por qué se había molestado en preguntarle nada en primer lugar. Y era aun posible que ella nunca hubiese oído hablar de esos nombres. Sin duda nunca los había oído.

Cuando estaban todavía en Carolina del Sur, creyó que un patrullero lo seguía por la carretera. El automóvil policial iba unos veinte metros detrás, manteniéndose siempre a la misma distancia de ellos. Creyó ver al policía hablando por la radio. Inmediatamente disminuyó la velocidad unos diez kilómetros y cambió de carril, pero el patrullero no lo pasó. Sintió un profundo temblor en el interior del pecho y en el abdomen. Visualizó mentalmente al patrullero acortando la distancia, haciendo funcionar la sirena, obligándolo a estacionar en la banquina. Eran aproximadamente las seis de la tarde y la carretera estaba transitada. Él mismo sentía que lo arrastraba el ritmo de velocidad del resto del tránsito, que estaba a merced de quienquiera que estuviese en el patrullero, impotente, atrapado. Tenía que pensar. Lo arrastraban, ni más ni menos, en dirección a Charleston, llevado por la corriente de tránsito a través

de kilómetros de tierras llanas cubiertas de maleza. Siempre se veían a la distancia los suburbios, miserables grupos de casuchas con garajes de tablones. No recordaba el número de la carretera por la que iba. Por el espejo retrovisor, detrás de la larga columna de automóviles, detrás del patrullero, un viejo camión lanzaba una alta columna de humo negro por un tubo semejante a una chimenea junto al motor. Tenía miedo de que el patrullero se pusiese a la par y que le gritasen «¡Estaciónese en la banquina!» E imaginaba a la niña gritando con su vocecita metálica: «¡Me hizo ir con él, me ata a él cuando duerme!» El sol del sur le castigaba la cara, se introducía en sus poros. El patrullero tomó el carril junto al suyo y comenzó a acercarse.

—Diga, ésa no es su hija. ¿Quién es la chica?

Y lo pondrían en una celda y comenzarían a pegarle, trabajando en forma metódica con sus bastones, hasta que la piel le quedase violácea.

Pero no sucedió nada de eso.

3

Poco antes de las ocho de la noche se detuvo en la banquina. Era un angosto camino rural, cuya tierra roja se apilaba a los costados, como si hubiesen excavado hacía poco tiempo. No tenía ya seguridad del Estado que estaba recorriendo, de si era Carolina o bien Georgia. Era como si dichos Estados fuesen algo fluido, como si —también los demás Estados— pudiesen fundirse los unos con los otros y proyectarse como *las* carreteras. Todo tenía un aspecto extraño. No estaba donde debía estar. No era posible que nadie viviese aquí, que nadie pudiese pensar en este paisaje brutal. Enredaderas poco familiares, verdes, llenas de tallos enmarañados, que luchaban por subir trepando por la zanja poco honda junto al automóvil. Hacía ya media hora que el tanque de nafta marcaba «vacío»... Todo estaba mal, todo. Miró a la niña, la niña que había secuestrado. Dormía con su manera de dormir de muñeca, la espalda bien erguida contra el respaldo, los pies con sus zapatillas rotas colgando sobre el piso. Dormía demasiado. Quizás estuviese enferma... Quizás estuviese muriéndose...

Estaba mirándola cuando despertó.

—Tengo que ir al baño otra vez —dijo.

—¿Estás bien? ¿No estás enferma, no?

—Tengo que ir al baño.

—Muy bien —murmuró él y se apartó para abrirle la puerta.

—Déjame ir sola. No me escaparé. No haré nada, te lo prometo.

Miró la carita seria, los ojos oscuros contra la tez morena.

—¿Adónde podría ir, de todos modos? Ni siquiera sé dónde estoy.

—Yo tampoco.

—¿Y ahora?

Tenía que suceder alguna vez. No podía tenerla asida en todo momento.

—¿Me lo prometes? —preguntó, consciente de que era una pregunta

La niña hizo un gesto afirmativo y él dijo entonces:

—Muy bien.

—¿Y tú me prometes que no me dejarás aquí y te irás?

—Sí.

La niña abrió la puerta y bajó del automóvil. Apenas pudo contenerse para no mirarla, pero no mirarla era una prueba. Una prueba. Sintió deseos avasalladores de tener su manita aferrada en el propio puño. Podría trepar por la zanja, huir, gritar... pero no, no estaba gritando. Sucedió a menudo que las cosas terribles que imaginaba no se producían. El mundo daba una pequeña vuelta y las cosas volvían al curso de siempre. Cuando la niña volvió a subir al automóvil, sintió una ola de alivio... había vuelto a suceder que no se hubiese abierto ningún abismo negro para tragárselo.

Cerró los ojos y vio un camino desierto, separado por líneas blancas, que se extendía delante de sus ojos.

—Tendré que encontrar un motel —dijo.

La niña se apoyó en el respaldo, en espera de que él hiciese lo que quisiera. La radio estaba encendida, pero con poco volumen y de ella partían ruidos intermitentes de una estación radial en Augusta, Georgia, el sonido de una guitarra aterciopelada y melodiosa. Por un instante, le invadió la mente una imagen, la de una niña muerta, con la lengua afuera y los ojos saliéndosele de las órbitas. ¡No le ofrecía resistencia! Luego se encontró por un instante parado —y era como si estuviese parado— en una calle de Nueva York, alguna calle entre las cincuenta y tantas, al este, una de esas calles por las que las mujeres bien vestidas pasean sus perros ovejeros. Porque había una de esas mujeres, caminando allí. Alta, con vaqueros hermosamente desteñidos, una camisa cara y un bronceado parejo, que caminaba hacia él con los anteojos negros apoyados arriba de la frente. Un ovejero enorme marchaba silenciosamente junto a ella, agitando la cola. Estaba suficientemente cerca de ella como para ver las pecas por el escote entreabierto de la camisa.

—Ah.

Pero luego volvió a sentirse bien, oyó la suave música de guitarra, y antes de poner en marcha el automóvil, palmeó a la niña en la cabeza y le dijo.

—Tenemos que conseguir un motel.

Durante una hora prosiguió mecánicamente la marcha, protegido por el manto de oscuridad, por la rutina de manejar. Estaba casi solo en aquel camino oscuro.

—¿Piensas hacerme mal? -le preguntó la niña.

—¿Cómo puedo saberlo?

—No me haras mal, creo. Eres mi amigo.

Y entonces no fue «como si» estuviese en la calle de Nueva York, sino que estaba en la calle, observando a la mujer del perro con su bronceado, que se acercaba hacia él. Volvió a ver el salpicado de pecas debajo de la clavícula y adivinó qué gusto tendrían si las lamiera. Como ocurre a menudo en Nueva York, no veía el sol, pero lo sentía, un sol pesado, agresivo. La mujer era desconocida, *sin* importancia... Se suponía que él no la conocía, era sólo un tipo *de* mujer cualquiera... pasó un taxi y tuvo conciencia de la reja de hierro a su lado, de las letras en la vidriera de un restaurante francés en la acera opuesta. A través de las suelas de sus botas, el cemento le enviaba calor. En algún punto arriba, un hombre repetía una palabra una y otra vez. El hombre estaba allí, *estaba*: una parte de su emoción se reflejó,

seguramente, en su rostro, porque la mujer del perro lo miró con curiosidad, pero luego su expresión se volvió dura y se apartó hacia el borde de la acera.

¿Pedía hablar ella? ¿Podía alguien en el tipo de experiencia que fuese ésa, formular frases, frases comunes, humanas, que fuese posible oír? ¿Era posible hablar con la gente que uno veía en alucinaciones, y podía responder ella? Abrió la boca. «Tengo que... que bajar», iba a decir, pero estaba otra vez en el automóvil detenido. Tenía en la boca un bulto húmedo que había sido antes dos papas fritas.

¿Qué es lo peor que hizo usted en su vida?

Los mapas parecían indicar que estaba a pocos kilómetros de Valdosta. Siguió manejando, sin pensar, sin atreverse a mirar a la niña y sin saber, por lo tanto, si estaba despierta o dormida, aunque sentía los ojos de ella sobre él. Finalmente pasó delante de un cartel que le informó que estaba a doce kilómetros de la Ciudad Más Cordial del Sur.

Era como cualquier otra ciudad del Sur: un poco de industria junto al acceso, talleres de herramientas livianas y moldes metálicos, grupos surrealistas de galpones de chapa acanalada bajo luces de neón, patios repletos de camiones destrozados y más lejos, casas de madera despintada, grupos de negros congregados en las esquinas, todos sus rostros eran idénticos en la oscuridad. Las nuevas carreteras abrían heridas en la tierra y terminaban en forma brusca, con malezas que ya las invadían. En la ciudad propiamente dicha, los adolescentes paseaban interminablemente, sin objeto, en sus viejos automóviles.

Pasó frente a un edificio bajo, una incongruencia por lo flamante, un símbolo del Nuevo Sur, con un cartel que decía PALMETO MOTEL.

Entró marcha atrás por la calle de acceso para llegar a los fondos del motel.

Una muchacha con el pelo peinado para arriba y duro de *spray* y con lápiz para labios de color rosado caramelo le dirigió una sonrisa vaga, maquinal y le dio un cuarto con camas gemelas «para mí y mi hija». En el registro escribió: Lamar Burgess, 155 Ridge Road, Stonington, Connecticut. Le entregó dinero por el alojamiento de esa noche y ella le entregó la llave.

El cuartito contenía dos camas de una plaza, una alfombra marrón de textura metálica y paredes de color verde lima, dos cuadros —un gatito con la cabeza inclinada y un piel roja contemplando una garganta boscosa desde una roca—, un televisor y una puerta que daba al cuarto de baño embaldosado en color celeste. Mientras la niña se desvestía y se acostaba, él se sentó en el inodoro.

Cuando miró con cautela, la niña estaba tendida y cubierta por la sábana, con la cara vuelta hacia la pared. Había dejado la ropa desparramada por el suelo y junto a ella tenía una bolsita medio vacía con papas fritas. Volvió entonces a meterte en el cuarto de baño, se desnudó y se dio una ducha. Fue como una bendición. Por un instante tuvo la sensación de haber vuelto a su antigua vida, no la de «Lamar Burgess», sino la de Don Wanderley, *ex* residente de Bolinas, California y autor de dos novelas (con una de las cuales había ganado algún dinero). Amante durante un tiempo de Alma Mobley y hermano del extinto David Wanderley. Era así. No podía alejarse de todo eso. La mente era como una trampa, una jaula cuya sapa caía sobre

uno y se cerraba. Como fuera que hubiese llegado allí, allí estaba. Atrapado en el motel Palmetto. Cerró las canillas de la ducha y todos signos de bendición cesaron.

En el cuartito, sólo la tétrica luz sobre su cama iluminaba el fantasmagórico ambiente. Se puso los vaqueros y abrió su valija. Tenía el cuchillo de caza envuelto en una camisa, que desenrolló, cayendo aquél sobre la cama.

Lo aferró por el grueso cabo de hueso y se acercó a la cama de la niña. Dormía con la boca abierta y la transpiración le brillaba en la frente.

Durante largo rato permaneció sentado junto a ella, con el cuchillo en la derecha, listo para usarlo.

Pero esta noche no podía. Renunciando, cediendo, Le sacudió un brazo hasta que la niña parpadeó al despertar.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Quiero dormir.

—¿Quién *eres*?

—Déjame. Por favor.

—¿Quién eres? Te pregunto... ¿quién eres?

—Lo sabes.

—¿Yo lo sé?

—Sí, te lo dije.

—¿Cómo te llamas?

—Angie.

—¿Angie qué?

—Angie Maule. Te lo dije ya.

Tenía el cuchillo detrás de la espalda para que ella no lo viese.

—Quiero dormir —dijo la niña—. Me despertaste. —Se volvió otra vez, dándole la espalda. Fascinado, vio cómo el sueño se apoderaba de ella. Las puntas de los dedos se le contrajeron, los párpados se estremecieron, la respiración cambió. Era como si al excluirlo, hubiese obligado al sueño a venir. Angie... ¿Angela? Angela Maule. No sonaba como el nombre que le dio la primera vez que la metió en el automóvil. ¿Minoso? ¿Minnorsi? Un nombre por el estilo... no Maule.

Tenía el cuchillo aferrado ahora en las dos manos, la punta del mango de hueso apretada contra el vientre desnudo, los codos separados. No tenía más que bajarlo, hundirlo y volver a retirarlo, con todas sus fuerzas...

Por fin, aproximadamente a las tres de la madrugada, volvió a su cama.

4

A la mañana siguiente, antes de salir, la niña le habló cuando estaba estudiando los mapas.

—No deberías hacerme esas preguntas —dijo.

—¿Cuáles? —Se había mantenido de espaldas a ella, accediendo a su pedido, mientras se ponía el vestido rosado y de pronto tuvo la sensación de que tenía que volverse, al instante, para mirarla. Veía el cuchillo en manos de ella (aunque estaba

otra vez dentro de la camisa arrollada) y sentía que comenzaba a pincharle la piel—. ¿Puedo volverme ya?

—Sí, vuélvete.

Muy despacio, siempre con la sensación del cuchillo, el cuchillo de su tío, que comenzaba a penetrar en su piel, se volvió hacia un lado en la silla. La niña estaba sentada en la cama sin tender, observándolo. Con esa cara concentrada, hermosa.

—¿Qué preguntas?

—Lo sabes.

—Dime.

Pero ella agitó la cabeza y se negó a decir nada más.

—¿Quieres saber adónde vamos?

La niña se le acercó, no despacio, pero con pasos medidos, como si no quisiera atemorizarlo.

—Mira —dijo él señalando un punto en el mapa—. Panama City, en Florida.

—¿Veremos el agua?

—Puede ser.

—¿No dormiremos en el auto?

—No.

—¿Es lejos?

—Podemos llegar esta noche. Tomaremos esta carretera... ésta... ¿ves?

—Mmmm. —No le interesaba. Se apartó un poco, aburrida y a la vez recelosa.

—¿Me encuentras bonita? —le preguntó entonces.

¿Qué es lo peor que te sucedió en tu vida? ¿Que te quitaste la ropa de noche junto a la cama de una niña de nueve años? ¿Que tenías un cuchillo en la mano? ¿Que el cuchillo quería matarla?

No. Otras cosas eran peores.

No lejos del límite entre dos Estados y no en la carretera que había mostrado a Angie, sino en un camino rural de dos carriles, se detuvieron delante de un edificio de madera pintada de blanco. Almacén de Buddy.

—¿Quieres entrar conmigo, Angie?

Angie abrió la puerta de su lado y bajó con sus movimientos infantiles, como si bajase por una escalera. El le sostuvo la puerta abierta. Un gordo con camisa blanca estaba sentado, como Humpty Dumpty, detrás del mostrador. Parecía un huevo.

—Engañas al fisco con tus réditos —dijo— y eres el primer cliente de hoy. ¿Puedes creerlo? Las doce y media y eres el primer cliente que pasa por esa puerta. No —añadió, inclinándose y estudiando a ambos—. Qué va, no estafas al tío Sam, haces cosas peores. Eres el hombre que mató a cuatro el otro día en Tallahassee.

—¿Qué? —exclamó Don Wanderley—. Llego aquí simplemente a comprar comida... mi hija...

—Muy bien —dijo el otro—. Yo era policía antes. En Allentown, Pennsylvania. Veinte años. Me compré este almacén, porque el dueño me dijo que sacaría más de

cien dólares de ganancia por semana. Hay muchos ladrones en este mundo. Entra cualquiera, y puedo decirte qué clase de bandido es. Y ahora te tengo bien identificado. No eres un asesino. Eres un secuestrador.

—No, yo... —Sentía el sudor que le corría por las costillas—. Mi chica...

—A mí no me engañas. Veinte años como policía...

Comenzó a mirar desesperado por todo el salón, buscando a la niña. Por fin la vio. Estaba observando con aire serio un estante lleno de frascos de pasta de maní.

—Angie —le dijo—. Angie, vamos...

—Espera, espera —señaló el gordo—. Hablaba en broma, para hacerte enojar. No te agites. ¿Quieres un poco de esa pasta de maní, nena?

Angie lo miró e hizo un gesto afirmativo.

—Bien, saca un frasco del estante y tráelo. ¿Algo más, don? Claro que si usted es Bruno Hauptmann, tendré que detenerlo. Todavía tengo mi arma de servicio en alguna parte. Lo dejo *tendido*. Eso se lo prometo.

Ya podía comprobar que todo era una trillada burla. A pesar de eso, apenas pudo controlar su temblor. ¿No era esto algo que un ex policía fuese capaz de advertir? Se volvió y se alejó hacia los pasillos y estantes.

—Oiga, oiga esto —le dijo el hombre a sus espaldas—. Si está en tales dificultades, más vale que se largue de aquí ya mismo.

—No, no —repuso Don—. Necesito algunas cosas...

—No se parece mucho a esa chica.

Sin ver, comenzó a retirar cosas de los estantes, cualquier cosa. Un frasco de encurtidos, una caja de tartas de manzana, un jamón en lata, dos o tres latas más que ni siquiera miró. Llevó todo al mostrador.

El gordo, Buddy, lo miraba con suspicacia.

—La verdad es que me asustó un poco —le dijo—. No he dormido mucho, hace un par de días que estoy manejando... —Por suerte la imaginación comenzaba a funcionar—. ...y tengo que llevar a mi hijita a casa de su abuela en Tampa... —Angie se volvió con viveza, aferrando dos frascos de pasta de maní con maníes enteros y lo miró atontada—. Sí, Tampa, porque su madre y yo nos separamos y tengo que emplearme, volver a empezar y organizar todo, ¿no, Angie? —La niña estaba boquiabierta.

—¿Te llamas Angie? —le preguntó el gordo.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—¿Este hombre es tu papá?

Wanderley pensó que iba a caerse.

—Ahora, sí —dijo Angie.

El gordo se echó a reír.

—¡Ahora, sí! Típico de los chicos. Vaya. Para entender los sesos de un chico, hay que ser un genio. Muy bien, don nervioso, aceptaré su dinero. —Siempre sentado al mostrador, registró las compras inclinándose hacia un costado y apretando los botones de la caja registradora—. Será mejor que descanse un poco. Me recuerda a más o menos un millón de personas como usted a quien debí retener en mi antigua seccional.

Afuera, Wanderley dijo a Angie:

—Gracias por haber dicho eso.

—¿Dicho qué? —preguntó ella con impertinencia, con aplomo. Y otra vez, en forma maquinal, casi automática, inclinando la cabeza a uno y otro lado—: ¿Dicho qué? ¿Dicho qué?

5

En Panama City se detuvo en el motel Gulf Glimpse, una serie de casitas de ladrillo de aspecto pobre alrededor de una playa de estacionamiento. La oficina del gerente estaba en la entrada, una construcción separada, pero cuadrada como las otras, salvo que tenía un gran panel de vidrio detrás del cual, en medio de lo que debía ser un calor de horno, estaba sentado un viejo muy flaco con anteojos de armazón de oro y una camiseta calada. Se parecía a Adolf Eichmann. El trazado severo e inflexible del rostro del hombre hizo pensar a Wanderley en lo que había dicho el ex policía sobre él y la chica. No se parecía para nada a la chica, con su pelo rubio y su tez clara. Se detuvo delante de la oficina del gerente y bajó del automóvil. Le sudaban las palmas de las manos.

Pero una vez adentro, dijo que quería un cuarto para sí y para su hijita y el viejo miró sin la menor curiosidad a la niña de pelo oscuro sentada en el automóvil y repuso:

—Diez dólares y medio por día. Firme el registro. Si quiere comer, vaya al Eat-Motor en esta misma calle. No se puede cocinar en las casas. ¿Piensa quedarse más de una noche, señor... —dijo tirando del registro para leer— ...Boswell?

—Quizás una semana.

—En tal caso deberá pagar las primeras dos noches por adelantado.

Contó veintiún dólares y el gerente le entregó una llave.

—El número once, el once de la suerte. En el otro lado de la playa de estacionamiento.

El cuarto tenía paredes blanqueadas con cal y olía a desinfectante de inodoros. Miró alrededor sin entusiasmo: la misma alfombra de textura metálica, dos camitas con sábanas gastadas pero limpias, un televisor de doce pulgadas, dos cuadros horribles de flores. El cuarto daba la impresión de ser más sombrío de lo que era justificable. La niña estaba inspeccionando la cama contra la pared.

—¿Qué es Masaje mágico? Quiero probar. ¿Puedo probar? ¿Puedo?

—Seguramente no funciona.

—¿Puedo probarlo? ¿Puedo, por favor?

—Muy bien. Acuéstate en la cama. Tengo que salir a hacer unas cosas. No te vayas hasta que yo vuelva. Tengo que poner veinticinco centavos en la ranura, ¿ves? Así. Cuando regrese podremos comer.

La niña se había acostado en la cama y hacía gestos de impaciencia y no lo miraba, sino que observaba la moneda que tenía en la mano.

—Comeremos cuando vuelva. Trataré de comprarte un poco de ropa. No puedes usar la misma todo el tiempo.

—¡Pon la moneda!

Se encogió de hombros, metió la moneda en la ranura y en seguida oyó un zumbido. La niña se quedó inmóvil en la cama mientras ésta vibraba, los brazos extendidos, el rostro tenso.

—¡Qué lindo! —exclamó.

—Volveré pronto —le dijo él. Volvió a salir a la cruda luz del sol y por primera vez olió el agua.

El Golfo estaba muy lejos, pero era visible. En el otro lado de la carretera que tomó para ir a la ciudad, la tierra bajaba en forma abrupta hacia un páramo de malezas y desperdicios cruzado en su extremo por una cantidad de vías ferroviarias. Después de éstas otro sector de terrenos baldíos terminaba en una segunda carretera que se desviaba hacia un grupo de galpones y depósitos de carga. Más allá de la segunda carretera estaba el Golfo de Méjico, con sus aguas grisáceas y espumosas.

En el límite de Panama City entró en una tienda Treasure Island y compró vaqueros y dos camisetas para la niña, ropa interior, medias, dos camisas, un par de pantalones de color caqui y zapatos de gamuza para él.

Cargado con dos grandes bolsas, salió del Treasure Island y tomó la dirección hacia el centro. Le llegaban los vahos de los motores Diesel, de los automóviles que ostentaban leyendas que decían *Mantengamos la grandeza del sur* y pasaban a su lado. Por las aceras desfilaban hombres con camisas de manga corta y pelo gris cortado al rape. Cuando vio a un policía uniformado tratando de comerse un helado mientras hacía al mismo tiempo una boleta de multa, se escabulló detrás de una camioneta y de un gran camión Trailways y cruzó la calle. De la ceja izquierda le corrió un hilo de sudor y casi le entró en el ojo. Estaba tranquilo. Una vez más, no había ocurrido un desastre.

Descubrió la terminal de ómnibus por casualidad. Ocupaba media manzana y era un gran edificio nuevo con ranuras de vidrio negro en lugar de ventanas. Pensó entonces: *Alma Mobley, su marca*. Una vez que hubo transpuesto la puerta giratoria, vio a unos cuantos hombres ociosos en los bancos del gran recinto vacío, la gente que siempre se ve en las terminales de ómnibus, unos cuantos jóvenes viejos con rostros arrugados y peinados complicados, algunos chicos corriendo de un lado a otro, un vagabundo dormido, tres o cuatro adolescentes con botas de vaquero y pelo hasta los hombros. Había otro policía apoyado en la pared junto al quiosco de revistas. ¿Lo buscaba? Volvió a sentir pánico, pero el policía apenas lo miró. Fingió entonces estar verificando el horario de partidas y arribos, antes de alejarse, con exagerada displicencia, al cuarto de baño de hombres.

Encerrado en un retrete, se desnudó. Después de vestirse hasta la cintura con sus nuevas prendas, salió y se lavó en uno de los lavatorios. Le salió tanta suciedad que volvió a lavarse, derramando agua en el suelo y frotándose el jabón líquido verde en las axilas y en la nuca. Se secó luego con la toalla que giraba en un rodillo y se puso una de sus camisas nuevas de mangas cortas, una camisa de color celeste con rayitas rojas. Guardó toda su ropa usada en la bolsa del Treasure Island.

Notó una vez afuera el azul granuloso y gris del cielo. Era el tipo de cielo que había imaginado como suspendido eternamente sobre el delta y los pantanos mucho más al sur de Florida, un cielo que retenía el calor, que lo doblaba una y otra vez, forzando la maleza y las plantas a crecer en forma fantástica, obligándolas a emitir brotes grotescos e inflamados... el tipo de cielo y el disco ardiente de sol que debería haber estado siempre, ahora que pensaba en ello, suspendido sobre Alma Mobley. Dejó la bolsa con su ropa usada en un canasto de desperdicios fuera de un comercio de armas.

Con su nueva ropa sentía que su cuerpo era joven y ágil, más saludable de lo que había sido a través de todo aquel invierno terrible. Se desplazó por la miserable calle de ciudad del Sur, un hombre alto y bien formado de más de treinta años, que no tenía conciencia ya de lo que estaba haciendo. Se frotó una mejilla y sintió la barba suave de ese hombre rubio... podía pasar dos o tres días sin dar la impresión de necesitar afeitarse. Una camioneta conducida por un marinero, cinco o seis marineros con uniforme blanco de verano de pie en la chata del vehículo, pasó junto a él y los marineros le gritaron algo, algo alegre, privado, burlón.

—No son malos chicos —dijo un hombre que había aparecido junto a Wanderley. Su cabeza, adornada por una verruga enorme con pelos que le partía una ceja no llegaba más arriba de La clavícula de Wanderley—. Todos son buenos chicos.

Con una sonrisa, murmuró algo para mostrarse de acuerdo y se alejó. No podía volver al motel. No podía encarar a la niña. Tenía la sensación de estar por desmayarse. Los pies no parecían pertenecerle dentro de las botas de gamuza, parecían demasiado bajos, demasiado alejados de sus ojos. Descubrió que iba caminando de prisa por una calle en pendiente en dirección a un sector con carteles de neón y cinematógrafos. En el cielo granulado el sol seguía suspendido, alto e inmóvil. Se destacaban las sombras de los medidores de estacionamiento, de un negro puro, sobre la acera, y por un instante tuvo la certeza de que había mayor número de sombras que de medidores. Todas las sombras que acechaban a lo largo de la calle eran de un negro intenso. Pasó delante de la entrada de un hotel y reparó en el vasto espacio desierto y de color pardo, la cueva fresca y sombría detrás de las puertas de vidrio.

Casi sin quererlo, al reconocer la temida y familiar serie de sensaciones prosiguió su camino en el intenso calor, pasando sobre las sombras de los medidores. Dos años antes el mundo se había erigido de esta manera fatídica, mostrándose astuto y lleno de malas intenciones, después del episodio de Alma Mobley, después de la muerte de su hermano. En cierto modo, literalmente o no, ella había matado a David Wanderley. Sabía que él tuvo suerte de escapar de lo que fuere que arrastró a David por la ventana del hotel de Amsterdam. Sólo escribirle había permitido volver al mundo, sólo escribir sobre *ello*, sobre el horroroso y complicado desastre de él mismo y de Alma y David, escribir acerca de ello, como si fuese un cuento de fantasmas, lo había liberado. Así lo supuso.

¿Panama City? ¿Panama City, Florida? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y con aquella niña extraña y pasiva que había traído consigo? ¿A quién había robado para llevar a través del Sur?

Siempre había sido el «errático», el difícil, la contraposición de la fuerza de David, dentro de la economía de la familia, su propia pobreza el opuesto del éxito de David. Sus ambiciones y pretensiones. (¿Crees en verdad que puedes mantenerte como *novelista*? Ni tu tío era tan tonto, le decía su padre), el contraste con el sólido sentido común de David, el trabajador David, con el ininterrumpido progreso de David en la facultad de derecho y su ingreso final en un importante estudio de abogados. Pero cuando David tuvo que enfrentar la rutina de su vida, sucumbió.

Eso era lo peor que le había sucedido jamás. Hasta el invierno anterior: hasta Milburn.

La calle melancólica pareció abrirse como una tumba. Sintió como si un paso más hacia el fondo de la pendiente y los cines baratos lo llevaría hacia abajo, como si nunca cesaría, sino que se convertiría en una caída sin fin. Algo que no había estado allí antes surgió delante de él, y entrecerró los ojos para verlo con mayor claridad.

Sin aliento, se volvió bajo el sol enceguecedor. Su codo chocó contra el pecho de alguien y se oyó murmurar *perdón*, perdón a una mujer irritada con un sombrero blanco. Inconscientemente comenzó a avanzar otra vez calle arriba. Detrás, al mirar hacia la boca calle en el fondo de la pendiente, había visto fugazmente la tumba de su hermano: había sido pequeña, de mármol violáceo, con las palabras *David Webster Wanderley, 1939-1975* grabadas, allí, en medio de la bocacalle. Al verla, huyó.

Sí, había visto la tumba de David, pero David no tenía tumba. Lo habían cremado en Holanda y enviado sus cenizas de regreso para entregarlas a su madre. La tumba de David, sí, con el nombre de David, pero lo que lo hizo huir corriendo calle arriba fue la sensación de que la tumba era para él. Y de que si se arrodillaba en medio del cruce y sacaba el ataúd, en su interior encontraría su propio cuerpo putrefacto.

Se metió en el único lugar fresco y acogedor que había visto, el vestíbulo del hotel. Tenía que sentarse, calmarse. Bajo la mirada indiferente de un empleado y de una muchacha apostada detrás de un mostrador con revistas, se dejó caer sobre un sofá. Tenía el rostro pegajoso de sudor frío. La tela del tapizado del sofá le frotó la espalda con una sensación desagradable. Se inclinó hacia adelante entonces, se pasó las manos por el pelo, miró su reloj. Tenía que aparentar que todo era normal, como si estuviese esperando a alguien. Tenía que dejar de temblar. Aquí y allá en el vestíbulo habían distribuido plantas en macetones. Arriba, zumbaba un ventilador. Un viejo muy delgado con uniforme púrpura esperaba junto a un ascensor con su puerta abierta. Lo miró y al verse sorprendido, apartó la mirada.

Cuando volvió a oír ruidos advirtió que desde que vio la tumba en el medio del cruce no había oído nada, absolutamente nada. Su propio pulso había ahogado los demás sonidos. Ahora los ruidos concretos y normales de la vida del hotel flotaban en el aire húmedo. Un aspirador de polvo zumbaba en una escalera invisible, sonaban lejanos unos teléfonos, las puertas de los ascensores se cerraban con un ruido suave. En diversas partes del vestíbulo, personas en grupos reducidos estaban sentadas, conversando. Comenzó a sentir que sería capaz de hacer frente a la calle otra vez.

—Tengo hambre —le dijo Angie.

—Te compré ropa.

—No quiero ropa, quiero comer.

Atravesó la habitación, para sentarse en la silla vacía.

—Creí que te cansarías de llevar el mismo vestido todo el tiempo -dijo.

—No me importa lo que llevo puesto.

—Muy bien —Wanderley dejó caer la bolsa sobre la cama—. Pensé, solamente, que te gustarían.

La niña no replicó.

—Te daré de comer si contestas a algunas preguntas. La niña se volvió y comenzó a pellizcar las sábanas, arrugándolas y alisándolas.

—¿Cómo te llamas?

—Te lo dije. Angie.

—¿Angie Maule?

—No. Angie Mitchell.

Desistió.

—¿Por qué tus padres no avisaron a la policía para que te busquen? ¿Por qué no nos han encontrado todavía?

—No tengo padres.

—Todos tienen padres.

—Todos, menos los huérfanos.

—¿Quién te cuida?

—Tú.

—Antes que yo te cuidase.

—Cállate. Cállate.

Su rostro adquirió una expresión dura, reservada.

—¿Eres realmente huérfana?

—*Cállate, cállate, cállate.*

Para que dejara de gritar, sacó el jamón envasado de la caja llena de comestibles.

—Muy bien —dijo—. Te daré de comer. Comeremos un poco de esto.

—Muy bien. —Era como si jamás hubiese gritado—. También quiero pasta de maní.

Mientras cortaba rebanadas de jamón, Angie le dijo:

—¿Tienes bastante dinero para los dos?

Comía con su aire intensamente absorto. Primero mordió un bocado de jamón, luego hundió los dedos en la pasta de maní, sacó un montón y se lo metió en la boca para comer las dos cosas juntas.

—Qué rico —logró decir con la boca llena.

—Si yo me duermo, tú no te irás, ¿no?

Angie hizo un gesto negativo.

—Pero podré salir a caminar un poco, ¿no?

—Creo que sí.

Wanderley estaba bebiendo una lata de cerveza de las seis que había comprado en un pequeño comercio en el camino de vuelta. La cerveza, combinada con la comida, le dio sueño y sabía que si no se metía en la cama, se quedaría dormido en la silla.

—No tienes que atarme contigo. Volveré. Me crees, ¿no? —dijo Angie.

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Porque, ¿adónde podría ir? No tengo ninguna parte adonde ir.

—¡Muy bien! —dijo Wanderley. Una vez más, vio que no podía hablarle como quería. Era ella quien controlaba las cosas—. Puedes salir, pero no tardes mucho en volver.

Actuaba como un padre y sabía que la niña lo había colocado en ese papel. Era ridículo.

La observó salir del cuartito. Más tarde, al volverse en la cama oyó vagamente el ruido de la puerta al cerrarse y supo entonces que había vuelto, después de todo. Angie, era, pues, suya.

Y esa noche se quedó tendido en la cama, enteramente vestido, contemplándola mientras dormía. Cuando comenzaron a dolerle los músculos por haber estado tanto tiempo en la misma posición, pasó de la postura tendida sobre un costado, con la cabeza apoyada en una mano, a la de sentarse con las rodillas dobladas y los codos sobre ellas, y por fin volvió a tenderse de costado, apoyado en un codo. Era como si todas estas posturas formasen parte de un ritual. Apenas apartaba los ojos de la niña. Estaba absolutamente inmóvil y el sueño se la había llevado lejos, dejando allí solamente el cuerpo. Allí, tendidos los dos, tendidos, simplemente, ella se le había escapado.

Se levantó, se acercó a su valija, sacó la camisa arrollada y volvió a pararse junto a la cama. Al sostener la camisa del cuello, la gravedad hizo caer el cuchillo de caza sobre la cama, desenrollando la camisa al caer y no rebotó allí, porque era demasiado pesado, Wanderley lo tomó y lo sopesó.

Con el cuchillo oculto otra vez a la espalda, sacudió un hombro de la niña. Tuvo la sensación de que los rasgos de ella se borraban antes de que se volviese para hundir el rostro en la almohada. Volvió a aferrarla de un hombro y palpó el hueso largo y fino, el ala sobresaliente que aparecía en su espalda.

—Vete —murmuró ella contra la almohada.

—No. Tenemos que hablar.

—Es muy tarde.

Wanderley la sacudió y como la niña no reaccionase, intentó hacerla volverse por la fuerza. Era delgada y menuda, pero con fuerza suficiente para resistírsele. No consiguió que volviese la cara.

Y entonces se volvió sola, como en un gesto de desprecio. Se notaba en su cara la falta de sueño, pero debajo de la expresión de los ojos hinchados, había algo de adulto.

—¿Cómo te llamas?

—Angie —dijo ella sonriendo con aire despreocupado—. Angie Maule.

—¿De dónde vienes?

—Lo sabes.

Wanderley asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llaman tus padres?

—No sé.

—¿Quién te cuidaba antes de que yo te recogiese?

—No importa.

—¿Por qué no?

—No son importantes. Era gente, nada más.

—¿Se llamaban Maule?

La sonrisa de Angie se volvió más insolente.

—¿Qué importa? De todos modos, sabes todo.

—¿Qué quieres decir, con que era gente, nada más?

—Era gente, nada más, llamada Mitchell. Eso es todo.

—¿Y tú misma te cambiaste el apellido?

—¿Qué tiene?

—No sé. —Era verdad.

Se miraron entonces, el uno al otro, Don, sentado en el borde de la cama con el cuchillo detrás de la espalda y seguro de que pasase lo que pasase, no podría hacer uso de él. Imaginaba que David no había podido matar a nadie, salvo a sí mismo, si acaso se había matado. Probablemente la niña sabía que tenía el cuchillo y sencillamente veía en esto una amenaza. No era una amenaza. Ni él tampoco, era, probablemente, una amenaza. Nunca había sentido aprensión frente a él.

—Bien, empecemos de nuevo —dijo—. ¿Qué eres?

Por primera vez desde que se la llevó al automóvil, Angie sonrió realmente. Fue una transformación, pero no una transformación que le hiciese sentirse más cómodo. Angie no tenía un aspecto menos adulto que antes.

—Lo sabes —le dijo.

Wanderley insistió.

—¿Qué eres? —volvió a preguntar.

Y ella sonrió al darle la insólita respuesta.

—Soy tú.

—No, yo soy yo. Tú eres tú.

—Yo soy tú.

—¿Qué eres? —La pregunta brotó llena de desesperación y no significaba que fuese la primera vez que la formulaba.

Por un segundo, entonces, se encontró otra vez en la calle de Nueva York y la persona delante de él no era la mujer anónima, elegante, bronceada por el sol, sino su hermano David, con el rostro carcomido y el cuerpo cubierto por los harapos rotos y podridos de la tumba.

...la cosa más terrible...

PRIMERA PARTE

Después De La Fiesta De Jaffrey

¿No esta sola la luna, brillando entre los árboles?
¿No está sola la luna, brillando entre los árboles?

Blues

I

La Chowder Society

Los cuentos de octubre

Los primeros héroes de la ficción norteamericana eran viejos.

Robert Ferguson

Milburn observado a través de la nostalgia

Un día a comienzos de octubre Frederick Hawthorne, abogado de setenta años que había perdido muy poco con la edad, abandonó su casa en la avenida Meirose de Milburn, en el Estado de Nueva York, para atravesar la ciudad hacia sus oficinas en Wheat Row, junto a la plaza. La temperatura era algo inferior a la prevista para el comienzo del otoño, pero Ricky llevaba su atuendo invernal de sobretodo de *tweed*, echarpe de cachemira y discreto sombrero de castor gris. Caminaba con paso vivo por la avenida Meirose para activar su circulación, avanzando bajo robles inmensos y arces algo menores que ya ostentaban los conmovedores tintes de naranja y de rojo, otro toque que no correspondía a la época. Era susceptible a los resfríos y si la temperatura llegase a caer otros cinco grados, le sería necesario ir en el automóvil.

Pero entretanto, mientras pudiese protegerse el cuello del viento, le agradaba caminar. Después de salir de la avenida Meirose en dirección a la plaza, sintió bastante calor como para caminar más despacio. Ricky no tenía mayores motivos para apresurarse a llegar: rara vez aparecían clientes antes de mediodía. Su socio y amigo Sears James no aparecería, probablemente, en otros tres cuartos de hora, lo cual daba tiempo a Ricky para caminar con tranquilidad por Milburn, saludando a todos y observando todo lo que le agradaba.

Lo que más le agradaba observar era Milburn en sí, Milburn, la ciudad en la cual había pasado toda su vida, salvo los años en la universidad, en la Facultad de Derecho y en el ejército. Nunca había sentido deseos de vivir en otra parte, si bien en los primeros años de su matrimonio su mujer, hermosa e inquieta, había dicho a menudo que la ciudad era aburrida. Stella había deseado ir a Nueva York. Lo deseó en forma obstinada. Fue una de las batallas que él ganó. Era incomprensible para Ricky que alguien hallase aburrido Milburn. Cuando uno la observaba atentamente durante setenta años, era como ver el avance del siglo. Ricky imaginaba que si uno observase Nueva York durante igual período, lo que vería sería simplemente el avance de Nueva York. Allí los edificios se levantaban y caían con demasiada rapidez para el gusto de Ricky, todo cambiaba con demasiada rapidez, envuelto en un capullo personal e ensimismado de energía, girando con demasiada velocidad

para reparar en nada al oeste del río Hudson, salvo las luces del Estado de Jersey. Además, Nueva York contaba con unos doscientos mil abogados. Milburn tenía tan sólo cinco o seis que eran realmente importantes, y durante cuarenta años él y Sears habían sido los dos más destacados entre este grupo. (Claro que Stella nunca se había preocupado en absoluto por los cánones que determinaban el ser alguien destacado en Milburn.)

Llegó al barrio comercial, que se extendía a lo largo de dos cuadras sobre la plaza y avanzó dos cuadras más por la acera opuesta, pasó frente al Teatro Rialto de Clark Mulligan y se detuvo a mirar la marquesina. Lo que vio le hizo fruncir la nariz. El cartel en la puerta del Rialto mostraba el rostro manchado de sangre de una muchacha. En cuanto a las películas que le gustaban a él, sólo era posible verlas en la televisión. Para Ricky, la industria cinematográfica había perdido el rumbo más o menos cuando William Powell se retiró como actor. (Pensaba que Clark Mulligan estaba, probablemente, de acuerdo con él.) Demasiados filmes de hoy eran como sus propios sueños, que en el último año se habían vuelto particularmente vívidos.

Se alejó deliberadamente del teatro en busca de una perspectiva más grata. Estaban aún las casas de madera de dos pisos, a pesar de que la mayoría de ellas eran ahora oficinas y aún los árboles eran más jóvenes que las casas. Caminaba y sus zapatos negros bien lustrados agitaban las hojas secas y poco a poco dejó atrás otras casas muy parecidas a las de Wheat Row, mientras recordaba su niñez, que había transcurrido en aquellas mismas calles. Sonreía y si alguien de las personas a quienes saludaba le hubiese preguntado en qué pensaba, podría haber dicho (de haberse permitido mostrarse algo pomposo): «La verdad es que... en las aceras. Estaba pensando en aceras. Uno de mis primeros recuerdos es la vez que pusieron aceras a lo largo de toda esta calle, Candlemaker, aquí mismo, hasta la plaza. Arrastraban esos grandes bloques con caballos. Le diré que las aceras han contribuido más a la civilización que el motor de explosión. Antes, durante la primavera y el invierno había que hundirse en el barro y no era posible entrar en ninguna sala sin ensuciar el piso. ¡Durante el verano, había polvo en todas partes!» Sin duda, no tardaba en reflexionar, la moda de las salas fue desapareciendo casi en la misma época en que se hicieron las aceras.

Al llegar a la plaza tuvo otra desagradable sorpresa. Algunos de los árboles que bordeaban el gran espacio cubierto de césped estaban ya casi sin hojas, y la mayoría tenía por lo menos unas cuantas ramas desnudas. Todavía se veían muchos de los colores que él había esperado encontrar, pero durante la noche el equilibrio había cambiado y aquellos brazos y dedos de esqueletos negros, los huesos de los árboles, se destacaban contra las hojas como presagios del invierno. La plaza tenía una alfombra de hojas secas.

—Hola, señor Hawthorne —le dijo alguien a su lado.

Al volverse vio a Peter Barnes, alumno de último año del secundario, cuyo padre, veinte años menor que Ricky, se hallaba en el segundo círculo de sus amistades. El primero consistía en cuatro hombres de su misma edad... antes habían sido cinco, pero Edward Wanderley había muerto el año anterior. Más pensamientos sombríos, cuando estaba empeñado en no tenerlos.

—Hola, Peter —dijo—. Me imagino que vas a la escuela.

—Hoy empieza una hora más tarde. Se rompieron las calderas otra vez.

Peter Barnes estaba a su lado, un muchacho alto y de expresión cordial, con vaqueros y un suéter de esquí. Para Ricky el pelo que llevaba era casi tan largo como el de una chica, pero en cambio el ancho de sus espaldas auguraba que cuando engordase un poco, sería mucho más grande que su padre. Seguramente aquel pelo no resultaba femenino para las muchachas.

—¿Estabas paseando? —preguntó.

—Sí —repuso Peter— A veces es divertido caminar por la ciudad y ver cosas.

Ricky estuvo a punto de reír de placer.

—¡Cuánta razón tienes! Es ni más ni menos lo que yo pienso. Siempre disfruto de mis paseos a pie por la ciudad. Se me ocurren las cosas más extrañas. Estaba pensando en este momento que las aceras cambiaron el mundo. Hicieron que todo fuese más civilizado.

—¿En serio? —preguntó Peter y lo miró con curiosidad.

—Lo sé, lo sé... te dije que se me ocurren cosas extrañas. ¡Ah! ¿Y cómo está Walter últimamente?

—Muy bien. Está en el Banco.

—¿Y Christina está bien, también?

—Sí —dijo Peter. Hubo algo de frialdad en la breve respuesta a la pregunta sobre su madre. ¿Problema allí? Recordó que hacía unos meses Walter se había quejado de que Christina estaba un poco deprimida. Para Ricky, no obstante, que recordaba a la generación de los padres de Peter en la época en que eran adolescentes, sus problemas eran siempre un poco ficticios. ¿Cómo podía una persona con una vida por delante hablar de problemas realmente serios?

—Sabes una cosa —dijo—, hace años que no conversábamos así. ¿Se reconcilió tu padre ya con la idea de que irás a la universidad de Cornell?

Peter sonrió apenas.

—Supongo que sí. Creo que no tiene idea de lo difícil que es entrar en Yale. Era mucho más fácil cuando él ingresó.

—Sin duda —observó Ricky, quien acababa de recordar las circunstancias en que había conversado por última vez con Peter Barnes. En la fiesta de John Jaffrey, la noche que murió Edward Wanderley.

—Bien, creo que me meteré a curiosear un poco en la tienda grande —dijo Peter.

—Muy bien —dijo Ricky. Estaba recordando, a su pesar, todos los detalles de aquella reunión. A veces le parecía que la vida se había vuelto más sombría desde esa noche, que había dado un giro la rueda.

—Me voy entonces —anunció Peter y dio un paso hacia atrás.

—No quiero retenerte —le dijo Ricky—. Sólo que... estaba pensando.

—¿En aceras?

—No, pillo —Peter se volvió sonriendo y despidiéndose y se alejó con paso tranquilo por el borde de la plaza.

Ricky vio el Lincoln de Sears James pasando a poca velocidad delante del hotel Archer, en el extremo de la plaza, como siempre veinte kilómetros más despacio que todos. Apresuró el paso hacia Wheat Row. No se había superado su estado de ánimo sombrío. Vio otra vez las ramas esqueléticas entre las hojas brillantes, la implacable cara ensangrentada de la chica del cartel y recordó que le tocaba contar el relato esa noche en la reunión periódica de la Chowder Society. Siguió caminando, preguntándose qué había sido de su alegría. Lo sabía muy bien: Edward Wanderley. Hasta Sears los había seguido, a los otros tres miembros de la Chowder Society, en esa melancolía. Tenía doce horas para pensar de qué hablaría.

—Ah, Sears —dijo en los escalones del edificio que ocupaban. Su socio estaba en aquel momento bajando del Lincoln—. Buen día. Es en tu casa esta noche, ¿no?

—Ricky —repuso Sears—. No me vengas con eso a estas horas.

Sears avanzó pesadamente y Ricky lo siguió, dejando a Milburn fuera de las puertas.

Frederick Hawthorne

1

De todas las habitaciones donde se reunían habitualmente, la biblioteca de la casa de Sears James era la predilecta de Ricky, con sus gastados sillones de cuero, sus altas bibliotecas con puertas de vidrio, la bebida en la mesita redonda, los grabados en las paredes, la alfombra Shiraz de tonos desteñidos bajo los pies y el rico recuerdo de tantos cigarros en el ambiente. Al no haber transado con el matrimonio, Sears James tampoco había tenido que transar nunca en cuanto a sus opulentas ideas del confort. Después de tantos años de reunirse, los otros hombres habían perdido la conciencia del placer inmediato y la calma y la envidia que experimentaban en la biblioteca de Sears, así como estaban casi del mismo modo inconscientes del malestar igualmente inmediato que sentían en la casa de John Jaffrey, donde el ama de llaves, Milly Sheehan, entraba una y otra vez, cambiando las cosas de lugar. Sin embargo cada uno de ellos lo sentía, Ricky Hawthorne más, quizá, que el resto, pues habría deseado tener un cuarto como éste para sí. El caso era que Sears siempre había tenido más dinero que los otros, así como su padre también había tenido más que los padres de ellos. El dinero se remontaba a unas cinco generaciones, hasta llegar al almacenero de pueblo que con gran sangre fría amasó una fortuna y transformó a la familia James en gente refinada. Para la época del abuelo de Sears, las mujeres eran ya delgadas, palpitantes, decorativas e inútiles, los hombres cazaban y estudiaban en Harvard y todos pasaban los veranos en Saratoga Springs. El padre de Sears había sido profesor de lenguas muertas en Harvard, donde mantenía una tercera casa para su familia. Sears mismo estudió Derecho porque en su juventud había considerado inmoral no tener profesión. El año que pasó como maestro de escuela le demostró que su vocación no residía en la enseñanza. Del resto, los primos y hermanos, la mayoría había sucumbido a la vida muelle, los accidentes de caza, la cirrosis y las

crisis depresivas. Sears, en cambio, el viejo amigo de Ricky, logró arreglarse en la vida hasta que, si bien no llegó a ser el viejo más apuesto de Milburn —el más apuesto era, sin duda, Lewis Benedikt— por lo menos era el más distinguido. Con excepción de la barba, podría habérselo tomado por el retrato de su padre, alto, calvo, macizo, con un rostro astuto y redondo y trajes con chaleco. Sus ojos azules seguían siendo los de un joven.

Ricky imaginaba que debía envidiarle eso también, el aspecto de profesor. El mismo nunca había sido especialmente buen mozo. Era demasiado menudo y demasiado atildado para ello. Sólo sus bigotes habían mejorado con la edad y crecían ahora algo más espesos después de haber encanecido. Cuando le aparecieron unas pequeñas bolsas en los costados de la mandíbula, no le dieron un aspecto más importante, sino simplemente de mayor inteligencia. No se consideraba en especial inteligente. De haberlo sido, habría evitado, quizás, un arreglo en el cual habría de ser siempre, en forma extraoficial, una especie de socio menor permanente en la firma. Sin embargo, fue su padre quien incorporó a ella a Sears. En aquellos años... él mismo había sentido alegría, más aún, entusiasmo, de que su viejo amigo trabajase con ellos. Ahora, instalado en un sillón innegablemente cómodo, imaginaba que todavía estaba contento de tener a Sears como socio. Los años habían unido a ambos con lazos tan fuertes, casi, como los matrimoniales que lo unían a Stella. Por otra parte el matrimonio profesional había sido mucho más apacible que el doméstico, aun cuando invariablemente los clientes que se encontraban en el mismo cuarto con él y con Sears se dirigiesen a éste cuando hablaban. Era un arreglo que Stella nunca habría tolerado. (Además, nadie que hubiese estado en sus cabales, en todos esos años de matrimonio, habría mirado a Ricky cuando tenía la oportunidad de mirar a Stella).

Sí, lo admitía por milésima vez, le agradaba estar en esta biblioteca. Estaba contra sus principios y sus convicciones políticas y probablemente contra el puritanismo de la religión que hacía rato había perdido, pero la biblioteca de Sears — toda la espléndida casa de Sears— era un lugar donde un hombre se sentía a sus anchas. Stella nunca titubeaba en demostrar que también era un lugar donde una mujer podía sentirse a sus anchas. No tenía escrúpulos en tratar de vez en cuando la casa de Sears como si fuese la propia. Por suerte, Sears lo toleraba. Fue Stella, en una de esas ocasiones (doce años atrás), quien al entrar en la biblioteca como si encabezase un pelotón de arquitectos los bautizó con el nombre de Chowder Society.

—Por Dios, que aquí los tenemos —dijo—, la sociedad de las tradiciones norteamericanas, la «Chowder Society». ¿Piensas acaparar a mi marido toda la noche, Sears? O bien no han terminado de contarse mentiras, muchachos?

Bien, seguramente, era la energía perpetua de Stella y sus constantes pullas lo que había impedido que sucumbiese a la vejez, como el viejo John Jaffrey. Su amigo común John Jaffrey era «viejo», a pesar de ser seis meses menor que Hawthorne y un año menor que Sears y en realidad, sólo cinco años mayor que Lewis, el miembro más joven del grupo.

Lewis Benedikt, de quien se decía que había matado a su mujer, estaba sentado frente a Ricky, la imagen de la expansiva buena salud. El tiempo que pasaba

sobre todos ellos y que aparentemente les quitaba cosas, parecía añadirseles a Lewis. No había sido el caso cuando era más joven, pero ahora tenía una decidida semejanza con Cary Grant. Su mentón era firme; el pelo, espeso. Se había vuelto apuesto en un grado casi absurdo. Aquella noche, los rasgos grandes, plácidos y llenos de buen humor de Lewis mostraban, como los de los otros, una expresión de expectativa. En general era cierto que las mejores historias se contaban allí, en casa de Sears.

—¿Quién juega en la cancha esta noche? —preguntó Lewis. Lo dijo sólo por cortesía. Todos lo sabían. El grupo llamado Chowder Society tenía muy pocas reglas. Debían llevar todos ropa de etiqueta (porque treinta años atrás, a Sears le había gustado la idea), nunca bebían en exceso (y ahora eran demasiado viejos para hacerlo, de todos modos), nunca preguntaban si las historias eran verídicas (ya que aun las mentiras más flagrantes eran, hasta cierto punto, verdad), y si bien las historias circulaban en forma rotativa por el grupo, nunca se ejercía presión sobre nadie a quien se le hubiese cortado por el momento la inspiración.

Hawthorne estaba por confesar, cuando lo interrumpió John Jaffrey.

—Estuve pensando —dijo, y luego reaccionó ante las miradas llenas de curiosidad de los otros—, no, sé que no me toca a mí y me alegro mucho. Pero estuve pensando que dentro de dos semanas hará exactamente un año que murió Edward. Estaría con nosotros esta noche si yo no hubiese insistido en esa maldita fiesta.

—Por favor, John —dijo Ricky. No le gustaba mirar directamente a la cara a Jaffrey cuando sus emociones eran tan visibles. Tenía una piel que daba la impresión de que permitiría hundirle un lápiz sin que brotase sangre de ella—. Todos sabemos que tú no tuviste la culpa.

—Pero sucedió en mi casa —afirmó Jaffrey.

—Cálmate, viejo —le dijo Lewis—. No te hace bien esto.

—Soy yo quien lo decide.

—En tal caso, no nos haces bien a todos nosotros —señaló Lewis con el mismo buen humor y tono suave—. Todos recordamos la fecha. ¿Cómo olvidarla?

—Entonces, ¿por qué no hacemos algo? ¿Imaginan ustedes que están actuando como si nunca hubiera pasado? ¿Cono si hubiese sido algo normal? ¿El caso de un viejo cualquiera que se muere? Pues entonces debo informarles que no actúan así.

Se quedaron tan chocados que no dijeron nada. Ni a Ricky se le ocurrió nada que decir. Jaffrey estaba muy pálido.

—No —continuó—. No actúan en forma normal, ni mucho menos. Todos saben lo que nos viene sucediendo. Nos sentamos aquí y hablamos como un grupo de vampiros. Milly apenas puede soportar recibirnos ya en mi casa. No siempre fuimos como ahora, solíamos hablar de muchas cosas. Nos divertíamos, era una *diversión*. Ahora no lo es. Todos tenemos miedo. Aunque no sé si algunos de ustedes lo admiten. Bien, ha pasado un año, y no tengo reparos en decir que yo tengo miedo.

—Yo no estoy seguro de tener miedo —dijo Lewis y bebiendo un sorbo de whisky, miró sonriendo a Jaffrey.

—Tampoco estás seguro de que no lo tienes —señaló bruscamente el doctor.

Sears James tosió, tapándose la boca con el puño y de inmediato todos lo miraron. «Mi Dios», pensó Ricky, «es capaz de hacer ese gesto en cualquier momento y monopolizar nuestra atención sin el menor esfuerzo. Me pregunto por qué tuvo la idea en una época de que no sería un buen maestro. Y también, por qué yo nunca pude hacerle frente».

—John —dijo Sears con suavidad—, todos estamos familiarizados con los hechos. Todos ustedes tuvieron la gentileza de afrontar el frío para venir aquí esta noche y ninguno de nosotros es ya joven. Prosigamos.

—Pero Edward no murió en *tu* casa. Y esa mujer Moore, la llamada actriz, no...

—Basta —ordenó Sears.

—Bien, supongamos que recuerdas cómo llegamos al tema —dijo Jaffrey.

Sears hizo un gesto afirmativo y también Ricky Hawthorne. Fue durante la primera reunión celebrada después de la extraña muerte de Edward Wanderley. Los cuatro que quedaban se habían mostrado indecisos, pues no podrían haber tenido mayor conciencia de la ausencia de Edward si se hubiese dejado en medio de ellos un sillón vacío. La conversación se desenvolvió con vacilaciones y falsos comienzos por lo menos cinco o seis veces. Ricky había visto que todos se preguntaban para sus adentros si podrían soportar seguir reuniéndose. Sabía que ninguno de ellos, por otra parte, toleraba la idea de no reunirse. En ese momento se inspiró. Volviéndose a John Jaffrey, le dijo:

—¿Qué es la peor cosa que hiciste en tu vida?

El doctor Jaffrey lo sorprendió con su inesperado rubor. Seguidamente quedó establecido el tono de las reuniones que habrían de seguir, cuando dijo:

—No les diré es, pero les contaré lo peor que me sucedió en mi vida... lo más terrible... —y luego relató lo que en esencia era un cuento de fantasmas. Era apasionante, sorprendente, alarmante... les distrajo los pensamientos del recuerdo de Edward. Desde aquel momento continuaron en la misma vena.

—¿Crees en realidad, que se trata de una simple coincidencia? —preguntó Jaffrey.

—No comprendo —murmuró Sears.

—Todos eluden la verdad y esto es indigno de ustedes. Quiero decir que estábamos entrando en este camino, primero yo, después Edward... —La voz calló poco a poco y Ricky adivinó que había vacilado entre el uso de la palabra «murió», o bien «lo mataron»—. Se fue al cielo —acotó, en un intento de mostrarse despreocupado. La mirada de Jaffrey, semejante a la de un lagarto, le indicó que no había logrado nada. Ricky se apoyó en el respaldo del lujoso sillón, con la esperanza de desaparecer en aquel mullido fondo y no ser más visible que una de esas manchas de agua en los mapas antiguos de Sears.

—¿De dónde sacaste la expresión? —le preguntó Sears y Ricky lo recordó en seguida. Era lo que decía su padre cuando moría un cliente. «Anoche Toby Pfaff se fue al cielo... La señora Wintergreen se fue al cielo esta mañana. Habrá lío en los tribunales para la herencia». Agitó la cabeza—. Sí, es verdad —agregó Sears—, pero no sé...

—Ni más ni menos —dijo Jaffrey—. Creo que están pasando cosas sumamente raras.

—¿Qué aconsejas? Deduzco que no hablas solamente para interrumpir la reunión de siempre.

Ricky sonrió por encima de los dedos entrelazados, para mostrar que no se ofendía por el comentario.

—La verdad es que tengo una idea —Ricky veía que Jaffrey hacía todo lo posible por tratar con tacto a Sears—. Creo que deberíamos invitar al sobrino de Edward a que venga.

—¿Y cuál sería el objeto?

—¿No es una especie de experto en... en este tipo de cosas?

—¿Qué es «este tipo de cosas»?

Acorralado, Jaffrey no retrocedió.

—Posiblemente eso sea lo misterioso. Creo que podría... bien, creo que podría ayudarnos. —Sears tenía una expresión de impaciencia, pero el doctor no le permitió interrumpir—. Creo que necesitamos ayuda. ¿O soy, acaso, el único aquí a quien le cuesta dormir toda la noche? ¿Soy el único que sufre pesadillas todas las noches? —.Miró a todos con su rostro desenchajado—. ¿Ricky? Tú eres un hombre franco,

—No, no eres el único, John —repuso Ricky.

—No, me imagino que no —dijo a su vez Sears, y Ricky lo miró sorprendido. Sears nunca había insinuado que quizás él también pasaba noches espantosas. Sin duda tampoco se había reflejado el hecho en el rostro sereno y reflexivo—. Te refieres al libro, supongo.

—Sí, desde luego. Tiene que haber investigado... tiene que tener experiencia.

—Yo creía que su experiencia se refería a desequilibrio mental.

—Como nosotros —dijo Jaffrey sin arredrarse—. Edward tiene que haber tenido una razón para dejar su casa a su sobrino. Creo que quería que Donald viniese aquí si llegase a sucederle algo a él. Creo que sabía que le sucedería algo. Y les diré qué más pienso. Pienso que deberíamos contarle acerca de Eva Galli.

—¿Hablarle de una historia inconclusa que data de cincuenta años? Ridículo.

—La razón por la cual no es ridículo es que la historia es inconclusa —dijo el doctor.

Ricky vio que Lewis estaba tan sorprendido y aun chocado, como él, de que Jaffrey hubiese mencionado la historia de Eva Galli. El episodio estaba enterrado en una época cincuenta años atrás. Desde entonces, nadie entre ellos lo había mencionado nunca.

—¿Crees saber lo que le sucedió a ella? —dijo el doctor con aire desafiante.

—Vamos, vamos —intervino Lewis—. ¿Es necesario esto? ¿Qué objeto tiene?

—El objeto es tratar de establecer qué le sucedió en realidad a Edward. Lamento no haberme mostrado claro en este punto.

Sears hizo un gesto afirmativo y Ricky imaginó advertir en su viejo socio una expresión de... ¿Qué? ¿Alivio? Desde luego nunca lo admitiría, pero el hecho de que la expresión resultase visible era una revelación para Ricky.

—Tengo un poco de duda en cuanto al razonamiento —dijo Sears—, pero si para ustedes es una satisfacción, pienso que podríamos escribir al sobrino de Edward. Tenemos su dirección en nuestros archivos, ¿no, Ricky? —Hawthorne dijo que sí con la cabeza—. Pero seamos democráticos y sometámoslo a una votación primero. ¿Aceptamos o rechazamos verbalmente la iniciativa y votamos de esa manera? ¿Qué opinan? —Los miró después de tomar un sorbo de su vaso. Todos se mostraron de acuerdo—. Comencemos por ti, John.

—Desde luego digo que sí. Que lo hagamos venir.

—¿Lewis?

Lewis se encogió de hombros.

—Me es igual —dijo. Hágilo venir, si quieren.

—¿Eso es un «sí»?

—Muy bien, es *un* «sí». Pero creo que no debemos desenterrar el caso de Eva Galli.

—¿Ricky?

Ricky miró a su socio y vio que éste sabía cuál sería su opinión.

—No, decididamente, no. Creo que es un error.

—¿Prefieres que sigamos como estamos desde hace un año?

—Los cambios siempre son para peor.

Sears se mostró divertido.

—Hablas como un abogado, aunque creo que el sentimiento no corresponde a un ex miembro de un grupo de jóvenes socialistas. Yo, en cambio, digo sí, de modo que somos tres contra uno. Se aprueba la iniciativa. Le escribiremos. Y como mi voto fue el decisivo, le escribiré yo.

—Acaba de ocurrírseme algo —dijo Ricky—. Hace un año ya. Supongamos que quiera vender la casa. Está vacía desde que murió Edward.

—Calla. Estás inventando problemas artificiales. Vendrá mucho más pronto si desea vender.

—¿Cómo podemos estar seguros de que las cosas no empeorarán? ¿Puedes tú estar seguro? —Sentado como se sentaba siempre, por lo menos una vez por mes, desde hacía veinticinco años en el sillón tapizado del mejor salón que conocía, Ricky deseó con fervor que nada cambiase, que pudiesen continuar como hasta entonces y bromear mutuamente hasta quitarse la ansiedad, expresándola en la relación de pesadillas y cuentos. Mientras los miraba a todos bajo la escasa luz, con el viento agitando los árboles fuera de las ventanas de la casa de Sears, no deseó nada con mayor intensidad que poder continuar como ahora.

Eran sus amigos, en cierto modo estaba tan casado con ellos como hacía un momento se había considerado unido a Sears. Y poco a poco cayó en la cuenta que temía por ellos. Los hallaba tan vulnerables, sentados allí con sus miradas interrogantes, como si cada uno de los otros imaginase que nada podía ser peor que unas cuantas pesadillas o un cuento de fantasmas contado dos veces por mes. Creían en la eficacia del conocimiento. Veía, no obstante, un plano de tinieblas, creado por la pantalla de una lámpara, y proyectado sobre la frente y los pensamientos de John Jaffrey. John está muriéndose en este momento. Hay una clase de conocimiento que

ellos nunca afrontaron, a pesar de las historias que cuentan. Y cuando aquel pensamiento asaltó su cabeza menuda y bien cuidada, fue como si lo que estaba involucrado en dicho conocimiento estuviese allí, en algún punto, afuera, entre los primeros signos del invierno. Afuera, pero cada vez más cerca de ellos.

Sears dijo:

—Hemos decidido, Ricky. Es lo mejor. No podemos consumirnos en nuestro propio jugo. Ahora —dijo mirando en torno de sí, el círculo que formaban y en un sentido metafórico, frotándose las manos, preguntó—: ¿Ahora que esto está decidido, quién, como dijo Lewis, está en la cancha esta noche?

En el interior de Ricky Hawthorne el pasado se desplazó de pronto y le devolvió un momento tan fresco y completo, que supo que tenía una historia que contar, a pesar de no haber tenido planeado nada y creído que tendría que abstenerse de hablar. Dieciocho horas del año 1945 brillaron con toda nitidez en su memoria y le hicieron anunciar:

—Bien, me toca a mí.

2

Cuando los otros dos se fueron, Ricky se quedó, después de decirles que no tenía prisa en salir al frío. Lewis le dijo:

—Te dará un poco de sangre en las mejillas, Ricky. —El doctor Jaffrey, en cambio, se limitó a hacer un gesto. Realmente hacía un frío inusitado para octubre, tanto frío como para que nevase. Sentado a solas en la biblioteca mientras Sears se alejaba a servir algo más de bebida, Ricky oyó el ruido del automóvil de Lewis al ponerse en marcha. Lewis tenía un Morgan importado de Inglaterra cinco años atrás y era el único modelo deportivo cuyo aspecto agradaba a Ricky. En una noche como esta, no obstante, la capota de tela no sería mucha protección y Lewis daba la impresión de tener dificultades para poner en marcha el motor. *Por fin*, estaba en marcha ahora. En esos inviernos del Estado de Nueva York hacía falta, en realidad, algo más grande que ese pequeño Morgan de Lewis. El pobre John estaría congelado cuando Lewis llegase con él a casa y lo dejase en manos de Milly Sheehan en la gran mansión de Montgomery Street, doblando la esquina y unas siete cuadras de distancia. Milly estaría sentada en la semioscuridad de la sala de espera del doctor, manteniéndose despierta para poder levantarse de un salto tan pronto como oyese la llave en la puerta, ayudarlo a quitarse el sobretodo y servirle chocolate bien caliente. Mientras Ricky estaba sentado allí, escuchando, el motor del Morgan carraspeó y dio señales de vida. Los oyó alejarse, e imaginó a Lewis encasquetándose el sombrero, sonriendo al mirar a John y diciendo: «¿No te dije que este encanto cumpliría?». Después de dejar a John en su casa, saldría de la ciudad y tomaría la Ruta 17 hasta llegar a los bosques y volvería así a la propiedad que se había comprado a su regreso. Fuera lo que fuese que había hecho Lewis en España, la verdad era que había ganado mucho dinero.

La casa de Ricky estaba virtualmente a la vuelta de la esquina, a menos de cinco minutos de marcha. Antes Sears y él acostumbraban ir caminando a la oficina todos

los días. Cuando había buen tiempo todavía lo hacían. Stella los llamaba «Mutt y Jeff», como los cómicos personajes de historieta. Esto se dirigía más a Sears que a él mismo. A Stella nunca le había gustado mucho Sears. Sin duda nunca dejó que esta antipatía interfiriese con sus intentos de tratar de dominarlo un poco. Era indudable que Stella no estaría también esperándolo levantada con chocolate caliente. Seguramente se había acostado hacía horas, después de dejar una luz encendida arriba. Stella consideraba que si él iba a divertirse a case sus amigos y no la llevaba, bien podía arreglarse en la oscuridad al volver a casa y golpearse las rodillas contra el vidrio y el metal cromado de los muebles modernos que ella le había hecho comprar.

Sears volvió a la biblioteca con dos vasos en las manos y un nuevo cigarro encendido en la boca.

—Sears —le dijo Ricky—. Creo que eres la única persona ante quien podría yo admitir que a veces desearía no haberme casado.

—No malgastes tu envidia en mí —repuso Sears—. Estoy demasiado viejo, gordo y cansado.

—No eres nada de eso —aseguró Ricky, tomando el vaso que le ofrecía su amigo—, te das simplemente el lujo de poder fingir que eres viejo, gordo y que estás cansado.

—Te diré que te ganaste el premio mayor —dijo Sears—. La razón por la cual nunca dirías lo que acabas de decir a nadie más es que la gente se quedaría atónita. Stella es una belleza famosa, y si se lo dijeras a ella, te mataría. —Sears se sentó en el sillón que había ocupado antes, extendió las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos—. Prepararía un cajón, te metería dentro, te enterraría en cinco minutos y luego se escaparía con un cuarentón de aspecto atlético con olor a mar y a loción capilar. La razón por la cual puedes decírmelo a mí es que... —Sears vaciló y Ricky temió que le dijese «a veces yo también desearía que no te hubieses casado»—. ...¿Será acaso que yo estoy *hors de combat*, o mejor dicho, *hors commerce*?

Mientras escuchaba a su socio y sostenía su vaso en la mano, Ricky pensó en John Jaffrey y Lewis Benedikt alejándose a toda velocidad hacia sus casas, en su propia casa recientemente decorada de nuevo. Tuvo conciencia entonces de lo estables que eran sus vidas, de cuánto en ellas se había convertido en una cómoda rutina.

—Bien, ¿cuál de las dos posibilidades? —preguntó Sears. Ricky repuso:

—Ah, en tu caso es *hors de combat*, estoy seguro —y al decirlo sonrió, con una intensa conciencia de lo próximos que estaban el uno al otro. Recordó lo que había dicho antes: «Todo cambio es para peor» y pensó: «Es verdad, por desgracia». De pronto vio a todos ellos, sus viejos amigos, él mismo, como si estuviesen suspendidos en un plano frágil e invisible muy alto en el aire sombrío.

—¿Sabe Stella que sufres pesadillas? —le preguntó Sears.

—Bien, yo no sabía que tú lo sabías —repuso Ricky, como si fuera un chiste.

—No vi razón para hablar de ellas.

—¿Y tienes pesadillas desde hace...?

Sears se echó atrás más aún en su asiento.

—¿Tú tienes las tuyas desde...?

—Hace un año.

—Yo también. Un año. Y también los otros dos, según parece.

—Lewis no parece muy afectado.

—Nada afecta a Lewis. Cuando el Creador hizo a Lewis, dijo: «Te daré un rostro hermoso, un buen físico y un genio parejo, pero como éste es un mundo imperfecto, seré menos generoso en cuanto a seso». Se enriqueció porque le gustaban los puertos de pesca españoles, no porque supiese lo que iba a ocurrir con ellos.

Ricky pasó por alto el comentario. Todo formaba parte de la forma en que Sears acostumbraba caracterizar a Lewis.

—¿Comenzaron después de la muerte de Edward?

Sears hizo un gesto afirmativo con su gran cabeza.

—¿Qué crees *tú* que le sucedió a Edward? —preguntó Ricky.

Sears se encogió de hombros. Habían formulado demasiadas veces la misma pregunta.

—Como sin duda sabes, no sé más que tu.

—¿Crees que seremos más felices si lo establecemos?

—¡Vaya, qué pregunta! Tampoco puedo responder a eso, Ricky.

—La verdad es que yo no lo creo. Nos pasará algo terrible. Creo que nos acarreará el mayor de los desastres si invitas a ese joven Wanderley.

—Qué superstición —dijo Sears—. Qué disparate. Creo que algo terrible nos ha sucedido ya y que este muchacho Wanderley es quien puede tal vez aclararlo.

—¿Leíste su libro?

—¿El segundo? Lo hojeé.

Era una forma de admitir que lo había leído.

—¿Qué te pareció?

—Un buen ejercicio de literatura de costumbres. Más literario que la mayoría. Unas cuantas frases bien construidas, una buena trama.

—Pero, sus intuiciones...

—No creo que nos rechace de inmediato como a un grupo de viejos tontos. Eso es lo principal.

—Ojalá hiciera eso —se lamentó Ricky—. No quiero que nadie venga a hurgar dentro de nuestras vidas. Lo único que quiero es que las cosas sigan como hasta ahora.

—Pues es posible que empiece a hurgar, como dices, y termine por convencernos de que estamos creándonos los propios fantasmas. Y puede ser que Jaffrey deje de torturarse por esa maldita fiesta. Insistió en darla sólo porque quería conocer a esa actriz insignificante. Esa chica de Moore.

—Pienso mucho en esa fiesta —dijo Ricky—. He estado tratando de recordar cuándo la vi aquella noche.

—Yo la vi —afirmó Sears—. Estaba conversando con Stella.

—Es lo que dicen todos. Todo el mundo la vio hablando con mi mujer. Pero, ¿adónde fue después?

—Estás poniéndote tan mal como John. Esperemos hasta ver al joven Wanderley. Necesitamos un punto de vista nuevo.

—Creo que lo lamentaremos —insistió Ricky, por última vez—. Creo que será nuestra ruina. Seremos como esos animales que se comen la propia cola. Tenemos que dejar todo esto atrás.

—Está decidido. No seas melodramático.

Quedó, entonces, decidido. No era posible hacer cambiar de idea a Sears. Ricky lo consultó sobre otra idea que lo preocupaba.

—Durante nuestras veladas, ¿sabes siempre lo que vas a decir, cuando te toca a ti hablar?

Los ojos de Sears lo miraron, maravillosos, límpidos, azules.

—¿Por qué?

—Porque yo no lo sé. La mayoría de las veces. Me siento, espero y de pronto me llega, como esta noche. ¿A ti te sucede lo mismo?

—Con frecuencia. Aunque eso no prueba nada.

—¿Será el caso de los otros, también?

—No veo por qué habría de serlo. Vamos, Ricky, tengo ganas de dormir y debes irte a casa. Stella debe estar esperándote.

No sabía si Sears estaba mostrándose irónico o no. Se tocó la corbata de lazo. Las corbatas de lazo eran parte de su vida, como la Chowder Society, que Stella apenas podía soportar.

—¿De dónde salen estas historias? —preguntó.

—De nuestros recuerdos —dijo Sears—, o si te gusta más, de nuestros subconscientes sin duda freudianos. Vamos. Tengo ganas de estar solo. Tengo que lavar los vasos antes de acostarme.

—¿Puedo preguntarte una vez más...?

—¿Y ahora, qué?

—...si podrías desistir de escribir al sobrino de Edward? —Ricky se levantó y su propia audacia le hizo latir con fuerza el corazón.

—Mira que eres insistente, ¿eh? Sin duda puedes pedírmelo, pero cuando volvamos a reunirnos, él habrá recibido ya mi carta. Creo que será para bien de todos.

Ricky hizo un gesto de duda y Sears dijo:

—Insistente, sin ser agresivo. —Se parecía mucho a algo que podría haber dicho Stella. Y entonces Sears lo sorprendió al añadir—: Es una buena cualidad, Ricky.

Junto a la puerta, Sears le sostuvo el sobretodo cuando se lo puso.

—Me pareció que el aspecto de John era peor esta noche —dijo. Sears abrió la puerta a la noche oscura iluminada por los faroles frente a la casa. La luz anaranjada brillaba sobre el césped agostado y corto y sobre la acera angosta, ambos cubiertos de hojarasca. Por el cielo negro se desplazaban enormes nubes oscuras. Había sensación de invierno.

—John está muriéndose —dijo Sears sin emoción alguna en la voz, expresando el propio pensamiento de Ricky—. Cariños a Stella.

La puerta se cerró detrás de Ricky, el hombrecito atildado que estaba ya tiritando bajo el aire frío de la noche.

Sears James

1

Pasaban la mayoría de los días juntos en la oficina, pero Ricky rindió homenaje a la tradición al esperar hasta la reunión siguiente en casa del doctor Jaffrey para formular a Sears la pregunta que lo había obsesionado durante dos semanas.

—¿Enviaste la carta?

—Desde luego. Te dije que la mandaría.

—¿Qué le dijiste?

—Lo que convenimos decirle. También mencioné la casa y le dije que esperaba que no decidiera vender sin verla primero. Todas las cosas de Edward están todavía allí, por supuesto, incluidos sus papeles. Yo no tengo ánimo para revisarlos. Puede ser que él quiera hacerlo.

Estaban algo apartados de los otros dos, junto a la puerta que conducía al living-room de Jaffrey. John y Lewis estaban sentados en sillones victorianos en un rincón del primero de los cuartos, conversando con el ama de llaves del doctor, Milly Sheehan, quien estaba sentada en un taburete frente a ellos, sosteniendo en equilibrio una bandeja floreada con sus bebidas. Como a la mujer de Ricky, a Milly le resentía que no la incluyesen en las reuniones de la Chowder Society. En contraste con Stella Hawthorne, en cambio, siempre acechaba en las cercanías de donde estaban los hombres, entrando con recipientes llenos de hielo, con sandwiches, o con café. Irritaba a Sears casi tanto como un moscardón de los que se golpean en verano contra las ventanas. En muchos sentidos, Milly Sheehan era preferible a Stella Hawthorne: menos cargosa, menos compulsiva. Era obvio, además, que cuidaba bien a John. A Sears le gustaban las mujeres que servían a sus propios amigos. Para Sears, no era posible responder en uno u otro sentido al interrogante sobre el cuidado que había prestado Stella a Ricky.

Sears miró ahora a la persona que el destino había colocado más cerca de él que ninguna otra en el mundo y decidió que Ricky estaba pensando que se había escabullido para no responder a la última de sus preguntas.

—Muy bien —admitió—. Le dije que no estábamos conformes con lo que sabíamos sobre la muerte de su tío. No mencioné a la señorita Galli.

—Gracias a Dios —dijo Ricky y se alejó por la sala a reunirse con los otros. Milly se levantó, pero con una sonrisa Ricky le hizo un gesto de que permaneciera sentada. Caballero innato, Ricky siempre se había mostrado encantador con las mujeres. Había un sillón a menos de un metro de distancia, pero se negó a sentarse hasta que Milly lo invitó a ocuparlo.

Sears dejó de mirar a Ricky para contemplar el familiar living-room del piso alto. John Jaffrey había hecho de toda la planta baja su consultorio médico, con salas

de espera, salas de consulta y una pequeña farmacia. Las otras dos habitaciones de la planta baja eran el departamento de Milly. John pasaba el resto de su vida en este piso alto, donde antes había solamente dormitorios. Hacía por lo menos sesenta años que Sears conocía el interior de la casa de John Jaffrey: durante su propia infancia había vivido dos casas más lejos en la misma calle, pero en la acera opuesta. Es decir, el edificio que siempre había considerado como la «casa de la familia» siempre estuvo allí, y a él se volvía de vacaciones, desde el internado o desde Harvard. En aquella época la casa de Jaffrey pertenecía a una familia llamada Frederickson, con hijos mucho menores que Sears. El señor Frederickson había sido comerciante de granos, un hombre enorme y astuto, voraz consumidor de cerveza, con pelo rojizo y rostro rubicundo, que a veces mostraba un extraño tinte azulado. Su mujer había sido la más apetecible que Sears había conocido jamás. Era alta, con el pelo recogido en torzadas, de un tono entre castaño y bronceado, con un rostro exótico y felino y pechos salientes. Eran estos pechos lo que más había fascinado a Sears entonces. Cuando conversaba con Viola Frederickson, tenía que luchar por no dejar de mirarla a la cara.

Durante el verano, cuando estaba de vacaciones del internado y entre viajes periódicos al campo, era *baby-sitter* de la familia. Los Frederickson no podían permitirse tener una niñera permanente, a pesar de contar con una muchacha del Hollow que dormía en la casa y actuaba como cocinera y mucama. Seguramente a Frederickson le divertía muchísimo que el hijo del profesor James cuidase de sus varones. Sears contaba con sus propias diversiones. Le gustaban los chicos y disfrutaba del hecho de que lo consideraran un héroe, actitud que tanto se parecía a la de los internos menores del Hill School. Cuando los chicos se dormían, le gustaba vagar por la casa y satisfacer su curiosidad. Leyó su primera carta en francés cuando la encontró en el cajón de la cómoda de Abel Frederickson. Sabía que hacía mal al meterse en los dormitorios, pero no podía contenerse. Una noche abrió el escritorio de Viola Frederickson y encontró una fotografía de ella, increíblemente joven, increíblemente incitante, exótica, cálida, especie de icono o imagen representativa de la otra mitad de la especie. Al contemplar el pecho que hinchaba la tela de su blusa, se le llenó la mente de sensaciones sobre su peso, su turgencia. Se excitó tanto que era como si tuviese un tronco entre las piernas: era la primera vez que su sexualidad lo asaltaba con tanta fuerza. Dejó escapar un gemido, se apartó de la fotografía y vio entonces una de las blusas de ella doblada sobre la cómoda. Tampoco pudo contenerse. La acarició, vio los puntos donde la blusa se combaría al contener aquel pecho; la carne parecía estar presente bajo sus manos. De inmediato, la vergüenza lo golpeó como un puñetazo. Hizo un rollo con la blusa, la guardó en su cartapacio escolar y cuando volvía a su casa, dio un rodeo y arrojó la prenda, en una época impecable, al río. Nadie mencionó nunca la blusa robada, pero fue la última vez que le pidieron que fuese *baby-sitter*.

Por las ventanas detrás de la cabeza de Ricky Sears veía el farol callejero que brillaba sobre el segundo piso de la casa adquirida por Eva Galli, cuando obedeciendo a quién sabe qué impulso o capricho, se instaló en Milburn. La mayor parte del tiempo lograba no pensar en Eva Galli y en la casa donde vivió. Imaginaba

que en aquel momento tenía conciencia de ello —o de la casa que brillaba delante de ellos detrás de la ventana— a causa de una relación hecha por su mente entre ella y la escena ridícula que acababa de recordar.

«Quizá debí irme de Milburn mientras podía hacerlo», pensó. El dormitorio donde había muerto Edward Wanderley hacía exactamente un año estaba arriba de aquel cuarto. Por un acuerdo tácito, nadie aludió al hecho de que la reunión tuviese lugar en esta casa y el día del aniversario de la muerte de su amigo. Una fracción del sentimiento de infortunio de Ricky desfiló por su propia mente, pero en seguida pensó: *«Viejo tonto, sigues sintiendo culpa apropiado de esa blusa. ¡Tonto!»*

2

—Esta noche es mi turno —dijo Sears y se reclinó lo más cómodamente posible en el sillón más grande de Jaffrey, cuidando quedar de espaldas a la antigua casa de Eva Gaffi.

—Quiero relatarles algunos hechos que me ocurrieron cuando era un joven que aspiraba a dedicarse a la enseñanza en un sector rural próximo a Elmira. Digo, mejor «probar» la enseñanza, porque aún entonces, al comienzo de mi primer año, no estaba seguro de estar destinado a esta profesión. Había firmado un contrato por dos años, pero no creía que pudiesen retenerme si yo decidía renunciar. Bien, una de las cosas más terribles de mi vida me sucedió allí, o bien no sucedió y fue todo fruto de mi imaginación, pero, de todos modos, me dio un susto horroroso y por fin eso hizo imposible que continuara en mi puesto. Esta es la peor historia que yo conozco, y la he mantenido encerrada en el fondo de mi mente durante cincuenta años.

—Ustedes saben cuáles eran los deberes de un maestro de escuela en aquella época. No se trataba de una escuela urbana y tampoco de un internado como el Hill School. Dios sabe que era a ese internado a donde debí haberme dirigido, pero en ese momento tenía una cantidad de ideas complicadas. Me imaginaba como un auténtico Sócrates campesino que llevaría la luz de la razón al desierto. ¡Desierto! Entonces, las inmediaciones de Elmira no eran otra cosa, pero hoy no hay ni siquiera un suburbio donde se encontraba entonces la pequeña población. En el punto donde se levantaba entonces la escuela se construyó una encrucijada de carreteras en cuatro direcciones. Todo allí está enterrado bajo el cemento. Se llamaba Cuatro Caminos, pero ya no hay nada. En cambio, entonces, cuando me tomé estas vacaciones sabáticas fuera de Milburn, era una típica población rural con diez o doce casas, una tienda de ramos generales, una oficina de correos, una herrería y una escuela. Todos los edificios eran, en general, exactamente iguales, de madera que no había sido pintada en muchos años, un poco grisáceos, un poco tétricos. La escuela tenía una sola aula, desde luego una sola aula para las ocho clases. Cuando me entrevistaron me dijeron que viviría en casa de los Mather, quienes habían ofrecido los términos más razonables por mi pensión y pronto habría de descubrir la razón, y que mi jornada empezaría a las seis de la mañana. Tenía que hachar la leña para la estufa de la escuela, encender fuego, barrer todo, poner en orden los libros, bombear el agua, limpiar las pizarras... y aun lavar las ventanas cuando fuese necesario.

Luego a las siete y media, llegaban los alumnos. Y mi trabajo consistía en enseñar en los ocho niveles, lectura, escritura, aritmética, música, geografía, caligrafía, historia... todo. Hoy en día huiría de semejante perspectiva, pero entonces estaba lleno de imágenes de Abraham Lincoln sentado en la punta de un tronco, con Mark Hopkins en el otro y tenía gran entusiasmo por comenzar. Me encantaba la idea. Estaba loco. Y supongo que aun entonces la población agonizaba, pero yo no lo advertí. Lo que yo veía era esplendor... esplendor y libertad. Un poco raído, quizá, pero siempre era esplendor.

Verán ustedes. Yo *no sabía*. No podía adivinar cómo serían la mayoría de mis alumnos. No sabía que la mayor parte de los maestros de escuela en esas pequeñas aldeas eran muchachos de diecinueve años, sin más educación de la que impartían. No sabía qué lleno de barro y qué desagradable sería un lugar como Cuatro Caminos durante casi todo el año. Tampoco sabía que era una condición para mi empleo que me presentase en la iglesia de la población vecina todos los domingos, lo cual significaba una marcha de más de diez kilómetros. No sabía qué duro sería. No sabía que pasaría hambre muy a menudo.

Comencé a descubrirlo cuando fui con mi valija a la casa de los Mather esa primera noche. Charlie Mather había sido jefe de correos del pueblo, pero cuando asumieron el poder los republicanos nombraron en su lugar a Howard Hummell y Charlie Mather nunca dejó de sentirse resentido. Siempre estaba de mal humor. Cuando me llevó al cuarto que habría de ocupar, vi que no estaba terminado, que el piso era de madera sin cepillar y que el techo carecía de cielo raso y dejaba ver las vigas y las tejas.

—Estábamos preparando este cuarto para nuestra hija —me dijo Mather—, pero se murió. Una boca menos que alimentar.

La cama era un colchón desvencijado en el suelo, cubierto por una vieja manta del ejército. En invierno no hacía calor en aquel cuarto ni como para abrigar a un esquimal. Vi, sin embargo, que había una mesita y una lámpara de querosén y como todavía estaba soñando, dije que todo estaba muy bien, que me encantaría vivir allí, y cosas por el estilo. Mather dejó oír unos gruñidos de incredulidad y no cabe culparlo por ello.

La cena consistió esa noche en papas y maíz con salsa blanca.

—Aquí no comerá carne —me dijo Mather—, a menos que economice y se la compre usted. Lo que me pagan es para que usted subsista, pero no para que engorde.

No creo haber visto carne más que seis veces en casa de los Mather y eso sucedió en una sola oportunidad, cuando alguien le regaló un ganso y comimos ganso todos los días hasta que se acabó. Por fin algunos de mis alumnos empezaron a traermé sandwiches de jamón y de carne, pues sabían que Mather era un avaro. Mather comía su comida más importante al mediodía, pero insistía en cuanto a mi obligación de pasar esa hora del almuerzo en la escuela, «ayudando un poco y repartiendo castigos».

En efecto, allá creían en el castigo corporal. Había enseñado ya ese primer día cuando descubrí el asunto de lavara. Dije «enseñando», pero en realidad, lo único

que logré fue mantenerlos quietos durante unas pocas horas, hacerles escribir sus nombres y formularles unas cuantas preguntas. Fue una sorpresa. Sólo dos de las niñas mayores sabían leer, su conocimiento de la aritmética se limitaba a sumas y restas simples y no solamente muy pocos de ellos habían oído hablar de países extranjeros, sino que uno de mis alumnos no podía creer que existiesen.

—No, nada de eso —me dijo un niño flaco de diez años—. ¿Un lugar donde la gente no sea ni siquiera norteamericana? —No pudo seguir hablando, pues la sola idea absurda le hizo reír a carcajadas y desplegar una dentadura horrorosa y ennegrecida.

—¿Y la guerra, tonto? —le preguntó otro chico—. ¿Nunca oíste hablar de los alemanes? —Antes de que yo pudiese reaccionar, el primer chico saltó sobre su pupitre y comenzó a pegarle al segundo. Daba la impresión de que estaba empeñado en asesinarlo. Traté de separarlos, las chicas estaban todas chillando a la vez, y así del brazo al agresor.

—Tiene razón —dije—. No debió insultarte, pero tiene razón. Los alemanes son la gente que vive en Alemania y la guerra mundial... —De pronto callé, porque el chico me gruñía como un perro salvaje y por primera vez advertí que no era un chico normal y que aun podría ser retardado. Estaba pronto a morderme—. Y ahora, pide disculpas a tu amigo —le dije.

—No es mi amigo.

—Pide disculpas —repetí.

—Es loco, señor —dijo el otro chico. Estaba pálido y tenía una expresión de susto en los ojos, además de un ojo que comenzaba a verse amoratado—. No debí decirle nada.

Pregunté al primero de los chicos cómo se llamaba.

—Fenny Bate —logró balbucear. Estaba más tranquilo. Mandé al segundo chico a sentarse.

—Fenny —dije—. La dificultad es que estás equivocado. Los Estados Unidos no es el mundo entero, así como Nueva York no es todo los Estados Unidos. —Esto era demasiado complicado y no me seguía. Lo llevé entonces al frente del aula y lo hice sentarse mientras dibujaba mapas en el pizarrón—. Esto es los Estados Unidos de Norteamérica y esto es México, y esto es el océano Atlántico...

Fenny movía la cabeza con aire sombrío.

—Mentiras —dijo—. Todo eso es mentira. Todo eso no está allí. ¡NO ESTÁ! Al tiempo que gritaba esto, empujó su pupitre y éste cayó al suelo con estrépito.

Le ordené que levantara su pupitre y cuando él se limitó a mover la cabeza y a balbucear otra vez, lo levanté yo mismo. Algunos de los chicos contuvieron una exclamación.

—¿De modo que nunca oíste hablar de mapas, ni de otros países?

El hizo un gesto afirmativo.

—Pero todo es mentira —dijo.

—¿Quién te lo dijo?

Movió entonces la cabeza, pero no dijo nada más. Si hubiese mostrado signos de vergüenza, habría supuesto que había obtenido la información de sus padres, pero no era así. Estaba sencillamente furioso y lleno de resentimiento.

A mediodía los chicos llevaron sus bolsitas de papel al patio y comieron sus sandwiches. Sería una exageración haber llamado a aquel espacio patio de juegos, aunque había un número de columpios desvencijados en los fondos. Yo vigilaba a Fenny Bate. La mayoría de los otros chicos se mantenían apartados de él. Cuando salía de su ensimismamiento e intentaba acercarse a un grupo, los otros se alejaban en forma bien ostensible y lo dejaban solo, con las manos metidas en los bolsillos. De vez en cuando una niña delgada con pelo rubio y lacio se le acercaba y le hablaba. Se parecía un poco a él e imaginé que era su hermana. Consulté mi lista de alumnos: Constance Bate, de quinto grado. Había sido una de las niñas silenciosas.

Luego, cuando volví a mirar a Fenny vi a un hombre de aspecto extraño de pie en la calle fuera del edificio, mirando en dirección al patio, como yo. Por alguna razón, el hombre me chocó. No era sólo que su aspecto fuera raro, aunque lo era, con su ropa de trabajo muy vieja, su hirsuto pelo negro, sus mejillas pálidas en un rostro bastante apuesto y sus hombros y brazos musculosos. Era la forma en que miraba a Fenny Bate. Tenía un aspecto sobrenatural. Con todo ese aspecto abandonado había en él una libertad que iba más lejos que el simple aplomo, en la forma en que permanecía allí, una libertad más profunda que el simple desenfado. Me pareció sumamente peligroso y tuve la sensación de ser transportado a un ámbito en el cual hombres y niños eran bestias salvajes disfrazadas. Aparté los ojos, casi alarmado por la expresión salvaje en el rostro del hombre y cuando volví a mirar, había desaparecido.

Mis ideas sobre el lugar se confirmaron esa noche, cuando había olvidado ya del todo al hombre que había estado en la calle. Había subido a mi cuarto lleno de corrientes de aire a tratar de preparar mis clases para el día siguiente. Sería necesario enseñar las tablas de multiplicar a las clases superiores, y a todos les vendría bien un poco de geografía sumamente simple... estaba pensando en todo esto cuando Sophronia Mather entró en mi cuarto. Lo primero que hizo fue bajar la llama de mi lámpara de querosén.

—Esa llama es para la noche bien oscura, no para el crepúsculo —me dijo—. No podemos permitir que nos use todo el querosén. Tendrá que aprender a leer sus libros con la luz que Dios le da.

Sentí sorpresa al verla en mi cuarto. La noche anterior, durante la cena, no había hablado y a juzgar por su cara, hundida, cetrina y tirante como un parche de tambor, se habría dicho que el silencio era su norma habitual. Sabía dar mucha expresión a sus silencios, debo decir. Más tarde descubriría yo que aparte de su marido, no temía dirigirle la palabra a nadie.

—Vine a interrogarlo, maestro —me dijo—. Están hablando.

—¿Ya? —pregunté.

—Con su manera de comenzar, ha sido una especie de fin y ahora que empezó así, proseguirá de la misma forma. Me dijo Mariana Birwood que tolera el mal comportamiento en sus clases.

—No creo haberlo tolerado —dije.

—Su Ethel lo dijo.

No pude mostrar por mi expresión que reconocía el nombre Ethel Birwood, pero recordé haberlo llamado en mi lista. Era una de las mayores, la de quince años, según creía.

—¿Y qué dice Ethel Birwood que toleré? —quise saber.

—A ese Fenny Bate. ¿No le pegó con los puños a otro niño? ¿En sus propias narices?

—Le hablé.

—¿Le habló? Es inútil hablarle. ¿Por qué no recurrió a la férula?

—No tengo férula.

Ahora sí que estaba realmente escandalizada.

—Pero, hay que pegarles —dijo—. Es la única manera. Hay que pegar a uno o dos por día. Y a Fenny Bate, más que al resto.

—¿Por qué a él en especial?

—Porque es malo.

—Vi que tiene dificultades, que es lento, que está perturbado —dije—, pero no creo haber visto que sea malo.

—Es malo. Muy malo. Y los otros chicos cuentan con que se le pegue. Si sus ideas son demasiado refinadas para nosotros, tendrá que irse de esta escuela. No son solamente los chicos quienes esperan que use la férula. —La mujer se volvió, pronta a retirarse—. Pensé que debería tener la cortesía de hablarle antes de que mi marido se entere de que ha estado descuidando sus obligaciones. Vuelvo a decirle que le conviene seguir mi consejo. No es posible enseñar sin castigar.

—Pero, ¿qué hace de Fenny Bate un chico tan malo? —pregunté, tratando de no detenerme en el horroroso comentario último—. Sería sumamente injusto perseguir a un niño que necesita ayuda.

—La vara es toda la ayuda que necesita. No es malo, sino la maldad en persona. Tiene que hacerlo sangrar y mantenerlo quieto... mantenerlo *aplastado*. Sólo trato de ayudarlo, maestro. A nosotros nos viene muy bien la ayuda extra que nos da mantenerlo en casa. —Con estas palabras, se retiró. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle quién era ese hombre tan raro que había visto por la tarde.

Por otra parte, no tenía la menor intención de seguir haciendo mal a ese pobre chivo emisario del pueblo.

(Milly Sheehan, con el rostro fruncido de desagrado, apoyó el cenicero que había estado fingiendo lustrar, miró hacia las ventanas para asegurarse de que los cortinados estuviesen bien corridos y se dirigió lentamente a la puerta. Sears, al hacer una pausa en su relato, vio que había dejado un resquicio entreabierto.)

Sears James, al hacer una pausa en su relato y pensar con irritación que el hábito de escuchar de Milly se volvía más y más ostensible cada mes, no tenía conciencia de un hecho registrado esa tarde en la ciudad, un hecho que afectaría las

vidas de todos ellos. Era común en sí: el arribo de una mujer joven y de gran belleza en un ómnibus Trailways, una mujer que bajó en la esquina del Banco y la biblioteca y miró alrededor con la expresión de una mujer exitosa que vuelve a echar una mirada nostálgica a su pueblo natal. Era lo que sugería, con su valijita en la mano y la leve sonrisa posada en la hojarasca que se arremolinó de pronto en brillantes pilas. Podría haberse dicho, al mirarla, que su éxito era medida de su venganza. Con su hermoso abrigo largo y su abundante pelo oscuro, era como si hubiese llegado a regocijarse, pero con discreción, de lo lejos que había llegado en la vida, como si en ello residiera la mitad del placer que sentía al volver. Milly Sheehan, que estaba en la calle haciendo las compras para el doctor, la vio de pie junto a la parada del ómnibus cuando éste se alejaba hacia Binghamton y creyó por un instante conocerla. Lo mismo le sucedió a Stella Hawthorne, que estaba tomando café junto a un ventanal del restaurante Village Pump. Siempre sonriente, la muchacha de pelo oscuro pasó delante del ventanal y Stella volvió la cabeza para observarla cruzar la plaza y subir la escalera del hotel Archer. Su acompañante, profesor asociado de antropología de la Universidad del Estado de Nueva York, próxima a Millburn, y cuyo nombre era Harold Sims, dijo:

—¡El escrutinio a que somete una mujer hermosa a otra también hermosa! Nunca te vi hacer eso antes, Stel.

Y ella, que odiaba que la llamasen «Stel» dijo:

—¿La encontraste hermosa?

—Mentiría si te dijera que no.

—Bien, si encuentras que yo también soy hermosa, está bien. —La sonrisa que dirigió a Sims era algo maquinal. Sims tenía veinte años menos que ella y estaba enamorado. Miraba en dirección al hotel Archer, donde la muchacha alta pasaba en ese momento por la puerta y desaparecía en el interior.

—Si está bien, ¿por qué la miras tanto?

—Nada, es sólo que... —Stella calló—. No es nada, en realidad. Es el tipo de mujer que deberías estar invitando a almorzar, en lugar de un monumento arruinado como yo.

—Ja, si crees eso... —dijo Sims, y trató de tomarle la mano debajo de la mesa. Stella se la apartó con la punta de los dedos. Nunca le había gustado que la acariciasen en un restaurante. Le habría encantado propinarle una buena palmada en esa manaza.

—Stella, dame una oportunidad.

Stella lo miró con fijeza a los ojos, ojos de mirada suave y dijo:

—¿No sería mejor que vuelvas a tus simpáticas estudiantes?

Entretanto la mujer estaba registrándose en el hotel. La señora Hardie, que administraba el hotel con su hijo desde la muerte de su marido, apareció de su oficina y se acercó a la hermosa joven en el otro lado del mostrador.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó y a la vez pensó: «¿Cómo voy a mantener a Jim alejado de ésta?»

—Necesito un cuarto con baño —dijo la muchacha—. Quiero parar aquí hasta que encuentre algo para alquilar en esta ciudad.

—¡Qué bien! —exclamó la señora Hardie—. ¿Piensa mudarse a Milburn? Vaya, cuánto me alegro. La mayoría de la gente joven de aquí arde por irse. Como mi Jim, que le llevará las valijas. Piensa que cada día aquí es como un día más en la cárcel. Desea ir a Nueva York. ¿Es de allí de donde viene usted?

—Viví allí. Pero parte de mi familia vivió aquí en una época.

—Bien, aquí están nuestras tarifas y aquí el registro —le dijo la señora Hardie, pasándole una hoja mimeografiada y el gran registro encuadernado en cuero por sobre el mostrador—. Encontrará que este hotel es agradable y tranquilo, sin fiestas ruidosas de noche.

La muchacha había hecho un gesto afirmativo después de mirar los precios y estaba firmando el registro.

—Nada de música en el cuarto, bajo ningún pretexto y desde luego, nada de hombres en las habitaciones después de las once de la noche.

—Muy bien —asintió la muchacha, devolviéndole el registro. La señora Hardie leyó el nombre escrito con rasgos claros y elegantes. Anna Mostyn, con una dirección en una de las calles Ochenta del oeste de Manhattan.

—Muy bien —le dijo la señora Hardie entonces—. Lo que ocurre es que nunca se sabe cómo van a actuar las chicas hoy en día, pero... —calló de pronto al mirar a la muchacha a los ojos y ver la indiferencia expresada en ellos. Su primer pensamiento, casi inconsciente, fue «es fría», pero a esto siguió otro, perfectamente consciente, de que esta muchacha no tendría dificultades en manejar a Jim—. Anna es un nombre tan bonito y tradicional —comentó.

—Sí.

Un poco desconcertada, la señora Hardie tocó la campanilla para llamar a su hijo.

—En realidad, soy una mujer bastante anticuada —dijo Anna Mostyn.

—¿Dijo usted que tenía familiares en esta ciudad?

—Tenía familia, sí, pero hace mucho tiempo.

—Lo digo porque no reconocí el nombre.

—No, no lo reconocería. Una tía mía vivió aquí en una época. Se llamaba Eva Galli. Pero probablemente usted no la conoció.

La mujer de Ricky, sentada sola en el restaurante, hizo chasquear de pronto los dedos y dijo:

—Estoy envejeciendo.

De pronto recordó a quién le recordaba la muchacha. El camarero, uno de los chicos que habían abandonado la escuela secundaria, a juzgar por su aspecto, se inclinó sobre la mesa, pues no estaba seguro de si debía entregarle la cuenta después de haberse retirado el hombre tan enojado, murmuró un ¿Mmmm?

—Váyase, tonto —dijo ella, a la vez que se preguntaba por qué, mientras una mitad de los chicos que abandonaban el secundario sin terminar tenían aspecto de matones, la otra mitad se parecía a físicos—. Vamos, déme la cuenta antes de que se caiga desmayado.

Jim Hardie miraba a hurtadillas a la muchacha mientras subían las escaleras y cuando le abrió la puerta del cuarto y dejó su valija en el suelo, no pudo menos que decirle:

—Espero que se quede aquí bastante tiempo.

—Creí que dijo que detestaba Milburn.

—No lo odio tanto ahora —dijo él, dirigiéndole la mirada que había hecho derretirse a Penny Draeger en el asiento de atrás del automóvil la noche anterior.

—¿Por qué?

—Porque... —repuso él, pero no supo cómo continuar cuando vio en el rostro de ella una resistencia a derretirse—. Porque... nada. Usted sabe.

—¿Yo sé?

—Mire, no quiero decir solamente que usted es tan linda, sino que... sabe lo que quiero decir. Tiene clase. —Decidió mostrarse más osado de lo que se sentía en realidad y añadió—: Las chicas con clase me atraen.

—¿Sí?

—Sí —dijo él y reforzó la afirmación con un gesto. No le comprendía. Si no hubiese tenido intención de nada, debió haberle dicho que se fuera al precipicio. Pero aunque le permitía quedarse allí, no daba muestras de estar halagada o interesada. Ni siquiera parecía divertida. Y entonces lo sorprendió, al hacer lo que él esperaba que hiciera. Se quitó el abrigo. En materia de pecho, no valía mucho, pero las piernas estaban bien. Y luego, sin aviso previo, lo asaltó una total conciencia del cuerpo de ella, una explosión de sensualidad pura, que no tenía nada que ver con las poses forzadas de Penny Draeger ni de las otras chicas de la escuela secundaria con quienes se había acostado, una ola de sensualidad pura, glacial, que lo avasalló.

—Ah —dijo, con una intensa esperanza de que no le ordenara retirarse—. Apuesto a que tiene un buen empleo en Nueva York. ¿Qué hace? ¿Está en televisión, o algo así?

—No.

Jimmy estaba inquieto.

—Bien —dijo—. No es como si no supiera su dirección, digamos. Quizá podría subir de vez en cuando... A hablar un poco, ¿no?

—Tal vez. ¿Le gusta hablar?

—Aaah... Bueno, será mejor que baje. Quiero decir, que tengo que poner las ventanas dobles para el invierno, con este frío que tenemos ya...

La muchacha se sentó en la cama y extendió una mano. Sin muchas ganas, Jimmie se acercó a ella. Cuando le tocó la mano, ella depositó un billete de dólar muy bien doblado en la palma de la suya.

—Le diré algo —dijo ella—. Yo encuentro que los botones no deberían usar vaqueros. No les da buen aspecto.

Jimmie aceptó el dinero y demasiado confuso para darle las gracias, se alejó precipitadamente.

«Era Ann-Veronica Moore, pensó Stella, esa actriz en casa de John la noche que murió Edward». Stella permitió que el intimidado muchacho camarero le sostuviera

el abrigo de piel. «Ann-Veronica Moore... ¿Por qué pensó en ella?». La había visto sólo unas pocas veces y esa chica no se parecía nada a ella, en realidad.

4

—No —prosiguió Sears—, estaba empeñado en ayudar a ese pobre chico, Fenny Bate. No creía que existiese lo que se llama un chico malo, a menos que la incompreensión y la crueldad lo hiciesen malo. Y se trataba de algo que era posible corregir. Comencé, pues, mi modesto programa de salvataje. Cuando Fenny volcó su pupitre al día siguiente, yo mismo se lo levanté, con gran disgusto de Los niños mayores. A la hora del almuerzo le pedí que se quedara en el aula conmigo.

Los otros chicos salieron había un rumor de expectativa. Estoy seguro de que imaginaban que le pegaría tan pronto como ellos se fueran. Luego advertí que su hermana se quedaba en un rincón oscuro del cuarto.

—No lo castigaré, Contance —le dije—. Puedes quedarte también, si quieres. ¡Pobres chicos! Aun hoy los veo a ambos, con sus malas dentaduras y sus ropas destrozadas, él lleno de suspicacia y ella, simplemente de temor... temor por él. Se sentó muy despacio en una silla y yo comencé a ocuparme de corregir algunos de los conceptos equivocados de Fenny. Le conté anécdotas de exploradores que yo conocía, le hablé de Lewis, Clarke, Cortés, Nansen y Ponce de León, usando material que más tarde emplearía en clase, pero nada surtió efecto alguno en Fenny. ¡ *Sabía* que el mundo no llegaba a más de sesenta o setenta kilómetros de Cuatro Caminos y que la gente dentro de este radio formaba la población del mundo! Se aferraba a esta noción con la empecinada testarudez del retardado mental.

—¿Quién te dijo todo eso, Fenny? —le pregunté. Él agitó la cabeza—. ¿Lo inventaste? —Volvió a agitar la cabeza negativamente—. ¿Fueron tus padres?

En su rincón oscuro, Constance dejó escapar una risa tonta, una risa desprovista de humor. Me provocó escalofríos, pues creó imágenes en mí de una vida casi bestial. Desde luego, era eso lo que tenían esos dos niños y los otros lo sabían. Y según me enteré más tarde, era mucho peor, mucho más desnaturalizado que nada que yo pudiese haber imaginado.

De rodos modos, levanté las manos en un gesto de desesperación, o de impaciencia y esa pobre chica supuso que estaba por pegar a su hermano, porque me gritó desde el fondo de la clase:

—¡Fue Gregory!

Fenny la miró y juro que nunca vi yo una mirada tan llena de miedo como aquélla. En el instante siguiente Fenny se había levantado y salido corriendo del aula. Traté de llamarlo para que volviera, pero fue inútil. Corría como loco en dirección al bosque, en un galope semejante al de una liebre. La chica se quedó junto a la puerta, mirando cómo se alejaba. Y ahora ella también tenía cara de susto y consternación. Todo su ser dio la impresión de palidecer.

—¿Quién es Gregory, Constance? —le pregunté y ella hizo una mueca—. ¿Pasea a veces delante de la escuela? ¿Tiene el pelo así? —Al decir esto me acerqué

las manos a la cabeza con los dedos extendidos hacia arriba. A su vez ella salió corriendo a toda velocidad.

Bien, esa tarde los demás alumnos me aceptaron como maestro. Suponían que había castigado a los dos hermanos Batey participado así en el orden natural de las cosas. Y esa noche obtuve, sino una papa más, por lo menos una sonrisa rígida de Sophronia Mather. Era obvio que Ethel Birdwood había informado a su madre que el nuevo maestro había aceptado ser razonable.

Fenny y Constance no fueron a la escuela los dos días siguientes. Me preocupó el hecho y me dije que quizá había actuado con tanta torpeza que no volverían. El segundo día estaba tan inquieto que durante la hora del almuerzo me paseé por el patio de la escuela. Los chicos me miraban como quien mira a un loco peligroso. Era obvio que el maestro debía permanecer en el aula, seguramente administrando castigos con la férula. Oí entonces algo que me hizo detener bruscamente y volverme con viveza hacia un grupo de niñas que estaban sentadas con aire de falsa modestia en el césped. Eran las mayores, y una de ellas era Ethel Birdwood. Estaba seguro de que le había oído mencionar el nombre de Gregory.

—Cuéntame acerca de Gregory, Ethel —le dije.

—¿Qué es Gregory? —me preguntó con una sonrisa afectada—. No hay nadie de ese nombre aquí. —Me miró con ojos bovinos y tuve la certeza de que estaba pensando en la tradición rural de que el maestro de escuela se casa con su alumna de mayor edad. Tenía confianza en sí misma, esa chica Ethel, y su padre, fama de ser próspero.

No me di por aludido.

—Acabo de oírte mencionar su nombre.

—Creo que oyó mal, señor James —me dijo con voz almibarada.

—No me gusta la gente mentirosa —afirmé—. Cuéntame de esta persona llamada Gregory.

Sin duda todos supusieron que estaba amenazándola con la férula. Otra de las niñas acudió en su ayuda.

—Estábamos diciéndonos que Gregory arregló esa acequia —dijo, señalando un costado de la cueva. Una de las troneras para la lluvia era evidentemente nueva.

—Bien, no volverá a acercarse a esta escuela, si yo puedo evitarlo —dije, y me alejé, dejándolas en medio de sus exasperantes risitas.

Después de la escuela ese mismo día decidí meterme en la cueva del león, por así decir, y caminar hasta la casa de los Bate. Sabía que quedaba tan lejos del pueblo como queda la casa de Lewis de Milbum. Tomé el camino que me pareció más probable y había caminado bastante, cuatro o cinco kilómetros, cuando caí en la cuenta de que seguramente había ido demasiado lejos. No había pasado delante de casas, de modo que la de los Bate tenía que estar en el bosque, y no en el borde de éste, como había imaginado. Tomé otra senda que me pareció posible, pensando que describiría un camino en zigzag, yendo y viniendo por el bosque, en dirección al pueblo, hasta que los encontrara.

Por desgracia, perdí el camino. Me interné en barrancas estrechas y subí pendientes entre la maleza, hasta que no supe ya dónde estaba la carretera. Todo era

de una semejanza increíble. Luego, cuando comenzaba a anochecer, tuve la sensación de que me observaban. Fue una sensación misteriosa, como saber que había un tigre a mis espaldas, listo para saltar sobre mí. Me volví y apoyé la espalda en un gran olmo y en ese instante vi algo. A unos treinta metros de donde estaba, se adelantó un hombre, el hombre que había visto antes. Gregory, o por lo menos, supuse que era él. No dijo nada, ni yo tampoco. Me miró, mudo, con ese pelo enmarañado y ese rostro de color marfil. Sentí que el odio, un odio inmenso, brotaba de él. Lo rodeaba un aire de violencia absolutamente demencial, además de la extraña libertad que intuí yo la otra vez. Era un loco. Podría haberme matado en el bosque sin que nadie se enterase. Y debo decir aquí que lo que vi en aquel rostro era el deseo de matar, de matar y nada más. Cuando creía que se adelantaría a atacarme, se ocultó detrás de un árbol.

Avancé muy despacio.

—¿Qué quiere? —le grité, fingiendo valor. No tuvo respuesta. Di unos pasos más hasta que llegué al árbol junto al cual lo había visto, pero no había rastros de él. Había desaparecido.

Seguía yo perdido y seguía sintiéndome amenazado, ya que su aparición había significado eso para mí. Lo sabía... una amenaza. Di unos pasos más al azar, pasé delante de otro grupo de árboles y me detuve bruscamente. Tuve un instante de miedo. Delante de mí, mucho más cerca que la aparición, estaba una muchachita delgada y pobremente vestida, con mechones de pelo rubio. Era Constance Bate.

—¿Dónde está Fenny? —le pregunté.

Constance levantó un brazo flaco y señaló hacia un costado. Fenny apareció a su vez, como... «como una víbora de un cesto», debo reconocer, ya que es la metáfora que se me ocurrió. Tenía en el rostro, mientras estaba parado allí entre la alta maleza, aquella expresión de hostil culpabilidad.

—Estaba buscando tu casa —le dije. Los dos chicos señalaron el mismo punto, sin hablar. Al mirar a través de un espacio entre los árboles, vi una choza cubierta de papel alquitranado, con una ventana también cubierta con papel y una delgada chimenea. Antes solía verse gran cantidad de esas casuchas, pero por suerte han desaparecido hoy. Diré que ésta era la más sórdida que había visto en toda mi vida. Sé que tengo fama de conservador, pero nunca identifiqué la virtud con el dinero, ni la pobreza con el vicio. A pesar de ello, aquella choza mezquina y maloliente — bastaba mirarla para saber que era maloliente — me dio la impresión, en cierto modo, de respirar inmundicia. No, era peor que eso. No era tan sólo que las vidas en el interior de ella estuviesen brutalizadas por la miseria, sino que además debían de ser torcidas, deformadas... Se me cayó el alma a los pies, aparté la mirada y vi entonces un perro muerto de hambre que olfateaba un montón de plumas que había sido probablemente un pollo. Pensé que así debía haberse ganado Fenny la fama de ser malo... La gente de miras estrechas de Cuatro Caminos había echado una sola mirada a su casa y lo había condenado por el resto de su vida.

Y yo no deseaba entrar. No creía en el mal, pero sentía que el mal habitaba allí.

Me volví a mirar a los chicos otra vez y vi la expresión de miedo en sus ojos.

—Quiero verlos en la escuela mañana —les dije. Fenny se negó con la cabeza.

—Pero, yo quiero *ayudarlos* —insistí. Estaba por decir un sermón, decirle que quería cambiarle la vida, rescatarlo, en cierto sentido, supongo, hacerlo humano... pero la expresión rígida y obstinada en su rostro me impidió hablar. Había algo más en ella y tuve un *shock* al advertir que algo en Fenny me recordaba mi última visión fugaz del misterioso Gregory.

—Debes volver a la escuela mañana —repetí.

—Gregory no quiere que vayamos —dijo Constance—. Dice Gregory que tenemos que quedarnos aquí.

—Bien, yo digo que Fenny debe venir y tu también.

—Le preguntaré a Gregory.

—¡Al diablo con Gregory! —grité—. ¡Vendrán los dos! —y me alejé de prisa. No dejé de sentir aquella extraña sensación hasta que encontré otra vez el camino. Era como si estuviese huyendo de algo maldito.

Pueden imaginar cuál fue el resultado. No volvieron. Las cosas siguieron su curso normal durante varios días y Ethel Birdwood y algunas de las otras chicas me dirigían miradas derretidas cada vez que les hacía una pregunta en clase. Por mi parte trabajaba duramente todas las noches en aquel cuarto semejante a una heladera y me levantaba con un aspecto que no era precisamente el de Febo a una hora muy temprana para preparar el aula. Por fin Ethel y otras de mis admiradoras comenzaron a traerme sandwiches para el almuerzo. Solía guardarme uno en el bolsillo para comerlo en mi cuarto después de la cena con los Mather.

Los domingos realizaba la larga marcha a Footville en mi obligada visita a la iglesia luterana de allí. No resultaba tan mortal como había temido. El pastor era un viejo alemán, Franz Gruber, que se hacía llamar «doctore Gruber». El doctorado era auténtico, pues era de una mentalidad mucho más sutil de lo que habría hecho imaginar el cuerpo obeso o la larga residencia en Footville, Nueva York. Hallaba interesantes sus sermones y decidí trabar amistad con él.

Cuando por fin aparecieron los chicos Bate, daban la impresión de estar fatigados, como quienes han pasado una noche bebiendo. Esto se convirtió en un hábito establecido. Faltaban dos días, venían, faltaban tres y cada vez que los veía, tenían peor aspecto. Fenny, en particular, parecía estar declinando. Era como si sufriese un envejecimiento precoz. Estaba más delgado aún y la piel daba la impresión de arrugársele en la frente y junto a los ojos. Y cuando lo miraba, juraría que estaba riéndose de mí... ¡Fenny Bate riéndose de mí! A pesar de que no tenía dudas de que carecía de la inteligencia suficiente para burlarse de mí. En el caso de él, la expresión era más bien de corrupción y me asustaba.

En vista de la situación, un domingo después del servicio religioso hablé con el doctor Gruber en la puerta del templo. Esperé para ser el último en estrecharle la mano y cuando todo el mundo se alejó por el camino, le dije que necesitaba su consejo en relación con un problema.

Seguramente pensó que deseaba confesar un pecado de adulterio o algo semejante. Se mostró, no obstante, muy amable y me invitó a su casa, frente a la iglesia.

Con gran cortesía me condujo a su biblioteca, un cuarto grande, enteramente tapizado de libros. No había visto otro igual desde mi regreso de Harvard. Era, sin duda alguna, el cuarto de un estudioso, de un hombre que se siente a sus anchas en el mundo de las ideas y las maneja a gusto. La mayoría de los libros estaban escritos en alemán, pero muchos lo estaban en latín y en griego. Tenía escritos de los grandes padres de la Iglesia en tomos de cuero suave, comentarios de la Biblia, otros de teología y esa gran ayuda en la preparación de sermones que es un índice alfabético de términos bíblicos. En un anaquel cerca de su escritorio me sorprendió ver una serie de tomos de obras de Lully, Fludd, Bruno y lo que podría llamarse los estudios ocultistas del Renacimiento. Más sorprendente aún fue ver algunas obras de hechicería y de satanismo.

El doctor Gruber había salido del cuarto para traer cerveza y cuando volvió me vio mirando esos libros.

—Lo que usted ve —dijo con su acento gutural— es la razón por la cual me encuentra en Footville, señor James. Espero que no me considerará un viejo loco por el hecho de haber visto esos libros. —Sin que yo insistiese mucho, me contó la historia, como cabía esperar. Había sido brillante, respetado entre los miembros mayores de su iglesia y escrito libros él mismo, pero cuando mostró demasiado interés en temas llamados «herméticos», le ordenaron interrumpir esa línea de investigación. Publicó un trabajo más a causa del cual lo relegaron a la congregación luterana más apartada que hubiese sido posible encontrar.

«Ahora —prosiguió—, mis cartas están sobre la mesa, como dicen mis nuevos compatriotas. Nunca hablo de estas cuestiones herméticas en mis sermones, pero continúo estudiándolas. Tiene usted libertad de seguir hablando, o bien irse, como prefiera». —Eran palabras algo pomposas, a mi juicio, y me desconcertaron un poco, pero no vi otro motivo para no proseguir.

Le conté toda la historia, sin omitir detalles. El pastor me escuchó con gran atención y resultó obvio que había oído hablar de Gregory y de los chicos Bate.

Más aún, parecía muy interesado en lo que le conté.

Cuando terminé, me dijo:

—¿Y todo esto sucedió tal como lo explica usted?

—Desde luego.

—¿No habló con nadie más?

—No.

—Estoy contento de que haya venido a verme —dijo, y en lugar de seguir hablando, sacó una pipa gigantesca de un cajón, la llenó y se puso a fumar, sin dejar de mirarme un instante con sus ojos saltones. Comencé a sentirme incómodo y lamenté a medias haber tomado con tanta ligereza sus comentarios anteriores—. ¿Nunca le dio la patrona ninguna idea de por qué consideraba que Fenny Bate es «el mal mismo»?

Respondí negativamente con la cabeza, en un esfuerzo por borrar la impresión negativa que acababa de darme el pastor.

—¿Sabe usted —pregunté a mi vez— por qué habría de dármela?

—Es una historia bien conocida —repuso él—. En estos dos pueblecitos es, en realidad, una historia famosa.

—¿Es Fenny malo?

—No es malo, sino corrompido —dijo el doctor Gruber—. Pero a juzgar por lo que usted dice...

—¿Podría ser peor? Confieso que para mí esto es un misterio.

—Mucho mayor del que imagina usted —señaló él con calma—. Si trato de explicárselo, tendrá la tentación, basándose en lo que sabe de mí, de creer que estoy loco. —Sus ojos parecían más saltones aún.

—Si Fenny es corrompido —dije—, ¿quién lo corrompió?

—Gregory, sin duda. Gregory está detrás de todo.

—Pero, ¿quién es Gregory?

—Es el hombre que usted vio. Estoy seguro. Lo describió perfectamente. —El doctor Gruber se llevó los dedos regordetes detrás de la cabeza, remedando mi propio gesto para describírselo a Constance Bate—. Perfectamente, repito. Pero cuando oiga lo que le diré, creerá que le miento.

—Pero, ¿por qué?

El pastor agitó la cabeza y al ver yo que la mano libre le temblaba, me pregunté si acaso no habría caído en un diálogo confidencial con un demente.

—Los padres de Fenny tuvieron tres hijos —dijo—. Gregory Bate fue el primero.

—¿Es su hermano! —exclamé—. Un día creí ver la semejanza... sí, lo veo. Pero no hay nada poco natural en eso.

—Depende, creo, de lo que haya pasado entre ellos.

Traté de comprender.

—Quiere usted decir que pasó algo poco natural entre ellos.

—Y también con la hermana.

Me invadió una sensación de horror. Veía el rostro hermoso y frío, la odiosa actitud displicente. El aire que tenía Gregory de no aceptar ningún tipo de disciplina.

—Entre Gregory y su hermana.

—Y, como dije, entre Gregory y Fenny.

—Corrompió a los dos, entonces. ¿Por qué no condenan a Constance en Cuatro Caminos como condenan a Fenny?

—Recuerde, maestro, que estamos en tierras apartadas. Un caso de... relaciones antinaturales entre hermano y hermana en esas miserables familias de las chozas no es quizá tan antinatural.

—Pero, entre hermano y hermano... —Me sentí como si estuviese otra vez en Harvard, analizando los hábitos de una tribu salvaje con un profesor de antropología.

—Lo es.

—¡Por Dios, tiene razón! —exclamé al visualizar aquella expresión de envejecimiento precoz en el rostro de Fenny—. Y ahora quiere ahuyentarme. Ve en mí una interferencia.

—Aparentemente, sí. Espero que usted vea por qué.

—Porque no lo permitiré —observé—. Quiere deshacerse de mí.

—Ah —dijo el pastor—. Gregory desea todo.

—Quiere usted decir que los quiere para siempre.

—A los dos, para siempre... pero, a juzgar por su historia, quiere a Fenny más que a nadie.

—¿No pueden intervenir los padres?

—La madre murió. El padre se fue cuando Gregory tuvo edad suficiente para pegarle.

—¿Viven solos en ese lugar horroroso?

El pastor hizo un gesto afirmativo.

Era terrible. Significaba que esa atmósfera pestilente, la sensación que daba el lugar de estar maldito, provenía de los niños mismos, de lo que había sucedido entre ellos y Gregory.

—Bien —dije entonces—. ¿No pueden hacer nada los niños para protegerse?

—Hicieron algo.

—Pero, ¿qué? —Pensé en la plegaria, supongo, por estar hablando con un predicador, o viviendo con otra familia. En cuanto a esto, no obstante, la experiencia me había demostrado ya hasta dónde llegaba la falta de caridad en Cuatro Caminos.

—No acepta usted mi palabra —me dijo el doctor Gruber—. Le mostraré algo. —Se levantó entonces con un movimiento vivo y me invito a seguirlo—. Afuera —dijo. Por debajo de su agitación, parecía perturbado y por un instante sospeché que sentía tanta antipatía por mí como yo por él, con sus oleadas de humo de tabaco y sus ojos saltones.

Salí del cuarto y al hacerlo pasé por otro con una mesa tendida para un comensal. Olí el aroma de carne asada y vi una botella de cerveza y decidí que tal vez lo que no le gustaba era que lo demorase cerca de la hora de almorzar.

Con un golpe, cerró la puerta detrás de ambos y se dirigió a la iglesia. Qué misterioso era todo, realmente. Cuando cruzó el camino, me dijo sin volver la cabeza;

—¿Sabía que Gregory fue en una época empleado de la escuela? ¿Que se ocupaba de reparaciones y tareas varias?

—Una de las chicas comentó algo —repuse mientras lo seguía por el costado de la iglesia. ¿Y ahora, qué? ¿Un paseo por los campos? Y qué me mostraría antes de que yo pudiese creerle?

Detrás de la iglesia había un pequeño cementerio y tuve tiempo, al marchar detrás de los pasos de pato del doctor Gruber, de mirar con aire distraído los nombres en las macizas tumbas del siglo xix. Josiah Foote, Sarah Foote, toda esa familia que fundó el pueblo y otros nombres que no me decían nada. El doctor Gruber se había detenido con aire de visible impaciencia, junto a una tumba pequeña en los fondos.

—Mire —dijo.

«Bien», pensé, «si es demasiado holgazán para abrir la reja él mismo, tendré que hacerlo yo.»

—No la abra —dijo con tono perentorio—. Mire. Mire la cruz.

Miré hacia donde él señalaba. Era una cruz primitiva de madera pintada, clavada donde tendría que haber existido una tumba, en un extremo. Alguien había escrito el nombre de Gregory Bate en el brazo horizontal de la cruz. Miré al doctor Gruber y esta vez no cabía duda. Estaba mirándome con abierta antipatía.

—No puede ser —dije—. Es ridículo. Lo vi.

—Créame, maestro, que aquí es donde está enterrado su rival —dijo y habría de transcurrir mucho tiempo antes de que reparase en la curiosa elección de palabras—. Por lo menos, su parte mortal.

Me quedé inmóvil. Luego repetí lo que había dicho ya.

—No puede ser.

El doctor Gruber pasó por alto mi comentario.

—Una noche, hace un año, Gregory estaba haciendo un trabajo en el patio de la escuela. Vio entonces, según creo, es lo que sucedió, que había que reparar la canaleta de desagüe del techo. Fue a los fondos, trajo la escalera y subió por ella. Fenny y Constance vieron la oportunidad de escapar de su tiranía y le volcaron la escalera. Se cayó, se golpeó la cabeza en una esquina del edificio y murió.

—¿Qué hacían los niños allí, de noche?

El pastor se encogió de hombros.

—Siempre los llevaba consigo —dijo—. Estaban jugando en el patio.

—No creo que lo hayan matado intencionalmente.

—Howard Hummell, el jefe de correos, los vio huir corriendo y fue él quien encontró el cuerpo de Gregory.

—De modo que nadie presenció el hecho.

—Nadie tuvo necesidad de verlo, señor James. Lo que sucedió resulta claro para todos.

—Para mí, no —dije y él volvió a encogerse de hombros—. ¿Qué hicieron entonces?

—Huyeron. Tiene que haber sido obvio para ellos que habían tenido éxito. Se había destrozado la nuca. Fenny y Constance desaparecieron durante tres semanas. Se escondieron en el bosque. Cuando se dieron cuenta de que no tenían otro lugar a donde ir y volvieron a casa, Gregory estaba enterrado.

Howard Hummell contó lo que había visto y la gente dedujo lo que dedujo. De allí, como verá, la «maldad» de Fenny.

—Pero ahora... —dije, mirando las torpes letras de la cruz. Seguramente los chicos hicieron la cruz y le pintaron el nombre, decidí. De pronto éste me pareció el detalle más escalofriante de todos.

—Ah, sí. Ahora... Ahora Gregory quiere tenerlo otra vez. Por lo que usted vio, lo *tiene*... O tiene a ambos, otra vez. Pero me imagino que querrá apartar a Fenny de su... influencia. —Pronunció la última palabra con una minuciosa precisión germánica.

Me estremecí.

—Para llevárselo.

—Para llevárselo.

—¿No puedo salvarlo? —pregunté, casi suplicante.

—Sospecho, por lo menos, que nadie más puede salvarlo —dijo, mirándome, como desde muy lejos.

—¿No puede ayudar usted, por amor de Dios?

—Ni aun por amor de El. Por lo que me cuenta, esto ha ido demasiado lejos. No creemos en el exorcismo en mi Iglesia.

—Cree, simplemente... —Estaba furioso, lleno de desprecio.

—En el mal, sí. Creemos en él.

Me volví. Seguramente imaginó que volvería y le pediría ayuda, pero seguí alejándome. Desde lejos, me dijo:

—Tenga cuidado, maestro.

Mientras volvía a casa me sentí presa de una especie de atontamiento. Apenas podía creer o aceptar lo que había sonado como irrefutable mientras hablaba con el predicador. Sin embargo, me había mostrado la tumba y yo había visto con mis propios ojos la transformación de Fenny... Había visto a Gregory. No es mucho afirmar que lo había sentido, pues la impresión que me hizo había sido suficientemente fuerte como para que pudiese afirmarlo.

Y luego me detuve, a unos dos kilómetros de Cuatro Caminos, frente a la prueba de que Gregory Bate sabía ni más ni menos qué había descubierto yo, ni más ni menos cuáles habían sido mis intenciones. Uno de los prados de los granjeros cubría una elevación extensa y desnuda, visible desde el camino y él estaba arriba, mirándome. No movió un músculo cuando lo vi, pero la intensidad de su mirada era casi palpitante y seguramente di un salto de temor. Me miraba como si supiese leer cada uno de mis pensamientos. Muy alto, entre las nubes sobre su cabeza, un halcón describía vagos círculos. Todas mis dudas se disiparon. Supe entonces que todo lo que me había dicho Gruber era verdad.

No sé cómo no huí a toda carrera. No podía, sin embargo, mostrar cobardía en su presencia, por cobarde que me sintiese. Pienso que esperaba que yo huiría corriendo, en aquella actitud, allá arriba, de pie, los brazos flojos a los costados del cuerpo, el rostro pálido visible tan sólo como un manchón blanco y toda esa pasión concentrada como un flechazo sobre mí. Me obligué a mí mismo a proseguir el camino a casa con el mismo paso.

Apenas pude tragar un bocado durante la cena. Apenas comí uno o dos. Mather dijo:

—Si piensa morirse de hambre, habrá más para nosotros. A mí me es igual.

Me encaré directamente con él.

—¿Tenía Fenny Bate un hermano, además de su hermana?

Mather me miró con tanta curiosidad como era capaz de mostrar.

—¿Tenía un hermano? —repetí.

—Lo tenía.

—¿Cómo se llamaba ese hermano?

—Gregory, pero le agradeceré que no me hable de él.

—¿Le tenía miedo usted? —pregunté, al ver el temor reflejado tanto en su rostro como en el de su mujer.

—Por favor, señor James —dijo Sophronia Mather—. Es mejor no hablar.

—Nadie habla de ese Gregory Bate —afirmó el marido.

—¿Qué le sucedió? —pregunté.

Mather dejó de masticar y bajó su tenedor.

—No sé qué oyó decir ni quién se lo dijo, pero le diré esto. Si alguien estaba maldito, era Gregory Bate, y lo que le haya pasado, fue merecido. Y con esto dejaremos de hablar de Gregory Bate.

Dicho esto, Mather se metió un bocado en la boca y con ello la conversación terminó. La señora Mather mantenía los ojos fijos en su plato y no los levantó en todo el resto de la comida.

Me sentía agitado. Ninguno de los dos chicos apareció en la escuela en dos o tres días y era como si todo el episodio hubiese sido un sueño. Enseñaba en forma maquinal, pero constantemente pensaba en ellos, especialmente en el pobre Fenny y en el peligro en que estaba.

Y lo que sobre todo mantuvo en mí la sensación de horror fue que un día vi a Gregory en el pueblo.

Por ser sábado, Cuatro Caminos estaba lleno de agricultores con sus mujeres que acudían a hacer sus compras. Todos los sábados el pueblito adquiría un aspecto de feria rural, por lo menos, en contraste con su aspecto de todos los demás días. Las aceras estaban llenas de gente y los comercios trabajaban mucho. Docenas de caballos pasaban por la calle y en todas partes se veían los rostros llenos de entusiasmo de los chicos, todos apilados en la parte de atrás de sus carros, boquiabiertos por el hecho de estar en el pueblo. Reconocí a muchos de mis alumnos y los saludé con la mano.

Entonces un agricultor muy grande que no había visto antes me tocó un hombro y dijo que sabía que yo era el maestro de su hijo y que quería estrecharme la mano. Le di las gracias y conversamos unos minutos. Fue entonces que vi a Gregory por sobre el hombro de este agricultor. Estaba apoyado contra el marco de la puerta de la oficina de correos e indiferente a todo lo demás, me miraba con fijeza. Me miraba con la misma intensidad con que me había mirado desde lo alto de la colina. Sentí la boca seca y seguramente algo se reflejó en mi expresión, porque el padre de mi alumno dejó de hablar y me preguntó si me sentía bien.

—Sí, sí —dije y debí tener aspecto de ser intencionalmente mal educado, porque no podía dejar de mirar por encima de su hombro. Nadie más veía a Gregory. Pasaban a su lado sin cambiar de actitud y miraban a través de él, sin verlo.

Ahora, donde antes había visto tan sólo una especie de negligente libertad, veía la esencia de la depravación.

Di algún pretexto al agricultor, dolor de cabeza, de dientes, y volví a mirar hacia donde estaba Gregory. Había desaparecido. Había desaparecido en los pocos segundos que me había llevado despedirme del agricultor.

Supe, así, que se aproximaba el momento de la verdad y que él era quien elegiría el momento y el lugar.

Cuando Fenny y Constance volvieron a la escuela, estaba decidido a protegerlos. Ambos estaban pálidos y apagados y los rodeaba una atmósfera tan extraña que sirvió para que los otros niños los dejaran tranquilos. Hacía quizá cuatro días que había visto a su hermano apoyado en la puerta de la oficina de correos. No

alcanzaba a imaginar qué había sido de ellos desde la última vez que los vi, pero era como si fuesen víctimas de una enfermedad que estuviese consumiéndolos. Parecían perdidos, aislados. Dos niños harapientos y retardados. Tomé la determinación de insistir en protegerlos.

Cuando terminaron las lecciones del día, los retuve en el aula cuando los otros se retiraron corriendo. Permanecieron con aire sumiso sentados en sus pupitres, deprimidos, mudos.

—¿Por qué les permitió volver a la escuela? —les pregunté.

Fenny me miró, perplejo, y preguntó a su vez:

—¿Quién?

Me quedé atónito.

—Gregory, sin duda.

Fenny movió la cabeza como si intentase disipar niebla.

—¿Gregory? —repitió—. Hace tiempo que no lo vemos. No, hace mucho, mucho tiempo ya.

Y ahora me tocó a mí sentirme chocado. ¡Estaban escuálidos a causa de la ausencia de Gregory!

—¿Y qué hacen ustedes?

—Vamos allá.

—¿Allá?

Constance hizo un gesto afirmativo, de acuerdo con la afirmación de Fenny.

—Sí, vamos allá —dijo.

—Allá, ¿dónde? ¿Adónde van?

Ahora los dos me miraban con la boca entreabierta, como si me hallasen sumamente tonto.

—¿Van a ver a Gregory? —Era horrible, pero no se me ocurrió otra cosa.

Fenny agitó la cabeza.

—Nunca vemos a Gregory.

—No —insistió Constance y me horrorizó la nota de pesar en su voz—. Nunca vemos a Gregory.

Fenny pareció animarse un instante.

—Pero yo lo oí una vez —dijo—. Dijo que esto es todo lo que hay y que no hay nada más. No hay nada de lo que usted dijo que... lo de los mapas. No existe allá.

—¿Entonces, qué hay allá?

—Es como lo que vemos —dijo Fenny.

—¿Ven?

—Cuando vamos.

—¿Qué ven?

—Es hermoso —dijo Constance—. Muy hermoso.

No tenía la menor idea de lo que querían decirme, pero no me sonaba muy tranquilizador y pensé que tendría tiempo más adelante de hablar más de ello.

—Bien —dije—. Nadie va a ninguna parte esta noche. Quiero que se queden aquí conmigo. Quiero que estén seguros.

Fenny hizo un gesto de asentimiento, pero con aire tonto y de mala gana, como si no le importase mucho dónde pasaba las noches y cuando miré a Constance para ver si estaba de acuerdo, vi que se había dormido.

—Bien, entonces —dije—. Más tarde arreglaremos lugares para dormir y mañana trataré de encontrarles camas en el pueblo. Dos niños como ustedes no pueden vivir en el bosque solos.

Fenny volvió a asentir con gestos flojos y vi que también él estaba a punto de quedarse dormido.

—Puedes bajar la cabeza —le dije.

En segundos los dos estaban dormidos con la cabeza apoyada en el pupitre. En aquel momento podría haberme mostrado de acuerdo con la terrible afirmación de Gregory: no había nada más allá de esto, sólo yo y estos dos niños extenuados en un aula fría que era más bien un establo. Mi sentido de la realidad había sufrido demasiados golpes. Mientras estábamos los tres, sentados en el aula, el día comenzó a morir y todo el ámbito, sombrío aun cuando había luz del día, se volvió oscuro y lleno de sombras. No tenía ánimo para encender la luz y nos quedamos allí, como en el fondo de un pozo. Les había prometido encontrarles dónde dormir en el pueblo, pero la miserable aldea a cincuenta pasos por el camino parecía encontrarse a kilómetros en aquel momento. Y aun si hubiese tenido las fuerzas y la confianza de dejarlos a solas, no imaginaba a nadie capaz de recibirlos. Si esto era un pozo, en realidad era un pozo de desesperanza. Sentí que yo estaba tan perdido como los niños.

Por fin no pude soportarlo más. Me acerqué a Fenny y lo sacudí por un brazo. Despertó como un animal asustado y pude sostenerlo en la silla sólo recurriendo a todas mis fuerzas.

—Debo saber la verdad, Fenny —le dije—. ¿Qué le pasó a Gregory?

—Se cayó —dijo él, hosco otra vez.

—¿Quieres decir que se murió?

Fenny hizo un gesto afirmativo y al abrirsele la boca, volví a ver esos horrorosos dientes podridos.

—Pero, ¿vuelve?

Volvió a responder con la cabeza.

—¿Y tú lo ves?

—El nos ve *a nosotros* —dijo Fenny, muy convencido—. Mira y mira. Quiere tocar.

—¿Tocar?

—Como antes.

Me llevé la mano a la frente. Estaba ardiendo. Cada palabra formulada por Fenny abría un nuevo abismo.

—Pero, ¿le sacudiste la escalera?

Fenny contemplaba su pupitre con expresión estúpida y le repetí la pregunta.

—¿Sacudiste la escalera, Fenny?

—Mira y mira —dijo Fenny, como si éste fuese el hecho más concreto en su conciencia.

Apoyé la mano sobre su cabeza para obligarlo a que me mirase y en aquel instante, la cara de su verdugo apareció en la ventana. Esa cara blanca, terrible... como si quisiese impedir a Fenny responder a mis preguntas. Me sentí enfermo, arrojado otra vez al fondo del pozo, pero también sabía que la batalla había llegado por fin. Atraje a Fenny hacia mí, tratando de protegerlo físicamente.

—¿Está aquí? —gritó Fenriy y al oír su voz, Constance se deslizó al sucio y comenzó a gemir.

—¿Qué importa? —grité—. No te atrapará... ¡Estás conmigo! ¡Sabe que te perdió para siempre!

—¿Dónde está? —volvió a gritar Fenny y me rechazó—. ¿Dónde está Gregory?

—*Allí* —dije y lo volví para que mirase la ventana.

Fenny se había vuelto a medias ya y ambos miramos con los ojos muy abiertos la ventana vacía., no había nadie allí, salvo el cielo vacío y oscuro. Me sentí triunfante. Había ganado. Tomé a Fenny de un brazo con toda la energía que me confería la victoria y él lanzó un grito de total desesperación. Cayó hacia adelante y detuve su caída como si hubiese intentado lanzarse al fondo del infierno mismo. Sólo segundos más tarde vi lo que había salvado: el corazón se le había detenido y yo sostenía tan sólo un cuerpo desposeído. Se había ido al otro lado para siempre.

—Y eso fue todo —dijo Sears, mirando a su grupo de amigos—. Gregory también se había ido para siempre. Caí con una fiebre que fue casi fatal —era eso lo que había sentido al tocarme la frente— y pasé tres semanas postrado en el desván de los Mather. Cuando me restablecí y pude caminar un poco, Fenny estaba ya enterrado. Realmente había desaparecido para siempre. Yo quería abandonar mi empleo y el pueblo, pero me obligaron a cumplir mi contrato y reanudé mis clases. Estaba deshecho, pero podía siempre enseñar en forma maquinal. Al final, terminé haciendo uso de la férula y perdí todas mis ideas liberales. Cuando me retiré, todos me consideraban un maestro excelente.

—Pero resta aún otra cosa. El día que abandoné Cuatro Caminos, fui por primera vez a visitar la tumba de Fenny. Estaba detrás de la iglesia, junto a la de su hermano. Miré las dos, y... ¿saben ustedes qué sentí? No sentí nada. Me sentí vacío. Como si no hubiese tenido nada que ver con todo el episodio.

—¿Qué pasó con la hermana? —preguntó Lewis.

—Con ella no hubo problemas. Era una chica tranquila y la gente le tenía lástima. Había exagerado yo la sordidez de la gente del pueblo. Una de las familias la recibió en su casa y, dentro de lo que sé, la trató como a su propia hija. Según creo, se quedó embarazada, se casó con el muchacho y se fue del pueblo. Pero seguramente eso ocurrió años más tarde.

Frederick Hawthorne

Ricky marchaba hacia su casa, sorprendido de ver el anuncio de la nieve en el aire. «Será un invierno infernal», pensó. «Todas las estaciones están volviéndose

raras.» En el resplandor que rodeaba el farol callejero en el extremo de la calle Montgomery, los copos de nieve giraban, caían y se pegaban al suelo un instante antes de fundirse. El aire frío se introducía dentro de su sobretodo de *tweed*. Debía caminar media hora y lamentaba no haber sacado su automóvil, el viejo Buick que Stella se complacía en no tocar jamás. Las noches frías, acostumbraba trasladarse en el automóvil. Esta noche, no obstante, había querido disponer de tiempo para pensar. Tuvo la intención de interrogar detenidamente a Sears acerca del contenido de su carta a Donald Wanderley y debía planear una táctica. Ahora sabía que no había hecho lo que pensaba. Sears le había dicho simplemente lo que quería hacer y nada más. Con todo, desde el punto de vista de Ricky, el mal estaba hecho ya. ¿Qué objeto tenía ahora saber en qué términos estaba redactada la carta? Se sorprendió a sí mismo al dejar escapar un fuerte suspiro y comprobó que su aliento había hecho volar unos cuantos copos de nieve de gran tamaño y describir complicadas evoluciones antes de posarse y derretirse.

En los últimos tiempos todos los relatos, inclusive los propios, le provocaban una tensión que duraba horas después. Esa noche sentía algo más que esto. Esa noche sentía ansiedad. Las noches de Ricky eran ahora invariablemente horribles, pues los sueños que había mencionado a Sears lo perseguían hasta el alba y no abrigaba dudas de que los cuentos que cambiaban él y sus amigos daban sustancia a esas pesadillas. A pesar de ello, creía que su ansiedad no se debía a sus sueños. Tampoco se debía a los cuentos, si bien el de Sears había sido peor que muchos. Todas las historias que contaban estaban volviéndose cada vez peores. Se asustaban mutuamente cada vez que se reunían, pero seguían haciéndolo porque de lo contrario habría sido más alarmante aún. Era reconfortante estar juntos, ver cómo soportaba las cosas cada uno de ellos. Hasta Lewis estaba asustado. De lo contrario, ¿por qué habría votado en favor de escribirle a Donald Wanderley? Era esto, saber que la carta estaba ya en camino, latiendo en una saca de correspondencia en algún lugar, que ponía a Ricky especialmente ansioso.

«Tal vez debería haber abandonado esta ciudad hace años», reflexioné al mirar las casas frente a las cuales pasaba. Había muy pocas cuyo interior no conociese por haberlas visitado una vez, por lo menos, por motivos de negocios o bien sociales, para ver a un cliente o para asistir a una cena. «Tal vez debí haberme ido a Nueva York cuando me casé, como quería Stella.» Para Ricky ésta era una idea de flagrante deslealtad. Sólo en forma gradual y nunca del todo, había logrado convencer a Stella de que la vida de ellos estaba en Milburn, junto a Sears James y en el estudio de abogados de ambos. El viento frío le azotaba el cuello y le tiraba del sombrero. A la vuelta de la esquina, más adelante, vio el largo Lincoln de Sears estacionado junto al cordón de la acera. En la biblioteca de su amigo había luz aún. Sears no podría dormir, seguramente, especialmente después de haber contado una historia como la de esa noche. A esta altura, todos conocían los efectos de volver a vivir hechos pasados.

«Pero no se trata solamente de las historias», pensé. «No, tampoco se trata solamente de la carta. Algo va a suceder.» Era por esa razón que relataban esas historias. Ricky no era muy aficionado a los presagios, pero el temor del futuro que

había sentido semanas antes cuando estaba conversando con Sears volvió a asaltarlo con violencia. Era por ello que se le había ocurrido la posibilidad de abandonar la ciudad. Se internó en la avenida Melrose. Presumiblemente la llamaban «avenida» por los grandes árboles que la bordeaban. Sus ramas se prolongaban como brazos y estaban teñidas de color anaranjado por los faroles. Durante el día se les habían caído las últimas de las hojas. *Algo va a sucederle a toda la ciudad.* Sobre la cabeza de Ricky gimió una rama. Un camión cambió de velocidad muy lejos, a sus espaldas, seguramente en la Ruta 17. En esas noches frías los ruidos se oían desde muy lejos en Milburn. Al seguir caminando, vio las ventanas iluminadas de su propio dormitorio, en el segundo piso de su casa. Le dolían los ojos y la nariz de frío. «Después de una vida tan larga y llena de sentido común», se dijo, «no es posible que te vuelvas místico, amigo. Todos necesitaremos de la mayor cantidad de razón que podamos utilizar».

En aquel momento, próximo al lugar donde se sentía más seguro y armado mentalmente con esta sensación, tuvo la impresión de que alguien lo seguía, de que alguien aguardaba en la esquina, mirándolo con odio. Sentía ojos fríos que lo miraban con fijeza y se le ocurría que los ojos flotaban sin cuerpo, ojos simplemente, que lo seguían. Sabía qué expresión tendrían esos ojos claros, pálidos, relucientes que flotaban en el mismo nivel que los suyos. Su falta de emoción sería terrible... serían como los ojos de una máscara. Se volvió, al imaginar que los vería, tan grande era la sensación de que estaban allí. Avergonzado, advirtió que temblaba. Como era lógico, la calle se encontraba desierta. No era más que una calle desierta, aun en esa noche oscura y tan común como un cachorro ordinario.

«Esta vez sí que te arruinaste», pensó. «Tú y esas historias tétricas que contó Sears». ¡Ojos! Parecía algo de una de esas viejas cintas de Peter Lorre. *Los ojos de... ¿Gregory Bate?* Qué diablos... *Las manos de Orlac.* «Es bien claro, Ricky», se dijo. «No pasará absolutamente nada, no somos más que cuatro viejos locos que estamos perdiendo el sentido de las cosas. Imaginar que yo supuse...»

Sin embargo, no había imaginado que los ojos estaban detrás de él, mirándolo. Se trataba de una convicción.

«Qué disparate», dijo, pensando en voz alta. Con todo, se metió en su casa con mayor rapidez que de costumbre.

La casa estaba oscura, como siempre durante las noches de reunión de la Chowder Society. Al palpar a tientas el borde del sofá, Ricky evitó tropezar con la mesa baja delante de él que otras noches había sido origen de infinidad de magulladuras. Una vez salvado sin dificultad ese obstáculo, se volvió hacia el comedor y lo atravesó para entrar en la cocina. Allí podía encender la luz sin peligro de despertar a Stella. También podría encender la luz después, en el piso alto de la casa, en el cuarto de vestir que, junto con la horrorosa y lustrada mesa baja italiana para tomar el café, era uno de los últimos caprichos de su mujer. Como había señalado, los armarios de ambos estaban demasiado repletos, no tenían lugar para guardar las ropas fuera de estación y el pequeño dormitorio junto al de ellos no volvería a usarse como tal nunca, seguramente, ahora que Robert y Jane se habían ido. Así pues, por ochocientos dólares, lo habían hecho transformar en cuarto de

vestir, con largas barras para colgar prendas, espejos y una alfombra nueva muy mullida. El cuarto de vestir había probado algo a Ricky: como Stella había afirmado una vez, en realidad tenía casi tanta ropa como ella. Fue más bien una sorpresa para él, tan desprovisto de vanidad que no había tenido conciencia de su propia inclinación a ser un *dandy*.

Una sorpresa más inmediata fue descubrir que le temblaban las manos. Había estado por prepararse una taza de té de tilo, pero cuando vio cómo le temblaban las manos, sacó una botella de un armario y se sirvió una pequeña cantidad de whisky. Viejo idiota... Pero insultarse no servía para nada y cuando se acercó el vaso a los labios, las manos seguían temblándole. Era ese maldito aniversario. El whisky tenía gusto a aceite de motores Diesel y debió escupirlo en la pileta. Pobre Edward. Enjuagó el vaso, apagó la luz y fue arriba a oscuras.

Una vez en pijama salió del cuarto de vestir y atravesó el vestíbulo de arriba para entrar en su dormitorio. Abrió la puerta sin hacer ruido. Stella estaba tendida, respirando en forma suave y acompasada, en su lado de la cama. Si lograba llegar a su propio lado sin tropezar con una silla o hacer caer las botas de ella, o rozar el espejo y sacudirlo, podría acostarse sin despertarla.

Consiguió hacerlo y con mucho cuidado se metió debajo de las frazadas. Con gran suavidad, acarició el hombro desnudo de su mujer. Era bien probable que en aquel momento tuviese un amante, o por lo menos estuviese en medio de una de sus relaciones sentimentales más serias. Ricky suponía que había vuelto a reanudar su relación con el profesor a quien había conocido hacía aproximadamente un año. Estaban esos silencios anhelantes en el teléfono, tan característicos de él. Hacía mucho tiempo Ricky había decidido que había muchas cosas peores que tener una mujer que de vez en cuando se acostaba con otro. Tenía su vida y él ocupaba una gran parte de ella. A pesar de lo que había sentido y expresado a Sears dos semanas atrás, no haber estado casado habría significado para él una pérdida.

Se estiró, en espera de lo que sabía que sucedería. Recordó la sensación de los ojos que le penetraban la espalda. Sintió deseos de que Stella lo ayudase, lo reconfortase de alguna manera, pero como no deseaba alarmarla o preocuparla y por haber tenido antes la certeza de que terminarían con cada nuevo día que pasaba, aparte de que eran suyas en un sentido único y privado, nunca le había hablado de sus pesadillas. Este era Ricky Hawthorne disponiéndose a dormir: tendido de espaldas, el rostro inteligente sin signos de emoción alguna, las manos bajo la nuca, los ojos abiertos. Cansado, aprensivo, celoso, con temor.

2

En su cuarto del hotel Archer, Anna Mostyn se detuvo junto a la ventana a contemplar los copos que caían muy separados sobre la calle. A pesar de que había apagado la luz del cielo raso y era pasada la medianoche, estaba enteramente vestida. Había dejado caer el largo abrigo sobre la cama, como si acabase de llegar o estuviese por salir.

Junto a la ventana, fumaba una mujer alta y atrayente con pelo oscuro y ojos azules, algo rasgados. Veía Main Street, la calle principal, en casi toda su extensión, la plaza desierta sobre un costado, con sus bancos vacíos y sus árboles desnudos, los escaparates negros de los comercios, el restaurante Village Pump y la gran tienda. Dos cuadras más allá, una luz de tránsito cambió a verde sobre la calle desierta. Main Street se prolongaba ocho cuadras, pero los edificios eran visibles tan sólo como escaparates oscuros o como edificios de oficinas. En el extremo opuesto de la plaza alcanzaba a ver los frentes negros de dos iglesias que se levantaban amenazadoras sobre las copas de los árboles sin hojas. En la plaza, una estatua de bronce de un general de las Guerras de la Independencia hacía un gesto grandilocuente con su mosquete.

«¿Esta noche o mañana?», se preguntó, mientras fumaba su cigarrillo y contemplaba la ciudad.

Esta noche.

3

Cuando por fin Ricky Hawthorne concilió el sueño, fue como si no estuviese, simplemente soñando, sino como si en realidad lo hubiesen levantado en vilo, estando aún despierto, para trasladarlo a otra habitación en otra casa. Estaba acostado en un cuarto desconocido, esperando que algo sucediera. El cuarto parecía abandonado, parte de una casa abandonada. Sus paredes y piso eran tablas desnudas. La ventana era sólo un marco vacío y la luz del sol se filtraba por una serie de resquicios. Las motas de polvo bailaban bajo esos crudos rayos de luz. No sabía cómo lo supo, pero estaba seguro de que algo habría de suceder y de que eso le daba miedo. No podía bajar de la cama, pero aun cuando sus músculos le hubiesen obedecido, sabía con la misma seguridad que no podría escapar a lo que estaba por sobrevenir. El cuarto se hallaba en un piso alto de la casa. Por la ventana veía solamente nubes grises y un cielo azul pálido. Sin embargo, lo que quería que fuese que estaba por sobrevenir, llegaría desde el interior, no desde afuera.

Tenía el cuerpo cubierto con un acolchado tan desteñido que algunos de sus cuadrados eran blancos. Bajo al acolchado, tenía las piernas paralizadas como dos columnas levantadas de tela. Al mirar hacia arriba, vio que advertía los menores detalles de las tablas de madera de las paredes con claridad inusitada: veía el curso de las vetas a lo largo de cada una de ellas, la forma de los agujeros donde faltaban nudos, la cabeza sobresaliente de los clavos arriba de ciertas tablas. Las pequeñas ráfagas llenaban el cuarto y desplazaban el polvo de un lado a otro.

En la planta baja de la casa oyó un gran ruido, el ruido de una puerta que se abría con violencia, una pesada puerta de sótano que golpeaba contra la pared. Hasta aquel cuarto en un piso alto se estremeció. Al escuchar, oyó a alguna forma compleja arrastrarse fuera del sótano. Era una forma pesada, de animal y debió abrirse paso por el marco de la puerta. Se oyó el crujido de astillas y Ricky oyó a la criatura golpear con un ruido sordo la pared. Lo que fuese esa criatura, comenzó a investigar el piso bajo, con movimientos lentos y torpes. Ricky imaginaba lo que veía: una serie

de cuartos vacíos exactamente iguales a éste. En la planta baja, había seguramente pasto y maleza que aparecían entre los resquicios de las tablas del piso. El sol debía tocar los flancos y el dorso de lo que se movía allí pesadamente, con obstinación, por los cuartos vacíos. La criatura aspiró con fuerza y luego dejó escapar un chillón alarido. Estaba buscándolo. Andaba por la casa, seguro de que Ricky estaba allí. Intentó una vez más obligar a sus piernas a moverse, pero las dos columnas cubiertas de tela no se movieron en absoluto. El objeto en el piso bajo rozaba las paredes al recorrer los cuartos, haciendo un ruido áspero. La madera crujía. Imaginó que rompía un tablón podrido del piso.

Entonces oyó el ruido tan temido. El objeto se abrió paso a través de otra puerta abierta. De pronto los ruidos cobraron fuerza... oía la respiración de la criatura. Estaba al pie de la escalera.

La escuchó lanzarse escaleras arriba.

Sonaron los golpes sordos sobre una docena de escalones, pero luego el objeto volvía a caer. Subía entonces más despacio, gimiendo de impaciencia, subiendo dos o tres escalones a la vez.

Ricky tenía el rostro cubierto de sudor. Lo que más lo asustaba era no estar seguro de estar soñando. De haber estado seguro de que no era más que un sueño, no tendría más que soportarlo hasta el fin, esperar hasta que lo que fuera que se encontrara allá abajo subiese de pronto y entrase en su cuarto. El susto lo despertaría. No tenía, sin embargo, la sensación de estar soñando. Tenía los sentidos despiertos, la mente despejada y toda la experiencia carecía de esa atmósfera incorpórea y deshilvanada de un sueño. Nunca en sus sueños había transpirado así. Y si estaba enteramente despierto, la criatura que subía por la escalera lo atraparía, porque no podía moverte.

Los ruidos cambiaron y reparó entonces en el hecho de que estaba, en realidad, en el segundo piso de una casa abandonada, porque el objeto que lo buscaba estaba en el primero. Sus ruidos eran mucho más intensos y los gemidos y el rumor resbaladizo del cuerpo al frotar las escaleras y las paredes. Se movía con mayor rapidez, como si oliese su presencia.

El polvo seguía bailando en los escasos rayos de sol. Las pocas nubes se desplazaban aún en un cielo que parecía de comienzos de primavera. El piso se sacudió cuando la criatura llegó, impaciente, al descansillo.

Ahora oía con toda claridad su respiración. Se lanzó por el último tramo de la escalera, con el ruido de la bola de una catapulta al golpear los flancos de un edificio. Tenía Ricky el estómago como un témpano de hielo. Pensó que si llegaba a vomitar, vomitaría... cubos de hielo. Se le apretó la garganta. Habría gritado, aunque a la vez sabía que esto no era verdad, que si no hacía ruido alguno, quizás el objeto no lo descubriría. El objeto chillaba y gemía, golpeando los costados de la escalera con el cuerpo. Se quebró un barrote de la barandilla.

Cuando llegó al descansillo fuera del dormitorio, Ricky vio qué era. Era una araña, una araña gigantesca, que golpeaba el marco de su puerta. La oyó comenzar a gemir otra vez. Si las arañas gemían, debían gemir de esa manera. Una cantidad de patas comenzó a arañar la puerta y los gemidos aumentaron. El terror de Ricky era

infinito, un terror elemental, helado, peor que nada que hubiese experimentado jamás.

Sin embargo, la puerta no se astilló, sino que se abrió sin ruido. Detrás del marco había una silueta alta y negra. No era una araña y el terror de Ricky disminuyó una mínima fracción. El objeto negro en la puerta no se movió por un instante, sino que se quedó mirando en su dirección. Ricky intentó tragar saliva. Logró utilizar los brazos para sentarse en la cama. Las ásperas tablas le rasparon la espalda y pensó una vez más: *esto no es un sueño*.

La forma negra pasó por la puerta.

Ricky vio entonces que no se trataba de un animal, sino de un hombre. Entonces otro plano de negrura se separó, luego otro y vio que eran tres hombres. Bajo los capuchones que envolvían sus rostros de muertos, reconoció los rasgos familiares, Sears James, John Jaffrey y Lewis Benedikt estaban de pie a su lado, y Ricky sabía que estaban muertos.

Despertó gritando. Abrió los ojos para verse frente a las imágenes normales de la avenida Melrose, el dormitorio pintado de color crema con los dibujos adquiridos por Stella durante el último viaje que hicieron a Londres, la ventana que miraba hacia el gran jardín de los fondos, la camisa sobre el respaldo de una silla. La mano firme de Stella lo aferró de un hombro. De pronto el cuarto pareció quedar a oscuras. Obedeciendo a un fuerte impulso que no supo cómo interpretar, Ricky saltó de la cama, en un salto tan ágil como lo permitían sus rodillas de setenta años y fue hacia la ventana, Detrás de él, Stella dijo:

—¿Qué?

No sabía qué estaba buscando, pero lo que vio era algo inesperado: todo el jardín detrás de la casa, todos los tejados de las casas vecinas, todo cubierto de nieve. También el cielo parecía carecer de toda luminosidad. No sabía qué iba a decir, pero cuando abrió la boca, murmuró:

—Nevó toda la noche, Stella. John Jaffrey no debería haber dado nunca esa maldita fiesta.

4

Stella se sentó en la cama y le habló como si acabase de decir algo razonable.

—¿No fue esa fiesta de John hace más de un año, Ricky? No veo qué tiene que ver eso con la nevada de anoche.

Ricky se frotó los ojos y las mejillas apergaminadas y luego se alisó el bigote.

—Anoche hizo un año. —Y entonces oyó lo que había dicho—. No, desde luego que no. Nada que ver, quiero decir.

—Vuelve a la cama y dime qué te pasa, mi amor.

—No, estoy bien —dijo él, pero volvió a la cama. Cuando estaba levantando las frazadas para meterte debajo, Stella le dijo:

—No, no estás bien, hijo. Tienes que haber tenido una pesadilla horrible. ¿No quieres contármela?

—No tiene mucho sentido.

—Cuéntame, de todos modos. —Stella empezó a acariciarle la espalda y los hombros. Se volvió para mirarla, con la cabeza apoyada en la almohada de color azul marino. Como había dicho Sears, Stella era una belleza. Lo había sido cuando él la conoció y, según parecía, sería una belleza hasta que muriera. No era una belleza regordeta de ilustración de caja de bombones, sino algo que residía en los pómulos salientes, planos faciales limpios y cejas negras bien marcadas. El pelo de Stella se había vuelto de un decidido tono gris apenas cumplió los treinta años, pero se había negado a teñírselo, por haber advertido mucho antes que nadie el atractivo sexual que significaba una espesa cabellera canosa combinada con un rostro juvenil. Tenía ahora esa cabellera espesa y gris, pero el rostro no había dejado de ser juvenil. Mas exacto sería afirmar que nunca había tenido un rostro joven, pero que tampoco sería nunca viejo. La verdad era que con cada año que pasó, hasta los cincuenta años, cada vez se volvió más hermosa, para detenerse por fin en esa edad. Era diez años menor que Ricky, pero cuando tenía buen semblante, todavía aparentaba apenas cuarenta.

—Dime, Ricky —insistió—. ¿Qué diablos pasa?

Ricky empezó entonces a contarle su sueño y vio en el elegante rostro de Stella la preocupación, el horror, el amor y el temor. Seguía frotándole la espalda, pero ahora le acarició el pecho.

—Querido —le dijo cuando Ricky terminó la historia—, ¿tienes de veras sueños como éste todas las noches?

—No. —Al mirarla a la cara y estudiar lo que había bajo las emociones superficiales del momento, vio la preocupación de sí misma y la ironía que siempre estaban presentes en Stella y a las que se unía un «Eso fue lo peor». Luego, con una leve sonrisa, porque veía hacia dónde se dirigían todas esas caricias, dijo—: Este sueño fue campeón entre todos.

—En los últimos tiempos has estado muy tenso. —Stella le tomó una mano y se la besó.

—Lo sé.

—¿Todos ustedes tienen esos sueños?

—¿Todos, quiénes?

—Los de la Chowder Society —repuso ella, apoyando la mano de él en su propia mejilla.

—Creo que sí.

—Bien —dijo y se sentó en la cama para quitarse el camisón, pasándolo por sobre la cabeza—. ¿No creen, viejos tontos, que tendrían que hacer algo? —Una vez sin el camisón, sacudió la cabeza para que el pelo volviese a su lugar. Sus dos hijos le habían dejado el pecho caído y con pezones agrandados y oscuros, pero en general su cuerpo era apenas más viejo que su rostro.

—No sabemos qué hacer —confesó.

—Bien, yo sé qué hacer —dijo ella y abriendo los brazos se tendió en la cama. Si Ricky había deseado alguna vez haberse mantenido soltero como Sears, no lo deseó esa mañana.

—Viejo verde —le dijo Stella cuando terminaron—. De no haber sido por mí, habrías renunciado a esto hace tiempo. Qué gran pérdida. Si no fuera por mí, tendrías tanta dignidad que no osarías desnudarte.

—No es verdad.

—¿No, eh? ¿Qué harías, entonces? ¿Perseguir niñas como Lewis Benedikt?

—Lewis no persigue a niñas.

—Bueno, niñas de veinte años.

—No, yo no haría eso.

—Ya ves. Tenía razón yo. Tu vida sexual no existiría, como le pasa a tu queridísimo amigo Sears. —Stella acomodó las sábanas y frazadas en su lado de la cama y se levantó.

—Me ducharé yo primero —dijo. Todas las mañanas Stella necesitaba pasar un buen rato a solas en el cuarto de baño. Se puso la bata larga de color blanco tiza y adoptó una expresión como si estuviese por ordenar el saqueo de Troya—. Pero antes te diré lo que haría en tu lugar. Deberías llamar ahora mismo a Sears y contarle esa pesadilla horrorosa. No irás a ninguna parte si por lo menos no hablas un poco de ella. Si los conozco bien a ustedes dos, son capaces de pasar semanas sin decirse nada personal. Es terrible. ¿De qué hablan, dicho sea de paso?

—¿De qué hablamos? —repitió Ricky, algo desconcertado—. Hablamos de Derecho.

—Ah, Derecho —contestó Stella y se fue rápidamente al cuarto de baño.

Cuando salió, media hora más tarde, encontró a Ricky sentado en la cama con expresión confusa. Las bolsas que tenía debajo de los ojos eran más grandes que de costumbre.

—Todavía no trajeron el diario —dijo—. Fui abajo a mirar.

—Claro que no está —afirmó Stella, dejando una toalla y una caja de toallas de papel en la cama y volviéndose para dirigirse al cuarto de vestir—. ¿Qué hora imaginas que es?

—¿Qué hora? No, ¿qué hora es? Dejé el reloj sobre la mesa.

—Apenas son las siete.

—¿Las *siete*? —Normalmente nunca se levantaban hasta las ocho y en general Ricky daba vueltas por la casa antes de partir para la oficina de Wheat Row a las nueve y media. Aunque ni Sears ni él lo admitían, no había ya tanto trabajo para ellos. De vez en cuando los visitaban antiguos clientes, algunos juicios eran tan complicados que parecían con perspectivas de prolongarse a través de la década siguiente, siempre había un testamento o dos o un problema de impuestos que aclarar, pero en realidad podrían haber permanecido en casa dos días de la semana sin que nadie reparase en ello. A solas en su propio sector de oficinas, Ricky había estado leyendo en los últimos tiempos la segunda obra de Donald Wanderley, tratando de convencerse de que deseaba en realidad la presencia de su autor en Milbum—. ¿Qué estás haciendo levantada? —preguntó en voz alta.

—Me despertaste con tus gritos, permíteme que te lo recuerde —repuso Stella desde el cuarto de vestir—. Tenías problemas con un monstruo que quería comerte. ¿Recuerdas?

—Mmmm —dijo Ricky—. Me pareció que estaba oscuro afuera.

—No eludas la cuestión —insistió Stella y un minuto más tarde estaba otra vez junto a la cama, completamente vestida—. Cuando uno empieza a dar gritos en sueños, es hora de tomar en serio lo que pasa, sea lo que fuere. Sé que no consultarás a un médico...

—Por lo menos, no a un psiquiatra —afirmó Ricky—. La cabeza me funciona bien.

—Lo sabía. Pero como no contemplas eso, deberías, por lo menos, hablar de ello con Sears. No me gusta ver cómo te consumes de ansiedad. --Con esas palabras, Stella se alejó hacia la escalera.

Ricky se reclinó y se quedó pensativo. Había sido, como le dijo a Stella, la peor de sus pesadillas. Sólo pensar en ella ahora le provocaba agitación. Sólo pensar en Stella alejándose por la escalera era, en cierto nivel, motivo de agitación. El sueño había sido de un extraordinario realismo con los detalles y la consistencia de hechos que ocurren en estado de vigilia. Recordó los rostros de sus amigos, pobres cadáveres patéticos. Aquello fue horrible y, en cierto modo, inmoral y el golpe causado a su sentido de la moral más aún que todo el horror, era lo que le había hecho abrir la boca y gritar. Tal vez Stella tuviese razón. Sin saber bien cómo abordaría el tema con Sears, levantó el auricular del teléfono junto a su cama. Cuando el aparato de Sears sonó una vez, decidió que esta acción no coincidía con su manera habitual de actuar y que no tenía la menor idea de por qué Stella pensaba que Sears James tendría algo de valor que decirle. Pero era ya demasiado tarde, porque Sears había respondido y estaba hablando.

—Ricky, Sears.

Sin duda era una mañana en que todos mostraban inconsistencia en su conducta, pues nada menos típico de Sears fue la reacción que tuvo.

—Ricky, gracias a Dios que llamaste —dijo—. Debes tener un sexto sentido. Estaba por llamarte en este momento. ¿Puedes pasar a buscarme dentro de cinco minutos?

—Dame un cuarto de hora —repuso Ricky—. ¿Qué sucedió? —Y al recordar su sueño, preguntó—: ¿Se murió alguien?

—¿Por qué me lo preguntas? —preguntó a su vez Sears con un tono diferente, cortante.

—Por nada. Te lo diré después. Entiendo que no vamos a Wheat Row.

—No. Acabo de recibir un llamado de nuestro Virgilio. Quiere que vayamos allá. Quiere iniciar juicio contra cuanta gente conoce. Date prisa, ¿quieres?

—¿Elmer quiere que vayamos los dos a la parcela? ¿Qué sucedió? —Sears mostró impaciencia.

—Algo devastador, según parece. Ven de una vez, Ricky.

Mientras Ricky se metía bajo una ducha bien caliente, Lewis hacía ejercicio corriendo al trote por un sendero en el bosque. Hacía esto todas las mañanas,

recorriendo unos tres kilómetros antes de prepararse el desayuno para sí y para cualquier muchacha que hubiese pasado la noche en su casa. Hoy, como siempre después de las reuniones de la Chowder Society, no había muchacha y Lewis corría con más denuedo que el habitual. La noche anterior había sufrido la peor pesadilla de su vida. Todavía duraban sus efectos y esperaba que una buena marcha a trote los disiparía. Mientras otros hombres se confiaban a un diario o bien a su amante o bien bebían, Lewis hacía ejercicio. Y ahora con su enterizo azul marino y sus zapatillas Adidas, avanzaba sin aliento por el sendero que atravesaba sus bosques.

La propiedad de Lewis había incluido tanto los bosques como los prados, además de la parcela de piedra que amaba desde el momento en que la vio por primera vez. Era como una fortaleza, con persianas, una enorme construcción levantada a principios de siglo por un agricultor con gustos de aristócrata a quien le agradaba el aspecto de los castillos que ilustraban las novelas de Walter Scott, predilectas de su mujer. Lewis no conocía a Walter Scott ni lo admiraba, pero tantos años de haber vivido en hoteles habían dejado en él una necesidad de contar con gran cantidad de habitaciones a su alrededor. En una casa reducida habría sentido claustrofobia. Cuando decidió vender su hotel a una cadena que venía ofreciéndole sumas cada vez mayores en los seis últimos años, contó con dinero suficiente, después de pagar sus impuestos, para adquirir la única casa, ya fuese en Milburn o en sus inmediaciones, que realmente le satisfacía, además de una suma para amueblarla a su gusto. Las paredes recubiertas de madera, las armas largas y las lanzas no siempre agradaban a sus huéspedes del sexo femenino. (Stella Hawthorne, que pasó tres tardes llenas de experiencias en la parcela de Lewis poco después de su retorno, había comentado que nunca en su vida había estado en el interior de un casino de oficiales antes.) Lewis vendió el prado tan pronto como pudo, pero se quedó con el bosque porque le gustaba la idea de ser dueño de él.

Al recorrerlo al trote siempre veía algo nuevo que intensificaba su sensación de vivir: un día un manchón de flores silvestres en un hueco junto al arroyo, al día siguiente un tordo con alas rojizas, grande como un gato, que lo miraba con expresión de alucinado desde las ramas de un arce. Hoy no prestaba atención, sino que corría, simplemente, por el sendero cubierto de nieve, lleno de un anhelo de que lo que fuese que estaba sucediendo terminase de una vez. Quizás el joven Wanderley pudiese enderezar las cosas. A juzgar por su libro, él mismo conocía uno que otro lugar sombrío. Tal vez John tuviese razón y el sobrino de Edward podría descubrir, por lo menos, qué estaba pasándoles a los cuatro. No podía ser solamente culpa, después de tanto tiempo. El asunto de Eva Galli había ocurrido hacía tanto que había involucrado a cinco hombres diferentes, en un país diferente. Si uno contemplaba la región y la comparaba con lo que había sido durante la década del veinte, nunca se habría dicho que era la misma. Hasta estos bosques habían sido plantados y habían crecido por segunda vez, a pesar de que a él le gustaba imaginar que no.

Mientras corría, le agradaba pensar en los inmensos bosques naturales que en una época cubrieron casi la totalidad de América del Norte: el vasto cinturón de árboles y vegetación, la riqueza silenciosa por la cual se movían sólo él y los pieles rojas. Y unos pocos espíritus. Sí, en la interminable cripta de esos bosques cabía creer

en los espíritus. La mitología indígena estaba llena de ellos. Armonizaban con el paisaje. Ahora, en cambio, en el mundo de los Reyes de la Hamburguesa y de las canchas de golf con dispositivos automáticos para jugar, seguramente todos aquellos fantasmas tiránicos del pasado habían sido ahuyentados.

Todavía no han sido ahuyentados del todo, Lewis. Todavía no.

Era como otra voz que hablase en su interior. Qué disparate, que no se hubiesen ido, pensó, pasándose una mano por la cara.

Aquí, no. Todavía no.

Qué diablos. Se estaba asustando a sí mismo. Todavía lo afectaba la maldita pesadilla. Quizás había llegado el momento de que todos hablasen mutuamente de sus pesadillas, de que las describiesen. Y suponiendo que todos tuviesen la misma... ¿Qué significaría? La mente de Lewis no osaba adelantarse tanto. Bien, significaría algo y por lo menos hablar del asunto sería útil. Creía haber sentido tanto miedo que se despertó, esa mañana. Hundió el pie en la nieve mezclada con barro y vio con claridad la imagen final del sueño: los dos hombres que se apartaban los capuchones para mostrar los rostros cadavéricos.

Todavía no.

Maldición. Se detuvo, exactamente en la mitad del trayecto que cumplía siempre y se enjugó la frente en la manga de su chaqueta de punto. Sintió deseos de que hubiese terminado ya la carrera y de encontrarse otra vez en su cocina, preparando café, o disfrutando del aroma del tocino frito en la sartén. Se dijo a sí mismo que era mucho más fuerte de lo que parecía serlo en aquel momento, Viejo buitre... Siempre debió ser fuerte, desde el día que Linda se mató. Por un instante se apoyó en el cerco al final del sendero, donde describía una curva para volver a internarse entre los árboles y miró con aire distraído el prado que había vendido. Estaba ahora con una fina capa de nieve, una extensión de superficie desapareja en la cual momentáneamente la luz cruda se reflejó y pareció hacer ruido. Todo eso tendría que haber sido el bosque. *Donde se ocultan seres oscuros.*

Qué demonios... Bien, si se ocultaban allí, en aquel momento no veía a ninguno. El aire estaba pesado y vacío y se veía casi toda la extensión del valle, la hondonada hacia la cual iban los camiones por la Ruta 17 en dirección a Binghamton y Elmira, o bien en dirección opuesta, hacia Nueva York o Poughkeepsie. Sólo por un instante, los bosques a sus espaldas le hicieron sentirse aprensivo. Se volvió, pero no vio más que el sendero que serpenteaba entre los árboles. Oyó solamente una ardilla indignada y quejándose de que pasaría hambre ese invierno.

Hermana, todos hemos pasado hambre algunos inviernos. Estaba pensando en la estación inmediata al suicidio de Linda. Nada aleja tanto a los huéspedes como un suicidio que se divulga. ¿Y la señora Benedikt existe? Sí, sí, es ella, sangrando en todo el patio... sabe, la que tiene el cuello torcido en forma tan rara. Se fueron uno a uno y lo dejaron con una inversión de dos millones de dólares y sin la menor entrada en efectivo. Debió despedir a tres cuartas partes del personal y pagar al resto de su propio bolsillo. Pasaron tres años antes de que sus negocios se recuperasen y seis años antes de que pudiese pagar sus deudas.

De pronto tuvo deseos, no de café y tocino frito, sino de una botella de cerveza de O'Keefe. Cinco litros de cerveza. Tenía la boca seca y le dolía el pecho.

Sí, todos pasamos inviernos de hambre, hermana. ¿Cinco litros de O'Keefe? Habría bebido un barril. Al recordar la muerte de Linda, sin sentido, inexplicable, ansió intensamente embriagarse.

Era hora de volver. Sacudido por los recuerdos, pues la cara de Linda se le había presentado con total claridad, llamándolo a través de los nuevos años transcurridos, se volvió del cerco y respiró hondo. Correr, no beberse cinco litros de cerveza, era su terapia de hoy. El sendero a través de los dos kilómetros de bosque le parecía más estrecho, más oscuro. *Tu problema, Lewis, es que eres cobarde.*

Fue la pesadilla que reavivó todos aquellos recuerdos. Sears y John, con esos ropajes de la tumba, con esos rostros macabros. ¿Por qué no Ricky? Si estaban los otros dos miembros que quedaban en la Chowder Society, ¿por qué no el tercero?

Antes de empezar a correr estaba ya cubierto de sudor. El camino de regreso describía una larga curva hacia la izquierda antes de volver en la dirección de la parcela. Normalmente el largo y calmoso rodeo representaba para Lewis la parte predilecta del ejercicio de la mañana. Los bosques se cerraban frente a él casi de inmediato y antes de haber avanzado quince pasos, uno olvidaba la existencia del prado abierto que quedaba detrás. Más que ningún otro sector del sendero, el bosque parecía aquí el primitivo, con sus gruesos robles y sus abedules esbeltos como jóvenes que luchaban por espacio para sus raíces entre los apretados helechos que se adelantaban hacia el sendero. El placer al recorrerlo hoy era casi inexistente. Todos aquellos árboles, por su número y su solidez, eran vagamente amenazadores: haberse alejado en su carrera de la casa era como haberse alejado de su seguridad. Sus pasos levantaban la nieve en una nube de polvillo blanco e hizo un último esfuerzo para acortar el camino que lo llevaba a casa.

Cuando tuvo la sensación por primera vez, trató de ignorarla, en una promesa muda de no dejar que el miedo lo invadiese aún más. Se le había ocurrido de pronto que alguien estaba oculto en el punto de origen del sendero de retorno, exactamente donde estaban los pinos. Sabía que no podía haber nadie allí, pues era imposible que alguien pudiese haber atravesado el prado sin que él lo hubiese visto. Sin embargo, la sensación persistía y no pudo disiparla con los argumentos que se formulaba a sí mismo. Los ojos de su observador parecían seguirlo y penetrar cada vez más la espesura. Una cuadrilla de cuervos levantó vuelo de los robles al frente. En cualquier otra ocasión eso le habría encantado, pero en ésta dio un brinco al oír la algarabía y por poco no cayó.

Después la sensación cambió y se volvió más intensa. La persona que había estado a sus espaldas lo perseguía y lo miraba fijamente, con ojos enormes. Frenético, desesperado, corría hacia casa sin osar mirar hacia atrás. Sentía los ojos que lo miraban y la sensación persistió hasta que hubo alcanzado el sendero que cortaba el jardín a los fondos de la casa desde el borde del bosque hasta la puerta de la cocina.

Mientras corría por el sendero, sentía el dolor de su pecho al respirar afanosamente. Abrió con rapidez la puerta y entró, golpeándola tras sí. En seguida se acercó a la ventana junto a la puerta. El lugar estaba desierto y las únicas huellas de

pisadas eran las suyas. Estaba asustado, a pesar de ello, y miró entonces el límite del bosque. Por un instante un extraño impulso nervioso en el cerebro le dijo que quizá debería vender todo y mudarse a la ciudad. Pero no había huellas, no era posible que hubiese nadie allí, invisible detrás de la protección de los árboles. No permitiría que el miedo lo ahuyentase de esa casa que le era indispensable, ni que la propia debilidad lo llevase a cambiar este solitario esplendor por la incomodidad de un ambiente reducido. Se aferraría a esta decisión, tomada en medio de su fría cocina el primer día de nieve.

Puso una marmita en el fuego, retiró su cafetera de un estante, llenó el molinillo eléctrico con granos de café y lo hizo funcionar hasta que pulverizó los granos. *Qué diablos...* Abrió la heladera, sacó una botella de cerveza O'Keefe y quitándole la tapa de prisa la bebió hasta vaciarla casi, sin tomarle el gusto a la cerveza. Y al sentir caer el liquido en el estómago, un pensamiento doble lo dejó sorprendido: *Quisiera que Edward viviese. Quisiera que John no hubiese insistido tanto en esa maldita fiesta.*

6

—Bien, habla —le dijo Ricky—. ¿Se trata otra vez de intrusos? Te explicamos ya nuestra posición. Tiene que saber que aun cuando ganase un juicio, no ganaría lo suficiente para pagar las costas.

Estaban en las primeras estribaciones de las colinas que rodean el valle de Cayuga y Ricky manejaba el viejo Buick con gran precaución. Los caminos estaban resbaladizos y aunque en circunstancias normales habría colocado sus cubiertas para nieve antes de cubrir siquiera los doce kilómetros hasta la parcela de Elmer Scales, esa mañana Sears no le había dado tiempo para hacerlo. Sears mismo, enorme, con sombrero negro y abrigo de invierno con cuello de piel, parecía tan consciente de la sensación de urgencia como Ricky.

—Piensa en el volante —le dijo—. Dicen que hay hielo en los caminos de las inmediaciones de Damascus.

—No vamos a Damascus —señaló Ricky.

—Aun así.

—¿Por qué no quisiste usar tu auto?

—Esta mañana están colocándome las cubiertas para nieve.

Ricky repuso con un gruñido, divertido. Sears estaba en uno de sus estados de ánimo hoscas, consecuencia habitual cada vez que hablaba con Elmer Scales. Era uno de sus clientes más antiguos y también más difíciles. (Los había consultado por primera vez cuando tenía quince años, dándoles una larga lista de personas a las que deseaba entablar juicio. Nunca habían logrado deshacerse de él, ni tampoco Scales, por su parte, había dejado de considerar un juicio inmediato como la mejor manera de encarar cualquier indicio de conflicto.) Era un hombre delgado y excitable, con orejas salientes y voz aguda, a quien Sears había dado el apodo de «nuestro Virgilio» por las poesías que escribía y enviaba sistemáticamente a las revistas católicas y a los diarios locales. Ricky entendía que en forma igualmente sistemática las revistas se las devolvían —en una ocasión Elmer le mostró un fichero repleto de fichas de

manuscritos rechazados—, pero los diarios locales le habían publicado una o dos. Eran poemas edificantes, cuyas imágenes tenían origen en la vida de Elmer como agricultor: *Las vacas hacen muu, Las ovejas hacen mee. La Gloria Divina ilumina nuestra Fe*. Iluminado por su fe en los litigios, Elmer marchaba sin arredrarse, con sus ocho hijos.

Una o dos veces por año uno u otro de los dos socios debía acudir a la parcela de Scales, donde Elmer lo llevaba hasta un agujero en un cerco por donde un cazador o un chico había cortado camino a través de los campos. A menudo Elmer había identificado a estos intrusos con sus binoculares y siempre quería entablar un juicio. Generalmente conseguían disuadirlo, pero siempre estaba en medio de un litigio de algún tipo. Esta vez, Ricky sospechaba que los problemas de Scales eran más serios que de costumbre. Nunca antes había pedido —o mejor dicho, ordenado— a ambos socios que fuesen a la parcela.

—Como bien sabes, Sears —dijo ahora—, soy capaz de manejar y pensar al mismo tiempo. Voy a unos moderados cuarenta kilómetros por hora. Creo que puedes confiarme lo que ha inventado Elmer esta vez.

—Murieron algunos de sus animales —señaló Sears, con los labios tan apretados que parecía indicar su temor de que salieran de la huella en cualquier instante.

—Entonces, ¿para qué vamos allá? No podemos resucitarlos.

—Quiere que los veamos. Llamó asimismo a Walter Hardesty.

—Entonces no murieron simplemente.

—¿Quién puede saberlo, cuando se trata de Elmer? Y ahora, te pido que te concentres en que lleguemos allá sanos y salvos, Ricky. Esta experiencia será ya bastante sangrienta por sí sola.

Al mirar a su amigo, Ricky observó por primera vez esa mañana qué pálido estaba. Bajo la piel tirante unos vasos azulados llegaban en ciertos puntos a hacerse visibles, muy cerca de la superficie. Bajo los ojos azules de mirada vivaz había manchas grises de piel surcada de arrugas.

—No dejes de mirar el camino —le dijo Sears.

—Tienes un aspecto terrible.

—No creo que Elmer lo note.

Los ojos de Ricky estaban por suerte fijos en el camino otra vez, lo cual lo autorizaba a volver a hablar.

—¿Pasaste una mala noche?

—Creo que está empezando a derretirse —dijo Sears.

Como esto era una flagrante mentira, Ricky decidió ignorar la respuesta.

—Te pregunté si pasaste una mala noche.

—Ricky, el observador. Sí, pasé mala noche.

—Yo, también. Stella cree que debemos conversar sobre esto.

—¿Por qué? ¿También ella pasa malas noches?

—Creo que discutirlo sería útil.

—Eso suena como algo típico de una mujer. Hablar no hace más que reabrir heridas. No hablar ayuda a cicatrizarlas.

—En tal caso, fue un error invitar a Donald Wanderley a venir. Sears murmuró algo, exasperado.

—Fui injusto al decir eso —dijo Ricky—. Siento haberlo hecho. Creo, *con* todo, que deberíamos hablar por la misma razón por la que tú consideras que debemos hacer venir al muchacho.

—No es un muchacho. Debe tener treinta y cinco años. Y aun cuarenta, quizá.

—Sabes qué quiero decir —Ricky respiró hondo—. Y ahora, deseo pedirte perdón de antemano, porque estoy por contarte mi pesadilla. La tuve anoche. Stella dice que me desperté gritando. De cualquier manera, fue el peor de los sueños que he tenido hasta ahora. —El cambio en la atmósfera interior del auto indicó a Ricky que Sears mostraba un profundo interés—. Estaba en una casa vacía, en un piso superior, y una bestia misteriosa estaba tratando de encontrarme. Omitiré el medio, pero la sensación de peligro era avasalladora. Al final del sueño entró en el cuarto donde yo estaba, pero no era ahora un monstruo. Eran tú, Lewis y John. Los tres estaban muertos. —Al mirar de reojo, Ricky vio la curva de la mejilla manchada de Sears y la del ala de su sombrero.

—¿Nos viste a los tres?

Ricky hizo un gesto afirmativo.

Sears se aclaró la garganta y seguidamente bajó el vidrio de la ventanilla unos centímetros. El auto se llenó de aire glacial. Debajo del abrigo negro, el pecho de Sears se expandió y algunos pelos rígidos de su cuello de piel se aplastaron bajo la ráfaga.

—Qué extraordinario —dijo—. ¿Dices que estábamos los tres?

—Sí. ¿Por qué?

—Extraordinario. Porque yo tuve un sueño idéntico. Pero cuando esa cosa horrible se metió en mi cuarto, vi solamente a dos hombres. Lewis y John. Tú no estabas.

Ricky percibió una nota en la voz de su amigo que le llevó un momento identificar, pero cuando lo hizo, el darle un nombre bastó para hacerle guardar silencio hasta que doblaron en el largo camino que conducía a la parcela de Elmer: era envidia.

—Nuestro Virgilio —declaró Sears. En esto pensaba Ricky mientras avanzaban despacio por la senda en dirección a la casa de dos pisos, solitaria y aislada, cuando vieron a Seales, obviamente lleno de impaciencia, con gorra y chaqueta a cuadros, que los esperaba en la galería. Al mismo tiempo se le ocurrió que tanto la casa como Seales mismo parecían salidos de un cuadro costumbrista de Andrew Wyeth, o mejor aún de una ilustración del dibujante Norman Rockwell con sus temas tradicionales. Las orejas aparecían enrojecidas bajo las orejeras de su gorra, atadas arriba del cráneo. En el espacio despejado delante de la entrada estaba estacionado un Dodge de color gris y cuando Ricky detuvo el suyo junto a él, vio que tenía el sello del jefe de policía en la puerta.

—Está Walt aquí —dijo. Sears hizo un gesto mudo.

Bajaron ambos del automóvil ajustándose bien los abrigos alrededor del cuello. Scales, flanqueado por dos niños que tiritaban de frío, no se movió de la entrada cubierta por un alero. Tenía la expresión alterada y a la vez rígida de obstinación con que acudía a sus litigios más violentos. La voz aguda los llamó: —Ya era hora de que llegasen mis dos abogados. Hace diez minutos que está aquí Walt Hardesty.

—No tuvo que viajar tanto —rezongó Sears. El ala del sombrero se le levantó con el viento que corría sin obstáculo por los campos.

—Sears James, estoy seguro de que nadie se quedó jamás con la última palabra al hablar contigo. ¡Vamos, chicos! Métanse en casa o se les congelará el trasero. —Al decir esto dio leves palmadas a ambos crios y los dos chicos desaparecieron detrás de la puerta. Scales estaba un paso más arriba de los dos hombres y sonreía sin mayor humorismo.

—¿Qué pasa, Elmer? —le preguntó Ricky, sin soltarse el cuello del abrigo. Tenía los pies, dentro de los lustrados zapatos negros, hechos un par de témpanos.

—Tendrán que verlo. En realidad no están vestidos para caminar por los prados, como que son gente de la ciudad. Bien, mala suerte para ustedes. Esperen un segundo. Traeré a Hardesty. —Después de desaparecer unos instantes en la casa volvió acompañado por el jefe de la policía, Hardesty, que vestía una chaqueta suelta de algodón forrada de piel de carnero y llevaba un sombrero de alas anchas. Después de haber oído el comentario de Scales, Ricky no pudo menos que advertir que el *sheriff* calzaba gruesas botas de cuero.

—Señor James, señor Hawthorne —los saludó. El vapor brotaba de su bigote, más espeso e hirsuto aún que el de Ricky. Con su atuendo de vaquero, Hardesty aparentaba tener quince años menos de los que tenía en realidad—. Ahora que llegaron ustedes —dijo—, puede ser que Elmer nos muestre el misterio de que habla.

—No duden de que se los mostraré —afirmó Scales. Bajaron los escalones de la entrada y con el dueño de casa abriendo la marcha, se alejaron por una senda en dirección al establo salpicado de nieve.

—Por aquí, señores. Verán lo que voy a mostrarles. Hardesty caminaba a la par de Ricky y Sears, solo, con inmensa dignidad, el último del grupo.

—Frío de perros —comentó el *sheriff*—. Sospecho que tendremos un invierno largo.

—Espero que no —dijo Ricky—. Soy demasiado viejo para soportar inviernos largos.

Con gestos exagerados y una expresión semejante a alegría en el rostro huesudo, Elmer Scales abrió el candado en un largo cerco de madera que llevaba a un potrero cerrado.

—Y ahora, fíjate bien, Walt —dijo—. Ve si eres capaz de encontrar huellas. —Al decir esto señaló unas pisadas en ángulo, como las de un gato, sólo que eran humanas—. Estas son las mías de esta mañana, al ir y volver. —Las de regreso estaban bien separadas, como si Scales hubiese vuelto corriendo— ¿Dónde está tu libreta? ¿No piensas anotar nada?

—Cálmate, Elmer —repuso el *sheriff*—. Primero quiero ver de qué se trata.

—Tomaste notas bien rápido cuando mi chico mayor chocó con el auto.

—Vamos, Elmer. Muéstranos lo que quieres que veamos.

—Ustedes, *dandies* de ciudad, se arruinarán los zapatos —dijo Elmer—, pero no hay remedio. Síganme.

Hardesty obedeció y siguió a Elmer. Sus anchas nalgas bajo el abultado chaquetón daban al agricultor a su lado el aspecto de un ágil adolescente. Ricky miró hacia atrás en dirección a Sears, que llegaba ahora al portón y contemplaba el prado cubierto de nieve con aire de malhumor.

—Podría habernos avisado que debíamos traer calzado para nieve —se quejó.

—Mira, Elmer se divierte —le dijo Ricky con aire sorprendido.

—Se divertirá mucho más cuando yo me atrape una pulmonía y le inicie un juicio a él —murmuró Sears—. Bien, ya que no hay alternativa, sigamos.

Con aire decidido puso un pie bien calzado en el suelo del potrero, donde inmediatamente se le hundió en la nieve hasta los cordones. Con una exclamación de disgusto, lo levantó y lo sacudió. Los otros estaban ya en la mitad del camino al atravesar el potrero.

—No seguiré —afirmó Sears, metiéndose las manos en los bolsillos del excelente abrigo que llevaba—. Qué diablos... que venga a la oficina.

—En tal caso, será mejor que yo vaya —dijo Ricky y fue detrás de los otros dos hombres. Walter Hardesty se había vuelto para mirarlos y al hacerlo se acariciaba el gran bigote, policía de frontera trasladado a un campo nevado en el Estado de Nueva York. Aparentemente, sonreía. Elmer Scales seguía avanzando, sin reparar en nada. Ricky avanzó a su vez, apoyando los pies en las huellas dejadas por los otros. Detrás de él oyó a Sears dejar escapar un ruidoso suspiro, suficiente para inflar un globo, y emprender la marcha para seguirlos. Con un aire de triunfante alegría, Elmer se detuvo en una eminencia del terreno. Junto a él, cubiertas a medias por la nieve, había pilas de ropa sucia. Cuando Hardesty llegó junto a estas pilas grisáceas, se arrodilló y hurgó bajo la pila. Luego gruñó, empujó y Ricky vio aparecer cuatro patas negras y rígidas, levantadas en el aire.

Con los zapatos empapados y los pies helados, Ricky llegó a su vez junto a ellos. Sears, con los brazos bien separados para mantener el equilibrio, seguía avanzando hacia ellos, con el ala del sombrero aplastada hacia arriba por el viento.

—No sabía que criabas aún ovejas —oyó decir a Hardesty.

—¡No las crío! —gritó Scales—. Tenía sólo esas cuatro y ahora no las tengo. Alguien las mató. Las tenía como recuerdo de los viejos tiempos. Mi padre tenía unas doscientas, pero no hay ganancia en esas tontas hoy en día. A los chicos les gustaban, eso es todo.

Ricky miró los cuatro animales muertos. Tendidos sobre los flancos, los ojos vidriosos, la nieve sobre la lana apelmazada. Ingenuamente, preguntó:

—¿Qué las mató?

—¡Exacto! Es eso, ¿ven? —Elmer entraba ahora en un estado de furia—. ¡Qué! ¡Bien, ya que ustedes representan la ley aquí, díganmelo!

Arrodillado junto al cuerpo grisáceo de una de las ovejas que había vuelto hacia arriba, Hardesty miró a Scales exasperado.

—¿Quieres decir que no sabes, siquiera, si estos animales murieron por causas naturales?

—¡Yo sé, yo sé! —dijo Scales, levantando los brazos en un gesto dramático. Parecía un murciélago pronto a levantar vuelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé que nada es capaz de matar a estas bestias, es eso lo que sé. ¿Y qué demonios podría matar a las cuatro a la vez? ¿Síncopes? ¡Vaya!

Sears se reunió con ellos y su silueta junto a Hardesty arrodillado hizo parecer pequeño a este último.

—Cuatro ovejas muertas —dijo, contemplándolas—. Y ahora supongo que quieres hacerles juicio.

—¿Qué? ¡Encuentra al loco que hizo esto y le haré juicio!

—¿Y quién podría ser?

—No sé, pero...

—Dilo —dijo Hardesty, levantando los ojos de las ovejas tendidas junto a sus rodillas.

—Se los diré adentro. Entretanto, don *sheriff*, mírelas bien y tome nota de lo que les hizo él.

—¿Él?

—Adentro.

Hardesty, con el ceño fruncido, hurgaba una carcaza.

—Para esto necesita un veterinario, Elmer, no a mí. —Sus manos se movieron sobre el pescuezo del animal—. ¡Un momento! —exclamó.

—¿Qué? —dijo Scales, dando casi un salto de expectativa.

En lugar de responder, Hardesty se desplazó de costado hasta la oveja siguiente y hundió profundamente las manos en la lana del pescuezo.

—Podrías haber visto esto tú mismo —dijo y asiendo la nariz y la boca de la oveja retiró hacia atrás la cabeza.

—Jesús —dijo Scales. Los dos abogados se quedaron mudos. Ricky miró la herida, visible ahora: era como una gran boca, el largo corte en el pescuezo del animal.

—Buen trabajo —observó Hardesty—. Excelente trabajo. Bien, Elmer. Probaste lo que querías probar. Volvamos a la casa —agregó—, limpiándose los dedos en la nieve.

—Jesús —repitió Elmer—. ¿Degolladas? ¿Las cuatro?

Con un gesto de fatiga, Hardesty tiró hacia atrás las cabezas de los otros dos animales.

—Todas —repuso.

Unas viejas voces resonaron con claridad en la mente de Ricky. Se miraron con Sears y luego apartaron la vista, turbados.

—¡Perseguiré hasta la muerte al que me hizo esto! —chilló Elmer—. ¡Mierda! ¡Sabía yo que había algo raro aquí! ¡Mierda!

Hardesty miraba ahora el potrero desierto.

—¿Estás seguro de que subiste aquí una sola vez y volviste directamente a casa?

—Claro.

—¿Cómo supiste que pasaba algo raro?

—Porque las vi aquí esta mañana, desde mi ventana. Generalmente cuando me lavo la cara por la mañana, lo primero que veo es esas estúpidas. ¿Comprenden? —dijo, señalando los campos en dirección a la casa. Al mirar todos, vieron los vidrios relucientes de la ventana de la cocina—. Aquí hay pasto debajo de la nieve. No hacen más que pasearse todo el día y llenarse la panza. Cuando la nieve se vuelve realmente espesa, las meto en el establo. Hoy miré y las vi, pero como están ahora. Pasaba algo malo y por lo tanto me puse las botas y el abrigo y vine. Después te llamé, Walt, y a ustedes, los abogados. Quiero iniciar juicio y quiero que arresten a quienquiera que haya hecho esto.

—No hay huellas, aparte de las nuestras —observó Hardesty, palpándose el bigote.

—Lo sé —dijo Scales—. Las borró.

—Podría ser. Pero generalmente se nota en nieve fresca.

Jesús, se movió. No es posible, está muerta.

—Además, noté otra cosa —dijo Ricky, rompiendo el silencio lleno de suspicacia entre los dos hombres y acallando a la vez la voz de demente que hablaba dentro de él mismo—. No hay sangre.

Por un instante los cuatro hombres se quedaron mirando las ovejas y la nieve fresca. Era verdad.

—¿Podemos irnos de esta estepa, ahora? —preguntó Sears.

Elmer seguía mirando con fijeza la nieve y tragando saliva. Sears emprendió el regreso a través del potrero y muy pronto lo siguió el resto.

—Muy bien, chicos, fuera de la cocina. Vayan arriba —gritó Scales cuando llegaron a la casa y se quitaron los abrigos—. Tenemos que hablar en privado. Vamos, fuera —dijo haciendo gestos con las manos a los chicos congregados en el vestíbulo, mirando absortos la pistola de Walter Hardesty—. ¡Sarah! ¡Mitchell! Arriba ya mismo. —Llevó luego a los hombres a la cocina, donde una mujer tan delgada como Elmer se levantó de un salto de una silla y retorciéndose las manos, dijo:

—Señor James, señor Hawthorne... Les vendría bien un poco de café, ¿no?

—Una toalla de papel, por favor, señora Scales —dijo Sears—. Luego café.

—Toalla...

—Para limpiarme los zapatos. Sin duda el señor Hawthorne necesita lo mismo.

La mujer miró consternada los zapatos del abogado.

—¡Ah, veo ahora! Venga, se los limpiaré —dijo y sacando un rollo de toalla de papel del armario, arrancó un pedazo largo e hizo el ademán de arrodillarse a los pies de Sears.

—De ninguna manera —le dijo éste, tomando el papel arrugado de manos de ella. Sólo Ricky sabía que Sears estaba perturbado y no era simplemente grosero.

—Señor Hawthorne... —Un poco desconcertada por la frialdad de Sears, la mujer se volvió hacia Hawthorne.

—Sí, por favor, señora Scales, ayúdeme —dijo Ricky—. Es muy amable.

A su vez aceptó un largo trozo de toalla.

—Estaban degolladas —relató Elmer a su mujer—. Qué te dije... Anduvo un loco por aquí. Y además —en ese punto levantó la voz— es un loco que vuela, porque no dejó huellas de pisadas.

—Diles —dijo la mujer a Elmer. Este la miró fijamente y ella se apresuró a preparar el café.

—¿Que nos diga qué? —quiso saber Hardesty. Sin su atuendo de personaje de televisión, el *sheriff* había vuelto a aparentar sus cincuenta años. . «Chupa más que nunca», pensó Ricky al ver la red de venas en el rostro de Hardesty, la falta de firmeza cada vez más obvia. La verdad era que a pesar de su aspecto de Texas Ranger, de la nariz aguileña, de las mejillas curtidas y de los ojos azules de buen tirador, Walt Hardesty era demasiado holgazán para ser un buen funcionario de la policía. Era típico que hubiese sido necesario señalarle el segundo par de ovejas. Y Elmer Scales tenía razón: debería haber tomado notas.

Ahora el agricultor estaba satisfecho de sí mismo y dispuesto a dar la nota sensacional. Los tendones le sobresalían en el cuello flaco y sus orejas de murciélago tenían un tono más rojo que de costumbre.

—Qué diablos... Yo lo vi, ¿no? —Al decir esto, puso cara de compungido, con la boca entreabierta y miró a todos por turno.

—Lo vio —repitió su mujer, a sus espaldas, en un eco que tenía algo de irónico.

—Calla, mujer, ¿qué más? —dijo Scales golpeando la mesa con el puño—. Prepara ese café y deja de interrumpirme. —Volviéndose a los tres hombres, prosiguió—: ¡Grande como yo! ¡Más grande que yo! ¡Mirándome! ¡Lo más raro que haya visto nunca! —Disfrutaba del instante y abrió los brazos—. ¡Afuera, ni más ni menos! Apenas un poquito más lejos que esto, de donde estoy ahora. ¡Como las manzanas!

—¿Lo reconociste? —le preguntó Hardesty.

—No lo vi bien. Les diré ahora cómo fue. —Elmer se paseaba por la cocina, sin poder quedarse quieto y Ricky recordó una vieja idea de que nuestro Virgilio. escribía poesías porque era demasiado inquieto para detenerse a pensar que no era capaz de escribirlas—. Estaba aquí anoche, tarde ya. No podía dormir, como siempre.

—Como siempre —repitió con soma su mujer.

Se oyeron chillidos y golpes sordos en el piso alto.

—Deja el café y sube. Ponlos en vereda —le dijo Scales. Mientras ella se iba, calló. Muy pronto se oyó otra voz sobre la cacofonía general y luego, silencio.

—Como estaba diciendo... Estaba aquí, leyendo unos folletos de equipo rural y unos catálogos de semillas. ¡Y entonces., oigo algo en el establo! ¡Merodeador! ¡Maldición! Me levanto de un salto y me acerco a la ventana. Veo que está nevando. Mañana habrá que trabajar, me digo. Y entonces, lo vi. Junto al establo. No, entre el establo y la casa.

—¿Cómo era? —dijo Hardesty. Seguía sin tomar notas.

—¡No sé! ¡Estaba demasiado oscuro! —Su voz pasó ahora de medio soprano a soprano—. ¡Lo vi allí, mirando, mirando!

—¿Lo viste en la oscuridad? —le preguntó Sears, con tono hastiado—. ¿Tenías encendidas las luces de afuera?

—Señor abogado, debe estar bromeando. Con las cuentas de electricidad que tenemos... No, pero lo vi y sé que era grande.

—Vamos, ¿cómo lo sabes, Elmer? —dijo Hardesty. La señora Scales bajaba por las escaleras de madera, con un ruido característico de sus zapatos al golpear cada escalón. Ricky estornudó. Un niño comenzó a silbar y calló bruscamente al detenerse los pasos en la escalera.

—¿Acaso no le vi los ojos? ¿No se los vi? ¡Mirándome! ¡A cerca de dos metros del suelo!

—¿Le vio sólo los ojos? —preguntó Hardesty, incrédulo—. ¿Y qué diablos hacían los ojos de este hombre, Elmer? ¿Brillar en la oscuridad?

—Acabas de decirlo —repuso Elmer.

Ricky se volvió con viveza hacia Elmer, que miraba a todos con evidente satisfacción. Luego, sin haber tenido la intención de hacerlo, miró a Sears por sobre la mesa. Sears se había puesto rígido, tenso al oír la última pregunta de Hardesty y trataba de no mostrar emoción, pero en el rostro redondo de su amigo vio lo mismo. *Sears también. Para él también significaba algo.*

—Bien, yo espero que lo atrapes, Walt y que ustedes dos, mis abogados, le hagan un juicio que lo deje sin un cobre —dijo Elmer con aire decidido.

Su mujer entraba en la cocina en aquel momento y apoyaba con gestos lo dicho por su marido. Luego retiró la cafetera del fuego.

—¿Y usted vio algo anoche, señora Scales? —le preguntó Hardesty. Ricky vio entonces en los ojos de Sears una expresión que indicaba haber reconocido algo y supo que se había delatado a sí mismo.

—Lo único que vi fue un marido muerto de miedo —contestó ella—. Supongo que eso no lo dijo.

Elmer carraspeó. Se le movió la nuez de Adán.

—La verdad es que fue muy raro —afirmó.

—Sí —dijo Sears—. Creo que sabemos ya todo lo que necesitamos saber. Disculpen todos, pero Hawthorne y yo debemos volver a la ciudad.

—¡Primero, tome su café, señor Sears! —dijo la señora Scales, apoyando una taza de plástico de gran tamaño sobre la mesa—. Si piensa entablar juicio contra alguien hasta dejarlo sin un cobre, necesita conservar bien las fuerzas.

Ricky se obligó a sonreír, pero Walt Hardesty festejó el comentario con una risotada.

Afuera Hardesty, otra vez bajo la protección de sus ropas de Texas Ranger, se inclinó para hablar en voz baja por la rendija de unos centímetros dejada por Sears en la ventanilla.

—¿Vuelven ustedes a la ciudad? ¿Podríamos encontrarnos en alguna parte para conversar? Podría ser importante, o bien, no. Con todo, quisiera hablarles.

—Muy bien. Iremos directamente a su oficina.

La mano enguantada de Hardesty se acarició el mentón.

—Preferiría no hablar de esto en presencia de los otros muchachos.

Ricky tenía las manos en el volante, el rostro alerta vuelto hacia Hardesty, pero una única idea en la mente: *Comienza. Comienza y no sabemos qué es.*

—¿Qué propones entonces, Walt? —preguntó Sears.

—Que nos detengamos en el camino, en algún lugar no muy concurrido, donde podamos hablar tranquilos. Por ejemplo, ¿conocen Humphrey's, enseguida de pasar los límites de la ciudad, en la ruta de las Siete Millas?

—Creo haberlo visto.

—Suelo usar un salón al fondo como oficina cuando tengo asuntos confidenciales. ¿Les parece que nos encontremos allá?

—Si insiste —dijo Sears, sin molestarse en consultar a Ricky.

Siguieron el auto de Hardesty de regreso a la ciudad, viajando a mayor velocidad que en el viaje de ida. El hecho de que ambos sabían lo que Elmer Scales había visto de aterrador les impedía hablar. Cuando por fin Sears lo hizo, el tópico elegido fue neutral.

—Hardesty es tonto e incompetente. Asuntos confidenciales... Su único asunto confidencial es su botella de alcohol.

—Bien, ahora sabemos dónde pasa las tardes. —Ricky abandonó la carretera para entrar en la Ruta de Siete Millas. La taberna, único edificio visible allí, era una colección de ángulos y salientes grises doscientos metros más adelante, sobre la derecha.

—Mira. Traga bebida gratuita en el salón de los fondos de Humphrey Stalladge. Le iría mejor en una fábrica de zapatos en Endicott.

—¿De qué crees que nos hablará?

—Lo sabremos bien pronto. Aquí está el lugar de la cita.

Hardesty los esperaba junto a su automóvil en la gran playa de estacionamiento, casi vacía a esa hora. Humphrey's no era en realidad más que una taberna de carretera, con una fachada adornada con techos quebrados y en ángulo agudo y dos grandes ventanales negros. En uno de ellos el nombre aparecía en luces de neón. En la otra había otro letrero luminoso que anunciaba en forma intermitente *Utica Club*. Ricky se detuvo al lado del automóvil del *sberiff* y los dos abogados bajaron y afrontaron el viento helado.

—Síganme —les dijo Hardesty con falsa cordialidad. Después de mirarse mutuamente con una sensación de aprensión compartida, subieron las escaleras de cemento detrás de Hardesty. Ricky estornudó muy fuerte dos veces seguidas tan pronto como se encontró dentro de la taberna.

Omar Norris, miembro de la pequeña colectividad local de bebedores empedernidos, estaba sentado en un taburete junto al bar y los miró lleno de asombro. El gordo Humphrey Stalladge se movía entre los compartimientos del salón, vaciando ceniceros.

—¡Walt! —saludó y luego hizo otro gesto de saludo a Ricky y a Sears.

El porte de Hardesty era diferente ahora. Dentro de la taberna se sentía más alto, más señorial y su actitud hacia los dos hombres mayores sugería que ellos habían venido allí en busca de su consejo. Entonces Stalladge miró con mayor atención a Ricky y dijo:

—El señor Hawthorne, ¿no? —y con una sonrisa, añadió—: ¡Vaya! Ricky adivinó entonces que Stella había visitado aquel lugar en alguna oportunidad.

—¿Podemos pasar al salón privado? —preguntó Hardesty.

—Para ustedes, siempre está libre —Stalladge señaló una puerta que decía «Privado», en un rincón detrás de la larga barra y miró a los tres hombres mientras atravesaban el salón por el piso lleno de polvo. Omar Norris, sorprendido aún, los miraba. Hardesty caminaba como un miembro de la FBI, Rocky se destacaba solamente por su sobria minuciosidad en el vestir; Sears, por su presencia imponente, que recordaba, como se le ocurrió sólo en ese momento a Ricky, a Orson Welles.

—Traes buena compañía hoy, Walt —dijo Stalladge en voz alta a espaldas de ellos. Sears hizo uno de sus ruidos guturales de disgusto. Al mismo tiempo, Hardesty aceptó el comentario con un gesto displicente de la mano enguantada. Con un gesto de príncipe, Hardesty les abrió la puerta.

Pero una vez detrás de la puerta, después de indicarles que debían recorrer el oscuro pasillo hasta el salón que se encontraba al final de él, Hardesty aflojó los hombros, adoptó una expresión menos tensa y dijo:

—¿Quieren beber algo? —los dos hombres respondieron negativamente—. Yo tengo un poco de sed —dijo entonces y volvió a salir por la puerta.

Sin decir una palabra los abogados recorrieron el pasillo y entraron en el sucio saloncito de los fondos. La mesa, cubierta de cicatrices de mil generaciones de cigarrillos estaba en el centro, rodeada por seis sillas plegables. Ricky encontró el conmutador y encendió la luz. Entre la lamparilla invisible y la mesa, había pilas de barriles de cerveza que llegaban casi hasta el techo. Aun con la luz encendida, la porción del frente del cuarto estaba tan oscura como antes.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Ricky.

Sears se sentó pesadamente en una de las sillas plegables, suspiró, se quitó el sombrero y lo puso con gran cuidado sobre la mesa.

—Si lo que preguntas es qué saldrá de esta fantástica excursión, te respondo que nada, Ricky, nada.

—Sears —empezó a decir Ricky—, creo que debemos hablar de lo que Elmer vio allá.

—Delante de Hardesty, no.

—Estoy de acuerdo. Ahora.

—Ahora, no. Por favor.

—Todavía tengo los pies fríos —dijo Ricky y Sears le dirigió una de sus poco frecuentes sonrisas.

Oyeron que se abría despacio la puerta en el extremo del pasillo y a poco apareció Hardesty con un vaso lleno de cerveza, en una mano y una botella llena hasta la mitad y su sombrero de alas anchas en la otra. Tenía la tez algo más congestionada, como si la hubiese azotado un fuerte viento del Far West.

—La cerveza es lo mejor para la garganta seca —dijo Hardesty. Bajo el camuflaje de cerveza que se expandió en su aliento al hablar se percibía otro olor más intenso, más penetrante, el del whisky ordinario—. Realmente humedece las cañerías. —Ricky calculó que el *sberiff* había conseguido tragarse un vasito de whisky

y media botella de cerveza en el instante que había pasado junto al bar—. ¿Estuvieron aquí antes?

—No —repuso Sears.

—Bien, es un lugar cómodo. Se puede estar a solas y Humphrey cuida que nadie moleste si tenemos algo confidencial que decir. Además está más o menos apartado, de manera que es poco probable que nadie vea al *sheriff* y a dos de los abogados más distinguidos de la ciudad metiéndose en una taberna.

—Nadie, salvo Omar Norris.

—Es cierto, pero no creo que él lo recuerde —Hardesty pasó una pierna sobre una silla, como si tuviese intención de montar en ella, se sentó y al mismo tiempo dejó caer su sombrero sobre la mesa. Sears movió el propio un poco más cerca de su abdomen, mientras el *sheriff* bebía un gran sorbo de su vaso.

—Si puedo repetir una pregunta hecha por mi socio aquí, ¿qué estamos haciendo en este lugar?

—Señor James, quiero decirle una cosa. —Los ojos del seudo vaquero tenían la límpida sinceridad de un borracho—. Debe comprender por qué teníamos que alejarnos de Elmer para hablar. Nunca vamos a descubrir quién mató esas ovejas. —Después de beber, contuvo un eructo con el dorso de la mano.

—¿No? —por lo menos, la terrible comedia de Hardesty lograba distraer la mente de Sears de sus propias preocupaciones. Ahora fingía sorpresa e interés.

—No, no hay manera, no hay forma. No es la primera vez que sucede algo como esto.

—¿No? —preguntó Ricky y se sentó, mientras se preguntaba cuánto ganado habían matado en las inmediaciones de Milburn sin que él se hubiese enterado.

—No, ni mucho menos. No aquí, les diré, pero en otros puntos del país.

—Ah —Ricky se apoyó contra la silla desvencijada.

—Recordarán hace unos años, cuando fui a la convención de la policía en Kansas City. Viajé en avión y permanecí allí una semana. Viajé espléndidamente.

Ricky recordaba esto, porque después del regreso de Hardesty el policía había hablado en los Leones, los Kiwanis, el Rotary y otras organizaciones cívicas, la Asociación de Tiro, la Logia Masónica y la Sociedad John Brch, y por último a agrupaciones de veteranos y amigos de los bosques. Las organizaciones habían costado su viaje y por obligaciones de orden social, Ricky pertenecía a la tercera parte de ellas. Su tema había sido la «Necesidad de contar con una fuerza bien equipada en defensa de la ley y el orden en las ciudades más pequeñas de los Estados Unidos».

—Bien —dijo Hardesty, sosteniendo la botella de cerveza en una mano como si fuese un chorizo—. Una noche en el motel, me puse a conversar con un grupo de jefes de policía de ciudades pequeñas. Eran de Kansas, Missouri y Minnesota. Ustedes saben. Hablaban de regiones exactamente como la nuestra y sobre el mismo problema, esos crímenes raros que nunca se esclarecen. Ahora lo que quiero señalar es esto. Por lo menos dos o tres de esos hombres se vieron frente a lo mismo, ni más ni menos, que vimos hoy. Un número de animales muertos en un campo, bang, bang, muertos de la noche a la mañana. No se veía el origen de la muerte hasta que uno

miraba mejor y encontraba... Ya saben qué. Heridas muy bien hechas, como las que haría un cirujano. Y nada de sangre. Exangües, como los llaman. Uno de esos hombres dijo que hubo una ola de estos hechos en todo el valle del río Ohio durante la década del sesenta. Caballos, perros, vacas... probablemente somos los primeros en tener ovejas. Pero usted, señor Hawthorne, me hizo recordar todo esto cuando dijo que no había sangre. Es la verdad, eso me hizo recordarlo. Cabría imaginar que esas ovejas sangrarían. Y en Kansas City sucedió lo mismo exactamente un año antes de la conferencia, alrededor de Navidad.

—Qué disparate —dijo Sears—. No pienso seguir escuchando estas cosas absurdas.

—Discúlpeme, señor Sears. No es un disparate. Todo esto sucedió. Podría encontrarlo en el «Kansas City Times» Diciembre de 1973. Un montón de ganado muerto, sin huellas de pisadas, sin sangre. Y había allí también nieve fresca, como hoy aquí. —Mirando a Ricky, guiñó un ojo y apuró su cerveza.

—¿Nunca arrestaron a nadie? —preguntó Ricky.

—Nunca. En todos esos lugares, jamás encontraron a alguien. Era como si algo malo hubiese llegado, dado su función y partido otra vez. Mi idea es que estas cosas tienen algo de broma pesada.

—¿A qué se refiere? —dijo Sears con vehemencia—. ¿Vampiros? ¿Demonios? Qué locura.

—No, no digo eso. Qué diablos, sé bien que no existen los vampiros, así como sé que ese maldito monstruo en el lago de Escocia tampoco está allá. —Hardesty se echó hacia atrás en su silla y apoyó la nuca en las manos entrelazadas—. Pero nadie encontró nunca nada y tampoco lo encontraremos. Ni siquiera tiene sentido buscar. Lo que he pensado es que mantengamos conforme a Elmer diciéndole que estamos trabajando muchísimo en el asunto.

—¿Realmente es todo lo que usted piensa hacer? —preguntó Ricky, sin poder creerlo.

—No, quizá mande a uno de mis hombres a revisar algunas de las parcelas y a preguntar si vieron algo raro anoche, pero eso es más o menos todo.

—¿Y nos trajo especialmente hasta aquí para decimos sólo eso? —preguntó Sears.

—Sí.

—Vamos, Ricky. —Sears reriró su silla y tomó su sombrero.

—Y realmente pensé que los dos abogados más distinguidos de nuestra ciudad podrían decirme algo.

—Yo podría hacerlo, pero dudo que usted me escuchase.

—Seamos menos soberbios, señor James. Estamos ambos en el mismo equipo, ¿no?

Ricky dijo entonces, tratando de cubrir la explosión del aliento indignado de Sears:

—¿Qué imaginó que podríamos decirle?

—Por qué creen saber algo de lo que sucedió en casa de Elmer anoche.

—El *sberiff* se palpó una arruga en la frente y sonrió—. Ustedes dos, señores, se quedaron rígidos cuando Elmer habló de lo que había visto. Por lo tanto, saben algo, o bien oyeron o vieron algo que no quisieron mencionar a Elmer Scales. Bien, supongamos que presten un poco de apoyo al representante de la policía local y hablen.

Sears se levantó lentamente de la silla.

—Yo vi cuatro ovejas muertas. No sé nada. Y eso, Walt, es todo. —Retirando bruscamente su sombrero de la mesa, dijo a Ricky—: Vamos. Hagamos ahora algo útil.

—Tiene razón, ¿no?

Doblaban en aquel momento la esquina de Wheat Row. La vasta mole gris de la Catedral de San Miguel se elevaba hacia el espacio a la derecha. Las grotescas y sagradas figuras arriba de la puerta y junto a las ventanas vestían túnicas y llevaban tocas de nieve fresca, como si hubiesen quedado congeladas en su lugar.

—¿Sobre qué? —Sears señaló el edificio de sus oficinas—. Milagro de milagros. Lugar para estacionar delante mismo de nuestra puerta.

—Sobre lo que vio Elmer.

—Si le resulta obvio a Walt Hardesty, tiene que ser muy obvio. Realmente.

—¿Tú viste algo?

—Vi algo que no estaba allí. Tuve una alucinación. Cabe Suponer, entonces, que estaba demasiado cansado y de alguna manera afectado por el cuento que les conté.

Con mucho cuidado, Ricky entró en marcha atrás en el lugar que quedaba delante del edificio de oficinas.

Sears tosió, apoyó la mano en el picaporte de la puerta, pero no se movió. A los ojos de Ricky, tenía ya el aspecto de quien se arrepiente de antemano de algo que va a decir.

—Entiendo que tú viste más o menos lo mismo que vio nuestro Virgilio —dijo Ricky.

—Sí —repuso Sears—. No, lo sentí, pero sabía lo que era.

—Qué me dices...

Sears volvió a toser y Ricky se puso tenso de expectativa.

—Vi a Fenny Bate.

—¿El chico de tu historia? —Ricky se quedó atónito.

—El chico a quien traté de enseñar. El chico a quien supongo que maté, en cierto modo... pues contribuí a que muriera.

Sears retiró la mano del picaporte y apoyó todo su peso en el asiento del automóvil. Por fin estaba dispuesto a hablar, ahora.

Ricky se esforzó por comprender.

—Yo no estaba seguro de que tu historia fuese... —Se detuvo en mitad de la frase, consciente de estar infringiendo una de las reglas de la Chowder Society.

—¿De que era una historia verídica? No, era verídica, Ricky. Bien verídica. Hubo un Fenny Bate y murió.

Ricky recordó la ventana iluminada de Sears.

—¿Estabas mirando por la ventana de la biblioteca cuando lo viste? Sears movió la cabeza.

—No. Iba arriba. Era muy tarde, probablemente las dos de la mañana. Me había quedado dormido en el sillón después de lavar los platos. Me temo que no me sentía muy bien... y me habría sentido peor de haber sabido que Elmer Scales iba a despertarme a las siete esta mañana. Bien, apagué las luces de la biblioteca y cerré la puerta. Luego comencé a subir las escaleras, Y entonces lo vi allí, mirándome, sentado en un escalón. Parecía estar dormido. Llevaba los mismos harapos que yo recordaba y estaba descalzo.

—¿Qué hiciste?

—Estaba demasiado asustado para hacer nada. No soy ya un hombre vigoroso de veinte años. Mira, Ricky, me quedé parado allí durante., no sé cuánto tiempo. Temí desmayarme y cuando apoyé la mano en la barandilla para sostenerme, se despertó. —Sears tenía las manos apretadas y Ricky veía que estaban crispadas—. No tenía ojos. Sólo órbitas vacías. Con el resto de la cara sonreía. —Las manos de Sears se levantaron hacia la cara y se cerraron debajo del ala del sombrero—. ¡Jesús! Quería jugar, Ricky.

—¿Quería jugar?

—Es lo que imaginé. Estaba tan sacudido que no podía pensar con claridad. Cuando la... la alucinación se... se paró, bajé corriendo las escaleras y me encerré en la biblioteca. Me acosté en el sofá. Tenía la sensación de que se había ido, pero no pude resolverme a subir esas escaleras. Por fin me dormí y tuve la pesadilla de que hablamos. Había visto «visiones», como se dice vulgarmente. Y no creía, como lo creo ahora, que estos temas estén dentro del dominio de Walt Hardesty. Ni tampoco de nuestro Virgilio, dicho sea de paso.

—Mi Dios, Sears —dijo Ricky.

—Olvidalo, Ricky. Olvida lo que te conté. Por lo menos hasta que llegue este muchacho Wanderley.

Jesús, se movió, no puede ser, está muerta... El mensaje habló otra vez en la mente de Ricky. Volvió los ojos del panel de instrumentos, donde los había tenido fijos mientras Sears le pedía que hiciera lo imposible, olvidar, y miró de frente el rostro pálido de su socio.

—Basta —dijo Sears—. Sea lo que fuere, basta. Tengo ya suficiente.

...no meter los pies primero

—Sears.

—No puedo, Ricky —Sears bajó del automóvil.

Hawthorne bajó a su vez por su lado y por encima del automóvil miró a Sears, un hombre imponente vestido de negro. Por un instante vio en su viejo amigo los rasgos macilentos que le había conferido en su sueño. Detrás de él, todo alrededor, la ciudad flotaba en medio del viento invernal, como si ella también hubiese muerto en secreto.

—Pero te diré una cosa —le dijo Sears—. Querría que Edward viviese aún. A menudo deseo eso.

—También yo —admitió Ricky, pero Sears se había vuelto y comenzaba a subir los escalones que llevaban hasta la puerta principal. Un viento más intenso le mordió la cara y las manos y rápidamente siguió a su amigo, volviendo a estornudar.

John Jaffrey

1

El doctor, a quien había tocado recibir al club, despertó de un sueño atormentado en el momento en que Ricky Hawthorne y Sears James comenzaban su marcha a través del potrero hacia lo que parecía desde lejos varias pilas de ropa sucia. Con un quejido, Jaffrey miró alrededor. Todo en el dormitorio parecía haber sufrido un cambio sutil, un cambio para peor. Hasta el hombro desnudo de Milly Sheehan, quien seguía dormida a su lado, estaba mal, en cierto modo... el hombro redondeado de Milly parecía carecer de sustancia, como si fuera de humo rosado suspendido en el aire. Lo mismo podía decir de todo el dormitorio. El empapelado desteñido (rayas azules y flores más azules aún), la mesa con sus cuidadosas pilas de monedas, un libro de biblioteca pública (*La formación de un cirujano*) y una lámpara, las puertas y picaportes del alto armario blanco delante de él, el traje de rayas de color gris usado el día anterior y el *smoking* puesto en forma descuidada sobre el respaldo de una silla: todo parecía despojado de varios tonos de color, inconsistente como el interior de una nube. En ese cuarto que le era a la vez familiar y carente de realidad le resultaba imposible quedarse.

Jesús, se movió, sus propias palabras se enroscaron y murieron en aquel aire lavado, como si acabase de pronunciarlas. Perseguido por ellas, se levantó de la cama con rapidez.

Jesús, se movió y esta vez lo oyó. La voz era pareja, sin modulación ni vibración y no era la propia. Tenía que salir de la casa. De sus sueños, recordaba solamente la última imagen insólita: antes de ella había habido el tema habitual de yacer paralizado en un dormitorio desnudo, un dormitorio que no había visto nunca en su vida y la entrada de la bestia amenazadora que por fin se manifestaba como Sears y Lewis, ambos muertos. Había supuesto que todos ellos habían estado sufriendo la misma pesadilla. Pero la imagen que le hizo huir corriendo del cuarto era la siguiente: el rostro, manchado de sangre y deformado por los golpes, de una mujer joven —tan muerta como el Sears y el Lewis del sueño familiar— que lo miraba con ojos como ascuas y una boca sonriente. Era más real que nada de lo que lo rodeaba, más real que él mismo (*Jesús, se movió, pero no puede ser, está muerta*).

Sin embargo se movió. Se sentó y sonrió.

Por último todo tocaba a su fin para él, como había sucedido en el caso de Edward, y con parte de la mente tenía conciencia de ello. Y se sentía agradecido. Algo sorprendido de que las manos no se le fundiesen a través de las manijas de bronce de la cómoda, Jaffrey sacó medias y ropa interior. Una luz ultraterrena, sonrosada, llenaba el dormitorio. Se vistió rápidamente con prendas elegidas al azar,

luego de una selección ciega y salió del cuarto para bajar a la planta baja. Allí, obedeciendo a un impulso establecido en él por diez años de costumbre, entró en un pequeño consultorio de los fondos de la casa, abrió un mueble con cajones y sacó de él dos ampollas y dos agujas hipodérmicas desechables. Se sentó luego en un sillón giratorio, se enrolló la manga del brazo izquierdo, sacó las jeringas de su envase y puso una en la mesita de metal junto a él.

La muchacha se sentó en el automóvil manchado de sangre y le sonrió por la ventana. Le dijo *Date prisa, John*. Introdujo la primera de las agujas por la tapa de goma para extraer el compuesto de insulina y seguidamente se lo inyectó en el brazo. Arrojó la jeringa usada al canasto papelerero debajo de la mesita. Introdujo entonces la segunda aguja en la segunda ampolla, que contenía un compuesto de morfina, y se aplicó éste en el mismo brazo.

Date prisa, John.

Ninguno de sus amigos sabía que era diabético desde que cumplió los sesenta años. Tampoco sabían de la adicción que se apoderó poco a poco de él en el mismo período, cuando comenzó a administrarse la droga. Sólo veían los efectos de este rito matutino del doctor en los estragos que mostraba en su físico.

Con ambas ampollas en el fondo del canasto, el doctor Jaffrey salió al vestíbulo y entró en la sala de espera. Las sillas vacías se alineaban a lo largo de las paredes. En una de ellas estaba sentada una muchacha con la ropa destrozada, manchas de sangre en el rostro y más sangre que brotó de su boca cuando le dijo *Date prisa, John*.

Buscó dentro de un armario su sobretodo, y le sorprendió que su mano, extendida al final de su brazo, fuese algo entero que funcionaba bien. Alguien detrás de él parecía estar ayudándolo a meter los brazos en las mangas del sobretodo. Con un gesto ciego tomó un sombrero del estante de arriba y salió precipitadamente por la puerta principal.

2

La cara le sonreía desde una ventana de arriba de la antigua casa de Eva Galli. *Vete, ya*. Con movimientos extraños, como si estuviese ebrio, iba por la acera calzado con zapatillas de paño y sin sentir el frío. Tomó la dirección del centro de la ciudad. Hasta que llegó a la esquina tuvo la sensación de aquella presencia, la casa a sus espaldas. Cuando logró llegar a la esquina, con el sobretodo entreabierto y golpeando los pantalones del traje gris y el *smoking*, imaginó de pronto que la casa estaba incendiándose, toda ella envuelta en una llama transparente que aún le calentaba la espalda. Cuando se volvió para mirarla no ardía, no vio llamas transparentes y nada había sucedido.

Así, cuando Ricky Hawthorne y Sears James estaban sentados con Walt Hardesty en una cocina de parcela, bebiendo café, el doctor Jaffrey, un hombre delgado con un sombrero de pescador, un sobretodo abierto, pantalones de un traje y chaqueta de otro y zapatillas de género, pasó delante de la puerta principal del hotel Archer. Tenía tan poca conciencia del viento que azotaba su espalda como del hotel. Eleanor Hardie, que estaba pasando el aspirador a la alfombra del vestíbulo del

hotel, lo vio pasar aferrándose el sombrero de pescador y pensó: «Pobre doctor Jaffrey, tener que ir a visitar a un paciente con este tiempos. La parte baja de la ventana le impedía ver las zapatillas de género. Se habría quedado perpleja si lo hubiese visto titubear al llegar a la esquina y luego proseguir por el costado izquierdo de la plaza, y en efecto, regresar por donde había venido.

Cuando pasó delante de los ventanales del restaurante Village Pump, William Webb, el muchacho camarero a quien Stella Hawthorne había intimidado tanto, estaba poniendo servilletas y cubiertos, trabajando hacia las mesas del fondo del salón, donde podría tomarse un pequeño descanso y beber una taza de café. Por estar más cerca del doctor de lo que había estado Eleanor Hardie cuando lo vio pasar, advirtió en seguida cada rasgo del rostro pálido y confuso de Jaffrey bajo el sombrero de pescador y el sobretodo abierto que dejaba ver el cuello desnudo y la chaqueta de smoking sobre la del pijama. Lo que le pasó por la mente fue: *Ese viejo tiene amnesia*. En la media docena de veces que Bill Webb había visto al doctor Jaffrey en el restaurante, siempre había leído durante toda la comida y dejado luego una propina ínfima. El hecho era que ahora el doctor caminaba con mayor prisa, si bien la expresión de su rostro sugería que no sabía muy bien adónde se dirigía. Webb dejó unos cubiertos sobre la mesa y salió corriendo del restaurante.

El doctor Jaffrey corría con paso incierto por la acera. Webb fue detrás de él y lo alcanzó frente a las luces de tránsito, a una cuadra de distancia del restaurante. El doctor no corría, sino que avanzaba casi de costado ahora.

Webb le tocó la manga del sobretodo.

—Doctor Jaffrey. ¿Puedo ayudarlo?

Doctor Jaffrey.

Delante de Webb y pronto a atravesar la calle sin cuidarse de ver si había tránsito —el que por suerte no existía en ese momento— Jaffrey se volvió. Había oído una orden formulada con voz opaca. Bill Webb tuvo entonces una de las experiencias más perturbadoras de toda su vida. Ese hombre a quien conocía apenas, ese hombre que nunca lo había mirado siquiera con cortés curiosidad, lo miraba ahora con un terror total reflejado en el rostro. Webb bajó la mano, sin tener la menor idea de que lo que veía el doctor, en lugar de su propia cara vulgar, con algo de batracio, era la de una muchacha muerta que le sonreía con su boca ensangrentada.

—Voy —dijo el doctor, con el horror retratado aún en la cara—. Voy ahora mismo.

—Claro, claro —le dijo Webb.

El doctor se volvió y huyó corriendo. Llegó a la acera opuesta sano y salvo. Prosiguió luego su marcha de pájaro por el costado izquierdo de Main Street, los codos levantados, los faldones del sobretodo volando detrás. Por su parte, Webb estaba suficientemente descolocado para quedarse allí, mirándolo boquiabierto, antes de darse cuenta de que él mismo no llevaba abrigo y estaba a una cuadra del restaurante.

En la mente del doctor Jaffrey se había formado una imagen perfecta, mucho más clara que la de los edificios frente a los cuales corría. Era la del puente de acero de dos carriles sobre el riacho en el cual Sears arrojó una vez una blusa que envolvía una piedra de gran tamaño. El sombrero de pescador se le levantó un poco bajo el viento intenso y por un instante esto también le resultó claro, pues el sombrero salió volando en elegantes curvas por el aire gris.

—Voy ahora mismo —dijo.

Si bien en un día cualquiera John Jaffrey podría haberse dirigido directamente al puente sin pensar en las calles que llevarían hasta él, esa mañana vagó por Milburn con un pánico cada vez mayor, pues no podía hallar el camino. Imaginaba perfectamente el puente —hasta veía los bulones con sus cabezas redondeadas— pero cuando trataba de imaginar su ubicación, lo único que veía era una especie de niebla. ¿Edificios? Dobló por Market Street y casi imaginó que el puente aparecería de pronto allí entre la casa que vendía hamburguesas y el supermercado A & P. Como no veía más que el puente, había olvidado el río.

¿Arboles? ¿Un parque? La imagen provocada por estas palabras era tan nítida que le sorprendió, al salir de Market Street, ver sólo calles desiertas, con la nieve barrida y apilada junto a los cordones. *Siga, doctor.* Siguió avanzando con torpeza, se apoyó un instante en una barra de peluquería y reanudó su camino. ¿Arboles? ¿Arboles diseminados en el paisaje? No. Ni tampoco estos edificios flotantes.

Mientras vagaba casi a ciegas por calles que deberían haberle sido familiares, el doctor se había alejado de la plaza hacia Washington Street al sur, pasando a Milgrim Lane y cuesta abajo por esa calleja pasando delante de casitas de madera de tres habitaciones, levantadas entre lugares para lavar autos y farmacias, hasta internarse en el Hollow y en la pobreza auténtica, donde se encontraría tan próximo a lo desconocido como era posible estarlo sin salir de Milburn (aquí podría haberse visto en dificultades, si no hubiese hecho tanto frío y si el término «dificultades», no hubiese sido ahora un concepto sin significado para él) y varias personas lo vieron pasar. Para éstas no era más que otro de los tantos locos que andan sueltos, condenados y vistiendo ropa estrafalaria. Cuando por casualidad retomó la dirección correcta y volvió a las calles silenciosas donde los árboles desnudos se alineaban sobre los lados de largos espacios de césped, los que lo vieron imaginaron que el automóvil del doctor estaba estacionado cerca de allí, ya que corría ahora en un trote más lento y estaba descubierto. Un cartero que lo tomó del brazo y le preguntó «Hombre, ¿necesita ayuda?» se quedó absorto e inmóvil al ver la misma expresión de terror que había hecho detenerse a Bili Webb. Por fin el doctor Jaffrey llegó, después de muchos rodeos, al sector comercial.

Cuando había trazado ya un doble círculo alrededor del Óvalo Benjamin Harrison y pasado las dos veces delante del mismo camino de acceso al puente, una voz paciente en su interior le dijo: *Vaya otra vez por este mismo camino y tome la segunda calle que dobla, la que lleva al puente, doctor.*

—Gracias —susurró y no dejó de percibir el tono divertido, además de paciente de la voz que en un momento había oído como voz opaca, inhumana.

Así pues, extenuado y medio congelado de frío, se obligó a tomar una vez más el penoso camino, pasando delante de gomerías y talleres de reparación de amortiguadores del Ovalo Benjamin Harrison, levantando las rodillas como un rocín tirando de un carro de lechero, hasta que por fin dobló por Bridge Approach Lane.

—Claro —dijo y su voz fue casi un sollozo. Por fin veía allí el arco gris del puente sobre el río de curso perezoso. No podía trotar ya y en realidad en este punto apenas podía caminar. Había perdido una zapatilla y no tenía la menor sensación en el pie descalzo. Sentía un dolor punzante en el costado izquierdo, le latía con fuerza el corazón y sus pulmones eran una masa de dolor. El puente era la respuesta a su plegaria. Dio unos pasos hacia él, con gran esfuerzo. Aquí era donde le correspondía estar al puente, aquí, en este sector ventoso donde los viejos edificios de ladrillos habían sido reemplazados por tierras pantanosas cubiertas de maleza, aquí, donde el viento era como una mano que intentase retenerlo.

Ahora, doctor.

Hizo un gesto de asentimiento y al acercarse al puente vio dónde podría pararse. Cuatro grandes arcos de metal, entrecruzados por tirantes, formaban un festón en ambos lados del puente. En el centro de éste, entre la segunda y la tercera curva de metal, una gruesa viga de acero sobresalía.

No percibía el cambio del cemento de la carretera al acero del puente, pero sentía en cambio moverse el puente bajo sus pies. Se levantaba apenas con cada ráfaga intensa. Cuando llegó a la superestructura, avanzó apoyándose en la barandilla. Cuando llegó a la viga central, asió uno de los tirantes, apoyó los pies congelados en otra viga abajo y trató de trepar por encima de la barandilla de superficie plana.

No pudo.

Por un instante permaneció allí, con las manos asidas a una viga y los pies apoyados en otra, como un viejo suspendido de una cuerda, respirando con tanto trabajo que más parecía sollozar. Consiguió levantar el pie calzado con la zapatilla y apoyarlo en la viga siguiente. Luego, apelando a lo que eran sin duda sus últimas fuerzas, se levantó con todo el cuerpo. Un poco de piel de su pie desnudo quedó adherida a la viga de abajo. Jadeante, se paró en la segunda y vio que le quedaban dos más antes de estar a suficiente altura para pararse sobre la barandilla plana.

Una por vez, pasó las manos a la viga más alta y seguidamente movió el pie calzado y en seguida, con lo que le pareció un esfuerzo heroico, el otro pie. El dolor le inflamó toda la pierna y se aferró a la viga, con el pie desnudo levantado contra el viento glacial. Por un instante, con ese pie que ardía, temió que el shock le haría caer de nuevo al puente. Si caía, jamás podría volver a trepar.

Con mucho cuidado apoyó los dedos del pie descalzo en la viga. Le bastó para apoyarse. Volvió a levantar los brazos ateridos. El pie calzado subió una viga, solo, según le pareció. Trató de izarse por los brazos, pero éstos le temblaban. Era como si estuvieran abriéndosele los músculos de los hombros. Por fin pudo levantarse y probablemente se ayudó a hacerlo gracias a una mano que lo empujó hacia arriba tomándolo de la base de la columna. Entonces sus propios dedos aferraron la viga superior. Estaba casi al final de la meta.

Por primera vez reparó en el pie que sangraba sobre el metal. El dolor se había intensificado y ahora parecía tener en llamas toda la pierna. Apoyó el pie en la barandilla plana y se aferró con fuerza por medio de sus brazos exhaustos mientras llevaba el pie derecho junto al otro.

Debajo, el agua relucía débilmente. El viento le azotaba el pelo, el sobretodo.

De pie delante de él, en una plataforma de viento gris, vestido con una chaqueta de tweed y con una corbata de lazo, estaba Ricky Hawthorne. Tenía las manos entrelazadas, en un gesto característico, y apoyadas en la hebilla del cinturón.

—Muy bien, John —dijo con su voz amable y seca. El mejor de todos, Ricky Hawthorne, bondadoso, marido engañado.

—Aceptas demasiadas cosas de Sears —señaló John Jaffrey con una voz débil, un susurro, casi—. Siempre fue así.

—Lo sé —afirmó Ricky sonriendo—. Soy subalterno por naturaleza. Sears siempre fue un general por naturaleza.

—*Te equivocas* —intentó replicar John—. No es... es... —el pensamiento se esfumó.

—No tiene importancia —continuó la voz seca y despreocupada—. Da un solo paso, John, nada más.

El doctor Jaffrey contemplaba el agua gris.

—No, no puedo —dijo—. Pensaba hacer algo diferente. Pensaba... —La confusión le llevó también este pensamiento.

Cuando volvió a mirar, contuvo la respiración de sorpresa. Edward Wanderley, quien había sido un amigo mucho más próximo que los otros, había reemplazado a Ricky en la plataforma de viento. Como en la noche de la fiesta, llevaba zapatos negros, traje de franela gris, camisa floreada. Los anteojos con armazón negra estaban unidos por las patillas con una cadena plateada. Apuesto con su teatral pelo gris y sus costosas ropas, Edward le sonrió con lástima, preocupación, calidez.

—Ha pasado algún tiempo —comentó.

El doctor Jaffrey se echó a llorar.

—Es hora de dejar de hacer tonterías —le dijo Edward—. No lleva más que un paso. Es infernalmente sencillo, John.

El doctor Jaffrey asintió.

—Da ese paso, pues. Estás demasiado cansado para hacer otra cosa. El doctor Jaffrey saltó del puente.

Abajo, en el nivel del agua, pero protegido contra el viento por una gruesa plancha de acero, Omar Norris lo vio caer en el agua. El cuerpo del doctor se sumergió, apareció un instante después, giró sobre sí mismo, boca abajo, antes de alejarse río abajo con la corriente.

—Mierda —dijo. Había venido al lugar donde estaba seguro de poder terminar medio litro de whisky sin que lo acosaran los abogados, su *sheriff*, su mujer, o alguien que le ordenase sacar la barredora de nieve y comenzar a despejar las calles. Bebió un poco más de whisky de la botella y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, estaba

todavía allá, algo más hundido porque el abrigo comenzaba a tirar hacia abajo con el peso del agua.

«Mierda» —repitió y cerrando la botella con su tapa de rosca, se levantó y se volvió a hacer frente al viento y a ver si encontraba a alguien que supiese qué hacer.

II

La fiesta de Jaffrey

*¡Dejad lugar, señoras, e idos!
¡Dejad de jactaros ya!
Pues aquí se acerca alguien
cuyo rostro os manchará*

«Elogio a su Dama'.
Tottel's Miscellany, 1557

1

Los sucesos que siguen tuvieron lugar un año y un día antes, en la noche del último día de la edad de oro. Nadie de ellos sabía que era su propia edad de oro, ni tampoco que tocaba a su fin: en realidad habrían imaginado sus vidas, como suele ocurrir entre la gente sin problemas, con bastantes amigos y la certeza de comida en la mesa, como un proceso de mejoramiento gradual y aun imperceptible. Pasadas las crisis de la juventud y de la madurez, creían tener sabiduría suficiente para afrontar las crisis de la vejez. Después de haber visto guerras, adulterio, compromisos y cambio, creían saber todo lo que podía ocurrir. No esperaban nada más.

Sin embargo, había cosas que no habían visto nunca y que verían con el tiempo.

Siempre es verdad, en términos personales ya que no históricos, que la característica definida de una edad de oro es su cualidad de cotidiana, su abundancia en cuanto a la sucesión de pequeñas satisfacciones en la vida ordinaria. Si nadie en la Chowder Socie salvo Ricky Hawthorne sabía apreciar en verdad esto, con el tiempo todos lo harían.

2

—Supongo que debemos irnos.

—¿Qué? Siempre te gustaron las fiestas, Stella.

—Tengo una sensación rara sobre ésta.

—¿No quieres conocer a esa actriz?

—Mi interés en conocer bellezas de diecinueve años siempre fue limitado.

—Edward parece estar bastante cautivado por ella.

—Bah, Edward —Stella, sentada frente a su espejo mientras se cepillaba el pelo, sonrió a Ricky reflejado en él—. Supongo que valdrá la pena ir para ver la reacción de Lewis Benedikt ante el hallazgo de Edward. —Luego la sonrisa cambió, al moverse los finos músculos de las comisuras y volverse más tensos—. Por lo menos es algo ser invitada a una velada de la Chowder Sociery.

—No es una velada, es una fiesta —señaló inútilmente Ricky.

—Siempre pensé que deberían permitir la participación de las mujeres en esas famosas reuniones que tienen.

—Lo sé —dijo Ricky.

—Y es por eso que quiero ir.

—No es la Chowder Society. Es una fiesta.

—Entonces, ¿a quiénes ha invitado John, además de a ti y a la actriz de Edward?

—A todos creo —Ricky decía la verdad—. ¿Qué sensación decías que tienes?

Stella inclinó la cabeza hacia un lado, tocó su lápiz labial con la yema del dedo, se miró a los ojos maliciosos y dijo:

—La de un fantasma que camina sobre mi tumba.

3

Sentada junto a Ricky, quien conducía el auto de ella a través del corto trayecto hasta Montgomery Street, Stella, que había estado inusitadamente silenciosa desde que salieron de la casa, dijo:

—Bien, si en realidad todo el mundo estará allí, puede ser que encontremos algunas caras nuevas.

Tal como ella lo había deseado, Ricky sintió una ola cortante y burlona de celos.

—Es extraordinario, ¿no? —La voz de Stella era ligera, melodiosa, confidencial, como si no tuviese intención de decir nada que no fuese ligero.

—¿Qué es extraordinario?

—Que uno de ustedes dé una fiesta. La única gente que yo conozco y ofrece fiestas somos nosotros, y son apenas dos por año. No acabo de sorprenderme... ¡John Jaffrey! Me deja atónita que Milly Sheehan se lo permita.

—Es el atractivo del mundo del teatro, probablemente.

—Milly no encuentra nada atractivo, salvo John Jaffrey —replicó Stella y se echó a reír al pensar en la imagen de su amigo que descubría en cada mirada de Milly, su ama de llaves. Stella, que en cuestiones prácticas era mucho más perspicaz que muchos de los hombres que conocía, se divertía muchas veces con la idea de que el doctor Jaffrey tomaba algún tipo de droga. Además, estaba convencida de que Milly y su patrón no dormían en camas separadas.

Al reflexionar sobre su propio comentario, Ricky no había reparado en la intuición de su mujer. «El atractivo del mundo del teatro», por alejado y difícil de imaginar que pareciese algo semejante a la gente de Milburn, se había apoderado, realmente, de la imaginación del doctor Jaffrey. El doctor, cuyo mayor entusiasmo hasta entonces había estribado en una trucha seguramente atrapada, se había vuelto cada vez más obsesionado por la joven invitada de Edward Wanderley durante las últimas tres semanas. Edward mismo se había mostrado muy reticente al referirse a la muchacha. Era nueva, era joven, era por ahora una «estrella», cualquiera que fuera el significado real de la palabra y la gente como ella era la que proporcionaba un medio de vida a Edward. No era entonces una circunstancia de excepción que Edward la hubiese persuadido de que fuese la heroína de una de las autobiografías

que él escribía para otros. El procedimiento clásico era que Edward hiciese hablar a sus personajes delante de un grabador, durante tantas semanas como ellos desearan. Luego, con gran habilidad, transformaba estos recuerdos en un libro. El resto de la investigación bibliográfica se hacía por correo, o bien por teléfono, mediante entrevistas a quienquiera que conociera o hubiese conocido alguna vez al personaje. También la investigación genealógica formaba parte del método de Edward. Se sentía orgulloso de las genealogías que trazaba. La grabación se realizaba, dentro de lo posible, en casa de él. Tenía las paredes de su estudio tapizadas de cintas, cintas en las cuales, según se creía, estaban registradas innumerables indiscreciones jugosas e impublicables. Ricky mismo tenía apenas alguna vaga noción de la personalidad o la vida sexual de los actores y lo mismo le ocurría, según pensaba él, al resto de sus amigos. Pero cuando *Todos Vieron Brillar el Sol* acusó un cambio de reparto durante el mes que Ann-Veronica Moore pasó en Milburn, John Jaffrey comenzó a buscar cada vez más un único objetivo, el de conseguir que la muchacha fuese a su casa. Un misterio mayor aún era que sus indirectas y maquinaciones hubiesen tenido éxito y que la chica hubiera consentido en asistir a una fiesta ofrecida en su honor.

—Mi Dios —dijo Stella, al ver la hilera de automóviles estacionados junto a la acera delante de la casa de Jaffrey.

—Es la fiesta de presentación en sociedad de John —comentó Ricky—. Quiere exhibir su éxito.

Estacionaron su auto algo más lejos en la misma calle y se acercaron en medio del aire frío hasta la puerta principal, donde las voces y la música los recibieron de pronto.

—No puedo creerlo —dijo Ricky—. Ha abierto la planta baja también. Era verdad. Un joven apretado contra la puerta por la multitud de gente les hizo entrar. Ricky lo reconoció como el ocupante más reciente de la casa de Galli. Aceptó las gracias de Ricky con aire deferente y luego dirigió una sonrisa a Stella.

—La señora Hawthorne, ¿no? La he visto en la ciudad, pero nunca fuimos presentados. —Antes de que Ricky recordase el nombre del muchacho, éste había tomado la mano de Stella y dicho:

—Me llamo Freddy Robinson y vivo en la casa de enfrente.

—Mucho gusto, señor Robinson.

—¡Qué fiesta!

—La verdad es que sí —dijo Stella, con una sonrisa casi imperceptible.

—Guardarropa en este consultorio, bebidas, arriba. Le traeré una encantado, mientras ustedes dos van a dejar sus abrigos.

Stella le miró el «blazer», los pantalones de cuadros, la corbata de lazo de terciopelo, el rostro lleno de absurdo entusiasmo.

—No es necesario, señor Robinson. Estoy segura —dijo.

Huyeron con Ricky de él hacia el consultorio, donde había abrigos arrojados de cualquier manera en todas partes.

—Mi Dios —dijo Stella—. Me pregunto de qué vive ese muchacho.

—Creo que es corredor de seguros.

—Debí haberlo adivinado. Llévame arriba, Ricky.

Ricky le tomó una mano y la llevó fuera del consultorio y entre los grupos de invitados jóvenes hasta las escaleras. En una mesa un tocadiscos dejaba oír monótona músicaailable. La gente joven daba pasitos o se sacudía frente al aparato.

—John se enloqueció —murmuró Ricky.

—O, por lo menos, tuvo un golpe de sol —acotó Stella detrás de él.

—Hola, señor Hawthorne. —El saludo provenía de un muchacho alto de poco menos de veinte años, el hijo de un cliente.

—Hola, Peter. Para nosotros hay demasiado ruido aquí. Quiero encontrar el ala donde hay música de Glenn Miller.

Los ojos límpidos y azules de Peter Barnes lo miraron impávidos. ¿Tan fuera de lugar resultaba a la gente joven?

—Usted conoce Corneil, ¿no? Creo que quiero ir a esa universidad, Puede que me permitan ingresar en el turno adelantado. Hola, señora Hawthorne.

—Es una buena universidad. Espero que ingreses —le dijo Ricky. Stella le hundió un dedo con fuerza en la espalda.

—No hay problema. Sé que ingresaré. Saqué más de setecientos en mis pruebas preliminares. Papá está arriba. ¿Sabe una cosa?

—No —dijo Stella, hundiéndole el dedo otra vez—. ¿Qué?

—Nos invitaron a todos nosotros porque tenemos casi la misma edad que Ann-Veronica Moore, pero se la llevaron arriba tan pronto como llegó con el señor Wanderley. Ni siquiera pudimos hablar una palabra con ella. —El muchacho hizo un gesto, señalando las parejas que bailaban un tema de moda en el cuartito de la planta baja—. Pero Jim Hardie le besó la mano. Siempre hace cosas como ésa. La verdad es que siempre nos gana a todos.

Ricky vio al hijo de Eleanor Hardie haciendo una serie de figuras rituales delante de una chica de pelo negro hasta más abajo de la cintura. Era Penny Draeger, hija del farmacéutico y también uno de sus clientes. Penny se apartaba, giraba, levantaba un pie y luego posaba las nalgas entre las piernas de Hardie.

—Parece un chico que promete —dijo Stella con voz aterciopelada—. Peter —añadió entonces—, ¿quieres hacerme un favor?

—Sin duda, cómo no —dijo el muchacho—. ¿Qué?

—Despeja un poco de espacio para que mi marido y yo podamos subir.

—Claro, claro, en seguida. Pero, ¿saben una cosa? Nos invitaron solamente para conocer a Ann-Veronica Moore y después debíamos volver a casa. La señora Sheehan dijo que ni siquiera podemos subir al piso alto. Me imagino que ellos creyeron que le gustaría bailar con nosotros, o algo así. Pero ni siquiera le dieron oportunidad de que la invitásemos. Y a las diez la señora Sheehan dijo que nos echaría a todos, salvo a él, supongo —dijo, señalando a Freddy Robinson, quien tenía abrazada una adolescente que reía sin cesar.

—Muy injusto —dijo Stella—. Ahora, sé buenito y corta la maleza para que pasemos.

—Sí, sí —Peter los condujo por el cuarto repleto hasta la escalera con tan poco entusiasmo como si fuesen de excursión desde el asilo de enfermos mentales. Cuando estuvieron sanos y salvos en la escalera, y Stella subía ya con aire

majestuoso, Peter se inclinó y dijo al oído de Ricky—: ¿Quiere hacerme un favor, señor Hawthorne? —Ricky hizo un gesto afirmativo—. Salúdela en mi nombre, por favor. Es realmente linda.

Ricky rió fuerte y con ello hizo que Stella se volviese y lo mirase con aire interrogante.

—Nada, querida —dijo él y ambos continuaron subiendo hacia los sectores más tranquilos de la casa.

Vieron a John Jaffrey de pie en el vestíbulo del piso alto, frotándose las manos. Desde el *living-room* llegaba la música suave de un piano.

—¡Stella! ¡Ricky! —dijo—. Magnífico, ¿no? —Su gesto expansivo abarcó todos los cuartos. Estaban tan llenos como los de abajo, pero de hombres y mujeres de edad madura, los padres de los adolescentes, vecinos y relaciones de Jaffrey. Ricky vio a dos o tres de los agricultores más prósperos de los alrededores de la ciudad, a Rollo Draeger, el farmacéutico, a Louis Price, comerciante de artículos de consumo que le había dado unas cuantas ideas buenas, Harlan Bautz, su dentista, que parecía estar ya ebrio, algunos hombres a quienes no conocía, pero que, según supuso, eran seguramente de la universidad —recordó que Milly Sheehan tenía un sobrino que enseñaba allí—, Clark Mulligan, gerente del cine local, Walter Barnes y Edward Venuti del Banco, todos ellos con inmaculadas camisas blancas de cuello alto, Ned Rowles, editor del diario, Eleanor Hardie, con ambas manos rodeando un vaso alto que sostenía a la altura del pecho, que alzaba el rostro de cejas muy levantadas hacia Lewis Benedikt. Sears estaba apoyado en una biblioteca y tenía aspecto contrariado. Después la multitud se separó algo y Ricky vio por qué. Irmengard Draeger, la mujer del farmacéutico, estaba hablándole tonterías al oído y Ricky sabía bien lo que estaba diciendo. *Fui a la universidad de Skidmore, por lo menos durante tres años, antes de conocer a Rollo, ¿y no crees que merezco algo más que esta ciudad de campesinos? La verdades quesinofueraporPenny, meiriaahoramismo.* La melodía era la misma siempre, aunque las palabras variasen e Irmengard había dedicado los últimos diez años a cantarla.

—No sé por qué no hice esto antes —dijo John, con el rostro resplandeciente—. Hace diez años que no me sentía tan joven como esta noche.

—Qué maravilla, John —le dijo Stella, inclinándose a besarle la mejilla—. ¿Qué piensa de esto Milly?

—No le gusta tanto —dijo John con aire perplejo—. En primer lugar, no podía imaginar por qué quería dar yo una fiesta. No comprendía por qué quería que viniese la señorita Moore. En aquel momento apareció Milly. Estaba ofreciendo una bandeja de canapés a Barnes y a Venuti, los dos banqueros, y por la expresión decidida en el rostro redondo de Milly, le resultó obvio a Ricky que desde el principio se había opuesto a la idea.

—¿Por qué lo deseabas tú? —preguntó.

—Perdona, John, iré a dar una vuelta —dijo Stella—. No se preocupen por conseguirme algo para beber. Ricky, le sacaré el vaso a alguien que no esté usándolo.

Stella se alejó hacia donde estaba Ned Rowles. Lou Price, con aspecto de *gangster* en un traje de saco cruzado con rayas claras, la tomó de una mano y le dio un breve beso en la mejilla.

—Qué mujer maravillosa —comentó John Jaffrey y los dos hombres contemplaron a Stella mientras alejaba a Lou Price con unas palabras y proseguía su camino hacia Ned Rowles—. Tendría que haber un millón como ella —Rowles estaba volviéndose para ver aproximarse a Stella y el rostro se le iluminó de placer. Con su chaqueta de corderoy, su pelo castaño claro y su expresión seria, recordaba más a un estudiante de periodismo que al editor de un diario. También él besó a Stella, pero en la boca y le retuvo las dos manos mientras la besaba.

—¿Por qué lo deseaba yo? —repitió John, inclinando hacia un lado la cabeza. Se le formaron cuatro profundas arrugas en el costado del cuello—. No lo sé bien, exactamente. Edward está tan enamorado de esta chica que quería conocerla.

—¿Enamorado? ¿Tú crees?

—Completamente. Ya verás. Espera y verás. Y por otra parte, como sabes, sólo veo a mis pacientes y a Milly y a los miembros de la Chowder Society. Se me ocurrió que era hora de ventilarme un poco. De divertirme un poco antes de caerme muerto.

Era una declaración sumamente aventurada en el caso de John Jaffrey y Ricky miró con atención a su amigo, apartando los ojos de su mujer, que seguía tomada de las manos de Ned Rowles.

—¿Y sabes lo que no acaba de asombrarme? Que una de las actrices más famosas del país esté arriba, en mi casa, en este momento.

—¿Está Edward con ella?

—Dijo que ella necesitaba varios minutos antes de reunirse con nosotros. Debe de estar quitándole el abrigo, o algo por el estilo. —El rostro arruinado de Jaffrey resplandecía de orgullo.

—No diría que es todavía una de las más famosas actrices del país, John. —Stella había proseguido su recorrido y Ned Rowles decía algo con gran vehemencia a Ed Venuti.

—Lo será. Edward lo cree y siempre tiene razón en cuanto a cosas como éstas. ¡Ricky! —dijo John, aferrándose los brazos—. ¿Viste bailar a los chicos abajo? ¿No te parece fantástico? ¿Que los chicos se diviertan tanto en *mi* casa? Creí que les gustaría conocerla. Es un honor increíble, te diré. No puede quedarse aquí más de unos pocos días. Edward ha terminado de grabar, casi, y ella tiene que volver a Nueva York para reunirse con la compañía. ¡Y la tengo aquí, en mi casa! ¡Por Dios, Ricky, es un milagro!

Ricky tuvo la sensación de que habría sido necesario aplicarle a John un paño frío en la frente.

—¿Sabías que surgió de la nada? ¿Que era una de las mejores estudiantes de su clase de arte dramático y que a la semana siguiente estaba representando un papel principal en *Todos Vieron Brillar el Sol*?

—No lo sabía, John.

—Y acabo de tener una idea magnífica. Se refiere al hecho de tenerla aquí, en esta casa. Estaba parado aquí, escuchando la música de los chicos que llegaba de abajo y oyendo fragmentos del disco de George Shearing que están tocando al lado, cuando pensé: «Abajo está la vida cruda, animal, con chicos brincando y siguiendo el ritmo; en este piso tenemos la vida del intelecto, los médicos y los abogados, todo lo

que hay de responsable en la clase media, y arriba está el talento, la belleza, y... la espiritualidad. ¿Comprendes? Es como la evolución. Es lo más etéreo que yo haya visto jamás. Y sólo tiene dieciocho años».

Nunca había oído Ricky a John Jaffrey expresar conceptos tan imaginativos. Comenzaba a preocuparle la presión sanguínea del doctor. Entonces los dos oyeron cerrarse una puerta en el piso de arriba, ruido al que siguió el de la voz profunda de Edward diciendo algo que tenía las maliciosas inflexiones de un chiste.

—¡Creí que Stella dijo que tiene diecinueve! —comentó Ricky.

—Calla.

Una muchacha menuda y hermosísima bajaba las escaleras hacia ellos. Tenía un sencillo vestido de color verde y el pelo parecía una nube. Al cabo de un segundo Ricky vio que los ojos eran del color del vestido. Al moverse con una especie de precisión rítmica y a la vez inconsciente, les dirigió una leve sonrisa —leve, pero radiante— y pasó junto a ellos, golpeando al doctor Jaffrey en el pecho con la punta de los dedos al pasar. Ricky la vio alejarse, divertido y conmovido. No había visto a nadie parecido a esta muchacha desde la época de Louise Brooks en el cine mudo, en *La Caja de Pandora*.

Luego miró a Edward Wanderley. Inmediatamente decidió que Jaffrey tenía razón. El humor de Edward era resplandeciente. Era obvio que la muchacha lo tenía trastornado, e igualmente obvio que le costaba un esfuerzo dejarla sola un segundo para que saludase a sus amigos. Los tres hombres se dirigieron al living-room, repleto de gente.

—Qué buen aspecto tienes, Ricky —le dijo Edward, apoyando un brazo con gran naturalidad en el hombro de Ricky. Era unos centímetros más alto que su amigo y cuando comenzó a impulsarlo hacia el cuarto, Ricky olió la costosa agua de colonia —. Estás espléndido. Pero, ¿no sería hora ya de que dejases de usar esas corbatas de lazo? Hace tiempo que pasó la era de los políticos juveniles, en el estilo de Schlessinger.

—Esa era siguió a la mía —señaló Ricky.

—Mira, nadie es más viejo de lo que siente ser. Yo dejé hace tiempo ya de usar corbata. Dentro de diez años, el ochenta por ciento de los hombres de este país usarán corbata solamente para ir a casamientos y a Funerales. Barnes y Venuti —allá está— usarán ese atuendo que llevan para ir al Banco. —Edward miró atentamente todo el cuarto—. ¿Adónde diablos fue?

Ricky, cuya afición a las corbatas nuevas lo llevaba a desear usarlas aun para dormir, contempló el cuello cubierto de jersey de su amigo mientras éste escudriñaba aquel salón lleno de gente. Tenía el cuello más cubierto de tendones que el de John, en vista de lo cual Ricky decidió para sus adentros que no cambiaría de hábitos.

—He pasado tres semanas con esta chica y te juro que es el personaje más fantástico que he conocido en toda mi vida. Aun cuando invente cosas y es posible que las invente, el que escriba sobre ella será el mejor de todos. Tuvo una vida horrible, *horrible*. Te hace llorar oírle contarla... Yo me siento allí y lloro. Te digo, además, que está desperdiciada en esa pieza tan típica de Broadway, tan superficial. Desperdiciada. Será una gran actriz trágica. Cuando pase los veinte años. —Con el

rostro algo ruborizado, Edward se echó a reír ante su propia ridiculez. Como John, también él huía.

—Parece que los dos se han atrapado esa chica como si fuera un virus comentó Ricky.

John río como un niño y Edward dijo:

—Todo el mundo se la atrapará, Ricky. Realmente tiene ese don.

—Ah —dijo Ricky, al recordar algo—. Parece que tu sobrino Donald tiene gran éxito con su nuevo libro. Te felicito.

—Es grato saber que no soy el único individuo talentoso en la familia. Además, seguramente lo ayudará a reponerse de la muerte de su hermano. Esa fue una historia muy rara, muy rara... parece que los dos estaban comprometidos con la misma mujer. Pero no pensemos en cosas macabras esta noche. Queremos divertirnos.

Feliz, John lo apoyó con un gesto afirmativo.

4

—Vi a tu hijo abajo, Walt —dijo Ricky a Walter Barnes, el mayor de los dos banqueros—. Me habló de su decisión. Espero que entre.

—Sí, Peter está decidido a ir a Cornell. Siempre esperé que por lo menos solicitase su ingreso a Yale, mi universidad. Sigo creyendo que entraría si lo intentase. —Era un hombre macizo, con una expresión obstinada, como la de su hijo. Barnes aceptó de mala gana las felicitaciones de Ricky—. Al chico ni siquiera le interesa ya la idea de ir a Yale. Dice que Cornell es suficientemente buena para él. «Bastante buena para él». Su generación es más conservadora aún que la mía. Cornell es el tipo de universidad tradicional donde todavía juegan a arrojar la comida. Antes me preocupaba la idea de que Peter llegase a ser un subversivo con barba y granada de mano... ahora, en cambio, temo que se conforme con menos de lo que le sería posible lograr.

Ricky murmuró vagas palabras de comprensión.

—¿Cómo están tus hijos? ¿Siguen los dos en California?

—Sí. Robert enseña inglés en una escuela secundaria. El marido de Jane acaba de ser nombrado vicepresidente.

—¿De qué?

—A cargo de la seguridad.

—Ah... comprendo. —Ambos bebieron, absteniéndose de hacer comentarios en cuanto al significado de ser vicepresidente a cargo de la seguridad dentro de una compañía de seguros.

—¿Piensan venir aquí para Navidad?

—No creo. Los dos llevan una vida bastante activa.

La verdad era que ninguno de los dos hijos había escrito a Ricky o a Stella en varios meses. Habían sido niños felices, adolescentes hoscos y ahora, ambos próximos a la cuarentena, eran adultos insatisfechos y, en muchos sentidos, adolescentes aún. Las pocas cartas de Robert contenían pedidos apenas velados de

ayuda económica. Las de Jane eran en apariencia más alegres, pero Ricky intuía la desesperación que encerraban. («He decidido que de aquí en adelante me querré más», declaración que según sospechaba Ricky, significaba exactamente lo contrario. La vulgaridad del comentario le hacía estremecerse.) Los hijos de Ricky, lo que más había amado, eran ahora planetas lejanos. Sus cartas le resultaban dolorosas. Verlos era peor.

—No —dijo—. No creo que puedan venir esta vez.

—Jane es muy bonita —comentó Walter Barnes.

—Hija de su madre.

Maquinalmente Ricky comenzó a mirar alrededor, para ver si localizaba a Stella. Vio entonces a Milly Sheehan, que estaba presentando a su mujer a un hombre de espaldas encorvadas y labios gruesos. El sobrino académico.

—¿Conociste a la actriz de Edward? —le preguntó Barnes.

—Está en alguna parte. La vi bajar.

—John Jaffrey también parece muy entusiasmado.

—La verdad es que tiene una belleza que pone nervioso —dijo Ricky y en seguida rió—. Lo puso nervioso a Edward.

—Peter leyó en una revista que tiene sólo diecisiete años.

—En tal caso, es un peligro público.

Cuando se separó de Barnes para reunirse con su mujer y con Milly Sheehan, Ricky vio a la actriz. Estaba bailando con Freddy Robinson los ritmos de un disco de Count Basie y se desplazaba con un mecanismo muy delicado, con un brillo verdoso en los ojos. Con los brazos rodeándola, Freddy Robinson daba la impresión de estar atontado de felicidad. Sí, a la chica le brillaban los ojos, como pudo ver Ricky, pero, ¿era un brillo de placer o de burla? La chica volvió la cabeza, los ojos enviaron una corriente de emoción hacia todo el cuarto y Ricky vio en ella a su hija Jane, actualmente gorda y descontenta, tal como siempre había deseado ser. Al verla bailar con el tonto de Freddy Robinson, comprendió que aquí había una mujer que nunca tendría motivos para formular la frase condenatoria pronunciada por su propia hija. Siempre se querría mucho y era un estandarte que proclamaba el dominio de sí misma.

—Hola, Milly —le dijo—. Cuánto trabajas.

—Qué disparate. Cuando sea demasiado vieja para trabajar, me acostaré y me moriré. ¿Comiste algo?

—Todavía no. Este tiene que ser tu sobrino.

—Ay, perdóname. No se conocían —dijo Milly tocando el brazo del hombre alto a su lado—. Éste es el único inteligente de mi familia. Harold Sims. Es profesor en la universidad y estábamos charlando con tu mujer. Harold, Frederick Hawthorne, uno de los amigos más íntimos del doctor. —Sims le sonrió desde lo alto—. El señor Hawthorne es miembro de la Chowder Society —añadió por fin Milly.

—Me estaban contando acerca de la Chowder Society —comentó Harold Sims. Tenía una voz muy profunda—. Suena interesante.

—Me temo que no sea nada interesante.

—Hablo desde el punto de vista antropológico. He estado estudiando el comportamiento de interacción de grupos de hombres cronológicamente afines. El contenido de ritual es siempre intenso. Dígame... ¿Usan ustedes, los miembros de la Chowder Society, ropa de etiqueta cuando se reúnen?

—Sí, me temo que sí —se disculpó Ricky. Mentalmente pidió ayuda a Stella, pero estaba apartada de la conversación y contemplaba con frialdad a los dos hombres.

—¿Por qué lo hacen, exactamente?

Ricky tuvo la sensación de que el hombre sacaría una libreta del bolsillo y tomaría notas.

—Hace un siglo nos pareció una buena idea. Milly, ¿por qué invitó John a media ciudad si va a permitir que Freddy Robinson monopolice a la señorita Moore?

Antes de que Milly pudiese responder, Sims preguntó:

—¿Conoce usted los trabajos de Lionel Tiger?

—Lamento tener una ignorancia abismal —dijo Ricky.

—Me interesaría observar una de las reuniones que celebran. Podría ser, ¿no?

Por fin Stella se echó a reír y le dirigió una mirada que decía: *Ahora, záfate de eso.*

—Me parece difícil —dijo Ricky—, pero es posible que pueda conseguirle una invitación para la próxima reunión del Kiwanis.

Sims se puso rígido. Ricky vio que era demasiado inseguro para aceptar un chiste o una negativa con serenidad.

—Somos cinco viejos a quienes nos gusta reunirnos —se apresuró a decir Ricky—. Desde el punto de vista antropológico, no ofrecemos interés. No interesamos a nadie.

—A mí me interesan —le dijo Stella—. ¿Por qué no invitas al señor Sims y a tu mujer a la próxima reunión?

—Exactamente —El entusiasmo de Sims resultaba alarmante—. Me gustaría grabar primero, y luego el elemento visual...

—¿Ve a ese hombre que está allá? —dijo Ricky, señalando con un gesto de la cabeza el lugar donde estaba Sears James. Más que nunca, Sears parecía una tormenta de nubarrones de forma humana. Según parecía, Freddy Robinson, despojado ahora de la señorita Moore, estaba tratando de venderle una póliza de seguros—. Ese grande, ¿ve? Me degollará, si le propongo semejante cosa.

Milly se mostró escandalizada. Stella levantó el mentón en el aire.

—Encantada de haberlo conocido, señor Sims —dijo y se alejó.

—Desde el punto de vista antropológico —afirmó Harold Sims—, ésa es una afirmación muy interesante. —Al decir esto contempló a Ricky con un interés más profesional aún—. La Chowder Society tiene que ser muy importante para ustedes.

—Sin duda —admitió Ricky con sencillez.

—Por lo que ha dicho, me imagino que el hombre que acaba de señalarme es la figura dominante del grupo... por así decir, el *honcho*.

—Qué perspicaz es usted —dijo Ricky—. Bien, si me disculpa, veo alguien con quien necesito hablar.

Cuando se volvió y se alejó unos pasos, oyó a Sims preguntar a Milly:
—¿Están realmente casados esos dos?

5

Se ubicó en un rincón, pues había decidido esperar los acontecimientos. Desde allí veía muy bien toda la fiesta y se sentiría muy feliz de ser un simple observador hasta la hora de volver a casa. Terminado el disco, apareció John Jaffrey junto al tocadiscos portátil y puso otro en el plato. Lewis Benedikt, que se le había acercado, parecía divertido, y cuando brotó el sonido de los parlantes, Ricky vio la razón. Era una grabación de Aretha Franklin, cantante a quien Ricky conocía sólo por haberla oído en la radio. ¿De dónde diablos habría obtenido John Jaffrey aquel disco y cuánto tiempo atrás? Seguramente lo había comprado sólo para esa fiesta. Era una idea apasionante, pero las reflexiones de Ricky quedaron interrumpidas por la serie de personas que una a una fueron acudiendo junto a él en el rincón.

El primero en acercársele fue Clark Mulligan, propietario del Rialto, el único cinematógrafo de Milburn. Sus botas de gamuza estaban limpias como nunca, sus pantalones, planchados, la barriga bien contenida debajo del botón de su saco. Clark se había vestido con gran prolijidad para esa velada. Presumiblemente sabía que lo invitaban por su conexión con el mundo del espectáculo. Ricky sospechaba que era la primera vez que John recibía a Clark Mulligan en su casa. Le alegró verlo. Siempre le alegraba ver a Mulligan, pues era la única persona en Milburn que compartía su afición por las películas antiguas. Los chismes sobre Hollywood lo aburrían, pero en cambio le encantaban las películas de la época de oro del cine.

—¿A quién te recuerda? —preguntó a Mulligan.

Mulligan entrecerró los ojos para mirar a distancia. La actriz estaba de pie, en actitud modesta, en el otro extremo de la sala, escuchando lo que le decía Ed Venuti.

—¿Mary Miles Minter?

—No, me hizo recordar a Louise Brooks. Aunque no creo que los ojos de Louise Brooks fuesen verdes.

—¿Quién sabe? Parece que es una excelente actriz. Surgió del anonimato. Nadie sabe nada sobre ella.

—Edward sí.

—Él está escribiendo uno de sus libros, ¿no?

—Ha terminado casi con las entrevistas. Siempre le cuesta mucho a Edward despedirse de los personajes de sus biografías, pero creo que esta vez le resultará especialmente traumático. Creo que se enamoró de ella. —Y en verdad Edward, visiblemente celoso, estaba ahora junto a Ed Venuti y había conseguido así interponerse entre el banquero y la joven actriz.

—También yo podría enamorarme de ella —dijo Mulligan—. Una vez que consiguen aparecer en la pantalla, me enamoro de todas. ¿Has visto a Marthe Keller? —preguntó, poniendo los ojos en blanco.

—Todavía no, pero por las fotos que vi, es una versión moderna de Constance Talmadge.

—¿Lo dices en serio? ¿Y Paulette Goddard? —Pasaron luego a hablar animadamente de Chaplin, de Monsieur Verdoux, de Norma Shearer y John Ford, de Eugene Paullette y Harry Carey, Jr. de Diligencia y de El Hombre Delgado, de Verónica Lake y Alan Ladd, John Gilbert y Rex Bel, Jean Harlow, Charlie Farrell, Janet Gaynor, Nosferatu y Mac West, actores y películas vistas por Ricky cuando era más joven y que nunca había dejado de recordar con entusiasmo juvenil, y cuyo renovado recuerdo contribuyó a atenuar el de las palabras dichas por un hombre más joven sobre él mismo y su mujer.

—¿No era ése Clark Mulligan? —Sonny Venuti, la mujer de Edward, se acercó luego a Ricky—. Qué aspecto terrible tiene.

Sonny misma había cambiado en los últimos años, transformándose de una mujer bonita y esbelta en una desconocida, huesuda y con una expresión permanente de aprensión y confusión en los ojos. Matrimonio fracasado. Tres meses antes había acudido a la oficina de Ricky para consultarlo sobre los pasos a iniciar para obtener su divorcio: «Todavía no estoy segura, pero pienso decididamente en ello. Tengo que saber dónde estoy», le dijo entonces. Sí, había otro, pero no quiso dar su nombre. «Puedo decirte una cosa, no obstante. Es buen mozo, e inteligente y tan próximo a ser un hombre de mundo como es posible serlo en esta ciudad.» No había quedado mucho lugar para dudas de que se trataba de Lewis. Algunas mujeres recordaban siempre a Ricky su propia hija y con gran cuidado en esa ocasión llevó a Sonny a explorar todas sus alternativas, todos los pasos, explicándole con calma y en forma breve todo lo relativo a un divorcio, aunque sabía que ella no volvería a consultarlo.

—Es preciosa, ¿no?

—Realmente preciosa.

—Conversé con ella un instante.

—No mostró interés. Le interesan sólo los hombres. Tú le encantarías

En aquel momento, la actriz estaba conversando con Stella, a menos de tres metros de distancia, hecho que quitó algo de base a la afirmación de Sonny. Ricky veía conversar a las dos mujeres, pero no oía lo que decían. Sonny pasó a explicar extensamente por qué la actriz habría estado encantada con Ricky. Seguidamente la señorita Moore dijo algo que desconcertó en forma visible a Stella, porque parpadeó, abrió la boca como para hablar, la cerró de pronto y se tocó el pelo. De haber sido hombre, se habría rascado la cabeza. Ann-Veronica Moore, con Edward Wanderley pegado a ella, se alejó.

—Por eso yo me cuidaría mucho —decía Sonny Venuti—. Puede ser que parezca un angelito, pero esa clase de mujer transforma a los hombres en picadillo.

—*La caja de Pandora* —murmuró Ricky al recordar su primera impresión de la actriz.

—¿Qué? Ah, sí, lo sé, la vieja película muda. Cuando fui a verte esa vez, mencionaste a Katherine Hepburn y Spencer Tracy dos veces.

—¿Cómo marchan las cosas?

—Estoy haciendo un nuevo intento. Si vieras con cuánto empeño lo hago. ¿Quién puede obtener un divorcio en Milburn? Sin embargo, sigo con ganas de saber quién soy.

Ricky pensó en su hija y se sintió conmovido.

Por fin se acercó Sears James al rincón de Ricky.

—Por fin solos —dijo, dejando su vaso en una mesita y apoyándose en la biblioteca.

—No contaría mucho con eso.

—Un muchacho insoportable intentó venderme una póliza. Vive enfrente.

—Lo conozco.

Como estaba enteramente de acuerdo en cuanto al tema de Freddy Robinson, no había nada más que decir. Por fin Sears rompió el silencio.

—Tal vez Lewis necesite ayuda para volver a su casa. Ha estado bebiendo de más.

—Bien, después de todo, no es una de nuestras reuniones.

—Mmm... Podría ser que encontrase una muchacha que lo lleve a su casa.

Ricky lo miró de reojo para establecer si el comentario era muy personal, pero Sears se limitaba a contemplar la fiesta con aire distraído, obviamente aburrido.

—¿Hablaste con la invitada de honor? —le preguntó.

—Ni siquiera la vi.

—Es bien visible. Creo que está... —Ricky levantó su vaso en la dirección donde había visto a la muchacha, pero no estaba ya allí. Edward conversaba con John, probablemente sobre ella, pero Ann-Veronica Moore no estaba ya en ese cuarto—. No pierdas de vista a Edward. El la encontrará.

—¿No es ése el hijo de Barnes? ¿El que está junto al bar?

Aunque hacía mucho que habían pasado las diez de la noche, Peter se hallaba junto al bar, con una chica, y el camarero que había reemplazado a Milly estaba preparándoles tragos. Era obvio que el ama de llaves de Jaffrey había tenido lástima de enviar a los jóvenes a la planta baja y que los más osados habían invadido la fiesta del piso alto. La música de piano que había seguido a la de Aretha Franklin cesó de pronto y Ricky vio a Jim Hardie con varios álbumes entre las manos, tratando de decidir cuál de ellos era menos antiguo.

—Mira —comentó Sears—. Tenemos un nuevo *disc jockey*.

—Se acabó —dijo éste—. Estoy cansado y me voy a casa. La música ruidosa me da ganas de morder a alguien. —Lentamente se alejó de Ricky con su andar pesado. Milly Sheehan lo detuvo y le habló con agitación. Ricky adivinó que estaba alarmada por la súbita irrupción de los jóvenes. Sears se encogió de hombros. No tenía nada que ver con él.

En ese punto Ricky sintió deseos de irse a casa, pero Stella se había puesto a bailar con Ned Rowles y muy pronto varias de las mujeres consiguieron atraer a sus maridos al sector de la sala más próximo al tocadiscos. Los adolescentes bailaban con entusiasmo, a veces, casi con elegancia. Junto a ellos, los adultos daban una impresión de tontos que los imitasen. Ricky se quejó para sus adentros. Sería una noche larga. Todos habían empezado a levantar la voz, el encargado del bar mezclaba media docena de tragos a la vez, y agitaba una botella vuelta del revés sobre los vasos de hielo. Sears llegó a la puerta y desapareció por ella.

Christina Barnes, una rubia alta con expresión de avidez en el rostro, se acercó a Ricky.

—Ya que mi hijo consiguió monopolizar la fiesta, ¿por qué no bailas conmigo, Ricky?

Ricky sonrió.

—Temo no poder mostrarme caballeresco, Christina. Hace cuarenta años que no bailo.

—Debe de haber algo que haces muy bien para haber retenido a Stella todos estos años.

Había bebido por lo menos tres vasos de whisky de más.

—Sí —convino él—. ¿Sabes qué? No haber perdido nunca el sentido del humor.

—Eres realmente magnífico, Ricky. Me encantaría frotarte la espalda un día de éstos y ver si descubro de qué estás hecho.

—De cabos de lápices y de libros de Derecho viejos.

Con un gesto torpe, ella lo besó, chocando con el borde de su mandíbula.

—¿No fue a verte Sonny Venuti hace unos dos meses? Querría hablarte de eso.

—En tal caso, ven a mi oficina —sugirió Ricky. Sabía que Christina no tría.

—Permiso, Ricky, Christina —les dijo Edward Wanderley. Estaba junto a Ricky, en el otro lado.

—Los dejo para que hablen de temas de hombres —dijo Christina y se alejó en busca de un compañero de baile.

—¿La has visto? ¿Sabes dónde está? —El rostro ancho de Edward reflejaba una ansiedad infantil.

—¿La señorita Moore? Hace un rato que no la veo. ¿La perdiste?

—*Maldición*. Se esfumó.

—Probablemente está en el cuarto de baño.

—¿Desde hace veinticinco minutos? —Edward se frotó la frente.

—No te preocupes tanto por ella, Edward.

—No estoy preocupado. Sólo quiero encontrarla. —Edward se levantó en puntas de pie para mirar sobre las cabezas de las parejas que bailaban, sin dejar de frotarse la frente—. ¿No se habrá ido con uno de esos muchachos repelentes?

—No sabría decírtelo. —Edward palmeó la espalda a Ricky y se alejó de prisa.

En el vacío dejado por Edward en el borde de la alfombra aparecieron Christina Barnes y Ned Rowles y Ricky dio una vuelta alrededor de ellos para ir a buscar a Stella. Al cabo de un rato la encontró junto a Jim Hardie. Evidentemente estaba negándose a aprender a bailar el «Bump».

Lo recibió con aire de alivio y se apartó del muchacho.

La música era tan ruidosa que debieron hablarse directamente al oído.

—Ése es el muchacho más atrevido que he conocido en mi vida.

—¿Qué te dijo?

—Que me parezco a Anne Bancroft.

La música cesó abruptamente y la respuesta de Ricky fue oída por todos.

—No se debería permitir la entrada al cine a nadie menor de treinta años.

Todos lo oyeron, salvo Edward Wanderley, quien estaba interrogando a Peter Barnes y se volvieron para mirar a Ricky y a Stella. Luego Freddy Robinson, invariablemente optimista, tomó de la mano a la novia de Jim Hardie, cayó otro disco en el plato giratorio y todos reanudaron la tarea de divertirse en una fiesta. Edward había hablado en voz baja e insistente, pero el tono ofendido de la voz de Peter Barnes flotó un instante por el ambiente, antes de que recomenzase la música.

—¡Señor! Seguramente fue arriba.

—¿Nos vamos? —preguntó Ricky a Stella—. Sears se fue hace mucho tiempo.

—No, quedémonos un rato más. Hace años que no hacemos nada parecido a esto. Estoy divirtiéndome, Ricky. —Al ver el rostro cariacontecido de Ricky, añadió —: Baila conmigo, Ricky. Por esta sola vez.

—No sé bailar —dijo él y se hizo oír sobre el estruendo de la música—. Sigue divirtiéndote. Pero partamos dentro de una media hora, ¿quieres?

Stella le guiñó un ojo, se volvió y de inmediato la capturó Lou Price, con su aspecto de *gángster*. Esta vez Stella sucumbió.

Edward, sin ver nada, pasó corriendo junto a ellos.

Ricky recorrió la fiesta durante unos minutos y se negó aceptar más bebida del encargado del bar. Habló con Milly Sheehan, quien estaba extenuada, sentada en el sofá.

—No sabía que saldría así —dijo ella—. Me llevará horas limpiar todo.

—Que te ayude John.

—*Siempre* me ayuda. —El rostro redondo y tosco de Milly adoptó una expresión radiante—. En ese sentido, es extraordinario.

Ricky siguió paseándose y por fin llegó a la parte superior de la escalera. En el piso más alto y en la planta baja reinaba el silencio. ¿Estaba allá arriba la actriz de Edward con alguno de los chicos? Sonriendo, bajó a la planta baja en busca de silencio.

Las oficinas del doctor estaban desiertas. Había luces encendidas, colillas apagadas en el suelo, vasos a medio llenar en cada superficie. Olía a sudor, a cerveza, a humo. El tocadiscos portátil en la primera de las oficinas seguía funcionando, con su púa saltando sobre los surcos finales. Ricky levantó el brazo, lo colocó en su horquilla y detuvo el aparato. Milly tendría bastante trabajo allí al día siguiente. Al mirar su reloj, vio que eran las doce y media. A través del cielo raso le llegaba el golpeteo de un contrabajo y un eco metálico de música.

Se sentó en una de las incómodas sillas de la sala de espera, encendió un cigarrillo y con un suspiro, se aflojó. Se le pasó por la mente ayudar un poco a Milly, ordenando esos cuartos de la planta baja, pero se dio cuenta de que le haría falta una escoba.

Minutos más tarde unos pasos lo despertaron de un breve sueño. Se irguió en la silla al oír que alguien abría una puerta al pie de la escalera.

—¿Quién es? —preguntó, pues no quería sorprender a ninguna pareja ilícita.

—¿Quién está allí? ¿Ricky? —John Jaffrey entró en la sala de espera.

—¿Qué haces aquí? ¿Viste a Edward?

—Bajé en busca de silencio. Edward andaba corriendo de aquí hacia allá, tratando de encontrar a la señorita Moore. Quizá haya ido al piso alto.

—Me tiene preocupado —dijo Jaffrey—. Parecía., tan tenso. Ann-Veronica está bailando con Ned Rowles. ¿Acaso no la vio?

—Desapareció hace un rato. Es por eso que estaba tan ansioso.

—Pobre Edward. No tiene por qué preocuparse por esa chica. Es un ángel. Tendrías que verla. Bellísima. Está más bonita ahora que en toda la noche.

—Bien —dijo Ricky, obligándose a abandonar la silla—. ¿Quieres que te ayude a encontrar a Edward?

—No, no, no. Quédate aquí. Lo encontraré. Probaré Los dormitorios. Aunque... qué puede estar haciendo allí...

—Buscándola, supongo.

John dio media vuelta, y murmurando que no podía menos que preocuparse, volvió a atravesar los consultorios. Ricky lo siguió despacio.

Harold Sims estaba bailando con Stella y la tenía muy apretada mientras le hablaba sin cesar al oído. La música era tan ruidosa que Ricky sintió ganas de gritar. No se había ido nadie, salvo Sears y los jóvenes, muchos de ellos ebrios ya, giraban vertiginosamente, pelo y brazos levantados. La joven actriz brincaba con el editor del diario, Lewis conversaba con Christina Barnes en el sofá. Ambos estaban completamente ajenos a la presencia de Milly Sheehan dormitando a pocos centímetros de ellos. Ricky tenía intensos deseos de encontrarse en casa y en su cama. El ruido le provocaba dolor de cabeza. Sus viejos amigos, con la excepción de Sears, parecían haber perdido los estribos. Lewis tenía una mano apoyada en la rodilla de Christina y miraba sin ver. ¿Intentaba, en verdad, seducir a la mujer del banquero? ¿En presencia de su marido y su hijo?

Arriba, algo pesado cayó al suelo, pero el único que lo oyó fue Ricky. Volvió entonces a acercarse al pie de la escalera y vio a John arriba.

—Ricky.

—¿Qué pasa, John?

—Edward. Es Edward.

—¿Derribó algo?

—Sube, Ricky.

Subió cada vez más preocupado con cada escalón que trepaba. John Jaffrey parecía aterrado.

—¿Derribó algo? ¿Se lastimó?

Jaffrey abrió la boca varias veces, hasta que por fin brotaron palabras de ella.

—Yo derribé una silla. No sé qué hacer.

Ricky llegó al descansillo y miró fijamente el rostro desencajado de John.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En el segundo dormitorio.

Como Jaffrey no se movió, atravesó el vestíbulo hasta llegar a la segunda puerta. Miró a sus espaldas. Jaffrey hizo un gesto con la cabeza, tragó y por fin se le acercó.

—Allí.

Ricky tenía la boca seca. Cuánto habría deseado estar en cualquier otra parte, haciendo otra cosa, salvo lo que debía hacer ahora. Apoyó una mano en el picaporte, lo hizo girar. La puerta se abrió de par en par.

Hacía frío en el dormitorio y no tenía casi muebles. En un colchón descubierto había dos abrigos, el de Edward y el de la muchacha. Ricky vio tan sólo el de Edward Wanderley. Edward estaba tendido en el suelo, con ambas manos aferradas al pecho y las rodillas dobladas sobre él. Su rostro era algo terrible.

Ricky retrocedió un paso y por poco no cayó sobre la silla que John había volcado. No había ninguna posibilidad de que Edward viviese aún. No sabía cómo sabía esto, pero lo sabía. Con todo, preguntó:

—¿Le tomaste el pulso?

—No hay pulso. Murió.

John estaba tembloroso, junto a la puerta. Por el hueco de la escalera llegaban la música y las voces.

Con un esfuerzo, Ricky se arrodilló junto a Edward. Le tocó una de las manos, aferrándole la camisa verde. Palpó con la yema de los dedos la parte de abajo de la muñeca, pero no sintió nada. Por otra parte, no era médico, de modo que preguntó:

—¿Qué crees que sucedió? —Le era imposible volver a mirar el rostro crispado de Edward.

—¿Ataque cardíaco? —sugirió John, acercándose.

—¿Crees que fue eso?

—No lo sé. Sí, es probable. Demasiada excitación. Pero...

Ricky miró fijamente a Jaffrey y apartó la mano de la de Edward, tibia aún.

—Pero... ¿Qué? —preguntó.

—No sé. No puedo decir nada. Pero, Ricky... mírale la cara.

Ricky la miró: músculos rígidos, boca abierta como para gritar, ojos de expresión vacía. Era el rostro de un hombre torturado, desollado vivo.

—Ricky —dijo John—, lo que voy a decir no tiene sentido desde el punto de vista médico, pero tiene aspecto de haber muerto de miedo.

Ricky hizo un gesto afirmativo y se incorporó. Era exactamente lo que sugería Edward.

—No podemos permitir subir a nadie —dijo—. Bajaré yo y pediré por teléfono una ambulancia.

6

Y éste fue el final de la fiesta de Jaffrey: Ricky Hawthorne pidió una ambulancia por teléfono, detuvo el tocadiscos y dijo que Edward Wanderley había «tenido un accidente» y que no era posible ayudarlo ya, enviando luego a treinta personas a su casa. No permitió a nadie subir al piso alto. Buscó a Ann-Veronica Moore, pero se había retirado.

Media hora más tarde, el cadáver de Edward iba en camino al hospital, o a la morgue. Ricky llevaba a Stella a casa.

—¿No la viste irse? —le preguntó.

—Un minuto antes estaba bailando con Ned Rowles y al siguiente salía por la puerta. Creí que iba al cuarto de baño. Ricky, qué horroroso.

—Sí, fue horroroso.

—Pobre Edward. Realmente no puedo creerlo.

—Tampoco yo. —Ricky tenía los ojos llenos de lágrimas y durante unos segundos condujo casi a ciegas, con una nube delante de los ojos. Para borrarle de la mente la imagen de Edward, preguntó—: ¿Qué te dijo que te sorprendió tanto?

—¿Qué? ¿Cuándo? Apenas conversé con ella.

—En la mitad de la fiesta. La vi hablando contigo y pensé que había dicho algo que te dejó atónita.

—Ah —dijo Stella elevando un poco la voz—. Me preguntó si era casada. Le dije que era la señora Hawthorne. Y entonces ella me dijo: «Ah, sí, acabo de ver a su marido. Diría que podría ser un buen enemigo...

—No pudiste haber oído bien.

—Oí muy bien.

—No tiene sentido.

—Es lo que dijo.

Y una semana más tarde, cuando Ricky llamó por teléfono al teatro donde actuaba la muchacha, con la intención de devolverle el abrigo, se enteró de que había vuelto a Nueva York al día siguiente de la fiesta, abandonando súbitamente la compañía y partido con destino desconocido. Nadie sabía dónde estaba. Había desaparecido para siempre. Era demasiado joven, demasiado inexperta y ni siquiera dejó una fama suficiente para crear una leyenda en torno de su personalidad. Esa noche, en lo que parecía ser la última reunión de la Chowder Society, se sintió inspirado a preguntar a un taciturno John Jaffrey.

—¿Qué es la peor cosa que hiciste jamás?

John los salvó a todos al responder:

—No se los diré, pero les contaré lo peor que me sucedió a mí jamás.

Seguidamente les contó un cuento de fantasmas.

SEGUNDA PARTE

La Venganza Del Doctor Pata De Cabra

*Sigue a una sombra y huirá de ti.
Mas si huyes de ella, te seguirá.*

Ben Jonson

I

Sólo un campo más, pero lo que plantaron allí...

De los diarios de Don Wanderley

1

La vieja idea del doctor Pata de Cabra... La idea de otro libro, la historia de la destrucción de una pequeña ciudad por obra del doctor Pata de Cabra, actor trashumante que arma su tienda en las afueras, vende elixires y pociones y medicinas mágicas (¿un negro?) y tiene además un pequeño espectáculo, música de jazz, bailarinas, trombones, etc. Abanicos, burbujas. Si alguna vez vi un marco perfecto para esta historia, Milburn lo es.

Primero hablaré de la ciudad y luego del buen doctor. La ciudad de mi tío, Milburn, es uno de esos lugares que parece crear su propio limbo antes de establecer su nido en él. No es una verdadera ciudad, ni tampoco un pueblo rural... demasiado pequeña para lo primero, demasiado poblada para lo segundo, demasiado consciente, en fin, de su condición. (El diario local se llama El ciudadano. Milburn parece aún enorgullecerse de contar con su pequeño arrabal, las pocas calles que conforman el llamado Hollow, u hondonada, es prueba aparente de ello y se diría que señala: ¿Ven ustedes? Tenemos lugares por los que hay que transitar con cuidado cuando oscurece, pues la época no nos dejó inmunes, apartados, inocentes... Esto es casi cínico. Si alguna vez hay dificultades en Milburn, no comenzarán en el Hollow.) Las tres cuartas partes de los hombres trabajan en otro lugar, en general, en Binghamton, cuya autopista es de importancia vital para la vida de la ciudad. Sensación de extraña estabilidad, inmovilidad, *pesadez*, y al mismo tiempo, nerviosidad. (Apuesto que cambian chismes incesantes los unos sobre los Otros.) La nerviosidad deriva de que sientan acaso que siempre están perdiéndose algo, de que en definitiva, la época los ha dejado un poco al margen de todo. Probablemente lo siento yo por el contraste existente entre esta ciudad y California. Es una preocupación que ellos no tienen. Es una ansiedad que resulta, diría, casi típica del sector del noreste del país, característica de estas pequeñas ciudades. Lugares ideales para el doctor Pata de Cabra.

(Hablando de ansiedad, esos tres viejos a quienes vi hoy, los amigos de mi tío, la tienen bien intensa. Es obvio que tiene que ver con el motivo que los llevó a escribirme, sin saber que comenzaba a sentirme tan cansado de California que habría estado dispuesto a ir a cualquier parte donde supusiese que podría trabajar.)

Desde el punto de vista físico, es, sin duda, bonito. Todos estos lugares son bonitos. Hasta el Hollow tiene esa belleza nostálgica de una foto de color sepia de los años treinta. Está la tradicional plaza, los tradicionales árboles, arces, pinos

«tanmarack», robles, los bosques llenos de puntos cubiertos de musgos, la sensación, en fin, de que los bosques que circundan la ciudad son más fuertes, más *profundos*, que la pequeña red de calles que la gente dispone en su centro. Y cuando llegué vi las grandes casas, algunas de ellas, tan grandes como para merecer el nombre de mansiones.

Y con todo... un marco magnífico, enviado del cielo, para la novela del doctor Pata de Cabra.

Es negro, no cabe duda de ello. Viste con vistosidad, con gusto que tiene algo de antiguo: polainas, anillos, bastón, chaleco de colores chillones. Es parlanchín, gran comediante, charlatán incansable, ligeramente ominoso... es el cuco. Se apoderará de uno si no tenemos cuidado. Embaucará a cualquiera los siete días de la semana. Tiene una sonrisa cautivante.

Lo vemos sólo de noche, cuando pasamos por un sector habitualmente deshabitado. Allí está él, de pie en una tarima junto a su tienda, agitando un bastón, mientras la banda de jazz toca la música ágil que lo rodea, que suba entre su pelo motoso, mientras el saxofón curva sus labios. Nos mira a los ojos. Nos invita a presenciar su espectáculo, a comprar una botella de su elixir por un dólar. Dice ser el celebrado doctor Pata de Cabra y tener ni más ni menos que lo que necesita nuestra alma.

¿Y qué ocurre si lo que necesita nuestra alma es una bomba? ¿Un cuchillo? ¿Una muerte lenta?

El doctor Pata de Cabra nos dirige un gran guiño. Estás agarrado, hombre. No tienes más que sacar un dólar de los vaqueros.

Ahora cabe decir lo que es evidente. Detrás de esta figura que he estado llevando a todas partes en la cabeza está Alma Mobley. También a ella le convenía darnos lo que deseábamos.

Todo el tiempo, la sonrisa juguetona, las manos inquietas, los ojos con su blanco blanquísimo, deslumbrante... y la sonrisa siniestra. *¿Y qué hay de esa pequeña Alma Mobley, chico? Supongamos que la ves al cerrar los ojos. ¿Qué ocurre, entonces? Está allí, Jiii, jiii, jiii? ¿Alguna vez tocaste un fantasma? ¿Alguna vez posaste la mano en la piel blanca de un fantasma? ¿Y los ojos apacibles de tu hermano... te observaban?*

2

Fui a la oficina del abogado que me escribió, Sears James, tan pronto como llegué a la ciudad: un severo edificio blanco en Wheat Row, al borde de la plaza principal. El día, gris por la mañana, era frío y radiante, y antes de ver a la recepcionista pensé que seguramente ése era el comienzo de un nuevo ciclo para mí.

Sin embargo, la recepcionista me dijo que tanto el señor James como el señor Hawthorne estaban en un funeral. Esa nueva secretaria que tomaron también había ido, pero para la recepcionista, esto significaba tomarse demasiadas atribuciones. Después de todo, no conocía personalmente al doctor Jaffrey, ¿no? Sí, seguramente

estaban ya en el cementerio. Y qué hombre bueno, qué hombre bueno era, debía haber sido el doctor de Milburn durante cuarenta años, era el hombre más bueno que uno hubiese conocido jamás, no almirado, hay que admitirlo, pero cuando la tocaba a una, se sentía la bondad que fluía de él.

Y hablaba y hablaba, inspeccionándose, examinándose, tratando de imaginar para qué diablos quería verme su patrón.

Y luego esa vieja sentada delante de su conmutador lo aprisionó en una sonrisa furiosa y dejó caer la carta decisiva en la mesa al decir *claro que usted no está enterado, pero se mató hace cinco días. Se arrojó al río desde un puente. ¿Se imagina semejante cosa? Fue sencillamente trágico. El señor James y el señor Hawthorne estaban afectadísimos. Todavía no se repusieron. Y ahora esa chica Anna los hace trabajar el doble, y tenemos ese loco de Elmer Scates llamando por teléfono todos los días, gritando por culpa de esas cuatro ovejas...* ¿Qué pudo llevar a un hombre tan bueno como el doctor Jaffrey a hacer algo así?

(Escuchó al doctor Pata de Cabra, vieja.)

Aah. ¿Le gustaría ir al cementerio?

3

Fue al cementerio. Estaba en una carretera llamada Pleasant Hill, en la salida de la ciudad, sobre una de las carreteras estatales (la vieja le dio buenas indicaciones), largas extensiones de campo marchitas bajo una nieve demasiado temprana, y un viento que de vez en cuando levantaba una sábana plana de nieve suelta y la hacía levantarse y agitar los brazos. *Es curioso lo perdido que parece este paraje, a pesar de haber ido y venido por él la gente durante siglos. Parece maltrecho, nostálgico, con un alma que partió o se retiró lejos, en espera de algo que suceda y vuelva a despertarla.*

El cartel *Cementerio de Pleasant Hill*, era una tira de metal estampado gris sobre un costado del portón de hierro forjado negro. Si no hubiese sido por este gran portón que se levantaba delante de la entrada de lo que parecía un campo más, Don habría pasado de largo. Contempló las grandes puertas a medida que se le aproximaban, preguntándose qué clase de agricultor podía haber tenido tal delirio de grandeza que le hubiese llevado a levantar aquel portón de mansión señorial sobre aquel camino para tractores. Se detuvo, contempló el angosto camino, algo más que uno para tractores y vio media docena de automóviles estacionados en la cima de la colina. Después vio el cartelito. *Sólo un campo más, pero lo que plantaron allí...*

Hizo avanzar su automóvil a través del portón abierto, lo dejó luego algo separado de los otros, a mitad del camino hacia la colina, y recorrió a pie el último trecho del camino. Tenía cerca la sección más vieja del cementerio, losas inclinadas con inscripciones carcomidas, ángeles de piedra con brazos levantados y cargados de nieve. Jóvenes de granito que se cubrían los ojos con brazos envueltos en pliegues. Los finos esqueletos de la maleza trepaban por las losas torcidas. El angosto camino dividía en dos la sección más vieja y llevaba a un sector más grande con tumbas pequeñas y más ordenadas. Esas losas de color púrpura, gris y blanco quedaban empequeñecidas por la extensión del terreno en esa parte. Al cabo de un rato, a unos cien metros de distancia, Don vio los cercos que rodeaban el cementerio. Un furgón

fúnebre estaba detenido en el punto más bajo del terreno. El conductor con sombrero negro fumaba ocultando el cigarrillo con la mano para que no lo viese el pequeño grupo de gente reunido alrededor de la tumba más reciente. Una mujer, informe bajo un abrigo azul, se aferraba a otra algo más alta. Los otros miembros del cortejo fúnebre estaban tan rígidos e inmóviles como postes. *Cuando vi a los viejos de pie allí junto a los pies de la tumba, supe que tenían que ser los dos abogados; si no eran abogados eran ideales para el papel. Comencé a caminar hacia ellos por la pendiente del angosto camino. Entonces pensé si el muerto era médico, ¿por qué no hay mas gente? ¿Dónde están sus pacientes?*

Un hombre de pelo gris junto a los dos abogados lo vio primero y tocó al otro hombre, el macizo que llevaba un sobretodo negro con cuello de piel. El hombre grande lo miró entonces y luego el hombre menudo a su lado, el que daba la impresión de estar resfriado, apartando los ojos del pastor contempló con curiosidad a Don. Hasta el pastor dejó de hablar por un instante, se metió una mano helada en el bolsillo del sobretodo y miró a Don lleno de confusión con su rostro móvil.

Luego, por fin, un gesto de bienvenida, en contraste con la cautelosa observación. Una de las bellezas, la más joven (¿una hija?), envió hacia él una sonrisa leve pero auténtica.

El hombre de canas plateadas que según Don tendría que haberse dedicado al cine se separó de los otros dos y avanzó a grandes pasos hacia él.

—¿Es usted amigo de John? —susurró.

—Me llamo Don Wanderley —susurró Don a su vez—. Recibí una carta de alguien llamado Sears James y la recepcionista en su oficina me dijo que podría encontrarlo aquí.

—Claro, hasta se parece algo a Edward —dijo Lewis y tomándolo del brazo, se lo apretó—. Mire, hijo, estamos pasando un mal momento aquí. Espere y no diga nada hasta que esto haya terminado. ¿Tiene donde alojarse esta noche?

Así, pues, me reuní con ellos, un poco mirándolos a los ojos, otro poco eludiendo su mirada. La mujer del abrigo azul claro se apoyaba como una bolsa en la mujer de aire desafiante que la sostenía. Hacía muecas y sollozaba, diciendo a la vez: «¡No, no, no! ». A sus pies había pañuelos de papel arrugados, que se levantaban y volaban con el viento que cortaba la depresión. De vez en cuando uno de los pañuelos se alejaba velozmente como un diminuto faisán de color pastel y quedaba preso en el tejido de alambre del cerco. Cuando nos fuimos había docenas de ellos allí, aplastados contra el alambrado.

Frederick Hawthorne

Ricky estaba orgulloso de Stella. Mientras los tres miembros que quedaban de la Chowder Sociery trataban de adaptarse al estado de *shock* provocado por la muerte de John, sólo Stella había pensado en la situación de Milly Sheehan. Según suponía, Sears y Lewis habían pensado lo mismo que él, que Milly se quedaría, sencillamente a vivir en casa de John. O bien que, si la casa le resultaba demasiado vacía, se alojaría

en el hotel Archer hasta decidir qué hacer y a dónde ir. Tanto él como Sears sabían que Milly no tenía dificultades económicas. Ellos habían redactado el testamento según el cual la casa de John Jaffrey y los fondos que éste tenía en el Banco pasarían a pertenecer a Milly. Sumado todo, había heredado bienes que se aproximaban a los doscientos mil dólares. Y si decidía quedarse en Milburn, habría más que suficiente en los depósitos bancarios para pagar los impuestos inmobiliarios y para que viviese en forma desahogada. Se dijo que ellos eran abogados y debían pensar, como era lógico, en esos términos. No cabía otra cosa. Colocaban las pequeñas argucias legales en primer lugar y las personas en el segundo.

Desde luego, estaban pensando en John Jaffrey. Las noticias les llegaron aproximadamente a las doce de la mañana siguiente al día en que los presagios que invadían la mente de Ricky alcanzaron su punto máximo. Supo que algo horroroso había sucedido en el instante en que oyó por teléfono la voz de Milly Sheehan.

—Es... es... —La voz llegó temblorosa, ahogada—. Señor Hawthorne...

—Sí, soy yo, Milly —dijo—. ¿Qué pasó? —Al decir esto apretó el botón que conectaba la línea con la oficina de Sears y le dijo que escuchara—. ¿Qué es, Milly? —preguntó, seguro de que su voz era más estridente de lo que le agradaba a Sears. No podía por el momento hablar más bajo. El aparato, aunque reproducía la voz de los clientes en su volumen normal, triplicaba el ruido hecho por cualquiera que hablase por la línea de la oficina contigua.

—Me rompes los tímpanos —se oyó la voz quejumbrosa de Sears.

—Perdona —dijo Ricky—. Milly. ¿Estás allí? Es Milly, Sears.

—Ya lo oí. Milly, ¿puedo ayudarte en algo?

—¡Aaaaaaaay! —gimió ella. Ricky sintió escalofríos en la nuca.

La comunicación parecía haberse cortado.

—¿Milly? —dijo Ricky.

—Cállate —le ordenó Sears.

—¿Estás allí, Milly?

Oyó entonces el teléfono que golpeaba una superficie dura.

La voz que oyó luego fue la de Walt Hardesty.

—Hola, habla el *sheriff* ¿Hablo con el señor Hawthorne?

—Sí. El señor James está en la otra línea. ¿Qué sucede, Walt? ¿Está bien Milly?

—Está parada, mirando por la ventana. ¿Qué es ella, dicho sea de paso? ¿No es la mujer? Creí que era su mujer.

Sears los interrumpió, impaciente, una voz fuerte como la de un cañonazo en la oficina de Ricky.

—Es su ama de llaves —dijo—. Ahora, díganos qué pasa allí.

—La verdad es que se ha derrumbado como si fuera la mujer. ¿Ustedes son los abogados del doctor Jaffrey?

—Sí —repuso Ricky.

—¿Se enteraron de lo que le sucedió?

Ambos socios callaron. Si Sears sentía lo mismo que Ricky, debía tener la garganta demasiado oprimida para poder hablar.

—Bien, el doctor saltó —dijo Hardesty—. Vamos, señora, cálmese. Siéntese, o quédese tranquila.

—¿EL DOCTOR QUÉ? —gritó Sears. La voz resonó como un trueno en la oficina de Ricky.

—Saltó del puente esta mañana. Se arrojó al río. Señora, cálmese y déjeme hablar.

—El nombre de la señora es señora Sheehan —dijo Sears con voz más normal—. Respondería mejor si la llamase por su nombre. Y ahora, como es obvio que la señora Sheehan quería comunicarse con nosotros y no puede hacerlo, díganos, por favor, qué le sucedió a John Jaffrey.

—Se zambulló desde...

—Cuidado. ¿Se *cayó* del puente? ¿Qué puente?

—Vamos, el puente sobre el río. ¿Qué otro podía ser?

—¿Cómo está?

—Bien muerto. ¿Cómo imagina que podría estar? Bien, ¿quién se ocupará de todas las gestiones? Esta señora no está en condiciones de...

—Nosotros nos ocuparemos —dijo Ricky.

—Y probablemente nos ocuparemos de algo más —añadió Sears, furioso—. Sus modales son una vergüenza. Su dicción es una vergüenza. Es un infeliz, Hardesty.

—¡Un momentito...!

—ADEMAS, si sospecha que el doctor Jaffrey se suicidó, diría que está suponiendo demasiado, ¿sabe? y creo que le convendría mucho guardarse bien esa suposición.

—Omar Norris vio todo —dijo Hardesty—. Necesitamos la identificación antes de que podamos ordenar la autopsia, de modo que ¿por qué no viene hasta aquí para que podamos cortar esta comunicación?

Cinco segundos después de haber cortado la comunicación Ricky, apareció Sears en la puerta, y metiendo ya los brazos en las mangas del saco.

—No puede ser —dijo, forcejeando al mismo tiempo con la prenda—. Hay algún error. Pero vayamos allá, de todos modos.

El teléfono volvió a sonar.

—No Contestes —dijo Sears, pero Ricky había levantado ya el auricular.

—¿Sí? —preguntó Ricky.

—Hay una señorita en la sala de espera que desea verlos a usted y al señor James —dijo la recepcionista.

—Dígale que vuelva mañana, señora Quast. El doctor Jaffrey murió esta mañana y el señor James y yo pensamos ir a su casa a reunirnos con Walt Hardesty.

—Pero... —La señora Quast, quien había estado a punto de mostrarse indiscreta, cambió de tema—. Lo lamento mucho, señor Hawthorne. ¿Quiere que llame a la señora Hawthorne?

—Sí, y díale que me comunicaré tan pronto como pueda. —En este purno Sears daba muestras de gran impaciencia y cuando Ricky salió dantlo la vuelta a su escritorio, su socio estaba ya en el vestíbulo y agitaba su sombrero. Ricky tomó

rápidamente su propio sobretodo y corrió detrás de su amigo. Atravesaron juntos el vestíbulo principal tapizado en madera.

—Ese holgazán pesado, indescriptible —murmuró Sears—. Como si habría que creerle a Omar Norris en nada que no sea whisky o barredoras de nieve.

Ricky se detuvo de pronto y apoyó una mano en el brazo de Sears.

—Tenemos que pensar acerca de esto, Sears. Podría ser posible que John se haya matado. —La posibilidad no había sido del todo asimilada y vio que tampoco Sears estaba dispuesto a aceptarla—. No tenía ningún motivo para ir a caminar por el puente, especialmente, con el tiempo que hace.

El rostro de Sears se congestionó.

—Si crees eso —dijo— también tú eres un tonto. No me importa que John haya estado *mirando pájaros*, por ejemplo... algo estaba haciendo. —Apartó los ojos de los de Ricky antes de proseguir—. No alcanzo a imaginar qué hacía, pero hacía algo allí. ¿Te dio la impresión de pensar en suicidarse anoche?

—No, pero...

—En tal caso, deja de discutir. Vayamos a su casa. —Sears cubrió el resto del vestíbulo delante de Ricky y abrió la puerta de la sala de espera con un hombro. Ricky Hawthorne, corriendo detrás, llegó a la sala a su vez y sintió leve sorpresa al ver a Sears frente a una muchacha alta, de pelo oscuro, rostro ovalado y rasgos menudos y bien dibujados.

—Sears, no tenemos tiempo ahora y ya le dije a la señorita que vuelva mañana.

—Dice... —Sears se quitó el sombrero. Su expresión era la de alguien que ha recibido un mazazo en la cabeza—. Dígale lo que me dijo a mí —dijo a la muchacha.

La muchacha repitió:

—Eva Galli era mi tía, y estoy buscando trabajo.

(La señora Quast se apartó de la muchacha, que se había limitado a sonreírle y se sonrojó al marcar en el dial el número telefónico de los Hawthorne. La muchacha se alejó un poco para inspeccionar los diseños de Kitaj con que Stella había reemplazado, tres años atrás, los viejos grabados de pájaros de Audubon de Ricky. Incomprensibles, novedosos, fueron los términos que cabía aplicar a los diseños y a la muchacha, según la señora Quast. *No*, exclamó Stella al oír la noticia sobre el doctor Jaffrey. *Ah, pobre Milly. Pobres todos, sin duda. Pero yo tendré que hacer algo por Milly.* Al tirar del cable del conmutador la señora Quast piensa vaya que está *luminoso* aquí y en seguida piensa no, en realidad está *negro* como el *pecado*, seguramente las luces se pusieron brillantes primero y luego seapagaron, pero al instante siguiente todo está otra vez normal, la lámpara sobre su escritorio exactamente como siempre y la señora Quast se frota los ojos y agita la cabeza canosa... *Milly Sheehan tuvo una vida muelle y fácil siempre, es hora de que salga y trabaje en serio...* y le sorprende oír al señor James decirle a esa muchachita tan joven que si vuelve mañana hablarán sobre la posibilidad de confiarle algunas tareas de secretaria. *Lo que quiero saber es qué diablos está pasando aquí?*).

Y también Ricky, al mirar a Sears, se preguntó lo mismo... ¿Trabajo como secretaria? Tenían una secretaria parte del tiempo, Mavis Hodge, quien les hacía casi

todo el trabajo de escritos a máquina. Para tener trabajo suficiente para otra chica, tendrían que comenzar a contestar toda la correspondencia de avisos y cosas sin importancia. Desde luego que no era la necesidad de ampliar su equipo lo que había llevado a Sears a tratar a la muchacha con esa deferencia. Era el nombre, *Eva Galli*, pronunciado con una voz que de ser posible beberla, tendría sabor a oporto... De pronto Sears tuvo aspecto de gran cansancio. El insomnio y las pesadillas y la visión de Fenny Bate y Elmer Scales y sus malditas ovejas y la manera de morir de John (*Se arrojó...*) ...todo se combinó para que durante un momento mostrase signos de estar extenuado. Ricky vio el temor de su socio y también su agotamiento. Comprobaba asimismo que hasta Sears podía llegar a desmoronarse.

—Sí, vuelva mañana —dijo a la muchacha y al mismo tiempo reparó en que el rostro ovalado y los rasgos regulares eran más que bonitos. Supo, además, que si había algo que no hacía falta recordar a Sears en aquel momento, era Eva Galli. La señora Quast estaba mirándolo con fijeza. Debió indicarle, entonces, que se ocupara de todos los llamados que se produjeran en la oficina durante la tarde. Dijo esto por hacer un comentario.

—Entiendo que acaba de morir un buen amigo de ustedes —dijo la muchacha a Ricky—. Siento haber llegado en un mal momento —añadió con una sonrisa de disculpa que indicaba que lo lamentaba de verdad—. Por favor, no se retrasen por mí.

Ricky miró una vez más los rasgos astutos como los de una zorra antes de volverse hacia Sears y hacia la puerta. Sears se abotonaba el abrigo con aire pensativo, muy pálido, y tuvo la impresión de que la intuición de Sears no era errada, de que la llegada de esta muchacha formaba parte del rompecabezas y de que nada era ahora casual. Era como si existiese una especie de plan que podrían descifrar sólo cuando pudiesen juntar todas las piezas.

—No debe de ser John, probablemente —dijo Sears en el automóvil— Hardesty es tan incapaz que no me sorprendería que hubiese aceptado la afirmación de Norris... —poco a poco dejó de hablar. Ambos sabían que esto era sólo una expresión de deseos—. Demasiado frío —continuó Sears y la mueca de sus labios fue la de un niño—. Demasiado frío —repitió. Ricky se mostró de acuerdo y por fin se le ocurrió algo más que decir.

—Por lo menos Milly no pasará hambre —afirmó. Sears suspiró, divertido.

—Por suerte, ya nunca volvería a obtener otro empleo que incluya el privilegio de escuchar detrás de las puertas. —Volvió a producirse otro silencio, a medida que ambos aceptaban que era probable que John Jaffrey hubiese saltado desde el puente de Milbum y se hubiese ahogado en el río semicongelado.

Después de recoger a Hardesty para ir con él hasta la cárcel diminuta donde el cuerpo aguardaba la llegada del furgón de la morgue, pudieron comprobar que Omar Norris no se había equivocado. El muerto era John... con un aspecto más delgado aún que en vida. Tenía el pelo ralo adherido al cráneo, los labios replegados arriba de las encías azuladas... todo su ser vacío, como en la pesadilla de Ricky Hawthorne.

—¡Jesús! —dijo éste. Con una sonrisa Hardesty comentó—. No es ése el nombre que tenemos aquí, señor abogado.

—Dénos los formularios, Hardesty —le dijo Sears lacónicamente y luego, por ser quien era, añadió—: Nos llevaremos también sus efectos personales, a menos que usted haya conseguido perderlos, junto con su dentadura postiza.

Pensaban que quizá podrían encontrar algún indicio entre las pocas cosas contenidas dentro del sobre de papel marrón que les entregó Hardesty. Sin embargo, en el surtido de objetos retirados de los bolsillos de John Jaffrey no pudieron encontrar nada. Un peine, seis botones de camisa de etiqueta y un par de gemelos haciendo juego, un ejemplar de *La formación de un cirijano*, un bolígrafo, un manojo de llaves dentro de un estuchecito de cuero muy gastado, tres monedas de un cuarto de dólar y una de diez centavos. Sears desparramé todo sobre sus rodillas en el asiento delantero del viejo Buick de Ricky.

—Era demasiado esperar que hubiese una nota —dijo y se estiró hacia atrás con todo su gran volumen y se restregó los ojos—. Empiezo a sentirme como un miembro de una especie en vías de extinción. —Volvió a enderezarse y siguió mirando el mudo surtido de objetos—. ¿Quieres guardarte algo de esto, o bien deberíamos entregarle todo a Milly?

—Puede ser que Lewis quiera los botones y los gemelos.

—Se los daremos. ¡Ah, Lewis! Tenemos que decírselo. ¿Quieres volver a la oficina?

Estaban aún sentados, sin decir nada más, en los tibios asientos del viejo automóvil de Ricky. Sears sacó un largo cigarro de su cigarrera, le cortó la punta y sin tomarse la molestia de seguir el ritual de siempre de oler y mirar, lo prendió con un encendedor. Ricky bajó la ventanilla sin formular ninguna queja. Sabía que Sears fumaba en una especie de acto reflejo y que no tenía conciencia de tener un cigarro en la mano.

—¿Sabes una cosa, Ricky? —dijo sin quitárselo de la boca—. John ha muerto y hemos estado hablando de sus gemelos...

Ricky puso en marcha el automóvil.

—Volvamos a Melrose y bebamos algo.

Sears volvió a guardar la patética serie de objetos dentro del sobre, lo doblé por la mitad y se lo metió en uno de los bolsillos del abrigo.

—Pon atención cuando manejes. ¿Ha escapado a tu atención que está nevando otra vez?

—No, no he dejado de notarlo —dijo Ricky—. Si comienza tan temprano y la situación empeora, nos encontraremos bloqueados por la nieve antes de que termine el invierno. Tal vez deberíamos hacer una pequeña reserva de alimentos envasados, por las dudas. —Ricky encendió los faros, seguro de que Sears no tardaría en comenzar a darle órdenes sobre cómo debía conducir. El cielo gris que había cubierto la ciudad durante semanas se había vuelto casi negro y estaba cortado por nubes que parecían olas largas y crespas.

—Mmmm —murmuré Sears—. La última vez que pasó esto...

—Yo había vuelto de Europa. Mil novecientos cuarenta y siete. Un invierno horroroso.

—Y la vez anterior tuvo lugar en la década del veinte

—En mil novecientos veintiséis. La nieve enterró casi las casas.

—Murió gente. Una vecina mía murió bajo esa nieve.

—¿Quién?

—Se llamaba Viola Frederickson. Quedó atrapada en su carrito tirado por caballos. Murió congelada. Los Frederickson tenían la casa de John, ahora que recuerdo. —Sears volvió a suspirar con aire fatigado y Ricky llegó a la plaza y pasó delante del hotel. Los copos de nieve del tamaño de trozos de algodón caían velozmente frente a las ventanas oscuras—. Por amor de Dios, Ricky, tienes la ventanilla abierta. ¿Quieres que nosotros nos congelemos también? —exclamó de pronto y levantó las manos para acercar el cuello de piel a su mentón. Sólo entonces advirtió el cigarro entre sus dedos.

—Perdona —le dijo Ricky—. Lo hago por costumbre. —Sears bajó su ventanilla y dejó caer el cigarro por el hueco abierto—. Qué desperdicio —comentó.

Ricky estaba pensando en el cadáver de John sobre una camilla en la celda, en que debía darle la noticia a Lewis, en la piel azulada y tensa sobre el cráneo de John.

Sears tosió antes de hablar.

—No llego a comprender por qué no hemos recibido noticias del sobrino de Edward.

—Seguramente vendrá sin previo aviso. —La nieve era menos espesa ahora—. Esta nieve me gusta un poco más —añadió, pero de inmediato pensó, *no, quizá, no*. Había en el aire algo sombrío para ser mediodía y la oscuridad no parecía cambiar mucho con la luz de los faros. Estos despedían solamente un resplandor muy débil delante del automóvil. Todos los objetos y puntos diversos de la ciudad parecían relucir, en cambio, no con el resplandor amarillo de los faros, sino con un resplandor blanco, de la blancura de las nubes que seguían hirviendo y formando espuma sobre sus cabezas... un cerco de varillas de madera blanca, una puerta, un moldeado. Más allá brillaban unas piedras en una pared y más lejos, unos álamos deshojados en un jardín. Sus tonos sin color recordaron a Ricky el rostro de John y esto le hizo estremecerse. Sobre todos aquellos objetos que brillaban en forma caprichosa, el cielo encima de las nubes turbulentas era más negro aún.

—Bien. ¿Qué crees que sucedió? —le preguntó Sears.

Ricky se inernó en la avenida Melrose.

—¿Quieres que nos detengamos en tu casa, por si acaso necesitas recoger alguna cosa? —preguntó a su vez.

—No. Tienes una opinión hecha, ¿no?

—Me gustaría saber qué les sucedió a las ovejas de Elmer.

En aquel momento se detuvieron frente a la casa de Ricky. Sears volvía a dar obvias muestras de impaciencia.

—No me interesan un rábano las ovejas de nuestro Virgilio —dijo. Quería bajar del automóvil, dar por terminada la conversación, y si Ricky hubiese mencionado la aparición de Fenny Bate, con sus pies descalzos y su cabeza huesuda en su propia

escalera, habría gruñido como un oso. Ricky advertía todo esto, pero cuando Sears hubo salido del automóvil y mientras ambos caminaban por el sendero en dirección a la puerta, dijo

—Oye. La muchacha de esta mañana...

—¿Qué hay de ella?

Ricky metió la llave en la cerradura.

—Si quieres hacerme creer que necesitamos otra secretaria, no me opongo, pero...

Al abrirles la puerta Stella, estaba ya hablando...

—Cuánto me alegro de que hayan venido los dos. Temía que volvieran a esas tétricas oficinas de Wheat Row para fingir que no había pasado nada. ¡Para fingir que trabajan y no contarme nada! Por favor, Sears, sal del frío. No tenemos por qué regalar nuestra calefacción a la calle. ¡Entra! —Los dos hombres entraron con paso pesado en el vestíbulo, avanzando como caballos de tiro cansados y se quitaron los abrigos—. Los dos tienen un aspecto terrible. Entonces no cabe duda de que puede haber sido una identificación falsa, ¿no? ¿Era John?

—Era John —repuso Ricky—. En realidad no podemos decirte nada más, Stella. Parecería que hubiese saltado desde el puente.

—Qué horror —exclamó Stella. Había perdido toda su vivacidad anterior—. Pobre Chowder Society...

—Amén —dijo Sears.

Después de un almuerzo tardío, Stella dijo que le prepararía una bandeja a Milly.

—Puede que quiera comer algún bocadito.

—¿Milly? —preguntó Ricky, atónito.

—Milly, sí... ¿La recuerdas? No podía permitir que vagase por esa casa enorme de John. Fui a buscarla y la traje aquí. Es una ruina, la pobre, y por eso la obligué a acostarse. Esta mañana se despertó y no encontró a John y durante horas anduvo preocupada de un lado a otro hasta que ese repelente Walter Hardesty llegó a darle la noticia.

—Me alegro —dijo Ricky.

—Dice que se alegra —comentó Stella—. Si tú y Sears no hubiesen estado tan absortos en ustedes mismos, tal vez podrían haber pensado un poco en ella.

Al verse atacado, Sears levantó la cabeza y parpadeó.

—Milly no tiene motivos para preocuparse —dijo—. Ha heredado la casa de John y una cantidad de dinero fuera de toda proporción con lo que le corresponde.

—¿Fuera de toda proporción, Sears? Ve, sube, llévale la bandeja y dile qué agradecida debe sentirse. ¿No crees que esto la animará? ¿Que John Jaffrey le haya dejado unos miles de dólares?

—Unos cuantos miles, Stella —dijo Ricky—. John dejó casi todo lo que tenía a Milly.

—Bien, es lo que debe ser —declaró Stella y se alejó con pasos ruidosos hacia la cocina. Ambos se quedaron desconcertados.

—¿Tienes a veces dificultad en descifrar lo que quiere decir Stella? —le preguntó Sears.

—De vez en cuando —repuso Ricky—. Teníamos antes un código, pero creo que se deshizo de él poco después de habernos casado. ¿Llamamos a Lewis para decírselo? Lo hemos postergado ya bastante.

—Dame el teléfono —le dijo Sears.

Lewis Benedikt

5

Aunque no tenía apetito, Lewis se preparó el almuerzo por seguir una costumbre arraigada: salchichón con aderezo de rábano picante y una gruesa rebanada de queso *cheddar*, fabricado por el mismo Otto Gruebe en su pequeña fábrica a unos kilómetros de Afton. Las experiencias de la mañana lo habían dejado algo agitado y por ello le gustaba pensar ahora en el viejo Otto. Gruebe era una persona sin complicaciones, de contextura física semejante a la de Sears James, aunque encorvado por toda una vida pasada en posición inclinada delante de las tinas. Tenía un móvil rostro de payaso y hombros y manos enormes. Otto había hecho el siguiente comentario cuando murió la mujer de Lewis: «Tuviste una pequeña dificultad allá en España, ¿eh? Me lo dijeron en la ciudad. Qué pena, Lewis». Después de todo el tacto desplegado por el resto de sus amistades, esto lo había conmovido muchísimo. Otto, con su tez que recordaba la cuajada por haber pasado diez horas diarias en su fábrica de quesos, Otto, con su jauría de perros de caza ordinarios. Ni un solo día en su vida había sentido temor. Mientras masticaba muy despacio su almuerzo, decidió que iría en automóvil a visitar a Otto un día de éstos. Llevaría su escopeta para salir a cazar coatíes con Otto y sus perros, siempre que la nieve no aumentase. La tozudez germánica de Otto le haría mucho bien. En realidad nevaba otra vez. Seguramente los perros estaban ladrando en sus perreras y el viejo Otto debía de estar retirando el suero de leche y maldiciendo lo temprano que había llegado el invierno.

Una pena. Sí, era ni más ni menos una pena y más que una pena, un misterio. Como Edward.

Se levantó bruscamente y dejó los platos en la piletta. Cuando miró su reloj, dejó escapar un lamento. Las once y media y había terminado ya su almuerzo. El resto del día se levantaba, amenazador como una cumbre de los Alpes. Ni siquiera tenía la perspectiva de pasar una noche de conversación ligera con alguna chica. Ni tampoco podía contar con unas horas de placer nocturno más intenso con Christina Barnes, ya que estaba tratando de terminar poco a poco con este asunto.

Lewis Benedikt había logrado con éxito algo que se considera imposible en una ciudad de las dimensiones de Milburn. Desde el primer mes consecutivo a su regreso de España, se había organizado una vida secreta que había permanecido como tal. Perseguía a estudiantes universitarias, a maestras jóvenes de la escuela secundaria, a empleadas de las peluquerías, a las muchachas llenas de experiencia que vendían

cosméticos en la tienda de Young, a cualquier mujer joven y bonita que además fuese decorativa. Utilizaba su apostura, su simpatía natural y su humorismo, además de su dinero, y llegó a establecerse dentro de la mitología de la ciudad como un personaje cómico permanente: el *playboy* maduro, el Don Juan de edad. Espontáneo, aplomado, Lewis llevaba a sus muchachas a los mejores restaurantes en sesenta kilómetros a la redonda, les pagaba los manjares y vinos mejores y las hacía reír a carcajadas. Lograba acostarse, o bien que lo hicieran acostarse, con aproximadamente una quinta parte de ellas, las que le indicaban al festejar todo lo que decía que jamás lo tomarían en serio. Cuando una pareja, como por ejemplo la de Walter y Christina Banes, entraba en el restaurante The Old Mill cerca de Kirkwood, o bien en Christo's, entre Belden y Harpursville, era muy probable que no les sorprendiese ver la cabeza gris acero de Lewis inclinada hacia el rostro divertido de una bonita muchacha tres veces menor que él.

—Mira a ese bandido —decía a veces Walter Barnes—. Otra vez en lo mismo. — Y su mujer sonreía, aunque era difícil decidir qué quería decir la sonrisa.

La verdad era que Lewis utilizaba su reputación de hombre divertido para disimular su verdadera seriedad en materia sentimental. Pasaba tardes o noches con las chicas, pero a las mujeres que amaba las veía sólo una o dos veces por semana, por las tardes, cuando los maridos estaban trabajando. La primera de ellas había sido Stella Hawthorne y en cierto modo fue la menos satisfactoria de sus relaciones amorosas. Con todo, Stella estableció un precedente para las que siguieron. Stella había sido demasiado despreocupada y superficial, demasiado objetiva frente a él.

Disfrutaba de la relación, y esto era algo que le daban ya las jóvenes maestras y las empleadas de salones de belleza. Lewis quería sentimieños. Quería emoción... necesitaba emoción. Stella fue la única esposa de Milburn que al ser sometida a esta prueba, falló. En forma condente le devolvió la imagen de muchacho mundano y superficial. Lewis la amó intensamente, aunque durante poco tiempo, pero no había coincidencia entre las respectivas necesidades. Stella no necesitaba *Sturm und Drang*. Lewis en el fondo de su corazón lleno de anhelos, sabía que lo que deseaba era volver a capturar las emociones que una vez le dio Linda. El Lewis frívolo no llegaba más hondo que la piel. Desgraciadamente, debió renunciar a ella. Stella nunca pareció entender sus indirectas y la emoción que le brindaba parecía deslizarse por la superficie de su propia piel. Lewis estaba seguro, en fin, de que estaba convencida de que él se había dedicado a una serie de relaciones efímeras con chicas jóvenes.

—En lugar de ello —de esto hacía ya ocho años— había pasado a Leota Mulligan, la mujer de Clark Mulligan. Y después de Leota, a Sonny Venuti, y luego a Laura Bantz, la mujer del dentista Harlan Bantz, y por último, un año atrás, a Christins Barnes. Amó mucho a cada una de estas mujeres. Las amó por su solidez de mujeres casadas, por sus lazos con sus maridos, sus apetencias, su sentido del humor. Le encantó dialogar con ellas. Supieron comprenderlo y cada una tuvo conciencia exacta de lo que él les ofrecía: un matrimonio clandestino, más bien que una aventura.

Cuando la emoción comenzaba a volverse fatigosa y poco espontánea, la relación terminaba. Lewis seguía amándolas a todas, seguía amando a Christina Barnes, pero...

El «pero» era el muro que se levantaba frente a él. El muro era lo que Lewis llamaba el momento en que comenzaba a creer que aquella relación profunda era tan trivial como sus pequeñas aventuras. Era entonces el momento de emprender la retirada. A menudo, en el curso de esta retirada, descubría que estaba pensando en Stella Hawthorne.

Bien, era obvio que no podía pensar en la posibilidad de pasar una noche con Stella Hawthorne. Los fantaseos alrededor de ese tema no significarían nada, aparte de confirmar lo tonto que era.

¿Qué había más tonto que la ridícula escena de la mañana? Lewis se apartó de la pileta para mirar por la ventana en dirección al sendero que se internaba en el bosque. Recordó cómo había corrido por él, jadeante, con el corazón que amenazaba estallarle de terror... aquello sí que era insensatez. La nieve caía en copos livianos, el bosque familiar levantaba sus brazos blancos, el sendero se extendía inofensivo, pintoresco con su ángulo absurdo que no llevaba a ninguna parte.

«Cuando te caes del caballo, vuelves a montar —se dijo Lewis—. Vuelves a montar en seguida esa yegua. ¿Qué le sucedió? Oyó... ¿voces?» No. Se había oído a sí mismo pensar, ni más ni menos. Había provocado su propio terror al recordar con demasiada exactitud la última noche de Linda. Eso y la pesadilla, la de Sears y John que avanzaban hacia él, enredaron sus emociones al punto en que actuó como un personaje de los cuentos de fantasmas en la Chowder Society. No hubo ningún desconocido malvado que lo acechase junto al sendero por el que volvió a casa. No era posible caminar por el bosque sin ser oído. Todo tenía explicación.

Subió al dormitorio, se quitó los mocasines y se puso en lugar de ellos un par de botas acolchadas, luego un suéter y una capucha de esquiador y bajó otra vez, para salir por fin por la puerta de la cocina.

Las huellas dejadas por la mañana estaban ya casi cubiertas por la nieve. El aire era magnífico, seco y frío, áspero como una manzana ácida. Caía aún una nieve ligera. Ya que no podía salir a cazar coatíes con Otto Gruebe, por lo menos muy pronto podría esquiar. Atravesó el patio de ladrillos y llegó al sendero. Arriba el cielo estaba oscuro y surcado de nubes relucientes, pero el día estaba impregnado de una luz nítida y plateada. La nieve en las ramas de los pinos resplandecía, única, blanca como los rayos de luna.

Intencionalmente partió por la senda que utilizaba casi siempre para volver. Le sorprendía su propio temor, el cual se agitaba en su boca y en sus entrañas, como las sensaciones de gran expectativa.

—Bien, aquí estoy, ven y agárrame —dijo sonriendo.

No sentía otra presencia que la del día y el bosque, ola de su casa a sus espaldas. Al cabo de unos instantes advirtió que aún su temor no se había desvanecido.

Y ahora, al avanzar por la nieve recién caída en dirección al bosque, tuvo una nueva percepción. Tal vez se debiese al hecho de que estaba contemplando el bosque

desde un ángulo distinto del habitual, entrando en él por el fondo, en cierto modo, o bien a que era la primera vez que sólo caminaba, en lugar de trotar, pero cualquiera que fuese la razón, los bosques parecían una ilustración de un libro: no bosques de verdad, sino un dibujo sobre una página. Era un bosque de cuento de hadas, demasiado perfecto, demasiado sereno, trazado en tinta negra, para resultar real. Hasta el sendero que serpenteaba con una pintoresca vaguedad era de cuento de hadas.

Lo que le confería misterio era la claridad. Cada rama desnuda y erizada de puntas, cada maraña de tallos secos se destacaban por separado y brillaban con vida propia. Invisible para él, acechaba alguna magia secreta. A medida que se internaba en el bosque, donde no había penetrado la nieve reciente, veía sus pisadas de la mañana y también ellas parecían mágicas, pintadas, parte del cuento de hadas, desplegadas sobre la nieve y aproximándose hacia él.

Después de su paseo a pie, se sintió demasiado inquieto para quedarse en casa. La sensación de vacío proclamaba que no había mujer allí. Durante algún tiempo, tampoco la habría, a menos que Christina Barnes viniese para un último encuentro. Varias cosas que había que hacer estaban esperando desde hacía semanas. Tenía que revisar el sumidero, la mesa del comedor necesitaba ser lustrada y también la mayor parte de los objetos de plata. No, estas tareas podían aguardar un poco más. Con su suéter grueso y su capuchón, Lewis vagaba por la casa, yendo de un piso a otro, sin poder permanecer en ninguno de los cuartos.

Entró en el comedor. La gran mesa de caoba era un reproche mudo. La superficie estaba opaca, levemente rayada aquí y allí, donde había apoyado piezas de cerámica española sin poner una carpeta debajo. El ramo de flores en el centro de la mesa se había marchitado y unos pocos pétalos yacían como abejas muertas sobre la madera. *¿Realmente creías que verías a alguien allí?*, se preguntó. *¿Estás desilusionado de no haber visto a nadie?*

Al salir del comedor con la jarra llena de flores marchitas en la mano, volvió a ver el bosque enmarañado de cuento de hadas. Las ramas relucían, las espinas brillaban como clavos y todo encerraba alguna narración cuyo texto él había cerrado ya.

Bien. Moviendo la cabeza con aire perplejo llevó las flores a la cocina y las arrojó dentro del tacho de desperdicios. *¿A quién querías encontrar? ¿A tí mismo?* Inesperadamente Lewis se ruborizó.

Dejó la jarra vacía en una de las mesas y volvió a salir, atravesando el patio en dirección al antiguo establo que un dueño anterior había transformado en garaje y cuarto de herramientas. El Morgan estaba estacionado junto a una mesa de carpintero llena de destornilladores, pinzas y pinceles dentro de latas. Inclinando la cabeza, abrió la puerta del automóvil y se ubicó con algún trabajo detrás del volante.

Salió del garaje en marcha atrás, bajó y cerró la puerta, volvió a subir al automóvil y volviéndolo sobre el patio de ladrillos se dirigió hacia la carretera por el angosto camino bordeado de árboles. Inmediatamente se sintió más normal. La capota de lona del Morgan se encabritaba bajo las ráfagas y el viento frío le separaba el pelo. Tenía el tanque casi lleno.

En quince minutos más se encontró rodeado de colinas de campo abierto, jalonado de vez en cuando por grupos de árboles. Eligió los caminos secundarios, y cada vez que veía algún tramo recto, aumentaba la velocidad a cien y aun a ciento veinte kilómetros. Recorrió el borde del valle de Chenango, siguió luego la margen del río Tioughnioga hasta Whitney Point y tomó una dirección oeste hacia Richford y Caroline, en el medio del valle de Cayuga. A veces la parte posterior del pequeño automóvil se balanceaba o patinaba cuando pasaban una curva, pero Lewis corregía la dirección con gran pericia, en forma casi automática. Lewis conducía bien por instinto.

Por fin cayó en la cuenta de que estaba recorriendo la misma ruta y de la misma manera, que en sus días de estudiante cuando volvía a Corneil. La única diferencia residía en la velocidad que entonces se había considerado alocada: cincuenta kilómetros por hora.

Al cabo de casi dos horas de marcha por caminitos apartados entre parcelas y parques del Estado de Nueva York, que elegía sólo para ver hasta dónde llegaban, advirtió que tenía la cara rígida de frío. Estaba en el condado de Tompkins, cerca de Ithaca y de la universidad de Cornell —el paraje aquí tenía características mucho más poéticas que en las inmediaciones de Binghamton—, cuando llegó a la cima de las colinas y desde allí vio la carretera oscura que surcaba como una flecha los valles y las elevaciones cubiertas de árboles. El cielo se había vuelto sombrío, a pesar de ser sólo la media tarde. Sospechaba que vería más nieve antes de la noche. Luego vio, frente a él, a una distancia suficiente para aumentar bastante la velocidad, un amplio sector de la carretera donde tenía la seguridad de poder lograr que el Morgan hiciese virajes en redondo. En aquel momento, no obstante, debió recordar que tenía sesenta y cinco años y que era demasiado viejo para hacer pruebas en el automóvil. Aprovechó, en cambio, el espacio ensanchado de la carretera para volverse y comenzar el regreso a casa.

A menor velocidad, atravesó el valle hacia Hartford en dirección este. En los tramos rectos aceleraba un poco, pero tenía cuidado de no exceder los ochenta kilómetros. A pesar de ello, sentía un gran placer al correr a esa velocidad con la brisa fría en la cara y disfrutando de su experto manejo del automóvil deportivo. Todo le daba la sensación de ser una vez más el muchacho, miembro de la sociedad estudiantil secreta de Tau Kappa Epsilon, que se deslizaba por los caminos en dirección a la ciudad natal. Cayeron algunos gruesos copos de nieve con gran lentitud.

Junto al aeródromo fuera de Glen Aubrey pasó delante de un macizo de arces sin hojas y vio en ellos la misma claridad reluciente de su propio bosque. Los arces parecían bañados de algo mágico, llenos de un significado oculto que formaba parte de una historia complicada —con héroes que eran zorros en apariencia, pero en realidad, príncipes bajo el sortilegio de una hechicera—.

—Supongamos que salieses a caminar y te vieses corriendo hacia ti mismo, el pelo al viento, y el rostro crispado de terror...

De pronto sintió tanto frío en las vísceras como en la cara. Delante de él, de pie en el medio de la carretera, estaba una mujer. Tuvo tiempo tan sólo para reparar en

su actitud alarmada, en el pelo que caía como olas sobre sus hombros. Viró algo, mientras se preguntaba de dónde diablos podía haber surgido. *Jesús, apareció de pronto*, a la vez que sintió que no podría evitar atropellarla. El automóvil saldría de la banquina y caería en la zanja.

La parte posterior del Morgan se acercó despacio hacia la muchacha. Luego todo el vehículo se encontró desplazándose de costado y Lewis dejó de verla. Lleno de pánico, hizo girar rápidamente el volante en la dirección contraria. El tiempo se redujo a una cápsula rígida que lo tenía prisionero dentro de un automóvil sin control. Seguidamente la textura del tiempo cambió, se quebró y permitió que éste siguiera transcurriendo. Supo entonces, dentro de la actitud pasiva en que estaba, más pasiva que nunca en toda su vida, que el automóvil no estaba ya en la carretera. Todo ocurría con una lentitud increíble, casi con pereza, pero el Morgan estaba flotando.

Todo terminó en un instante. El automóvil se detuvo con una violenta sacudida en un campo, con la nariz apuntando hacia la carretera. La mujer que podría haber atropellado no se veía en ninguna parte. Sintió el sabor de la sangre en su propia boca. Aferradas al volante, sus manos temblaban. Tal vez había atropellado a la mujer y lanzado su cuerpo a una zanja. Luchó por abrir la puerta, lo logró y bajó. También le temblaban las piernas. De inmediato comprobó que el Morgan estaba atascado, con las ruedas posteriores hundidas en la tierra. Necesitaría una camioneta de remolque.

—¡Oiga! —gritó—. ¿Está bien? —Haciendo un esfuerzo por caminar, repitió—: ¿Está bien?

Con pasos inseguros llegó hasta la carretera, donde vio las marcas caprichosas dejadas por el automóvil. Le dolían las caderas y sentía mucho frío.

—¡Oiga! ¡Señorita! —No veía a la muchacha en ninguna parte. Con el corazón latiendo furiosamente, dio unos pasos torpes hacia el borde de la banquina, temeroso de lo que podría encontrar en la zanja, brazos y piernas de cualquier manera, cabeza echada hacia atrás... pero la zanja contenía solamente un montículo de nieve inmaculada. Miró en ambas direcciones de la carretera, pero no vio a la muchacha.

Por fin renunció a buscarla. De alguna manera la mujer había desaparecido en forma tan súbita como había surgido. O tal vez él había imaginado verla. Se frotó los ojos. Todavía le dolían las caderas, como si los huesos estuviesen frotándose. Recorrió con cierta dificultad unos metros de la carretera, con la esperanza de ver alguna parcela desde la cual pudiese llamar por teléfono al Automóvil Club. Cuando por fin llegó a una, un hombre con una barba negra y espesa como un matorral y una mirada animal le permitió llamar por teléfono, pero lo hizo esperar afuera, bajo un alero sin resguardo, hasta que llegó la camioneta de auxilio.

No volvió a casa hasta las siete. Tenía hambre y se sentía irritable aún. La muchacha había aparecido allí sólo un instante, como un ciervo que salta delante de un automovilista, y cuando el automóvil empezó a patinar, la había perdido de vista. Pero en aquella carretera recta y prolongada, ¿adónde podría haber corrido la joven después de haber caído él con el automóvil en el prado? Podía muy bien, entonces,

yacer muerta en una zanja. No, aun un perro habría dejado una melladura visible en el automóvil, y el Morgan estaba intacto.

—¡Qué diablos! —dijo en voz alta. El automóvil estaba todavía en el sendero de acceso. Había permanecido en la casa sólo el tiempo suficiente para entrar en calor. La inquietud del mediodía, la sensación de que a menos que se moviese sucedería algo malo (de que algo peor que el accidente le apuntaba como un arma) había vuelto a invadirlo. Subió a su dormitorio, se quitó el suéter y el capuchón y se puso una camisa limpia, una corbata de *reps* y un *blazer* cruzado. Iría a Humphrey's a comer una hamburguesa y beber unos cuantos vasos de cerveza. Era lo mejor que podía hacer.

La playa estaba casi llena y Lewis debió estacionar el automóvil en un espacio muy junto a la carretera. La nieve ligera había cesado en las primeras horas de la noche, pero el aire era frío y tan seco que se tenía la sensación de poder quebrarle trozos con las manos. Los letreros luminosos de los bares brillaban sobre los ventanales del largo edificio gris. Llegó hasta Lewis una música regional ejecutada por un grupo de cuatro músicos. Era el tema llamado *Wabash Cannonball*.

Una nota juguetona del violín se le fijó en la mente tan pronto como entró. Miró con el ceño fruncido a los músicos que rascaban sus instrumentos sobre la tarima, con sus cabelleras hasta los hombros y una cadera y un pie desplazados para marcar el ritmo. El muchacho a quien miraba tenía los ojos cerrados y nunca reparé en que lo observaban. Cuando instantes más tarde la música volvió a ser tal, Lewis vio que aún sufría su dolor de cabeza. El bar estaba repleto y hacía tanto calor que casi de inmediato Lewis comenzó a transpirar. Humphrey Stalladge, grande y deforme, con el delantal bajo su camisa blanca, se movía de un lado a otro detrás del mostrador. Todas las mesas más próximas a la orquesta parecían estar llenas de chicos que bebían cerveza de jarros. Al mirarlos de espaldas, no podía decir Lewis si eran varones o mujeres.

¿Qué ocurriría si te vieras a ti mismo corriendo hacia ti, hacia los faros de tu automóvil, con el pelo volando y el rostro deformado de terror...?

—¿Te sirvo algo, Lewis? —preguntó Humphrey.

—Dos aspirinas y una cerveza. Tengo un dolor de cabeza feroz. Y dame además una hamburguesa, Humphrey. Gracias.

Más lejos, en el otro extremo del bar, tan alejado de los músicos como podía, con aspecto de estar empapado además de sucio, Omar Norris entretenía a un grupo de hombres. Mientras hablaba, los ojos parecían salirse de las órbitas y hacía amplios gestos con las manos. Lewis estaba seguro de que si uno llegase a acercarse mucho sería posible ver la saliva de Omar brillando en las propias solapas. Cuando era mucho más joven, Omar, con sus anécdotas sobre la proeza de librarse del dominio de su mujer y sus estratagemas dignas de W. C. Fields para evitar cualquier trabajo, salvo el de conducir la barredora de nieve y el de actuar como Papá Noel en las tiendas habían sido relativamente divertidas, pero sorprendía mucho a Lewis que lograra encontrar un auditorio ahora. Los hombres estaban convidándolo con bebida,

sin embargo. Volvió Stalladge con las aspirinas y un vaso de cerveza y le dijo que la hamburguesa estaba marchando.

Lewis se metió las tabletas de aspirina en la boca y bebió unos tragos de cerveza. La banda había dejado de tocar *Wabash Cannonball* y pasado a otro tema, uno que él no reconocía. Una de las muchachas sentadas junto a las mesas delante de la banda se había vuelto para mirarlo con fijeza. Lewis le hizo un leve saludo.

Cuando terminó la cerveza estudió al resto de la concurrencia. Había unos pocos compartimientos vacíos junto a la pared del frente. Señaló pues su vaso cuando Humphrey lo miró y cuando éste le trajo otro lleno comenzó a atravesar el salón para ocupar uno de los lugares vacíos. Si no se apresuraba, se vería obligado a permanecer sentado junto al bar toda la noche. En mitad del camino saludó a Rollo Draeger, el farmacéutico —estaba allí para huir de las eternas quejas de Irmengard— y, algo tarde, reconoció al muchacho sentado junto a la chica que lo había mirado antes tan fijamente. Era Jim Hardie, el hijo de Eleanor, a quien se lo veía últimamente casi siempre con la hija de Draeger. Miró a la pareja y vio que ambos estaban observándolo. Jim Hardie era un chico que le inspiraba desconfianza. Era ancho de espaldas, rubio y fuerte, pero daba la impresión de tener un toque de locura más grande que el distrito donde vivía. Siempre desplegaba una ancha sonrisa. Según le había dicho Walt Hardesty, se sospechaba que Jim había sido quien quemó el viejo establo de Pugh e incendió también un prado. Imaginaba a ese chico sonriendo mientras hacía esas cosas. La chica que lo acompañaba esta noche era mayor que Penny Draeger. Era, además, más bonita.

Recordó una época, muchos años atrás, cuando todo había sido sencillo, cuando habría sido él quien estuviese sentado allí junto a una chica, escuchando la banda, la de Noble Sissle o la de Benny Goodman: un Lewis con el corazón inflamado de entusiasmo. El recuerdo le hizo volverse y dirigir una mirada maquinal a todo el salón, en busca del rostro autoritario de Stella Hawthorne. Recordó, entonces, que en el momento de llegar había notado, en forma casi subconsciente, que no estaba allí.

Llegó Humphrey con la hamburguesa, miró el vaso de Lewis y le dijo:

—Si piensas beber tan de prisa, creo que te traeré una jarra.

Lewis no había reparado, siquiera, en que había terminado la segunda porción de cerveza.

—Buena idea —dijo.

—No tienes muy buen aspecto —comenté Humphrey.

Los miembros de la banda, que habían estado discutiendo, volvieron a ejecutar algo muy ruidoso y con ello evitaron a Lewis la necesidad de replicar. Las dos camareras de Humphrey, Anni y Annie, llegaron en medio de una ráfaga de frío. Justificaban bastante que Lewis se quedara en el salón. Anni tenía aspecto de gitana y pelo negro y rizado que formaba un halo alrededor de un rostro sensual. Annie parecía una diosa escandinava, con sus piernas torneadas y sólidas y sus hermosos dientes. Ambas tenían unos treinta y cinco años y hablaban como profesoras universitarias. Vivían con concubinos en el campo y no tenían hijos. Lewis sentía una enorme simpatía por las dos y solía invitar a comer a una o a otra. Al verlo, Anni lo

saludó con la mano. Le devolvió el saludo, mientras el guitarrista, secundado por un violín estridente como un serrucho en movimiento, gritaba:

*Perdiste el calor, yo el mío
así que ¿buscaremos un
jardín vacío para sembrar
nuestros sueños?*

Humphrey se alejó para dar instrucciones a las dos camareras. Lewis mordió su hamburguesa.

Cuando levantó la vista vio a Ned Rowles de pie junto a él. Arqueó las cejas y sin dejar de masticar se levantó a medias e invitó a Rowles a sentarse frente a él. Le gustaba mucho Ned Rowles. Había transformado «El Ciudadano» en un diario ameno que no se limitaba a la lista habitual en los periódicos de pueblo de picnics de los bomberos y de avisos de artículos en oferta en los supermercados.

—Ayúdame a tomar esta cerveza —le dijo a la vez que vertía parte del contenido de la jarra en el vaso casi vacío de Ned.

—¿Y a mí? —preguntó una voz más profunda y áspera junto a su hombro.

Sorprendido, volvió la cabeza y vio los ojos relucientes de Walt Hardesty fijos en él. Esto explicaba que no hubiese visto de inmediato a Ned. Habían estado con Hardesty en el cuarto de los fondos donde Humphrey guardaba sus excedentes de cerveza. Sabía que Hardesty, quien año tras año se entregaba más a la bebida casi con tanta dedicación como la de Omar Norris, pasaba a veces toda la tarde en ese cuarto de los fondos. No se atrevía a beber en presencia de sus subordinados.

—Desde luego, Walt —dijo—. No lo había visto. Sírvasse. —Ned Rowles lo miraba con una expresión rara. Lewis estaba seguro de que hallaba a Hardesty tan irritante como él mismo y no deseaba su compañía, pero ¿acaso pensaba que era posible ahuyentar al jefe de policía? A pesar de la expresión, Rowles se deslizó por su banco para hacerle lugar a Hardesty. El *sberiff* seguía con la chaqueta puesta. Seguramente hacía frío en aquel cuarto de los fondos. Y como el estudiante universitario al cual se parecía, Ned acostumbraba soportar la mayor parte posible del invierno sin llevar otra prenda que una chaqueta de *tweed*.

Lewis vio entonces que los dos hombres lo miraban con expresión extraña y sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Habría atropellado a la muchacha, después de todo? ¿Habría tomado alguien el número de chapa de su automóvil? ¿Sería culpable en tal caso de haber abandonado el lugar del hecho!

—Bien, Walt —dijo—. ¿Se trata de algo especial, o sólo quiere cerveza? —Al hablar, le llenó el vaso.

—Por ahora, me conformaré con la cerveza señor Benedikt —dijo Hardesty—. Qué día completo, ¿no?

—Sí —dijo Lewis.

—Un día terrible —asintió Ned y se pasó una mano por el pelo que le caía sobre la frente. Hizo luego una mueca y se dirigió a Lewis— Te veo medio mal, compañero. Quizá deberías irte a casa y descansar.

Lewis se quedó mas perplejo aún ante este comentario. Si había atropellado a la muchacha y ellos estaban enterados, el *sheriff* no le permitiría en modo alguno irse a casa.

—Lo que pasa —dijo— es que en casa me pongo inquieto. Me sentiría muchísimo mejor si la gente dejase de decirme qué mal aspecto tengo.

—La verdad es que ha sido un asunto lamentable —comentó Rowles—. Creo que en esto todos estamos de acuerdo.

—Por supuesto —dijo Hardesty y después de apurar su cerveza se sirvió más. La expresión dibujada en el rostro de Ned era de pesar. Por... ¿qué? Era más bien de conmiseración. Lewis se sirvió más cerveza. El violinista tocaba ahora la guitarra y la música se había vuelto tan ruidosa que los tres hombres tenían que inclinarse bien sobre la mesa para hacerse oír. Lewis alcanzaba a oír fragmentos de lo que cantaban, de las frases que gritaban delante de los micrófonos.

Salida equivocada, nena... salida equivocada.

—Estaba pensando en la época en que era joven e iba a escuchar a Benny Goodman —dijo Lewis. Ned echó la cabeza hacia atrás, con expresión confusa.

—¿Benny *Goodman*? —Hardesty hizo un ruido de desdén—. A mí me gusta la música folclórica, como Hank Williams, no la basura que tocan estos chicos. Eso no es música regional. Jim Reeves, por ejemplo. Eso es lo que me gusta. —Lewis percibía el aliento del *sheriff*, mitad de cerveza y mitad de una inmundicia indescriptible, como si hubiese estado comiendo desperdicios.

—Usted es más joven que yo —dijo, echándose hacia atrás.

—Lo que quería decir es cuánto siento que... —intervino Ned y Lewis lo miró con atención, tratando de ver cuánto lo sentía. Hardesty estaba haciendo señas a Annie, la hija de los vikingos, para que le trajese otra jarra de cerveza.

Al alejarse, Annie guiñó el ojo a Lewis.

En algún momento de la mañana, recordó Lewis, y en algún momento de su recorrido... arces deshojados... tuvo conciencia de una claridad extraña, fantasmal, una visibilidad aumentada que daba a todo el aspecto de un grabado... de un bosque encantado, de un castillo rodeado de árboles sarmentosos...

estás mal, nena... estás muy mal

... pero ahora se sentía aletargado, confuso, todo le resultaba raro y el guiño de Annie había sido como algo visto en una película surrealista...

Estás muy mal...

Hardesty volvió a inclinarse hacia adelante y abrió la boca. Lewis vio que tenía una mancha de sangre en el ojo, apenas visible debajo del iris azul, como un huevo fertilizado.

—Debo decirle algo —le dijo Hardesty a gritos—. Tenemos estas cuatro ovejas degolladas, ¿no? Degolladas. Pero no hay sangre y no hay huellas. ¿Cómo lo interpreta?

—Usted representa la ley. ¿Cómo lo interpreta usted? —preguntó Lewis, levantando la voz para hacerse oír por sobre el estrépito de la banda.

—Digo que es un mundo bien extraño... que está volviéndose muy extraño —repuso a gritos Hardesty y acompañó sus palabras con una de sus miradas de hombre malo de Texas—. Extrañísimo, en serio. Yo diría que sus amigos, viejos camaradas y abogados, tienen que saber algo sobre todo esto, Ned.

—No es muy probable —dijo Ned con cautela—. Con todo, debería averiguar si uno de los dos quiere escribir algo sobre el doctor Jaffrey para el diario, a menos que quieras escribir algo tú, Lewis.

—¿Escribir sobre John para «El Ciudadano»?

—Vamos, un centenar de palabras, más o menos, quizá doscientas. Cualquier cosa que se te ocurra que puedes decir acerca de él.

—Pero, ¿por qué?

—¡Por favor! Porque no querrás que Omar Norris sea el único que...

—Hardesty calló, boquiabierto. Parecía estupefacto. Lewis estiró el cuello para mirar a Omar Norris en el otro extremo del salón repleto. Seguía agitando los brazos y charlando sin cesar. En el bar, delante de sí, tenía una hilera de vasos llenos. Se intensificó en Lewis aquella sensación que lo había acompañado todo el día, la sensación de algo malo muy cerca de él. Una cadencia desafinada del violín lo atravesó como un flechazo: *esto es, esto es...*

Ned Rowles extendió un brazo sobre la mesa y le tocó la mano.

—Ah, Lewis —dijo—. Estaba seguro de que lo sabías ya.

—Estuve fuera de casa todo el día —explicó Lewis—. Estuve... ¿Qué sucedió?

Un día después del aniversario de la muerte de Edward, pensó, seguro de que John Jaffrey estaba muerto. Luego cayó en la cuenta de que el síncope de Edward se había producido después de medianoche. *Éste* era el aniversario de su muerte.

—Saltó —le dijo Hardesty. Lewis intuyó que había visto la palabra en alguna parte y la consideraba indicada para ser usada. El *sheriff* bebió un trago e hizo una mueca llena de amenaza algo forzada a Lewis—. Saltó del puente antes del mediodía de hoy. Probablemente estaba más muerto que una piedra antes de golpear el agua. Omar vio todo.

—Se arrojó del puente —murmuró Lewis. Por alguna razón sintió deseos de haber atropellado a la muchacha con el automóvil... Fue un deseo momentáneo, pero habría significado que John estaba a salvo—. Mi Dios —murmuró.

—Creímos que Sears o Ricky te lo habían dicho —observó Ned Rowles—. Ellos accedieron a hacerse cargo de organizar el funeral.

—Jesús, van a enterrar a John... —dijo Lewis y las lágrimas de asombro se le agolparon en los ojos. Se levantó entonces, y con movimientos torpes empezó a salir lentamente del compartimiento.

—Me imagino que usted no podrá darme ningún dato útil —dijo Hardesty.

—No. No. Tengo que ir allá. No sé nada. Tengo que ver a los otros.

—Dime si puedo ayudarte —le gritó Ned por encima del ruido.

Sin mirar en realidad por donde caminaba, Lewis rozó a Jim Hardie, quien se había detenido sin que él hubiese reparado en ello al lado del compartimiento.

—Perdón, Jim —se disculpó Lewis y habría pasado junto a él y a la chica, pero Hardie le aferró el brazo con una mano.

—Esta chica quería conocerlo —dijo Hardie con una sonrisa antipática—, así que lo presentaré. Se aloja en nuestro hotel.

—No tengo tiempo ahora, tengo que irme —observó Lewis. Tenía aún la mano de Hardie fuertemente apretada alrededor de su brazo.

—Espere. Pienso hacer lo que me pide, señor Benedikt. Anna Mostyn —dijo presentándola. Por primera vez desde que advirtió que ella lo observaba cuando estaba junto al bar, Lewis miró a la muchacha. Descubrió que no era tan joven. Tenía más o menos treinta años y la verdad era que no se parecía a ninguna de las chicas que acostumbraban acompañar a Jim Hardie—. Anna, te presento a Lewis Benedikt. Diría que es el viejo más apuesto que hay en kilómetros a la redonda y aun en todo el Estado de Nueva York. Y él lo sabe muy bien. —La muchacha resultaba más sorprendente cuanto más se la miraba. Le recordaba a alguien y Lewis supuso que ese alguien era Stella Hawthorne. Pensó por un instante que había olvidado ya cómo era Stella cuando tenía treinta años.

Un hombre de aspecto arruinado, la imagen de un cuadro que describiese la vida de los bajos fondos, Omar Norris, lo señalaba desde el bar. Con la misma sonrisa feroz, Jim Hardie le soltó el brazo. El muchacho del violín se echó el pelo hacia atrás con un gesto femenino y dio por terminado otro número.

—Sé que tiene que irse —dijo la mujer con una voz baja que logró hacerse oír a través de la algarabía—. Me enteré acerca de su amigo por Jim y sólo quería decirle cuánto lo lamento.

—Yo acabo de enterarme ahora —repuso Lewis, atormentado por la necesidad de retirarse de allí—. Encantado de conocerla, señorita...

—Mostyn —dijo ella con esa voz que parecía brotar con toda claridad sin esfuerzo alguno. Espero que nos veamos. Estoy por trabajar con sus amigos, los abogados.

—¿Sí? Vaya... —El significado de lo que acababa de decir ella penetró muy despacio—. ¿Sears y Ricky le dieron un empleo?

—Sí. Entiendo que conocieron a mi tía. Tal vez usted también la conoció. Se llamaba Eva Galli.

—¡Jesús! —exclamó Lewis y sorprendió tanto a Jim Hardie que éste le soltó el brazo. Lewis avanzó de prisa por el interior del bar antes de cambiar de rumbo y dirigirse hacia la puerta.

—Parece que nuestro Don Juan se cagó de susto, o algo parecido —dijo Jim—. ¡Ay, perdone, señorita...!, quiero decir, señorita Mostyn.

Con la lona de la capota llena de crujidos y el frío que se introducía en olas por los resquicios, Lewis se encaminó hacia la casa de John a la mayor velocidad posible. No sabía qué esperaba encontrar allá. Quizá se celebrase una reunión póstuma de la sociedad, dirigida por Ricky y Sears, quienes actuarían como maestros de ceremonia junto al ataúd abierto. O tal vez Ricky y Sears estuviesen muertos también, por arte de magia, y envueltos en las vestiduras negras de su sueño, tres cadáveres tendidos en un dormitorio del piso alto...

Todavía no, le dijo algo en su interior.

Se detuvo delante de la casa de Montgomery Street y bajó del automóvil. El viento hizo que se le entreabriese el *blazer* y tiró de su corbata. Advirtió entonces que, como Ned Rowles, no llevaba sobretodo. Miró con desesperación las ventanas oscuras y pensó que por lo menos Milly Sheehan debía de estar en casa. Recorrió el sendero de entrada de prisa y apretó la campanilla. Muy lejos y casi sin que se oyera, sonó. Debajo de esta campanilla estaba la que comunicaba con el consultorio de John y era usada por sus enfermos. Apretó también ésta y oyó entonces un sonido estridente en el otro lado de la puerta. Lewis, de pie como un ser desnudo en medio del frío, comenzó a tiritar. Sentía agua fría correrle por la cara y pensó que era nieve, pero en seguida se dio cuenta de que estaba llorando otra vez.

Golpeó la puerta sin resultado, se volvió, con lágrimas heladas en las mejillas y al mirar hacia el lado opuesto de la calle vio la vieja casa de Eva Galli.

Se le congeló el aliento. Casi isnaginó verla otra vez, la hechicera de la juventud de todos, moviéndose detrás de una ventana de la planta baja.

Por un instante todo adquirió la cruda claridad de la mañana y también se le heló el estómago. Y luego la puerta se abrió y Lewis vio que la figura que salía por ella era la de un hombre. Se secó la frente con las manos. Era evidente que el hombre quería hablar con él. Cuando se acercó, lo reconoció como Freddy Robinson, el vendedor de pólizas de seguros. Era también parroquiano habitual en Humphrey's Place.

—¡Lewis! —lo llamó—. ¿Lewis Benedikt? ¡Qué suerte la de encontrarlo, hombre!

Lewis volvió a sentirse como en el bar. Quería huir.

—Sí, soy yo —dijo, no obstante.

—Qué lástima lo del viejo Jaffrey, ¿no? Me enteré esta tarde. Era uno de sus buenos camaradas, ¿no es verdad? —Robinson estaba ahora tan cerca que podría haberle estrechado la mano, y Lewis no podía ya eludir los dedos fríos del corredor—. Qué acontecimiento, ¿no? Tragedia espantosa, diría. Vaya —Robinson agitaba la cabeza con aire de hombre de gran experiencia—. Le diré una cosa. El viejo doctor Jaffrey no se daba mucho con nadie, pero yo quería a ese hombre. En serio. Cuando me invitó a esa fiesta que ofreció a la actriz casi me caigo de espaldas. ¡Y qué fiesta fue! La verdad es que me divertí muchísimo. Una fiesta espléndida. —Seguramente sintió que Lewis se ponía rígido, porque en seguida añadió—: Hasta el final, desde luego.

Lewis tenía los ojos fijos en el suelo y no se molestaba en responder a los horrorosos comentarios, en vista de lo cual Freddy Robinson salió al encuentro del silencio para comentar:

—Escuche, tiene aspecto de estar reventado. No debe quedarse aquí en el frío. ¿Por qué no viene a mi casa y bebe un trago bien fuerte? Me gustaría que me cuente sus experiencias, que charlásemos un ratito y a la vez yo podría analizar su situación en materia de seguros, de paso, digamos... no hay nadie en casa aquí, de todos modos... —Como Jim Hardie, lo aferró de un brazo y Lewis, abrumado y desesperado él mismo, intuyó la desesperación y el anhelo del propio Robinson. Si hubiese podido ponerle un par de esposas y arrastrarlo por la calle, Robinson lo habría hecho. Lewis sabía que el hombre, por razones que eran un misterio para él, se le adheriría como una ventosa si se lo permitía.

—Me temo no poder —contestó con mayor cortesía de la que habría mostrado si no hubiese advertido la magnitud de la soledad de Robinson—. Tengo que ver a alguien.

—Se refiere a Sears James y a Ricky Hawthorne —dijo Robinson, derrotado ya y soltando el brazo de Lewis—. Le aseguro que lo que ustedes hacen con ese club es magnífico. Quiero decir que los admiro realmente, por reunirse así en ese club, y... por todo.

—Por Dios, no nos admire a *nosotros* —le dijo Lewis. Estaba ya en camino hacia su automóvil—. Alguien está eliminándonos como moscas.

Lo dijo con aire despreocupado, como si quisiera poner fin al tema abordado por Robinson. A los pocos minutos había olvidado sus palabras.

Recorrió las ocho cuadras hasta la casa de Ricky por hallar inimaginable que Sears James hubiese acogido a Milly Sheehan en la suya. Cuando llegó, vio que había tenido razón al suponerlo. El viejo Buick de Ricky estaba aún en el camino de acceso.

—Ah, de modo que te enteraste —le dijo Ricky al abrirle la puerta—. Me alegro de que hayas venido. —Tenía la nariz colorada, de llorar, según supuso Lewis, pero luego vio que estaba muy resfriado.

—Sí, me encontré con Hardesty y Ned Rowles y me lo dijeron. ¿Cómo lo supiste?

—Hardesty nos llamó por teléfono a la oficina. —Los dos entraron en el living-room y Lewis vio a Sears James, sentado en un sillón. Al oír mencionar el nombre del «sheriff» puso cara de pocos amigos.

Llegó Stella del comedor, contuvo una exclamación y corrió a abrazarlo.

—Cuánto lo siento, Lewis... Es un horror.

—Me parece imposible —dijo Lewis.

—Puede ser, pero lo cierto es que a John se lo llevaron a la morgue del Condado esta tarde —comentó Sears con voz que apenas se oía—. ¿Quién puede decir lo que es imposible o no? Todos hemos estado bajo tensión. Bien puedo ser yo quien salte del puente mañana. —Stella volvió a apretarle el brazo a Lewis y fue a sentarse luego

junto a Ricky en el sofá. La mesa baja para tomar café, de estilo italiano, delante del sofá era tan grande como una pista de patinaje.

—Necesitas café —dijo Stella, después de estudiar el rostro de Lewis con mayor atención y de inmediato se levantó para ir a la cocina.

—Se diría que es imposible —prosiguió Sears, sin reparar en la interrupción-, que tres hombres adultos como nosotros tengamos que juntarnos para sentirnos protegidos, pero es lo que estamos haciendo.

Stella volvió con café para todos y por un instante la conversación deshilvanada cesó.

—Tratamos de comunicarnos contigo —dijo Ricky.

—Salí a dar una vuelta en auto —explicó Lewis.

—Fue John quien quiso que escribiéramos al joven Wanderley —afirmó Ricky al cabo de unos segundos.

—¿Escribir a quién? —preguntó Stella, sin comprender. Sears y Ricky se lo explicaron—. La verdad es que suena a la mayor locura del mundo —dijo ella por fin—. Es típico de ustedes tres ponerse así, exacerbados y luego recurrir a alguien de afuera para que les solucione los problemas. Nunca lo habría imaginado en el caso de John.

—Se supone que es un experto, Stella —le señaló Sears, exasperado—. En cuanto a mí se refiere, el suicidio de John prueba que lo necesitamos más que nunca.

—Bien. ¿Cuándo viene?

—No lo sabemos —admitió Sears. Tenía las ropas arrugadas y hacía pensar en un pavo gordo y viejo al terminar el invierno.

—Si quieren saber mi opinión, lo que deben hacer es interrumpir esas reuniones de la Chowder Society —le dijo Stella—. Son destructivas.

Ricky se despertó gritando esta mañana... los tres tienen aspecto de haber visto fantasmas.

Sears conservó una calma aparente.

—Dos de nosotros vimos el cuerpo de John. Tendría que ser motivo suficiente para que no tengamos muy buen aspecto.

—¿Qué...? —comenzó a decir Lewis y calló. *¿Qué aspecto tenía?* era una pregunta bastante tonta.

—¿Qué ibas a preguntar? —quiso saber Sears.

—¿Qué les hizo emplear a la sobrina de Eva Galli como secretaria?

—Vino a pedir trabajo —repuso Sears—. Teníamos trabajo extra.

—¿Eva Galli? —preguntó Stella—. ¿No era ella la mujer tan rica que llegó a Milburn hace... hace muchísimo tiempo? No la conocí bien. Era mucho mayor que yo. ¿No estuvo por casarse con alguien? Y después, de pronto, se fue.

—Iba a casarse con Stringer Dedham —dijo Sears con tono impaciente.

—Ah, sí, con Stringer Dedham —recordó Stella—. ¡Qué hombre espléndido era! Y hubo ese accidente horrible... algo que ocurrió en una parcela.

—Perdió los dos brazos en una trilladora —dijo Ricky.

—Qué horror. Qué tema elegimos. Esto debe ser igual a una de las reuniones de ustedes.

Los tres hombres estaban pensando lo mismo.

—¿Quién te contó el asunto de la señorita Mostyn? —preguntó Sears—. La señora Quast debe de estar hablando demasiado fuera de las horas de oficina.

—No, la conocí. Estaba en el bar de Humphrey con Jim Hardie. Ella misma se presentó.

La conversación volvió a languidecer.

Sears preguntó a Stella si tenía coñac en la casa y Stella ofreció traerlo para todos. Volvió a alejarse hacia la cocina.

Sears dio dos violentos tirones a su chaqueta, en un intento de ponerse más cómodo en el sillón de cuero y metal.

—Tú llevaste a John a su casa anoche. ¿Te pareció que había algo fuera de lo habitual en su manera de actuar?

Lewis movió la cabeza y repuso:

—No hablamos mucho. Dijo que tu cuento fue muy bueno.

—¿No dijo nada más?

—Dijo que tenía frío.

—Mmmm...

Stella volvió con una botella de Remy Martin y tres copas en una bandeja.

—Deberían verse. Parecen tres lechuzas.

Ninguno hizo el menor gesto de haber oído.

—Señores, los dejo con el coñac. Estoy segura de que tienen mucho que hablar.

—Stella los miró por turno, autocrítica, benévola como una maestra de escuela primaria y se retiró con rapidez del cuarto sin despedirse. Debieron quedarse con su desaprobación tácita.

—Está agitada —dijo Ricky a modo de disculpa—. Sí, todos estamos mal. Pero Stella está más afectada por esto de lo que demuestra. —Como para compensar la actitud de su mujer, Ricky se inclinó sobre la mesa como una pista de patinaje y vertió una buena cantidad de coñac en cada una de las copas—. También yo necesito un poco —añadió—. Lewis, no comprendo qué pudo llevarlo a hacer eso. ¿Por qué habría de querer matarse John?

—No sé por qué —respondió Lewis, tomando una de las copas—. Puede ser que deba estar contento de no saberlo.

—Di algo con sentido común, por una vez —rezongó Sears—. Somos hombres, Lewis, no animales. Se supone que no debemos quedarnos acurrucados de miedo en la oscuridad. —Aceptó a su vez un vaso de coñac y bebió unos sorbos—. Como especie, tenemos sed de conocimiento —manifestó con los ojos claros llenos de enojo y fijos en Lewis—. O quizá no entendí bien y no pretendiste realmente defender la ignorancia.

—Incurres en contraataque excedido, Sears —dijo Ricky.

—Deja esos términos complicados, Ricky —replicó Sears—. Contraataque exagerado, ¿eh? Eso podría haber impresionado a Elmer con sus ovejas, pero no me impresionó a mí.

Había algo relacionado con las ovejas, pero Lewis lo había olvidado.

—No pretendo defender la ignorancia, Sears. Sólo quise decir que... qué diablos, no entiendo ya nada. Supongo que lo que quise significar es que es posiblemente demasiado para poder soportarlo. —Lo que no llegó a expresar, no obstante estar consciente de haberlo pensado, era la idea de que temía escudriñar demasiado de cerca los últimos momentos de la vida de cualquier suicida, se tratase de un amigo o de una esposa.

—Sí —susurró Ricky.

—Tonterías —dijo Sears—. Me causaría alivio saber que lo que tenía John era simplemente desesperanza. Son las demás explicaciones las que me asustan.

—Tengo la sensación —señaló Lewis— de que estoy pasando algo por alto —y al decir esto, probó a Ricky que no era, ni mucho menos, el tonto que imaginaba Sears.

—Anoche —dijo Ricky, levantando en alto su copa y sonriendo con aire fatalista —después de habernos ido a casa nosotros tres, Sears vio a Fenny Bate en su escalera.

—¡Jesús!

—Basta —declaró Sears—. Ricky, te prohíbo que toques este tema. Lo que quiere decir Ricky, Lewis, es que creí haberlo visto. Estaba muy asustado en ese momento. Fue una alucinación... cosa de aparecidos, como solía decirse en esta región.

—Y ahora estás usando un doble argumento —señaló Ricky—. Por mi parte, me haría feliz saber que estás en lo cierto. No tengo ganas de tener aquí al joven Wanderley. Creo que podríamos llegar a lamentarlo todos y en momentos en que sería ya demasiado tarde.

—No me entendiste. Quiero que venga y diga: basta. Mi tío Edward murió por fumar en exceso y de sobreexcitación. John Jaffrey parecía alterado y por ese motivo accedí a su sugerencia. Yo digo que debemos dejar que venga y cuanto antes, mejor.

—Si piensas así, estoy de acuerdo contigo —dijo Lewis.

—¿Hallan que es justo para John? —preguntó Ricky.

—El tiempo de ser justos con John pasó —contestó Sears. Después de terminar el coñac de su copa se inclinó hacia adelante para servirse más de la botella.

Unos pasos inesperados en la escalera les hicieron volver la cabeza al mismo tiempo hacia la entrada desde el vestíbulo.

Al volverse del sillón Lewis pudo ver la ventana del frente de la casa y notó sorprendido que había comenzado a nevar otra vez. Centenares de gruesos copos golpeaban la ventana negra.

Entró Milly Sheehan, con el pelo muy aplastado sobre un costado y todo revuelto en el otro. Parecía una salchicha, envuelta en una de las batas viejas de Stella.

—Oí lo que dijiste, Sears James —dijo con una voz que parecía el gemido de la sirena de una ambulancia—. Eres capaz de mostrarte mandón con John aun después de su muerte.

—Milly, no pretendí ofender a nadie —se disculpó Sears—. Quizá tendrías que...

—No. No vas a deshacerte de mí ahora. Ahora no te serviré café ni tendré que hacerte reverencias o lamer el suelo. Tengo algo que decirte, John no se suicidó. Lewis Benedikt, escucha también. No se suicidó. Nunca lo habría hecho, lo mataron.

—Milly —comenzó a decirle Ricky.

—¿Creen que soy sorda? ¿Creen que no sé lo que está pasando? A John lo mataron y ¿saben quién lo mató? Yo lo sé.

Se oyeron pasos, esta vez los de Stella, que bajaban corriendo por la escalera.

—Yo sé quién lo mató. Fueron ustedes. Ustedes... la Chowder Society. Lo mataron ustedes con sus historias terribles. ¡Hicieron que se enfermara... ustedes, con su Fenny Bate! —El rostro de Milly se transformó en una mueca. Stella corrió hacia ella, demasiado tarde para impedir que pronunciara estas palabras:

—¡Deberían llamarlos Sociedad de Asesinos! ¡Deberían llamarlos Asesinos y Compañía!

7

Y allí estaban todos, los miembros de Asesinos y Compañía, bajo un cielo despejado hacia fines de octubre. Sentían dolor, enojo, desesperación, culpa. Habían estado hablando de tumbas y de cadáveres en forma compulsiva durante un año y ahora debían enterrar a uno del grupo. Las inesperadas comprobaciones de la autopsia los habían dejado a todos perplejos y preocupados. Sears había estallado, optando por la incredulidad. Tampoco Ricky creyó al principio que John pudiese haber sido drogadicto. «Pruebas del uso considerable, habitual y prolongado de una sustancia narcótica...», todo ello seguido por gran cantidad de términos médicos ininteligibles para ellos. El caso era que el médico forense difamó públicamente a John Jaffrey. Fue inútil la furiosa insistencia de Sears. El hombre se negó a cambiar su historia. Sears se negaba por su parte a aceptar que el médico, durante el curso de la autopsia, no se hubiese transformado de un hábil profesional en un tonto incompetente y peligroso. Los hallazgos del médico forense circularon por todo Milburn y algunos ciudadanos se pronunciaron en favor de Sears, mientras que otros aceptaron las conclusiones de la autopsia, pero ninguno de ellos asistió al funeral. Hasta el reverendo Neil Wilkinson parecía molesto. ¡Funeral para un suicida y drogadicto...! ¡Era mucho!

La muchacha recién llegada, Anna, actuó en forma maravillosa. Ayudó a manejar la furia de Sears, actuando como agente amortiguador entre la señora Quast y los peores efectos de dicha furia, y se mostró maravillosa con Milly, como antes lo hizo Stella. Por último había transformado la oficina, al obligar a Ricky a aceptar que Hawthorne y James tenían todo el trabajo que deseasen si Hawthorne y James se disponían a aceptarlo. Aun durante el difícil período de la preparación del funeral de John, hasta el día en que tomó un traje del armario de John y compró el ataúd, tanto Ricky como Sears se habían encontrado en plena tarea de responder a mayor cantidad de cartas y de llamados telefónicos que en todas las semanas anteriores. Los dos habían estado dejándose arrastrar lentamente hacia la inactividad, enviando a los nuevos clientes a otras firmas en forma casi automática, y Anna Mostyn pareció

devolverles la vida. Anna mencionó a su tía en una sola oportunidad y en forma totalmente neutra. Preguntó entonces cómo había sido ella. Sears estuvo al borde de ruborizarse, pero logró murmurar:

—Casi tan bonita como usted, aunque no tan arrogante.

Y Anna se mostró decididamente de parte de Sears cuando se planteó el asunto de la autopsia. Hasta los médicos forenses se equivocaban, dijo ella con un sentido común que no por expresarse con serenidad dejaba de ser irrefutable.

Ricky no se mostraba tan seguro. Ni siquiera tenía la convicción de que esto tuviese tanta importancia. John había actuado perfectamente como profesional. El propio cuerpo se le había debilitado, pero siempre mostró competencia en el tratamiento de cuerpos ajenos. Sin duda el «uso considerable, habitual y prolongado de una sustancia narcótica, etc.» explicaba la decadencia física evidenciada por John. Una inyección diaria de insulina podría haberle creado el hábito de inyectarse. Ricky descubrió, en fin, que aunque John Jaffrey hubiese sido un drogadicto, ello no afectaba mucho su propia opinión sobre su amigo.

Esto, además, explicaba su suicidio. Nada de Fenny Bate, sin ojos y descalzo, nada de Asesinos y Compañía, nada de simples historias como causantes de su muerte. La droga le carcomió la mente tal como le carcomió el cuerpo. O bien no pudo soportarlo más, soportar la «vergüenza» de su adicción. O algo parecido.

A veces se convencía.

Entretanto, estaba resfriado y sentía un cosquilleo en el pecho. Tenía ganas de sentarse, ganas de estar abrigado. Milly Sheehan se aferraba a Stella como si ambas estuviesen en medio de un huracán, usando de vez en cuando una mano para retirar un pañuelo de papel de la caja, enjugarse con él los ojos y dejar caer el papel en el suelo.

Ricky en cambio sacó un pañuelo de papel húmedo del bolsillo, se secó la nariz con gran discreción y volvió a guardárselo en el mismo bolsillo. Y todos ellos oyeron el automóvil que se aproximaba colina arriba hacia el cementerio.

De los diarios de Don Wanderley

Parece que soy miembro honorario de la Chowder Society. Es todo muy extraño. En realidad tan extraño que me perturba un poco.

Seguramente lo más extraño del hecho de que me encuentre aquí, es que los amigos de mi tío parecen temer, casi, que están en medio de las redes de una especie de historia de horror real, una historia semejante a la de *El centinela nocturno*. Fue a raíz de haber leído este libro que me escribieron. Me veían como una suerte de profesional sólido, un experto en lo sobrenatural. ¡Veían en mí a un Van Helsing! Mi impresión original fue correcta. Todos ellos tienen un presentimiento decidido, diría que cabría afirmar que están al borde de tener miedo de su propia sombra. Mi papel consistirá en *investigar*, nada menos. Y lo que no me han dicho expresamente, pero

que yo debo manifestar, es que no tienen por qué preocuparse. Existe una explicación racional, razonable para todo; de esto tengo muy pocas dudas.

Quieren que además sea capaz de escribir. Se mostraron muy firmes en cuanto a este punto. Sears James me dijo: «¡No lo hemos invitado aquí para que usted interrumpa su carrera!» Quieren entonces que dedique la mitad de mi día al doctor Pata de Cabra y la otra mitad a ellos. Tengo una firme impresión de que lo que necesitan, en parte, es alguien con quien hablar. Hace demasiado tiempo que no hacen otra cosa que hablar entre ellos.

Poco después de haberse retirado la secretaria Amia Mostyn el ama de llaves del muerto dijo que quería recostarse y Stella Hawthorne la acompañó arriba. Cuando volvió a bajar, nos dio a todos vasos con una buena dosis de whisky. En la alta sociedad de Milburn, a la que, supongo, esta gente pertenece, se sirve el whisky puro, según el estilo inglés.

Sostuvimos una conversación penosa y llena de reticencias. Stella Hawthorne dijo: «Espero que meta un poco de sensatez en la cabeza de estos personajes». El comentario me intrigó. No me habían explicado aún el motivo que los había llevado a llamarme. Hice un gesto de asentimiento y entonces Lewis afirmó: «Tenemos que hablar de ello». Esto los hizo callar a todos otra vez. «También queremos hablar de su libro», dijo Lewis. «Muy bien», repuse. Más silencio.

—La verdad es que bien podría dar de comer algo a todas estas lechuzas —dijo Stella—. Señor Wanderley, ¿quiere darme una mano?

La seguí a la cocina, en la suposición de que me entregaría platos y cubiertos. Lo que nunca esperé, en cambio, fue que la elegante señora Hawthorne se volviese bruscamente, cerrase la puerta de un golpe y me dijese:

—¿No le dijeron esos viejos idiotas por qué querían que usted viniera aquí?

—Diría que no fueron muy directos —repuse.

—Bien, será mejor que usted sea bueno, Wanderley, porque hay que ser Freud para manejar a esos tres. Quiero decirle, además, que no estoy en absoluto de acuerdo con que usted haya venido. Considero que la gente debe resolver sus problemas por sí sola.

—Me dieron a entender que sólo querían conversar conmigo sobre mi tío —dije. Aun con aquel pelo gns, decidí que no podía tener más de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Era tan bonita y tenía una expresión tan severa como la de un mascarón de proa.

—¡Su tío! Puede ser que sólo quieran esto. Nunca se dignarían comunicármelo. —En este punto comprendí en parte el motivo de su enojo—. ¿Conocía bien a su tío? —me preguntó.

Le pedí que me llamase por mi nombre de pila.

—No muy bien —dije—. Después de salir de la universidad y radicado como estaba en California, no lo veía con mayor frecuencia que cada dos años. Cuando murió, hacía varios que no lo veía.

—Pero le dejó su casa. ¿No le resulta algo raro que estos tres viejos que tengo en el *living-room* no le sugiriesen que se aloje allí?

Antes de que tuviese ocasión de responder, la señora Hawthorne prosiguió.

—Si a ustedes no les parece raro, a mí, sí. No sólo raro, sino además, patético. Tienen miedo de entrar en la casa de Edward. Todos llegaron a una especie... de acuerdo tácito. Nunca volvieron a entrar en la casa. Son supersticiosos. Ésa es la razón.

—Creí oír que... bien, cuando vine al entierro creí ver que... —No estaba seguro del punto hasta dónde podría llegar.

—Acertó —dijo ella—. Tal vez usted no sea tan tonto como ellos. Sin embargo, le diré esto; Don Wanderley, si hace que se sientan peor de lo que están ahora, tendrá que rendirme cuentas a mí. —Stella se puso una mano en la cadera, con los ojos llameantes y luego resopló. Luego la expresión de sus ojos cambió, y dirigiéndome una sonrisa forzada, dolorida, agregó—: Será mejor que nos movamos un poco, pues de lo contrario ellos comenzarán a cambiar comentarios sobre usted.

Abrió la heladera y retiró de ella una fuente de carne asada. El trozo era tan grande como un lechón.

—¿Le gustaría comer un poco de *roast-beef* frío? Los cubiertos de trinchar están en el cajón a su derecha. Empiece a cortar.

Sólo después de haberse ido Stella en forma súbita, a lo que llamó «una cita» luego de la extraña escena en la cocina, tuve una noción fugaz del significado de esa palabra y la expresión igualmente fugaz de total desesperación que pasó por el rostro de Ricky lo confirmó, se mostraron los hombres algo más abiertos conmigo. Mala elección del término. No se «abrieron» en lo más mínimo, pero cuando Stella se retiró en su automóvil, los tres viejos comenzaron a darme un indicio de por qué me habían pedido que viniese a Milburn.

Comenzó como una entrevista para llenar un empleo.

—Bien, por fin llegó, señor Wanderley —dijo Sears James, echando más coñac en su vaso y sacando una gruesa cigarrera del bolsillo interior de su chaqueta—. ¿Cigarro? Garantizo su calidad.

—No, gracias —respondí—. Y por favor, llámenme Don.

—Muy bien. No le di una bienvenida como es debido, Don, pero lo haré ahora. Todos éramos grandes amigos de su tío Edward. Estoy muy agradecido, y al decirlo hablo también en nombre de estos dos amigos, de que haya atravesado el país para venir a vemos. Creemos que usted puede ayudarnos.

—¿Tiene que ver esto con la muerte de mi tío?

—En parte. Queremos que trabaje para nosotros.

Seguidamente me pidió que hablásemos de *El centinela nocturno*.

—¡Cómo no!

—Era una novela y por lo tanto ficción, en buena parte, pero ¿se basaba esta ficción en algún caso real? Suponemos que usted hizo investigaciones antes de escribir el libro. Lo que queremos saber es si en el curso de estas investigaciones usted descubrió algunos elementos de juicio que corroborasen algunas de las ideas de la obra, O quizá su investigación tuvo como base alguna experiencia inexplicable en su propia vida.

Sentía, casi, la tensión en las yemas de los dedos y es posible que ellos sintiesen la mía en las de ellos. No sabían nada acerca de la muerte de David, pero me pedían que expusiese el misterio básico de *El centinela nocturno* y de mi vida.

—La ficción, como dice usted, se basa en un hecho real —dije. Con esto la tensión se disipó.

—¿Podría contárnoslo?

—No —contesté—. A mí mismo no me resulta claro. Además, es demasiado personal. Lo lamento, pero no puedo hablar de esto.

—Respetamos su posición —afirmó Sears—. Parece sentirse nervioso.

—Estoy nervioso —dije y reí.

—¿La situación en *El centinela nocturno* se basó en una situación real que usted conocía? —preguntó Ricky Hawthorne, como si no hubiese estado prestando atención, o no pudiese creer lo que acababa de oír.

—Exactamente.

—¿Y sabe usted de otros casos semejantes?

—No.

—Pero no rechaza lo sobrenatural en forma categórica —dijo Sears.

—No sé si lo rechazo o no —señalé—. Como le ocurre a todo el mundo.

Lewis se irguió para mirarme con fijeza.

—Pero acaba de decir...

—No, no dijo nada —intervino Ricky—. Dijo solamente que su libro se basaba sobre un hecho real, pero no que reproducía ese hecho con exactitud. ¿No es así, Don?

—Más o menos.

—Pero, ¿qué hay de sus investigaciones? —insistió Lewis.

—En realidad no hice mucho —admití.

Con un suspiro, Hawthorne miró a Sears con una expresión que parecía ser irónica: *Yo te lo dije*.

—Creo que puede ayudarnos de todas maneras —dijo Sears, Como si quisiese contradecir las opiniones expresadas—. Su escepticismo nos hará bien.

—Quizá —murmuré Hawthorne.

Tenía yo siempre la sensación que por casualidad se habían introducido en un terreno exclusivamente mio.

—Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el síncope de mi tío? —pregunté. La pregunta tenía mucho de defensivo, pero correspondía hacerla.

Todo surgió entonces. James acababa de decidir contarme todo.

—Y hemos estado pasando noches indescriptibles. Sé que John también las tuvo. No es exageración decir que tememos por nuestra razón. ¿Alguno de ustedes dos cuestionaría lo que digo?

Hawthorne y Lewis tenían aspecto de estar recordando cosas que no habrían deseado recordar. Ambos hicieron un gesto negativo.

—Por eso queremos su ayuda, como experto y tanto de su tiempo como pueda dedicarnos, dentro de lo posible —dijo por fin Sears—. Este aparente suicidio de John

nos sacudió mucho. Aun cuando haya sido un drogadicto, lo que yo pongo en tela de juicio, no creo que fuese un suicida en potencia.

—¿Qué llevaba puesto? —pregunté. Había tenido una idea vaga.

—¿Puesto? No recuerdo bien... ¿Ricky, te fijaste en su ropa?

Hawthorne hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Tuve que deshacerme de todo. Era la colección más heterogénea de prendas... chaqueta de *smoking*, debajo del pijama, los pantalones de otro traje. No llevaba medias.

—¿Eso es lo que se puso John al levantarse la mañana que murió? —preguntó Lewis, atónito—. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Al principio me chocó, pero más tarde lo olvidé. Estaban sucediendo demasiadas cosas.

—Pero, siempre fue un hombre minucioso en su arreglo —señaló Lewis—. Qué diablos, si John se puso semejante mezcla de ropas, tiene que haber estado confuso él mismo.

—Precisamente —dijo Sears y me dirigió una sonrisa—. Don, su pregunta fue muy perspicaz. Ninguno de nosotros pensó en esa posibilidad.

Lo imaginé ya comenzando a aferrarse a todas las racionalizaciones a su alcance.

—No simplifica las cosas señalar que tenía la mente confusa —observé—. En el caso que yo tenía presente cuando escribí mi libro, un hombre se suicidó y tengo la certeza de que no estaba en sus cabales, pero nunca pude descubrir qué le sucedió en realidad.

—Se refiere a su hermano, ¿no? —dijo Ricky Hawthorne con gran acierto. Desde luego. De modo que todos lo sabían, en definitiva. Mi tío les había contado acerca de David—. ¿Y ese era el caso al que usted se refería?

Asentí con un gesto.

—Vaya —comenró Lewis.

—Lo transformé en un cuento de fantasmas. En realidad no sé qué sucedió.

Por un instante los tres se mostraron incómodos.

—Bien —dijo Sears—. Si bien nosotros no estamos habituados a hacer estudios de esta clase, estoy seguro de que usted sabe hacerlos.

Ricky Hawthorne se apoyó en su excéntrico sillón. La corbata de moño estaba siempre impecable, pero Ricky tenía la nariz enrojecida y los ojos lacrimosos. Parecía pequeño, perdido entre sus muebles gigantescos.

—Es obvio que mis amigos se sentirán mucho más felices si usted permanece entre nosotros algún tiempo, señor Wanderley.

—Don.

—Muy bien, Don. Como parece estar dispuesto a quedarse, y como yo me siento agotado, propongo que todos nos digamos buenas noches—. ¿Pasará la noche en casa de Lewis?

—De acuerdo —contestó Lewis Benedikt y se levantó.

—Tengo una pregunta que hacer —dije—. ¿Me piden ustedes que piense en algo sobrenatural, o como sea que prefieren llamarlo ustedes, porque eso los absuelve de pensar en ello ustedes mismos?

—Perspicaz, pero inexacto —respondió Sears James, mirándome con aquellos ojos azules de tirador experto—. Nosotros pensamos en ello todo el tiempo.

—Eso me recuerda —dijo Lewis— que quería preguntar algo. ¿Van a interrumpir las reuniones de la Chowder Society? ¿Alguien piensa que es necesario?

—No —repuso Ricky con un extraño aire de desafío—. Les pido que no las interrumpamos. Por nosotros mismos, sigamos celebrándolas. Incluiremos a Don.

Aquí estoy, pues. Cada uno de los tres hombres, amigo de mi tío, parece admirable a su manera, pero ¿están acaso perdiendo la razón? Ni siquiera estoy seguro de que me hayan contado todo. *Están* asustados, y dos de ellos *murieron*. Creo haber escrito ya en este diario que Milburn podría ser una ciudad propicia para la obra de un doctor Pata de Cabra. Siento que la realidad se me escurre cuando pienso que uno de mis propios libros está desarrollándose a mi alrededor.

La dificultad es que casi podría comenzar a imaginarme eso. Esos dos suicidios, el de David y el del doctor Jaffrey... ése es el problema, esa simple coincidencia. (Y la Chowder Society no parece comprender que dicha coincidencia es la razón principal de mi interés frente al problema de ellos.) ¿En qué estoy involucrado aquí? ¿En una historia de fantasmas? ¿O bien en algo peor, algo que no es una historia? Los tres viejos tienen una noción muy vaga de los hechos ocurridos hace dos años... y no pueden saber, ni mucho menos, que acaban de pedirme que me introduzca otra vez en la parte más extraña de mi vida, que retroceda en el calendario, hasta los días peores y más destructivos. O bien pretenden que me interne en las páginas de un libro que fue mi intento de reconciliarme con aquellos días. ¿Pero puede existir en realidad alguna conexión, aun cuando se trate tan sólo de la que hay entre una historia de fantasmas y otra derivada de ella, como sucedió con la Chowder Society? ¿Y puede existir, en fin, una conexión de *hecho* entre *El centinela nocturno* y lo que le sucedió a mi hermano?

II

Alma

Cuanto tiene belleza tiene cuerpo y es un cuerpo;
cuanto tiene existencia la tiene en la carne; y los
sueños derivan tan sólo de los cuerpos que son.
«Dios incorpóreo»

D. H. Lawrence

De los diarios de Don Wanderley

1

Existe sólo una forma de responder a esa pregunta. Debo pasar algún tiempo, en la próxima semana o la que le siga, escribiendo con algún detalle los hechos, tales como los recuerdo, relativos a mí mismo y a David y a Alma Mobley. Cuando los convertí en ficción en un libro fue inevitable que les diera un carácter sensacional y con ello falsificase mis propios recuerdos. Si hubiera estado satisfecho con esto, nunca habría considerado la posibilidad de escribir las novelas del doctor Pata de Cabra, quien no es más que Alma con el rostro negro, Alma con cuernos, rabo y grabación de sonido. Así como «Rachel Varney» en *El centinela nocturno* no es más que Alma disfrazada. Alma era mucho más extraña que «Rachel». Lo que quiero hacer ahora no es inventar situaciones ficticias o peculiaridades ficticias, sino analizar las peculiaridades que realmente existieron. En *El centinela nocturno* todo se resolvió, todo salió bien. En la vida real nada salió bien y nada fue resuelto.

Conocí a Alma no como «Saul Maulkin» conoció a «Rachel Varney» en un comedor de París, sino en un ambiente enteramente trivial. Fue en Berkeley, donde la crítica favorable a mi primer libro había dado como resultado que obtuviese un empleo para enseñar durante un año. Era un pequeño triunfo para un escritor con una sola obra publicada y yo me lo tomaba con gran seriedad. Debía dictar un curso de Técnica Narrativa y otros dos para estudiantes no graduados, de Literatura Norteamericana. El segundo de estos dos era el que me daba mayor trabajo. Tenía que leer tanto de un material que no conocía muy bien y pasar tantas horas clasificando trabajos escritos que me quedaba poco tiempo para escribir yo mismo. Y además de haber leído apenas a Howells o a Cooper, no conocía la crítica sobre su obra, que la estructura del curso exigía que conociese bien. Descubrí que poco a poco había caído en la rutina de dictar mis cursos, llevarme a veces los trabajos escritos para leerlos antes de salir a comer a un bar o un café y pasar luego las noches en la biblioteca revisando material bibliográfico y buscando ejemplares de PMLA, las publicaciones de la Asociación de Lenguas Modernas. A veces lograba trabajar en

uno de mis cuentos cuando volvía a mi departamento, pero lo habitual era que me ardiesen los ojos y que sintiese el estómago revuelto por el café del Departamento de Inglés, así como que mi instinto para escribir de prisa se viese ahogado por el pesado material de la literatura tradicional. De vez en cuando me llevaba a una chica al departamento, una profesora suplente con un flamante doctorado de la universidad de Wisconsin. Se llamaba Helen Kayon y nuestros respectivos escritorios, con otros doce, estaban uno al lado del otro en un gran salón colectivo. Helen había leído mi primer libro, pero no le había hecho gran impresión.

Era muy severa en materia de literatura, le alarmaba enseñar, le importaba poco su aspecto personal y no abrigaba esperanzas en cuanto a hombres. Se interesaba por los contemporáneos escoceses de Chaucer y por el análisis lingüístico. A los veintitrés años tenía ya algo del espíritu poco práctico y volátil de la vieja erudita solterona. «Mi padre se cambió el nombre, que era Kayinski y yo no soy más que una polaca testaruda», me decía, pero esto era una forma clásica de engañarse a sí misma, por otra parte. Era testaruda en materia de los chaucerianos escoceses y solamente en esa materia. Helen era grande, con grandes anteojos y pelo suelto que siempre estaba en estado de transición de un estilo de peinado al siguiente. Era un pelo con intenciones no realizadas. Algún tiempo atrás había decidido que lo único que tenía para brindar a la universidad, al mundo y a los hombres era su inteligencia, lo único en lo cual confiaba en ella misma. La invité a almorzar la tercera vez que la vi en la oficina. Estaba revisando un artículo y por poco no se cayó de la silla de sorpresa. Creo que era yo el primer hombre que la invitaba a almorzar en Berkeley.

Días más tarde la encontré en la oficina después de mi última clase. Estaba sentada junto a su escritorio, con los ojos fijos en la máquina de escribir. Nuestro almuerzo había sido incómodo para los dos. Me había dicho, al comparar los artículos que estaba tratando de escribir con mi trabajo: —¡Yo trato de describir la realidad!

—Me voy —le dije—. ¿Por qué no vienes conmigo? Beberemos algo en alguna parte.

—No puedo. Detesto los bares y tengo que trabajar en esto —repuso—. No, mira. Podrías acompañarme hasta mi casa. ¿Quieres? Está en lo alto de la colina. ¿Te gustaría?

—Yo también vivo allá.

—Esto me tiene harta, de todos modos. ¿Qué estás leyendo? —Le mostré mi libro—. Ah, Nathaniel Hawthorne. Tu curso de lecturas comentadas.

—Harvey Lieberman acaba de decirme que dentro de tres semanas debo dictar la conferencia principal sobre Hawthorne. No he leído *La casa de los siete tejados* desde que estaba en la escuela secundaria.

—Lieberman es un haragán y un pillo.

Me inclinaba a estar de acuerdo con ella. Hasta ahora, tres de sus otros ayudantes habían dictado clases en lugar de él.

—Me irá bien —afirmé—, siempre que se me ocurra algún punto de vista con el cual coordinar todo y que pueda leer lo que necesito.

—Por lo menos, no tienes que preocuparte por el problema de la estabilidad en el puesto —dijo, señalando la máquina de escribir.

—No. Sólo por comer. —El tono del diálogo era el mismo que el del almuerzo.

—Perdona —dijo ella e inclinó la cabeza, dolorida ya. Le toqué un hombro, entonces, y le dije que no se tomara tan en serio.

Cuando bajábamos juntos la escalera, Helen con su portadocumentos voluminoso y gastado repleto de libros y de ensayos, mientras yo llevaba solamente *La casa de los siete tejados*, se deslizó entre nosotros una muchacha alta, rubia y pecosa. La primera impresión que tuve de Alma Mobley fue de palidez general, de contornos vagos y espirituales, sugeridos por la cara alargada e impasible y por el pesado pelo de color paja. Los ojos redondos eran de un color azul pálido. Sentí una extraña mezcla de atracción y rechazo. Bajo la luz débil de la escalera, daba la impresión de ser una chica atrayente que había pasado toda su vida en una caverna. Parecía ser toda ella de una palidez fantasmagórica.

—¿El señor Wanderley? —preguntó.

Cuando respondí afirmativamente, murmuró su nombre, pero no lo oí bien.

—Soy estudiante graduada en inglés —dijo— y querría saber si no tendría inconveniente en que vaya a escuchar su conferencia sobre Hawthorne. Vi su nombre en la lista del profesor Lieberman, en la oficina del Departamento de Inglés.

—No, ninguno —repuse—. Venga, por favor. Pero se trata sólo de una clase de comentarios sobre lecturas, ¿sabe? Probablemente significará una pérdida de tiempo para usted.

—Gracias —dijo y en forma abrupta reanudé su marcha escaleras arriba.

—¿Cómo sabía quién era? —susurré a Helen, admitiendo cierta complacencia frente a lo que hallaba que había sido invisible hasta ahora; mi fama como profesor. Helen golpeó el libro de Hawthorne que yo llevaba en la mano.

Vivía a sólo tres cuerdas de mi propio apartamento. El de ella era una serie de cuartos en el piso alto de una casa vieja y lo compartía con dos muchachas más. La distribución de los cuartos daba una impresión de desorden, así como las cosas que contenían. Era como si nadie hubiese pensado nunca dónde convenía colocar bibliotecas, sillas y mesas. Donde los dejaron al entregarlos, allí quedaron. Aquí había una lámpara junto a una silla, más lejos, una mesa llena de libros, arrimada debajo de una ventana, pero el resto estaba distribuido tan al azar que era necesario abrirse camino entre los muebles para llegar al vestíbulo.

También las compañeras de Helen eran un grupo heterogéneo. Helen me había hablado de ellas cuando caminábamos colina arriba. Una de ellas, Meredith Polk, era de Wisconsin, una de las nuevas profesoras del Departamento de Botánica. Había hecho sus estudios de posgrado en la misma universidad que Helen y cuando se encontraron mientras buscaban un lugar donde vivir, decidieron instalarse juntas. La tercera muchacha era una estudiante que hacía asimismo estudios posgraduados sobre teatro y se llamaba Hilary Lehardie. Helen le dijo:

—Hilary no sale nunca de su cuarto y está drogada casi todo el día. Pasa la mayor parte de la noche tocando música «rock». Yo me pongo tapones en las orejas

para no oírla. Meredith, en cambio, es mejor. Es muy vehemente y un poco rara, pero siento que somos amigas. Trata de protegerme siempre.

—¿Protegerte contra qué?

—Contra lo vil.

Las dos compañeras estaban en casa cuando llegué al departamento de Helen. Tan pronto como entré detrás de ella, una muchacha gruesa con pelo negro y vaqueros azules y una camiseta blanca salió rápidamente por la puerta de la cocina y me miró con aire enojado por detrás de sus gruesos anteojos. Meredith Polk. Helen me presentó como escritor perteneciente al Departamento de Inglés y Meredith repuso con un «¿Qué tal?», y volvió a meterse en la cocina.

De un dormitorio lateral me llegó música ruidosa.

La muchacha de pelo negro y anteojos volvió a salir como una bala de la cocina tan pronto como entró en ella Helen para servirme un trago. Pasó entre los muebles hasta llegar a una silla plegable junto a una pared, contra la cual estaban alineados los que me parecieron centenares de cactus y otras plantas en macetas. Metiéndose un cigarrillo entre los labios, me miró luego con intensa suspicacia.

—¿No eres del mundo académico? ¿Parte del cuerpo docente? —Oír esto de alguien que era ayudante de cátedra, que estaba a una distancia de años de ser profesora permanente...

—Estoy nombrado por un año. Soy escritor —respondí.

—Ah —dijo ella. Me miró con fijeza otra vez y por fin comenté:

—Así que eres el que la llevó a almorzar.

—Sí.

La música resonaba a través de la pared.

—Es Hilary —explicó haciendo un gesto hacia el punto de donde llegaba la música—. Nuestra compañera.

—¿No les molesta?

—La mayor parte del tiempo no la oigo. Concentración. Y le hace bien a las plantas.

Helen apareció con un vaso demasiado lleno de whisky y en el cual flotaba un único cubo de hielo, como un pez muerto. Para ella traía una taza de té.

—Con permiso —dijo Meredith y se alejó rápidamente hacia su cuarto.

—Qué bueno es ver a un hombre en este lugar horrible —afirmó Helen.

Por un instante toda la preocupación y timidez se borraron de su cara y vi la auténtica inteligencia que se ocultaba debajo del barniz intelectual y académico. Parecía vulnerable, pero menos de lo que yo había supuesto.

Una semana más tarde nos acostamos juntos en mi departamento. No era virgen y se mostró firme en insistir en que no estaba enamorada de mí. La verdad es que la iniciativa partió de ella y una vez tomada, Helen actuó con la precisión y aplomo con que se dedicaba a la escuela de Chaucer entre los escoceses.

—Nunca te enamorarás de mí —me dijo— y tampoco lo espero. Es mejor así.

Esa vez pasó dos noches en mi departamento. A la tarde íbamos juntos a la biblioteca y desaparecíamos cada uno en nuestro propio pasillo, como si no existiesen lazos sentimentales entre nosotros. El único indicio que tuve yo de que en

realidad no era éste el caso surgió una semana más tarde, una noche en que encontré a Meredith Polk esperándome a la puerta cuando llegué a casa.

Vestía los mismos vaqueros y camiseta.

—Basura —me dijo con furia.

Abrí con rapidez la puerta y la hice entrar.

—Canalla, desalmado —continuó—. Vas a arruinarle las posibilidades de que la contraten en forma permanente. Y estás destrozándole el corazón. La tratas como una puta. Es demasiado buena para ti. Ni siquiera tienes la misma escala de valores. Helen esta entregada a la literatura... es lo más importante de su vida. Yo lo comprendo, pero no creo que lo comprendas tú. No creo que estés entregado a nada, salvo a tu vida sexual.

—Vayamos por partes —le dije—. ¿Cómo es posible que yo pueda malograrle sus probabilidades de obtener un cargo permanente? Veamos eso primero.

—Este es su primer semestre en esta universidad. Nos vigilan, ¿sabes? ¿Qué crees que pensarán de una ayudante de cátedra que se mete en la cama con el primer individuo que aparece?

—Estamos en Berkeley. No creo que alguien lo advierta ni que le importe, sí lo advierte.

—Eres repugnante. Tú no adviertes nada, ni te importa nada. No te importa nada, ésa es la verdad... ¿La quieres?

—Fuera —le dije de pronto. Estaba perdiendo ya la paciencia. Parecía una rana enfurecida, croando, defendiendo su territorio.

Helen llegó tres horas más tarde. Tenía un aspecto pálido y herido. Se negó a discutir las sorprendentes acusaciones de Meredith Polk, pero me contó, en cambio, que su amiga le había hablado la noche anterior.

—Meredith tiene un gran espíritu protector —me dijo—. Seguramente vino a verte. Lo siento, Don.

En seguida se echó a llorar.

—No, no me frotes la espalda así. No, por favor. Esto es una tontería. Lo que pasa es que no he podido trabajar durante las últimas noches. Creo que me he sentido triste siempre que estaba lejos de ti. —Me miró, entonces, consternada—. No debí decir eso. Pero tú no me quieres, ¿no? No podrías quererme, ¿no?

—No tengo respuesta para eso. Ven, te daré una taza de té.

Estaba tendida en la cama de mi departamentito, acurrucada como un feto.

—Me siento tan culpable —dijo.

Cuando volví con el té, prosiguió:

—Cuánto me gustaría que fuésemos a alguna parte juntos. Me gustaría ir a Escocia contigo. He pasado todos estos años leyendo sobre Escocia y nunca fui a visitarla. —Tenía los ojos anegados de lágrimas detrás de los grandes anteojos—. Ah, soy un horror. Sabía que no debí haber venido aquí. Estaba feliz en Madison y nunca debí haber venido a California.

—Pertenece más que yo a este lugar.

—No —dijo y se volvió de bruces para ocultar el rostro—. Tú puedes ir a cualquier parte e integraste, pero yo no fui nunca otra cosa que una especie de esclava de clase trabajadora.

—¿Cuál ha sido el último libro bueno que leíste? —le pregunté.

Helen se volvió otra vez para mirarme, pues la curiosidad había vencido su desesperación y bochorno. Con los ojos entrecerrados, pensó un instante. *La retórica de la ironía*, de Wayne Booth. Acabo de releerlo.

—Tu lugar está en Berkeley —le dije.

—Mi lugar está en el zoológico.

De esa manera se disculpaba de todo, de Meredith Polk y de sus propios sentimientos, pero yo sabía que si nuestra relación proseguía, no haría más que hierla más. Tenía razón. No había posibilidad de que la quisiese nunca. Más tarde descubrí que mi vida en Berkeley se había establecido en una especie de molde al cual se ajustaría el resto de mi vida en otras partes. Era, con la excepción de mi trabajo, esencialmente vacía. Sin embargo, ¿no sería mejor seguir viendo a Helen, en lugar de insistir en una ruptura que le destrozaría el corazón? En el mundo lleno de trabajo que yo veía como el mío propio, lo expeditivo era sinónimo de lo generoso. Cuando nos separamos había entre nosotros el acuerdo de no vernos en uno o dos días, pero de que después, todo seguiría como antes.

Una semana después, no obstante, el período convencional de mi vida terminó. Después, sólo vi dos veces más a Helen Kayon.

2

Había encontrado una base para mi conferencia sobre Hawthorne. Era un ensayo del crítico R. P. Blackmur: «Cuando toda posibilidad es desechada, *entonces* hemos pecado». La idea parecía llenar toda la obra de Hawthorne y era posible relacionar las novelas y los cuentos por este cristianismo de tinieblas, por el impulso en todos ellos hacia la pesadilla, por lo que era casi su ansia de pesadilla. Imaginar, en efecto, una pesadilla significa alejarse del nudo de la obra. Por otra parte, descubrí una declaración de Hawthorne que contribuía a explicar su método: «He provocado a veces un efecto singular y no desagradable, dentro de lo que se refiere a mi propia mentalidad, al imaginar una serie de incidentes en los cuales el mecanismo espiritual del cuento de hadas se hallaría combinado con los personajes y hábitos de la vida cotidiana».

Una vez obtenidas las ideas que formarían la estructura de mi conferencia, los detalles entraron espontáneamente en las páginas de mi libreta de apuntes.

Este trabajo, además de mis alumnos de técnica narrativa me mantuvieron enteramente ocupado durante los cinco días que precedieron a la conferencia. Helen y yo nos encontramos en momentos aislados y le prometí que partiríamos por un fin de semana cuando terminase mi trabajo inmediato. Mi hermano David tenía una cabaña en Still Valley, en las afueras de Mendocino y me había dado permiso para hacer uso de ella siempre que quisiera alejarme de Berkeley. Era típico de David tener este tipo de atenciones, pero una especie de espíritu de contradicción me había

llevado a abstenerme hasta ahora de ir a la cabaña. No quería tener que estarle agradecido a mi hermano. Después de la conferencia, llevaría a Helen a Still Valley y así sofocaría dos clases de escrúpulos de un solo golpe.

En la mañana de la conferencia volví a leer el comentario de D. H. Lawrence sobre Hawthorne y vi las siguientes líneas:

Y lo primero que hace ella es seducirlo
Y lo primero que hace él es ser seducido.
Y lo segundo que hacen es abrazar su pecado
en secreto, vanagloriarse de él y tratar de comprender
cuál es el mito de Nueva Inglaterra.

Esto es lo que había estado buscando todo el tiempo. Dejé mi taza de café y comencé a reestructurar mi material. La intuición de Lawrence superaba la mía y ahora podía ver todas las obras en forma diferente. Eliminé párrafos e incluí otros entre los renglones tachados... Olvidé llamar a Helen, como se lo había prometido.

Por fin hice un uso muy limitado de mis notas. En un momento, en el esfuerzo por hallar una metáfora, me incliné mucho sobre el pupitre y vi a Helen y a Meredith Polk sentadas juntas en los fondos y en lo alto del auditorio. Meredith Polk tenía el ceño fruncido y la expresión suspicaz de un agente policial. Cuando la gente de ciencia oye las cosas que tienen lugar en una clase de literatura, a menudo adopta idéntica expresión. Helen mostraba simplemente interés, y sentí gratitud de que hubiese venido.

Cuando terminé, el profesor Lieberman se adelantó desde su asiento junto a uno de los pasillos para decirme que había disfrutado muchísimo de mis juicios y preguntarme luego si estaría dispuesto a dar en su lugar una clase en memoria de Stephen Crane dentro de dos meses. Debía asistir a una conferencia en Iowa esa semana y como yo había hecho un trabajo tan «ejemplar», teniendo en cuenta, especialmente que no era miembro del cuerpo académico... en resumen, quizá le sería posible conseguir prolongar mi nombramiento por un año más.

Me dejaron atónito tanto el intento de soborno como la arrogancia. Lieberman, no obstante su relativa juventud, era un hombre famoso, no tanto como erudito en el sentido que daba Helen al término, sino más bien como «crítico», una especie de Edmund Wilson menor. No sentía respeto por sus libros, pero había esperado algo más de él. Los estudiantes salían despacio hacia las puertas, una masa compacta de camisetas blancas y dril azul de vaqueros. Y entonces vi un rostro levantado hacia mí con aire de entusiasmo y un cuerpo esbelto cubierto no por dril azul, sino por un vestido blanco. Lieberman me resultó de pronto una interferencia, un obstáculo y accedí a dictar la conferencia en homenaje a Crane para que se fuera.

—Muy *bien*, Donald —me dijo y se alejó. Con tanta rapidez como acabo de decirlo. Un instante el joven profesor con su traje de algodón rayado estaba delante de mí y al siguiente me encontré contemplando el rostro de la muchacha del vestido blanco. Era la estudiante graduada que se había cruzado con Helen y conmigo en la escalera.

Tenía un aspecto muy diferente: más saludable, con un leve tinte bronceado, casi dorado, sobre la cara y los brazos. El pelo lacio y rubio brillaba, como los ojos pálidos. Vi en ellos un caleidoscopio de reflejos y colores cambiantes. Encerraban las comisuras de sus labios dos finos arcos irónicos. Era cautivante, una de las mujeres más hermosas que hubiese visto jamás, lo cual es decir mucho. Berkeley está realmente tan poblado de bellezas que cada vez que uno levantaba los ojos del escritorio se veía frente a dos nuevas. La muchacha delante de mí, en cambio, no tenía la torpeza ni tampoco esa vulgaridad agresiva y enfática de las estudiantes hermosas comunes de Berkeley. Se la veía sencillamente *bien*, perfectamente a sus anchas dentro de su personalidad. Helen Kayon no podía hacer nada frente a esta mujer.

—Me gustó mucho —me dijo. Vi que las dos leves líneas junto a las comisuras de la boca se movían, como si gozase de un chiste secreto—. Me alegro de haber venido, después de todo. —Por primera vez oí asimismo el acento del sur, las palabras arrastradas, la cadencia musical.

—Yo también —repuse—. Gracias por el elogio.

—¿Quieres que te lo repita en privado?

—¿Es una invitación? —Advertí entonces que me apresuraba en exceso, que mostraba demasiado mi sensación de halago. Quizás esta prisa no fuese compartida por ella.

—¿Una *qué*? No, no pensé que lo fuese. —La boca se movió en un mudo *¡Qué ocurrencia!*

Miré hacia las plateas altas del auditorio. Helen y Meredith se alejaban ya por el pasillo en dirección a la salida. Seguramente Helen comenzó a salir tan pronto como me vio mirar a la rubia. Si me conocía tan bien como debía conocerme, debía saber perfectamente qué estaba pensando yo. Pasó por la puerta de salida sin mirar hacia atrás, pero Meredith Polk, en cambio, me dirigió una mirada asesina.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó la muchacha.

—No, no es nada importante —dije—. ¿Quieres almorzar conmigo? La verdad es que no almorcé y estoy muerto de hambre.

Me comportaba, sí, con un egoísmo indescriptible. Sabía, no obstante, que esa muchacha a mi lado era ya mucho más importante para mí que Helen Kayon y que al deshacerme de Helen inmediatamente, al ser el canalla que era, según Meredith Polk, evitaría semanas y quizá meses de escenas dolorosas. Nunca le había mentado a Helen y siempre supo ella que nuestra relación era frágil.

La muchacha que caminaba a mi lado por el parque de la universidad vivía en perfecta armonía con su femineidad. Aun entonces, momentos después de haberla visto mejor, a la luz del día, parecía no tener edad, estar apartada del tiempo, y era hermosa de un modo hierático, mítico. La alienación frente a sí misma que sufría Helen le impedía ser hermosa y era además alguien perteneciente a mi propio lugar en la historia. Mi primera impresión de Alma Mobley, en cambio, fue de que podría haberse desplazado con aquella gracia espontánea por una *piazza* italiana del Renacimiento. O bien en los años veinte, con un poco más de lógica, haber sido objeto de una mirada de admiración de Scott Fitzgerald al volar frente al Plaza Hotel

con esas piernas increíbles. Tal como lo expreso, parece absurdo. Evidentemente había reparado en sus piernas y tenía una sensación de su cuerpo, pero las imágenes de patios italianos o de Fitzgerald en el Plaza no son metáforas aptas para describir lo carnal. Era como si cada una de sus células poseyese gracia. Nada menos típico que ella cabe imaginar, al compararla con la estudiante graduada común de Berkeley. La elegancia era tan profunda que parecía señalar aun entonces, una intensa pasividad.

Sin duda estoy concentrando las impresiones recogidas a lo largo de seis meses en un momento único, pero mi justificación es que el germen de dichas impresiones existía ya cuando salimos del parque para ir a un restaurante. Que me acompañase sin que hubiese tenido yo que insistir, con tanta ligereza que el hecho estaba repleto de juicios no expresados, indicaba, en realidad, algo de aquella pasividad: la pasividad irónica y llena de tacto de quienes son hermosos, de aquellos cuya belleza constituye una valla que los rodea como a la princesa en la torre.

La llevé a un restaurante que había oído mencionar a Lieberman, demasiado caro para la mayoría de los estudiantes, demasiado caro para mí. Sin embargo, la ceremonia de comer en un ambiente lujoso armonizaba con ella y también con mi sensación de regocijo.

De inmediato supe, además, que era a ella a quien deseaba llevar a la cabaña de David en Still Valley.

Me enteré de que se llamaba Alma Mobley y me dijo que había nacido en Nueva Orleans. Por su actitud, más bien que por nada que hubiese dicho, deduje que sus padres habían tenido buena posición. Su padre había sido pintor y largos períodos de su infancia transcurrieron en Europa. Al hablar de sus padres, lo hacía en pasado y supuse que habían muerto hacía algún tiempo. También esto armonizaba con ella, con su aire de estar apartada de todo, salvo de sí misma.

Como Helen, había estudiado en una universidad del centro del país, la de Chicago —algo que parecía casi imposible, Alma en Chicago, en aquella ciudad violenta y agresiva— y la habían aceptado como candidata a un doctorado en Berkeley. Por lo que dijo, entendí que marchaba al azar por la actividad académica, sin tener nada de la dedicación profunda de Helen. Era estudiante posgraduada porque mostraba cierto talento para el aspecto mecánico de los estudios literarios y porque era inteligente, aparte de que le convenía *más* que ninguna otra actividad en que pudiese haber pensado. Estaba, en fin, en California porque no le había gustado el clima de Chicago.

Una vez más y en forma avasalladora tuve la sensación de la falta de armonía entre ella y los aspectos cotidianos de su vida, de su pasiva autosuficiencia. No dudaba de que era bastante brillante como para terminar su tesis sobre Virginia Woolf, ni que con un poco de suerte obtendría un puesto docente en una de las universidades de menor importancia, a lo largo de la costa. Y entonces, con una súbita sensación de shock, cuando estaba llevándose un bocado de plata de color verde menta a los labios, tuve otra imagen de ella. La vi como una prostituta, una prostituta de Storyville en 1910, con el pelo formando trenzas retorcidas, las piernas de bailarina levantadas... y su cuerpo desnudo me resultó de una claridad infinita por un instante. Imaginé que esta imagen respondía al despegue profesional que

provocaba, pero no explicaba la intensidad de la imagen. Me había conmovido desde el punto de vista sexual. Estaba hablando de libros —no como hablaba Helen, sino como habla un lector común— y al mirarla *yo* por encima de la mesa sentí que quería ser el hombre de su vida, apoderarme de aquella pasividad, sacudirla hasta que me viera realmente.

—¿Sales con alguien? —le pregunté.

Alma hizo un gesto negativo.

—¿Así que no estás enamorada?

—No. —Alma me dirigió una sonrisa apenas visible, frente a lo obvio de mi pregunta—. Hubo alguien en Chicago, pero se terminó.

Caí sobre el comentario de inmediato y dije:

—Uno de tus profesores.

—Uno de mis profesores suplentes —dijo, con otra sonrisa.

—¿Estabas enamorada de él? ¿Era casado?

Alma me miró muy seria un instante.

—No —dijo—. No fue lo que imaginas. No estaba casado y no estaba enamorada de él.

Aun entonces reconocí que debía de resultarle muy fácil mentir. Esto no me disgustó, sino que, por el contrario, probaba lo poco que la había rozado la vida, y formaba parte de todo lo que yo quería cambiar en ella.

—Estaba enamorado de ti —dije—. ¿Fue por eso que quisiste irte de Chicago?

—No, había terminado ya entonces. Alan no tuvo nada que ver. Hizo una tontería. Eso es todo.

—¿Alan?

—Alan McKechnie. Era muy bueno.

—Un tonto muy bueno.

—¿Estás realmente empeñado en saberlo? —me preguntó con aquella forma característica de dar a sus palabras una ironía suave, casi imperceptible, que las despojaba de toda importancia.

—No. Simple curiosidad.

—Bien. —Los ojos de Alma, llenos de reflejos, se fijaron en los míos—. No hay mucho que contar. Alan se... se entusiasmó conmigo. Seguía un curso reducido con él. Eramos sólo cuatro, tres chicos y yo. Sentía que estaba interesándose en mí, pero era muy tímido. No tenía ninguna experiencia con las mujeres. —Otra vez el matiz de suavidad, de despego en la voz y en la mirada—. Me invitó a salir unas cuantas veces. No quería que nos vieses juntos y debíamos ir a lugares fuera de Hyde Park.

—¿Adónde iban?

—A bares de hoteles y lugares semejantes. Cerca del «Loop» de Chicago. Creo que era la primera vez que hacía cosas como éstas con una estudiante y lo ponía nervioso. Creo que no se había divertido mucho nunca. Por fin resulté demasiado para él. Me di cuenta de que no lo quería en la forma en que él me quería a mí. Sé qué me preguntarás ahora y te respondo. Sí, nos acostamos juntos. Por algún tiempo. No marchó bien. Alan no era muy... muy físico. Empecé a sospechar que habría

preferido un muchacho, pero desde luego era demasiado... qué sé yo... para esto. No podía.

—¿Cuánto duró?

—Un año. —Alma terminó de comer y puso su servilleta junto al plato—. No sé por qué estamos hablando de esto —dijo.

—¿Qué te gusta, en realidad?

Fingió reflexionar profundamente.

—Verás. Qué me gusta, en realidad... El verano. El cine. Las novelas inglesas. Despertarme a las seis y mirar el amanecer por la ventana... todo es tan vacío, tan puro. El té con limón. ¿Qué más? París. Y Niza. Me encanta de verdad Niza. Cuando era chica, fuimos allí cuatro o cinco veranos seguidos. Y me gusta la buena comida, como ésta.

—Sospecho que la vida universitaria no es para ti —comenté. Era como si me hubiese contado todo y, a la vez, nada.

—No, ¿no es verdad? —Alma rió como sino tuviera importancia—. Me imagino que lo que me hace falta es El Gran Amor con mayúscula.

Y allí estaba otra vez, la princesa guardada en su torre de marfil, contemplándose a sí misma.

—Vayamos al cine mañana por la noche —le propuse. Aceptó.

Al día siguiente persuadí a Rex Leslie, cuya oficina estaba más lejos en el mismo pasillo, que cambiara de escritorio conmigo.

La cinemateca exhibía *La Grande Illusion* de Renoir, que Alma no había visto. Después fuimos a la cafetería, repleta de estudiantes, y donde se filtraban fragmentos de conversación dentro de la nuestra. Por un instante, cuando nos sentamos, sentí un golpe de temor culpable y en seguida me di cuenta que derivaba de la posibilidad de encontrarme con Helen Kayon. No era éste un lugar que ella frecuentase mucho. De todos modos, a esa hora estaba seguramente en la biblioteca. Tuve otra sensación fugaz de intenso alivio por no estar allá también, dedicado a una disciplina que no era la mía, sino una simple condición para mi trabajo.

—Qué hermosa película —me dijo Alma—. Tengo la sensación de estar viéndola todavía.

—Sientes profundamente el cine, entonces.

—Claro. —Alma me miró, intrigada.

—¿Y la literatura?

—Por supuesto. —Volvió a mirarme—. Mejor dicho... No sé. Me gusta. Un muchacho con barba y una camisa de cuadros dijo en voz muy alta:

—Wenner es ingenuo y también es ingenua su revista. Volveré a comprarla cuando vea un retrato de Jerry Brown en la tapa.

Su amigo observó:

—Wenner es Jerry Brown.

—Berkeley —observé a mi vez.

—¿Quién es Wemier?

—Me sorprende que no lo sepas. Jann Wenner.

—¿Quién es?

—Es el estudiante de Berkeley que fundó «Rolling Stone».

—¿Es una revista?

—Vuelves a sorprenderme —dije—. ¡No me digas que nunca oíste hablar de ella!

—No me interesa la mayoría de las revistas. Nunca las leo. ¿Qué clase de revista es? ¿Tiene ese nombre por la «Rolling Stones»?

Respondí afirmativamente. Por lo menos había oído hablar de ese grupo.

—¿Qué música te gusta?

—No me interesa mucho.

—Probemos otros nombres. ¿Sabes quién es Tom Seaver?

—No.

—¿Alguna vez oíste hablar de Willie Mays?

—¿No era un atleta? Tampoco me interesan mucho los deportes.

—Se nota. —Alma rió con cierto regocijo—. ¿Y Barbra Streisand?

Me hizo una mueca encantadora, como burlándose de sí misma.

—Claro que sí —dijo.

—¿John Ford?

—No.

—¿Arthur Fonzarelli?

—No.

—¿Grace Bumbry?

—No.

—¿Desi Arnaz?

—No.

—¿Johnny Carson?

—No.

—¿André Previn?

—No.

—¿John Dean?

—No. No sigas preguntándome, o diré que sí a todo —me advirtió.

—¿Qué *haces*? —le pregunté—. ¿Estás segura de que vives en este país?

—Ahora te preguntaré yo. ¿Has oído hablar de Anthony Powell, o Jean Rhys, o Ivy Compton-Burnett, o Elizabeth Jane Howard, o Paul Scott, o Margaret Drabble, o...

—Son novelistas ingleses y los conozco a todos —dije—. Pero veo lo que quieres decir. En realidad, no te interesan las cosas que no te interesan de verdad.

—Ni más ni menos.

—Ni siquiera lees nunca los diarios.

—No. Y nunca miro televisión —dijo Alma sonriendo—. ¿Crees que deberían ponerme contra el paredón y fusilarme?

—Sólo me interesa saber quiénes son tus amigos.

—¿Sí? Tú eres mi amigo. ¿O no? —Sobre todo, todo lo que decíamos, había aquel tinte de ironía desprovista de interés. Por unos instantes me pregunté si era del todo humana. Su ignorancia casi absoluta de la cultura popular señalaba más que ninguna afirmación qué poco le importaba la opinión ajena sobre ella. Lo que yo había imaginado como integridad total en su persona era mayor aún de lo que suponía. Quizá la sexta parte de los estudiantes graduados de California no hubiese oído hablar nunca de un atleta como Seaver, pero, ¿quién en los Estados Unidos podía haber evitado oír mencionar al llamado «Fonz»?

—Pero tienes otros amigos. En mi caso, acabas de conocerme.

—Es verdad. Tengo Otros amigos.

—¿En el Departamento de Inglés? —No era posible. Dentro de lo que yo sabía de mis colegas transitorios, bien podría haber existido una célula amplia de adeptos de Virginia Woolf que nunca leyese los diarios. En ellos, no obstante, este alejamiento del propio ambiente habría sido una afectación. En Alma, la verdad era lo opuesto.

—No. No conozco a mucha gente aquí. Conozco a algunos que están interesados en el ocultismo.

—¿El *ocultismo*? —No alcancé a comprender a qué se refería—. ¿Sesiones espiritistas? ¿Tablas Quija? ¿Madame Blavatsky? ¿Planchas?

—No. Es más serio que eso. Pertenecen a una orden.

Me quedé atónito. Acababa de caer en un abismo. Pensé en el satanismo, en aquelarres, en la locura de California en sus peores aspectos.

Alma pareció leerme el rostro, porque dijo:

—Yo no pertenezco al grupo. Los conozco.

—¿Cómo se llama la orden?

—X.X.X.

—Pero... —Me incliné hacia adelante, pues apenas podía creer que había oído bien—. No puede ser. Xala...

—Xala Xalior Xlati.

Sentí incredulidad, consternación. Sentí un temor mezclado con sorpresa al mirar ese bello rostro. X.X.X. era más que un grupo de locos que vistiesen rúnicas. Eran algo alarmante. Se sabía que eran crueles, desalmados. Habían tenido alguna relación indirecta con el grupo de Manson y ésa era la única razón por la cual estaba enterado de su existencia. Después del episodio de Manson se creía que se habían ido a otra parte, a México, creía yo. ¿Estaban aún en California? Por lo que yo había leído sobre ellos, habría sido mejor para Alma relacionarse con verdugos de la Mafia. De la Mafia cabía esperar interpretaciones, racionales o no, de nuestra fase del capitalismo. La X.X.X. era materia prima para la pesadilla.

—¿Y esa gente son tus amigos? —le pregunté.

—Tú me lo preguntaste.

Sorprendido aún, moví la cabeza.

—No te preocupes por eso. Ni por ellos. Nunca los conocerás.

Eso me dio una imagen totalmente diferente de su vida. Sentada frente a mí, con su leve sonrisa, por un instante me resultó siniestra. Era como si hubiese pasado

de un sendero lleno de sol a una selva. Recordé a Helen Kayon y su trabajo sobre los chaucerianos escoceses en la biblioteca.

—Ni yo los veo tanto —dijo Alma.

—¿Pero fuiste a sus reuniones? ¿Visitas sus casas?

Alma asintió con la cabeza.

—Te lo dije ya. Son mis amigos. Pero no te preocupes.

Podría haber sido una mentira, otra mentira, pues sospechaba que no siempre me había dicho la verdad. Sin embargo toda su actitud, aun su preocupación por mis propios sentimientos, probaba que ahora no mentía. Levantó la taza de café y se la llevó a los labios, mientras me sonreía con algo de preocupación por mí. Y la imaginé de pie delante de una hoguera, sosteniendo entre las manos algo que sangraba...

—*Estás* preocupado. No soy miembro del grupo. Conozco a algunos miembros. Me lo preguntaste y pensé que debía decírtelo.

—¿Estuviste en reuniones? ¿Qué hacen?

—No puedo decírtelo. Esa es otra parte de mi vida. Una parte menor. No tiene que ver contigo.

—Salgamos de aquí —le dije.

¿Pensaba acaso ya entonces que me daría material para una novela? No lo creo. Pensaba que el contacto de Alma con el grupo era seguramente mucho más superficial de lo que había insinuado. Tuve sólo un indicio, mucho más tarde, de que quizá me había equivocado. Fantaseaba, exageraba. ¿La X.X.X. y Virginia Woolf? ¿Y *La Grande Illusion*? Demasiado absurdo.

Con gran dulzura, como si no hablase en serio, me invitó a su departamento. Quedaba a pocos minutos de marcha de la cafetería. Cuando salimos de las calles más concurridas para internarnos en un sector más solitario de edificios altos, comenzó a hacer comentarios sin trascendencia sobre su vida en Chicago. Esta vez no tuve necesidad de interrogarla para saber de su pasado. Creí advertir un dejo de alivio en su voz. ¿Acaso, por haber «confesado» su conocimiento de la X.X.X.? ¿O bien se debía a que no la había interrogado acerca del grupo? Por lo segundo, creía yo. Era una noche típica de fines de verano en Berkeley, tibia y a la vez fresca, suficientemente fresca como para que hiciese falta un abrigo ligero, pero a la vez con algo de tibieza, oculta en el aire.

A pesar de la ingrata sorpresa que me había dado, la muchacha a mi lado, con su gracia natural, el ingenio igualmente natural que se injertaba en sus palabras, su belleza sobrenatural, me revitalizaban, me daban una especie de alegría de vivir que no había sentido en meses. Estar junto a ella era como surgir de un período de hibernación. Llegamos al edificio donde vivía.

—Planta baja —me dijo y subimos varios escalones hasta la puerta. Por el placer de contemplarla, me quedé rezagado. Un gorrión se posó en la barandilla de hierro e inclinó la cabeza hacia un costado. En alguna parte cerca, ladró un perro. Olía las hojas al quemarse. Alma se volvió y le vi la cara borrosa como una mancha pálida

entre las sombras de la entrada cubierta. Milagrosamente para mí, le veía los ojos, como si brillasen como los de un gato.

—¿Eres tan circunspecto como tu novela, o piensas entrar conmigo?

En forma simultánea registré el hecho de que había leído mi novela y de que el comentario implicaba una suavísima crítica. Subí por los escalones y llegué a su puerta.

No había imaginado cómo sería su departamento, pero debería haber sabido que no tendría nada que ver con el de Helen Kayon con su desordenada familia. Alma vivía sola, cosa que yo había sospechado, en cambio. Todo en el espacioso cuarto al que me condujo estaba unificado por un gusto único, un punto de vista único. Era, aunque no en forma obvia, uno de los ambientes más lujosos que yo hubiese visto nunca en este medio. El suelo estaba cubierto por una Boukhara larga y sedosa. La pantalla delante de la chimenea estaba flanqueada por mesitas que para mis ojos de aficionado eran de estilo Chippendale. Delante de la ventana saliente había un escritorio enorme. Sillas Regency con tapizado de rayas, grandes almohadones, una lámpara Art Nouveau de Tiffany sobre el escritorio. Comprobé que había tenido razón al suponer que sus padres habían sido ricos.

—No eres una estudiante posgrado típica, ¿no?

—Decidí que tenía mayor sentido vivir entre estas cosas que guardarlas en un depósito. ¿Más café?

Acepté. Tanto en ella tenía sentido ahora y se integraba dentro de una estructura que no había percibido antes... Si Alma era remota, era porque era diferente de verdad. La habían educado de una manera desconocida para el noventa por ciento de los norteamericanos y en la cual sólo creen en forma condicional. Era el estilo de los bohemios de gran fortuna. Y si era esencialmente pasiva, ello se debía a que nunca había tenido que hacer una decisión por sí misma. Inmediatamente le inventé una infancia llena de niñeras y gobernantas inglesas, una escuela en Suiza, vacaciones en yates. Esto explicaba aquel aire de no pertenecer a ninguna época en particular. Era la razón por la cual la imaginé antes pasando con pasos alados delante del Plaza Hotel durante los años de 1920 de Scott Fitzgerald. Esa clase de riqueza parecía pertenecer a otros tiempos.

Cuando volvió con el café le dije:

—¿Te gustaría que nos fuéramos juntos dentro de una o dos semanas? Podríamos alojarnos en una casa en Still Valley.

Alma arqueó las cejas e inclinó la cabeza. Se me ocurrió que aquella pasividad que mostraba tenía algo de andrógino, del mismo modo en que hay, tal vez, algo de andrógino en la prostituta.

—Qué chica interesante eres —comenté.

—Un personaje del «Reader's Digest»...

—No diría eso.

Estaba sentada, con las rodillas recogidas, en un grueso almohadón frente a mí. Era intensamente sexual y a la vez etérea. Deseché la otra idea de que hubiese algo andrógino en ella. Me parecía imposible que sólo entonces se me hubiese ocurrido.

Tenía que acostarme con ella. Sabía que lo haría y tal certidumbre daba un carácter tanto más imperioso al hecho.

Deja el dinero en la mesita...

A la mañana mi pasión por ella era total. Nuestra relación sexual se produjo en la forma más calma imaginable. Después de haber pasado unas dos horas conversando juntos, Alma me dijo:

—No quieres volver a tu casa, ¿no?

—No.

—Bien, quédate entonces a pasar la noche.

Siguió a esto algo que no fue el tanteo habitual del cuerpo, la carrera de embolsados de la lujuria. La verdad es que Alma en la cama era tan pasiva como en todos sus actos. A pesar de ello experimentaba el placer sin mayor esfuerzo, tanto antes del acto como durante el paroxismo. Se me aferraba al cuello como una niña. Aun entonces, durante esta entrega la sentí separada.

—Ay, te quiero —me dijo después de la segunda vez y me aferró el cuello con las manos, pero la presión de ellas era tan ligera como su voz. Tan pronto como descubría un misterio en ella, me hallaba delante de otro. La pasión de Alma parecía provenir del mismo origen que sus modales para comer. Yo había hecho el amor con muchas mujeres «mejores en la cama» que Alma Mobley, pero con ninguna de ellas experimenté nunca sensaciones tan sutiles. La aptitud de Alma para los marices y las tonalidades de la sensación. Era como estar siempre en el borde de algún otro tipo de experiencia, como estar delante de una puerta cerrada.

Por primera vez comprendí por qué las mujeres se enamoraban de los Don Juanes, por qué se humillaban persiguiéndolos.

Comprendí asimismo por qué me había dado una versión tan selectiva del pasado. Tenía yo la certeza de que su vida había sido tan promiscua como puede serlo en una mujer. Esto armonizaba con lo que yo sabía de la X.X.X. y con la súbita partida de Chicago. La promiscuidad parecía ser el elemento tácito en la manera de ser de Alma.

Lo que yo deseaba, sin duda, era reemplazar a todos los demás, abrir la puerta y presenciar todos sus misterios, lograr que toda la gracia y la sutileza se concentrasen en mí. En una fábula Sufi, el elefante se enamoraba de la luciérnaga e imaginaba que ésta no brillaba para nadie, salvo para él. Y cuando la luciérnaga se alejaba a distancias lejanas, el elefante tenía la certeza de que en el centro de su luz estaba siempre su propia imagen de elefante.

Todo ello equivale a decir que el amor me dejó en condiciones de parcial invalidez. Se esfumaron mis propósitos de volver a escribir novelas. No podía inventar sentimientos, invadido como estaba por los míos propios. Con el enigma de

Alma siempre presente, los otros enigmas de los personajes ficticios me parecían artificiales. Escribiría, pero tenía que hacer *esto*, primero.

Pensaba sin cesar en Alma Mobley y necesitaba verla siempre que podía. Durante diez días estuve junto a ella casi cada minuto en el cual no estaba dictando clases. Los cuentos no leídos se apilaban en el sofá y hacían juego con las pilas de trabajos escritos sobre *The scarlet letter* en mi escritorio. Durante esa época nuestra osadía sexual fue extraordinaria. Le hacía el amor a Alma en clases vacías, en la oficina sin llaves que compartía con varios colegas. En una oportunidad la seguí dentro de un retrete de mujeres y la tomé mientras se apoyaba contra un lavatorio. Un estudiante de mi curso de técnica narrativa, en cierta ocasión en que yo me había expresado en forma muy retórica, me preguntó:

—¿Cómo define al hombre, en fin?

—Como sexual e imperfecto —repuse.

Dije que pasaba con ella «casi» todos los momentos en que no estaba yo en clase. La excepción era las dos noches en que ella decía que tenía que visitar a una tía en San Francisco. Me dio el nombre de su tía. Florence de Peyser, pero durante la ausencia de Alma sufrí tormentos de duda. Al día siguiente, no obstante, volvió, la misma de siempre. No advertí señales de que hubiese estado con otro. Ni tampoco de la X.X.X., otra de mis preocupaciones. Además, rodeó a la señora de Peyser de tantos pormenores circunstanciales (el perrito Yorkshire llamado Chookie, el armario repleto de vestidos hechos por el gran modista Halston, la mucama llamada Rosita) que mis sospechas desaparecieron. No se vuelve después de pasar una noche con los siniestros miembros de la X.X.X. llena de anécdotas sobre un perrito llamado Chookie. Si había otros amantes, si la promiscuidad que había intuido la primera noche era siempre parte de ella, no vi ningún signo.

En verdad si había algo que me irritaba, no era la rivalidad hipotética frente a otro hombre, sino un comentario que había hecho la primera mañana que despertamos juntos. Tal vez no fuese otra cosa que una expresión de afecto mal formulada.

—Has aprobado —dijo. En un instante absurdo, pensé que se refería a algo en el ambiente que nos rodeaba, como el florero chino sobre la mesa de noche, o el dibujo enmarcado, obra de Pissarro, o la alfombra espesa. (Todo esto me provocaba más inseguridad de la que admitía.)

—Conque me aprobaste —dije.

—No, yo, no. No, también yo, desde luego, pero no yo sola —dijo y en seguida me apoyó el índice contra los labios.

En menos de uno o dos días olvidé aquel misterio irritante por lo innecesario.

Por supuesto olvidé también mi trabajo, o gran parte de él. Aun después de aquellas primeras semanas de frenesí sensual, pasaba mucho menos tiempo enseñando que antes. Estaba enamorado como nunca lo había estado jamás. Era como si durante toda la vida hubiese eludido el júbilo, como si lo hubiese mirado con recelo, como si no lo hubiese comprendido bien. Alma me permitió conocerlo. Todo lo que podría sospechar o dudar en cuanto ella se consumía frente al ardor de mis

sentimientos. Si había cosas que ignoraba acerca de ella, no me importaba en lo más mínimo. Lo que conocía de Alma era suficiente.

Estoy seguro de que fue ella quien abordó la cuestión de casarnos. Surgió en una frase como «Cuando nos casemos, deberíamos viajar mucho», o bien «¿Qué clase de casa quieres tener cuando nos casemos?» Nuestra conversación se deslizaba hacia aquel tema sin esfuerzo alguno. No sentía coerción, sino una dicha cada vez mayor.

—La verdad es que te han aprobado del todo —me decía.

—¿Podré conocer a tu tía un día de éstos?

—No quiero que sufras —me dijo, respuesta que no correspondía a la solicitud implícita en mi pregunta—. Si nos casamos el año que viene, pasaremos el verano en las islas griegas. Tengo unos amigos que pueden albergarnos, amigos de mi padre, que viven en Poros.

—¿Me aprobarán también ellos?

—No me importa que te aprueben o no —dijo y cuando me tomó la mano, sentí que el corazón me latía locamente.

Varios días más tarde dijo que después de que hubiésemos visitado Poros, le gustaría pasar un mes en España.

—¿Y Virginia Woolf? ¿Y tu doctorado?

—No sirvo mucho para estudiar.

Claro es que no imaginaba yo que pasaríamos meses y meses viajando, pero como fantasía, representaba, al menos, una imagen del futuro compartidos como la fantasía de la aprobación anónima de que yo era objeto en forma continuada.

A medida que se aproximaba el día de mi conferencia en memoria de Stephen Crane para Lieberman, caí en la cuenta de que no había preparado nada y dije a Alma que tendría que pasar por lo menos dos noches estudiando en la biblioteca.

—De todos modos —dije— será una conferencia pésima, pero no me importa que Lieberman intente o no retenerme otro año, porque pienso que los dos queremos irnos de Berkeley, pero con todo, tengo que armar algún material. — Alma accedió a no verme, pues de todas maneras había pensado pasar dos o tres noches en casa de la señora de Peyser.

Cuando nos separamos al día siguiente, nos dimos un prolongado abrazo. Luego ella se alejó. Volví a mi departamento, en el cual había pasado muy poco tiempo durante las últimas seis semanas, ordené todo y me dirigí a la biblioteca.

En la planta baja vi a Helen Kayon por primera vez desde que salió del auditorio con Meredith Polk. No me vio. Esperaba el ascensor con Rex Leslie, el ayudante de cátedra con quien yo había cambiado escritorio. Estaban enfrascados en una conversación y mientras yo los miraba Helen apoyó la palma de la mano en la espalda de Rex. Sonreí, le deseé mentalmente toda la felicidad del mundo y subí por la escalera.

Esa noche y la siguiente trabajé en mi conferencia. No tenía nada que decir sobre Stephen Crane. No me interesaba Stephen Crane. Cada vez que levantaba los ojos de las páginas, veía a Alma Mobley con los ojos relucientes y la boca entreabierta.

La segunda noche de la ausencia de Alma salí de mi departamento a comer un poco de pizza con cerveza y la vi entre las sombras al lado de un bar llamado El último escollo. Era un lugar al cual yo habría vacilado en entrar, ya que tenía fama de ser frecuentado por pervertidos y homosexuales en busca de clientela. Me quedé inmóvil. Por un instante lo que sentí no fue que me había engañado, sino temor. No estaba sola, y el hombre que la acompañaba había estado evidentemente en el bar —llevaba un vaso de cerveza en la mano—, pero no era, aparentemente, un pervertido o un homosexual en busca de compañía. Era alto, tenía la cabeza afeitada y anteojos negros. Era sumamente pálido. Y a pesar de que sus ropas no llamaban la atención y consistían en pantalones de color tostado y una chaqueta de golf (¿sobre el pecho desnudo? Creí haber visto cadenas de algún tipo contra la piel), el hombre tenía un aspecto animal, el de un lobo hambriento con piel humana. A sus pies un niño pequeño, agotado y descalzo, estaba sentado sobre el cordón de la acera. Los tres tenían un aspecto muy raro, agrupados entre las sombras junto al bar. Alma parecía a sus anchas junto al hombre. Hablaba frases aisladas, él respondía y ambos parecían tener una intimidad mucho mayor que la de Helen Kayon y Rex Leslie, a pesar de no cambiar gestos de afecto o familiaridad. El chico estaba caído a los pies del hombre y a veces se movía como si temiese que le dieran un puntapié. Los tres hacían pensar en una familia de la noche, extraña y perversa, una familia macabra como las del dibujante Charlie Addams. La gracia natural de Alma, su porte, parecía junto a aquel hombre con aspecto de lobo y a aquel niño patético, irreal, malvada, en cierto modo. Retrocedí, en la suposición de que si el hombre me veía me atacaría inmediatamente.

Pensé que aquél *era* el aspecto de un hombre-lobo. Y luego, recordé algo más: la X.X.X.

El hombre tiró del niño para levantarlo, hizo un gesto a Alma y los dos subieron en un automóvil detenido junto al cordón. El hombre tenía siempre su vaso de cerveza y el niño ocupó el asiento de atrás. En un instante el automóvil se alejó a toda velocidad.

Más tarde esa misma noche, sin saber si cometía un error, pero incapaz de esperar hasta el día siguiente, la llamé por teléfono.

—Te vi hace un par de horas —le dije—. No quise molestarte. De cualquier manera, suponía que estabas en San Francisco.

—Me aburría demasiado y volví temprano. No te llamé porque quería que terminases tu trabajo. Ay, Don, pobrecito. Seguramente imaginaste algo horrible.

—¿Quién era el hombre con quien hablabas? El de cabeza afeitada, anteojos negros, con un chico al lado... delante de un bar de mala fama.

—Ah, él. ¿Me viste con *ése*? Se llama Greg. Nos conocimos en Nueva Orleáns. Vino a estudiar y luego abandonó los estudios. El chico es su hermanito. Son huérfanos y Greg lo cuida. Aunque diré que no lo cuida muy bien. El chico es retardado.

—¿Es de Nueva Orleáns?

—Claro.

—¿Qué apellido tiene?

—¿Por qué? ¿Sospechas de mí? Se llama Benton. Los Benton vivían en la misma calle donde residía yo.

Sonaba como si fuese posible, si no hubiese pensado yo en el aspecto del hombre a quien llamaba Greg Benton.

—¿Está en la X.X.X.? —le pregunté.

Alma se echó a reír.

—Mi pobre querido está enojado, ¿no? No, claro que no es de la X.X.X. No pienses en eso, Don. No sé por qué te lo mencioné.

—¿Conoces realmente a gente de la X.X.X.?

Alma titubeó antes de responder.

—Sólo a algunos. —Sentí alivio. Se me ocurrió que ella quería rodearse de cierto prestigio y que quizá mi «hombre-lobo» era realmente un antiguo vecino de Nueva Orleans. La verdad era que al verlo entre las sombras junto al bar había recordado la primera vez que vi a Alma, de pie y pálida como un fantasma en una escalera sumida en la penumbra.

—Y... ¿qué hace este Benton?

—Creo que trabaja en algo relacionado con comercio de productos farmacéuticos —dijo.

Aquello sí que tenía sentido. Estaba de acuerdo con su aspecto, con merodear frente a un bar de mala fama. Alma hablaba con un tono algo más avergonzado que de costumbre.

—Si terminaste tu trabajo, por favor ven a darle un beso a tu novia —me dijo por fin. Bastó un minuto para que me encontrase en la puerta de la calle.

Dos cosas extrañas ocurrieron esa noche. Estábamos en la cama de Alma, observados por los objetos que he enumerado ya. Había dormitado, más bien que dormido, durante la mayor parte de la noche y extendí apenas la mano para tocar el brazo desnudo y curvado de Alma. No deseaba despertarla. Fue, sin embargo, como si su brazo me hubiese provocado un shock, no eléctrico, sino un shock de sensación concentrada, de sensación de repugnancia... como si hubiese tocado un gusano. Retiré vivamente la mano y ella se volvió para preguntarme:

—¿Estás bien, mi amor? —A mi vez murmuré algo como respuesta. Alma me palmeó la mano y volvió a dormirse. Algún tiempo después, soñé con ella. Le vi tan sólo la cara, pero no era la cara que yo conocía y era tan extraño aquello que me hizo gemir de angustia. Y por segunda vez desperté del todo, sin saber dónde estaba ni junto a quién me hallaba tendido.

4

Es posible que haya sido en ese momento que comenzó el cambio, pero en la superficie nuestra relación permaneció la misma, por lo menos hasta el fin de semana largo que pasamos en Still Valley.

Seguíamos haciendo el amor a menudo y con goce mutuo y Alma seguía hablando en forma encantadora de cómo viviríamos cuando nos casáramos. Y yo seguía amándola, a pesar de dudar a veces de la veracidad absoluta de algunas de

sus afirmaciones. Después de todo, ¿como novelista no era yo acaso mentiroso, en cierto modo? Mi profesión consistía en inventar hechos y en rodearlos de detalles que les diesen un viso de veracidad. Unos pocos embustes por parte de otra persona no me preocupaban demasiado. Habíamos decidido casarnos en Berkeley al finalizar el semestre de primavera y el matrimonio nos parecía un sello ceremonial para nuestra felicidad. Creo, no obstante, que el cambio había comenzado ya y que el haber retrocedido al tocar la piel de Alma en mitad de la noche fue la señal que dio iniciación a todo mucho antes de que yo lo advirtiese completamente.

Un factor en el cambio, no obstante, era sin duda esa «aprobación» que me había ganado yo en forma tan misteriosa. Por fin le hablé de eso directamente, la mañana en que debía dar mi conferencia sobre Crane. Sentía una gran tensión, por saber de antemano que no me iba a salir bien. Le dije, pues:

—Mira, si esta aprobación de que hablas siempre no es la tuya y tampoco es la de la señora de Peyser, ¿de quién proviene? No puedo menos que preguntártelo. Me imagino que no es la de tu amigo que trafica en drogas. ¿O podría ser la de su hermano idiota?

Alma me miró, un poco sorprendida, pero de pronto sonrió.

—Tendría que decírtelo, dada nuestra relación íntima.

—Diría que es íntima, sí.

Seguía sonriendo.

—Te sonará un poco raro —dijo.

—No importa. Estoy harto de no saber.

—La persona que ha estado aprobándote es un viejo amigo mío. Espera, Don, no me mires así. No lo veo ya. No *piedo* verlo ahora. Murió.

—¿Murió? —Me senté. Mi tono había sido de sorpresa y estoy seguro de que mi expresión también lo era, pero creo también que había previsto algo absurdo como eso.

Alma hizo un gesto afirmativo. Tenía una expresión seria y a la vez juguetona, con ese efecto de «doble exposición».

—Sí. Su nombre es Tasker Martin. Estoy en comunicación con él.

—Estás en comunicación con él...

—Constante.

—Constante...

—Sí. Hablo con él. Le agradas a Tasker, Don. Le gustas muchísimo.

—Me ha dado su «O.K.», por así decir.

—Así es. Hablo con él sobre casi todo. Y me ha dicho una y otra vez que somos el uno para el otro. Además, le *gustas*, simplemente, Don. Si viviese, serían buenos amigos.

No podía dejar de mirarla, atónito.

—Te dije que sonaría un poco raro.

—Suenan bien raro.

—¿Y...? —dijo Alma, levantando las manos.

—Mmmm. ¿Cuánto hace que... murió Tasker?

—Hace años. Cinco o seis.

—¿Es otro amigo de Nueva Orleans?

—Sí.

—¿Y tenías gran amistad con él?

—Nos queríamos. Era mayor... mucho mayor que yo. Murió de un síncope. Dos noches después, comenzó a hablarme.

—Le llevó dos días conseguir monedas para hablar por teléfono. —Alma no repuso a esto—. ¿Conversa contigo en este momento?

—Está escuchando. Se alegra de que estés enterado en cuanto a él.

—Yo no estoy seguro de alegrarme tanto.

—Tienes que acostumbrarte a la idea. Realmente te aprecia, Don. Todo irá bien... Todo será igual que hasta ahora.

—¿Usa Tasker el teléfono cuando nosotros estamos en la cama?

—No sé. Seguramente, sí. Siempre le gustó mucho ese aspecto de la vida.

—¿Y te da Tasker algunas de tus ideas sobre lo que haremos cuando estemos casados?

—A veces. Fue Tasker quien me recordó a los amigos de mi padre en Poros. Cree que te encantará esa isla.

—¿Y qué supone que haré, ahora que me has contado acerca de él?

—Dice que por un tiempo te sentirás mal y me creerás loca, pero después te acostumbrarás a la idea. Después de todo, él está aquí y no piensa irse a ninguna parte, y tú estás aquí, y vamos a casarnos. Don, piensa en Tasker como si fuese parte de mí.

—Debe de ser así —dije—. La verdad es que no puedo creer que te comuniques con alguien que murió hace cinco años.

En parte, la idea me fascinaba. Un hábito propio del siglo diecinueve, como el de hablar con espíritus, era algo que sentaba a Alma a la perfección. Armonizaba, inclusive, con su pasividad. Pero daba también algo de miedo. El fantasma locuaz de Tasker Martin era sin duda una forma de delirio. En el caso de cualquiera que no fuese Alma, podría haber sido un síntoma de enfermedad mental. También daba miedo la idea de ser objeto de la aprobación de antiguos amantes de ella. Miré a Alma, quien me miraba a su vez con una expresión de expectativa, y me dije: «Sí que tiene un aspecto andrógino». Podría haber sido un bonito muchacho pecoso de diecinueve años. Me sonrió, con el rostro siempre radiante de expectativa. Sus dedos largos y hermosos estaban apoyados en la madera lustrada de su mesa, al final de manos y muñecas igualmente bellas. También me atraían y a la vez me repelían.

—Nuestro matrimonio será hermosísimo —dijo.

—Con nosotros dos y Tasker.

—¿Viste? El me había dicho que al principio reaccionarías así.

Cuando iba a dar mi conferencia, recordé al hombre con quien la había visto, el hombre de Louisiana, Greg Benton, con su rostro impassible y feroz, y me estremecí.

Un signo, en verdad, de la anormalidad de Alma, un indicio de que no era como nadie a quien yo hubiese conocido antes, era que sugería un mundo en el cual cabía la existencia de fantasmas consejeros y hombres que eran lobos disfrazados. No

hallo otro manera de expresarlo. No quiero decir que me hiciese creer en todos los atributos que rodean lo sobrenatural, pero sugería, en cambio, que tales objetos podrían realmente encontrarse en perpetuo movimiento cerca de nosotros. Pisamos un sector de suelo en apariencia sólido y se desmorona bajo nuestro pie. Miramos hacia el suelo y en lugar de ver pasto, tierra, la solidez que habíamos esperado, nos vemos contemplando un profundo abismo donde seres que reptan huyen a ocultarse de la luz. Bien, aquí está el abismo, la caverna, nos decimos. ¿Hasta dónde llega? ¿Se encuentra por debajo de todo y es acaso la tierra sólida un puente tendido sobre dicho abismo, dicha caverna? No, claro que no. Es muy probable que no. Me decía que amaba a Alma. Pensaba en sus piernas magníficas, en su rostro delicado y bello, en la sensación que tenía junto a ella de estar profundamente implicado en un juego que entendía sólo a medias.

Mi segunda conferencia fue desastrosa. Presenté ideas ajenas, fracasé en el intento de relacionarlas y me perdí en medio de mis notas. Me contradije y por tener los pensamientos en otra parte, llegué a decir que «La roja insignia del valor» era un espléndido relato de fantasmas en el cual «el fantasma no aparece nunca». Resultó imposible ocultar mi falta de preparación e interés en lo que decía. Se oyeron unos aplausos aislados y despreciativos cuando salí del escenario y sentí alivio de que Lieberman estuviese lejos, en Iowa.

Después de la conferencia fui a una taberna y pedí un doble whisky Johnnie Walker Etiqueta Negra. Antes de salir otra vez me dirigí hacia los teléfonos en el fondo del salón y saqué de allí la guía telefónica de San Francisco. Primero busqué en la letra «P», no encontré nada y sentí un sudor profuso, pero cuando miré bajo la D encontré «de Peyser, F.». La dirección estaba en el sector respetable de la ciudad. Podía ser aún que la tierra no fuese hueca. No, era hueca para mí.

Al día siguiente llamé a David en su oficina y le dije queme gustaría ir a su cabaña de Still Valley.

—Magnífico —me dijo—. Ya era hora de que fueses. Tengo gente que la vigila para que no me roben nada, pero siempre quise que aprovecharas esa casa, Don.

—He estado sumamente ocupado —mentí.

—¿Cómo son las mujeres allá?

—Extrañas, una novedad —repuse—. La verdad es que creo que estoy comprometido.

—No pareces muy seguro...

—Sí, estoy comprometido, y pienso casarme este verano. —¿Cómo diablos se llama? ¿Se lo comunicaste a alguien? Vaya. Si alguna vez oí algo lleno de reticencia es...

Le dije cómo se llamaba.

—David —añadí—. No se lo he dicho a nadie más de la familia. Si llegas a ver a alguien, ciile que escribiré pronto. Estar comprometido me lleva la mayor parte de mi tiempo.

David me dio instrucciones para llegar a su casa, el nombre de los vecinos que tenían la llave y por fin comentó:

—Te digo, hermanito, que me alegro mucho por ti. —Nos despedimos con las promesas habituales de que nos escribiríamos.

David había comprado la propiedad de Still Valley cuando trabajaba en una firma de abogados de California. Con su sagacidad de siempre había elegido el lugar con gran cuidado, asegurándose de que la casa de vacaciones tuviese mucho terreno alrededor —cuatro hectáreas— y estuviese cerca del océano. Después gastó todo lo que pudo en renovar y pintar completamente la casa. Cuando se fue a Nueva York conservó la propiedad, seguro de que los valores de inmuebles en Still Valley aumentarían mucho. Seguramente el valor de la casa se había cuadruplicado desde entonces y con ello quedaba probado una vez más que David no era ningún tonto. Cuando Alma y yo recogimos las llaves que tenían el pintor y su mujer dedicada a la cerámica, unos cuantos kilómetros abajo sobre el camino del valle, nos internamos en una ruta de tierra que llegaba hasta el océano. Oímos y oímos el Pacífico antes de ver la casa. Y cuando Alma la vio, Alma me dijo:

—Don, aquí debemos venir a pasar nuestra luna de miel. Tenía una idea totalmente diferente del lugar, por haber aludido siempre David a la casa como «la cabaña». Lo que había esperado encontrar era una casita de madera de dos o tres habitaciones, sin agua corriente, un refugio donde descansar, tomar cerveza y jugar al póquer. En lugar de ello, resultó ni más ni menos lo que era, el juguete costoso de un abogado joven y próspero.

—¿Y tu hermano tiene esta casa vacía todo el tiempo? —me preguntó Alma.

—Creo que pasa aquí tres o cuatro semanas todos los años.

—Increíble.

Nunca la había visto tan impresionada.

—¿Qué opina Tasker? —le pregunté.

—Halla que es increíble. Dice que se parece a Nueva Orleans.

Debí haber pensado antes de hacer la pregunta.

Sin embargo, la descripción no dejaba de ser oportuna. La «cabaña» de David era un alto edificio de dos plantas, de un blanco deslumbrante y de estilo español, con balcones de hierro forjado delante de las ventanas del piso alto. La maciza puerta principal estaba flanqueada por gruesas columnas. Detrás de la casa se veía el océano azul e infinito a una gran altura. Saqué nuestras valijas de la baulera del automóvil, subí los escalones y abrí la puerta. Alma me siguió.

Después de atravesar un pequeño vestíbulo embaldosado llegamos a un cuarto enorme con un piso en distintos niveles. Estaba totalmente cubierto por una espesa alfombra blanca. En diferentes sectores había pesados sofás y mesitas de vidrio. Las vigas descubiertas habían sido pulidas y barnizadas y cruzaban todo el cielo raso.

Sabía lo que hallaríamos cuando recorriésemos la casa. Sabía que habría una sauna y una instalación para baños turcos, otra muy costosa de estereofonía, un «Cuisinart» en la cocina, un estante lleno de libros de pornografía instructiva en el dormitorio... y encontramos todo eso al ir de un cuarto al siguiente. También una

Betamaz, un estante para pan francés que servía para exhibir adornos de arte decorativo, una cama del tamaño de una piscina de natación, un bidet en cada uno de los cuartos de baño. Casi de inmediato me sentí preso dentro de los fantasmas de otra persona. No tenía idea de que David hubiese ganado tanto dinero durante los años que pasó en California, ni tampoco que sus gustos se hubiesen mantenido siempre en el nivel de un joven ejecutivo un tanto vulgar.

—No te gusta, ¿no? —preguntó Alma.

—Me sorprende.

—¿Cómo se llama tu hermano?

Se lo dije.

—¿Y dónde trabaja?

Alma hizo un gesto afirmativo cuando mencioné la firma, no el gesto que habría hecho «Rachel Varney», sino uno de lejana ironía, como si hubiese controlado el nombre en una lista que tuviese.

Claro era que estaba en lo cierto. No me agradaba aquel palacio encantado de David, pero allí estábamos y debíamos pasar unas noches en la casa. Y Alma la aceptó como si fuese la propia. Pero mientras ella cocinaba en la cocina repleta de los últimos aparatos y adelantos, yo cada vez me sentía más irritado. Encontraba que se había adaptado a la casa en un grado increíble y que sutilmente se había transformado de la estudiosa de Virginia Woolf en una ama de casa de los suburbios. De pronto la imaginé comprando grandes bolsas de papas fritas en el supermercado.

Veo que nuevamente estoy condensando muchas ideas relativas a Alma en un solo párrafo, pero en este caso lo que resumo son las impresiones de dos días, no de tres veces en varios meses. El cambio, además, era una cuestión de grado. A pesar de ello tenía la sensación incómoda de que así como en su departamento había sido la personificación perfecta de la muchacha rica y bohemia, en la casa de David mostraba indicios de una personalidad apropiada más bien para los baños lujosos y las saunas. Cada vez era más locuaz. Los comentarios sobre la forma en que viviríamos después de casados se convirtieron en ensayos. Descubrí dónde tendríamos nuestra base cuando viajásemos —en Vermont—, cuántos chicos tendríamos —tres— y muchas cosas más.

Lo que era peor, comenzó a hablar cada vez más de Tasker Martin.

—Tasker era un hombre grande, Don, con hermoso pelo blanco, un rostro enérgico y ojos azules muy penetrantes. Lo que le gustaba a Tasker era... ¿Te conté alguna vez que Tasker...? Un día Tasker y yo...

Esto, más que nada, marcó el fin de mi pasión por ella.

Pero aun entonces me costaba mucho aceptar que mis sentimientos habían cambiado. Cuando hablaba del carácter de nuestros hijos, me descubría a mi mismo cruzando los dedos y estremeciéndome de horror. Cuando advertía estos sentimientos, me repetía: «Pero estás enamorado, ¿no? ¿No puedes siquiera soportar el fantaseo sobre Tasker Martin? ¿Por ella?»

El mal tiempo empeoró las cosas. Si bien tuvimos sol el día que llegamos, durante nuestra primera noche el valle se sumió en una niebla oscura y espesa que

duró los tres días subsiguientes. Cuando miraba el océano por las ventanas de los fondos de la casa, tenía la sensación de que nos rodeaba por todas partes, gris y deprimente. (Sin duda, esto es lo que «Saul Malkin» imagina en su cuarto de hotel de París con «Rachel Varney») A veces se distinguía la mitad del camino que surcaba el valle, pero otras no se veía más allá del brazo extendido. Hasta una linterna encendida en medio de esa humedad gris se habría desalentado.

Allí estuvimos, pues, esas mañanas y tardes en la casa de David, con la niebla gris que se deslizaba detrás de las ventanas y el ruido de las olas al batir la costa. Se hubiera dicho que en cualquier momento el agua llegaría y se filtraría por debajo de la puerta. Alma estaba elegantemente instalada en uno de los sofás, con una taza de té, o bien un plato con una naranja cortada en gajos.

—Tasker decía siempre que sería la mujer más bonita de los Estados Unidos cuando cumpliera los treinta años. Bien, tengo veinticinco ya y creo que lo desilusionaré. Tasker decía siempre que...

Lo que yo sentía era *temor*.

La segunda noche se levantó de la cama, desnuda. Me despertó y me senté en la cama, frotándome los ojos en la semioscuridad. Cruzó el dormitorio frío y gris en dirección a la ventana. No había corrido los cortinados y Alma permaneció allí, de espaldas a mí, mirando... mirando... no había nada. Las ventanas del dormitorio miraban al océano, pero aunque oíamos los fríos ruidos del agua durante toda la noche, no se veía nada por la ventana, salvo las olas de niebla gris. Pensé que diría algo. Su espalda era muy larga y pálida en el cuarto casi oscuro.

—¿Qué te pasa, Alma? —le pregunté.

No se movió, ni habló.

—¿Suced algo? —Su piel tenía algo de inerte, como el mármol blanco y helado —. ¿Qué sucedió?

Se volvió apenas hacia mí y dijo entonces:

—Vi un fantasma.

(Esto es, al menos, lo que le dice «Rachel Varney» a «Saul Malkin». ¿Pero dijo realmente Alma «Vi un fantasma?» No podía estar seguro de ello, pues habló en voz muy baja. Estaba ya harto de Tasker Martin y mi primera reacción fue una queja. Pero si ella hubiese dicho *Soy un fantasma*, ¿habría respondido yo de otra manera?)

—Vamos, Alma —dije, con más paciencia de la que habría mostrado de día. El frío que reinaba en el cuarto, la ventana oscura y el cuerpo alargado y blanco de esa mujer, todo ello hacía de Tasker una presencia más real que antes. Me sentí un poco asustado.

—Dile que se vaya —le dije— y vuelve a la cama.

Fue inútil. Alma recogió la bata de la cama, se cubrió con ella y se sentó, volviendo su silla hacia la ventana.

—¡Alma! —dije.

No repuso ni se volvió. Volví a tenderme y por fin me dormí otra vez.

Después del fin de semana largo pasado en Still Valley las cosas marcharon hacia su desenlace inevitable. A menudo temía que Alma estuviese medio loca.

Nunca me explicó su conducta de aquella noche y después de lo que le pasó a David, llegué a preguntarme si todos sus actos formaban parte de lo que en un momento yo había llamado un juego, si Alma no habría estado manipulando en forma traviesa y deliberada mis propios sentimientos y mi mente. Mujer rica y pasiva, terrorista amiga de lo oculto, estudiosa de Virginia Woolf, loca o poco menos., nada era coherente en ella.

Seguía proyectándonos a ambos hacia el futuro, pero después de Still Valley comencé a buscar pretextos para evitarla. Creía amarla, pero mi amor estaba teñido de temor. Tasker, Greg Benton, los perversos miembros de la X.X.X... ¿Cómo casarme con todo *eso*?

Y después sentí una repugnancia física, además de moral. En los dos meses que siguieron a nuestro fin de semana en Still Valley, habíamos dejado prácticamente de tener relaciones sexuales, aunque a veces solía pasar la noche con ella. Cuando la besaba, cuando la abrazaba o la tocaba, me oía a mí mismo repetirme: *no falta mucho ya*.

Mi enseñanza, con la excepción de chispazos de inspiración poco frecuentes en las clases de técnica narrativa, se había vuelto algo lejano y monótono. Había dejado enteramente de escribir. Un día Lieberman me citó en su oficina y cuando llegué allí, me dijo:

—Uno de mis colegas me comentó su conferencia sobre Stephen Crane. ¿Es posible que haya dicho en ella que «La Insignia Roja» era una historia de fantasmas sin fantasmas? —Hice un gesto afirmativo—. ¿Por favor, puede explicarme qué quiso decir? —preguntó.

—No sé qué quise decir. Estaba distraído. Perdí el control de mis medios retóricos.

Lieberman me miró, disgustado.

—Había supuesto yo que su comienzo aquí era muy bueno —declaró. Supe entonces que no se planteaba ya la posibilidad de quedarme un año más en la universidad.

5

Entonces, Alma desapareció. Me había obligado, como suele hacerlo la gente en apariencia débil para imponer su voluntad, a que nos encontrásemos a almorzar en un restaurante cerca del parque de la universidad. Fui allá, conseguí una mesa, esperé media hora y por fin decidí que no vendría. Me había preparado para más fantasías sobre lo que haríamos en Vermont y no tenía mucho apetito, pero mi alivio fue tal cuando no llegó que comí una ensalada y volví a casa.

No me llamó esa noche. Soñé que iba sentada en la proa de un botecito, alejándose con la corriente por un canal y sonriendo con aire enigmático, como si darme un día y una noche de libertad fuese el último acto de la charada. Al llegar la mañana, empecé a preocuparme. Llamé por teléfono varias veces durante el día, pero no estaba en casa, o bien no contestaba al teléfono. (Eso evocó una imagen nítida. Varias veces, estando yo en su departamento, había dejado sonar el

teléfono hasta que cesaba.) Al llegar la noche creía ya estar libre de ella y sabía que haría cualquier cosa por no volver a verla. Llamé por teléfono dos veces más durante la noche y me quedé encantado de no haber obtenido respuesta. Por último me quedé levantado hasta las dos de la madrugada, escribiendo una carta en la cual le anunciaba que nuestra relación había terminado.

Antes de mi primera clase me dirigí al edificio donde vivía. Me latía muy fuerte el corazón, pues temía verla por accidente y tener que expresar frases que sonaban mucho más convincentes por escrito. Subí los escalones y vi que los cortinados estaban corridos en sus ventanas. Empujé la puerta cerrada con llave y estuve a punto de apretar el timbre, pero en lugar de hacerlo, deslicé mi carta entre la ventana y el marco, donde vería su nombre tan pronto como se aproximase por los escalones de acceso. Y entonces... no tengo otro término para describirlo... huí.

Desde luego ella conocía mi horario de clases y supuse que la vería, quizá, vagando fuera de un aula o sala de conferencias, con mi carta llena de frases convencionales en la mano y con una sonrisa provocativa en el rostro. Pasó, no obstante, toda mi jornada de clase sin que la viese.

El día siguiente fue semejante al anterior. Me preocupaba la posibilidad de que pudiese haberse suicidado. Deseché tal pensamiento, fui a mis clases, en la tarde llamé por teléfono y tampoco obtuve respuesta. Comí en una taberna y luego fui caminando a la calle donde vivía y vi el rectángulo blanco con mi traición metido aún contra el marco de la ventana. Una vez en casa estuve indeciso entre descolgar el auricular del teléfono o bien dejarlo en su sitio, pues para entonces debo admitir que tenía la esperanza de que me llamase.

Al día siguiente tenía una clase de literatura norteamericana a las dos de la tarde. Para llegar al edificio donde la dictaba tenía que atravesar una ancha plazoleta de ladrillo. Siempre estaba llena de gente, de estudiantes que instalaban mesitas donde se podía firmar petitorios en defensa del uso legal de la marihuana, o bien declararse partidario de la homosexualidad o de la protección de la ballena. Los estudiantes pasaban por ella en grandes números. En medio de ella vi a Helen Kayon por primera vez desde la noche en la biblioteca. Rex Leslie iba a su lado e iban tomados de la mano. Tenían aspecto de sentirse felices. Una felicidad animal los rodeaba como una cápsula transparente. Me volví para no seguir viéndolos, pues me sentí como uno de los seres abandonados que frecuentan ciertas calles de la ciudad. Me di cuenta de que hacía dos días que no me afeitaba, no me miraba al espejo y no me cambiaba la ropa.

Y cuando aparté los ojos de Helen y Rex, vi a un hombre alto y pálido con la cabeza rapada y ojos oscuros, que me miraba desde donde estaba junto a la fuente. El chico de expresión vacía, descalzo y vestido con sus vaqueros destrozados, estaba sentado a sus pies. Hallé a Greg Benton más alarmante aún que cuando lo vi frente a El Último Escollo. De pie al sol junto a una fuente, tanto él como su hermano eran unas apariciones horrorosas, como un par de tarántulas. Hasta los estudiantes de Berkeley, que habían visto bastantes ejemplares humanos extraños, parecían evitarlos. Ahora que sabía que yo lo había visto, Benton no me habló ni me hizo gesto alguno, sino que toda su actitud, el ángulo de su cabeza afeitada, la forma de pararse

eran una sola cosa, una expresión de su furia. Era como si yo hubiese provocado esa furia al haber hecho algo con impunidad. En la plaza bañada de sol, Benton era una mancha sombría e iracunda, una especie de cáncer.

Luego me di cuenta de algo más. Por algún motivo, Benton se sentía impotente. Me miraba con odio porque era lo único que *podía* hacer. No pude menos que bendecir para mis adentros la presencia de los centenares de estudiantes. Seguidamente, se me ocurrió que Alma estaba en dificultades, O en peligro. O muerta.

Me alejé de Benton y de su hermano y caminé de prisa hacia el portón al final de la plazoleta. Cuando crucé la calle, me volví para mirar a Benton. Había sentido que me observaba mientras yo huía, había sentido su fría satisfacción. Sin embargo, no había rastros de él ni de su hermano. La fuente lanzaba sus chorros, los estudiantes paseaban. Hasta vi fugazmente a Helen y a Rex entrar en Sproul Hall, pero el cáncer se había esfumado.

Cuando llegué a la calle de Alma sentí que mi temor era absurdo. Sabía que era una reacción a mi sentido de culpa. ¿Acaso no había ella indicado el momento de nuestra separación final al no acudir a nuestra cita en el restaurante? El hecho de que yo estuviese sufriendo al pensar en su seguridad era una forma más de su manipulación de mis sentimientos. Contuve el aliento. Acababa de ver que los cortinados del departamento de Alma estaban descorridos y que el sobre no estaba ya.

Corrí por la calle y por la escalera. Inclinandome hacia un costado me era posible mirar por la ventana. No había nada. Habían vaciado el cuarto. El piso de madera que había estado cubierto por las alfombras de Alma estaba desnudo. Y sobre él estaba mi carta. Sin abrir.

6

Volví a casa en un estado de atontamiento que duró varias semanas. No alcanzaba a comprender qué había pasado. Sentía un alivio enorme y al mismo tiempo una gran sensación de pérdida. Seguramente dejó su departamento el día que debíamos encontrarnos en el restaurante. ¿Qué había estado pensando ella? ¿En un último chiste? O bien ¿sabía que todo había terminado, que había terminado desde que fuimos a Still Valley? ¿Estaba desesperada? Costaba creerlo.

Y si yo había tenido tanta impaciencia por librarme de ella, ¿por qué tenía la sensación ahora de estar arrastrándome por un mundo que no tenía sentido? Con la partida de Alma, me encontraba en un mundo vacío, el de causa y efecto, el de la matemática. Si bien no sufría ya aquel extraño horror que ella me había inspirado, tampoco tenía el misterio de su presencia. El único misterio que me quedaba era el de ignorar adónde había ido, aparte del otro, mucho mayor, de su verdadera identidad.

Bebía mucho y faltaba a mis clases. Dormía la mayor parte del día. Era como si tuviese una enfermedad generalizada que me quitase la energía y me impidiese ocuparme de nada, salvo dormir y pensar en Alma. Cuando al cabo de una semana empecé a sentirme mejor, recordé haber visto a Benton en la plazoleta y me imaginé

entonces que se había mostrado enojado porque sabía que lo que yo había conseguido era salvar la propia vida.

Cuando reanudé mi asistencia a las clases, vi a Lieberman otra vez. Lo encontré en uno de los pasillos después de un período y al principio apartó la cabeza y temí que fuese no verme, pero luego reconsideró la idea y fijando la vista en mí, me dijo:

—Pase a mi oficina un momento, ¿quiere, Wanderley? —También él estaba enojado, pero me sentía capaz de encarar su enojo. Quiero decir que era enojo humano, ¿pero acaso hay enojo que no lo sea? ¿El de un hombre lobo?

—Sé que lo he desilusionado —le dije—, pero tuve complicaciones en mi vida. Me enfermé. Terminaré el semestre tan dignamente como pueda.

—¿Que me desilusioné? Es decir poco —afirmó Lieberman y se apoyó en el respaldo de su sillón, con los ojos chispeantes de enojo—. Creo que nunca alguien entre nuestro personal contratado nos defraudó hasta este punto. Después de haberle confiado yo una conferencia importante, parece que no hizo más que juntar los peores lugares comunes —la peor *basura*— que quepa imaginar. —Lieberman trató de caimarse—. Y ha faltado a más clases que nadie en la historia de nuestros cursos, desde que el poeta alcohólico intentó incendiar la oficina de matrículas. En resumen, se mostró descuidado, holgazán, desordenado... Es una vergüenza su actuación. Sólo quiero que sepa lo que pienso de usted. Sin ayuda de nadie logró poner en peligro todo nuestro programa de atraer a escritores. Este programa está dirigido, debo decirle. Tenemos que rendir cuentas a un consejo asesor. Tendré que defenderlo a usted, por mucho que me disguste hacerlo.

—No lo culpo por toda su reacción —dije—. Caí en una situación muy extraña... temo que haya estado al borde de una crisis nerviosa.

—Pues yo me pregunto cuándo ustedes, los llamados seres creadores llegarán a comprender que no pueden hacer lo que quieren con esa impunidad.

El estallido hizo sentirse mejor a Lieberman. Con las yemas de los dedos juntas, me miró por arriba de ellas.

—Espero —añadió— que no pretenda que le dé recomendaciones inmejorables.

—Desde luego que no —dije. En aquel punto se me ocurrió algo—. Desearía hacerle una pregunta.

Lieberman hizo un gesto afirmativo.

—¿Alguna vez oyó hablar de un profesor de literatura de la universidad de Chicago llamado Alan McKechnie? —Lieberman me miró sorprendido y entrelazó los dedos—. En realidad no sé bien qué estoy preguntándole. Me pregunté si no sabrá usted algo de él.

—¿Qué diablos quiere decirme?

—Despierta mi curiosidad, eso es todo.

—Bien, le diré lo poco que sé —dijo, levantándose al mismo tiempo. Se acercó entonces a la ventana desde la cual se veía perfectamente la plazoleta—. Pero no me gustan los chismes, le diré.

Según lo que yo sabía, le encantaban los chismes, como a la mayoría de los profesores.

—Conocí a Alan un poco. Estuvimos juntos en un simposio sobre Robert Frost hace cinco años. Hombre muy sólido. Con algo de tomista, pero suele ocurrir en Chicago, ¿no? Con todo, gran inteligencia. Tenía, además, una hermosa familia.

—¿Hijos? ¿Mujer?

Lieberman me miró con suspicacia.

—Claro. Es lo que hizo todo tan trágico. Aparte de la pérdida de sus contribuciones a la especialidad, por supuesto.

—Cierto. Lo había olvidado.

—Oiga. ¿Qué sabe? No pienso difamar a un colega por el simple...

—Hubo una mujer —dije.

Lieberman asintió, satisfecho.

—Sí. Según parece. Oí hablar de ello en la última conferencia de la Asociación de Lenguas Modernas. Uno de sus colegas de Departamento me lo contó. Lo *sedujeron*. Esta chica lo perseguía, sencillamente. Lo acosaba. La Belle Dame Sans Merci, en una palabra; entiendo que por fin él cayó bajo el hechizo. Era una de sus estudiantes de posgrado. Desde luego, estas cosas suceden, suceden todo el tiempo. Una chica se enamora de su profesor, logra seducirlo, a veces lo lleva a que abandone su mujer, otras, la mayor parte, no. La mayoría de nosotros tenemos mayor sentido común —dijo y tosió. Para mis adentros sentí profundo desprecio por el hombre—. Bien, no fue el caso de él. Se desintegró. La chica lo arruinó. Al final se suicidó. Según entiendo, la chica desapareció en la noche, como dicen los amigos del Departamento de Inglés. Pero, qué tiene que ver esto con usted es algo que no alcanzo a imaginar.

Alma había falseado todos los hechos de la historia de McKechnie. Me pregunté qué más entre lo que decía había sido mentira. Cuando volví a casa llamé por teléfono a de Peyser, F. Contestó una mujer.

—¿Señora de Peyser?

Era la señora de Peyser.

—Le ruego que me perdone por el hecho de llamarla por algo que puede ser un caso de error de identidad, señora. Soy Richard Williams del First National Bank de California. Tenemos una solicitud de préstamo de una señorita Mobley, quien ha dado su nombre como referencia. Estoy haciendo las averiguaciones habituales. La menciona a usted como su tía.

—¿Como su qué? ¿Cómo se llama?

—Alma Mobley. El problema es que olvidó dar su dirección y su número telefónico, señora, y que hay varias señoras de Peyser en el sector de la Bahía de San Francisco. Necesitaría los datos correctos para nuestro informe.

—Bien, no soy yo. Jamás oí hablar de nadie llamado Alma Mobley. Puede usted estar seguro.

—¿No tiene una sobrina llamada Alma Mobley que realiza estudios de posgrado en Berkeley?

—No. Le sugiero que vuelva a hablar con esta señorita y le pida la dirección de su tía para no seguir perdiendo el tiempo.

—Lo haré inmediatamente, señora de Peyser.

El segundo semestre transcurrió como un gran borrón anegado de lluvia. Trabajaba laboriosamente en un nuevo libro, pero avanzaba. No sabía cómo crear algo de Alma. ¿Era una Belle Dame Sans Merci, como había dicho Lieberman? ¿Era una mujer que se encontraba en los límites del equilibrio mental? No sabía cómo encararla como posible personaje de novela y mis primeros intentos siguieron tantas direcciones distintas que podrían haber figurado como ejemplos de lo que no debe hacer un narrador. Además, hallaba que el libro requería un segundo elemento, un elemento que no visualizaba por ahora, antes de que se fraguase la trama.

En abril, David me llamó por teléfono. Estaba entusiasmado, feliz, rejuvenecido como hacía años que no lo oía.

—Tengo noticias increíbles —me dijo—. Noticias fantásticas. No sé cómo dártelas.

—Robert Redford te compró la historia de tu vida para hacer una película.

—¿Qué dijiste? Vamos, no bromees. No, la verdad es que me cuesta un poco decírtelo.

—¿Por qué no empiezas por el principio?

—Muy bien, muy bien, es lo que haré, tonto. Hace dos meses, el 3 de febrero, la mente del abogado, estaba en Columbus Circus, pues debía ver a un cliente. Hacía un mal tiempo horroroso y tuve que compartir un taxi al ir otra vez a Wall Street. Mala noticia hasta ahora, ¿no? El caso es que me encontré sentado junto a la mujer más hermosa que hubiese visto en toda mi vida. Quiero decirte que era tan hermosa que sentí la boca reseca. No sé de dónde saqué el valor necesario, pero cuando llegamos a la altura del Parque, la invité a cenar. No es lo habitual que haga cosas como ésta.

—No, no sueles hacerlas. —David era un abogado demasiado serio para invitar a desconocidas. Nunca en su vida había ido, creo, a uno de los bares a donde van hombres solos a buscar compañía.

—Y bien, esa muchacha y yo nos entendimos en seguida. Esa semana nos vimos todas las noches. Y he seguido viéndola desde entonces. La verdad es que pensamos casarnos. Pero esto es sólo la mitad de la noticia.

—Te felicito —le dije—. Y te deseo mejor suerte que la mía.

—Ahora llegamos al punto difícil. El nombre de esta mujer extraordinaria es Alma Mobley.

—No puede ser.

—Espera. Espera un minuto. Don, sé que esto te choca, pero ella me contó todo lo que sucedió entre ustedes y considero esencial que sepas cuánto lamenta ella todo lo ocurrido. Hablamos extensamente de esto. Sabe que hirió sus sentimientos, pero estaba convencida de no ser la mujer para ti. Y tú no eres el hombre para *ella*. Además, andaba junto a un grupo de mala fama, allá en California. Dice que estaba alterada. Teme, en fin, que tengas un concepto de ella completamente equivocado.

—Exactamente. Tengo ese concepto —dije—. Todo en ella esquivado. Es una especie de bruja. Es destructiva.

—Calla. *Estoy por casarme* con esta mujer, Don. No es la persona que imaginas. Ah, cuánto hablamos sobre esto. Es obvio que tú y yo también tendremos que hablar

muchísimo. En realidad, tenía la esperanza de que pudieses tomar el primer avión y venir este fin de semana a Nueva York para que conversemos con calma y aclaremos todo. Estaré encantado de pagarte el pasaje.

—Ridículo. Háblale de Alan McKechnie. Espera ver qué te dice. Después, yo te diré la verdad.

—No, espera, hermano, ya hemos hablado de ese tema. Sé que te dio una versión inexacta del episodio con McKechnie. ¿No alcanzas a imaginar cómo quedó de abrumada? Por favor, ven, Don. Los tres hablaremos horas.

—No pienso ir —repuse—. Alma es una especie de Circe.

—Mira. Estoy en la oficina, pero te llamaré más adelante en la semana, ¿quieres? Tenemos que aclarar las cosas. No quiero que mi hermano tenga un mal concepto de mi mujer.

¿Mal concepto? Lo que sentía era horror.

Esa noche David volvió a llamarme. Le pregunté si había conocido ya a Tasker. O si estaba enterado de la relación de Alma con la X.X.X.

—Mira, veo ahora de dónde sacaste esas ideas equivocadas. Alma inventó todo eso, Don. Estaba un poco alterada cuando vivía en California. ¿Además, a quién se le ocurre tomar en serio todas esas patrañas? Nadie aquí en Nueva York oyó hablar nunca de la X.X.X. En California, la gente se obsesiona por cosas triviales.

¿Y la señora de Peyser? Alma le había comentado que como yo era tan absorbente, la había inventado para contar con un poco de tiempo para sí.

—Quiero preguntarte algo, David —le dije entonces—. ¿Alguna vez, aunque sea sólo una, no la has mirado o tocado y sentido... algo raro? ¿Como si, a pesar de tu fuerte atracción física hacia ella, sintieras cierta repugnancia de tocarla?

—No puedes hablar en serio.

No me permitió apartarme poco a poco del tema de Alma Mobley, como yo quería hacerlo. No estaba dispuesto a hablar de otra cosa. Me llamaba desde Nueva York tres o cuatro veces por semana, cada vez más preocupado por mi negativa a aceptar razones.

—Don, tenemos que hablar de esto. Me siento sumamente mal frente a ti.

—No tienes por qué.

—Quiero decir que no comprendo tu actitud en cuanto a esto. Sé que debes sentir una amargura terrible. Ah, si hubiese ocurrido lo contrario y Alma hubiese desaparecido de mi vida para decidir casarse contigo, creo que me habría desmoronado. Pero a menos que admitas tu rencor, nunca podremos llegar a hacer algo para que se te borre.

—No tengo ningún resentimiento, David.

—Sé sincero, hermanito. Tenemos que hablar de esto alguna vez. Alma y yo pensamos lo mismo.

Uno de mis problemas era que no sabía hasta qué punto las suposiciones de David eran correctas. Era verdad que sentía rencor contra David y contra Alma, pero, ¿era solamente este rencor que me hacía estremecerme ante la idea de que se casaran?

Un mes después, al cabo de muchas conversaciones de una costa a la otra, David llamó para anunciarme que iba a darme un descanso de las persecuciones de mi hermano mayor. Tenía un asunto en Amsterdam y pensaba volar allá por cinco días.

—Alma no ha visto Amsterdam desde niña y me acompañará. Te mandaré una tarjeta postal. Hazme el favor de reflexionar seriamente sobre nuestra situación, ¿quieres? —me dijo.

—Haré lo posible —repuse—. Pero creo que te preocupa demasiado lo que yo pienso.

—Lo que piensas tiene importancia para mí.

—Muy bien —dije—. Ten cuidado.

¿Qué quise decir con *eso*?

A veces imaginaba que tanto David como yo no habíamos juzgado debidamente las maquinaciones de Alma. Supongamos, pensé, que Alma hubiese arreglado ese encuentro con David. Que lo hubiese buscado en forma intencional. Al pensar en esto, Gregory Benton y las historias sobre Tasker Martin me parecían mucho más siniestras. Era como si ellos, además de Alma, estuviesen siguiendo los pasos de David.

Cuatro días más tarde recibí un llamado de Nueva York en el que me comunicaron que David había muerto. Era uno de sus socios, Bruce Putnam. La policía holandesa había llamado a la oficina.

—¿Quiere viajar allá, Wanderley? —me preguntó Putnam—. Queríamos que se ocupe usted a partir de este punto. Le pido que nos mantenga informados, por favor. Queríamos y respetábamos mucho a su hermano en esta firma. Ninguno de nosotros se explica qué pudo haber sucedido. Parecería que cayó desde una ventana.

—¿Tuvo noticias de su novia?

—¿Tenía novia? Imagínese... nunca lo dijo. ¿Estaba con él?

—Desde luego —repuse—. Seguramente vio todo. Tiene que saber lo que sucedió. Tomaré el primer avión que parta.

Al día siguiente había un avión para el aeropuerto de Schiphol y desde allí tomé un taxi hasta la seccional de la policía que había enviado el cable a la oficina de David. Lo que me informaron allí puede reducirse a unos pocos pormenores: David había caído a través de una ventana y pasado sobre un balcón que le llegaba a la altura del pecho. El dueño del hotel oyó el alarido, pero nada más; fuera de esto, ni voces ni disputa. Se creía que Alma lo había dejado. Cuando la policía entró en el cuarto, no había ninguna prenda de ella en los armarios.

Fui al hotel, estudié el alto balcón de hierro y me alejé para revisar el armario empotrado abierto. Colgaban en el interior tres de los elegantes trajes de Brooks de David, y debajo había dos pares de zapatos. Incluyendo lo que llevaba puesto cuando se mató, había llevado cuatro trajes y tres pares de zapatos para una visita de cinco días. Pobre David.

Dispuse la cremación y dos días después me encontré en un crematorio glacial viendo deslizarse el ataúd de David por unos rieles y detrás de una cortina verde con flecos.

Dos días más tarde estaba de regreso en Berkeley. Mi departamentito me parecía una celda, algo poco familiar. Era como si me hubiese alejado para siempre de la persona que era cuando buscaba con afán, material sobre James Fenimore Cooper en las revistas de literatura. Comencé a preparar *El centinela nocturno*, sobre la base de unas cuantas ideas sumamente vagas y volví a preparar mis clases. Una noche llamé por teléfono al departamento de Helen Kayon con la idea de invitarla a salir y beber algo, para poder contarle acerca de Alma y de mi hermano, pero Meredith Polk me dijo que la semana anterior Helen y Rex Leslie se habían casado. Descubrí que durante el día me quedaba dormido a ratos y de noche me acostaba a las diez. Bebía demasiado, pero no lograba embriagarme. Si sobrevivía a ese año, pensé que quizás iría a México a tomar sol y trabajar en mi libro.

Y escaparía también a mis alucinaciones. Una vez desperté cerca de la medianoche y oí a alguien en mi cocina. Cuando me levanté de la cama para ver quién era, vi a mi hermano David cerca de la cocina, con la cafetera en una mano. «Duermes demasiado, hermanito», me dijo. «No quieres una taza?» Y otra vez, mientras hablaba de una novela de Henry James a una sección de mi curso de comentarios de novelas, vi en uno de los asientos, no a la pelirroja que estaba seguro debía ver allí sino... otra vez a David, con el rostro cubierto de sangre y el traje destrozado, haciendo gestos de orgullo ante mis inteligentes comentarios sobre el *Retrato de una dama*.

Pero me faltaba hacer un descubrimiento más antes de mi viaje a México. Un día fui a la biblioteca y en lugar de dirigirme a los anaqueles de revistas de crítica, fui a la sección de consulta y encontré un ejemplar de *Quién es Quién* del año 1960. El año elegido era algo más o menos arbitrario, pero si Alma tenía veinticinco años cuando la conocí, seguramente había tenido nueve o diez en 1960.

Robert Mobley figuraba en el libro. Dentro de lo que puedo recordar, su referencia era la siguiente. La leí muchísimas veces y por último hice una fotocopia de ella.

MOBLEY, ROBERT OSGOOD, pintor y acuarelista. Nac. en Nueva Orleáns, Louisiana, el 23 de febrero de 1909. Hijo de Felix Morton y de Jessica (Osgood); Licen. Yale, 1927. Casado con Alice Whitney el 27 de agosto de 1936. Hijos, Shelby Adam y Whitney Osgood.

Muestras: Flager Gallery, Nueva York; Winson Galleries, Nueva York; Galerie Flam, París; Schlegel, Zurich; Galería Esperance Roma. Premio Paleta de Oro, 1946; Premio Pintores Regionales Sureños, 1952, 1955, 1958. Sus obras figuran en los siguientes museos: Ada May Lee Lebow Museum, Nueva Orleáns; Louisiana Fine Arts Museum; Instituto de las Artes de Chicago; de Bellas Artes de Santa Fe, Centro de Arte de Rochester. Teniente de navío, Marina de los Estados Unidos, 1941-1945.

Miembro de la Sociedad de la Paleta de Oro, Liga Regional de Artistas Sureños; Liga Norteamericana de Artistas; Academia Norteamericana de Pintura al Óleo. Clubs: Links Golf; Deepdale Golf; Meadowbrook; Century (Nueva York), Lifford Cay (Nassau), Garrick (Londres). Autor de «Pasé por aquí». Residencias: 38957 Canal Boulevard, Nueva Orleáns, Louisiana, 18 Church Row, Londres NW3, Inglaterra; «Dan la Vigne», Route de la Belle Isnard, St. Tropez 83, Francia.

Este rico hombre de mundo y artista había tenido dos hijos, ninguna hija. Todo lo que Alma me había dicho —y probablemente le había dicho a David— era un invento. Tenía un nombre ficticio y no tenía pasado. Podría haber sido un fantasma. Pensé entonces en «Rachel Varney», una morena de ojos oscuros, con las apariencias de la riqueza y un pasado misterioso. Vi, en fin, que David era el eslabón que faltaba en el libro que estaba intentando escribir.

8

He pasado cerca de tres semanas escribiendo lo que antecede y no he hecho otra cosa que recordar. No me encuentro más próximo a comprender algo que antes de empezar.

Sin embargo, he llegado a una conclusión que quizá sea tonta. No me resisto ya tanto a negar la existencia de una posible relación entre *El centinela nocturno* y lo que nos sucedió a David y a mí. Estoy en la misma posición que la Chowder Society, lleno de incertidumbre sobre qué debo creer. Si llegan a invitarme a contar un cuento en la sociedad, contaré lo que acabo de relatar aquí. Esta relación de mi historia junto a Alma —no *El centinela nocturno*— es mi historia para la Chowder Society. Puede ser que no haya perdido el tiempo, después de todo. Me he creado la base para la novela sobre el doctor Pata de Cabra y no estoy dispuesto a cambiar de parecer en cuanto a un punto importante, que en este momento, puede ser el más importante. Cuando comencé a escribir esto, la noche que siguió al funeral del doctor Jaffrey, pensé que sería destructivo imaginarme a mí mismo dentro del paisaje y el ambiente de uno de mis propios libros. Pero, ¿acaso no estuve dentro de ese paisaje, allá en Berkeley? Es posible que mi imaginación haya sido más literal de lo que suponía.

Han estado sucedido varias cosas insólitas en Milburn. Aparentemente una fiera desconocida mató una serie de animales de granja, vacas y caballos. ¡Oí decir a un hombre en el *drug-store* que los mató un ser procedente de un plato volador! Y lo que es mucho más serio, un hombre murió, o bien lo mataron. Encontraron su cuerpo cerca de un desvío de ferrocarril abandonado. Era un agente de seguros llamado Freddy Robinson. Lewis Benedikt en particular quedó sumamente afectado por su muerte, no obstante haber sido accidental, según parece. La verdad es que a Lewis parece estar sucediéndole algo rarísimo: se ha vuelto distraído y nervioso, casi como si se culpase por la muerte de Freddy Robinson.

También yo tengo la sensación extraña que quiero dejar consignada aquí, a riesgo de sentirme un tonto cuando vuelva a leer esto en años futuros. Esta sensación

es absolutamente infundada y diría que es más una intuición que una sensación. Es la sensación de que si comienzo a observar con mayor atención a Milburn y accedo a hacer lo que me pide la Chowder Society, descubriré qué hizo caer a David por encima de ese balcón en Amsterdam.

Pero la sensación más extraña, la sensación que activa la adrenalina en mi interior, es la de que estoy por adentrarme en mi propia mente, por recorrer mi territorio de lo que he escrito yo mismo, pero esta vez, sin la confortable cualidad de lo ficticio. Esta vez, nada de «Saul Malkin». Sólo yo.

III

La ciudad

Narciso conrepló su propia imagen en el agua y lloró.
Un amigo pasó y le preguntó: «¿Por qué lloras, Narciso?».
«Porque mi rostro cambió», dijo él.
«Lloras porque envejeces?».
«No. Veo que no soy ya inocente. Hace mucho,
mucho que me contemplo y al hacerlo he perdido la inocencia.»

1

Como lo señaló Don en su diario, mientras estaba sentado en su cuarto, el número diecisiete del Archer Hotel, reviviendo los meses junto a Alma Mobley, Freddy Robinson perdió la vida. Y como también señaló, tres vacas de propiedad de un granjero dueño de un tambo, llamado Norbert Clyde, aparecieron muertas. Clyde, al dirigirse caminando a sus establos la noche del hecho, vio algo que le provocó tal susto que se quedó sin aliento. Volvió corriendo a su casa y no se atrevió a salir otra vez hasta el amanecer, cuando de todos modos era la hora de iniciar sus tareas y debía salir. Su descripción de la figura que vio inspiró a algunos de los espíritus más excitables de Milburn la versión del ser escapado de un plato volador oída por Don en el *drug-store*. Tanto Walt Hardesty como el agente rural, quienes revisaron las vacas muertas habían oído dicha historia, pero ninguno de los dos era suficientemente crédulo para aceptarla. Walt Hardesty, como sabemos, tenía sus propias ideas. Tenía lo que consideraba buenos motivos para creer que unos cuantos animales más caerían desangrados totalmente y luego los episodios cesarían. Su experiencia frente a Sears James y Rick Hawthor no lo llevó a reservarse para sí sus conjeturas, sin compartirlas con el agente rural, quien por su parte optó por pasar por alto ciertos hechos obvios y llegar a la conclusión de que en algún sector del condado un perro de gran tamaño se había vuelto asesino. En este sentido presentó su informe y luego volvió a su oficina regional, terminada su tarea de investigar los hechos. Elmer Scales, quien se había enterado de lo ocurrido a las vacas de Norbert Clyde y por naturaleza tenía bastante inclinación a creer en platos voladores, permaneció tres noches sentado junto a la ventana de su *living-room*, con una escopeta de calibre doce apoyada en las rodillas (...*Ven de Marte, chico, vendrás, sí, pero veremos cuánto brillas cuando te mcta mis municiones dentro.*) De ninguna manera podría haber previsto ni comprendido entonces lo que haría con esa escopeta dos meses después. Walt Hardesty, a quien le tocaría limpiar lo que quedó de Elmer, estaba conforme con tomar las cosas con calma hasta el hecho raro siguiente y con pensar cómo lograría que los dos abogados se confiaran a él. Los dos abogados, y su amigo Lewis Benedikt. Sabían algo que callaban y sabían algo asimismo sobre su antiguo

camarada el doctor Drogadicto Jaffrey. Era verdad que no reaccionaban *normalmente*, se dijo Hardesty cuando se acostó en el cuarto vacío que tenía al lado de su oficina. Junto a su catre depositó en el piso una botella de whisky. No, señor. Don Ricky *snob* Hawthorne cornudo y don Sears *snob* James no actuaban como seres normales ni mucho menos.

Pero Don no sabe nada de esto y por lo tanto no puede incluirlo en su diario. No sabe que Milly Sheehan, después de abandonar la casa de los Hawthorne para volver a la de Montgomery Street, donde había vivido con John Jaffrey, recuerda una mañana que el doctor no llegó a instalar los marcos de ventanas de invierno. Se pone, pues, un abrigo y sale a ver si puede instalarlos sin ayuda. Y mientras está contemplando las ventanas (con la certeza de que jamás podrá levantar esos pesados marcos y fijarlos tan alto) el doctor Jaffrey se acerca caminando por el costado de la casa y le sonríe. Lleva el traje que eligió Ricky para su entierro, pero no lleva medias ni zapatos y al principio la sensación de *shock* de verlo afuera y descalzo resulta peor que la de verlo aparecer. «Milly», le dice. «Dile a todos que se vayan. Que se alejen todos. He visto el otro lado, Milly, es *horrible*.» Sus labios se mueven, pero las palabras suenan como las de una película mal doblada. «»*Hombre*», repite y Milly se desmaya. El desmayo dura unos pocos segundos y vuelve en sí lloriqueando, con una cadera dolorida por el golpe, pero aun en medio de su terror no ve pisadas en la nieve junto a ella y sabe que creyó ver algo y por lo tanto, no se lo dice a nadie. A veces lo internan en un manicomio a uno por causas como ésta.

—Demasiadas historias malditas y demasiado frecuentar al señor Sears James murmura para sus adentros antes de levantarse y volver a entrar en la casa.

Don, sentado a solas en el cuarto número diecisiete, no sabe, por supuesto, la mayoría de las cosas que suceden en Milburn, mientras él mismo hace un recorrido de tres semanas por su pasado. Apenas ve la nieve, que sigue cayendo en forma copiosa. Eleanor Hardie no escatima el combustible con este frío, así como no permite que se deje de pasar el aspirador al vestíbulo principal del hotel. Por esta razón Don está muy abrigado en su cuarto. Pero una noche Milly Sheehan oye que el viento vira hacia el norte y el oeste y al levantarse de la cama a buscar una frazada, ve estrellas entre los girones de nubes. Nuevamente acostada permanece escuchando el viento cada vez más intenso, más intenso aún, hasta que sacude el borde de la ventana y se introduce por la fuerza. La cortina ondea, la persiana se sacude. Cuando despierta por la mañana, descubre que hay un montículo de nieve sobre todo el alféizar.

Y he aquí algunos hechos tomados de dos semanas en Milburn, todos ellos registrados mientras Don Wanderley, en forma consciente y minuciosa, evoca el espíritu de Alma Mobley.

Walter Barnes estaba sentado en su automóvil en la estación de servicio de Len Shaw y mientras Len le llenaba el tanque de nafta, pensaba en su mujer. Hacía meses que Christina se desplazaba por la casa como un alma en pena, contemplando el teléfono, quemando la comida, hasta que por fin Len había llegado a sospechar que estaba en medio de una aventura amorosa. Aunque lo perturbaba mucho, no podía

olvidar la clara imagen de un Lewis Benedikt borracho que le acariciaba las rodillas a Christina durante la trágica fiesta de Jaffrey. La verdad era que Christina seguía siendo atrayente, mientras que él mismo se había vuelto un banquero gordo y de poca importancia, en lugar de la potencia financiera con que alguna vez soñó. La mayoría de los hombres de su misma condición social en Milburn habrían estado encantados de acostarse con Christina, pero en su caso, hacía quince años que ninguna mujer lo miraba en forma provocativa. Se sintió muy desgraciado. Dentro de un año su hijo se iría a la universidad y entonces él y Christina quedarían solos, fingiendo ser felices. Len tosió antes de preguntarle:

—¿Cómo está su amiga, la señora Hawthorne? La encontré un poco demacrada la última vez que vino... pensé que estaba por caer con gripe.

—No, está muy bien —repuso Barnes, imaginando que Len, como el noventa por ciento de los hombres, deseaba a Stella, como la deseaba él mismo. Lo que debería hacer, pensó, era ir a alguna parte como Pago Pago con Stella Hawthorne y olvidar su soledad y el vivir casado en Milburn. En realidad no sabía que la soledad que habría de abrumarlo pronto sería mucho peor que nada que pudiese imaginar.

Y Peter Barnes, el hijo del banquero, estaba en otro automóvil con Jim Hardie mientras avanzaban a treinta kilómetros más del límite permitido en dirección a una taberna miserable, y él escuchaba a Jim, musculoso y de más de un metro ochenta, el tipo de muchacho descrito cuarenta años atrás como «nacido para la horca», el que había incendiado el antiguo establo de Pugh por haber oído decir que las chicas de Dedham guardaban sus caballos allí, contarle sus proezas sexuales con la mujer del hotel, esa mujer llamada Anna, hechos que nunca serían verdad, por lo menos tal como los imaginaba Jim.

Y Clark Mulligan estaba sentado en la cabina de proyección de su cinematógrafo, viendo Carrie por sexagésima vez y preocupado por el mal que haría toda esa nieve a su negocio y deseando que Leota tuviese por excepción algo mejor que hamburguesas en guiso para la cena y preguntándose si alguna vez volvería a sucederle algo que valiese la pena contar.

Y Lewis Benedikt se paseaba por los cuartos de su casa enorme, atormentado por un pensamiento imposible: que la mujer que se le apareció en la carretera y a la que por poco no mató era su mujer muerta. La postura de los hombros, el movimiento del pelo... cuanto más pensaba en esos pocos segundos, tanto más fugaces y vagos se volvían.

Y Stella Hawthorne estaba en una cama de un motel con el sobrino de Milly Sheehan, preguntándose si alguna vez Harold dejaría de hablar:

—Y te diré Stel, que algunos de los colegas de mi sección están estudiando el problema de la supervivencia de los indios norteamericanos porque afirman que todo ese asunto de la dinámica grupal es letra muerta. ¿Puedes creerlo? Mira, yo terminé mi tesis doctoral hace sólo cuatro años y ahora todo ese estudio ha perdido actualidad, Johnson y Leadbeater no *mencionan* siquiera ya a Lionel Tiger, vuelven al trabajo de campo y el otro día, te juro por Dios que alguien me detuvo en el pasillo y me preguntó si alguna vez había leído el material sobre los Manitou. ¡Los *Manitou*, por Dios! La persistencia de los mitos, por Dios...

—¿Qué es un Manitou? —le preguntó Stella, pero no prestó atención a la respuesta... una historia de un indio que durante días persiguió a un ciervo por una montaña, pero cuando llegó a la cima el ciervo no era ya un ciervo y lo atacó y...

Y Ricky Hawthorne, bien arrebuñado en diversas prendas, dirigiéndose una mañana en automóvil a Wheat Row, pues ahora tenía colocados los neumáticos de nieve, vio a un hombre vestido con una chaqueta marinera y un gorro azul de sereno, castigando a un niño en el costado norte de la plaza. Aminoró la marcha y tuvo apenas tiempo de ver los pies desnudos del niño pateando la nieve. Por un instante se quedó tan trastornado que no supo qué hacer. Con todo, se detuvo, estacionó el automóvil junto al cordón y bajó.

—Basta —gritó—. ¡Basta, le digo! —y el hombre y el niño se volvieron a mirarlo con tal intensidad, que bajó el brazo y volvió al automóvil.

Y la noche siguiente, cuando estaba bebiendo sorbos de un té de tilo, miró hacia afuera por una ventana del piso alto y por poco no dejó caer su taza, al ver un rostro melancólico que lo miraba con fijeza... y que desapareció al instante siguiente, cuando él se sacudió y se movió bruscamente hacia un lado. También en el instante siguiente advirtió que había visto su propia cara.

Y Peter Barnes y Jim Hardie salieron de una taberna en un paraje apartado y Jim, que estaba sólo la mitad de borracho de lo que estaba Peter dijo *oye, mierdita, tengo una idea fantástica* y rió a carcajadas durante todo el trayecto de regreso a Milburn.

Y una mujer de pelo oscuro permaneció sentada frente a la ventana en un cuarto sumido en la oscuridad en el hotel Archer y miraba caer la nieve y sonreía para sí.

Y a las seis y media de la tarde un corredor de seguros llamado Freddy Robinson se encerró en su cuartito, llamó por teléfono a una empleada de recepción llamada Florence Quast y dijo:

—No, no creo que deba molestar a ninguno de los dos. Creo que esa muchacha nueva que tienen podría responder a mi pregunta. ¿Podría darme su nombre? ¿Y dónde dijo que se alojaba?

Y la mujer en el hotel permaneció inmóvil y sonriendo y como parte de la diversión aparecieron más animales muertos: dos vaquillonas en el establo de Elmer Scales (pues éste se quedó dormido con el arma sobre las rodillas) y uno de los caballos de las chicas de Dedham.

2

Fue así como se incorporó a la trama la figura de Freddy Robinson. Había hecho la póliza de seguros para las dos muchachas Dedham, las hijas del difunto coronel y hermanas de Stringer Dedham, muerto hacía ya tanto tiempo. Nadie se ocupaba mucho de las muchachas Dedham ahora: vivían en la vieja casa de Willow Mile Road, tenían sus caballos y no se trataban con nadie. De la misma edad que la mayoría de los miembros de la Chowder Society, no habían envejecido tan bien como ellos. Durante años hablaron obsesivamente de Stringer, quien no había muerto

inmediatamente cuando la máquina trilladora le arrancó los brazos, sino que permaneció tendido sobre la mesa de la cocina, envuelto en mantas y en medio del calor bochornoso de agosto desvariando, perdiendo el conocimiento, desvariando otra vez, hasta que poco a poco la vida lo abandonó. La gente de Milburn se cansó de oír repetir lo que Stringer había querido decir en su agonía, en particular por cuanto no tenía mucho sentido. Ni siquiera las muchachas Dedham sabían explicarlo bien — lo que querían que todos supiesen era que Stringer había visto algo, estaba perturbado, no era ningún tonto para haberse dejado atrapar por la trilladora, de haber estado como siempre. ¿O no? Y las muchachas echaban aparentemente la culpa a la novia de Stringer, la señorita Galli, y durante algún tiempo la gente arqueaba un poco las cejas al verla pasar, hasta que un día desapareció de la ciudad. Y desde entonces la gente perdió todo interés por lo que tuviesen que decir las muchachas Dedham. Treinta años después, muchos en la ciudad ni siquiera recordaban a Stringer Dedham, aquel hombre apuesto y bien educado que podría haberse dedicado profesionalmente a los caballos en lugar de que éstos pasasen a ser simples pasatiempos de dos mujeres de edad madura. Y por fin ellas mismas se cansaron de su antigua obsesión — al cabo de tantos años no estaban tan seguras de lo que había querido decir Stringer sobre la señorita Galli— y decidieron que los caballos eran amigos mejores que los ciudadanos de Milburn. Veinte años más tarde vivían aún, pero Nettie estaba paralizada por un ataque cerebral y la mayoría de la gente joven de Milburn nunca había visto a ninguna de las dos.

Un día Freddy Robinson pasó en su automóvil delante de la parcela de ellas, poco después de haberse instalado en Milburn, y lo que le hizo poner marcha atrás y meterse en la senda de acceso fue el nombre en el buzón, coronel T. Dedham, pues ignoraba que Rea Dedham pintaba el nombre de su padre en el buzón cada dos años. A pesar de haber muerto el coronel Tomás Dedham de paludismo en 1910. Rea era demasiado supersticiosa para borrarlo. Y Rea se lo explicó a Freddy. Además, estaba tan contenta de ver a un joven tan elegante sentado a la mesa frente a ella, que le compró una póliza de seguros de tres mil dólares. Lo que aseguró fueron los caballos. Estaba pensando en Jim Hardie, pero no se lo dijo a Freddy Robinson. Jim Hardie era una mala persona, había abrigado rencor hacia las hermanas desde que Rea lo alejó del establo de los caballos cuando era niño. Según las explicaciones del joven Robinson, lo que le hacía falta era un seguro, por si acaso, pensó ella para sus adentros, llegase otra vez Jim Hardie con una lata de nafta y un fósforo.

A la sazón Freddy era un corredor con poca experiencia y tenía la ambición de llegar a pertenecer alguna vez a la cofradía de los que obtienen pólizas por más de un millón de dólares. Ocho años más tarde estaba próximo a lograr su meta, pero no tenía ya importancia para él. Sabía que de haberse radicado en una ciudad más importante haría mucho tiempo que estaría dentro de la cofradía. Había participado en un número suficiente de conferencias, convenciones y reuniones de ventas para creer que sabía casi todo lo que cabe saber sobre seguros. Conocía el mecanismo de esta actividad y contaba con todos los recursos necesarios para vender seguros de vida o de propiedad al joven ranchero muerto de miedo que había entregado el alma al Banco y cuyos ahorros acababan de hundirse en nuevas instalaciones para

ordeñar. En verdad un hombre en tales condiciones necesitaba asegurarse. Pero ocho años de residencia en Milburn habían provocado un cambio en Freddy RobinsOri. No se enorgullecía ya de su destreza para vender pólizas, por saber bien que dicha destreza se basaba en el arte de aprovecharse de la codicia y del temor. En un plano casi subconsciente, había llegado casi a despreciar a la mayoría de sus colegas, los descritos en la terminología de la compañía donde trabajaba, como los «Ases».

No fue el matrimonio ni los hijos los que cambiaron a Freddy, sino el hecho de vivir enfrente de la casa de John Jaffrey. Al principio, imaginó que los viejos que veía llegar una vez por mes vestidos de etiqueta eran sencillamente cómicos y de una vanidad presuntuosa. ¡Usar *smoking*! La actitud de ellos había sido de una seriedad sin precedentes. Eran cinco matusalenes que bogaban despacio hacia su fin.

Luego comenzó a notar que después de las reuniones de corredores en Nueva York volvía a casa con una sensación de alivio. Su matrimonio no marchaba bien, pues descubría que comenzaban a atraerle las niñas adolescentes a las cuales se había parecido su propia mujer, antes de tener sus dos hijos. El caso era que «casa» era para él algo más que la calle Montgomery: era todo Milburn y la mayor parte de Milburn era más tranquilo y más bonito que ningún lugar donde hubiese vivido antes. Poco a poco llegó a convencerse de que tenía una relación secreta con Milburn. Su mujer y sus chicos eran algo eterno, pero Milburn era un oasis temporario y reparador y no la ciudad provinciana que había imaginado al principio. Y una vez, durante una conferencia, un corredor nuevo sentado junto a él se quitó el distintivo que lo señalaba como un «As» y lo arrojó debajo de la mesa antes de decir:

—Soporto casi todo, pero esta charla de «Superman» me saca de quicio.

Dos hechos más, tan poco notables como éste, contribuyeron a la conversión de Freddy. Una noche, cuando caminaba sin rumbo fijo por un barrio cualquiera de Milburn, pasó delante de la casa de Edward Wanderley en Haven Lane y vio la Sociedad por una ventana. Allí estaban sentados todos, los matusalenes, conversando. Uno levantó una mano y sonrió. Freddy se sentía muy solo y ellos parecían unidos por una estrecha relación. Se detuvo a observarlos. Desde su llegada a Milburn sus veintiséis años se habían transformado en treinta y uno y estos hombres no le parecían ya tan viejos. Si bien ellos parecían los mismos, él se les había aproximado en edad. Además, y esto era algo que nunca había considerado, parecían divertirse. Se preguntó de qué estarían hablando y lo asaltó una sensación de que era algo *secreto*, algo que no era negocios, deporte, sexo o política. Sencillamente se le metió en la cabeza que la conversación tenía que ser de un género que él nunca había oído antes. Dos semanas más tarde llevó a una de las adolescentes de la escuela secundaria a un restaurante de Binghamton y vio a Lewis Benedikt en el otro lado del salón con una de las camareras de la taberna de Humphrey Stalladge. (Las dos camareras habían rechazado con gran cortesía sus propias proposiciones.) Comenzaba a envidiar a la Chowder Society. Antes de mucho tiempo habría de comenzar a amar lo que a su juicio representaba este grupo, una forma de combinar la conducta civilizada con la diversión sin alarde.

Lewis era el foco de esos sentimientos de Freddy. Más próximo a Freddy por su edad, era la imagen de lo que podría llegar a ser Freddy con el tiempo.

En Humphrey's solía contemplar a su ídolo, tomando nota mentalmente de su manera de arquear las cejas antes de responder a una pregunta, o de inclinar la cabeza hacia un lado, casi siempre, cuando sonreía, o de cómo, en fin, usaba los ojos para mirar a las mujeres. Freddy comenzó a copiar esos gestos y copió asimismo lo que imaginaba ser la conducta sexual de Lewis, pero rebajando la edad de las muchachas de Lewis de veinticinco a veintiséis años a diecisiete o dieciocho, las que le interesaban a él, de todos modos. Se compró por último sacos de sport como los que usaba Lewis.

Cuando el doctor Jaffrey lo invitó a su fiesta en honor de Ann-Veronica Moore, Freddy creyó que se le abrían las puertas del cielo. Imaginó una velada tranquila con la Chowder Society, él mismo y la actriz y ordenó a su mujer que se quedara en casa. Cuando vio esa cantidad de gente, se comportó como un tonto. Permaneció en la planta baja, demasiado tímido y desilusionado para aproximarse a los hombres mayores a quienes quería ofrecer amistad. Dirigió miradas de carnero degollado a Stella Hawthorne y cuando por fin cobró valor suficiente para abordar a Sears James —que siempre le había inspirado terror descubrió que estaba hablándole de seguros, como presa de una maldición. Después de que encontraron el cadáver de Edward Wanderley, se alejó casi arrastrándose de la casa, junto con otros invitados.

Después del suicidio del doctor Jaffrey, Freddy se sintió desesperado. La Chowder Society estaba desintegrándose sin que él hubiese tenido tiempo de demostrar cuánto merecía pertenecer a ella. Esa noche vio detenerse el automóvil de Lewis, el Morgan, delante de la casa del doctor, y corrió afuera a consolar a Lewis, para crear una buena impresión. Una vez más, no dio resultado. Estaba demasiado nervioso, había estado riñendo con su mujer y no pudo abstenerse de hablar de seguros. Otra vez había perdido a Lewis.

Por consiguiente, sin saber nada acerca de lo que Stringer hubiese intentado describir a sus hermanas cuando se desangraba sobre las mantas en la mesa de la cocina, Freddy Robinson, cuyos hijos eran ya bulliciosos extraños y cuya mujer deseaba divorciarse, no tenía la menor idea de lo que le aguardaba cuando Rea Dedham lo llamó por teléfono una mañana y le pidió que fuese a la parcela. Sin embargo supuso que lo que vio al llegar, el pedacito de echarpe de seda que se agitaba enganchado en un alambrado, era una señal de bienvenida a la elegante compañía de los amigos que necesitaba.

Al principio todo fue como cualquier mañana de trabajo, como la rutina de pagar una póliza como cualquiera. Rea Dedham le hizo esperar diez minutos en la entrada cubierta, de temperatura glacial. De vez en cuando oía el relincho de un caballo en el establo. Por fin apareció, arrugada y encorvada, con un chal de cuadros sobre el vestido, y le dijo que sabía bien quién había sido, sí, señor, lo sabía, pero había leído su póliza y en ninguna parte decía que no era posible cobrar el dinero si uno conocía al culpable, ¿verdad? ¿Le gustaría a Freddy tomar café?

—Sí, por favor —dijo Freddy y sacó unos papeles de su portadocumentos—. Bien, si pudiésemos estudiar ahora algunos de estos formularios para reclamar el pago, la compañía pasará a analizarlos con la mayor prontitud. Sin duda tendré que

verificar los daños, señorita Dedham. Supongo que sufrió algún tipo de accidente, ¿no?

—Se lo dije —repuso ella—. Sé quién fue. No fue un accidente. Vendrá también Hardesty, de modo que tendrá que esperarlo.

—De modo que se trata de daño criminal —dijo Freddy, marcando una casilla en uno de los papeles—. ¿Podría describírmelo en sus propios términos?

—No tengo otras palabras que las mías, señor Robinson, y deberá esperar hasta que Hardesty esté aquí. Soy demasiado vieja para decir dos veces las cosas. Y no pienso volver a salir a ese frío, ni aun por dinero. ¡Qué frío! —exclamó, apretándose el cuerpo con brazos huesudos y se estremeció con un gesto teatral—. Ahora, no se mueva y tome un buen café.

Freddy, que había estado incómodo con todos sus papeles en la mano, además de la lapicera y el portadocumentos, buscó una silla donde sentarse. La cocina de las Dedham era una cueva sucia y llena de desechos. En una silla había un par de lámparas de mesa; en otra, una pila de diarios locales tan viejos que estaban amarillos. El alto espejo con un marco de hojas de acanto le devolvía una opaca imagen de sí mismo, la imagen de la incompetencia burocrática abrumada por rebeldes papeles. Retrocedió hacia una pared oscura, se inclinó y derribó con la cadera una caja de cartón que estaba sobre una silla y que cayó al suelo con gran estrépito. El único sol que entraba en el cuarto lo bañó de lleno.

—¡Vaya ruido! —dijo Rea, y se encogió de hombros. Con gran cuidado Freddy extendió las piernas y ordenó los papeles sobre sus rodillas.

—Se trata de un caballo muerto, ¿no? —preguntó.

—Ni más, ni menos. Me deben ustedes dinero. *Muchísimo* dinero, pienso yo.

Freddy oyó rodar algo pesado en dirección a la cocina y se quejó para sus adentros.

—Comenzaré por los detalles preliminares —afirmó y se inclinó bien para no tener que mirar a Nettie Dedham.

—Nettie quiere saludarlo —le dijo Rea. Tendría que mirarla.

Un instante después, la puerta se abrió hacia adentro para permitir la entrada de un bulto cubierto de frazadas, sobre un sillón de ruedas.

—Hola, señorita Dedham —dijo Freddy, levantándose a medias y aferrando los papeles con una mano y el portadocumentos con la otra. Después de mirar apenas a Nettie se refugió en sus papeles.

Nettie dijo algo. La cabeza se le antojaba a Freddy una simple boca abierta. Estaba arrebujaada hasta el mentón y mantenía la cabeza hacia atrás por alguna terrible contracción muscular que le hacía abrir la boca.

—Recordarás a nuestro simpático señor Robinson —dijo Rea a su hermana, y al mismo tiempo puso tazas de café sobre la mesa. Según parecía, Rea comía siempre de pie, pues no hizo ademán de sentarse ahora—. Va a cobrar nuestro dinero por la pobrecita Chocolate. Está llenando los formularios, ¿no? Llenando los formularios.

Nettie pronunció sonidos horribles, ininteligibles.

—Eso es, Nettie, nos cobrará el dinero —repitió Rea—. Nettie está muy bien, señor Robinson.

—Estoy seguro —afirmó Robinson y volvió a apartar la mirada. Vio un petirrojo embalsamado debajo de una campana de cristal y rodeado de hojas de color marrón oscuro—. Bien, hablemos del seguro, ¿eh? Deduzco que el animal se llamaba...

—Aquí llega el señor Hardesty —dijo Rea.

Freddy oyó otro automóvil que se acercaba por la senda y dejó caer la lapicera sobre los papeles que tenía sobre las rodillas. Miró con aprensión a Nettie, cuyos labios se movían mientras ella contemplaba con aire soñador el cielo raso manchado. Rea dejó su taza sobre la mesa y avanzó hacia la puerta. *Lewis se la habría abierto*, pensó Freddy. Seguía aferrando los indomables papeles.

—Siga sentado, por favor —le dijo bruscamente la mujer.

Las botas de Hardesty provocaban un crujido sobre la nieve. Luego subió a la entrada cubierta y debió golpear dos veces antes de que Rea llegase a abrirle la puerta.

Con demasiada frecuencia había visto a Hardesty en la taberna de Humphrey, deslizándose con aire furtivo al cuarto de los fondos y reapareciendo con pasos inseguros a mediodía, para que le tuviese respeto alguno. Tenía el aspecto de un ser fracasado y lleno de amargura, el tipo de policía que habría gozado hundiendo la culata de su arma sobre la cabeza de alguien. Cuando Rea abrió la puerta, Hardesty permaneció en la entrada, con las manos en los bolsillos, sus anteojos oscuros como una armadura sobre los ojos y no hizo gesto alguno de entrar.

—Hola, señorita Dedham —dijo—. ¿Qué problema tiene?

Rea se arrebujo más aún en el echarpe y salió por la puerta. Freddy titubeó un instante antes de decidir que no volvería a la cocina. Dejó entonces los papeles sobre la silla y la siguió. Al pasar junto a Nettie ésta agitó la cabeza como un muñeco.

—Sé quién fue —le oyó decir cuando se acercó a Rea y Hardesty. La voz de la anciana era chillona, indignada—. Fue ese jim Hardie, fue él quien lo hizo.

—¡No me diga! —comentó Hardesty. Freddy se puso a la par de ellos y el *sheriff* lo saludó con un gesto por sobre la cabeza de Rea—. Qué poco tiempo le llevó estar aquí, Robinson.

—Papeles de la compañía —murmuró Freddy—. La documentación habitual. —La gente como usted siempre tiene papeles escondidos en algún lugar raro —dijo Hardesty y le dirigió una sonrisa forzada.

—Seguramente fue Jim Hardie —insistió Rea—. El chico es loco.

—Bien, veremos si fue o no —dijo Hardesty. Estaban casi en los establos—. ¿Encontró muerto al animal? —preguntó.

—Ahora tenemos un muchacho aquí —le dijo Rea—. Viene a dar de comer y de beber a los animales y a cambiar la paja. Es un chico medio amanerado —añadió y Freddy levantó la cabeza, sorprendido. Olía ya los establos—. Encontró a Chocolate en su *box*. Son seiscientos dólares de caballo, quienquiera que haya sido, señor Robinson.

—Vaya. ¿Cómo calculó esa cifra? —le preguntó Freddy. Hardesty estaba abriendo las puertas del establo. Un caballo relinchó, otro pateó la puerta de su *box*.

Todos los caballos tenían aspecto feroz, aun para los ojos inexpertos de Freddy. Sus bellos enormes y sus ojos muy abiertos se posaron en él.

—Porque es hijo de General Hershey y de Sweet Toog, y eran dos ejemplares magníficos. Por eso sé cuánto valía. Podríamos haber vendido a General Hershey como padrillo en cualquier parte. Era igualito a Seabiscuit, según decía Nettie siempre.

—*Seabiscuit* —bisbiseó Hardesty con desdén,

—Usted es demasiado joven para recordar los buenos caballos —dijo Rea—. Escriba lo que le dije en sus papeles. Seiscientos dólares. —Rea los precedía hacia los *boxes* y los animales que veían a su paso se encabritaban asustados o bien agitaban la cabeza, según su temperamento.

—No están muy limpios, que digamos —comentó Hardesty. Freddy los miró con más atención y vio una gran mancha de barro seco en un tordillo,

—Ariscos —dijo Freddy.

—Uno dice que son ariscos y el otro dice que están sucios. El problema es que soy demasiado *vieja*. Bien, aquí está la pobre Chocolate.

No necesitó decirlo, porque los dos hombres estaban contemplando ya por arriba de la puerta del *box* el cuerpo de un animal alazán de gran tamaño sobre el suelo cubierto de paja. Le pareció a Freddy idéntico al cadáver de una rata gigantesca.

—Diablos —dijo Hardesty y abrió la puerta. Pasó luego sobre las patas rígidas y montó sobre el pescuezo del animal muerto. En el *box* contiguo un animal se quejó y Hardesty estuvo a punto de caer—. Diablos —repitió y se apoyó para mantener el equilibrio contra la mampara de madera—. Diablos, ahora lo veo. —Tomando al animal por el extremo de la cabeza, la levantó hacia sí. La cabeza se separó casi.

Rea Dedham lanzó un alarido.

Los dos hombres la llevaron casi cargada fuera del establo, en medio de las dos hileras de caballos aterrorizados.

—Calma, calma —le decía Hardesty, como si la anciana fuese un caballo.

—¿Quién demonios pudo hacer semejante cosa? —preguntó Freddy. Estaba aún conmovido después de haber visto la enorme herida en el pescuezo de la yegua.

—Norbert Clyde dice que son marcianos. Dice que vio a uno. ¿No se enteró?

—Oí algo —admitió Freddy—. ¿Piensa verificar dónde estuvo Jim Hardie anoche?

—Oiga, don, me sentiría mucho más feliz si nadie me dijese cómo tengo que hacer mi trabajo —dijo Hardesty y se inclinó sobre la anciana—. Señorita Dedham. ¿Se calmó ya? ¿Quiere sentarse? —Res hizo un gesto afirmativo y Hardesty se dirigió a Freddy—. Yo la sostendré, usted abra la puerta de mi auto.

La sentaron en el automóvil con las piernas colgando hacia afuera.

—Pobre Chocolate, pobre Chocolate —gemía—. Horroso... pobre Chocolate.

—Muy bien, señorita Dedham. Ahora quiero decirle algo —dijo Hardesty e inclinándose hacia adelante, apoyó un pie en el guardabarro—. Jim Hardie no fue, ¿me oye bien? Jim Hardie estaba bebiendo cerveza con Peter Barnes anoche. Se dirigieron en automóvil a una taberna cerca de Glen Aubrey y nosotros verificamos

que estuvieron allá hasta casi las dos de la madrugada. Conozco su pequeño asunto personal con Jim y por ello hice mis averiguaciones.

—Pudo haberlo hecho después de las dos —observó Freddy.

—Estuvo jugando a los naipes con Peter Barnes hasta el amanecer. En el sótano de los Barnes. Por lo menos es lo que dice Peter. Peter ha estado saliendo mucho con Jim Hardie, pero no creo que sea capaz de hacer algo como esto, ni de proteger a alguien que lo haya hecho. ¿Usted lo cree?

Freddy hizo un gesto negativo.

—Y cuando Jim no ha estado con el chico de Barnes, ha estado con esa mujer nueva aquí. Ya sabe a quién me refiero. La bonita... la que parece una modelo.

—Sé de quién habla. Quiero decir, que la he visto.

—Muy bien. Así que él no mató este animal ni tampoco mató las vaquillonas de Elmer Scales. El agente rural dice que fue un perro que se ha vuelto asesino, de modo que si ve un perro enorme que vuela y tiene colmillos como navajas, creo que tendremos al culpable. —Mientras hablaba, miraba fijamente a Freddy. Luego se volvió hacia Rea Dedham—. ¿Está dispuesta a entrar ahora? Hace demasiado frío afuera para una mujer de edad como usted. La acompañaré adentro y volveré con alguien para que se lleve a ese animal.

Freddy dio un paso hacia atrás al verse reprendido por Hardesty. Dijo, no obstante:

—Sabe que no fue un perro.

—Así es.

—Entonces, ¿qué cree usted que fue? ¿Qué sucede aquí? —Freddy miró alrededor, seguro de que había dejado de observar algo. En un instante lo vio, y abrió la boca al mismo tiempo que advirtió el pedacito de tela de color brillante que se agitaba en el alambrado de púas próximo a los establos.

—¿Qué dice usted?

—No había sangre —dijo Freddy, mirando fijamente el pedacito de tela.

—Muy astuto. El agente rural decidió pasar por alto eso. ¿Piensa ayudarme con esta señorita?

—Dejé caer algo allá —le dijo Freddy y volvió en dirección a los establos, Oyó gruñir a Hardesty cuando levantaba a la anciana y cuando llegó a los establos, se volvió y vio al policía llevándola y pasando la puerta. Freddy se acercó al alambre de púas y arrancó el largo girón de tela. Era seda. Provenía de un echarpe y Freddy sabía dónde la había visto.

Comenzó a urdir —palabra que él nunca habría empleado— un plan. En casa, después de escribir a máquina su informe y despacharlo por correo junto con los formularios a la oficina central, marcó el número telefónico de Lewis Benedikt. En realidad no sabía qué pensaba decir a Lewis, pero creía tener la clave del misterio que tanto buscaba desde hacía tiempo.

—Hola, Lewis —dijo—. Hola. ¿Cómo está? Habla Freddy.

—¿Freddy?

—Freddy Robinson. Usted me recuerda.

—Ah, sí.

—Díganle. ¿Está ocupado en este momento? Tengo que hablar de algo con usted.

—Hable —le dijo Lewis, pero el tono no era muy alentador.

—Muy bien. Pero siempre que no esté tomándole el tiempo... Muy bien. ¿Está enterado de los animales que mataron? ¿Sabía que mataron uno más? Uno de los caballos de las hermanas Dedham. Yo hice la póliza de seguro de estos animales, y bien... yo no creo que lo haya matado ningún marciano. Quiero decir que... ¿Lo cree usted? —Freddy calló, pero Lewis no dijo nada—. Quiero decir que eso es absurdo. Ah... mire. Esa mujer que acaba de llegar a la ciudad, la que sale a veces con Jim Hardie, ¿no es la misma que trabaja con Sears y con Ricky?

—Oí decir algo así —concedió Lewis y por su tono Freddy intuyó que debería haber llamado a los dos abogados por el apellido y no por el nombre propio.

—¿La conoce usted?

—No, no la conozco. ¿Le molesta que le pregunte a qué viene todo esto?

—Bien, creo que están pasando más cosas de las que conoce el policía Hardesty.

—¿Podría explicarse, Freddy?

—Por teléfono, no. ¿Podríamos encontrarnos en alguna parte para conversar? Le diré. En la parcela de Dedham encontré algo y no quise mostrárselo a Hardesty hasta haber hablado con usted y tal vez con ah... El señor Hawthorne y el señor James.

—Freddy, no tengo la menor idea de a qué se refiere usted.

—Bien, a decir verdad, tampoco la tengo yo, pero quería verlo, que bebamos cerveza juntos, si es posible, y que cambiemos unas cuantas opiniones. Ver, más o menos, qué podemos aclarar en este asunto.

—¿Qué asunto, por Dios?

—Me refiero a unas cuantas ideas que tengo. Yo los admiro muchísimo a ustedes tres, ¿sabe? y quiero que sepa que si ven que surgen dificultades para cualquiera de ustedes...

—Freddy, no necesito más pólizas —le dijo Lewis—. No tengo ganas de salir. Lo lamento.

—Bien. ¿No lo veré, quizá, en la taberna de Humphrey? Podríamos hablar allí.

—Es una posibilidad —dijo Lewis y cortó la comunicación. Freddy colocó el receptor en su sitio, satisfecho de haber despertado el interés de Lewis. Era seguro que lo llamaría tan pronto como hubiese reflexionado sobre todo lo que le había dicho. Desde luego que si lo que él estaba pensando era correcto, su deber era dirigirse a Hardesty, pero había tiempo de sobra para ello. Quería pensar en todas las implicaciones del caso antes de hablar con el policía. Quería asegurarse de que la Chowder Society quedaría protegida. El hilo de sus pensamientos era más o menos el siguiente. Había visto el echarpe, de donde había arrancado el pedacito, alrededor del cuello de la muchacha a quien Hardesty llamaba «la nueva». Lo había tenido puesto en Humphrey Place cuando estaba con Jim Hardie. Rea Dedham sospechaba que Hardie había matado a su caballo. Hardesty había dicho algo acerca de un «conflicto» entre el chico de Hardie y las hermanas Dedham. El echarpe probaba que la muchacha había estado allí, de modo que ¿por qué no también Hardie? ¿Y si

aquellos dos habían matado por cualquier motivo al caballo, por qué no a los otros animales? Norbert Clyde había visto una gran silueta, con algo raro entre los ojos. Podría haber sido Jim Hardie iluminado por un rayo de luna. Freddy había leído acerca de brujas modernas, mujeres locas que organizaban a los hombres para celebrar sus aquelarres. Quizás esta muchacha era una de ellas. Jim Hardie era candidato para caer bajo el poder de cualquier loca que apareciese, aun cuando su madre no se diese cuenta de ello. El caso era que la reputación de la Chowder Society sufriría un serio golpe si todo eso llegase a ser verdad y si se divulgase. Era posible hacer callar a Hardie, pero habría que dar dinero a la muchacha y obligarla a que se fuese.

Esperó dos días, lleno de impaciencia porque Lewis lo llamase.

Como Lewis no lo hizo, decidió que había llegado el momento de tomar la iniciativa y volvió a marcar el número de Lewis.

—Soy yo otra vez, Freddy Robinson.

—Ah, sí —dijo Lewis. El tono era ya lejano.

—Realmente creo que tendríamos que vernos, ¿sabe? En serio, Lewis, tenemos que hablar. Estoy pensando en su propio bien. —Luego, buscando un argumento convincente, prosiguió—. ¿Qué sucederá si el próximo cadáver es uno humano, Lewis? Me gustaría que me responda.

—¿Es una amenaza? ¿De qué diablos está hablando?

—Desde luego que no, —Aquello le halagaba. Lewis no lo había tomado bien—. Oiga. ¿Por qué no nos encontramos a alguna hora mañana por la noche?

—Pienso salir a cazar —dijo Lewis sin titubear.

—Vaya —comentó Freddy, sorprendido por este aspecto insospechado de su ídolo—, No sabía que cazaba. ¿Caza coatíes? Qué divertido, Lewis.

—Es un descanso. Salgo con un viejo que tiene unos cuantos perros. Salimos juntos y perdemos el tiempo en el bosque. Es divertido si a uno le gusta. —Freddy percibió la tristeza en el tono de Lewis y por un instante esto lo perturbó y le impidió replicar—. Bien, hasta pronto —le dijo Lewis y una vez más cortó la comunicación.

Freddy se quedó mirando el propio aparato, abrió el cajón donde había guardado el girón de echarpe y lo miró. Si Lewis podía salir de caza, él podía hacer lo mismo. Sin saber en realidad por qué hallaba esto necesario, se dirigió a la puerta de su escritorio y la cerró con llave. Buscó en su memoria el nombre de la mujer que trabajaba como recepcionista de la oficina de los abogados. Florence Quast. Halló entonces su dirección en la guía telefónica y confundió a esta señora con una larga historia acerca de una póliza inexistente y cuando ella le sugirió que llamase al señor James o bien al señor Hawthorne, dijo:

—No, no creo que sea necesario molestar a ninguno de los dos. Creo que esa muchacha nueva que tienen responderá a mis preguntas. ¿Podría darme su nombre? ¿Y decirme dónde se aloja? (¿Imaginas, Freddy, que muy pronto estará alojada en tu propia casa? ¿Y es por ello que cerraste con llave la puerta de tu escritorio? ¿Querías impedirle que entrase?)

Horas más tarde se frotó la frente, se abotonó el saco, se limpió las palmas de las manos en los pantalones y llamó al hotel Archer.

—Sí, estaré encantada de verlo, señor Robinson —dijo la muchacha con una voz muy tranquila.

(Freddy. ¿No tienes en realidad miedo de encontrarte con una mujer bonita para conversar a horas avanzadas de la noche? ¿Qué te pasa, dicho sea de paso? ¿Y por qué pensaste que ella sabía exactamente qué ibas a decirle?)

3

¿Comprendes bien? Harold Sims hizo esta pregunta a Stella Hawthorne sin dejar de acariciarle el seno derecho con aire distraído. Es sólo una historia. Es eso lo que les interesa a mis colegas ahora. ¡Cuentos! Pero lo esencial en esto que perseguía el indio era que tenía que manifestarse. No puede resistir identificarse... Es no sólo malvado, sino además, vanidoso. Y yo tengo que contar historias de horror como ésta, historias tontas, como cualquier ingenuo de pueblo.

—Bien, Jim, ¿de qué se trata? —le preguntó Peter Barnes—. ¿Cuál es esta gran idea que tienes? —El frío helado que entraba en fuertes ráfagas en el automóvil de Jim había contribuido en buena parte a que Peter se pusiera sobrio. Ahora, si concentraba la atención, alcanzaba a distinguir los cuatro haces amarillos de los faros hasta que se unían y se convertían en dos. Jim Hardie reía aún... con una risa malévola, obstinada y Peter supo entonces que Jim estaba por hacer algo, estuviese con él o bien solo.

—Mira, me encanta esto —dijo Hardie y apretó la bocina. Aun en la oscuridad su rostro era una máscara enrojecida con dos ranuras en lugar de ojos. Era la cara de Jim siempre que hacía las fechorías más espectaculares y cada vez que Peter se detenía a reflexionar seriamente sobre ello, sentía alivio al pensar que dentro de un año habría partido para la universidad y se habría alejado de un amigo tan loco como Jim. Jim Hardie, estuviese borracho o no, era capaz de actuar con un salvajismo indescriptible. Lo que era casi admirable o bien más alarmante era que jamás perdía el propio control físico o verbal, por ebrio que estuviese. Cuando lo estaba a medias, como ahora, hablaba con la mayor claridad y no trastabillaba. Cuando estaba totalmente borracho, era la imagen de la anarquía total.

—Tenemos que romper cosas —dijo.

—Perfecto —convino Peter. Tenía demasiada experiencia para hacer objeciones. Además, Jim siempre salía impune en todo lo que hacía. Desde que se conocieron en la escuela primaria, Jim Hardie había logrado siempre convencer a cualquiera de su inocencia con su palabra fácil. Era alocado, pero no tonto. Ni siquiera Walt Hardesty había conseguido nunca sorprenderlo en nada, ni aun en el incendio del galpón de los Pugh cuando la tonta de Penny Dreagerle dijo que las viejas Dedham, a quienes él odiaba, estaban usándolo como establo para sus animales.

—No te vendrá mal reírte un poco antes de irte a Corneil, ¿no? —le dijo Jim—. Y diría que será mejor que te rías ahora, porque según lo que oigo de esa universidad, es un cementerio

A juicio de Jim, era inútil ir a la universidad, pero de vez en cuando mostraba su resentimiento ante el hecho de que Peter hubiese sido aceptado tan pronto en Corneil. Y Peter sabía por su parte, que lo que quería Jim Hardie era un compañero constante para hacer travesuras, un adolescente que no saliese nunca de sus dieciocho años.

—Milburn también es un cementerio --dijo Peter.

—Exacto, hijito. La pura verdad. Pero por lo menos animemos un poco el ambiente, ¿quieres? Esto es lo que vamos a hacer esta noche, señorita. Y por si acaso supusiste que ibas a sufrir por la sequía en el curso de nuestras aventuras, te digo que tu viejo amigo James se ocupó de eso. —Hardie se abrió la cremallera de la chaqueta y sacó una botella de whisky—. A tocarla con respeto, con respeto. —Con una mano hizo girar el tapón de metal y bebió sin dejar de conducir. El rostro se le puso rojo y tenso—. ¿Quieres? —preguntó a Peter.

Peter hizo un gesto. El olor le provocaba náuseas.

—El idiota del barman me volvió la espalda y entonces... ¡Zum! Sabía muy bien que la botella no estaba ya, pero era demasiado imbécil para decirme nada. ¿Sabes una cosa? Me deprime no tener competencia mejor. —Lanzó entonces una carcajada y Peter optó por reír también.

—Bien, ¿qué hacemos?

Hardie volvió a pasarle la botella y esta vez Peter bebió. Los haces de luz de los faros pasaron a ser cuatro y Peter agitó la cabeza para obligarlos a unirse y ser dos otra vez.

—Mira. Vamos a espiar, vamos a echarle una miradita a alguien. —Hardie bebió, lanzó una carcajada, se derramó whisky en el mentón.

—¿Espiar? ¿Como los pervertidos? —Peter dejó caer la cabeza hacia el hombro de Jiin, quien obviamente tenía bríos hasta la mañana siguiente y todo el tiempo lo sorprendía más con su energía.

—Espiar, sí. Mirar. Mirar algo interesante. Si no te gusta, bájate.

—¿Espiar a una mujer?

—No, a un hombre... ¡Estúpido!

—Cómo, escondernos en un matorral y ver cómo...

—No, nada de eso. Nada de eso. Algo mucho mejor.

—¿A quién?

—A la puta esa del hotel.

Peter estaba más perplejo que antes.

—¿Ésa de quien hablabas? ¿La de Nueva York?

—Sí —Jim condujo el automóvil alrededor de la plaza y pasó delante del hotel sin tomarse el trabajo de mirarlo.

—Creí que te acostabas con ella.

—No, te mentí, hijo. ¿Y qué? Exageré un poco. La verdad es que nunca me dejó que la tocara. Mira, lamento haber inventado esaaventurita con ella, ¿sabes? Me hacía sentir como un tonto siempre.

Llevarla a Humphrey's, arrojarle mis mejores carnadas, y no... Bien, quiero ver un poco lo que hace sin que sepa que estoy allí.

Jim se inclinó debajo del asiento y buscó algo, sin mirar por un instante la calle. Cuando volvió a erguirse, tenía una ancha sonrisa y en la mano, un anteojito de larga vista con aros de bronce.

—Mira esto, chico. Es un anteojito excelente... me costó sesenta dólares en el Apple.

—Mmmm —Peter se apoyó en el asiento—. Es lo más raro que he oído en mi vida.

Momentos más tarde, advirtió que Jim había detenido el automóvil. Se enderezó un poco y miró por la ventanilla.

—No! —dijo—. ¡Desde aquí, no!

—Desde aquí, chico. Aparta el culo.

Hardie lo empujó y Peter abrió la puerta y por poco no cayó. La catedral de St. Michael se levantaba delante de ellos, inmensa, amenazadora en medio de la oscuridad.

Estaban ambos tiritando bajo sus chaquetas junto a una puerta auxiliar de la catedral.

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Abrir la puerta de una patada? Tiene candado, que no sé si habrás visto.

—Cállate. Trabajo en un hotel. ¿O lo has olvidado? —Hardie sacó un manojito de llaves de debajo de la chaqueta. En la otra mano tenía el anteojito y la botella.

—Ve allá un instante. Mea o haz algo mientras pruebo las llaves. —Jim apoyó entonces la botella en un escalón y se puso a trabajar.

Peter se alejó por el camino a lo largo de la iglesia. Desde aquel costado, parecía una cárcel. Orinó copiosamente, trastabilló y se mojó las botas. Luego se apoyó contra la pared con un brazo, permaneció inmóvil, como sumido en profundas meditaciones y sin hacer ruido vomitó entre sus propios pies. También salía vapor de esto. Estaba pensando en caminar hacia su casa cuando Jim Hardie lo llamó:

—Ven, preciosa. —Al volverse, vio a Hardie, quien lo miraba sonriente, agitando las llaves y la botella desde la puerta abierta. Recordaba a una de las gárgolas de la fachada de la catedral.

—No —dijo.

—Vamos, te digo. ¿Qué tienes entre las piernas?

Peter dio unos pasos torpes y Hardie lo tomó con brusquedad y lo obligó a entrar.

Hacía frío adentro y reinaba una oscuridad como la del fondo del mar. Peter se detuvo, con los pies en el piso de ladrillo y tuvo la sensación del espacio infinito a su alrededor. Al extender las manos, palpó el aire helado. Detrás oyó a Jim Hardie preparar todos sus elementos.

—Dime. ¿No tienes manos? Ven, sostén esto. —El anteojito chocó con la palma de su mano. Los pasos de Hardie se alejaron hacia el costado, resonando en el piso de ladrillo.

Al volverse vio el pelo de Hardie y sus reflejos en la oscuridad. Muévete. En algún lugar aquí hay una escalera...

Peter dio un paso y tropezó con una especie de banco.

—Calla.

—¡No te veo!

—Mierda. Aquí. —Hubo un movimiento en la oscuridad y Peter comprendió que Jim lo llamaba con la mano. Con gran cautela fue hacia él.

—¿Ves esa escalera? Vamos allá, arriba. A una especie de balcón.

—Hiciste esto ya —dijo Peter sorprendido.

—Claro que sí. A veces veníamos aquí con Penny y fornicábamos entre los bancos. ¡Qué diablos! Y ella no es católica, te diré.

Los ojos de Peter comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad y la luz tenue que entraba por una ventana circular le permitió ver el interior de la iglesia. Nunca había entrado antes en St. Michael. Mucho más grande que la iglesieta de estilo suburbano donde sus padres pasaban una hora durante Pascua y otra el día de Navidad, sus vastos pilares cortaban el espacio. Un mantel de altar relucía en forma fantasmagórica. Peter eructó y sintió el sabor del vómito. La escalera que le señalaba Jim era ancha, de ladrillos, y se curvaba contra la pared interior de la catedral.

—Subimos por aquí y terminamos en el frente mismo, frente a la plaza. Su cuarto da a la plaza, ¿sabes? Con un buen telescopio como éste veremos muy bien.

—Qué estupidez...

—Te lo explicaré después, idiota. Subamos —dijo Jim y comenzó a subir de prisa, seguido por Peter. —Al ver que éste quedaba rezagado, se volvió y bajó un par de escalones—. Espera. Lo que necesitas es un cigarrillo. —Sacando los suyos y con una sonrisa, ofreció uno a Peter.

—¿Fumar aquí?

—Por supuesto. No te verá nadie. —Jim encendió su propio cigarrillo y el de Peter. La llama del encendedor iluminó las paredes, dejando el resto en tinieblas. El humo contribuyó a disipar algo el gusto de la boca de Peter y en cierto modo, el vómito volvía a parecerle cerveza—. Aspira una o dos veces. ¿Viste? —Jim echó una bocanada de humo, pero con el encendedor apagado, sólo se podía oír cómo exhalaba. Al aspirar a su vez, vio que Hardie tenía razón. Lo había calmado—. Y ahora, sube de una vez. —Jim subía otra vez y Peter lo siguió.

Arriba, muy alto en la iglesia, recorrieron una angosta galería hasta que llegaron al frente, donde una ventana con un ancho alféizar miraba sobre la plaza. Jim estaba sentado sobre él cuando Peter llegó a su lado.

—¿Querrás creerlo? —preguntó Jim—. Una vez pasé unos instantes deliciosos con Penny aquí mismo. —Después de arrojar su cigarrillo al suelo lo apagó con el pie. Peter lo vio guiñar en la penumbra gris de la ventana—. Esto los vuelve locos. No alcanzan a imaginar quién estuvo fumando aquí. Ven. Bebe un poco.

Peter rechazó la botella y le dio el antejo.

—Bien —dijo—. Ahora que estamos aquí, explícame. —Una vez sentado en el frío alféizar, se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta impermeable.

Hardie miró su reloj.

—Primero, un poco de magia. Mira por la ventana. —Peter miró: la plaza, los edificios oscuros, los árboles desnudos. El hotel Archer enfrente no mostraba

ninguna ventana iluminada—. Uno, dos, tres. —Y *tres* de las luces de la plaza se apagaron—. Son las dos de la madrugada.

—Vaya con tu magia.

—Bien, si eres tan listo, vuelve a encenderlas. —Hardie se volvió, arrodillado en el alféizar y se acercó el anteojito a los ojos—. Lástima que la luz de ella no esté encendida. Pero si se acerca a la ventana, la veré. ¿Quieres mirar?

Peter tomó el catalejo y lo enfocó en el hotel.

—Está en el cuarto sobre la puerta principal. Enfrente mismo de nosotros y un poco hacia abajo.

—Ya veo la ventana. No hay nadie allá. —Entonces vio una llamita roja en la oscuridad del cuarto—. Espera. Está fumando.

Hardie le arrebató el catalejo.

—Es verdad. Está sentada allí. Fumando.

—Y ahora, dime por qué nos metimos en la iglesia para verla fumar.

—Te diré. El primer día que llegó al hotel traté de conquistármela. Me rechaza. Y un poco más tarde *ella* me pide a *mí* que la invite a salir. Quiere conocer la taberna de Humphrey. Y yo la llevo allá, pero apenas se ocupa de mí. Te juro, hombre, que me dio rabia. Quiero decir que para qué perder el tiempo si no le intereso, ¿no? ¿Sabes por qué? Quería conocer a Lewis Benedikt. Tú lo conoces, ¿no? El viejo que según dicen eliminó a su mujer en Francia.

—En España —le corrigió Peter, quien tenía ideas sumamente complejas acerca de Lewis Benedikt.

—¿Qué importa? Sea como fuere, estoy seguro de que fue por eso que quiso que la llevase allá. Resulta que tiene pasión por los que matan a su mujer.

—No creo que la haya matado —dijo Peter—. Es buena persona. Por lo menos, yo creo que es buena persona. Creo que a veces las mujeres lo... ya sabes cómo son...

—No me importa en lo más mínimo que lo haya hecho o no. Mira, se mueve. —Jim calló. Un instante después le sorprendió a Peter verse con el anteojito entre las manos—. Mira. Rápido.

Peter levantó el anteojito y buscó la ventana, mirando por arriba de la «A» del cartel sobre la puerta. Punto de referencia, la «A». Después, mirar directamente sobre ella. Sin querer, retrocedió unos centímetros del alféizar. La mujer estaba junto a la ventana, sonriente, con un cigarrillo en la mano y lo miraba a los ojos, a él... Sintió ganas de vomitar otra vez.

—¡Está mirándonos! —exclamó.

—Habla en serio. Estamos en el otro lado de la plaza. Afuera está oscuro. Pero ya ves lo que quiero decir.

Peter devolvió el anteojito a Jim, quien volvió a observar la ventana.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Peter.

—A que es muy rara. Las dos de la mañana y allí está en su cuarto, completamente vestida y fumando.

—¿Qué tiene de raro?

—Mira, yo he vivido toda mi vida en ese hotel, así que sé cómo actúa la gente en los hoteles. Hasta las viejas putas que suelen alojarse con nosotros. Miran

televisión, piden algo para beber o comer, dejan su ropa en todo el cuarto, dejan marcas de botellas y de vasos sobre las mesas, dan fiestitas en su cuarto y después hay que fregar las alfombras. De noche las oyes hablar solas, roncar, escupir... sí, oyes todo lo que hacen. Las oyes mear en el lavatorio. Las paredes son gruesas, pero las puertas, no, ¿sabes? Si vas por los pasillos las oyes prácticamente lavarse los dientes.

—Bien, ¿qué tiene de raro? —repitió Peter.

—Que ésta no hace nada de eso. Nunca hace ruido. Nunca mira televisión. Casi nunca hace falta limpiarle el cuarto. Hasta la cama está siempre tendida. Raro, ¿no? ¿Qué hace, entonces? ¿Dormir sobre la colcha? ¿Quedarse levantada toda la noche?

—¿Todavía está allí?

—Sí.

—Déjame ver. —Peter tomó el anteojito. La mujer seguía de pie junto a la ventana, con una leve sonrisa, como si supiese que estaban hablando de ella. Peter se estremeció y devolvió el anteojito a su amigo.

—Te diré algo más. Yo le subí la valija cuando llegó al hotel. Bien, he acarreado un millón de valijas, créeme, y ésta estaba vacía. Quizás haya habido unos diarios adentro, pero no había nada más. Un día cuando ella estaba trabajando le revisé los armarios. No había nada. No había ropa. Pero por otra parte, no siempre usaba la misma, hombre. ¿Qué hacía entonces, usarla en varias capas? Dos días después volví a mirar y esta vez el armario estaba lleno de ropa, como si supiese que alguien había estado revisándole el armario. Fue la noche que me pidió que la llevase a la taberna de Humphrey y que yo me imaginé que me haría un escándalo. La verdad es que apenas me dirigió la palabra. Casi lo único que me dijo fue: «Quiero que me presentes a ese hombre». La llevé adonde él estaba y él huyó como una liebre asustada.

—¿Benedikt huyó? ¿Por qué?

—Se me ocurrió que le tenía miedo. —Jim bajó el telescopio y encendió otro cigarrillo, sin dejar de mirar a Peter—. ¿Y sabes otra cosa? Yo también le tenía miedo. Hay algo en la manera en que te mira a veces.

—Como si sospechase que estuviste revisándole las cosas.

—Puede ser. Pero es una mirada cargada, hombre. Te llega, realmente. Hay otra cosa más. Cuando recorres los pasillos de noche, sabes cuando la gente tiene las luces encendidas, ¿no? La luz se filtra por el resquicio debajo de la puerta. Bien, ella nunca tiene las luces encendidas. *Nunca*. Pero una noche... pensarás que lo que digo es una locura.

—Dímelo.

—Una noche vi una luz vacilante debajo de su puerta. Una luz parpadeante, como de radio o algo así, ¿sabes? Una luz verdosa. Una luz fría. No era de fuego ni de nada parecido y tampoco provenía de nuestras lámparas.

—¿Qué disparate.

—Lo vi.

—Pero, no quiere decir nada. Luz verde...

—No solamente verde., como si fuera incandescente. Como si fuera plateada. De todos modos, es por eso que quería que la miremos un poco.

—Bien, la miraste. Ahora vamos a casa. ¡Mi padre se indignará si llego tan tarde!

—Espera. —Jim volvió a mirar por el telescopio. Creo que sucede algo. No está ya junto a la ventana. ¡Qué rabia! —dijo, bajando el telescopio—. Abrió la puerta y salió. La vi salir al pasillo.

—¡Viene hacia aquí! —Peter salió del alféizar y avanzó por el pasillo en dirección a la escalera.

—No te mojes los pantalones, señorita. No vendrá aquí. No podía vernos. ¿Recuerdas? Pero si piensa ir a alguna parte, yo quiero saber adónde. ¿Vienes o no?

—Jim estaba juntando ya los cigarrillos, la botella y el manojo de llaves—. Ven. Tenemos que darnos prisa. En dos minutos saldrá por esa puerta.

—¡Voy, voy!

Corrieron por el pasillo y escaleras abajo. Hardie corrió por el costado de la catedral y abrió la puerta, iluminando el interior lo suficiente para que Peter no chocase con los pilares y con los bordes de los reclinatorios. Una vez afuera y envuelto en la oscuridad, Jim deslizó el candado en la puerta y lo cerró y luego corrió hacia el automóvil. El corazón de Peter latía desaforadamente, en parte a causa del alivio que sentía al verse fuera de la iglesia. Seguía tenso de temor, no obstante imaginó a la mujer de la ventana corriendo por la plaza nevada en dirección a ellos, la reina malvada de Blancanieves, esa mujer que nunca encendía la luz o dormía en su cama y que era capaz de verlo en una noche oscura por la ventana de una iglesia.

Cayó en la cuenta de que tenía la cabeza despejada. Cuando subió al automóvil, comentó:

—El temor te quita la borrachera.

—No pensaba venir aquí, idiota —le dijo Hardie, pero a pesar del comentario se alejó del costado de la catedral y tomó el borde sur de la plaza con tanta velocidad que sus neumáticos rechinaron. Peter miró con ansiedad la vasta extensión desierta de la plaza, el suelo blanco cortado por árboles sin hojas, la estatua borrosa, pero no vio a ninguna reina malvada que se les aproximase. La imagen había sido tan nítida que siguió mirando la plaza aun después de haberse internado Jim en Wheat Row.

—Está en los escalones —susurró Jim cuando llegaron casi a la esquina.

Al mirar hacia el hotel entre los árboles desnudos, Peter la vio descender tranquilamente la escalera hacia la acera. Llevaba el abrigo largo, un echarpe que se agitaba y sombrero. Se le veía tan absurdamente normal con este atuendo y caminando por la calle desierta a las dos de la madrugada, que Peter lanzó una carcajada a la vez que se estremecía.

Jim apagó los faros y avanzó despacio hacia las luces de tránsito. A la izquierda de ellos y en el lado opuesto de la calle, la mujer se desplazó con rapidez y desapareció en la oscuridad,

—Oye, volvamos a casa —dijo Peter.

—Calla. Quiero ver adónde va.

—¿Y si nos ve?

—No nos verá. —Jim dobló a la izquierda y lentamente llegó hasta el fin de la plaza y pasó delante del hotel, con los faros siempre apagados. Aunque los faroles de

la plaza estaban también apagados, los de la calle permanecerían encendidos hasta el amanecer y los dos muchachos la vieron entrar en un círculo de luz al final de la primera cuadra sobre Main Street. Jim conducía muy despacio y después de atravesar Main Street esperó hasta que ella avanzase otra cuadra más antes de proseguir

—Está paseando —dijo Peter—. Tiene insomnio y sale a caminar de noche.

—Qué va.

—No me gusta hacer esto.

—Bien, bien. Baja y vuelve a casa a pie —murmuró Jim irritado.

Extendió luego el brazo delante de Peter y abrió la puerta—. Vamos baja y vuelve a tu casa.

Peter permaneció sentado en medio del frío que entraba por la puerta abierta, casi pronto a obedecer.

—Tú también deberías volver —dijo.

—¡Jesús! ¡Vete al diablo! Baja o bien cierra la puerta —susurró Jim—. ¡Espera un segundo! —Los dos muchachos vieron otro automóvil aproximarse por la calle, delante de ellos, y detenerse bajo la luz de un farol dos cuadras adelante. La mujer se acercó con paso pausado, la puerta del automóvil se abrió y ella subió en él.

—Conozco ese auto —dijo Peter—. Lo he visto por aquí.

—Claro que lo viste, idiota. Camaro azul setenta y cinco... es el pavo ése, Freddy Robinson. —Al alejarse el automóvil de Freddy, él mismo aceleró.

—Bien, ahora sabes adónde va por las noches.

—Puede ser.

—¿Puede ser? ¿Qué otra cosa puede ser? Robinson es casado. En realidad, a mi madre le dijo la señora Venuti que su mujer quiere divorciarse de él.

—Es porque persigue chicas del secundario, ¿no? Ya sabes que a Freddy Robinson le gustan tiernitas. ¿Alguna vez lo viste con una chica?

—Sí.

—¿Quién?

—Una chica de la escuela —dijo Peter. No quería revelar que era Penny Draeger.

—Muy bien. Entonces, sea lo que fuere que esté haciendo el tonto de Freddy, no es una cita amorosa. ¿Qué demonios será?

Seguir a Robinson los llevaba por el noroeste de Milburn, por curvas que parecían tomadas al azar y que los alejaban del centro de la ciudad. Esas casas bajo el cielo negro y los montículos de nieve en el frente de sus terrenos resultaban siniestros a Peter Barnes. La inmensidad de la noche los reducía a algo mayor que casas de muñecas, pero menor que ellas mismas en la realidad. Las luces posteriores del automóvil de Freddy se movían delante de ellos como los ojos de un gato.

—Muy bien. Veamos. Doblará ahora mismo a la derecha y proseguirá hacia el oeste en dirección a la carretera del puente.

—¿Cómo lo...? —Peter calló de pronto al ver que el automóvil de Robinson hacía exactamente lo que había predicho Jim—. ¿Adónde va?

—A lo único en este sector que no tiene una serie de hamacas para niños en los fondos de los terrenos.

—La estación ferroviaria vieja.

—Te ganaste un cigarro. O mejor todavía, un cigarrillo. —Los dos muchachos encendieron sus cigarrillos y en el minuto siguiente el automóvil de Robinson se metió en la playa de estacionamiento del edificio. Era una construcción hueca con piso de madera y una ventanilla. En las vías cubiertas de maleza estaban detenidos dos viejos furgones desde que tenían memoria los muchachos. Mientras ambos observaban desde el automóvil a oscuras la carretera llamada Bridge Road, la mujer, y luego Robinson bajaron del Camaro. Peter miró a Jim, lleno de aprensión por lo que podría hacer su amigo. Hardie esperó hasta que la mujer y Robinson se alejaron por el costado de la estación y sólo entonces abrieron la puerta.

—No quiero —dijo Peter.

—Muy bien. Quédate.

—¿Para qué? ¿Para verlos en paños menores?

—No es eso lo que piensan hacer, idiota. ¿Aquí? ¿O en esa estación como una heladera y llena de ratas? Él tiene dinero suficiente para llevarla a un motel.

—Y entonces, ¿qué? —insistió Peter, suplicante.

—Quiero saber lo que ella dice. Ella lo trajo aquí. ¿Recuerdas?

Jim cerró la puerta y se alejó caminando con sigilo por Bridge Road.

Peter tocó la manija de la puerta, la empujó hacia abajo y oyó soltarse el seguro. Jim estaba loco. ¿Para qué seguir más y meterse en dificultades sin objeto? Se habían metido ya en una iglesia, fumado cigarros y bebido whisky allí. Y ahora Jim Hardie, no satisfecho con eso se arrastraba detrás de Freddy Robinson, ese corruptor de menores y de esa mujer que le daba escalofríos.

¿Qué? La tierra vibró y de algún punto desconocido lo golpeó un viento glacial. Más allá de la estación tenía la impresión de dos voces que aullaban en medio de la súbita ráfaga. Era como si una mano estuviese golpeándolo en el interior del cráneo.

Alrededor la noche se volvió más tenebrosa y creyó que se desmayaría. Oyó vagamente a Jim Hardie caer sobre la nieve más adelante y luego ambos y la antigua estación también parecieron inundarse de un resplandor de intensa luminosidad.

Se encontraba fuera del automóvil, de pie en un suelo que parecía rebotar bajo sus pies, mirando a Jim. Su amigo estaba sentado en la nieve con el cuerpo cubierto de blanco. Las cejas le brillaban con un tinte verdoso, como el de la esfera de un reloj... La nieve hacía esto a veces, cuando reflejaba los rayos oblicuos de la luna...

Jim corrió hacia la estación y Peter atinó a pensar. *Es así como siempre se mete en dificultades. No es solamente loco... nunca renuncia a nada.*

Y ambos oyeron entonces gritar a Freddy Robinson.

Peter se puso en cuclillas junto al automóvil, como si temiese que siguiesen disparos a aquel alarido. Oyó alejarse los pasos de Jim hacia la estación. Los pasos cesaron. Aterrado, Peter miró con cautela por detrás de un guardabarro. Con la espalda y las piernas cubiertas de nieve reluciente, Jim imitaba inconscientemente su propia postura y espiaba por el costado de la estación.

Peter sintió deseos de estar a doscientos metros de distancia de allí, observando todo por un telescopio.

Jim se arrastró unos metros más. Ahora veía seguramente toda la parte de atrás de la estación. Detrás de la plataforma, unos escalones de piedra bajaban hasta las vías. Los dos vagones abandonados estaban allí, semienterrados en la maleza, en los dos extremos de la estación.

Al ver correr a Jim, agitó la cabeza. Jim corría ahora muy inclinado en dirección al automóvil. No le dijo una palabra al llegar ni lo miró, sino que abrió la puerta y se metió en el automóvil a toda velocidad. Peter subió a su vez, con las rodillas rígidas por haber estado arrodillado, en el instante en que Jim ponía el motor en marcha.

—Dime. ¿Qué sucedió?

—Cállate.

—¿Qué viste?

Hardie apretó el acelerador y movió la palanca de cambios. El automóvil se lanzó hacia adelante. Hardie tenía la chaqueta y los pantalones cubiertos de nieve.

—¿No viste nada?

—No.

—¿No sentiste temblar la tierra? ¿Por qué gritó Robinson?

—No sé. Estaba tendido sobre las vías.

—¿Y no viste a la mujer?

—No. Debía estar en un costado.

—No, viste algo. Saliste corriendo.

—Por lo menos, yo me acerqué!

El reproche velado hizo callar a Peter, pero faltaba algo más.

—Vamos, mierdita, te escondiste detrás del automóvil como una chica de cinco años... eres menos hombre que una paloma... y escucha: si alguien te pregunta dónde estuviste esta noche, dirás que estuviste jugando al póker conmigo, que estábamos jugando al póker en el sótano de tu casa, lo mismo que anoche, ¿entiendes? No pasó nada, ¿entiendes? Tomamos unos cuantos vasos de cerveza y luego reanudamos la partida que empezamos anoche. ¿Entendido?

—Entendido, pero...

—Nada —dijo Hardie, volviéndose para mirar a Peter con los ojos muy abiertos—. Bien. ¿Quieres saber lo que vi? Te diré lo que me vio a mf. ¿Sabes qué era? Era un chico, sentado en el techo de la estación y seguramente estuvo mirándome todo el tiempo. Aquello era algo enteramente inesperado.

—Un chico? Qué locura. Son casi las tres de la madrugada. Y hace frío y no hay manera de subir al techo de la estación, de cualquier modo. Nosotros tratamos de subir muchísimas veces, cuando estábamos en la escuela primaria.

—Pues el chico estaba allí y me miraba. Y ahora te paso otro dato.

—Hardie viró violentamente por una esquina y por poco no chocó con una serie de buzones individuales—. Estaba descalzo. Y además, creo que no tenía camisa.

Peter permaneció mudo.

—Te juro, hombre, que casi me muero de miedo. Por Otra parte, sospecho que Freddy Robinson está muerto. Así que si cualquiera pregunta algo, estuvimos jugando al póker toda la noche.

—Lo que tú digas.

—Sí, lo que yo diga.

Omar Norris tuvo un desagradable despertar. Después de haberlo echado de la casa su mujer, había pasado la noche en lo que consideraba su último refugio, uno de los vagones cerca de la estación abandonada y si oyó ruidos en el curso de su sueño de borracho, no lo recordaba ya. Por lo tanto, le provocó una profunda sacudida comprobar que lo que había tomado por un bulto de ropa vieja fuera un cadáver. No dijo «Cómo! ¿Otra vez?» sino una serie de palabrotas, pero en realidad lo que había querido decir era lo primero.

4

Durante los días y noches que siguieron se registraron en Milburn varios hechos de diversa importancia. Algunos parecían triviales a las personas involucradas en ellos, otros resultaban desconcertantes o molestos y otros eran notables, significativos. Todos, no obstante, formaban parte del cuadro que finalmente traería aparejados tantos cambios en la ciudad y como parte de este cuadro, todos tenían importancia.

La mujer de Freddy Robinson se enteró de que su marido estaba cubierto por un seguro personal insignificante y de que el As, el futuro miembro de los exitosos en el ramo de los seguros de vida, sólo valía quince mil dólares una vez muerto. Hizo un lacrimoso llamado de larga distancia a su hermana casada en Aspen, Colorado, quien le dijo:

—Siempre te advertí que era un canalla y un miserable. ¿Por qué no vendes la casa y te mudas aquí, a un clima más sano? ¿Y qué clase de accidente raro fue ése, hermana?

Era lo mismo que se preguntaba el médico forense del condado de Brooflie, al verse en presencia del cadáver de un hombre de treinta y cuatro años despojado de la mayor parte de sus órganos y de hasta la última gota de sangre. Por un instante consideró la posibilidad de consignar bajo el renglón CAUSA DE LA MUERTE la palabra «Desangramiento», pero en lugar de ella escribió «Vaciamiento total», palabras a las que agregó una larga nota en las que expresaba la conjetura de que el »vaciamiento» podría haber sido provocado por algún animal desconocido.

Y Elmer Scales permanecía levantado todas las noches, con la escopeta sobre las rodillas, sin saber que se había matado ya la última vaca y que la figura de expresión provocativa que había visto buscaba presas de caza mayor.

Walt Hardesty, por su parte, invitó a Omar Norris a beber en el cuarto de los fondos de la taberna de Humphrey, donde oyó decir a Omar que ahora que tenía tiempo para reflexionar sobre el hecho, creía haber oído un auto o dos aquella noche

y tenía la impresión de que aquello no era todo, sino que además imaginó oír algún *ruido* y ver una especie de *luz*.

—¿Ruido? ¿Luz? Sal de aquí ya mismo, Omar —le dijo Hardesty, pero se quedó bebiendo muy despacio su cerveza después de haber partido Omar, mientras se preguntaba qué demonios estaba ocurriendo.

Y la muchacha excelente empleada por los abogados Hawthorne y James dijo a sus patrones que deseaba abandonar el hotel Archer y que había oído decir que la señora Robinson pensaba poner en venta su casa. ¿Les sería posible a ellos conversar con su amigo en el Banco y arreglar una financiación? Según parecía, contaba con una sólida cuenta de ahorros en una organización de préstamos para vivienda de San Francisco.

Sears y Ricky se miraron mutuamente con una expresión que expresaba inusitado alivio, pues no les había gustado la idea de que la casa permaneciese vacía. Dijeron, pues, que probablemente podrían arreglar algo con Barnes.

Lewis Benedikt se hizo la promesa de llamar a su amigo Otto Gruebe para fijar un día y salir a cazar con los perros.

Larry Mulligan, encargado de arreglar el cuerpo de Freddy para el entierro, miró aquella cara y decidió que «seguramente vio al diablo en persona que venía a llevárselo».

Nettie Dedham, prisionera en su sillón de ruedas, como lo estaba también dentro de su cuerpo paralizado, se encontraba mirando por la ventana del comedor, como le gustaba hacerlo mientras Rea se ocupaba de dar la comida de la noche a los caballos, e inclinó la cabeza hacia un lado para poder ver el resplandor del crepúsculo en el prado. Vio entonces una silueta que se movía allá y como comprendía mucho más de lo que admitía su hermana, vio con temor cómo la figura se acercaba a la casa y al establo. Dejó escapar unos cuantos gritos ahogados, pero sabía que Rea no los oiría. La figura se acercó cada vez más, una figura que le resultaba extrañamente familiar. Nettie temía que se tratase del muchacho de la ciudad de quien hablaba su hermana siempre, el chico alocado y furioso cuyo nombre Rea había mencionado a la policía. Se estremeció al ver aproximarse la figura por el prado, al imaginar lo que sería la vida para ella si el muchacho llegase a hacerle algo a Rea. Chilló de terror y por poco no derribó su sillón. El hombre que se dirigía al establo era su hermano Stringer, con la camisa marrón que vestía el día que murió. Estaba cubierta de sangre, como el día que lo colocaron sobre la mesa y lo envolvieron en frazadas, pero tenía los dos brazos. Stringer miró por el espacio abierto la ventana por donde miraba Nettie, luego apartó con las manos los hilos del alambrado, pasó entre ellos y se acercó a la ventana. Le dirigió una sonrisa. La cabeza de Nettie se volcó hacia atrás entre sus hombros y Stringer se volvió otra vez para dirigirse a los establos.

Y Peter Barnes bajó a la cocina a tomar, como de costumbre, su apresurado desayuno, más aún en los últimos tiempos, por haberse vuelto su madre tan introspectiva, y encontró a su padre, quien debería haber salido quince minutos atrás, sentado a la mesa delante de una taza de café frío.

—Hola, papá —le dijo—. Mira que llegas tarde al Banco.

—Lo sé —repuso su padre—. Quería hablar contigo sobre algo. En realidad, últimamente no hemos conversado mucho, Peter.

—Sí, es posible. Pero, ¿no podría ser en otro momento? Tengo que salir para la escuela.

—Llegarás de cualquier manera. Pero esto no puede esperar. Hace unos días que estoy pensando en ello.

—¿Sí? —Peter se sirvió leche en un vaso, seguro de que se trataba de algo serio. Su padre nunca hablaba de temas serios sin andar con rodeos antes. Solía cavilar sobre ellos como si se tratase de préstamos bancarios y luego planteaba el asunto cuando tenía ya planeada la forma de encararlo.

—Creo que has estado saliendo demasiado con Jim Hardie —le dijo su padre—. No es una buena persona y está enseñándote malas costumbres.

—No estoy de acuerdo —replicó Peter irritado—. Además, tengo edad suficiente para tener costumbres propias. Y Jimmy no es en absoluto tan malo como la gente dice... sólo que a veces pierde los estribos y hace locuras.

—¿Hizo locuras el sábado en la noche?

Peter se sentó y miró a su padre con fingida calma.

—No. ¿Por qué? ¿Hicimos mucho ruido?

Walter Barnes se quitó los anteojos y se los limpió en el chaleco.

—No me digas que sigues pretendiendo que crea que estuvieron aquí esa noche.

Peter sabía muy bien que no le convenía insistir en la mentira. Hizo, pues un gesto negativo con la cabeza.

—No sé dónde estuvieron y no pienso preguntártelo. Tienes dieciocho años y derecho a tus actos privados. Quiero que sepas, sin embargo, que a las tres de la madrugada tu madre creyó oír ruido y yo me levanté y recorrí toda la casa. No estabas en la sala de juegos del sótano con Jim Hardie. La verdad es que no estabas en casa. —Walter volvió a ponerse los anteojos y miró a su hijo con aire muy grave. Peter sentía que estaba por revelar el plan que había concebido—. No se lo dije a tu madre porque no quería preocuparla. Últimamente ha estado muy tensa.

—Es verdad. ¿Por qué está tan enojada siempre?

—No lo sé —repuso Barnes, aunque tenía una idea aproximada—. Creo que siente soledad.

—Pero tiene muchas amigas, como la señora Venturi. La ve casi todos los días...

—No desvíes la conversación. Quiero hacerte unas cuantas preguntas, Peter. Tú no tuviste nada que ver con la muerte del caballo de las señoritas Dedham, ¿no?

—No —murmuró Peter, escandalizado.

—Y no creo realmente que te hayas enterado de que asesinaron a Rea Dedham.

Para Peter las solteronas Dedham eran ilustraciones de un libro de cuentos.

—¿La asesinaron? No, yo... —Sus ojos recorrieron la cocina con expresión horrorizada—. Ni siquiera lo sabía.

—Lo suponía. Yo me enteré sólo ayer. El muchacho que limpia sus establos la encontró ayer por la tarde. Hoy publicarán la noticia. Por radio y por el diario de esta noche.

—¿Por qué me lo preguntaste a mí?

—Porque la gente sospechará que Jim Hardie puede estar implicado en esto.

—¡Ridículo!

—Espero que sea ridículo, por el bien de Eleanor Hardie. Y te diré sinceramente que no puedo imaginar a un hijo de ella haciendo semejante cosa.

—No, sería incapaz. Es un poco alocado y no sabe detenerse donde cualquier otro muchacho... —Peter calló ante el sonido de sus propias palabras.

Su padre suspiró.

—Estoy preocupado... La gente sabe que Jim sentía rencor contra esas pobres viejas. No, estoy seguro de que no tuvo nada que ver, pero no cabe duda de que Hardesty lo interrogará. —Barnes se llevó un cigarrillo a los labios, pero no lo encendió—. Muy bien, hijo, tendremos que aproximarnos un poco, tú y yo. El año que viene te irás a la universidad y éste es, probablemente, el último año que pasemos juntos como una familia. Pensamos dar una fiesta dentro de quince días y querríamos que tú te calmes un poco y participes de ella. ¿Cuento contigo?

Conque aquél era el plan.

—Claro —dijo Peter, lleno de alivio.

—¿Y te quedarás durante toda la fiesta? Me gustaría que disfrutases de verdad de ella.

—Claro. —Al mirar a su padre Peter lo vio por un instante como inesperadamente viejo. Tenía el rostro arrugado y flojo, con las marcas de una vida entera de preocupaciones.

—¿Y conversaremos un poco más en la mañana?

—Sí. Lo que tú quieras. Claro.

—Y pasarás menos horas recorriendo las tabernas con Hardie, espero. —El tono era de autoridad y Peter hizo un gesto afirmativo—. Podrías meterte en verdaderas dificultades.

—No es tan malo como imaginan todos —dijo Peter—. Le ocurre que no sabe detenerse, ¿sabes? Sigue y sigue y...

—Basta. Será mejor que vayas a la escuela. ¿Quieres que te lleve?

—Prefiero caminar. Llegaría demasiado temprano.

—Muy bien, hijo.

Cinco minutos después, con los libros bajo el brazo, Peter salió de su casa. Sentía aún en las tripas las huellas del temor que había tenido al imaginar que su padre le haría preguntas sobre el sábado en la noche. Aquél era un episodio que deseaba borrar de su mente para siempre, pero el temor era tan sólo una zona temblorosa rodeada de un mar de alivio. A su padre le interesaba más aproximarse a él que lo que pudiese haber hecho con Jim Hardie. El sábado se alejaría en el tiempo y no tardaría en ser algo tan ajeno a él como las viejas Dedham.

Dobló la esquina. Entre él y lo que pudiese haber sucedido, el misterio de hacía dos noches, estaba el tacto de su padre. En cierto modo, su padre lo protegía contra

ello y las cosas terribles no sucederían. Hasta la propia inmadurez lo protegía. Si no hacía nada malo, no lo asaltarían esos terrores.

Cuando llegó al final de la plaza, el temor se había desvanecido casi del todo. El camino normal a la escuela lo habría llevado delante de la fachada del hotel, pero no quería arriesgar en lo más mínimo volver a ver a esa mujer. Se desvió hacia Wheat Row. El aire frío le acariciaba la cara y los gorriones se amontonaban y piaban en la plaza cubierta de nieve, desplazándose en rápidos movimientos en zigzag. Un largo Buick negro pasó delante de él y al mirar las ventanillas vio en el interior a los dos viejos abogados, amigos de su padre, en el asiento delantero. Ambos tenían un aspecto demacrado y lleno de fatiga. Saludó con una mano y Ricky Hawthorne agitó la mano y le devolvió el saludo.

Estaba ya en el final de Wheat Row y pasaba delante del Buick detenido cuando le llamó la atención un movimiento en la plaza. Un hombre musculoso con anteojos oscuros, un extraño al lugar, caminaba por la nieve. Llevaba una chaqueta marinera y una gorra tejida, pero Peter vio por la piel blanca arriba de las orejas que tenía el cráneo afeitado. El desconocido batía palmas y con ello ahuyentaba los gorriones como una salva de municiones. El hombre tenía el aspecto irracional de una bestia. Nadie más, ni los hombres de negocios que subían por los bonitos escalones del siglo dieciocho de Wheat Row, ni las secretarias que los seguían con sus cortos abrigos y sus largas piernas, lo vieron. El hombre volvió a batir palmas y Peter advirtió que tenía los ojos fijos en él. Sonreía como un leopardo hambriento. Comenzó a avanzar hacia Peter. Helado, Peter intuyó que se movía con mayor rapidez que la que podrían indicar sus pasos. Al volverse para correr despavorido, vio, sentado en una de las tumbas algo inclinadas detrás de la catedral de St. Michael, a un niño de pelo hirsuto y un rostro tonto y sonriente. El niño, no obstante ser menos amenazador, pertenecía a la misma sustancia que el hombre. También miraba con fijeza a Peter, quien recordó en seguida lo que había visto en la estación abandonada. El rostro tonto se deformó en una carcajada. Peter, a punto de dejar caer sus libros, huyó sin mirar hacia atrás.

Nuestra señorita Dedham dirá ahora unas pocas palabras

Los tres hombres estaban sentados en un pasillo del tercer piso del Hospital Universitario de Binghamton. A ninguno le agradaba estar allí: a Hardesty, por sospechar que hacía mal papel en una ciudad más importante, donde nadie se enteraba de inmediato de su autoridad, aparte de que sospechaba que la misión que lo traía allí sería inútil. A Ned Rowles, porque le desagradaba alejarse de las oficinas de «El Ciudadano» durante la mayor parte de las horas del día y especialmente, dejar el diagramado del diario en manos del personal, y a Don Wanderley, porque hacía demasiado tiempo que vivía lejos del este del país y le costaba conducir bien en las

carreteras congeladas. Con todo, creía que ver a la anciana cuya hermana había muerto en circunstancias tan insólitas podría ser útil a la Chowder Society.

La idea había sido de Ricky Hawthorne. «Hace años que no la veo y entiendo que hace algún tiempo tuvo un ataque cerebral, pero quizá podríamos saber algo por intermedio de ella. Si usted está dispuesto a encarar semejante viaje en un día como éste». Era un día en que el mediodía tenía la oscuridad de la noche. Las tormentas acechaban la ciudad, como si esperasen algo para desencadenarse.

—¿Cree usted que puede haber alguna relación entre ella, la muerte de su hermana y el problema de ustedes?

—Es posible —admitió Ricky—. Desde luego no lo creo, pero conviene no descuidar ni siquiera estas cosas algo externas. Diría que algo tiene que ver, de todos modos. Lo discutiremos en su totalidad más tarde. Ahora que usted está aquí, no debemos ocultarle nada. Quizá Sears no esté de acuerdo conmigo, pero estoy seguro de que Lewis, sí. —A continuación Ricky añadió con cierta amargura—: Por otra parte, tal vez le haga a usted bien alejarse de Milburn, aunque sea por poco tiempo.

Y resultó verdad, al principio. Binghamton, cuatro o cinco veces mayor que Milburn, aun en un día sombrío y torvo, era un mundo diferente, más radiante, lleno de tránsito, edificios nuevos, gente joven, el ruido de la vida urbana. Era una ciudad propia de su década que empujaba a la pequeña Milburn a algún período de novela gótica. Aquella ciudad más grande había puesto de manifiesto para él lo apartado que estaba Milburn, lo apropiado que era su ambiente para actividades especulativas como las de la Chowder Society. Era este aspecto de Milburn que al principio le recordó al doctor Pata de Cabra. Tenía la impresión de haberse acostumbrado a aquel ambiente. En Binghamton no había el rumor de lo macabro ni la anormalidad disimulada que cupiese hilvanar en historias, entre vasos de whisky y pesadillas de viejos.

Sin embargo, en el tercer piso del hospital predominaba el ambiente de Milburn. Milburn estaba presente en la suspicacia y la nerviosidad de Walt Hardesty, en sus groseros comentarios «Qué diablos está usted haciendo aquí. Usted es de la ciudad. Lo he visto en alguna parte... lo vi en Humphrey's». Milburn estaba presente también en el pelo lacio y el traje arrugado de Ned Rowles. En Milburn, Rowles parecía convencional y hasta bien vestido. Lejos de ella, parecía casi un rústico. Uno advertía que su chaqueta era demasiado corta y sus pantalones estaban surcados de arrugas. Y la actitud de Rowles que en Milburn parecía discreta y amistosa, aquí era una simple muestra de timidez.

—La verdad es que me pareció raro que la vieja Rea muriese muy poco tiempo después de haber sido encontrado muerto Freddy Robinson. Él estuvo en casa de ellas no más de una semana antes de morir Rea.

—¿Cómo murió? —preguntó Don—. ¿Y cuándo podremos ver a su hermana? ¿No hay horas de visita vespertinas?

—Estamos esperando hasta que salga el doctor —dijo Rowles—. En cuanto a cómo murió, decidí no mencionarlo en el diario. No necesitamos del sensacionalismo para vender nuestros diarios. Sin embargo, supuse que algo habían oído circular por la ciudad.

—Estuve trabajando casi sin interrupción —dijo Don.

—Ah, un nuevo libro. Magnífico.

—¿Es *eso* lo que es este hombre? —preguntó Hardesty—. Ni más ni menos lo que necesitamos ahora. Un escritor, por favor. Espléndido. Yo tendré que conversar con un testigo en presencia de un valiente editor de diario y de un escritor. ¿En cuanto a esta vieja, cómo sabrá quién soy? ¿Cómo va a saber *ella* que soy el *sheriff*?

»Eso es lo que le preocupa», pensó Don. Hardesty parecía un policía de televisión y esto se debía a que era un hombre tan poco seguro de sí mismo que necesitaba que todos supiesen que llevaba una insignia y un arma.

Seguramente algo de lo que pensaba se evidenció en su rostro, porque Hardesty se volvió más agresivo hacia él.

—Bien, veamos qué tiene que decir. ¿Quién lo mandó aquí? ¿Qué vino a hacer a la ciudad?

—Es sobrino de Edward Wanderley —dijo Rowles con aire fatigado—. Está trabajando para Sears James y Ricky Hawthorne.

—Para ese par —se lamentó Hardesty—. ¿Le pidieron que viniese a ver a la vieja?

—Me lo pidió el señor Hawthorne —repuso Don.

—Vaya. Me imagino que tendría que arrojarme al suelo y jugar a que soy su alfombra roja —dijo Hardesty y encendió un cigarrillo, sin obedecer la prohibición de fumar que figuraba en un cartel al final del pasillo—. Esos dos pajarracos ocultan algo. ¡Bajo la manga! ¡Ja, ja! Eso sí que tiene gracia.

Rowles apartó la mirada. Era obvio que se sentía avergonzado. Don lo miró con aire interrogante.

—Vamos, dígaselo, Príncipe Valiente. Le preguntó cómo murió la vieja.

—No es muy agradable —Rowles, muy molesto, sorprendió la mirada de Don.

—Es un chico grande. Tiene cuerpo de futbolista, ¿no?

Aquella era otra característica del policía. Jamás dejaba de medir las dimensiones de otros hombres en comparación con las propias.

—Vamos, hable. No es un secreto de Estado.

—Muy bien —Rowles se apoyó en la pared con un gesto cansado—. Se desangró. Le cortaron los brazos.

—¡No! —exclamó Don. Se arrepentía ya de haber venido—. Quién pudo...

—En esto sí que no puedo ayudarlo, ¿sabe? —dijo Hardesty—. Puede ser que sus amigos ricos puedan darnos una pista. Pero dígame lo siguiente. ¿A quién puede ocurrírsele circular por el lugar haciendo operaciones al ganado, como sucedió en la parcela de la señorita Dedham? ¿Y antes, en lo de Norbert Clyde? ¿Y antes aún, en lo de Elmer Scales?

—¿Cree usted que hay una sola explicación para todo eso? —Suponía Don que era esto lo que los amigos de su tío le pedían que estableciera.

Pasó una enfermera y dirigió una mirada indignada a Hardesty, quien sintió vergüenza suficiente para apagar su cigarrillo.

—Pueden entrar ahora —les dijo el médico, quien salía en ese momento.

El primer pensamiento horrorizado de Don, al ver a la anciana, fue *También ella está muerta*, pero de pronto notó la mirada viva y llena de pánico que se posaba en uno y otro de ellos. Seguidamente vio los movimientos de la boca y decidió que Nettie Dedham no podía comunicarse con nadie.

Hardesty, quien se había adelantado, mostraba una ruidosa indiferencia frente a la boca abierta y a la agitación evidente de la mujer.

—Soy el *sheriff*, señorita Dedham —le dijo—. Walt Hardesty, el jefe de policía de Milburn, ¿eh?

Al ver el pánico profundo en el ojo de Nettie Dedham, Don deseó mentalmente suerte al policía, antes de volverse hacia el editor.

—Yo sabía que había sufrido un ataque cerebral —comentó éste—, pero no que hubiese sido tan grave.

—El otro día no nos vimos —le decía Hardesty—, pero conversé con su hermana. ¿Recuerda? ¿Cuando mataron el caballo?

Nettie Dedham hizo un ruido estertoroso.

—¿Eso quiere decir «sí»?

La anciana repitió el ruido.

—Bien. Usted recuerda y sabe quién soy —Hardesty se sentó y empezó a hablar en voz baja.

—Seguramente Rea Dedham la entendía —dijo Rowles—. En una época las dos tenían fama de ser bellezas. Recuerdo haber oído hablar a mi padre de las hermanas Dedham. Sears y Ricky deben recordarlas.

—Seguramente.

—Ahora voy a preguntarle algo acerca de la muerte de su hermana —decía Hardesty en aquel momento—. Es importante que me cuente cualquier cosa que haya visto. Dígalo y yo trataré de entender lo que dijo. ¿De acuerdo?

—Gl.

—¿Recuerda ese día?

—Gl.

—Esto es imposible —susurró Don a Rowles, quien hizo una mueca y se dirigió al otro lado de la cama para mirar por la ventana. El cielo era de un color negro mezclado con el púrpura de neón.

—¿Estaba usted sentada en un lugar desde donde pudiese ver los establos donde encontraron el cuerpo de su hermana?

—Gl.

—¿Eso es «sí»?

—¡Gl!

—¿Vio acercarse a alguien hacia los establos o el galpón antes de que muriese su hermana?

—¡Gl!

—¿Podría identificar a esa persona? —Hardesty estaba sentado hacia adelante, en un ángulo exagerado—. Digamos que si la trajésemos aquí, ¿le sería posible hacer un ruido para indicar que se trata de la persona que vio?

La anciana hizo un ruido que Don identificó como un sollozo. Sentía que su presencia en este cuarto era una profanación.

—¿Era esa persona un muchacho?

Otra serie de ruidos ahogados. El interés de Hardesty se volvía ahora una impaciencia férrea.

—Digamos, entonces, que era un muchacho. ¿Era el muchacho llamado Hardie?

—Reglas del testimonio —murmuró Rowles sin volverse.

—Glooor —gimió la anciana.

—Mierda. ¿Quiso decir que no? ¿Que no era él?

—Gloooorg.

—¿Podría tratar de nombrar a la persona que vio?

Nettie Dedham estaba temblando.

—Glngr. Glngr. —El esfuerzo que hacía por hablar era tal que Don lo sentía en sus propios músculos—. Glngr.

—Bien, dejemos esto por ahora. Tengo un par de preguntas más. —Hardesty volvió la cabeza para dirigir una mirada de furia a Don, quien imaginó ver, además, ciertos indicios de vergüenza en el rostro del Policía. Se volvió otra vez hacia la mujer y habló en voz más baja. Don lo oía, no obstante.

—Supongo que no oyó ruidos raros, ¿no? ¿Ni vio luces, o cosas raras?

La cabeza de la mujer caía de un costado al otro y sus ojos se movían rápidamente por todo el cuarto.

—¿Ruidos o luces raras, señorita Dedham? —A Hardesty le desagra daba muchísimo preguntarle esto. Ned Rowles y Don cambiaron una mirada de interés y perplejidad al mismo tiempo.

Hardesty estaba enjugándose la frente, pronto a renunciar al interrogatorio.

—Muy bien. Es inútil. Cree haber visto algo, pero ¿cómo diablos puedo saber qué fue? Me voy. Quédense o váyanse. Hagan lo que se les ocurra.

Don siguió al *sheriff* fuera del cuarto y se detuvo en el pasillo mientras Hardesty hablaba con el médico. Cuando salió Rowles de la habitación, reflejaba en su rostro de muchacho avejentado una expresión pensativa, interrogante.

Hardesty se apartó del médico para mirar a Rowles.

—¿Es usted capaz de sacar algo en limpio de esto? —preguntó.

—No, Walt. Nada que tenga sentido.

—¿Y usted?

—Tampoco —repuso Don.

—Por mi parte, estoy por empezar a creer en marcianos, o en *vampiros*, o cualquier cosa de ésas bien pronto. —Con estas palabras, Hardesty se alejó por el pasillo.

Ned Rowles y Don lo siguieron. Cuando llegaron a los ascensores, Hardesty estaba ya en uno de ellos, apretando con violencia el botón. Antes de que Don pudiese entrar, la puerta del ascensor se cerró sin que el policía hiciese el menor gesto de detenerla. Era obvio que no deseaba la compañía de los otros dos hombres.

Momentos más tarde llegó otro ascensor y Rowles y Don entraron en él.

—Estuve pensando en lo que Nettie podría haber intentado decir —le dijo Rowles. Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó un silencioso descenso—. Pero le juro que es una locura.

—En los últimos tiempos no he oído nada que no sea una locura.

—Y usted es el hombre que escribió *El centinela nocturno*.

«Ya empezamos», pensó Don.

Don se cerró el abrigo y siguió a Rowles, dirigiéndose ambos hacia la playa de estacionamiento. No obstante vestir sólo el traje, Rowles no sentía aparentemente el frío.

—Venga, suba a mi auto unos minutos —le dijo el editor.

Don se ubicó en el asiento y miró con atención a Rowles. Estaba pasándose una mano por la frente. Se lo veía mucho más viejo, ahora que estaba dentro del automóvil. Las sombras parecían hundirse en las arrugas de su rostro.

—«¿Glngr?» ¿No es lo que dijo, esa última vez? ¿Usted oyó esto, también?. Por lo menos sonaba bastante como esto, ¿no? Bien. Yo nunca llegué a conocerlo personalmente, pero hace muchos años las hermanas Dedham tenían un hermano y creo que hablaron sobre él durante mucho tiempo después de su muerte...

Don volvió a Milburn por la carretera bordeada de campos, siempre bajo el extraño cielo empurpurado de rayas relucientes. Volver, volver a Milburn, con parte de la historia de Stringer Dedham como compañía. Volver a Milburn, donde la gente comenzaba a encerrarse a medida que las nevadas se intensificaban y que las casas parecían fundirse unas con otras; a Milburn, donde había muerto su tío y donde los amigos de éste soñaban horrores. Alejarse del siglo actual para volver al ambiente enclaustrado de Milburn, el que cada vez más coincidía con el de su propio estado de ánimo.

Violación de domicilio, primera parte

6

—Mi padre dice que no debo verte tan a menudo, de aquí en adelante.

—¿Y qué? ¿Te importa algo? ¿Cuántos años tienes? ¿Cinco?

—La verdad es que está preocupado por algo. No lo veo muy feliz.

—Ay, no lo ve tan feliz —lo remedó Jim—. Es viejo. Quiero decir, ¿cuántos años tiene? ¿Cincuenta y cinco? Tiene un empleo aburrido y un automóvil viejo y está demasiado gordo y su hijito predilecto está por volar del nido dentro de nueve o diez meses. Echa una miradita a esta ciudad, hermano. ¿A cuántos ves con anchas sonrisas en esas caras viejas y arrugadas? Esta ciudad está repleta de viejecitos tristes. ¿Piensas dejar que te dirijan la vida? —Jim se echó hacia atrás en el taburete del bar y sonrió a Peter, en la actitud obvia de que sus argumentos de siempre tenían el mismo poder de persuasión.

Peter tuvo la sensación de hundirse otra vez en la incertidumbre y la confusión. Los argumentos de su amigo eran hábiles. Las preocupaciones de su padre nada tenían que ver con él y nunca se había planteado la cuestión de que no sintiese afecto

por él, pues lo sentía. Ocurría, simplemente, que cabía preguntarse si siempre debería obedecer las órdenes de su padre, según las palabras de Jim, dejar que «le dirigiese la vida».

¿Había hecho, en verdad, algo malo con Jim? Gracias a las llaves de Jim, ni siquiera se habían introducido por la fuerza en la iglesia. Después siguieron a una mujer. Eso era todo. Freddy Robinson había muerto, y era una lástima, aun cuando ellos nunca hubiesen sentido afecto por él, pero nadie estaba diciendo que su muerte no había sido natural. Tuvo un síncope cardíaco, se cayó y se hirió en la cabeza...

Y no había habido ningún chico en el extremo de la estación.

Y no había habido ningún chico sentado sobre la tumba.

—Supongo que debo estar agradecido a tu padre por haberte permitido salir conmigo esta noche.

—No, las cosas no son tan graves. Considera que no debemos pasar tanto tiempo juntos y no que no debemos vernos nunca. Sospecho que no le gusta que venga a lugares como éste.

—¿Este? ¿Qué tiene de malo «éste»? —Jim hizo un gesto teatral para abarcar todo el bar con su aspecto descuidado—. ¡Oye, Sunshine! —gritó—. ¿No dirías que éste es un lugar estupendo? —El barman miró por sobre un hombro y le dirigió una sonrisa tonta—. Es tan civilizado como lo que se te ocurra, Divina Dama. Y el duque, el que me está mirando, está de acuerdo conmigo. Yo sé bien de qué tiene miedo tu viejo. No quiere que frecuentes malas compañías. Es verdad que yo soy mala persona. Pero si yo lo soy, también lo eres tú. Lo peor ha sucedido ya, entonces, y ya que estás aquí, bien puedes calmarte un poco y divertirte.

Si fuese posible anotar las cosas que decía Hardie y estudiarlas después a solas, habría sido posible hallar las fallas, pero al oírlo hablar uno se convencía de cualquier cosa.

—Mira. Lo que los viejos consideran locura no es más que una forma más de mantenerse cuerdo... si vives bastante tiempo en esta ciudad, corres peligro de que se te apolille el cerebro y hay que recordarse todo el tiempo que el mundo no se limita tan sólo a Milburn.

Jim miró con atención a Peter, bebió unos sorbos de cerveza y sonrió. Y Peter vio el brillo demencial de los ojos y supo entonces, como lo sabía ya antes, que debajo de aquella conducta loca para «mantenerse cuerdos había otra locura», una locura auténtica.

—Admítelo, Peter —le dijo Jim—. ¿No hay veces en que quisieras ver toda esta maldita ciudad en llamas? ¿Toda la ciudad derribada y aplanada por una máquina? Es una ciudad de fantasmas, hombre. Está llena de Rip Van Winkles, todos dormidos desde hace años, un Rip Van Winkle tras otro, todos viejos dormidos con la cabeza vacía de todo lo que sea nuevo y con un jefe de policía borracho y unas cochinas tabernas por toda vida social...

—¿Qué ha sido de Penny Draeger? —lo interrumpió Peter—. Hace tres semanas que no sales con ella.

Jim se encorvó sobre la barra y rodeó el vaso de cerveza con una mano.

—Uno —dijo—, se enteró de que invité a salir a esa mujer Mostyn y se enojó. Dos, sus padres, el viejo Rollie e Irmengard se enteraron de que salió un par de veces con el extinto F. Robinson. En vista de ello la arrestaron en su casa. Nunca me lo contó, ¿sabes? Me alegro de que calló. También yo la habría arrestado.

—¿Crees que salió con Robinson porque tú llevaste a esa mujer a Humphrey's?

—¿Cómo diablos puedo saber por qué hace las cosas, hombre? ¿Acaso ves alguna relación, muchacho?

—Tú, ¿no? —Lo más seguro era responder a las preguntas de Jim con otra.

—Qué diablos —dijo Jim, inclinando la cabeza hirsuta sobre la madera mojada de la barra—. Para mí, todas estas mujeres son un misterio.

Hablaba en voz baja, pero Peter vio los ojos relucientes entre los párpados entrecerrados y tuvo la convicción de que estaba representando una comedia, como siempre.

—Puede ser. Puede ser que tengas razón en parte. Podría haber una relación, después de todo, Clarabelle. Podría ser. Y si la hay, en tal caso esa mujer, Anna, además de no haberme dado nada después de tantas provocaciones, me arruinó la vida sexual con que contaba en forma segura. En realidad, si lo miras desde ese punto de vista, podría afirmar, decididamente, que me debe unas cuantas vueltas. — Jim volvió apenas la cabeza para mirar a Peter con sus ojos relucientes—. Y te diré sinceramente que esto se me había ocurrido ya. —Permanecía sentado allí, bien inclinado sobre la barra, como si la cabeza fuese un objeto aparte del cuerpo, con su sonrisa de loco fija en Peter—. Sí. Se me ocurrió ya, compañero.

Peter tragó saliva.

De pronto Jim se irguió y golpeó la mesa con los nudillos.

—Dos jarros más, Sunshme —pidió.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Peter. Tenía la certeza de que Jim lo arrastraría a lo que fuese. Al mirar por las ventanas grasientas de la taberna vio un panel de tinieblas surcado de blanco.

—Veamos. ¿Qué quiero hacer? —murmuró Jim pensativo. Con una profunda sensación de inquietud, Peter vio que todo el tiempo Jim había sabido qué quería hacer y que la invitación a tomar cerveza era tan sólo el primer paso del plan. Lo había llevado poco a poco hasta esta conversación con la misma seguridad con que lo habría conducido en un paseo por el campo, y todo ello, como una forma más de «mantenerse cuerdo»; incluso el tema de la ciudad fantasma figuraba en una cuidadosa lista escondida en algún rincón de la mente de Hardie—. ¿Qué quiero hacer? —repitió Jim, inclinando la cabeza hacia un lado—. Hasta este palacio se vuelve aburrido después de un vaso o seis vasos de cerveza. Por ello diría que volver a nuestra querida Milburn no dejaría de ser grato. Sí, creo que decididamente volveremos a nuestra querida Milburn.

—No la veamos —le pidió Peter.

Jim fingió no oír.

—Te diré que nuestra atrayente aniiguita se mudé del hotel hace quince días. Ay, cuánto la extrañarnos. La *extrañarnos*, Peter. Extraño no ver su hermoso trasero contoneándose por la escalera. Extraño esos ojos que relampaguean por los pasillos.

Extraño su valija vacía. Extraño ese cuerpo asombroso. Y estoy seguro de que tú sabes adónde se mudó.

—Mi padre arregló la hipoteca. La casa de *él*. —El gesto enfático de Peter fue exagerado, hecho que le hizo advertir de inmediato que comenzaba a estar borracho.

—Tu viejo es un enanito muy servicial, ¿no? —dijo Jim con una sonrisa simpática—. ¡Camarero! —gritó, golpeando la mesa—, Para mi amigo y para mí, dos porciones del mismo whisky *boirbon*. —Con aire resentido el barman sirvió dos porciones del mismo whisky que Jim le había robado antes—. Bien —prosiguió Jim—. Volvamos al grano. Nuestra amiguita a quien tanto extrañarnos se va de nuestro excelente hotel y se instala en la casa de Robinson. Dime. ¿No es coincidencia bastante curiosa? Pienso que tú y yo, Clarabelle, somos las únicas dos personas en el mundo que sabemos que se trata de una coincidencia. Porque somos las únicas personas que saben que ella estaba en la estación cuando reventó el viejecito Freddy.

—Fue el corazón —murmuró Freddy.

—La verdad es que ella te da en el corazón. Te da en el corazón y en los testículos. Pero es gracioso, ¿no crees? Freddy cae sobre la vía ...¿dije cae? No: flota. Lo vi, no lo olvides. Flota hasta caer sobre las vías como si estuviese hecho de papel de seda. Y entonces ella se calienta de impaciencia por ocupar su casa. ¿Será otra coincidencia, hermano? ¿Ves también una relación en esto, Clarabelle?

—No —susurró Peter.

—Vamos, Peter, no fue así como obtuviste tu inscripción adelantada en esa universidad de porquería. A usar esos poderosos sesos, chico. —Jim apoyó una mano en la espalda de Peter y se inclinó hacia él, despidiendo un vaho alcohólico sobre la cara de su amigo—. Nuestra amiguita preciosa busca algo en esa casa. Imagínala allí. Te diré, hombre, que me siento curioso... ¿Tú, no? Esa mujercita llena de pimienta vagando en esa casa vieja de Freddy... ¿Qué busca? ¿Dinero? ¿Joyas? ¿Drogas? ¿Quién puede saberlo? El caso es que busca algo. Paseando ese cuerpecito sensual por esos cuartos, revisando todo... ¡Qué bueno sería verla! ¿No crees?

—No quiero —dijo Peter. El whisky se le pegaba a las tripas como si fuera aceite.

—Creo —le dijo Jim— que es hora de que empecemos a dirigirnos a nuestro medio de transporte.

Peter se encontró afuera, de pie junto al automóvil de Jim. No podía recordar por qué estaba solo allí. Pisó el suelo varias veces, volvió la cabeza y llamó:

—¡Jim, ven!

Instantes después apareció Hardie con una sonrisa de tiburón.

—Lamento haberte hecho esperar. Tuve que decirle a nuestro amigo allá dentro cuánto disfruté de su compañía. No pareció creerme y tuve que repetir varias veces el mensaje. Evidenció lo que podrías llamar una total falta de interés. Por suerte, conseguí solucionar el problema de nuestra necesidad de refuerzo líquido durante el resto de la noche. —Al decir esto, se bajó en parte el cierre de cremallera de la chaqueta hasta dejar ver el cuello de una botella de whisky.

—Eres un loco.

—Loco como un zorro, querrás decir —Jim abrió el automóvil y se inclinó para abrir la puerta del lado de Peter—. Volvamos ahora al tema de nuestra conversación anterior —dijo.

—En serio, deberías ir a la universidad —observó Peter cuando Jim puso en marcha el automóvil—. Con la capacidad que tienes para hacer disparates, te harían miembro de la mejor sociedad estudiantil.

—Te diré que alguna vez pensé que no sería mal abogado —dijo Jim en un comentario inesperado—. Vamos, bebe un trago —agregó, pasando la botella a Peter—. ¿Qué es, después de todo, un abogado, sino un mentiroso de óptima calidad? Piensa en el viejo Sears. Si alguna vez vi yo a alguien que sería capaz de engañarte desde aquí hasta Florida...

Peter recordó la última vez que había visto a Sears James, sentado como una mole en un automóvil, el rostro pálido detrás de la ventanilla empañada. Seguidamente recordó la cara del chico sentado sobre la lápida de la tumba junto a la iglesia de St. Michael.

—No nos acerquemos a esa mujer —pidió.

—Mira, es justamente lo que quiero discutir contigo —dijo Jim, dirigiendo a Peter una mirada penetrante—. ¿No habíamos llegado al punto en que la dama misteriosa vaga por la casa en busca de algo? Si mal no recuerdo, Clarabelle, te invité a considerar esta imagen.

Peter hizo un gesto lúgubre con la cabeza.

—Y pásame esa botella si no piensas usarla para nada. Bien. Hay algo en esa casa, ¿no? ¿No sientes curiosidad por saber qué es? Pasa algo, compañero, y tú y yo somos los únicos que estamos enterados. ¿Estoy en lo cierto hasta ahora?

—Es posible.

—¡VAMOS! —vociferó Hardie y Peter se sobresaltó—. ¡Eres una *MIERDA*! ¿Qué otra cosapuede ser, estúpido? Hay alguna razón por la cual ella quería esa casa... es lo único que tiene algo de sentido. Hay algo allí que ella quiere.

—¿Crees que se deshizo de Robinson?

—No sé. No vi nada, salvo a Robinson, flotando, o algo parecido, hasta que cayó sobre la vía. ¿Qué diablos quieres que te diga? Lo que sí puedo asegurarte, es que quiero mirar un poco esa casa.

—No, por favor —se lamentó Peter.

—No hay por qué tener miedo —insistió Jim—. No es más que una mujer cualquiera. Tiene costumbres extrañas, pero es una mujer, Clarabelle. Además, no soy tan tonto como para ir cuando ella está en casa. En fin, si eres tan gallina que no quieres ir conmigo, bájate y camina a tu casa. Caminar, caminar, por la carretera rural en tinieblas. Caminar por esa carretera oscura hasta Milburn.

—¿Cómo sabrás que no está? Dijiste que todas las noches se sienta a oscuras.

—Tocas el timbre, estúpido.

En la cima de la última colina antes de llegar al desvío, Peter, medio enfermo ya de aprensión, contempló la carretera y vio las luces de Milburn, todas juntas en una pequeña hondonada. Casi se las habría podido recoger con una sola mano. Era algo

arbitrario, Milburn como una población nómada compuesta de tiendas y a pesar de haberla conocido toda su vida, aunque en realidad, era lo único que había conocido, Peter la encontraba poco familiar.

En ese instante comprendió el porqué.

—Jim. Mira. Todas las luces en el sector oeste de la ciudad están apagadas.

—La nieve hizo caer los cables.

—Pero no nieva ahora.

—Nevaba cuando estábamos en el bar.

—¿Viste realmente al chico sentado en el tejado de la estación esa noche?

—Qué va. Imaginé haberlo visto. Seguramente era nieve o un diario, o algo por el estilo... mierda, Clarabelle, ¿cómo puede subir allí un chico de esa edad? Sabes muy bien que no puede. Sinceramente, Clarabelle, reconozco que aquella noche había allí un ambiente de fantasmas.

Prosiguieron el camino hacia Milburn a través de la oscuridad cada vez mayor.

7

Allá, en la ciudad, Don Wanderley estaba sentado a su escritorio en el ala occidental del hotel Archer y vio que de pronto la oscuridad se extendía sobre la calle bajo su ventana, a pesar de que su propia lámpara sobre el escritorio seguía encendida.

Y Ricky Hawthorne contuvo una exclamación al invadir las tinieblas su *living-room* y Stella dijo que trajese las velas, que era sólo aquel punto de la carretera donde las líneas de alta tensión caían por lo menos dos veces todos los inviernos.

Y Milly Sheehan, al ir en busca de sus propias velas, oyó unos golpecitos en la puerta principal, golpecitos a los que no respondería ni en los próximos mil años, no, jamás.

Y Sears James, encerrado en su biblioteca súbitamente a oscuras, oyó un resonar de pasos alegres en la escalera y se dijo que había estado dormitando.

Y Clark Mulligan, que había estado exhibiendo el ciclo de dos semanas de ciencia ficción y películas truculentas y tenía la cabeza llena de imágenes horripilantes —*puedes exhibirlas, hombre, pero nadie te obliga a miraras*— salió del Rialto a tomar un poco de aire en mitad de un rollo y creyó ver en la repentina oscuridad a un hombre que era un lobo y que pasó velozmente por la calle, empeñado en una misión feroz, con una prisa malvada por llegar a algún punto (*nadie te obliga a mirar esas cosas, hombre*).

Violación de domicilio. Segunda parte

8

Jim detuvo el automóvil a unos cien metros de la casa.

—Si no se hubiesen apagado las luces... —comentó. Ambos contemplaban la fachada impenetrable de la casa, con sus ventanas sin cortinas, detrás de las cuales no pasaban siluetas ni brillaban velas.

Peter Barnes recordó lo que había visto Jim Hardie, el cuerpo de Freddy Robinson flotando, hasta caer sobre las vías cubiertas de maleza y el chico que no estaba allí, pero a la vez estaba encaramado en los tejados de las estaciones y en las losas de las tumbas. Y en seguida pensó: Tenía razón la última vez. *El temor te vuelve sobrio*. Al mirar a Jim, vio que éste estaba tenso de expectativa.

—Yo pensaba que de todos modos ella nunca las encendía.

—Con todo, hermano, querría que no se hubiesen apagado —dijo Jim y se estremeció. Su rostro era una máscara surcada por la gran sonrisa—. En un lugar como éste —dijo, señalando con un gesto amplio el respetable barrio de casas de tres pisos—, quiero decir, en este paraíso de rotarianos, es posible que nuestra amiguita tenga ganas de no parecer fuera de lugar. Bien podría tener encendidas las luces para que nadie sospeche que es un poco rara. —Hardie inclinó la cabeza—. Como por ejemplo, la casa vieja de Rayen Lane donde vivía el escritor... Wanderley, ¿no? ¿Pasas a veces por allí de noche? Todas esas casas alrededor de ella están iluminadas, mientras que la de Wanderley está oscura como una tumba, hombre. Te pone la piel de gallina.

—*Esto* me pone piel de gallina —observó Peter—. Aparte de que es ilegal.

—La verdad es que eres el colmo. ¿Lo sabías? —Hardie se volvió en el asiento y miró con atención a Peter, quien vio a su vez la impaciencia apenas dominada por *moverse, por hacer*, por atacar cualquier barrera que el mundo pudiese oponerle—. ¿Acaso tienes la sensación de que nuestra amiguita se preocupa por lo que es legal o lo que no lo es? ¿Crees que consiguió esta casa porque le preocupaban las malditas leyes, o Walt Hardesty? ¡Por favor! —Hardie movió la cabeza en un gesto que expresaba disgusto real, o bien fingido. Peter sospechó que estaba creándose el estado de ánimo propicio para cometer actos que aun para él mismo eran extremadamente audaces.

Jim se apartó un poco y puso en marcha el automóvil. Por un instante Peter tuvo la esperanza de que Hardie diese la vuelta a la manzana y volviese al hotel, pero su amigo no pasó de primera y se limitó a llevar lentamente el automóvil a lo largo de la calle hasta que se encontraron frente a la casa.

—O me sigues, o eres un estúpido, estúpido —dijo.

—¿Qué piensas hacer?

—Primero, echar una miradita por una ventana de abajo. ¿Eres bastante hombrecito para eso, Clarabelle?

—No verás nada.

—Me hartas —comentó Jim y bajó del automóvil.

Peter titubeó sólo un instante. Luego bajó a su vez y siguió a Jim por el césped cubierto de nieve y por un costado de la casa. Los dos muchachos caminaban con rapidez y algo inclinados para evitar ser vistos por los vecinos.

Minutos después estaban en cuclillas sobre un montículo de nieve bajo una de las ventanas laterales.

—Bien, por lo menos tuviste ánimo para mirar por la ventana, Clarabelle.

—No me llames así —dijo Peter—. Me molesta.

—Buen momento elegiste para decírmelo —señaló Hardie sonriendo y luego levantó la cabeza para mirar por encima del alféizar—. Mira, fíjate en esto.

Muy despacio, Peter levantó la cabeza por arriba del alféizar. El cuartito del costado era apenas visible bajo la luz de la luna que brillaba sobre sus hombros. No tenía muebles ni alfombra.

—Qué mujer macabra —observó Hardie. En su tono había risa contenida—. Vayamos a los fondos —añadió y se alejó sin hacer ruido, siempre encorvado. Peter fue detrás.

—Te diré que no creo que esté —dijo Hardie cuando Peter llegó a la parte de los fondos de la casa. Se había erguido y estaba apoyado en la pared, entre una ventanita y la puerta de servicio—. Tengo la sensación de que la casa está vacía. —Ahí, donde nadie podía verlos, los dos se sentían más cómodos.

El terreno alargado de los fondos terminaba en un promontorio blanco que no era otra cosa que el cerco sepultado en la nieve. Entre ellos y el cerco había una fuentecita para los pájaros, de cemento, con la palangana llena de nieve, como el baño de una torta. Aun bajo la luz de la luna, era un objeto común que tranquilizaba un poco. No cabía asustarse de una fuentecita para los pájaros que estuviese mirándolos, pensó Peter y consiguió sonreír.

—¿No me crees? —lo desafió Hardie.

—No es eso. —Ambos hablaban con sus voces normales.

—Bien, en tal caso, mira tú primero.

—Voy —dijo Peter y se dirigió con paso decidido hacia la ventanita. Por ella vio el pálido brillo de una pileta, el piso de madera y una cocina dejada seguramente por la señora Robinson. Un vaso para agua olvidado en el bar, usado para el desayuno reflejaba la luz de la luna. La fuentecita para los pájaros había resultado reconfortante, pero esto, en cambio, tenía aspecto desolado, un solo vaso juntando polvo sobre el mostrador, y en seguida Peter decidió estar de acuerdo con Jim en que la casa estaba vacía.

—Nada —dijo.

Hardie, a su lado, hizo un gesto afirmativo. Saltó entonces sobre el pequeño escalón de cemento delante de la puerta de servicio.

—Oye, si alguien contesta, corre como el demonio. —Apretó entonces el timbre.

El timbre resonó por toda la casa.

Ambos muchachos se pusieron tensos y contuvieron la respiración. No se oyeron pasos ni voces que respondiesen.

—¿Viste? —dijo Jim con una sonrisa angelical—. ¿Qué me cuentas?

—Estamos haciendo mal esto —señaló Peter—. Lo que deberíamos hacer es ir a la puerta principal y fingir que acabamos de llegar. Si nos ve alguien, no seremos más que dos muchachos que vienen a verla. Si no responde, podremos hacer lo que haría cualquiera en este caso y miraremos por las ventanas del frente. Si alguien llega a vernos arrastrándonos como antes, llamará a la policía.

—No está mal pensado —dijo Jim al cabo de un instante—. Muy bien, haremos eso. Pero si nadie contesta, volveré aquí y entraré. La idea era ésa. ¿Recuerdas?

Peter hizo un gesto afirmativo. Lo recordaba.

Como si también sintiese alivio por no tener que seguir caminando agazapado, Jim avanzó con paso rápido y espontáneo hasta el frente de la casa. Peter lo siguió más lentamente y Jim atravesó el espacio de césped nevado hasta la puerta principal.

—Vamos —dijo.

Mientras esperaba junto a su amigo, Peter pensó: «No puedo entrar». Una casa vacía, pero llena de cuartos sin muebles y de la atmósfera de la mujer que había decidido vivir en ella, parecía fingir solamente su quietud.

Jim tocó el timbre.

—No perdamos tiempo —dijo y con ello manifestó su propia aprensión.

—Espera. Actúa como siempre.

Jim se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y movió los pies sobre el escalón.

—¿Basta ya?

—Unos segundos más.

Jim exhaló una espesa nube de vapor.

—Muy bien. Unos segundos más. Uno... dos... tres. ¿Y ahora?

—Vuelve a llamar. Como llamarías si creyeses que está en casa.

Jim apretó el timbre por segunda vez. El ruido reverberó y luego cesó en el interior.

Peter levantó los ojos para mirar la hilera de casas calle por medio. No había automóviles. Ni luces. A unas cuatro casas de distancia el débil resplandor de una vela brillaba en una de las ventanas, pero no había rostros curiosos que observasen a los dos muchachos parados en un escalón de la casa de la nueva vecina. La casa del viejo doctor Jaffrey, exactamente enfrente, tenía un aspecto tétrico.

Sin que supiesen de dónde provenía, en forma totalmente inexplicable, una música lejana llegó flotando hasta ellos. El zumbido de un trombón, las cadencias insinuantes de un saxofón, música de jazz, ejecutada muy lejos de ellos.

—¿Oyes? —Jim Hardie levantó la cabeza y se volvió—. Suena como... ¿Qué?

Peter tuvo la imagen de las casas rodantes, de los músicos negros tocando sin cesar hasta entrada la noche.

—Suena como un circo ambulante.

—Claro. Llegan muchos a Milburn. En noviembre.

—Debe de ser un disco.

—Alguien tiene la ventana abierta.

—Tiene que ser eso.

Y sin embargo, la idea de que apareciesen de pronto los músicos de un circo ambulante en Milburn era alarmante para ellos. Ninguno de los dos quería admitir que aquellos sonidos contagiosos eran demasiado auténticos para provenir de una grabación.

—Y ahora miraremos por la ventana —dijo Jim—. Por fin.

De un salto se apartó de los escalones y se acercó a la ventana del frente. Peter permaneció bajo el alero sobre la puerta batiendo palmas muy despacio, escuchando la música lejana. El camión del circo estaba entrando en la ciudad, en dirección al centro y a la plaza, según suponía. Pero, ¿qué sentido tenía eso? El ruido cesó.

—No puedes imaginar lo que estoy viendo —le dijo Jim.

Sorprendido, Peter miró a su amigo. El rostro de Jim seguía impassible.

—Un cuarto vacío —sugirió.

—No del todo.

Sabía que Jim no le diría nada y que tendría que mirar por sí mismo. De un salto bajó del escalón y se acercó a la ventana.

Al principio vio lo que había esperado ver: un cuarto vacío sin alfombra y con una invisible capa de polvo en todas partes. En el lado opuesto a la ventana, el arco negro de una puerta. A su lado, el reflejo de su propia cara que lo miraba desde el vidrio.

Sintió por un segundo el terror de encontrarse atrapado allí, como su propio reflejo, de verse obligado a pasar por esa puerta, a caminar por esos tablones desnudos. El terror tampoco tenía mayor sentido que la música de la banda, pero como la música, estaba presente.

Entonces vio a qué se había referido Jim. En un costado, apoyada en el zócalo, había una valija marrón en el suelo.

—¡Es la de ella! —le dijo Jim al oído—. ¿Sabes lo que significa?

—¡Está aún aquí! Está en la casa.

—No. Lo que ella quiere está aún en la casa.

Peter se alejó de la ventana y miró el rostro enrojecido y obstinado de Jim.

—Basta de titubeos —dijo—. Voy a entrar. ¿Vienes... Clarabelle?

Peter no pudo replicar, porque Jim se había alejado ya hacia el costado de la casa.

Segundos más tarde oyó el ruido seco, seguido de un tintineo, de vidrio roto. Con un quejido ahogado, se volvió y vio sus propios rasgos reducidos en la ventana. Reflejaban temor e indecisión.

Vete. No. Tienes que ayudarlo. Vete, no, tienes que...

Peter fue hacia los fondos de la casa con tanta rapidez como le era posible sin correr.

Jim había subido los escalones delante de la puerta de servicio y metido una mano por el agujero hecho al romper uno de los vidrios. Bajo la luz escasa e inclinado como estaba, era la imagen del ladrón. Volvió a recordar las palabras de Jim. *Así que ha sucedido ya lo peor y bien puedes calmarte y disfrutar.*

—Ah, eres tú... —dijo Jim—. Creí que estabas ya escondido debajo de alguna cama.

—¿Qué sucederá si vuelve?

—Salimos corriendo por la puerta de servicio, tonto. Hay dos puertas, ¿recuerdas? ¿O acaso temes no saber correr tan rápido como una *mujer*?

—Su rostro se inmovilizó un instante, lleno de concentración. Se oyó entonces abrirse el cerrojo—. ¿Vienes?

—Puede ser. Pero no pienso robar nada. Y tú tampoco lo harás. Jim murmuró un comentario burlón y entró por la puerta. Peter subió los escalones y metió la cabeza para mirar. Hardie avanzaba por la cocina y se metía cada vez más adentro de la casa sin molestarse en mirar hacia atrás.

Bien puedes calmarte y disfrutar. Al trasponer el marco de la puerta vio a Hardie delante de él, marchando ruidosamente por el pasillo, abriendo puertas y armarios.

—*Calla* —susurró Peter.

—Calla tú —repuso Jim, hablando fuerte, pero los ruidos cesaron de inmediato, lo cual hizo comprender a Peter que, lo admitiese o no, Jim también tenía miedo.

—¿Adónde piensas buscar? —preguntó Peter—. ¿Y qué estás buscando?

—¿Qué sé yo? Lo sabremos cuando lo veamos.

—Está demasiado oscuro aquí para ver nada. Se veía mejor desde afuera.

Jim sacó fósforos de un bolsillo y encendió uno.

—¿Qué tal? —preguntó. En verdad era peor. Antes habían tenido una visión borrosa de todo el vestíbulo, pero ahora veían solamente lo que había dentro de un pequeño círculo de luz.

—Bien, no nos separemos —dijo Peter.

—Podríamos revisar la casa con mayor rapidez si nos separásemos.

—No quiero.

—Como prefieras —dijo Jim, encogiéndose de hombros. Precedió a Peter y entró antes que él en el comedor. El cuarto tenía un aspecto más lóbrego aún que visto desde afuera por la ventana. Las paredes, con dibujos aquí y allá hechos por los lápices de colores de los niños mostraban los rectángulos pálidos de los puntos donde había habido cuadros colgados. La pintura se desprendía en cáscaras y manchas. Jim estaba recorriendo el cuarto, golpeando las paredes, encendiendo un fósforo tras otro.

—Mira la valija.

—Ah, sí. La valija.

Jim se arrodilló y abrió la valija.

—Nada —dijo. Peter observaba por encima de su hombro mientras volvía la valija, la sacudía y tornaba a dejarla sobre el piso.

—No encontramos nada —susurró.

—Jesús, busquemos en dos cuartos y estás ya listo para abandonar.

—Jim se levantó de un salto y en el mismo momento se le apagó el fósforo.

Los rodeó una oscuridad total antes de que Peter susurrase:

—Enciende otro fósforo.

—Es mejor así. Nadie podrá ver la luz desde afuera. Se te acostumbrarán los ojos.

Permanecieron callados y a oscuras unos cinco o seis segundos, y la imagen de la llama se borró de sus ojos hasta ser sólo un puntito en la negrura absoluta. Esperaron luego unos segundos más y poco a poco los contornos de la casa se perfilaron.

Desde un punto de la casa se oyó un ruido y Peter se sobresaltó.

—Por Dios, cálmate.

—¿Qué fue eso? —murmuró Peter. Sentía el temor histérico en su tono.

—Crujió una escalera. Se cerró la puerta de servicio. No es nada.

Peter se tocó la frente con los dedos y advirtió que le temblaban contra la piel.

—Escucha. Hemos estado hablando, golpeando paredes, luego rompimos una ventana... ¿No crees que aparecería si estuviese aquí?

—Es probable.

—Bien, probemos el piso de arriba.

Jim lo asió por la manga y lo arrastró fuera del *living-room* hasta que se encontraron otra vez en el vestíbulo. Allí lo soltó y Peter debió seguirlo hasta el pie de las escaleras.

Arriba estaba oscuro... arriba había territorio desconocido. Cada vez se sentía Peter más aprensivo y al mirar esas escaleras, su temor era mayor aún que el sentido desde que habían entrado en la casa.

—Sube tú. Yo me quedaré aquí.

—¿Quieres quedarte aquí solo y a oscuras?

Peter trató de tragar saliva, pero no pudo. Agitó la cabeza.

—Muy bien. Tiene que estar allí. Lo que sea.

Jim apoyó un pie en el segundo de los escalones descascarados. También les habían quitado la alfombra. Subió un poco y se volvió para preguntar:

—¿Vienes? —Seguidamente volvió a subir de a dos escalones a la vez. Peter lo miraba desde abajo. Cuando Jim llegó a la mitad, puso toda su voluntad en seguirlo.

Las luces se encendieron cuando Jim llegó al final de las escaleras y Peter había avanzado dos tercios del camino.

—Hola, muchachos —dijo una voz profunda y tranquila desde abajo.

Jim Hardie lanzó un alarido.

Peter trastabilló en los escalones y medio paralizado de miedo, creyó que caería escaleras abajo hasta caer en manos del hombre que los miraba.

—Quiero llevarlos hasta donde está la dueña de casa —dijo el hombre con una sonrisa impasible. Era el hombre más extraño que hubiese visto jamás Peter. Tenía una gorra azul tejida sobre un pelo rubio y rizado como el de Harpo Marx y llevaba anteojos negros. Vestía un enterizo pero no llevaba camisa y su rostro tenía la palidez del marfil. Era el hombre de la plaza—. Estará encantada de volver a verlos —añadió—. Como son sus primeros visitantes, pueden contar con una bienvenida realmente cálida. —La sonrisa del hombre se hizo más ancha. Lentamente comenzó a subir las escaleras.

Cuando hubo subido unos pocos escalones levantó una mano y se quitó la gorra azul. Junto con ella salieron los rulos. Eran los de una peluca como la de Harpo Marx.

Cuando se quitó los anteojos, sus ojos relucían con un color amarillo, uniforme.

De pie junto a la ventana del hotel y mientras contemplaba el sector de Milburn sumido en la oscuridad, Don oyó los arabescos de los saxofones y los trombones que resonaban en el aire frío y pensó: *Llegó el doctor Pata de Cabrá.*

Detrás de él sonó el teléfono.

Sears estaba delante de la puerta de su biblioteca, escuchando los pasos suaves en sus escaleras, cuando sonó el teléfono. Sin responder, hizo girar la llave de la puerta y la abrió. Las escaleras estaban vacías.

Fue entonces a contestar el teléfono.

Lewis Benedikt, cuya gran casa estaba en el sector exterior de la zona afectada por el corte de energía no oyó la música ni los pasos infantiles. Lo que oyó, llevado por el viento, o bien en el interior de la propia mente o, en fin, arrastrado por una leve ráfaga a través del comedor y abrazando el poste de madera al pie de las escaleras antes de avanzar hacia él, era el sonido más desesperado que conocía: la voz desfalleciente, casi inaudible de su mujer muerta que lo llamaba una y otra vez: «Lewis, Lewis». Hacía dos días que la oía en forma esporádica. Cuando sonó su teléfono, se dirigió hacia él con una sensación de alivio.

Y también sintió alivio al oír la voz de Ricky Hawthorne.

—Me volveré loco sentado aquí a oscuras. Hablé con Sears y con el sobrino de Edward y con gran amabilidad Sears propuso que nos reunamos esta misma noche y sin mayor aviso previo en su casa. Yo opino que necesitamos reunirnos. ¿No estás de acuerdo? Romperemos una regla e iremos tal como estamos vestidos, ¿eh?

Se le ocurrió a Ricky que el joven estaba adquiriendo el aspecto de un auténtico miembro de la Chowder Society. Bajo la máscara de sociabilidad que cabría haber esperado en un sobrino de Edward, tenía un estado de nerviosidad. Apoyado en el respaldo de uno de los magníficos sillones de cuero de Sears, bebía despacio su whisky y contemplaba (con un gesto que reproducía automáticamente la ironía de su tío) el cuidado interior de la biblioteca (¿La veía acaso tan anticuada como Edward había afirmado siempre?), hablaba entre pausas, pero en todo ello había una corriente subterránea de tensión.

«Puede que esto lo convierta en uno de nosotros», pensó Ricky. Y vio entonces que Don era el tipo de individuo que siempre habrían protegido, años y años atrás. De haber nacido cuarenta años antes, habría sido amigo de todos ellos por derecho natural.

Con todo, había algo secreto en él. Ricky no alcanzaba a explicarse qué quiso decir cuando les preguntó si alguno de ellos había oído música durante el comienzo de la noche. Cuando pidieron mayores explicaciones, Don eludió las preguntas y dijo:

—Comenzaba a tener la sensación de que todo lo que ocurre tiene relación directa con lo que escribo.

Este comentario que habría parecido algo egocéntrico en otras circunstancias adquirió cierto peso al ser expresado así, bajo la luz de las velas. Cada uno de ellos se agitó en su sillón.

—¿No es ésta la razón por la cual lo invitamos a venir? —dijo Sears.

Después Don les dio explicaciones. Ricky escuchó, con aire perplejo, la descripción hecha por Don de una idea para un nuevo libro, seguida de la del carácter del doctor Pata de Cabra y de la afirmación de que había oído la música del saltimbanqui antes de recibir el llamado telefónico de Ricky.

—¿Quiere usted decir que los sucesos de esta ciudad son hechos de un libro no escrito aún? —preguntó Sears con tono incrédulo—. ¡Qué disparate!

—A menos —dijo Ricky pensativo— ...a menos que... es que no sé bien cómo expresar esto. A menos que las cosas aquí en Milburn se hayan concentrado... hayan adquirido una significación que no tenían antes.

—Quiere decir usted que el foco de esa concentración soy yo —dijo Don.

—No sabría decirlo.

—Esto no tiene sentido —interpuso Sears—. Hablar de concentración, de focos... todo lo que ha sucedido es que estamos consiguiendo asustarnos mutuamente cada vez más. Es en eso que debe concentrarse usted. Los fantaseos de un novelista no pueden tener nada que ver con esto.

Lewis se mantenía apartado, ensimismado, absorto en alguna desdicha personal. Cuando Ricky le preguntó qué opinaba, repuso:

—Disculpa, estaba pensando en otra cosa. ¿Puedo servirme otro trago, Sears?

Muy serio, Sears hizo un gesto afirmativo. Lewis bebía al doble de la velocidad habitual, como si su presencia en una reunión vistiendo una camisa vieja y una chaqueta de tweed lo excusase de obedecer otra de sus reglas habituales.

—¿Qué se supone que señala este foco misterioso? —preguntó Sears con tono agresivo.

—Lo sabes tan bien como yo. Primero que nada, la muerte de John.

—Coincidencia —dijo Sears.

—Las ovejas de Elmer... todos los animales que mataron.

—Ahora crees en los marcianos de Hardesty.

—¿No recuerdas lo que nos contó Hardesty? Que era una especie de diversión... de diversión a la que se dedicaba algún ser. Lo que quiero sugerir es que se juega ahora por mayores valores. Freddy Robinson. La pobre Rea Dedham. Hace meses tuve la sensación de que nuestros cuentos estaban provocando algo y... temo, mucho me temo, que mueran más personas aún. Lo que quiero decir es que nuestras vidas y las de muchos en esta ciudad pueden hallarse en peligro.

—Bien, sostengo lo que dije. No hay duda de que conseguiste asustarte bien —dijo Sears.

—Todos estamos asustados —señaló Ricky. El resfrío daba aspereza a su voz y le latía la garganta, pero hizo un esfuerzo para proseguir—. Todos. Creo, no obstante, que la llegada de Don aquí ha sido como la ubicación de la última pieza de un rompecabezas... que cuando Don se unió a todos nosotros, las fuerzas, o como quieran ustedes llamarlas, se hicieron más poderosas. Creo que las invocamos.

Nosotros, con nuestros cuentos y Don con su libro y su imaginación. Vemos cosas, pero no creemos en ellas. Sentimos cosas... que nos observan, que seres siniestros nos siguen... pero las rechazamos como fantasías. Soñamos horrores, pero tratamos de olvidarlos. Y entretanto, han muerto tres personas.

Lewis contemplaba fijamente la alfombra. Luego hizo girar con un gesto nervioso un cenicero que estaba sobre la mesa frente a su sillón.

—Acabo de recordar algo que dije a Freddy Robinson la noche que me acorraló fuera de la casa de John. Le dije que alguien estaba aplastándonos uno a uno, como a moscas.

—Pero, ¿por qué habría de ser este joven, a quien ninguno de nosotros había visto nunca hasta hace poco, el último elemento del rompecabezas? —preguntó Sears.

—¿Porque es el sobrino de Edward? —preguntó Ricky. La idea se le ocurrió en forma súbita e instantes después tuvo una dolorosa sensación de alivio de que sus hijos no pensasen venir a Milburn para Navidad—. Sí —dijo—. Porque es el sobrino de Edward.

Los tres hombres mayores sentían casi palpablemente la gravedad de lo que Ricky acababa de calificar como las fuerzas afrededor de ellos. Tres hombres llenos de temor, sentados bajo la luz ardiente de las velas, contemplando el propio pasado.

—Es posible —dijo Lewis y apuró su whisky—. Pero no comprendo el caso de Freddy Robinson. Quería que nos encontrásemos. Me llamó dos veces. Yo lo eludí con pretextos. Le hice una vaga promesa de verlo en un bar algún día.

—¿Tenía algo que decirte antes de su muerte? —le preguntó Sears.

—No le di oportunidad de hablar. Creí que quería venderme una póliza.

—¿Por qué creíste eso?

—Porque dijo algo de dificultades que podrían oponerse en mi camino. Todos guardaron silencio otra vez.

—Tal vez —dijo Lewis— si lo hubiese visto, estaría aún vivo.

—Lewis —le dijo Ricky—, eso suena exactamente como John Jaffrey. El se culpaba de la muerte de Edward.

Por un instante los tres hombres miraron a Don Wanderley.

—Puede ser que no esté aquí por algo relacionado con mi tío —dijo Don—. Querría ganarme la entrada a la Chowder Society.

—¿Qué? —exclamó Sears—. ¿Ganársela?

—Mediante un cuento. ¿No es ése el precio del ingreso a la sociedad? —Don djrigó una sonrisa cautelosa a todos—. Lo tengo muy claro en la mente, porque hace algún tiempo que lo escribí por entero en mi diario. Además —añadió, quebrando otra de las reglas—, esto no es ficción. Esto sucedió tal como yo lo cuento... no podría utilizarse como ficción porque no tiene un verdadero desenlace. Pasó a segundo plano cuando sucedieron todos los demás hechos. Pero si el señor Hawthorne («Ricky» susurró el abogado) tiene razón, murieron cinco, no cuatro personas. Y mi hermano fue la primera de ellas.

—Los dos estuvieron comprometidos con la misma mujer —dijo Ricky. De pronto recordó uno de los últimos comentarios de Edward.

—Los dos estuvimos comprometidos con Alma Mobley, una muchacha a quien conocí en Berkeley —comenzó diciendo Don. Los cuatro se repantigaron en sus sillones—. Yo diría que esto es un cuento de fantasmas —añadió, sacando, tal como lo hacía el doctor Pata de Cabra, un dólar de un bolsillo de sus vaqueros.

Los mantuvo completamente absortos mientras contaba la historia dirigiéndose a la llama de la vela, como quien busca un punto inquieto de la propia mente. No la contó en los términos en que aparecía en su diario, incluyendo deliberadamente todos los pormenores que recordaba, pero la relató en su mayor parte. Le llevó una media hora hacerlo.

—Así pues, el «Quién es Quién» probó que todo lo que me había dicho era falso —dijo por fin—. David estaba muerto y nunca volví a verla. Desapareció, simplemente. —Donald se pasó un pañuelo por la cara y suspiró—. Eso es todo. ¿Es o no un cuento de fantasmas? Ustedes dirán.

Ninguno de ellos habló por un instante. *Díselo, Sears*, rogó Ricky para sus adentros. Miró a su viejo amigo, quien tenía las yemas de los dedos unidas delante de la cara. *Dilo, Sears. Díselo.*

Los ojos de Sears se encontraron con los suyos. *Sabe lo que estoy pensando.*

—Bien —dijo Sears y Ricky cerró los ojos—. Tan cuento de fantasmas como cualquiera de los nuestros, diría yo. ¿Fue ésa la serie de hechos sobre los cuales usted basó su libro?

—Sí.

—Como historia es mejor que el libro —comenté Sears.

—Pero no tiene desenlace.

—Por ahora no, quizá —dijo Sears. Con el ceño fruncido, miró las velas, consumidas hasta el borde de los candelabros de plata. *Ahora*, rogó Ricky, con los ojos siempre cerrados—. Este hombre joven que según usted se asemejaba a un hombre lobo se llamaba... aaah... ¿Greg? ¿Greg Benton? —Ricky volvió a abrir los ojos y si cualquiera lo hubiese mirado en aquel instante, habría visto la gratitud retratada en todos sus rasgos.

Don asintió. Era obvio que no comprendía qué importancia podía tener ese dato.

—Yo lo conocí bajo un nombre diferente —dijo Sears—. Hace muchos años se llamaba Gregory Bate. Y su hermanito retardado se llamaba Fenny. Yo estaba presente cuando Fenny murió. —La sonrisa de Sears era la del hombre obligado a ingerir algo que detesta—. Eso tuvo que ocurrir bastantes años antes de que su... su Benton... decidiera usar la cabeza rapada.

—Si hizo dos apariciones, sospecho que puede hacer tres —afirmó Ricky—. Yo lo vi en la plaza hace menos de quince días.

Las luces, sumamente crudas después de horas de iluminación de velas, se encendieron de pronto. Los cuatro hombres en la biblioteca de Sears, borrada toda distinción o impresión de bienestar por las luces intensas, después de la de velas, tenían un aspecto horrible. *Estamos medio muertos ya*, pensó Ricky. Era como si las velas los hubiesen aproximado en un círculo cálido, el formado por ellas, el grupo y un cuento. Ahora estaban de pronto separados, dispersos en un páramo desolado.

—Parece que te oyó —dijo Lewis. Estaba ebrio—. Puede ser que haya sido eso lo que vio Freddy Robinson. A lo mejor vio a Gregory transformándose en lobo. ¡Ja, ja!

Violación de domicilio. Tercera parte

10

Peter recobró el equilibrio en las escaleras, sin reparar en que se había ordenado a sí mismo moverse y subió, retrocediendo, los escalones hasta detenerse junto a Jim en el descansillo.

El hombre lobo subía despacio, sin detenerse, hacia ellos, sin la menor prisa.

—Quieren verla, ¿no? —La sonrisa era feroz—. Estará encantada. Tendrán una gran bienvenida, se lo prometo.

Peter miró en todas direcciones, aterrorizado y vio luz fosforescente por debajo del resquicio de una puerta.

—Quizá no esté todavía en condiciones de verlos, pero la cosa resulta más interesante así, ¿no? A todos nos gusta ver a nuestros amigos sin su máscara.

Habla para que no nos movamos, pensó Peter. Es como hipnotismo.

—¿No les interesa la exploración científica? ¿Los telescopios? Qué bueno es conocer a dos jóvenes como ustedes, con mentalidad llena de inquietudes, a dos jóvenes que quieren ampliar sus conocimientos. Hay tantos que se conforman con vivir en forma opaca, tantos que temen correr riesgos. La verdad es que no cabe decir eso de ustedes, ¿eh?

Peter miró a Jim. Estaba boquiabierto.

—No, fueron sumamente valientes. Ahora volveré junto a ustedes en un instante y quiero que estén tranquilos y me aguarden... quédense muy tranquilos y esperenme.

Peter golpeó con el dorso de la mano las costillas de Jim, pero éste no se movió. Miró otra vez la horrorosa figura que se acercaba hacia ellos y cometió el error de mirar directamente a los ojos impasibles y dorados. De inmediato una voz musical que no partía del hombre comenzó a hablar en el interior de su propia cabeza. *Flojo, Peter, flojo. La verás...*

—¡Jim! —gritó.

Hardi se estremeció violentamente y Peter supo, aun entonces, que estaba ya perdido.

Calma, muchacho, no es necesario todo ese ruido...

El hombre de los ojos dorados estaba casi junto a ellos y extendía la mano izquierda. Peter dio un salto hacia atrás, demasiado asustado para saber lo que hacía.

La mano pálida del hombre se acercó más y más hasta la izquierda de Jim. Peter se volvió y subió corriendo la mitad del tramo siguiente de la escalera. Cuando se volvió, la luz debajo de la puerta que daba al descansillo tenía tal intensidad que las paredes tenían un ligero tinte verdoso: y bajo esa luz, también Jim parecía verdoso.

—Tómame de la mano —dijo el hombre. Estaba dos escalones más abajo de Jim y sus manos se tocaban casi.

Jim rozó con los dedos la palma de la mano del hombre.

Peter miró hacia arriba, por el hueco de la escalera, pero no pudo dejar a Jim.

El hombre más abajo reía. A Peter se le heló el corazón. Volvió a mirar hacia abajo. El hombre tenía a Jim asido de la muñeca con la mano izquierda. Los ojos de lobo estaban distendidos, relucientes.

Jim lanzó un grito agudo.

El hombre que lo tenía aferrado posó ambas manos en la garganta de Jim y le torció el cuerpo con una fuerza inmensa, golpeando la cabeza del muchacho contra la pared. Abrió luego las piernas para afirmarse mejor y una vez más estrelló la cabeza de Jim contra la pared.

Ahora, tú.

Jim cayó sobre los escalones de madera y el hombre lo aparcó de un puntapié, como si no tuviese más peso que una bolsa de papel. En la pared había una gran mancha de sangre, como pintada por los dedos de un niño.

Peter corrió por un largo pasillo con puertas en ambos lados. Abrió una al azar y se metió por ella en el cuarto. Al instante se quedó inmóvil. Contra una ventana se dibujaba una cabeza.

—Bienvenido a casa —dijo la voz opaca de un hombre—. ¿La viste ya? —preguntó y se levantó de la cama—. ¿No? Cuando la veas, no la olvidarás jamás. Es una mujer increíble.

El hombre, una silueta negra recortada contra la ventana, comenzó a acercarse a Peter muy despacio, mientras éste permanecía paralizado junto a la puerta. Cuando el hombre estuvo cerca, vio que era Freddy Robinsonl.

—Bienvenido a casa —le dijo Robinson.

Te encontré.

Los pasos en el pasillo se detuvieron fuera de la puerta del dormitorio.

Tiempo. Tiempo. Tiempo. Tiempo.

—Sabes, no recuerdo con exactitud...

Presa del pánico, Peter se lanzó contra Robinson con los brazos abiertos, con la intención de apartarlo de su camino. Cuando tocó la camisa de Freddy, éste se desintegró en una masa informe de puntos luminosos. Sintió que sus dedos ardían. En un instante todo se esfumó y Peter se lanzó a través del espacio que había ocupado la masa.

—Sal. Peter —dijo la voz fuera de la puerta—. Todos queremos que salgas. —Entretanto la otra voz, dentro de su mente, repetía: *Tiempo*.

De pie delante del extremo de la cama, Peter oía agitarse el picaporte. Subió de un salto a la cama y con la base de las palmas golpeó la parte superior de los marcos de la ventana.

La ventana se levantó como si estuviese aceitada y el aire frío invadió el cuarto. Sintió su otra mente buscándolo, diciéndole que fuese hasta la puerta, que no fuera tonto. ¿Acaso no deseaba ver que Jim estaba bien?

¡Jim!

Saltó por la ventana en el momento en que se abría la puerta. Algo corrió hacia él, pero estaba ya en el tejado y saltando hasta un nivel más bajo del mismo. Desde allí saltó sobre el del garaje y desde allí a un montículo de nieve. Al pasar a toda carrera junto al automóvil de Jim miró hacia un costado, en dirección a la casa. Se la veía tan sólida y común como cuando llegaron. Sólo las luces en el pozo de la escalera y en el vestíbulo estaban encendidas y proyectaban un acogedor rectángulo luminoso y amarillo sobre el sendero de acceso. Aparentemente aquello dijo algo a Peter Barnes: *Imagina la paz de tenderte con las manos cruzadas sobre el pecho. Imagina dormir cubierto por el hielo...*

11

—Lewis, estás borracho ya —le dijo Sears con severidad—. No sigas haciendo tonterías.

—Mira, Sears —repuso Lewis—, es muy curioso, pero cuesta mucho no hacer tonterías cuando tocamos temas como éste.

—Tienes algo de razón pero, por favor, deja de beber.

—¿Y sabes, Sears? Tengo la sensación de que nuestros pequeños gestos rituales no nos servirán ya para mucho.

—¿Quieres que dejemos de reunirnos?

—Lo que me pregunto es... ¿Qué diablos somos? ¿Los Tres Mosqueteros?

—En cierto modo, sí. Somos los que quedamos. Más Don, desde luego.

—¡Ay, Ricky! —se quejó Lewis—. Lo más admirable en ti es esa bendita lealtad que tienes.

—Sólo para quienes la merecen —dijo Ricky y estornudó dos veces con gran ruido—. Perdonen. Tendría que estar en casa. ¿Realmente quieren que cesen las reuniones?

Lewis empujó su vaso hacia el centro de la mesa y se aflojó en su sillón.

—No sé —dijo—. No, supongo que no. No conseguiría cigarros excelentes como los de Sears si dejásemos de reunirnos dos veces por mes. Y ahora que tenemos un nuevo miembro... —Estaba por interrumpirlo bruscamente Sears, cuando Lewis levantó la vista y los miró a todos. Era tan apuesto como siempre—. Y tal vez sentiría miedo de no reunirnos. Tal vez eres todo lo que dijiste, Ricky. Desde octubre he tenido un par de experiencias que... desde la noche en que Sears nos habló de Gregory Bate.

—Yo, también —dijo Sears.

—Y yo —acotó Ricky—. ¿No es eso lo que estábamos diciendo? —Por ello quizá deberíamos ponernos fuertes y seguir reuniéndonos —dijo Lewis—. Desde el punto de vista intelectual, ustedes juegan en un cuadro superior al mío, y es probable que también sea el caso de este muchacho, pero por otra parte pienso que se trata de mantenernos unidos o bien que nos destruyan a todos por separado. A veces, allá en mi casa, siento muchísimo miedo, como si hubiese alguien acechando y contando los segundos hasta atraparme. Como atraparon a John.

—¿Creemos nosotros en hombres lobos? —quiso saber Ricky.

—No —dijo Sears. Lewis hizo un gesto negativo.

—Yo, tampoco —aseguró Don—. Pero hay algo... —Aquí calló, pensativo, y al levantar los ojos vio que los tres hombres mayores lo miraban a su vez con aire de expectativa—. Todavía no lo tengo bien meditado. Se trata sólo de una idea vaga. Debo pensar en ella un poco más antes de poder expresarla.

—Bien, hace ya rato que se han encendido las luces —dijo Sears con toda intención— y hemos oído un buen cuento. Puede ser que hayamos avanzado algo, pero no lo veo muy bien. Si los hermanos Bate están en Milburn, quiero suponer que harán lo que sugiere el inefable Hardesty y que se alejarán cuando se cansen de nosotros.

Don leyó la expresión en los ojos de Ricky e hizo un gesto de asentimiento.

—Esperen —dijo Ricky—. Perdona, Sears, pero yo había enviado a Don a visitar a Nettie Dedham en el hospital.

—¿Ah, sí? —Sears estaba ya aburrido y adoptaba ahora un aire superior.

—Sí, fui a verla —afirmó Don—. Encontré allá al *sheriff* y a Rowles. Todos tenían la misma idea.

—La de ver si ella decía algo —dijo Ricky.

—No podía decir nada. No puede hablar —señaló Don, mirando a Ricky—. Seguramente usted llamó por teléfono al hospital.

—Llamé. Pero cuando el *sheriff* le preguntó si había visto a alguien el día que murió su hermana, trató de pronunciar un nombre. Era obvio que quería decirlo.

—¿Qué nombre? —preguntó Sears.

—Lo que dijo fue una mezcla de consonantes, algo como Glngr. Lo dijo dos o tres veces. Hardesty renunció a hacerla hablar, ya que no lograba entender una sola palabra.

—Me imagino que nadie podría entenderla —dijo Lewis, dirigiendo una mirada a Sears.

—El señor Rowles me llevó aparte en la playa de estacionamiento y me dijo que según él, había tratado de pronunciar el nombre de su hermano. ¿Stringer? ¿No es ése el nombre?

—¿Stringer? —repitió Ricky y se cubrió el rostro con la palma de una mano.

—Creo que hay algo que no entiendo aquí —dijo Don—. ¿Podría explicarme alguien por qué es tan importante esto?

—Sabía que sucedería esto —dijo Lewis—. Lo sabía.

—Cálmate, Lewis —le ordenó Sears—. Don, tendremos que discutir esto entre nosotros primero. Pero creo que te debemos una historia digna de comparar con la que nos contaste. No la oirás esta noche, pero cuando lo hayamos discutido nosotros, creo que vas a oír el cuento de fantasmas definitivo de nuestra sociedad.

—En tal caso, quiero pedirles otro favor —dijo Don—. Si deciden contármelo, ¿podrían hacerlo en casa de mi tío?

No pudo dejar de advertir la resistencia de los tres hombres.

De pronto los vio más viejos y hasta Lewis tenía un aspecto frágil.

—Quizá no sea mala idea —dijo Ricky Hawthorne. Era la imagen del resfrío adornado con bigote y corbata de lazo con motas—. Fue en una casa de su tío donde

todo comenzó para nosotros. —Ricky consiguió sonreírle a Don—. Sí. Creo que va a oír lo definitivo en materia de historias de la Chowder Society.

—Y que el Señor nos proteja hasta entonces —dijo Lewis.

—Y que El nos proteja después —añadió Sears.

12

Peter Barnes entró en el dormitorio de sus padres y se sentó en el borde de la cama. Su madre estaba cepillándose. Hacía meses ya que estaba en su modalidad abstraída, lejana: hacía meses que fluctuaba entre esa frialdad glacial —recalentaba comidas envasadas y salía a hacer largas marchas sola— y un maternalismo cargoso. En la segunda de las modalidades prodigaba a Peter presentes como suéteres nuevos, lo arrullaba durante el almuerzo y lo perseguía a propósito de sus estudios. En estos períodos maternales de su madre Peter intuía a menudo que estaba al borde del llanto. El peso de las lágrimas no derramadas le cargaba la voz y los gestos.

—¿Qué hay hoy para la cena, mamá?

Su madre inclinó la cabeza y contempló la imagen de su hijo reflejada en el espejo durante casi un segundo.

—Salchichas con *choucroute* —dijo.

—Ah. —Las salchichas le agradaban, pero su padre las detestaba.

—¿Es eso lo que querías preguntarme, Peter? —Su madre no lo miró esta vez, sino que mantuvo la mirada fija en las manos reflejadas al pasar el cepillo por el pelo.

Peter siempre había tenido conciencia de que su madre era una mujer de un atractivo excepcional, no una belleza fabulosa, como Stella Hawthorne, pero de todos modos, más que simplemente bonita. Tenía un encanto lleno de vivacidad juvenil y era rubia. Siempre había tenido aquel aire espontáneo, el de un barco de vela que se suele ver muy lejos en el horizonte, avanzando en la brisa. Peter sabía que los hombres la deseaban, si bien no le agradaba mucho pensar en tal cosa. La noche de la fiesta en honor de la actriz, había visto a Lewis Benedikt acariciarle las rodillas a su madre. Hasta entonces había imaginado ciegamente (según veía ahora) que la adultez y el matrimonio significaban la liberación de las intensas confusiones que asaltan a los jóvenes. Sin embargo, su madre y Lewis Benedikt podrían haber sido Jim Hardie y Penny Draeger.

Formaban una pareja mucho más natural que ella y su padre. Y no mucho después de aquella fiesta sintió que el matrimonio de sus padres comenzaba a desmoronarse.

—No, en realidad, no —dijo—. Me gusta mirarte cuando te cepillas el pelo.

Christina Barnes se quedó inmóvil, con el cepillo apoyado en la parte superior de la cabeza, hasta que lo llevó hacia abajo en un movimiento lento y diestro. Miró a su hijo otra vez y en seguida apartó la mirada, con un gesto casi culpable.

—¿Quiénes vienen a la fiesta mañana? —preguntó Peter.

—La gente de siempre. Los amigos de tu padre. Ed y Sonni Venuti. Unos cuantos más. Ricky Hawthorne y su mujer. Sears James.

—¿Vendrá el señor Benedikt?

Esta vez Christina lo miró deliberadamente a los ojos.

—No sé. Puede ser. ¿Por qué? ¿No te gusta Lewis?

—A veces me gusta. Pero no lo veo tan seguido.

—Nadie lo ve mucho, querido —dijo ella. Las palabras animaron un poco a Peter—. Lewis es casi un recluso, a menos que uno sea una chica de veinticinco años.

—¿No estuvo casado en una época?

Christina volvió a mirarlo con mayor atención aún.

—¿Qué quiere decir todo esto, Peter? Estoy tratando de cepillarme el pelo.

—Lo sé. Perdona. —Con aire nervioso, Peter alisé la colcha con una mano.

—¿Qué ibas a decir?

—Estaba preguntándome si eres feliz.

Su madre dejó el cepillo sobre la mesa tocador y el mango de marfil hizo un ruido seco sobre la madera.

—¿Feiz? Claro que soy feliz, hijo. Ahora, ve abajo y dile a tu padre que ya vamos a comer.

Peter salió del dormitorio y bajó al cuartito lateral donde su padre estaba seguramente mirando televisión. Aquel era otro signo de que las cosas no marchaban bien. Peter no recordaba haber visto nunca a su padre antes optar por mirar televisión a esa hora, pero hacía meses que llevaba su portadocumentos al cuarto donde estaba el televisor, diciendo que tenía que revisar unos papeles. Minutos más tarde se oía el tema musical de un programa popular como «Starkie y Hutch» o «Los ángeles de Charlie» por detrás de la puerta cerrada.

Peter asomé la cabeza, vio el sillón de respaldo graduable delante de la pantalla luminosa, el bol lleno de nueces saladas sobre la mesita, el paquete de cigarrillos y el encendedor junto a él, pero su padre no estaba allí. El portadocumentos cerrado se hallaba en el suelo junto al sillón.

Se alejó, pues, del cuarto, con sus imágenes de bienestar solitario y recorrió el pasillo para ir a la cocina. Al llegar Peter allí, Walter Barnes, que vestía un traje marrón y gastados zapatos del mismo color con punteras perforadas, estaba echando una aceituna en su copa de martini seco.

—Hola, viejo —dijo a su hijo.

—Hola, papá. Dice mamá que la cena está casi lista.

—Me pregunto qué querrá decir eso. Una hora... una hora y media. ¿Qué preparó, a propósito? ¿Te lo dijo?

—Salchichas de Viena.

—¡Aj! ¡Por favor! Creo que necesitaré más de éstos, ¿eh, Peter? —comentó, levantando su copa y sonriendo a Peter antes de beber un sorbo.

—Mira, papá...

—¿Sí?

Peter dio un paso hacia un costado, hundió las manos en los bolsillos y de pronto se sintió incapaz de hablar.

—¿Estás contento con la fiesta que van a dar?

—Sí —dijo su padre—. Será divertido, Peter, ya verás. Todo irá muy bien.

Barnes se alejó de la cocina hacia el cuarto de televisión, pero algo instintivo lo llevó a mirar a su hijo, quien se movía sobre los talones, con las manos siempre en los bolsillos y una gran emoción retratada en el rostro.

—¡Hijo! ¿Alguna dificultad en la escuela?

—No —dijo Peter con aire melancólico. Seguía balanceándose sobre uno y otro pie.

—Ven conmigo —le dijo su padre.

Recorrieron el pasillo, Peter, de mala gana. Frente a la puerta del cuarto de televisión, su padre le dijo:

—Oí decir que tu amigo Jim Hardie no volvió todavía.

—No. —Peter sintió que sudaba.

Su padre apoyó la copa en una carpetita y se dejó caer pesadamente en el sillón. Ambos contemplaron el televisor encendido. La mayoría de los chicos de la familia Brady estaban arrastrándose entre los muebles de su *living-room*, un cuarto muy parecido al de los Barnes, buscando algún animalito doméstico, una tortuguita, o un gatito, o tal vez, como esos chicos Brady tan bonitos eran también muy traviesos, algún roedor.

—Su madre está preocupadísima, enferma de preocupación —dijo Barnes y se metió un puñado de nueces en la boca. Cuando las tragó, prosiguió—: Eleanor es una mujer excelente, pero nunca comprendió a ese chico. ¿Tienes alguna idea de adónde puede haber ido?

—No —repuso Peter. Observaba la caza del roedor en la pantalla como si buscara allí claves para llevar su vida familiar.

—Desapareció sin más en su auto. Peter hizo un gesto. Durante el trayecto a la escuela al día siguiente de su huida de la casa había ido hasta Montgomery Street y desde media cuadra de distancia, comprobado que el automóvil no estaba.

—Yo diría que Rollie Draeger siente bastante alivio —comentó su padre—. Seguramente se debe a la suerte tan sólo de que su hija no esté embarazada.

—Mmmmm...

—¿No tienes la menor idea de adónde puede haber ido Jim? —insistió su padre, mirándolo con atención.

—No —dijo Peter. Era arriesgado, pero le devolvió la mirada.

¿No se confió a ti en alguna de esas salidas a tomar cerveza?

—No —repuso Peter. Se sentía muy desgraciado.

—Debes extrañarlo mucho —dijo su padre—. Y quizás estés preocupado por él. ¿Estás preocupado?

—Sí. —Peter estaba ahora tan próximo a llorar como imaginaba que estaba su madre muchas veces.

—Bien, no te preocupes demasiado. Un chico como Jim siempre causará mayores dificultades a los otros que las que se causa a sí mismo. Y te diré algo más. Yo sé dónde está.

Peter miró a su padre, sorprendido.

—Está en Nueva York. Seguramente está allí. Huye de algo, por uno u otro motivo. Y me pregunto si no tuvo algo que ver con lo que le sucedió a Rea Dedhazn, después de todo. Es raro que haya huido, ¿no crees?

—No huyó —dijo Peter—. No huyó, te aseguro. No pudo haber huido.

—Con todo, creo que te irá mejor junto a un par de viejos idiotas como tus padres que con ese amigo, ¿no? —Al no recibir la conformidad que esperaba de Peter, Barnes extendió una mano hacia su hijo y le tocó el brazo—. Una cosa que debemos aprender en este mundo, Peter, es que los muchachos revoltosos pueden ser muy divertidos, pero nos irá mejor si nos mantenemos alejados de ellos. Cultiva a la gente que es tu amiga, a la gente con quien estarás en nuestra fiesta y verás qué bien te irá. El mundo es ya bien difícil para que vivas en él buscándote dificultades mayores. —Barnes soltó el brazo de Peter—. Dime. ¿Por qué no acercas un sillón para que miremos un poco de televisión juntos? Hagámonos un poco de compañía.

Peter se sentó y fingió mirar la pantalla. De vez en cuando oía el chirrido de la máquina barredora de nieve que se acercaba poco a poco a la casa. Luego prosiguió en dirección a la plaza.

13

Al día siguiente la atmósfera tanto exterior como interior había cambiado. Su madre no estaba en ninguno de los dos estados de ánimo habituales en ella, sino que se desplazaba alegremente por la casa, pasando la aspiradora y quitando el polvo, hablando por teléfono, escuchando la radio. Peter, en su cuarto, escuchaba música intercalada con los informes sobre el tiempo. Las carreteras estaban en tan malas condiciones que no habría clases. Su padre había ido al Banco a pie. Peter lo había visto partir con sombrero, abrigo pesado y botas de goma. Parecía menudo, un ruso, casi. Varios rusos más, sus vecinos, caminaban a su lado cuando llegó al final de la cuadra. Los informes sobre la nieve repetían un tema monótono. *Saquen los trineos, chicos, veinte centímetros anoche y más pronosticada para el fin de semana, accidente en la Ruta 17 provocó congestión de tránsito entre Damascus y Windsor... accidente en la Ruta 79 detuvo la circulación entre Oughwoga y Center Village... Acoplado de turismo volcado en la Ruta 11 seis kilómetros al norte de Castle Creek...* Omar Norris pasó con la barredora poco antes de mediodía, enterrando dos vehículos bajo una mole de nieve enorme. Después del almuerzo su madre le hizo batir claras de huevo a punto de nieve. El día era un rollo interminable de tela gris: interminable.

A solas otra vez en su cuarto, Peter buscó en la guía telefónica el nombre *Robinson, F.* y lo discó, con el corazón casi en la boca. Después de dos llamados, alguien levantó el auricular y volvió a colocarlo en su lugar.

La radio enumeraba desastres. Un hombre de cincuenta y dos años en Lester murió de un síncope cardíaco cuando despejaba con una pala la nieve de su camino de acceso. Dos niños murieron al chocar el automóvil guiado por su madre con una saliente de un puente cubierto de nieve, cerca de Hillcrest. Un anciano en Stamford murió de frío... carecía de dinero para calentarse.

A las seis la barredora pasó otra vez ruidosamente delante de la casa. Para entonces Peter estaba en el cuarto de televisión, esperando las últimas noticias. Su madre asomó la cabeza rubia llena de ideas de cocina, y le dijo:

—No olvides cambiarte para la cena, Peter. ¿Por qué no llegas al colmo y te pones corbata?

—¿Vendrá alguien con este tiempo? —Peter señaló la pantalla, borrosa de copos de nieve y de vehículos bloqueados. Unos hombres llevaban en una camilla el cadáver del hombre muerto de frío, Elmore Vesey, de setenta y seis años, fuera de una cabaña semiderruida y enterrada casi en la nieve.

—Claro. Nadie vive muy lejos. —Presa de una inexplicable alegría, su madre se retiró.

Su padre llegó media hora más tarde, con el rostro macilento y lo saludó:

—Hola, Peter. ¿Qué tal? —En seguida subió a meterse en una bañera llena de agua caliente.

A las siete volvió al cuarto de televisión donde estaba su hijo, con un martini en la mano y el bol lleno de nueces.

—Dice tu madre que le gustaría verte con corbata. Como está de tan buen humor, ¿por qué no le haces el gusto por esta vez?

—Muy bien —dijo Peter.

—¿No hay noticias aún de Jim?

—No.

—Eleanor debe de estar loca de preocupación.

—Seguramente.

Peter volvió a su cuarto y se tendió en la cama. Estar presente en una fiesta, responder a las preguntas de siempre («¿Estás contento de ir a estudiar a Cornell?»), pasearse de un lado a otro con una bandeja, o con jarras llenas de bebida era lo que menos tenía ganas de hacer en aquel momento. Lo que más deseaba era acurrucarse bajo una frazada y quedarse allí en cama tanto tiempo como se lo permitiesen. Así nada podría sucederle. La nieve subiría de nivel todo alrededor de la casa, los termostatos harían su ruido característico al funcionar, él mismo caería en grandes círculos de sueño...

A las siete y media sonó el timbre y Peter se levantó de la cama. Oyó a su padre abrir la puerta, voces, bebidas que se ofrecía a los invitados. Los recién llegados eran Hawthorne y otro hombre cuya voz no reconoció. Peter se puso una camisa limpia y una corbata, se peinó con los dedos y salió del cuarto.

Cuando llegó a la parte superior de la escalera y vio desde allí la puerta, su padre estaba colgando abrigos en el armario para invitados. El desconocido era un hombre alto, de algo más de treinta años, con pelo rubio y espeso, un rostro cordial, algo cuadrado, chaqueta de *tweed* y camisa azul, sin corbata. *No es abogado*, pensó Peter.

—*Escritor* —exclamó su madre en ese instante, levantando la voz muy por sobre su registro habitual—. ¡Qué interesante! —Peter se estremeció de vergüenza.

—Aquí baja nuestro hijo Peter —dijo su padre y los tres invitados lo miraron, Hawthorne, con una sonrisa, el desconocido, simplemente con una mirada atenta.

Peter les dio la mano y se preguntó, al estrechar la de Stella, como lo hacía siempre cuando la veía, cómo aquella vieja lograba mantenerse tan hermosa como cualquier estrella de cine.

—Me alegro de verte, Peter —dijo Ricky Hawthorne y le estrechó la mano en la suya, seca y ágil—. Tienes aspecto de cansado.

—Estoy bien —repuso Peter.

—Y éste es Don Wanderky, escritor y sobrino del señor Wanderley —le dijo su madre. La mano del escritor era firme y cálida—. Ah, tenemos que hablar de sus libros. Peter, ¿quieres ir a la cocina y preparar el hielo?

—Se parece un poco a su tío —observó Peter.

—Gracias.

—Peter, el *hielo*.

Stella Hawthorne dijo entonces:

—En una noche como ésta, creo que voy a querer mis tragos al vapor, como si fueran mariscos.

Su madre interrumpió su risa.

—Peter, el hielo, por favor... —y luego se volvió a Stella Hawthorne con una rápida sonrisa nerviosa—. No, las calles parecen estar bien por ahora —oyó que Ricky le decía a su padre. Se alejó hacia la cocina por el pasillo y allí comenzó a picar hielo y meterlo dentro de un recipiente. La voz de su madre, demasiado alta, se oía desde donde estaba.

Momentos después estaba junto a él, retirando cosas de la parrilla y mirando dentro del horno.

—¿Sacaste las aceitunas y las galletitas de arroz? —Peter hizo un gesto afirmativo—. Entonces, toma éstos y ponlos en una bandeja y pásalos, por favor, Peter. —Eran arrollados de huevo e hígado de pollo envueltos en tocino. Al pasar todo a la bandeja se quemó los dedos. Su madre se acercó sin hacer ruido y lo besó en la nuca.

—Peter, qué amor eres —le dijo. Sin haber bebido nada, su madre actuaba como si estuviese ebria—. Bien. ¿Qué tenemos que hacer ahora? ¿Están listos los martinis? Entonces, cuando vuelvas con la bandeja, saca la jarra grande y ponla en otra bandeja con las copas, ¿quieres? Tu padre te ayudará. Y ahora, ¿qué tenía que hacer yo? ¡Ah! Pisar alcaparras y anchoas para poner en ese bol. Qué buen mozo estás, Peter. Me alegro de que te hayas puesto corbata.

Volvió a sonar el timbre: más voces conocidas. Harlan Bautz, el dentista y Lou Price, con su aspecto de hombre malo de una película de *gangsters*. Sus mujeres, una de ellas vulgar y la otra sometida.

Estaba pasando la primera bandeja cuando llegaron los Venuti. Sonny Venuti se metió un arrollado de huevo en la boca y dijo: —¡Qué calentito! —Luego lo besó en la mejilla. Tenía los ojos saltones y el rostro desencajado.

—¡Estás contento de ir a estudiar a Cornell, hijo? —preguntó Ed Venuti, socio de su padre. Su aliento de gin le rozó la cara.

—Sí, señor.

Pero Venuti no lo oyó:

—Bendito sea el tranvía de Martoonerville —dijo, cuando el padre de Peter le llenó la copa.

Cuando Peter ofreció la bandeja a Hartan Bautz, el dentista le palmeó la espalda y le dijo:

—Apuesto a que te mueres de impaciencia por irte a Cornell, ¿no, muchacho?

—Sí, señor —Peter huyó hacia la cocina.

Su madre estaba poniendo cucharadas de una mezcla verdosa dentro de una fuente térmica humeante:

—¿Quién llegó? —preguntó.

Peter se lo dijo.

—Por favor, termina de echar este mejunje aquí y vuelve a poner la fuente en el horno —le indicó su madre, pasándole la fuente—. Tengo que ir a saludar. Ah, me siento tan *festiva* hoy...

Cuando se fue, Peter quedó solo en la cocina. Echó el resto de la sustancia espesa y verdosa dentro de la fuente térmica y revolvió todo con una cuchara. Estaba metiéndola dentro del horno, cuando vino su padre y le preguntó:

—¿Dónde está la bandeja para las bebidas? No debí haber preparado tantos martinis. Casi todos beben whisky. No, llevaré la jarra y usaré los otros vasos del comedor. Mira, Peter, hay ya gran movimiento. Tendrías que conversar con ese escritor. Es un hombre interesante. Creo que escribe cuentos de fantasmas. Recuerdo que Edward me comentó algo de eso. Interesante, ¿no? Sabía que lo pasarías bien si estabas un rato con nuestros amigos. Te diviertes, ¿no?

—¿Qué dijiste? —preguntó Peter, cerrando la puerta del horno.

—Te pregunté si te diviertes.

—Sí, por supuesto.

—Bien. Sal a conversar con la gente. —Barnes agitó la cabeza, sorprendido—, Increíble —agregó—. Tu madre está llena de entusiasmo. Se divierte muchísimo. Es bueno verla otra vez como era antes.

—Sí —dijo Peter y se alejó hacia el *living-room* con una bandeja llena de canapés que había olvidado su madre.

Allí estaba, «llena de entusiasmo», como había dicho su padre: como si le hubiesen dado cuerda, ni más ni menos, hablando con rapidez en medio de una nube de humo de cigarrillos, alejándose de prisa de Sonny Venuti para levantar un bol lleno de aceitunas negras y ofrecérselo a Hartan Bautz.

—Dicen que si esto sigue así, Milburn quedará incomunicada —dijo Stella Hawthorne. Tenía una voz mas baja y fácil de soportar que la de su madre y la de la señora Venuti. Tal vez por esta razón, hacía que toda conversación cesase a su alrededor—. No contamos más que con esa barredora y la del condado debe de estar enteramente ocupada en despejar las carreteras.

Lou Price, sentado en un sofá junto a Sonny Venuti, observó:

—Y no olvidemos quién maneja nuestra barredora. El Concejo municipal no debió dejar nunca que la mujer de Omar Norris los persuadiese de confiársela. La mayor parte del tiempo Omar está demasiado borracho para saber adónde va.

—Vamos, Lou, vamos, es el único trabajo que hace Omar Norris en todo el año... ¡Y hoy pasó dos veces frente a casa! —Su madre ponía demasiado celo en defender a Omar Norris. Peter vio que estaba observando la puerta y tuvo la seguridad de que aquella alegría febril era causada por alguien que no había llegado aún.

—Estos últimos días debe de haber dormido en los vagones de la estación —afirmó Lou Price—. En los furgones, o bien en su garaje, si acaso su mujer le permite acercarse tanto. ¡No se puede dejar a un hombre como él conducir una barredora de dos toneladas muy cerca de nuestros autos! Estoy seguro de que sólo con su aliento podría impulsar cualquier motor.

Sonó el timbre y su madre por poco no dejó caer su vaso.

—Yo abriré la puerta —le dijo Peter y se dirigió a ella.

Era Sears James. Bajo el ala ancha de su sombrero se veía un rostro tan fatigado y pálido que las mejillas estaban casi azuladas. Saludó a Peter con un —¡Qué tal, Peter! —y al decir esto su aspecto se volvió más normal. Luego se descubrió y se disculpó por llegar tarde.

Durante veinte minutos Peter pasó canapés en bandejas, llenó vasos y copas y se salvó de hablar. (Sonny Venuti le tomó la mejilla con dos dedos para decirle: «Apuesto a que te mueres de impaciencia por irte de esta ciudad horrorosa y empezar a perseguir a las chicas de Corneil, ¿eh, Peter?») Cada vez que miraba a su madre, estaba en mitad de una frase, con ojos que volaban a cada instante hacia la puerta. Lou Price explicaba a gritos algo relacionado con la soya a Harlan Bautz, quien estaba a su lado. La señora Bautz aburría a Stella Hawthorne dándole consejos sobre decoración («Yo diría que hay que comprar palorrosa»). Ed Venuti, Ricky Hawthorne y su padre estaban conversando en un rincón sobre la desaparición de Jim Hardie. Peter retornó a la esterilizada paz de la cocina, se aflojó el nudo de la corbata y apoyó la cabeza en un mostrador manchado de verde. Cinco minutos después sonó el teléfono.

—No te molestes, Walt. Voy yo —oyó decir a su madre en el *livinflg-room*. La extensión de la cocina dejó de sonar segundos después. Su madre hablaba por teléfono en el cuarto de televisión. Peter miró el teléfono blanco adosado a la pared de la cocina. Quizá no fuese lo que él imaginaba. Quizá fuese Jim para decirle *No te preocupes, viejo, estoy en el Apple...* Tenía que cerciorarse. Aun cuando fuese lo que temía. Levantó pues el receptor. No escucharía más de un segundo.

La voz era la de Lewis Benedikt y sintió que se le oprimía el corazón.

—...no puedo ir, no, Christina —decía Lewis—. No puedo. El camino está bajo casi dos metros de nieve.

—Hay alguien en la línea.

—No seas paranoica —le dijo Lewis—. Además, Christina, sería una pérdida de tiempo que salga. Lo sabes.

—Peter, ¿eres tú? ¿Estás escuchando?

Peter contuvo el aliento, pero no colgó el receptor.

—No, Peter no está escuchando. ¿Por qué habría de escuchar?

—Maldito chico. ¿Estás allí? —El tono de su madre era agudo como el zumbido de una avispa.

—Christina. Perdona. Seguimos siendo amigos. Vuelve a tu fiesta y diviértete mucho.

—A veces sabes mostrarte como el peor de los canallas —dijo su madre y colgó el receptor con violencia. Un segundo después, en estado de *shock*, Peter colgó a su vez el suyo.

Sentía las piernas flojas y estaba casi seguro del significado de lo que acababa de oír. Se dirigió a ciegas hacia la ventana de la cocina. Pasos. Detrás de él, la puerta se abrió y se cerró. Detrás de su propia imagen reflejada —tan fría y pálida como cuando contempló el cuarto vacío de Montgomery Street—, veía la de su madre como un rostro que era un borrón deformado por la furia.

—¿Te enteraste, espía? —Hubo luego otro reflejo entre ambos, algo que duró un momento, otro borrón pálido que se deslizó entre el suyo y el de su madre. Se acercó más aún y Peter se encontró mirando una carita que no era un reflejo, sino una cara directamente afuera de la ventana, una cara infantil implorante y crispada. El chico le imploraba que saliera—. Cuéntame, espía —le ordenó su madre.

Peter dio un grito y se metió el puño en la boca para ahogar el grito. Cerró los ojos.

Al instante sintió los brazos de su madre abrazándolo, la voz murmurando disculpas, y las lágrimas no latentes ahora, sino tibias sobre su cuello. Alcanzó a oír también, dominando el ruido que hacía su madre, la voz declamatoria de Sears James:

—Sí, Don, vino a tomar posesión de su casa y también a ayudarnos con un problemita... un problema de investigación. —Entonces una voz confusa, que podría haber sido la de Sonny Venuti dijo algo y Sears replicó—: Queremos que investigue los antecedentes de esa muchacha Moore, la actriz que desapareció. —Más voces confusas que expresaban leve sorpresa, leve duda, leve curiosidad. Peter se apartó el puño de la boca.

—Está bien, mamá —dijo.

—Peter, lo siento tanto...

—No diré nada.

—No es... Peter, no fue lo que imaginas. No debes dejar que te apene.

—Pensé que podría ser un llamado de Jim Hardie.

Sonó el timbre.

Su madre aflojó los brazos alrededor del cuello de su hijo.

—Mi pobre querido, con un amigo loco fugitivo y una madre loca como yo —dijo y después de besarlo en la nuca, añadió—: Y lloré sobre tu camisa limpia.

El timbre volvió a sonar.

—Ah, allí llega uno más —dijo Christina—. Tu padre preparará más bebida. Pongámonos normales antes de dejarnos ver otra vez en público, ¿eh?

—¿Es alguien a quien invitaste?

—Pero, claro, Peter. ¿Quién más podría ser?

—No sé —repuso Peter, mirando otra vez por la ventana. Sólo vio reflejadas en el vidrio la propia cara y la de su madre, brillantes como luces pálidas—. Nadie.

Su madre se irguió y se enjugó los ojos.

—Sacaré la comida del horno —dijo—. Es mejor que salgas y saludes.

—¿Quién es?

—Alguien conocido de Sears y Ricky.

Peter fue hasta la puerta y miró hacia atrás al alejarse, pero su madre estaba ya abriendo el horno y metiendo las manos dentro de él, como cualquier dueña de casa que retira la cena para una fiesta.

No distingo entre lo irreal y lo real, pensó y volviéndole la espalda salió al vestíbulo. El desconocido, el sobrino del señor Wanderley estaba conversando junto a la arcada del *living-room*.

—Bien, lo que me interesa en este momento, a decir verdad, es la diferencia entre invención y realidad. Por ejemplo, ¿por casualidad oyeron ustedes música hace unos días? ¿Una banda que tocaba en algún punto de la ciudad?

—La verdad es que no —dijo Sonny Venuti en voz baja—. ¿Y usted? Peter se detuvo bruscamente junto a la arcada y se quedó mirando boquiabierto al escritor.

—Ven, Peter —lo llamó su padre—. Quiero que conozcas a tu compañera para la cena.

—¡No! Yo quería sentarme al lado de este lindo muchacho —dijo Sonny Venuti, mirándolo con ojos muy abiertos de ingenua.

—Te condenaron a soportarme —le dijo Lou Price.

—Vamos, ven, hijo —volvió a llamarlo su padre.

Peter se apartó con un esfuerzo de Don Wanderley, quien lo miraba con curiosidad y se acercó a su padre. Tenía la boca seca. Su padre tenía un brazo rodeando a una mujer alta con un hermoso rostro de rasgos afilados, como los de una zorra.

Era el rostro que le había parecido tan alarmante cuando lo miró por el extremo opuesto del telescopio que enfocaba a través de una plaza sumida en la oscuridad.

—Anna, mi hijo Peter. Peter, la señorita Mostyn.

Los ojos de ella se pasearon sobre él como una lamida. Tuvo conciencia por un instante de estar entre la mujer y Don Wanderley, mientras Sears James y Ricky Hawthorne observaban todo, como espectadores en un partido de tenis. Con la diferencia que él y la mujer y Don Wanderley formaban las puntas de un triángulo angosto y agudo como un trozo de vidrio candente y luego los ojos de Anna volvieron a pasearse sobre él y tuvo conciencia del peligro en que se encontraba.

—Estoy segura de que Peter y yo tendremos muchas cosas de que hablar —dijo Anna Mostyn.

De los diarios de Don Wanderley

Lo que debió haber sido mi presentación a los círculos sociales más amplios de Milburn terminó en un desastroso fracaso...

Peter Barnes, el muchacho alto y de pelo negro con aspecto de tener capacidad además de sensibilidad, fue la bomba que produjo la explosión. Al principio parecía simplemente poco comunicativo, algo comprensible en un chico de diecisiete años que debe actuar como mayordomo en la fiesta de sus padres. Chispazos de afecto hacia los Hawthorne. También él responde a Stella. Pero debajo de la distancia que guardaba había algo más, algo que poco a poco decidí que era... ¿pánico? ¿Desesperación? Aparentemente un amigo que tenía desapareció sin dejar rastro y era obvio que los padres atribuían a esto la causa de su estado taciturno. Sin embargo era más que eso, y lo que creí ver en él era temor. La Chowder Sociery me había predispuesto en este sentido, o bien me había llevado a proyectar el propio temor en una dirección errónea. Estaba yo haciendo mis pedantes comentarios a Sonny Venuti, cuando Peter al oírme calló y se detuvo en seco, mirándome fijamente. La verdad es que me escudriñó con la mirada y tuve la sensación que deseaba muchísimo conversar conmigo... y no sobre libros. Lo asombroso es que sospeché que también él había oído la música del doctor Pata de Cabra.

—Y si esto es verdad...

Si esto es verdad... estamos, entonces, en el centro de la venganza del doctor Pata de Cabra y toda Milburn estallará.

Por una circunstancia extraña, fue algo dicho por Anna Mostyn que le provocó un desmayo a Peter. Tembló al verla por primera vez. Estoy seguro de eso: le tenía miedo. Ahora bien, Anna Mostyn es una mujer que es casi una belleza, no en un estilo impresionante como el de Stella Hawthorne. Tiene ojos que parecen remontarse muy lejos, a Norfolk y Florencia, de donde afirma que eran sus antepasados. Según parece se ha vuelto indispensable para Sears y Ricky, pero su mayor don no es el de estar cortésmente en la oficina, ayudando cuando es necesario, sino en actuaciones como la del día del funeral. Sugiere bondad y comprensión, pero no abruma con un exceso de estos sentimientos. Es discreta, callada, y por lo menos en lo exterior, sumamente serena y tranquila. La verdad es que no hace notar su presencia, pero con todo, tiene una sensualidad que resulta inexplicable y perturbadora. Da la impresión de ser *fría*, sensualmente fría. La suya es una sensualidad referida a sí misma, una sensualidad egocéntrica.

Vi cómo inmovilizaba a Peter durante unos instantes con esa actitud provocativa cuando estábamos comiendo. Peter mantenía los ojos fijos en su plato, con lo cual obligaba a su padre a desplegar una cordialidad casi forzada y además, fastidiaba a su madre. No miró ni una vez a Anna Mostyn, quien estaba sentada a su lado. Los otros invitados no reparaban en él y hablaban del tiempo. Peter ardía de deseos de levantarse de la mesa. Anna le tomó entonces el mentón y tuve la certeza de la mirada que él estaba recibiendo de ella. Luego Anna le dijo en voz baja que quería hacer pintar algunos de los cuartos de su nueva casa y que tal vez Peter y uno o dos compañeros de la escuela querrían ir a hacer el trabajo. Peter se desmayó. Perdió el conocimiento, ni más ni menos, como lo expresa el giro tradicional. Se desmayó, quedó inconsciente, cayó hacia adelante... desmayado. Al principio creí

que había sufrido un ataque, y también creyeron esto la mayoría de los otros presentes. Stella Hawthorne nos calmó a todos, ayudó a Peter a levantarse de su silla y su padre lo llevó arriba. La cena terminó poco después.

Y ahora noto lo siguiente, por primera vez. Alma Mobley. Anna Mostyn. Las iniciales, la gran semejanza de los nombres. ¿Estoy en el punto en que pueda permitirme llamar a cualquier coincidencia «una simple coincidencia»? No es en ningún sentido parecida a Alma Mobley. A pesar de ello, *es* como Alma Mobley.

Y sé en qué sentido es como Alma Mobley... Es ese aire de eternidad. Pero mientras Alma hubiese pasado con pies alados delante del hotel Plaza en la década del veinte, Anna Mostyn habría estado en el interior, sonriendo ante las gracias de los hombres con frascos de plata chatos en el bolsillo, con hombres juguetones, que hablasen de automóviles deportivos y de la bolsa de valores, haciendo todo lo posible por cautivarla.

Esta noche pienso llevarme las páginas escritas para la novela sobre el doctor Pata de Cabra y quemarlas en el incinerador del hotel.

TERCERA PARTE

La Caza De Coatíes

Pero el espíritu humano, llárnelo uno burgués
o simplemente civilizado, no puede desprenderse
del sentimiento de lo inexplicable.

«El doctor Faustus», por Thomas Mann

Era sin duda octubre
En *esa* noche misma, el año pasado
Cuando viajé... viajé allá abajo...
Cuando llevé la cruel carga allá abajo.

¡Ah! ¿Qué demonio me trajo hasta aquí?

Ulalume, por Edgar Allan Poe

Eva Galli y el Manitou

Lewis Benedikt

1

Dos días de cambios en el tiempo. La nieve cesó y el sol volvió a salir. Fue como dos días de caprichoso veranillo de San Juan. La temperatura aumentó por arriba de cero por primera vez en un mes y medio. La plaza se convirtió en una ciénaga barrota que hasta las palomas evitaban y la nieve se derritió y el río —más gris y más rápido que el día en que John saltó del puente— llegó casi hasta las márgenes. Por primera vez en cinco años Walt Hardesty y sus hombres con ayuda de cinco voluntarios, apilaron bolsas de arena a lo largo de dichas márgenes para evitar una inundación. Conservó todo su atuendo de hombre del Far West mientras realizaba la pesada tarea de transportar las bolsas de arena desde el camión, pero en cambio uno de sus oficiales, llamado Leon Churchill, se desnudó hasta la cintura y pensó que tal vez hubiese pasado ya lo peor del mal tiempo hasta los días de frío intenso de febrero y marzo.

Metafóricamente hablando, podría haberse afirmado que la población de Milburn en general se descubrió el torso hasta la cintura. Omar Norris, feliz, volvió a dedicar la totalidad de su tiempo a la botella y cuando su mujer lo expulsó de la casa, volvió a su furgón sin el menor reparo y rezó dentro del cuello de una botella de whisky medio vacía porque la nieve hubiese cesado para siempre. La ciudad se aflojó psicológicamente durante esos días de alivio transitorio y auspicioso. Walter Barnes se ponía camisas con vistosas rayas celestes y rosadas para ir al Banco y durante ocho horas llegó a sentirse casi como si no fuera banquero. Sears y Ricky cambiaban chistes trillados entre la posibilidad de que Elmer Scales entablase juicio al servicio meteorológico por su inconstancia. Durante dos días la hora del almuerzo en el restaurante Village Pump se vio repleta de gente que se aventuraba a salir en automóvil. Las ganancias de Clark Mulligan se duplicaron durante los dos últimos días del doble programa de películas de Vincent Price y debió exhibir dichas películas una semana más. Los desagües estaban llenos de agua negra y si uno no tenía cuidado, corría el riesgo de que los automóviles que pasaban muy junto al cordón de la acera lo empapasen de pies a cabeza. Penny Draeger, ex amiga de Jim Hardie, conoció a un nuevo admirador, un desconocido con la cabeza afeitada y anteojos negros que le dijo que lo llamase G, que era fascinante y misterioso, venía de no se sabía dónde y afirmaba ser marinero, un personaje ideal para entusiasmar a Penny. Al sol y con el rumor del agua corriendo en todas partes, Milburn resultaba una ciudad espaciosa. La gente se ponía botas de goma para mantener seco el calzado común y salía a caminar. Milly Sheehan contrató a un muchacho que vivía en la misma cuadra para que le pusiese los vidrios dobles y el muchacho comentó: —

¡Pero, señora Sheehan, puede ser que no llegue a necesitarlos hasta Navidad! —Stella Hawthorne, sumergida en un baño de sales perfumadas, decidió que era hora ya de devolver a Harold Sims a las bibliotecarias solteronas a quienes él pudiese impresionar. Le divertía más ir a la peluquería. Así durante dos días se tomaron resoluciones, se hicieron largos paseos a pie, los hombres dejaron de resistirse a salir a la carretera por la mañana e ir en automóvil a su trabajo y en esta falsa primavera, todos los espíritus cobraron vuelo.

Eleanor Hardie, en cambio, estaba agotada de preocupación y pulía las maderas de la escalera y de los mostradores dos veces por día, y John Jaffrey y Edward Wanderley y el resto yacían bajo tierra y Neme Dedham fue llevada a un asilo, murmurando siempre las dos únicas silabas que estaría dispuesta a pronunciar el resto de su vida y el cuerpo escuálido de Elmer Scales adelgazó más aún, mientras el hombre seguía vigilando el camino con la escopeta sobre las rodillas. Todas las tardes el sol se ponía más temprano y por la noche Milburn se contraía y se congelaba. Las casas parecían acercarse unas a otras, las calles tachonadas de luz durante el día se oscurecían y parecían angostarse hasta adquirir una estrechez de senderos para carretas. El cielo negro caía sobre todo. Los tres viejos de la Chowder Society olvidaban sus chistes inofensivos y luchaban entre sus horrorosas pesadillas. Dos casas espaciosas permanecían en una oscuridad amenazadora: la casa de Montgomery Street contenía horrores que parpadeaban y vagaban de un cuarto a otro, de un piso a otro. En la vieja casa de Edward Wanderley en Haven Lane, lo único que circulaba era el misterio. Y para Don Wanderley, cuando llegase a verlo, el misterio lo conduciría a Panama City, Florida, y a una niña que decía: «Soy tú»

Lewis pasó el primero de estos días retirando la nieve de su camino de acceso, haciendo un esfuerzo físico deliberado y trabajando tanto que sudaba bajo el traje de gimnasia y la chaqueta de color oliva que llevaba. A mediodía le dolían ya la espalda y los brazos como si nunca en su vida hubiese trabajado así. Después del almuerzo dormía una siesta de media hora, tomaba una ducha, y se esforzaba por terminar la tarea. Retiró con la pala los últimos montículos del camino —para entonces la nieve estaba mojada y era mucho más pesada que antes— a las seis y media. Entró dejando lo que se asemejaba a una montaña enorme junto al camino, volvió a ducharse, levantó el receptor del teléfono y consumió cuatro botellas de cerveza y dos hamburguesas. Sentía que no sería capaz de subir al piso alto a acostarse. Cuando llegó al dormitorio, se quitó la ropa con gran esfuerzo, dejándola caer al suelo, se tendió sobre las frazadas e inmediatamente se quedó dormido.

Nunca tuvo la certeza de que esto hubiese sido un sueño. Durante la noche oyó un ruido terrible, el del viento que aullaba y arrastraba nuevamente toda esa nieve a su camino despejado. Era como estar despierto, pero al mismo tiempo tuvo la sensación de oír otro ruido, el de música llevada por el viento. Pensó entonces: *Estoy soñando*. Pero le dolían los músculos, sus pasos eran inseguros cuando se levantó de la cama y le dolía la cabeza. Se acercó a la ventana y miró por el costado de la casa hacia los tejados de unos antiguos establos y hacia el primer tercio del camino de acceso. Una luna en cuarto creciente estaba suspendida entre los árboles desolados.

Lo que vio luego se asemejaba tanto a una escena de las películas más insólitas de Ricky que más tarde decidió que no pudo haberlo visto, en realidad. Soplaban el viento y como había temido, las capas transparentes de nieve se posaban como velos en el camino. Veía todo de un crudo negro o blanco. Un hombre vestido con ropa de cantor negro ambulante estaba en la cima del montículo de nieve que llegaba hasta la carretera. Le colgaba de la boca un saxofón tan blanco como sus ojos. Al mirarlo Lewis, sin tratar siquiera de obligar a su mente nublada a dar algún sentido a la visión, el músico sopló unos cuantos compases apenas audibles, bajó su saxofón y le guiñó el ojo. Tenía una piel aparentemente tan negra como el cielo y estaba casi suspendido en nieve donde normalmente tendría que haberse hundido hasta la cintura. «Ni uno de tus viejos espíritus, Lewis, celosos del nuevo intruso acude a buscar tus tordos y tus flores primaverales. Vuelve a la cama y sueña en paz». Sin embargo, embotado de fatiga, siguió observando y al hacerlo, la figura cambió: ahora era John Jaffrey, quien lo miraba con una ancha sonrisa en los labios, de pie en aquel lugar imposible, con el rostro y las manos cubiertos de betún negro, los ojos blancos, los dientes blancos. Lewis volvió a la cama trastabillando.

Cuando alivió el dolor de los músculos con una ducha caliente y prolongada, fue a la planta baja y miró sorprendido hacia afuera por una de las ventanas del comedor. La mayor parte de la nieve se había desprendido de los árboles delante de su casa y los había dejado mojados y relucientes. Sobre las terrazas de ladrillo había grandes charcos negros que llegaban desde su casa hasta los viejos establos. La barrera de nieve a lo largo de la senda tenía ahora la mitad de la altura del día anterior. El cambio del tiempo se había mantenido. El cielo estaba límpido y azul. Lewis contempló otra vez la barrera baja de nieve junto a su camino y movió la cabeza. Aquello era otro sueño. El sobrino de Edward había plantado aquella imagen en su mente con su historia y con el protagonista del libro que no había escrito aún, el músico negro del circo ambulante con un nombre cómico: *El está haciendo que soñemos sus libros para él*, pensó y sonrió.

Se dirigió al vestíbulo, se quitó los mocasines y se puso botas.

Con la chaqueta de color oliva sobre los hombros recorrió otra vez la casa hacia la cocina, donde puso a hervir agua en una marmita y entretanto se quedó contemplando la escena por la ventana de la cocina. Como los árboles del frente de la casa, su bosque brillaba y relucía. La nieve se extendía honda y blanca en el suelo, más blanca y más honda bajo los árboles mojados a lo lejos. Saldría a caminar mientras se calentaba el agua y volvería luego a desayunarse.

Afuera, el calor lo sorprendió. Más aún, el aire tibio y limpio le daba una sensación protectora, como si le proporcionase un capullo de seguridad. La sugerente amenaza del bosque había desaparecido y ahora resplandecía con sus colores hermosos y apagados de corteza y de liquen y con la nieve mullida debajo como una banda de colores de acuarela. Los bosques de Lewis no tenían ya aquella cualidad cruda, de contornos marcados como los de una ilustración que habían visto en ellos antes.

Tomó una vez más el sendero en sentido inverso, marchando despacio y respirando hondo, oliendo el perfume de la mullida cama de hojas mojadas bajo la nieve. Se sentía joven y lleno de salud, con el pecho henchido de aire puro y lamentaba haber bebido demasiado en casa de Sears. Era una tontería culparse por la muerte de Freddy Robinson. En cuanto a voces que susurraban su nombre, ¿no las había oído toda su vida? Era la nieve que caía de una rama, el rumor sin significado al cual su sentimiento de culpa daba otra interpretación.

Necesitaba la compañía de una mujer, la conversación de una mujer. Ahora que había terminado la relación con Christina Barnes, podría invitar a Annie, la camarera rubia del bar de Humphrey, a venir aquí, comer una buena cena y escucharle hablar de pintura y de libros. La inteligente conversación de Annie actuaría como un exorcismo de las preocupaciones del último mes. Tal vez invitaría también a Anni y entonces ambas hablarían de pintores y de libros. Y él tendría algunos tropiezos, al tratar de participar en la conversación, pero aprendería algo.

Seguidamente se le ocurrió la idea de quitarle Stella a Ricky durante una hora o dos y deleitarse simplemente con la realidad de aquel rostro asombroso y de aquella personalidad cautivante sentada a una mesa frente a él.

Lleno de paz, Lewis se volvió y comprendió por qué siempre había recorrido aquel camino en el sentido contrario. En el largo tramo de regreso, con sus dos codos, uno se encontraba delante de la casa casi antes de verla. Tomar el sentido contrario mantenía durante el mayor tiempo posible la ilusión de que era el único hombre blanco en un continente cubierto de densísimos bosques. Marchaba rodeado de árboles mudos y de agua que goteaba bajo un sol blanco.

Dos puntos, no obstante, destruyeron la ilusión de Lewis de ser Daniel Boone en una aventura de exploración por tierras desconocidas. Llegó al primero de ellos al cabo de diez minutos de marcha. En mitad de su paseo vio la curva amarilla de la mitad superior de un camión de transporte de combustible, la mitad inferior oculta por la curva del extenso prado que se extendía en dirección a Binghamton. Ahí terminaba el fantaseo sobre Daniel Boone. Tomó entonces el sector recto del camino en dirección a la puerta de su cocina.

Tenía apetito y se alegró de haber comprado tocino y huevos la última vez que fue a Milburn. Debería moler café y tostar pan de tipo casero, además de asar unos tomates al horno. Después del desayuno llamaría por teléfono a sus amigas, las invitaría a comer y dejaría que le indicasen qué libros debía leer. Stella quedaría para más adelante.

Estaba en mitad del camino hasta la casa cuando percibió olor a comida. Intrigado, inclinó la cabeza hacia un lado. Sin lugar a duda, era el aroma de un desayuno, el desayuno que acababa de imaginar: café, tocino, huevos. «Vaya, pensó, Christina». Después de partir Walt al trabajo y Peter a la escuela seguramente había subido a su camioneta rural y llegado a hacerle una escena. Tenía aún la llave de la puerta de servicio.

No tardó en hallarse más cerca de la casa, entre los últimos árboles. Allí el aroma del desayuno era todavía más intenso. Con una sensación de pesadez en las botas, avanzó despacio, pensando en lo que diría a Christina. Sería difícil, en especial

si ella adoptaba la actitud de mujer arrepentida y sumisa, como parecía indicarlo el aroma del desayuno... y entonces, cuando salía ya del sector arbolado cerca de la casa, advirtió que el automóvil de ella no estaba detenido frente al garaje.

Y allí era donde siempre lo dejaba. El espacio para estacionar era invisible desde la carretera y estaba cerca de la puerta de servicio. En realidad era allí donde todos estacionaban sus automóviles. Pero no sólo no estaba el automóvil de Christina estacionado en el patio de ladrillo cubierto de charcos, sino que no había ningún otro.

Lewis se detuvo y miró con atención la casa de piedra gris. Había unos pocos árboles y el tamaño de la casa los volvía casi insignificantes, como tallos finos de arbustos. Por un instante su casa le pareció más grande aún de lo que era en realidad.

Al llevarle una ráfaga de aire el olor a café y a tocino frito, Lewis tuvo la sensación de ver la casa por primera vez: la concepción de un arquitecto, inspirada en alguna ilustración de un castillo de Escocia, un disparate en cierto modo y, por otra parte, el edificio parecía brillar como los árboles. Era el final de una búsqueda en un cuento. Con las botas empapadas y el estómago vacío de hambre, Lewis contempló la casa, inmóvil de temor. Las ventanas relucían dentro de sus profundos huecos.

Era un castillo de princesa, pero una princesa muerta, no cautiva.

Lentamente se aproximó y se alejó de la seguridad transitoria de los bosques. Atravesó el patio de ladrillo donde tendría que haber estado el automóvil y sintió otra vez el aroma del desayuno con una intensa agudeza. Con gran cautela abrió la puerta de la cocina y entró.

La cocina estaba vacía, pero no como la había dejado. En todas partes había rastros de ocupación y de actividad. En la mesa de la cocina había dos platos de su mejor porcelana y, junto a ellos, cubiertos de plata. En dos candeleros junto a cada lugar había velas sin encender aún. Junto a la licuadora había una latita de jugo de naranja concentrado y congelado. Miró la cocina. Sobre las hornillas había cacerolas vacías. El olor a comida era intensísimo. La marmita llena de agua silbaba y apagó el fuego.

Junto a la tostadora eléctrica había dos rebanadas de pan.

—¿Christina? —llamó, por imaginar, en forma no muy racional, que podría tratarse aún de una broma. No obtuvo respuesta.

Volvió a la cocina y olió una sartén. Tocino frito. Huevos fritos en manteca. Con un dedo lleno de aprensión tocó el hierro frío ya.

El comedor se encontraba tal como lo había dejado y cuando pasó al *living-room*, todo estaba también intacto. Levantó un libro del brazo de un sillón y lo miró con curiosidad, a pesar de haberlo dejado él mismo allí la noche anterior. Permaneció unos momentos en el *living-room*, en ese cuarto donde no había entrado nadie, oliendo el aroma de un desayuno que nadie había preparado, como si la habitación fuese un refugio.

—¿Christina? —volvió a llamar—. ¿Hay alguien?

Arriba una puerta que le era familiar se cerró.

—¿Quién está? —preguntó.

Cuando llegó a la base de la escalera, miró hacia arriba.

—¿No hay nadie? —volvió a preguntar. El sol se reflejaba sobre el descansillo y vio las motas de polvo que giraban despacio sobre los escalones. La casa estaba silenciosa. Por primera vez sus vastas dimensiones le parecieron una amenaza. Se aclaró la garganta antes de volver a preguntar:

—¿Quién está arriba?

Después de largo rato comenzó a subir. Al llegar al descansillo miró por la ventanita hundida en su hueco —sol, árboles que goteaban— y prosiguió hasta llegar al piso alto.

El vestíbulo estaba silencioso y vacío, inundado de claridad. El dormitorio de Lewis quedaba a la derecha de la escalera y consistía en dos cuartos que habían sido unidos. Se había condenado una de las puertas y la otra había sido reemplazada por una de madera veteada trabajada a mano. Provista de un pesado picaporte de bronce, la puerta del dormitorio de Lewis se cerraba siempre con un ruido fuerte y pesado, el que había oído abajo.

Se quedó delante de la puerta, sin poder decidirse a abrirla. Otra vez se aclaró la garganta. Veía el gran espacio del cuarto doble, la alfombra, las zapatillas junto a la cama, el pijama sobre una silla, las ventanas por las cuales había mirado esa mañana. Además, veía bien la cama. Lo que le había causado el temor de abrir la puerta era haber imaginado, tendido sobre la cama, el cadáver de su mujer, muerta hacía catorce años. Levantó la mano para golpear la puerta. Tenía el puño a unos dos centímetros de ella, pero volvió a bajarlo y tocó el picaporte.

Se obligó entonces a hacerlo girar. El cerrojo se soltó en seguida. Con los ojos cerrados, entró.

Cuando los abrió, vio un sol borroso que se filtraba por las ventanas alargadas frente a la puerta. Había un borde de pijamas con rayas azules y blancas. Había asimismo un hedor de carne en descomposición.

Bienvenido, Lewis.

Armándose de valor, Lewis pasó junto a la puerta entreabierta y entró en el charco de luz matinal que inundaba su dormitorio. Miró la cama vacía. El olor horroroso se disipó con la misma rapidez con que había aparecido. Lo único que percibía ahora era el perfume de las flores que estaban en un florero sobre la mesa delante de la ventana. Se acercó a la cama y después de titubear, tocó la sábana de abajo. Estaba tibia.

Minutos más tarde estaba abajo con el teléfono en la mano.

—Otto. ¿Tienes mucho miedo de los inspectores de caza?

—Ah, no, Lewis. Huyen disparando cuando me ven. ¿En un día como éste tienes ganas de salir con los perros? Ven a tomar cerveza.

—Pero después saldremos —le dijo Lewis—. Por favor.

2

Peter salió de su aula cuando sonó la campana y recorrió el pasillo para dirigirse al vestuario. Mientras el resto de los alumnos pasaba junto a él empujándolo, para dispersarse por distintos sectores del edificio y la mayor parte de

su propia clase iba al salón de Miller para la hora de Historia, él fingió ir en busca de un libro. Tony Drexler, uno de sus amigos, se quedó junto a él durante unos segundos interminables y por fin le preguntó

—¿Tuviste alguna noticia de Jim Hardie?

—No —dijo Peter y se sumergió más aún en su armario.

—Apuesto a que está ya en Greenwich Village.

—Sí.

—Hora de ir a Historia. ¿Leíste el capítulo?

—No.

—Cuentos —dijo Drexler riendo—. Te veré allá.

Peter asintió. Poco después se encontró solo allí. Después de dejar sus libros en el armario individual, pero llevándose el abrigo, cerró de un golpe la puertita de metal y corrió por el pasillo hacia los baños, donde se encerró en un retrete y esperó hasta que sonase la campana de la primera hora.

Diez minutos más tarde miró sigilosamente por la puerta y vio que el pasillo estaba vacío y lo recorrió a toda carrera, para bajar luego las escaleras y salir por fin por la puerta de entrada.

Al costado y a cerca de cien metros de distancia la clase de gimnasia de la primera hora traspiraba haciendo calistenia en el campo cubierto de barro. Dos chicas estaban ya corriendo por el perímetro para cumplir un castigo. Nadie lo vio, pues la escuela estaba ya sumergida en su círculo de actividades privadas, marchando al son de las campanas.

En School Road, a una cuadra de distancia, dobló por una calle lateral y desde allí atravesó la ciudad en zigzag, eludiendo la plaza y el barrio comercial, hasta que llegó a Underhill Road, que a su vez desembocaba en la Ruta 17. Trotó por la primera un kilómetro y entonces se encontró bien fuera de la ciudad y a la vista de los campos vacíos que terminaban en macizos de árboles.

Al ver ya la carretera, atravesó una elevación empapada y saltó sobre una doble barrera de grueso aluminio asegurada a una serie de postes blancos. Cruzó los carriles hasta la protección del centro y pasó al otro lado de la carretera. Una vez allí levantó el brazo, con el pulgar en alto y comenzó a caminar hacia atrás.

Tenía que ver a Lewis. Tenía que hablarle de su madre.

Desde el fondo de su mente apareció la imagen de sí mismo saltando sobre Lewis, dándole puñetazos, destrozándole esa apuesta cara...

Pero siguió a ésta la opuesta, la de Lewis riendo, Lewis diciéndole que no se preocupase por nada, que no había vuelto de España para tener relaciones clandestinas con las madres ajenas.

Si Lewis le decía esto, le contaría acerca de Jim Hardie.

Hacía quince minutos que esperaba que lo recogieran cuando por fin se detuvo un automóvil azul junto a la banquina. El hombre de edad madura detrás del volante se inclinó hacia un costado para abrirle la puerta.

—¿Adónde vas, hijo? —Era un hombre rechoncho con un traje gris arrugado y corbata verde con el nudo demasiado ajustado. En el asiento de atrás había folletos de propaganda de algún tipo.

—Unos diez o doce kilómetros por esta carretera —dijo Peter—. Le diré cuando lleguemos. —En seguida subió al automóvil.

—Esto está contra mis principios —afirmó el hombre cuando reinició la marcha.

—¿Señor?

—Contra mis principios. Hacerse recoger en la carretera es bastante peligroso, especialmente para chicos hermosos como tu. Yo en tu lugar no lo haría.

Peter lanzó una carcajada, con la cual provocó no sólo el asombro del hombre, sino también el propio.

El hombre se detuvo a la entrada de la senda de la casa de Lewis, pero se negó a alejarse sin darle antes más consejos.

—Escucha, hijo. Nunca se sabe a quién vas a encontrar en estas carreteras. Podría ser un pervertido de cualquier tipo —dijo, asiendo a Peter de un brazo cuando éste abría ya la puerta para bajar—. ¿Me prometes no volver a hacer esto? Prométemelo, hijo.

—Bien, se lo prometo —le dijo Peter.

—Ahora el Señor sabe lo que prometiste —dijo el hombre, soltándolo.

Peter bajó con rapidez—. Espera, hijo, espera. Un segundo. —Peter esperó lleno de impaciencia junto al automóvil, mientras el hombre se volvía en el asiento y elegía uno de los folletos en el asiento de atrás—. Esto te ayudará, hijo. Léelo y guárdalo. Hay en él una respuesta.

—¿Respuesta?

—Exactamente. Muéstracelo a tus amigos —dijo y entregó a Peter un folleto de impresión ordinaria: *El atalaya*.

El hombre aceleró y se alejó por la carretera. Peter se guardó el folleto en un bolsillo y se volvió para entrar en la senda de acceso de Lewis.

Se la habían señalado, pero nunca había visto la casa de Lewis antes, con excepción de los tejados grises visibles desde la carretera. Cuando se internó en la senda, estos tejados puntiagudos desaparecieron. La nieve acumulada se había derretido y la senda resplandecía, reflejando los rayos del sol en mil puntos semejantes a espejos. Cuando vio los tejados desde la carretera, no advirtió lo lejos que quedaba ni qué rodeada de árboles estaba. Al llegar al primer codo, pudo ver la casa en parte entre los troncos y por primera vez se preguntó qué estaba haciendo allí.

Se acercó más. Un tramo de la senda se curvaba hasta el frente de la casa, un frente largo como una cuadra entera en la ciudad. Las ventanas facetadas reflejaban la luz y el sector principal de la senda se curvaba hacia un costado y desembocaba en un patio de ladrillos flanqueado por lo que Peter supuso que eran establos. Vio sólo una esquina de dichos establos. No se imaginaba a sí mismo entrando en una casa tan imponente: daba la impresión de que sería posible allí vagar durante una semana entera sin encontrar la salida. Esta prueba del aislamiento, de la poca sociabilidad de Lewis llevó a Peter a dudar de todos los planes que tenía.

Entrar allí era tan amenazante casi como entrar en la casa silenciosa de Montgomery Street.

Dio la vuelta hacia los fondos del edificio, tratando de asociar aquella maciza magnificencia con su opinión de Lewis. Para él, por no saber nada de la historia de la casa, resultaba un palacio real que exigía un concepto diferente de su dueño. Con todo, los fondos de la casa eran mejores: una puerta sobre el patio de ladrillo, los acogedores frentes de madera de los establos. Acababa de reparar en los senderos que llevaban a los bosques cuando oyó hablar una voz dentro de su mente.

Imagina a Lewis en la cama con tu madre. Imagínalo sobre ella...

—No —susurró.

Imagínala moviéndose desnuda debajo de él, Peter...

Peter se quedó inmóvil e inmediatamente la voz calló. Acababa de entrar un automóvil en la senda desde la carretera. Había vuelto Lewis. El muchacho pensó por un instante si debería aguardar, ofreciendo un buen blanco en aquel patio, para que lo viese Lewis al entrar, pero luego el automóvil viró y ahora estaba demasiado cerca de la casa. Peter no podía soportar mirar a Lewis mientras la voz murmuraba en su interior. Corrió pues hasta los establos y se agazapó allí. Detrás de la casa, la camioneta rural de su madre llegó al patio a los fondos de la misma.

Se apretó bien contra la nieve y miró entre los troncos retorcidos de los rosales. Su madre estaba bajando del automóvil. Tenía el rostro fatigado, pálido de emoción concentrada... tenía una expresión tensa y furiosa que él no había visto nunca. Mientras esperaba junto a los establos, la mujer se inclinó dentro del automóvil y tocó la bocina dos veces. Luego se irguió, pasó por delante del automóvil, evitando los charcos del patio de ladrillo y se dirigió a la puertita de servicio. Peter pensó que golpearía, pero metió una mano en la cartera, sacó una llave y entró. La oyó entonces llamar a Lewis por su nombre.

3

Lewis guió el Morgan esquivando un charco negro en el camino lleno de pozos que llevaba a los fondos de la quesería. Se trataba de un edificio cuadrado, de madera, del tamaño de un *bungalow*, que Otto mismo había construido en un valle de las afueras de Afton, al pie de una serie de colinas boscosas. En las perreras los perros ladraron en un costado de la casa. Lewis detuvo el automóvil junto a la plataforma que Otto utilizaba como tinglado para cargar, saltó a ella, abrió las puertas de metal y se metió en la fábrica. Por todas partes se percibía el olor penetrante de la leche cuajada.

—¡Lewis! —Otto estaba bañado por una luz tenue en un extremo de su pequeña fábrica rodeado por maquinaria blanca, dirigiendo la tarea de echar el queso dentro de moldes de madera achatados. A medida que se llenaban, Karl, el hijo de Otto, llevaba los moldes a una balanza, apuntaba el peso y el número y los apilaba en un rincón. Otto dijo algo a Karl y recorrió el recinto con piso de madera para estrechar la mano de Lewis.

—Me alegro de verte, amigo. Pero Lewis, ¡qué aspecto de cansado tienes! Te hace falta un poco de mi aguardiente casero.

—Y tú tienes aspecto de estar ocupado —repuso Lewis—. Pero te agradeceré un poco de tu aguardiente.

—Ocupado, no te preocupes de que esté ocupado. Karl maneja todo ahora y ¿por qué habría de preocuparme por Karl? Es un buen quesero. Casi tan bueno como yo.

Lewis sonrió y Otto le palmeó la espalda y se alejó hacia su oficina, un lugarcito separado por una mampara y cerca del tinglado. Allí Otto se sentó en un sillón viejísimo detrás del escritorio, haciendo crujir los resortes. Lewis se sentó frente a él.

—Y ahora, mi amigo —dijo Otto, inclinándose y sacando de un cajón un botellón y dos vasitos diminutos— verás lo que es beber bien. Con esto tendrás otra vez las mejillas sonrosadas. —Al decir esto, sirvió el aguardiente en los dos vasitos.

La bebida era ardiente en la garganta de Lewis, pero su gusto recordaba el de una variedad de flores destiladas en un líquido delicioso.

—Exquisito —dijo Lewis.

—Claro que es exquisito. Lo hago yo mismo. Supongo que trajiste la escopeta, ¿no, Lewis?

Lewis hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien. No eres la clase de amigo que viene a mi oficina, bebe mi aguardiente y come mi queso excelente —dijo Otto a la vez que se levantaba y se acercaba a una heladera baja— y todo el tiempo está pensando en salir a cazar y matar algo. —Otto dejó delante de Lewis una gran tajada de queso con vetas de color borravino y cortó pedazos con su cuchillo. Era uno de los quesos especiales que hacía Otto y vendía bajo su propio nombre. Los grandes moldes de queso *cheddar*, en cambio, eran distribuidos por una compañía—. Dime la verdad. ¿Tengo razón o no?

—Tienes razón.

—Lo sospechaba, Lewis. Pero no importa. Compré una perra excelente. ¡Esta perra ve a cuatro o cinco kilómetros... huele a quince! Creo que pronto encomendaré a esta perra el trabajo que hace Karl.

El queso con su leve gusto a vino era tan bueno como el aguardiente de Otto.

—¿Crees que estará demasiado mojado para sacar al perro?

—No, no. Bajo los árboles altos no estará tan mojado. Tú y yo... encontraremos algún animal para cazar. Hasta quizás un zorro, ¿eh?

—¿Y no tienes miedo de que aparezca el guardabosques?

—¡No! Los guardabosques huyen cuando me ven. Dicen: «Miren, allí está ese alemán loco. ¡Y está armado, además!».

Al oír los cómicos comentarios de Otto Gruebe, sentado en su oficina con otro vasito lleno del potente aguardiente y la boca llena de sabores refinados, Lewis pensó que Otto era una versión alternativa de la Chowder Society, menos complicada, pero al mismo tiempo una amistad igualmente valiosa para él.

—Vayamos a ver ese perro —propuso.

—A ver ese perro, eh? Lewis, cuando veas mi perra nueva, caerás de rodillas y le propondrás matrimonio.

Los dos hombres se pusieron las chaquetas y salieron de la oficina. Una vez afuera, Lewis advirtió que estaba allí un muchacho alto y delgado aproximadamente

de la misma edad que Peter, cerca del tinglado. Llevaba camisa de color púrpura y apretados vaqueros azules y estaba apilando los pesados moldes para la carga. El muchacho miró fijamente a Lewis un instante y luego agitó la cabeza y sonrió.

Mientras se dirigían a la perrera, Lewis preguntó:

—¿Tomaste un chico nuevo?

—Sí. Es el pobre muchacho que descubrió el cuerpo de la vieja de los caballos. La que vivía cerca de tu casa.

—Rea Dedham —dijo Lewis. Cuando miró por sobre el hombro, vio que el muchacho lo miraba aún, con una leve sonrisa. Lewis tragó saliva y volvió la cabeza otra vez.

—Sí. Estaba muy perturbado y no soportaba la idea de seguir viviendo allá. Es un chico muy sensible, Lewis. Me pidió empleo y se alquiló un cuarto en Afton. Y yo le di una escoba y lo puse a limpiar la maquinaria y a apilar el queso. Me servirá mucho hasta Navidad, pero después no podremos permitirnos ya tenerlo.

Rea Dedham. Edward y John. Lo perseguía aun aquí.

Otto hizo salir a la perra nueva de la perrera y se inclinó sobre ella para acariciarle el lomo. Era un galgo, un animal delgado y musculoso de color gris con poderosas patas y nalgas. La perra no ladraba como los animales, ni tampoco daba saltos de alegría por haber salido de la perrera, sino que permanecía inmóvil junto a Otto, mirando alrededor con ojos azules y vigilantes. Lewis se inclinó a su vez para acariciarla, y la perra recibió la caricia y le offateó las botas.

—Se llama Flossie —dijo Otto—. Qué perra, ¿no? Qué belleza eres, mi Flossie. ¿Quieres que te llevemos a pasear un poco, mi Flossie?

Por primera vez la perra dio muestras de animación y movió la cabeza a la vez que meneaba la cola. Aquel animal bien enseñado, junto a Otto con sus orejas salientes y feliz de haberla obtenido, la proximidad del bosque y el aroma penetrante del queso, todo ello contribuyó a alejar a Lewis del muchacho con vaqueros a sus espaldas y de la Chowder Society que acechaba detrás de él. Dijo entonces.

—Otto, quiero contarte una historia.

—¿Sí? Cuéntamela, Lewis.

—Quiero contarte cómo murió mi mujer.

Otto inclinó la cabeza hacia un lado y por un instante recordó a Lewis el galgo echado junto a ellos.

—¿Sí? —dijo—. Cuenta. —Con aire reflexivo, pasó un dedo por la base de las orejas de la perra—. Puedes contármelo todo cuando pasemos una o dos horas en los bosques, ¿quieres? Me alegro, Lewis. Me alegro.

Cuando Lewis y Otto salían con armas y perro llamaban a esto salir a cazar coatíes y Otto se regocijaba siempre ante la posibilidad de ver un zorro, pero hacía por lo menos un año que nunca mataban nada. Los rifles y el perro eran principalmente un pretexto para recorrer el extenso sector de bosques que se encontraba arriba de la fábrica de queso, y para Lewis representaba una versión más deportiva de sus trotes matutinos.

A veces disparaban sus armas, a veces uno de los perros acosaba a algún animal. Lewis podría haber intentado dispararle, pero por lo menos la mitad del tiempo Otto se dedicaba a contemplar al atemorizado animal con sus bandas en el lomo, mientras reía.

—Vamos, Lewis —decía. Este coatí es demasiado bonito. Busquemos uno más feo.

Lewis sospechaba que si hacían ese tipo de caza esa vez, primero necesitarían arreglar la cosa con Flossie. Esta perra esbelta y lista era totalmente profesional. No perseguía pájaros ni ardillas como casi todos los otros perros, sino que avanzaba silenciosa delante de ellos, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado, agitando la cola sin cesar.

—Creo que Flossie nos hará trabajar —comentó.

—Claro. ¿O crees que pagué doscientos dólares para hacer papelones delante de un perro?

Cuando estuvieron sobre el valle y se internaron entre los árboles, Lewis sintió cómo disminuía poco a poco su tensión. Otto estaba exhibiendo a su perra, silbando para hacerla alejarse en una amplia tangente y silbando otra vez para que volviera.

Se encontraban en ese momento en medio de un bosque espeso. Como había pronosticado Otto, hacía más frío y estaba más seco ahí que en el valle. En los puntos algo más expuestos la nieve derretida formaba pequeños hilos de agua y la tierra cenagosa bajo la nieve que quedaba aún hacía un ruido de succión bajo las botas. En cambio bajo la fronda de coníferas era como si no se hubiese producido ningún deshielo. Lewis perdía de vista a Otto durante diez minutos, a veces, y luego percibía fugazmente su chaqueta roja entre las ramas de los pinos y lo oía dialogar con su perra. Lewis se llevó la Remington al hombro y luego probó puntería con una piña. La perra corría y saltaba delante de ellos, buscando una pista.

Media hora más tarde, cuando encontró una, Otto estaba demasiado cansado para seguirla. La perra comenzó a aullar y salió corriendo hacia la derecha. Otto bajó su pesada arma y dijo:

—No, deja que se vaya, Flossie. —La perra lloriqueó y se quedó mirando con aire incrédulo a los dos hombres: *¿Qué están haciendo, payasos?* Seguidamente bajó la cola y volvió. A unos diez metros de ellos, se echó y comenzó a lamerse las patas.

—Flossie está desilusionada —afirmó Otto—. No estamos a su altura. Bebe un poco —agregó, pasando un frasco de metal a Lewis—. Creo que hay que mantenerse abrigado, ¿no, Lewis?

—¿Se puede encender fuego aquí?

—Desde luego. Vi un espacio protegido cerca. Hay cantidad de madera seca. Mientras tú haces un pozo en la nieve, yo iré a traer ramas secas y después, ¡rápido! Fuego.

Como la colina llegaba al punto más elevado a sólo veinte metros de donde estaban, Lewis subió un poco mientras Otto volvía al sector que había visto en busca de ramitas secas y leña más grande. Flossie, perdido todo interés, lo miraba mientras subía con trabajo hacia la cresta.

No esperaba lo que encontró al terminar de subir. Había recorrido mayor distancia de la que él imaginaba y abajo, al fondo de una pendiente boscosa se divisaba un tramo de carretera. En el lado opuesto de ella comenzaban otra vez los bosques, pero los pocos automóviles que pasaban por la carretera malograban el paisaje y en seguida disiparon aquella frágil sensación de bienestar que había experimentado antes.

Y luego fue como si Milburn lo hubiese perseguido hasta allí, para señalarlo en aquella cima de la colina cubierta de bosques. Uno de los automóviles que avanzaba velozmente por la carretera era el de Stella Hawthorne.

—Dios... —murmuró al ver el Volvo de Stella pasar por el espacio exactamente a sus pies. El automóvil, así como quien lo conducía, le hicieron evocar otra vez la noche y la mañana. Era como si hubiese instalado su tienda en medio de la plaza y aun en medio del bosque, Milburn le hablaba en susurros. El automóvil de Stella siguió avanzando. El guiño de doblar se encendió y el automóvil se detuvo junto a la banquina. Momentos más tarde otro automóvil se detuvo junto al de ella. De él bajó un hombre, quien se acercó a la ventanilla del de Stella y golpeó la puerta hasta que ella la abrió.

Lewis se volvió y bajó otra vez por la pendiente resbaladiza a reunirse con Otto. Este acababa de encender una pequeña fogata. En el fondo de un pozo excavado en la nieve y sobre un lecho de piedras se veía una llama. Otto agregó unas ramas de mayor tamaño, luego otra, luego un manojo, y la débil llamita se multiplicó. Sobre la fogata Otto armó una especie de cobertizo cónico de palos.

—Ahora, Lewis —dijo—, puedes calentarte las manos.

—¿Queda aguardiente? —Lewis tomó el frasco y se sentó junto a Otto en un tronco caído salpicado de nieve. De uno de sus hondos bolsillos Otto sacó una gran salchicha de manufactura casera, cortada en dos mitades. Dio una a Lewis y mordió su mitad. El fuego pasó a la estructura cónica de ramas y comenzó a calentar los tobillos de Lewis a través de las botas. Extendió piernas y brazos en una posición confortable y con la boca llena a medias, de salchicha, comenzó a hablar.

—Una noche Linda y yo fuimos a cenar en uno de los departamentos del hotel que yo tenía. Linda no vivió esa noche. Otto, creo que lo mismo que destruyó a mi mujer está persiguiéndome.

4

Peter se levantó, sin alejarse de los establos y luego cruzó el patio y espió por la ventana de la cocina. Había cacerolas sobre las hornallas y la mesa redonda estaba puesta para dos personas. Su madre había venido a tomar el desayuno. Oyó sus pasos cuando se alejaba dentro de la casa, evidentemente buscando a Lewis Benedikt. ¿Qué haría cuando descubriese que él no estaba allí?

«Desde luego no corre ningún peligro», se dijo. «No está en *su* casa. No puede correr peligro. Descubrirá que Lewis no está y volverá a casa». Pero aquello le recordaba demasiado el otro episodio, el de espiar por la ventana y esperar junto a la puerta mientras otra persona recorría una casa vacía. *Se irá a casa, simplemente.* Peter

tocó la puerta, pensando que la hallaría cerrada con cerrojo, pero no ofreció resistencia y se entreabrió dos centímetros.

Esta vez no entraría. Temía demasiadas cosas... y sólo parte de ellas era la idea de encontrar a su madre en la casa y tener que inventar una excusa por hallarse allí.

Podía inventarla muy bien. Podría decirle que quería conversar con Lewis sobre... sobre cualquier cosa. Sobre la universidad de Corneil. Sobre las fraternidades estudiantiles.

Vio la cabeza aplastada de Jim Hardie al resbalar por una pared manchada.

Retiró la mano de la puerta y bajó por los escalones hasta el patio de ladrillo. Dio varios pasos hacia atrás, con los ojos fijos en la pared de los fondos de la casa. De todos modos, era una fantasía de su parte: la expresión enojada de su madre hacía evidente que no aceptaría pretextos absurdos como el de buscar consejo sobre las fraternidades estudiantiles.

Retrocedió más aún y por un instante le pareció que la pared, semejante a una fortaleza, de los fondos de la casa de Lewis se inclinaba para perseguirlo. Se movió un cortinado y Peter no pudo moverse un paso más. Alguien estaba detrás de la cortina, alguien que no era su madre. Veía solamente los dedos blancos que apartaban el cortinado. Sintió deseos de correr, pero las piernas no le obedecían.

La figura de los dedos blancos había inclinado la cara hacia el vidrio y estaba mirándolo. Era Jim Hardie.

En la casa, su madre gritó. Las piernas de Peter se movieron de pronto y salió corriendo por el patio y entró por la puerta de servicio.

Recorrió a toda carrera la cocina y se encontró en un comedor. Por una ancha puerta abierta vio muebles de *living-room* y luz que entraba por las ventanas del frente.

—Mamá! —llamó y entró en el cuarto. A los lados de la chimenea había dos sofás de cuero y sobre una pared colgaban armas antiguas—. ¡Mamá! —repitió.

Jim Hardie entró en el living-room con una sonrisa. Le mostró las palmas de las manos como para demostrarle que sus intenciones no eran violentas.

—Hola —dijo, pero la voz no era la de Jim. Era la voz de un ser humano cualquiera.

—Estás muerto —dijo Peter.

—Eso es gracioso —dijo la imagen de Hardie—. En realidad, no te sientes muerto una vez que sucede. Ni siquiera sientes dolor, Peter. Te sientes casi bien. No, decididamente diría que te sientes muy bien. Y desde luego no te queda nada de qué preocuparte. Eso es una gran ventaja.

—¿Qué le hiciste a mi madre?

—No, ella está bien ahora. El está con ella arriba. No puedes subir. Yo tengo que conversar contigo. ¡Hola, te dije!

Peter miró desesperado la pared con las lanzas y las picas, pero quedaba demasiado lejos.

—Ni siquiera *existes* —dijo, llorando casi—. Te mataron. —Tiró hacia sí una lámpara que estaba en una mesa junto a uno de los sofás.

—Es difícil decirlo —repuso Jim—. No puedes decir que no existo, porque estoy aquí. ¿Te saludé ya? Tenía que decirte «¡Hola!». Vamos a...

Peter arrojó la lámpara hacia el pecho de la imagen de Jim con todas sus fuerzas.

La figura siguió hablando durante los segundos en que la lámpara surcó el aire —....siéntate y...

La lámpara la hizo estallar en una lluvia de luces como chispas y se estrelló contra la pared.

Peter atravesó corriendo el *living-room*, llorando casi de impaciencia. En el extremo opuesto del cuarto pasó por la arcada y resbaló en las baldosas blancas y negras. A su derecha estaba la maciza puerta principal, y más a su derecha una escalera alfombrada. Subió corriendo por ella.

Al llegar al primer rellano se detuvo al ver que la escalera no terminaba allí. En el final de un *hall* alargado, semejante a una galería cubierta, vio el comienzo de otra escalera que obviamente conducía a otro sector de la Casa.

—¡Mamá! —gritó.

Oyó entonces un ruido de sollozos débiles, muy cerca de donde estaba. Se acercó a la puerta de madera del cuarto de Lewis y la abrió. Su madre dejó escapar otro gemido ahogado, como un sollozo. Peter entró entonces.

Y se detuvo allí. El hombre de la casa de Anna Mostyn se hallaba junto a una gran cama que Peter estaba seguro de que pertenecía a Lewis. En una silla había un pijama con rayas azules. El hombre llevaba sus anteojos ahumados y su gorra tejida. Tenía las manos asidas al cuello de Christina Barnes.

—¡El chico Barnes! —dijo—. Cómo se mueven estos jóvenes. Y cómo meten esas naricitas en los asuntos ajenos. Creo que necesitarás unas palmaditas.

—*Mamá*, no existen —dijo Peter—. Puedes hacerlos desaparecer. —Los ojos de su madre se salían de las órbitas y hacía movimientos convulsivos—. No puedes hacer caso de lo que dicen. Se te meten en la cabeza y te hipnotizan.

—No, no tuvimos necesidad de hacer eso —observó el hombre.

Peter se acercó a la ancha repisa debajo de las ventanas y levantó un florero.

—Muchacho —dijo el hombre.

Peter levantó el brazo. El rostro de su madre estaba azul ya y se le salía la lengua. Con un grito ahogado, desesperado, Peter se preparó para lanzar el florero al hombre. Dos manos frías y pequeñas se cerraron alrededor de su muñeca. Una ola de aire fétido, el olor de un animal que dejan muerto al sol durante días lo invadió completamente.

—Pórtate como un buen chico —dijo el hombre.

Alfiler de sombrero

Furioso, Harold Sims, se metió en el automóvil, obligando a Stella a apartarse hacia un costado.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Qué demonios pretendes con esto?

Stella sacó un paquete de cigarrillos de la cartera, encendió uno y sin decir una palabra ofreció el paquete a Harold.

—¡Te pregunté qué mosca te ha picado! Tuve que recorrer treinta kilómetros para venir hasta aquí —dijo Harold, rechazando los cigarrillos.

—Creo que la idea de encontrarnos fue tuya. Por lo menos, es lo que dijiste por teléfono.

—Hablabas de tu casa, qué diablos. Lo sabes muy bien.

—Y entonces yo te dije que nos viésemos aquí. No tenías por qué venir.

—¡Pero, quería verte!

—Entonces, hace alguna diferencia para ti que nos encontremos aquí o bien en Milburn. Aquí puedes decir lo que tengas ganas de decir.

Sims dio un puñetazo al tablero.

—Calla. Estoy sufriendo de tensión. Muchísima tensión. No necesito tener más problemas a causa tuya. ¿Para qué sirve encontrarnos en este rincón apartado de la carretera?

Stella miró en torno de sí.

—Yo diría que es un lugar muy pintoresco. ¿No crees lo mismo? Es muy bonito. Pero para responder a tu pregunta, la verdad es, desde luego, que no quería que vinieses a mi casa.

—No quieres que vaya a tu casa —dijo Harold y por un instante su expresión fue de tal asombro que Stella comprendió que para él siempre sería un enigma. Los hombres para quienes uno siempre era un enigma no servían para nada.

—No —repitió con suavidad—. No quería.

—Por Dios, podríamos habernos encontrado en un bar, o en un restaurante, o podrías haber venido a Binghamton...

—Quería verte a solas.

—Muy bien, renuncio a entender nada —afirmó Harold y levantó las manos como quien realmente renuncia a algo concreto—. Supongo que ni siquiera te interesa saber qué problema tengo.

—Harold —dijo Stella—. Hace meses que vienes contándome todos tus problemas y siempre te escuché con grandes muestras de interés.

De pronto Harold suspiró profundamente, apoyó una mano en la de ella y le dijo:

—¿Quieres irte conmigo? Quiero que nos vayamos juntos.

—Eso no es posible. —Stella le palmeó la mano y luego la apartó de la suya—. No sucederá nada semejante, Harold.

—Ven conmigo el año que viene. Eso nos da bastante tiempo para darle la noticia a Ricky. —Harold volvió a apretarle la mano.

—Además de impertinente, eres tonto. Tienes cuarenta y seis años y yo, sesenta. Y tienes trabajo. —A Stella casi le parecía estar hablando con uno de sus hijos. Esta vez apartó con firmeza la mano de él y la colocó sobre el volante.

—¡No! —se lamentó él—. ¡No! Maldición, tengo trabajo sólo hasta fin de año. El Departamento de la universidad no ha auspiciado mi ascenso y esto significa que

tengo que irme. Hoiz me dio la noticia hoy. Dijo que lo lamenta mucho, pero está tratando de imprimir una nueva orientación al Departamento y que yo no estaba colaborando como esperaba. Además, no he publicado suficientes trabajos. La verdad es que hace dos años que no publico nada, pero no tengo la culpa. Tú sabes que escribí tres artículos y que todos los demás antropólogos del país publicaron...

—Oí ya todo eso —lo interrumpió Stella y apagó su cigarrillo.

—Sí. Pero ahora es realmente importante. La gente nueva del Departamento me ha desplazado. Leadbeater obtuvo un subsidio para residir en una reserva india el cuatrimestre que viene y un contrato con la universidad de Princeton y Johnson está por publicar un libro en otoño... y a mí me liquidan.

Lo que estaba diciendo Sims pasó por fin hasta la conciencia de Stella a través de la impaciencia que le provocaba la voz de él.

—¿Quieres decir, Harold, que me propones que me vaya contigo cuando ni siquiera tienes trabajo?

—Quiero tenerte a mi lado.

—¿Y adónde pensabas ir?

—No sé. A California, tal vez.

—Ay, Harold, eres insoportablemente vulgar —estalló Stella—. ¿Pretendes que viva en un campamento para acoplados? ¿Que coma salchichas? En lugar de estar llorando por verme, tendrías que estar escribiendo cartas y tratando de obtener un nuevo empleo. ¿Y qué te hace pensar que me gustaría compartir tu pobreza? No he sido más que tu amante, no tu mujer. —Apenas pudo dominarse para no añadir «Gracias a Dios».

Con voz ahogada, Harold le dijo:

—Te necesito.

—¡Qué ridiculez!

—Te necesito. Es la verdad.

Stella vio que Harold no tardaría en echarse a llorar.

—Y ahora —dijo—, no sólo eres vulgar sino que además te compadeces a ti mismo. La verdad es que eres un hombre que siempre está compadeciéndose a sí mismo, Harold. Me llevó mucho tiempo comprenderlo, pero en los últimos meses, cada vez que pienso en ti, te imagino con un gran letrero colgado del cuello que dice «Digno de compasión». Admítelo, Harold. En los últimos tiempos las cosas no han marchado muy bien entre nosotros.

—Bien, si te repugno tanto, ¿por qué sigues viéndome?

—No tenías muchos competidores. Y en realidad, no pienso verte desde ahora en adelante. De todos modos, estarás demasiado ocupado buscando trabajo para seguir mis caprichos. Y yo estaré demasiado ocupada cuidando a mi marido para seguir escuchando tus quejas.

—¿Tu marido? —repitió Harold. Ahora estaba realmente atónito.

—Sí. Me importa mucho más que tú y en este momento me necesita mucho más. De modo que esto termina aquí. No te veré más.

—¿Ese viejecito reseco... ese maniquí...? No puede ser.

—Cuidado —le advirtió Stella.

—Es tan poca cosa —se lamentó Harold—. ¡Hace años que lo engañas!

—Muy bien. Es cualquier cosa menos un viejecito reseco y no te permitiré que lo insultes. Si durante toda mi vida yo tuve una actitud experimental frente a los hombres, Ricky supo adaptarse a ella, lo cual es, diría yo, mucho más de lo que tú serías capaz de hacer y si engañé a alguien, fue a mí misma. Creo que es hora de que me jubile y entre en la vida respetable. Y si no alcanzas a ver que Ricky tiene cuatro o cinco veces más importancia que tú, te engañas.

—¡Jesús! Eres realmente una zorra —dijo Harold, con los ojos muy abiertos.

Stella sonrió.

—Eres el ser más aterrador, más implacable que haya conocido yo jamás. Esto le dijo Melvyn Douglas a Joan Crawford. No recuerdo el nombre de la película, pero a Ricky le gusta mucho esta frase. ¿Por qué no lo llamas y le preguntas el nombre de esa película?

—Dios, cuando pienso en todos los hombres a quienes debes haber convertido en mierda...

—Pocos de ellos lograron la transformación con tanta facilidad.

—Putá —la boca de Harold era una línea apretada y amenazadora.

—Te diré que como todos los hombres que se compadecen a sí mismos, eres en realidad muy primitivo, Harold. ¿Quieres hacerme el favor de bajar de mi auto?

—Estás enojada —dijo Harold, incrédulo—. Yo pierdo mi empleo y tú acabas de dejarme y *tú* eres quien está enojada.

—Sí, estoy enojada. Por favor, baja, Harold. Vuelve a tu nidito de autocompasión.

—Podría bajar. Ahora mismo —dijo Harold y se inclinó hacia adelante—. O bien podría obligarte a ver razones haciendo contigo lo que tanto te gusta.

—¡Ah! ¿Amenazas violarme, Harold?

—Es más que una amenaza.

—Es una promesa, ¿eh? —preguntó Stella y por primera vez vio la expresión brutal de Harold—. Bien, antes de que empieces a lloriquear sobre mí, yo también te haré una promesa. —Stella puso una mano en la parte de abajo de su solapa y sacó de allí un largo alfiler para sombreros. Hacía años que no se separaba de él, desde el día que un hombre en Schenectady la siguió todo el día mientras recorría las tiendas... Mostró el alfiler a Harold antes de decir—: Si haces un solo movimiento para tocarme, te prometo clavarte esto en el cuello. —Stella sonrió y fue la sonrisa la que le ganó el triunfo.

Harold bajó del automóvil como si hubiese sufrido una descarga eléctrica, cerrando la puerta de un golpe tras sí. Stella puso marcha atrás hasta tocar la barrera, pasó a primera y partió a toda velocidad delante del tránsito que se aproximaba.

—¡MALDITA! —Harold golpeó con un puño la palma de su otra mano varias veces—. ¡ESPERO QUE TENGAS UN ACCIDENTE!

Luego recogió una piedra de la banquina y la arrojó sobre la carretera. Se quedó luego de pie allí, respirando afanosamente.

—Jesús, ¡qué perra! —Se alisé el pelo corto con una mano, pero estaba demasiado furioso para volver a la universidad. Miró el bosque que comenzaba al

pie de la pendiente y luego los cuatro carriles de la carretera hacia el terreno más alto y seco.

Relato

6

—Habíamos reñido —dijo Lewis—. No lo hacíamos muy a menudo, pero cuando reñíamos, la culpa era casi siempre mía. Esa vez fue porque despedí a una de las mucamas. Era una muchacha del campo en los alrededores de Málaga. Ni siquiera recuerdo su nombre, pero era loca, o por lo menos, yo creía que lo era. —Lewis se aclaró la garganta y se inclinó hacia el fuego—. La razón era, que vivía entregada a lo oculto. Creía en la magia, en los malos espíritus, en todo ese espiritismo de los campesinos españoles. Eso no me molestaba como para despedirla, aunque asustaba a otros miembros del personal doméstico al ver signos ominosos en todo. Pájaros en el parque, lluvia inesperada, un espejo roto, todos eran malos augurios para ella. El motivo por el cual la despedí fue que se negó a limpiar uno de los cuartos.

—Excelente razón —murmuró Otto.

—Yo pensaba así, pero Linda hallaba que era demasiado severo con la muchacha. Nunca se había negado antes a limpiar un cuarto. Estaba agitada por culpa de algunos de los huéspedes. Decía que eran malos, o algo por el estilo. Era absurdo.

Lewis volvió a beber un poco de aguardiente y Otto agregó otra rama al fuego. Flossie se les acercó y se echó con el cuarto trasero próximo a las llamas.

—¿Eran españoles esos invitados, Lewis?

—Norteamericanos. Una mujer de San Francisco llamada Florence de Peyser y una niña. Alice Montgomery. Una niña muy bonita de unos diez años. Y la señora de Peyser tenía una doncella que la acompañaba siempre, una norteamericana de origen mexicano, llamada Rosita. Se alojaban en un gran departamento del piso alto del hotel. Realmente, Otto, es difícil imaginar gente que inspirase menos miedo que esas tres.

Desde luego, Rosita limpiaba seguramente el departamento, pero era obligación de la otra muchacha entrar allí una vez por día y como se negó a hacerlo, la despedí. Linda quería que cambiase los horarios y permitiera así que hiciese la limpieza otra de las mucamas.

Lewis miraba fijamente el fuego.

—La gente nos oyó discutir y eso era poco frecuente en nosotros. Estábamos en el rosal y seguramente yo levanté la voz. Linda también. Claro, fui un tonto. Debí haber cambiado los horarios, como quería hacerlo Linda. Pero fui demasiado obstinado. En uno o dos días más, mi mujer me habría persuadido, pero no vivió lo suficiente...

—Lewis mordió un trozo de salchicha y lo masticó sin tomarle el gusto—. La señora de Peyser nos invitó a cenar en su departamento esa noche. La mayoría de las noches comíamos solos y nos manteníamos apartados de los huéspedes, pero de vez en cuando alguno de ellos nos invitaba a su mesa para el almuerzo o la cena. Supuse que la señora de Peyser sólo deseaba mostrarse cortés con nosotros y acepté la invitación en nombre de los dos.

No debí haber ido. Estaba cansado, agotado, después de trabajar duramente todo el día. Además de haber reñido con Linda, había ayudado a meter doscientos cajones de vino en la bodega durante la mañana y por la tarde había debido participar en varios torneos de tenis. Jugué dos partidos de dobles. Lo que necesitaba, en realidad, era comer algo caliente y liviano y acostarme, pero en lugar de ello subimos al departamento alrededor de las nueve. La señora de Peyser nos sirvió bebida y luego dijimos al camarero que subiera la cena a las diez menos cuarto. Rosita la serviría y el camarero podría volver al comedor. Bien, bebí un trago y me sentí confuso. Florence de Peyser me sirvió otro y apenas pude intentar conversar algo con Alice. Era una niña hermosísima, pero nunca hablaba, a menos que alguien le hiciera una pregunta. Vivía agotada por el deber de observar buenos modales y era tan pasiva que se habría dicho que era algo retardada. Yo suponía que sus padres la habían dejado en manos de su tía durante todo el verano.

Más tarde me pregunté si habrían agregado alguna droga a mi bebida. Comencé a sentirme raro, no ebrio ni enfermo, exactamente, sino disociado. Como si estuviese flotando encima de mí mismo. Pero Florence de Peyser... quien acababa de llevarnos a dar un paseo en su yate... era, era imposible. Linda advirtió que no me sentía bien, pero la señora de Peyser disipó sus temores. Y desde luego, yo dije que me sentía perfectamente bien.

Nos sentamos a comer y yo logré comer unos pocos bocados, pero seguía sintiendo la cabeza vacía. Alice no habló durante la comida, pero me miraba con timidez de vez en cuando, sonriendo como si yo fuese algo muy fuera de lo común para ella. No me sentía como algo fuera de lo común. En realidad, bien pudo haber sido el alcohol, sumado al cansancio. Tenía los sentidos alterados, los dedos entumecidos y también la mandíbula rígida y los colores del cuarto me parecían más pálidos de lo que los recordaba y no le sentía sabor alguno a la comida.

Después de la cena, la tía mandó a su sobrina a acostarse. Rosita sirvió coñac, que no tomé. Sé que podía hablar y quizá di la impresión de normalidad a todos, salvo a Linda, pero lo único que quería era irme a la cama. El departamento, no obstante ser tan amplio, parecía caer sobre mí, sobre nosotros tres alrededor de la mesa. La señora de Peyser nos mantenía sentados allí, conversando. Rosita desapareció.

Y entonces la niña me llamó desde su cuarto. La oía llamar «Señor Benedikt, señor Benedikt» una y otra vez, en voz muy baja. La señora de Peyser dijo: «¿Quiere ir? La niña lo admira mucho». Dije que iría con mucho gusto a darle las buenas noches, pero Linda se me anticipó y dijo: «Querido, estás demasiado cansado para moverte. Déjame ir a mí». »No —dijo la señora de Peyser—, la niña quiere que vaya él». Era demasiado tarde. Linda iba ya al cuarto de la niña.

Y entonces fue demasiado tarde para todo. Linda entró en el dormitorio y un segundo después supe que pasaba algo terrible. *Porque no oí el menor ruido.* Oí susurrar a la niña cuando me llamaba y luego debí haber oído a Linda hablando con ella. En lugar de eso reinaba allí el mayor silencio que hubiese conocido en toda mi vida. Tuve conciencia, a pesar de mi estado de confusión, de que la señora de Peyser me miraba con fijeza. Y el silencio se prolongaba. Me levanté y me dirigí al dormitorio.

Linda comenzó a dar alaridos antes de que hubiese recorrido yo la mitad del camino. Eran gritos horrorosos... penetrantes... —Lewis agitó la cabeza—. Abrí la puerta de un empujón y entré violentamente en el instante en que se oyó el ruido de vidrios rotos. Linda estaba inmóvil junto a la ventana, cubierta de astillas de vidrio. Y luego saltó. Me quedé demasiado impresionado y aterrado para llamar a nadie. Me fue imposible moverme por un segundo. Miré a la niña, Alice. Estaba parada en la cama con la espalda arqueada contra la pared. Por un segundo, menos de un segundo, tuve la sensación de que me sonreía con malicia.

—Corrí a la ventana. Alice se puso a llorar a mis espaldas. Desde luego, era tarde para hacer nada por Linda. Estaba muerta allá abajo en el patio. La gente que había salido del comedor a tomar un poco de aire fresco se había congregado alrededor de su cuerpo. Algunos de ellos miraron hacia arriba y me vieron asomado por la ventana rota. Una mujer de Yorkshire gritó al verme.

—Imaginaba que tú la empujaste —dijo Otto.

—Sí. Me produjo muchas dificultades con la policía. Pude haber pasado el resto de mi vida en una cárcel española.

—Lewis. ¿No pudieron explicar esa mujer de Peyser y la niña, lo que había pasado?

—Se fueron. Tenían sus habitaciones reservadas por una semana más, pero mientras yo declaraba ante la policía, prepararon sus valijas y se fueron.

—Y la policía ¿no intentó buscarlas?

—No lo sé. Nunca volví a verlas. Y te contaré algo más bien cómico, Otto. El episodio tiene un desenlace gracioso. Cuando se retiró, la señora de Peyser pagó con una tarjeta de la American Express. Dio un pequeño sermón al empleado de recepción, además... dijo que lamentaba irse, que habría deseado hacer algo por ayudarme, pero era imposible, después del *shock* sufrido por ella y por Alice, quedarse un día más. Un mes más tarde nos comunicó American Express que su tarjeta no tenía validez. La verdadera señora de Peyser había muerto y la compañía se negaba a pagar deudas incurridas en su nombre. —Lewis rió en este punto. Uno de los leños cayó sobre las brasas y esparció una lluvia de chispas en la nieve—. Me estafó —dijo y rió otra vez—. Bien, ¿qué opinas de mi historia?

—Me parece que es una historia muy norteamericana —repuso Otto—. Seguramente preguntaste a la niña qué había sucedido, por lo menos, qué la llevó a pararse en la cama.

—¿Si se lo pregunté? La así y la sacudí repetidamente. Pero la chica no hacía más que llorar. Después se la llevé en brazos a su tía y bajé a la planta baja a toda

velocidad. Nunca tuve otra oportunidad de hablar con ella. Otto, ¿por qué dijiste que es una historia muy norteamericana?

—Porque en tu historia, querido amigo, todos los personajes están hechizados. Hasta la tarjeta de crédito. Y también lo está el narrador. Y esto, mi amigo, es *echt Amerikanisch*.

—La verdad es que no sabría decirlo —dijo Lewis—. Mira, Otto, tengo ganas de caminar solo un rato. Daré un paseo por unos cuantos minutos. ¿Tienes algún inconveniente?

—¿Te llevas tu arma tan elegante?

—No. No pienso matar nada.

—Llévate a la pobre Flossie.

—Muy bien. Ven. Flossie.

La perra se levantó de un salto, enteramente alerta y Lewis, que ahora apenas podía permanecer quieto y menos fingir que no le afectaban los sentimientos provocados por sus recuerdos, se alejó hacia el bosque.

Testigo

7

Peter Barnes dejó caer el florero, presa de náuseas causadas por el olor nauseabundo que acababa de envolverlo. Oyó una carcajada chillona. Sentía la muñeca fría ya en el punto en que la había asido el chico invisible. Seguro ya de lo que vería, se volvió para verificarlo. El chico a quien había visto sentado en la tumba le aferraba la muñeca con ambas manos y lo contemplaba con la hilaridad de un idiota. Tenía ojos de un vacío tinte dorado.

Peter lo golpeó con el borde de la mano libre, con la certeza de que aquel chico escuálido y maloliente se desintegraría en seguida como la imagen de Jim Hardie abajo. Pero en lugar de ello el niño eludió el golpe y le dio puntapiés en los tobillos con un pie huesudo que parecía un martillo pesado. Los golpes derribaron a Peter.

—¡Hazlo mirar, mocoso! —le ordenó el hombre.

El chico se acercó por detrás de Peter, le tomó la cabeza con dos manos heladas y lo obligó a volverla. El olor horroroso se hizo más intenso. Peter advirtió que el chico tenía la cabeza directamente detrás de la suya y gritó:

—¡No te acerques más! —pero las manos sobre su propia cabeza aumentaron la presión y tuvo la sensación de que las sienes se le juntarían—. ¡Suéltame! —gritó, y esta vez temió realmente que el chico le destrozara el cráneo.

Su madre tenía los ojos cerrados y la lengua saliente, más aún que antes.

—La mataste —dijo.

—No, no murió todavía —afirmó el hombre—. Está desmayada. Necesitamos que viva, ¿no, Fenny?

Peter oyó unos chillidos horribles a sus espaldas.

—La estrangulaste —dijo. La presión de las manos del chico disminuyó. Ahora las manos eran sólo un par de fuertes pinzas.

—Pero no llegué a *matarla* —señaló el hombre, dando a sus palabras una expresión de falsa condescendencia—. Es posible que le haya apretado un poco esa pobre gargantita y que Christie la tenga muy dolorida. La verdad es que tiene un cuello muy bonito, ¿no, Peter?

El hombre bajó una mano y levantó a Christina Barnes con la otra como si no pesara más que un gato. La porción visible de su cuello mostraba grandes magulladuras purpúreas.

—La lastimaste —dijo Peter.

—Me temo que sí. Me encantaría poder darte idéntico tratamiento, pero nuestra benefactora, esa mujer encantadora en cuya casa te atreviste a meterte con tu amigo, ha decidido que te quiere para sí. Por el momento, está ocupada con asuntos más urgentes. Pero te esperan grandes goces, chico Barnes, y tenemos algunos para tus amigos, además. Para entonces, ni tú ni ellos sabrán nada de nada ya. No sabrás si estás cosechando, o bien sembrando. ¿No es verdad, hermanito idiota?

El chico seguía reteniendo con fuerza la cabeza de Peter y dejó escapar una risa que más bien era un relincho.

—¿Quién eres? —le preguntó Peter.

—Soy tú mismo, Peter —dijo el hombre. Seguía sosteniendo levantada con una mano a la madre de Peter—. ¿No es ésta una respuesta excelente, simple? Claro es que no es la única. Un hombre llamado Harold Sims que conoce a tus amigos mayores diría, seguramente, que soy un manitou. Han dicho al señor Donald Wanderley que me llamo Gregory Benton y que soy residente de la ciudad de Nueva Orleans. Sin duda pasé una vez varios meses sumamente entretenidos en Nueva Orleans, pero no podría decirse que provenga de allá. Nací con el nombre de Gregory Bate y con él me conocieron todos hasta que morí en el año 1929. Afortunadamente, había hecho un acuerdo con una mujer encantadora conocida como Florence de Peyser que me economizó las indignidades habituales del proceso de la muerte, que me temo yo temía bastante. ¿Y qué temes tú, Peter? ¿Crees en los vampiros? ¿En los hombres lobos?

La voz resonante pasaba por la mente de Peter, calmándolo en cierto modo, y transcurrió un instante antes de que cayese en la cuenta de que acababan de formularle una pregunta directa. —*No* —susurró y seguidamente: (*Mentiroso* pasó por su cabeza).

Y el hombre que sostenía a su madre por el cuello cambió y Peter supo en cada una de las células de su ser que lo que estaba contemplando no era simplemente un lobo, sino un ser sobrenatural con forma de lobo cuyo único objeto era matar, provocar el terror y el caos y tomar vidas con la mayor crueldad posible; vio que el dolor y la muerte eran los únicos polos de su ser. Vio asimismo que aquel ser no tenía nada que fuese humano y que vestía tan sólo el cuerpo que alguna vez había poseído. Vio, en fin, ahora que le permitía verlo en profundidad, que esta destructibilidad pura no era dueña de sí misma, como tampoco lo es un perro, sino que otra mente la poseía y la dirigía con tanta certeza como la del hecho de que la

criatura poseyese la terrible pureza de su malignidad. Todo eso lo vio Peter en un segundo. Y el segundo siguiente le permitió reconocer algo mucho peor, que en todas estas tinieblas había una atracción fatal en términos de moralidad.

—Yo no... —murmuró, tembloroso.

—No, tú, sí... —dijo el hombre lobo y volvió a ponerse los anteojos oscuros—. Vi con toda claridad que tú, sí. Podría haber aparecido como un vampiro con igual facilidad. Eso es aún más hermoso y tal vez, más próximo a la verdad.

—¿Qué eres? —volvió a preguntar Peter,

—Bien., podrías llamarme el doctor Pata de Cabra —dijo la criatura—. O también podrías llamarme el Centinela Nocturno.

Peter parpadeó.

—Y ahora me temo que debemos abandonarte. Nuestra benefactora preparará otro encuentro contigo y tus amigos en otra oportunidad. Pero antes de que nos retiremos, debemos satisfacer nuestro apetito. —Al sonreír el hombre lobo, se le vieron los dientes relucientes—. Tenlo bien inmóvil —ordenó y las manos apretaron con fuerza terrible los lados de la cabeza de Peter hasta que éste se echó a llorar.

Sin dejar de sonreír, el hombre lobo acercó a Christina Barnes hacia sí y hundiendo la cabeza en el cuello de ella, recorrió la piel con los labios. Peter intentó dar un salto hacia él, pero las manos heladas lo retenían. El hombre lobo empezó a alimentarse.

Intentó gritar y las manos del niño muerto le cubrieron la boca. La cabeza de Peter quedó apretada contra el pecho del niño. El olor a descomposición, el terror, la desesperación, el horror de sentirse apretado contra aquel cuerpo repugnante y el horror mayor aún de lo que estaba sucediéndole a su madre... Peter se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento estaba solo. El hedor de la corrupción inundaba aún el cuarto. Con un gemido, logró arrodillarse. El vaso que había dejado caer estaba volcado cerca de él. Las flores, vivas todavía, se hallaban esparcidas sobre un charco en la alfombra. Se llevó las manos a la cara y percibió en ellas el olor del chico muerto que lo había mantenido inmóvil. Hizo arcadas. El olor terrible estaba seguramente también sobre su boca, donde la mano del niño la había cubierto. Era como si tuviese la boca y las mejillas cubiertas de materia en descomposición.

Salió corriendo del cuarto y atravesó el pasaje hasta llegar a un cuarto de baño, donde abrió la canilla de agua caliente y se frotó la cara y las manos una y otra vez, haciendo espuma de jabón y enjuagándose sucesivamente, volviendo a jabonarse y cubriéndose las palmas y la región entre los dedos con su espuma. Estaba sollozando. Su madre había muerto. Había venido a ver a Lewis y la habían matado. Le habían hecho lo mismo que hacían a los animales. Aquellos muertos se alimentaban de sangre, como los vampiros. Pero no eran vampiros, ni tampoco hombres lobos, sino que tenían la capacidad de convencer a uno de que lo eran. Hacía muchísimo que se habían vendido a quienquiera que fuese su amo. Peter recordó la luz verdosa que se filtraba por debajo de la puerta y por poco no vomitó dentro del lavatorio. *Ella* era su ama. Eran centinelas nocturnos... seres de la noche. Volvió a fregarse la boca con el jabón de Lewis, frotando una y otra vez para librarse del olor de las manos de Fenny.

Recordó entonces a Jim Hardie sentado junto a la barra de la taberna de pueblo rural, cuando le preguntaba si le gustaría ver a todo Milburn envuelto en llamas y decidió que a menos que lograra ser más fuerte, más valiente y más inteligente que Jim, lo que le sucedería a Milburn sería mucho peor que la destrucción por el fuego. Los centinelas nocturnos arruinarían sistemática-mente la ciudad, hasta convertirla en ciudad fantasma, dejando tras ellos tan sólo aquel hedor de muerte.

Porque es lo único que buscan, se dijo al recordar el rostro descarnado de Gregory Bate. *Lo único que buscan es destruir*. Vio el rostro tenso de Jim Hardie, el rostro de Jim ebrio y a punto de lanzarse en una aventura alocada, el de Sonny Venuti inclinado sobre él, con esos ojos saltones, el de su madre cuando bajó de su automóvil en el patio de ladrillos y por fin, con un escalofrío, el de la actriz de la fiesta del año anterior, la actriz que lo contemplaba con una sonrisa en los labios y unos ojos sin expresión. Dejó caer la toalla en el piso del cuarto de baño.

Han estado aquí antes.

Había una sola persona que podía ayudarlo, que no pensaría que estaba loco o que mentía. Debía volver a la ciudad y ver al escritor que se alojaba en el hotel.

La pérdida de su madre era como una herida y pensar en ella le hizo llorar, aunque no tenía mucho tiempo para hacerlo ahora. Pasó otra vez el vestíbulo y delante de la pesada puerta del dormitorio.

—¡Mamá! —dijo—. Los venceré, los *atraparé*. —Pero las palabras sonaban a hueco, el desafío de un niño. *Ellos quieren que pienses esto*.

No miró hacia la casa cuando corrió por el sendero de acceso, pero tenía conciencia de su presencia, de que lo observaba y se mofaba de sus débiles intenciones, como si supiese que no tenía más libertad que la de un perro atado a una cadena. En cualquier instante podrían tirar de esa cadena y hacerlo volver, con el cuello magullado, sin aliento...

Descubrió el porqué al llegar al final del sendero de Lewis. En el borde de la carretera estaba estacionado un automóvil y el Testigo de Jehová que lo había llevado estaba en él y lo miraba. Los faros del automóvil hicieron un guiño. Eran ojos relucientes.

—Ven —le gritó el hombre—. Ven, hijo.

Peter corrió hacia la carretera. Un automóvil que se aproximaba viró bruscamente para evitar atropellarlo y otro patinó hasta detenerse. Se oyeron unas cuantas bocinas indignadas. Al llegar a la línea del centro,

Peter siguió corriendo por la otra mitad desierta de la carretera. Seguía oyendo el llamado del Testigo.

—Vuelve —repetía—. Es inútil.

Se metió entre la maleza en el lado más apartado de la carretera y entre los ruidos y la confusión del tránsito, oyó claramente que el Testigo ponía en marcha su automóvil para seguirlo de regreso a la ciudad

Cinco minutos después de alejarse Lewis del fuego encendido por Otto, comenzó a sentirse cansado. Le dolía la espalda, a causa del trabajo realizado con la pala el día anterior y temía que las piernas dejaran de obedecerle. La perra trotaba detrás de él, obligándolo a proseguir cuando habría preferido bajar por la colina y volver a su automóvil. Aun ese trayecto, significaba una marcha de media hora, por lo menos. Sería mejor seguir con la perra hasta ver qué hacía ella y luego volver al fuego de Otto.

Flossie olfateó la base de un tronco, verificó luego que Lewis la seguía aún y siguió trotando.

Lo peor de la experiencia era haber permitido a Linda entrar sola en el cuarto de la niña. Sentado a la mesa de la señora de Peyser, mareado, más agotado aún de lo que se encontraba en ese momento, había intuido que toda la situación era de algún modo falsa, que estaba jugando algún papel en un plan. Era esto lo que no había mencionado a Otto: la sensación de algo anormal allí que lo asaltó durante la cena. Bajo la falta de gusto de la comida se ocultaba otro sabor, apenas perceptible, el de desperdicios; y de la misma manera, bajo la charla superficial de Florence de Peyser hubo algo que le hizo imaginarse como una marioneta a la cual obligan a bailar. Dadas aquellas sensaciones, ¿por qué se quedó allí, luchando por aparentar una normalidad que no sentía...? ¿Por qué no había tomado a Linda de un brazo y partido a toda prisa?

También Don había comentado algo sobre su propia sensación de sentirse parte de un juego.

Porque te conocen lo suficiente como para saber qué harás. Es por eso que no te moviste. Porque ellos sabían que no te moverías.

El débil viento que soplabla cambió y se volvió más frío. La perra levantó el hocico, olfateó y siguió la dirección del viento. Comenzó a trotar más de prisa.

—¡Flossie! —la llamó Lewis. El animal, a unos treinta metros ya de distancia de él y visible solamente cuando pasaba entre algunos árboles, apareció en un claro del bosque y miró hacia atrás en dirección a Lewis. Luego lo sorprendió, cuando bajó la cabeza y gruñó antes de alejarse velozmente en el segundo siguiente.

Al mirar hacia el frente, Lewis veía las siluetas abultadas de los pinos, cortadas por otras de esqueletos desnudos de otros árboles que se levantaban en un suelo manchado de blanco. Por fin oyó los ladridos de la perra y tomó la dirección de donde provenían.

Cuando por fin vio al galgo, éste comenzó a lloriquear. Estaba inmóvil en una pequeña hondonada cubierta de nieve, al borde de la cual se detuvo Lewis. El fondo estaba lleno de rocas semejantes a esculturas de la isla de Pascua y cubiertas de cuarzo. La perra levantó los ojos hacia él y volvió a lloriquear, agitando el cuerpo, para arrimarse luego contra una de las rocas.

—Vuelve, Flossie —dijo Lewis.

La perra se aplastó contra la tierra, meneando la cola.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lewis.

Cuando quiso bajar por la pequeña pendiente, resbaló unos dos metros sobre el barro helado. La perra ladró una vez con furia, describió un círculo cerrado y volvió

a aplastarse contra el suelo. Estaba mirando un grupo de pinos en el sector más alejado de la hondonada. Mientras Lewis avanzaba con trabajo por el barro, Flossie se arrastraba con cautela en dirección a los árboles.

—No vayas allá —dijo él, pero la perra se acercó al primero de ellos, lloriqueando siempre y seguidamente desapareció entre las ramas.

Lewis trató de persuadirla a gritos de que saliese de allí, pero el animal no reapareció. Reinaba un silencio total en el interior del grueso macizo de pinos. Desalentado, Lewis miró el cielo y vio las espesas nubes empujadas por el viento norte. Había terminado la tregua de dos días sin nevadas.

—Flossie.

La perra no reapareció, pero en cambio, al mirar a través de la espesa cortina de agujas de pino Lewis vio algo sorprendente. Incrustada en el diseño trazado por el follaje se veía la silueta de una puerta. El picaporte estaba formado por un haz de agujas de pino. Era la ilusión óptica más perfecta que había experimentado en toda su vida. Hasta los goznes estaban dibujados allí.

Dio un paso, hasta encontrarse en el punto donde Flossie se había aplastado contra el suelo. Cuanto más se aproximaba a los árboles, más perfecta era la ilusión. Era la forma en que se alternaban los colores y los matices, los verdes más claros y más oscuros que se sucedían, formando diseños al azar que por fin se solidificaban en curvas y arabescos en una placa de madera de baobab.

Era la puerta de su dormitorio.

Lentamente Lewis subió por la pendiente opuesta de la hondonada en dirección a la puerta. Llegó tan cerca que pudo tocar la lisa superficie. La puerta quería que la abriese. De pie en medio de la brisa fría e inquieta y con las botas empapadas, tuvo la certeza de que todos los hechos inexplicables de su vida desde aquel día de 1929 lo habían llevado a esto, a detenerse frente a una puerta increíble que se abriría a una experiencia imprevisible. Si había estado pensando en aquel instante que la historia de la muerte de Linda —como lo había afirmado Don al referirse a la de Alma Mobley— no tenía clave ni tampoco desenlace, allí, detrás de aquella puerta se encontraba su significado. Y aun entonces supo ya que la puerta no llevaba a una sola habitación, sino a muchas.

Lewis no podía dejar de abrirla. Otto, frotándose las manos delante de un fuego de ramitas era sólo parte de una existencia tan trivial que no cabía insistir en su valor, una existencia demasiado trivial para aferrarse a ella. Para Lewis, que había tomado ya su decisión, su pasado, y en especial los últimos años en Milburn eran como plomo, como un sufrimiento prolongado de hastío y de ociosidad del cual se le mostraba ahora la salida.

Así fue como Lewis hizo girar el picaporte y encontró el propio lugar en el rompecabezas.

Entró, como lo sabía de antemano, en un dormitorio. Lo reconoció inmediatamente: el dormitorio inundado de sol, lleno de flores españolas, del departamento en la planta baja que ocupaba con Linda en el hotel. Una sedosa alfombra china se extendía bajo sus pies hacia los dos extremos del cuarto. Las flores en los jarrones, hambrientas aún de sol, recogían el oro, el rojo y el azul de la

alfombra y los reflejaban. Lewis se volvió, vio la puerta que se cerraba y sonrió. El sol entraba a raudales por las dos ventanas iguales. Al mirar hacia afuera por una de ellas, vio el césped verde, el precipicio cercado por una reja y los primeros escalones que bajaban hasta el mar, lleno de reflejos más abajo. Se acercó a la cama con dosel. A los pies de ella había una bata de terciopelo azul marino cuidadosamente doblada. Lleno de paz, contempló aquel hermoso cuarto.

Se abrió entonces la puerta que daba al salón y Lewis se volvió con una sonrisa hacia su mujer. En una nube de felicidad total, avanzó hacia ella con los brazos abiertos, pero al ver que ella estaba llorando, se detuvo.

—Mi amor! ¿Qué pasa? ¿Qué sucedió?

Linda levantó los brazos. Llevaba en ellos el cuerpo de un perrito de pelaje corto.

—Uno de los huéspedes la encontró en el patio. Todos iban afuera después del almuerzo y cuando llegué allí, todos estaban congregados allí, mirando a mi pobrecita. Fue horrible, Lewis.

Lewis se inclinó sobre el cuerpo del animal y besó a Linda en la mejilla.

—Déjalo por mi cuenta, Linda. Pero, ¿cómo diablos llegó hasta allí?

—Me dijeron que alguien la arrojó por una ventana... Lewis... ¿Quién podría haber hecho semejante cosa?

—Me ocuparé de todo. Pobrecita, ven y siéntate un minuto —dijo Lewis y tomó el cadáver de la perrita de manos de su mujer—. Arreglaré todo. No te preocupes ya.

—Pero, ¿qué vas a hacer con ella? —se lamentó Linda.

—La enterraré en el rosedal, al lado de John, probablemente.

—Muy bien. Está muy bien.

Con el cadáver de la perrita en los brazos se dirigió hacia la puerta que daba al salón principal y una vez junto a ella se detuvo.

—¿En otros sentidos, no hubo dificultades durante el almuerzo?

—No, todo marchó muy bien, Florence de Peyser nos invita a cenar con ella esta noche en su departamento. (¿Tendrás ganas de ir, después de jugar tanto al tenis? Recuerda que tienes sesenta y cinco años.

—No, no tengo sesenta y cinco años —le dijo Lewis, mirándola con expresión perpleja—. Estoy casado contigo, de modo que tengo cincuenta. ¡No me envejezcas antes de tiempo!

—Qué distraída soy —dijo Linda—. Créeme que me pegaría.

—Volveré en seguida con una idea mucho mejor que ésta —dijo Lewis y salió por la puerta al salón principal del hotel.

El peso del perrito dejó de hacerse sentir entre sus manos y todo cambió.

Su padre se le acercaba en el *living-room* de la casa parroquial.

—Hay algo más, Lewis. Creo que tu madre merece un poco más de consideración, ¿sabes? Tratas esta casa como si fuera un hotel. Llegas a cualquier hora de la noche. —Su padre llegó hasta el sillón detrás del cual estaba parado Lewis, cambió de dirección para acercarse a la chimenea y luego atravesó el cuarto hasta el extremo opuesto, sin dejar de hablar—. A veces, según me han dicho, bebes alcohol.

Te diré que no soy un hombre mojigato, pero eso no lo toleraré. Comprendo que tienes sesenta y cinco años, pero...

—Diecisiete —señaló Lewis.

—Muy bien, diecisiete. No me interrumpas. Sin duda imaginas que eres un adulto. Sin embargo, no beberás alcohol mientras vivas bajo mi techo, ¿comprendes? Y quiero que empieces a mostrarla edad que tienes ayudando un poco a tu madre con la limpieza. A partir de hoy, este cuarto queda bajo tu responsabilidad. Deberás limpiarlo y quitarle el polvo una vez por semana. Y ocuparte de las cenizas de la chimenea en la mañana. ¿Está claro?

—Sí, papá.

—Muy bien. Ése es el primer punto. El segundo se refiere a tus amigos. Tanto James como Hawthorne son ambas personas excelentes y diría que tu relación con ellos es también excelente. Pero nos dividen la edad y las circunstancias. Yo no los llamaría amigos, ni ellos a mí. En primer lugar, son miembros de la iglesia episcopal, apenas a un paso del papismo. En segundo lugar, tienen bastante dinero. James debe ser uno de los hombres más ricos de Nueva York. ¿Sabes lo que significa esto en el año 1928?

—Sí, papá.

—Significa que no puedes permitirte alternar con su hijo. Ni tampoco puedes alternar con el hijo de Hawthorne. Nosotros llevamos una vida respetable y piadosa, pero no somos ricos. Si sigues cultivando la amistad de Sears James y de Ricky Hawthorne, debo temer las consecuencias más graves. Los dos tienen hábitos típicos de los hijos de hombres ricos. Como sabes, tengo planeado enviarte a la universidad este otoño, pero vas a ser uno de los estudiantes más pobres de Cornell y no debes adquirir hábitos, Lewis, que te conduzcan a la ruina. Nunca dejaré de lamentar la generosidad de tu madre al haber proporcionado los fondos necesarios para que te comprases un automóvil. —Su padre daba en aquel momento una vuelta más por la habitación—. Y la gente ha comenzado a hablar ya de ustedes tres y de esa mujer italiana que vive en Montgomery Street. Sé que siempre se supuso que los hijos de pastores son algo alocados, pero... la verdad es que me faltan palabras para expresarme. —Al decir esto último se detuvo bruscamente en un rincón del cuarto y desde allí miró con gran seriedad a Lewis—. Quiero suponer que me comprendes.

—Sí, papá. ¿Es todo?

—No. No sé cómo hallar la explicación a esto. —Su padre le tendía el cadáver de un galgo de pelo corto—. Estaba tendido, muerto, en el sendero que conduce a la puerta de la iglesia. ¿Qué habría sucedido si lo hubiese visto algún miembro de mi congregación? Quiero que te deshagas de esto inmediatamente.

—Déjalo por mi cuenta —le dijo Lewis—. Lo enterraré entre los rosales.

—Te ruego que lo hagas ahora mismo.

Lewis se dispuso a sacar el perro muerto del *living-room*, pero a último momento se volvió para preguntar:

—¿Preparaste el sermón del domingo, papá?

Nadie repuso. Estaba ahora en un dormitorio fuera de uso en el piso superior de la casa de Montgomery Street. El único moblaje en él era una cama. El piso no

tenía alfombra y en la única ventana habían clavado papel encerado. Como el automóvil de Lewis tenía un neumático pinchado, Sears y Ricky habían ido a pedir prestado el viejo automóvil de Warren Scales mientras Warren hacía compras con su mujer embarazada. Sobre la cama había una mujer, pero no podía contestarle porque estaba muerta. El cuerpo estaba cubierto con una sábana.

Lewis iba y venía, paseándose por la habitación, deseoso de que volviesen sus amigos con el automóvil del agricultor. Lo único que veía a través del papel encerado era un vago resplandor anaranjado. Volvió a mirar la sábana.

—Linda —dijo con tristeza.

Y ahora estaba en un cuarto metálico, con paredes de metal gris. Del techo colgaba una lamparilla eléctrica. Su esposa estaba bajo una sábana sobre una mesa de metal. Lewis se inclinó sobre el cuerpo y sollozó.

—No te enterraré en la laguna —dijo—. Te enterraré entre los rosales. —Tocó entonces los dedos sin vida de su mujer, debajo de la sábana y sintió que se movían. Dio un paso hacia atrás, horrorizado.

Horrorizado, vio las manos de Linda moverse lentamente sobre la sábana y doblar la sábana para dejar libre la cara. Linda se sentó y abrió los ojos.

Lewis había retrocedido hasta el rincón más apartado del cuarto. Cuando su mujer bajó las piernas de la mesa de la morgue, lanzó un grito. Estaba desnuda y tenía el lado izquierdo de la cara destrozado y cortado. Lewis extendió los brazos hacia ella en un gesto infantil de protección. Y Linda le sonrió y le dijo:

—¿Y el pobrecito perro? —Al decir esto señaló la superficie descubierta de la mesa, donde yacía un galgo pequeño, de pelaje corto, tendido de costado y en medio de un charco de sangre.

Volvió a mirar a su mujer, lleno de horror, pero Stringer Dedham, con el pelo peinado con raya al medio y con una camisa marrón que ocultaba los muñones de sus brazos, estaba a su lado.

—¿Qué viste, Stringer? —le preguntó.

Stringer le sonrió desde un rostro ensangrentado.

—Te vi a ti. Por eso me arrojé por la ventana. No seas tonto.

—¿Me viste a mí?

—¿Dije que te vi a ti? En tal caso, el tonto soy yo. No te vi. Quien te vio fue tu mujer. Lo que yo vi fue a mi novia. La vi por su ventana, la mañana del día que ayudé a manejar la cosechadora. Vaya, realmente debo de ser un imbécil.

—Pero, ¿qué hacía cuando la viste? ¿Qué trataste de decirles a tus hermanas?

Stringer echó la cabeza hacia atrás y rió. La sangre brotó por su boca y Stringer tosió.

—La verdad es que apenas podía creerlo, pues era sencillamente asombroso, amigo. ¿Viste alguna vez una víbora con la cabeza cortada? ¿Viste alguna vez esa lengua que sale y esa cabeza que no es más que un muñón no más grande que tu pulgar? ¿Viste ese cuerpo que se agita y se debate en el polvo? —Stringer lanzó una fuerte carcajada entre la espuma sanguinolenta de su boca—. Te juro, Lewis que es algo dejado de la mano de Dios. Sinceramente, desde entonces, apenas puedo pensar con claridad y es como si tuviese un revoltijo en el cerebro y los sesos se me saliesen

por las orejas. Es como aquella vez que sufrí el ataque cerebral, en 1940. ¿Recuerdas? ¿Cuando un lado se me congeló? ¿Y me dabas comida para bebés con una cucharita? ¡Ah, qué gusto horrible!

—No eras tú —dijo Lewis—. Era mi padre.

—Bien, ¿qué te dije? Todo es una confusión... como si alguien me hubiese decapitado, pero la lengua siguiera moviéndose. —Stringer le dirigió una sonrisa ensangrentada pero llena de vergüenza—. Dime, ¿no estabas por llevarte al pobre perro y arrojarlo a la laguna?

—Sí, sí, cuando ellos vuelvan —repuso Lewis—. Necesitamos el automóvil de Warren Scales. Su mujer está embarazada.

—La mujer de un agricultor católico romano no es algo que me concierna ahora —dijo su padre—. Un año en la universidad te ha vuelto grosero, Lewis. —Desde su ubicación transitoria junto a la chimenea, miró largamente y con tristeza a su hijo—. Y sé también que estamos en una época propicia a la grosería. La brea ensucia, Lewis. Nuestra era es brea. Nacemos bajo maldición y para nuestros hijos todo es tinieblas. Querría haberte criado en una época más estable... ¡Lewis, en un tiempo este país era un paraíso! ¡Un paraíso! ¡Campos hasta donde alcanzabas a ver! ¡Repletos de las riquezas que nos da el Señor! Hijo, cuando yo era joven veía las Sagradas Escrituras en las telarañas. Entonces el Señor velaba por nosotros, Lewis, sentías Su presencia en el sol y en la lluvia. Pero ahora todos somos como arañas que bailan sobre las llamas. —Miró entonces el fuego real, que estaba calentándole las rodillas—. Todo comenzó con el ferrocarril. Estoy seguro de ello, hijo. El ferrocarril proporcionó riquezas a hombres que nunca habían oído dos dólares juntos en toda su vida, El caballo de acero arruinó la tierra y ahora el colapso financiero se extenderá como una mancha por toda la nación. —Al decir esto su padre lo miró con los ojos claros y perspicaces de Sears James.

—Le prometí enterrarla en los rosales —dijo Lewis—. No tardarán en volver con el auto.

—El auto —su padre se apartó, disgustado—. Nunca prestaste atención a las cosas importantes que tenía que decirte. Me has abandonado, Lewis.

—Te agitas demasiado —le dijo Lewis—. Sufrirás un ataque cerebral.

—Hágase Su voluntad.

Lewis contempló la espalda rígida de su padre.

—Me ocuparé de esto ahora mismo. —Su padre no repuso—. Adiós.

Su padre habló sin volverse.

—Nunca me escuchaste. Pero recuerda mis palabras, hijo. Todo esto volverá y te torturará. Te sedujiste a ti mismo, Lewis, y nada más triste puede ocurrirle a ningún hombre. Un rostro hermoso y plumas en lugar de seso. Tus rasgos son los del tío de tu madre, Leo. Cuando tenía veinticinco años metió una mano dentro de la estufa de leña y la dejó allí hasta que se le quemó como un leño de nogal.

Lewis salió por la puerta del comedor. Linda estaba quitándose la sábana del cuerpo desnudo en el cuarto vacío del piso alto. Al sonreírle le mostró unos dientes ensangrentados.

—Después de eso —dijo—, el tío Leo de tu madre fue un santo durante el resto de su vida. —Sus ojos relucían y bajó las piernas de la cama. Lewis retrocedió hasta tocar la pared de madera desnuda—. Después de eso empezó a ver las Escrituras en las telarañas, Lewis. —Linda avanzó lentamente hacia él, rengueando por tener una cadera fracturada—. Estabas por arrojarme a la laguna. ¿Viste las Escrituras en la laguna, Lewis? ¿O bien estabas distraído a causa de tu bonita cara?

—Ahora todo terminó, ¿no? —dijo Lewis a su vez.

—Sí. —Estaba tan cerca que Lewis pudo percibir el olor pardo oscuro de la muerte. Se irguió, siempre apoyado en la pared.

—¿Qué viste en el cuarto de esa chica? —le preguntó.

—Te vi a ti, Lewis. Vi lo que tú tenías que ver. Como esto.

9

Mientras lo ocultase la maleza, Peter estaría seguro, pues una maraña de ramas espinosas lo hacía invisible desde la carretera. En el lado opuesto, a unos diez o quince metros de distancia había árboles como los del frente del terreno de la casa de Lewis. Peter se abrió paso entre ellos para ocultarse más aún del hombre que estaba en el automóvil. El Testigo de Jehová no se había movido de la banquina. Peter distinguía la parte superior del automóvil de un acrílico azul vivo, asomando por encima de los *yuyos* secos. Avanzó protegiéndose detrás de un árbol tras otro. El automóvil avanzó muy despacio. Así continuaron, Peter y el automóvil avanzando apenas durante un rato. Peter se movía agazapado en el suelo húmedo y el automóvil seguía por el costado, acechando como un tiburón para el cual Peter fuese el pez que anuncia el cardumen. A veces el automóvil del Testigo avanzaba un poco delante de él y otras quedaba rezagado, pero nunca los separaban más de diez metros. El único motivo de alivio para Peter era saber que los errores del conductor eran prueba de que no lo veía. No hacía más que moverse despacio junto a la banquina en espera de algún sector de terreno más abierto.

Peter trató de visualizar el terreno en su costado de carretera y recordó que contaba con protección de maleza a lo largo de sólo un kilómetro y medio en las inmediaciones de la casa de Lewis. La mayor parte del resto del terreno, hasta llegar a un grupo de estaciones de servicio y restaurantes de carretera en el límite con Milburn, era campo abierto. A menos que se metiera en las zanjas y avanzara por ellas durante diez kilómetros, el hombre del automóvil lo vería tan pronto como saliera del sector del bosque.

Sal, hijo.

Protegido aún por las zarzas y los árboles, corrió hasta llegar a un alambrado doble de hilos plateados, tendido entre los gruesos troncos de los robles. Detrás del alambrado había un sector de campo desierto y curvado, de suelo blanco y vacío. No veía en ninguna parte el automóvil del Testigo. Miró hacia un costado, pero en ese sector los árboles eran demasiado voluminosos y las zarzas demasiado altas para permitirle ver el tramo de la carretera más próximo. Llegó al último de los árboles y al fin del alambrado y estudió el campo, preguntándose si lograría atravesar el

campo sin ser visto. Si el hombre lo veía en él, Peter se encontraría indefenso. Podría correr, pero finalmente el hombre lo apresaría, del mismo modo que aquello que estaba en Montgomery Street había atrapado a Jim.

Estd interesada en ti, Pete.

Otro tiro efectuado al azar, sin verdadera urgencia.

Te dará todo lo que quieras.

Te devolverá a tu madre.

El automóvil azul apareció lentamente dentro de su campo de visión y se detuvo apenas pasado el punto donde comenzaba el campo abierto. Peter retrocedió, tembloroso, unos cuantos pasos, buscando la protección de los árboles. El hombre se volvió en su asiento y apoyó el brazo en el respaldo, y en esa actitud de paciente espera escudriñó el campo que debía atravesar Peter.

Sal y te devolveré a tu madre.

Sí. Era eso lo que harían. Devolverle a su madre. Sería como Jim Hardie y como Freddie Robinson, con ojos vacíos y conversación vaga, sin mayor sustancia que un rayo de luna.

Peter se sentó en el suelo mojado, tratando de recordar si había otros caminos cerca de allí. Tendría que pasar por los bosques, pues de lo contrario el hombre lo vería atravesar el campo. ¿Había otro camino paralelo a éste, de regreso a Milburn?

Recordó sus recorridos nocturnos con Jim, todos esos viajes sin objeto durante los fines de semana y los veranos de vacaciones de la escuela secundaria. Siempre había afirmado que conocía ese condado de Broome tan bien como la palma de su mano.

El caso era que el hombre del automóvil azul le hacía difícil pensar. No recordaba qué sucedía en el otro lado del bosque. ¿Había, acaso, un barrio de casas nuevas, o bien una fábrica? Por un momento la memoria se negó a darle información que estaba seguro de tener y en lugar de ello le proporcionó imágenes de edificios vacíos en los cuales deambulaban seres sombríos detrás de las persianas bajas. Pero fuera lo que fuere que se encontraba al final del bosque, era allí a donde tendría que dirigirse.

Se levantó con cautela y retrocedió unos metros hacia el interior del bosque, antes de volverle la espalda a la carretera y alejarse corriendo del automóvil. En esa dirección había un antiguo camino asfaltado de dos carriles, que partía de Milburn y al que todos llamaban «la vieja ruta a Binghamton», porque en una época había sido el único camino pavimentado entre las dos poblaciones: lleno de baches, abandonado y peligroso, casi todos los automovilistas evitaban recorrerlo. En un tiempo había estado bordeado por pequeños comercios, fruterías, un motel, una farmacia. La mayoría de esos negocios estaban clausurados y algunos habían sido demolidos. El único comercio próspero allí era el mercado llamado «Bay Tree», muy frecuentado por la gente de mayores medios de Milburn. Su madre compraba fruta y legumbres en él.

Si recordaba bien la distancia entre la carretera nueva y la vieja, le llevaría unos veinte minutos llegar al mercado. Desde ese lugar alguien lo recogería para llevarlo a la ciudad y una vez allí llegaría sano y salvo al hotel.

Quince minutos después tenía los pies empapados, una fuerte puntada en un costado y una rasgadura en la chaqueta causada por una rama que se le enganchó en ella. Estaba seguro, en cambio, de encontrarse cerca de la vieja carretera. Los árboles no estaban ya tan juntos y el terreno se inclinaba un poco, formando una leve pendiente.

En ese instante, al ver el aire grisáceo y vacío delante de él que marcaba el fin del bosque se aproximó al alambrado y se arrastró muy despacio junto a él durante los últimos treinta metros. No estaba seguro aún de si el mercado estaba a la izquierda o bien a la derecha, ni tampoco de la distancia que debía recorrer. Lo único que esperaba era que apareciese ante sus ojos con una playa de estacionamiento bien llena.

Iba arrastrándose sobre el barro mojado, mirando entre los pocos árboles que quedaban.

Pierdes el tiempo, Peter. ¿No quieres volver a ver a tu madre?

Al sentir el toque apenas perceptible de la mente del Testigo, se lamentó en voz alta. Sintió frío en el estómago al ver el automóvil azul detenido en la carretera frente a él. En el asiento delantero vio una silueta abultada que reconoció como la del Testigo. Estaba arrellanado contra el respaldo, esperando verlo aparecer.

El mercado Bay Tree se encontraba a la vista, a medio kilómetro de distancia sobre la antigua carretera y a la izquierda de Peter. El automóvil estaba estacionado mirando hacia el lado opuesto. Si Peter corría, el hombre tendría que dar una vuelta en redondo con su automóvil en el angosto camino. Y con todo, no le daría tiempo suficiente.

Miró otra vez el mercado. Había bastantes automóviles en la playa de estacionamiento y por lo menos uno de ellos debía pertenecer a alguien que él conociese. Sólo tenía que llegar hasta allá.

Por un instante tuvo la sensación de no tener más de cinco años, de ser un niño tembloroso e indefenso, sin esperanzas de vencer al asesino que lo esperaba en el automóvil. Si rompiese su chaqueta en tiras y luego de unir las atase un extremo al depósito de nafta... no, era una pésima idea, proveniente de una película peor aún. Nunca podría llegar al automóvil antes de que el hombre lo viese.

En realidad lo único que podía hacer, aparte de atacar al hombre, era correr por el campo abierto hasta el mercado y ver qué ocurría entonces. El hombre miraba hacia otro lado y por lo menos Peter tendría algún tiempo antes de que lo viese.

Separó los alambres fijos en los árboles y pasó entre ellos. A unos cuatrocientos metros, en línea recta, estaba la playa de estacionamiento a los fondos del mercado «Bay Tree». Conteniendo el aliento comenzó a caminar por el campo.

El automóvil dio tres cuartos de vuelta a sus espaldas y se detuvo frente a él, apenas visible en la periferia de su campo de visión. *Chico bueno, valiente. Los chicos buenos no deberían pedir que los recojan los automovilistas, ¿eh?.* Peter cerró los ojos y avanzó, tropezando.

Chico tonto, valiente. Se preguntó qué haría el hombre para detenerlo.

No tuvo mucho que esperar para descubrirlo.

—Peter, tengo que hablar contigo. Abre los ojos, Peter. —La voz era la de Lewis Benedikt. Peter abrió los ojos y vio a Lewis, de pie a unos veinte metros de distancia, vestido con pantalones amplios, botas y una chaqueta militar entreabierta.

—Usted no está aquí —afirmó Peter.

—No digas tonterías, Peter —dijo Lewis y comenzó a aproximarse—. Me ves, ¿no? ¿Me oyes? Estoy aquí. Te pido que me escuches. Quiero hablarte de tu madre.

—Está muerta. —Peter se detuvo. No deseaba acercarse más al ser que parecía Lewis.

—No, no está muerta. —Lewis se detuvo a su vez, como si no quisiera asustar a Peter. En la carretera al costado de ellos, el automóvil se detuvo también—. Nada es tan blanco, ni tan negro. No estaba muerta cuando la viste en mi casa ¿no?

—Estaba muerta.

—No puedes estar seguro, Peter. Se desmayó, ni más ni menos como tú.

—Lewis abrió las manos y le sonrió.

—No. Le... destrozaron la garganta. La mataron. Tal como mataron a esos animales. —Peter cerró los ojos.

—Peter, te equivocas y puedo probártelo. El hombre del automóvil no tiene intención de hacerte mal. Vayamos a verlo. Vayamos ahora.

Peter abrió los ojos.

—¿Realmente durmió con mi madre?

—La gente de nuestra edad suele cometer errores. Hace cosas de las que se arrepiente más tarde. Pero no tuvo ninguna importancia, Peter. Verás cuando llegues a casa. Todo lo que tienes que hacer es venir a casa con nosotros y la encontrarás allá, exactamente como siempre. —Lewis seguía sonriéndole con una comprensión llena de perspicacia—. No la juzgues mal porque haya cometido un solo error. —Lewis volvió a avanzar—. Confía en mí. Siempre imaginé que seríamos amigos.

—También yo, pero usted no puede ser mi amigo porque está muerto —le dijo Peter. Se inclinó luego y recogió un gran puñado de nieve húmeda. Lentamente la apretó entre las manos.

—¿Piensas arrojarme una bola de nieve? ¿No hallas que eso es un poco infantil?

—Le tengo lástima —afirmó Peter y arrojó la bola de nieve. Y aquello que parecía Lewis se desintegró en una lluvia de chispas que cayeron hacia el suelo.

En un estado de profundo *shock* Peter siguió caminando penosamente y atravesó el espacio donde había estado parado Lewis. El aire le hacía arder la cara. Sintió otro cosquilleo levísimo en la mente y se preparó para afrontarlo.

Sin embargo, no volvió a oír palabras. En lugar de ello lo asaltó una ola de amargura y furia que por poco no lo derribó con su intensidad. Eran los mismos sentimientos sombríos que había visto reflejados en la cara del hombre que sostenía a su madre cuando se quitó los anteojos oscuros y la violencia de la emoción lo hizo tambalearse, pero había además en ella una gran corriente de derrota.

Peter levantó la cabeza vivamente y miró hacia un costado. El automóvil azul aceleró la marcha por el camino.

Las rodillas le temblaron de alivio. No sabía por qué, pero había triunfado. Se sentó pesadamente en la nieve y trató de no llorar. Al cabo de un rato volvió a

levantarse y continuó el camino hacia la playa de estacionamiento. Estaba demasiado afectado para sentir nada más, y debió concentrarse en obligar a sus piernas a moverse. Un paso. Otro. Tenía los pies helados. Otro paso. No estaba ya muy lejos de la playa.

Y entonces una sensación dulcísima invadió su ser. Su madre corría por la playa de estacionamiento, corría a su encuentro.

—¡Peter! —gritó, casi llorando—. ¡Gracias a Dios!

Cuando su madre llegó a los últimos automóviles estacionados, se alejó de ellos para correr hacia el campo abierto. Peter la miraba correr hacia él, demasiado anonadado por la emoción para decir nada y luego dio varios pasos torpes hacia ella. Tenía un gran hematoma en la mejilla y el pelo tan revuelto como el de una gitana. La echarpe que llevaba atada al cuello tenía una línea roja en el centro.

—Escapaste —dijo Peter, casi sin poder creerlo en medio de su alivio.

—Me sacaron de la casa... ese hombre... —Su madre se detuvo a unos pasos de él y se llevó las manos a la garganta—. Me hizo un corte en el cuello... me desmayé... Creía que te matarían a ti.

—Y yo creía que estabas muerta —señaló Peter—. ¡Mamá!

—Pobre Peter —dijo ella, apretando los brazos contra el propio cuerpo—. Salgamos de aquí. Necesitaremos que alguien nos lleve de vuelta a la ciudad. Creo que los dos podemos caminar por lo menos hasta un automóvil.

Que su madre tuviese ánimo de bromear aún fue algo que por poco no lo hizo llorar otra vez y debió cubrirse los ojos con una mano.

—Lloraremos después —le dijo ella—. Creo que una vez que pueda sentarme lloraré una semana entera. Veamos quién puede llevarnos.

—¿Cómo pudiste huir de ellos? —Peter iba caminando junto a ella, pronto a abrazarla, pero Christina Barnes retrocedió y lo precedió luego a la playa. Peter caminó entonces al paso de su madre.

—Creo que imaginaron que estaba demasiado asustada para moverme. Y cuando me llevaron afuera, el aire fresco me revivió, en cierto modo. El hombre aflojó la mano con que me tenía asida de un brazo y yo me volví y le di un golpe con mi cartera. Y corrí hacia el bosque. Los oí mientras me buscaban. Nunca, *nunca sentí* tanto miedo en toda mi vida. Después de un rato abandonaron la búsqueda. ¿Te buscaban a ti?

—No —dijo Peter—. No —y al responder sintió que la tensión se aflojaba en su interior—. Había alguien más, pero se fue... no me atrapó.

—Ahora nos dejarán en paz. Ahora que nos alejamos de allá.

Peter la miró a la cara y la mujer bajó los ojos.

—Te debo muchas explicaciones, Peter, pero no es el momento de hablar. Sólo quiero volver a casa y ponerme un vendaje de verdad en la garganta. Tendremos que pensar en algo para decirle a tu padre.

—¿No le dirás lo que sucedió?

—Dejémoslo morir por sí solo, ¿quieres? —pidió ella y su mirada era suplicante. Te lo explicaré todo... a su tiempo. Por ahora demos gracias por estar vivos.

En aquel momento llegaron a la playa de estacionamiento.

—Muy bien —accedió Peter—. Mamá, estoy tan... —Estaba luchando con sus emociones, pero eran tan intensas que le costaba trabajo expresarse—. Pero tenemos que hablar con alguien, mamá. El mismo hombre que te lastimó mató a Jim Hardie.

Su madre lo miró otra vez. Estaban marchando ya hacia el centro de la playa, más lleno de automóviles que el resto.

—Lo sé —dijo.

—¿Lo sabes?

—Quiero decir que lo adiviné. Date prisa, Peter. Me duele el cuello. Quiero llegar a casa.

—Dijiste que lo sabías.

—No me hagas un interrogatorio, Peter —dijo ella con un gesto de exasperación.

Peter miró desesperado en torno de sí y en el mismo instante vio el automóvil azul que entraba por un portón lateral.

—¡Mamá! —dijo—. Lo lograron. Lo lograron. No escapaste de ellos.

—*Peter*. Cálmate ya mismo. Veo a alguien que puede llevarnos.

El automóvil azul se acercaba por una de las calles, detrás de la madre de Peter. Peter dio unos pasos, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Muy bien, vamos —dijo.

—Bien. Peter, todo volverá a ser como antes, ya lo verás. Tuvimos un susto horrible, pero un baño caliente y una noche de buen sueño hará milagros.

—Necesitarás unos puntos en el cuello —dijo Peter, cada vez más cerca.

—No, claro que no. —Su madre le sonreía—. Sólo necesito un vendaje. No fue más que un rasguño, Peter. ¿Qué haces? No lo toques, me duele. Volverá a sangrar.

El automóvil azul estaba ya en el extremo de la hilera junto a ellos. Peter extendió una mano hacia su madre.

—No, Peter... En instantes nos llevarán.

Peter cerró los ojos y levantó el brazo hacia la cabeza de su madre. Segundos más tarde sintió el ardor en los dedos. Lanzó un grito: sonó una bocina con un ruido ensordecedor.

Cuando abrió los ojos su madre había desaparecido y el automóvil azul avanzaba sobre él a toda velocidad. Peter corrió a protegerse entre dos automóviles estacionados y consiguió meterse entre ellos en el instante en que el vehículo azul pasaba a toda carrera y los rozaba con un costado, haciéndolos estremecerse.

Lo vio llegar al final de la calle y cuando giró para tomar la siguiente, Peter vio a Irmengard Draeger, la madre de Penny, saliendo por la puerta de los fondos del mercado con una bolsa llena de compras. Corrió hacia ella, cortando camino entre las filas de automóviles estacionados.

En el hotel, la señora Hardie lo miró con curiosidad, pero le dijo el número del cuarto de Don Wanderley y se quedó observándolo cuando subió las escaleras al final del vestíbulo. Peter sabía que debería haberse vuelto para decir algo, pero no confiaba en su aplomo, después de la tensión del viaje de regreso con la señora Draeger, ni se sentía capaz de mantener la conversación más breve con la madre de Jim.

Encontró la puerta de Don y golpeó en ella y cuando el escritor abrió la puerta, le dijo:

—Señor Wanderley.

Para Don, la llegada del maltrecho adolescente a la puerta de su cuarto significaba el arribo de la certeza. El período en el que las consecuencias de la última historia de la Chowder Society —fuera cual fuere— estaban limitadas a los miembros del grupo y a otros pocos fuera de ella había terminado. La expresión de *shock* y desolación en el rostro de Peter Barnes dijo a Don que lo que él había estado cavilando en su cuarto no era ya propiedad exclusiva de él y de otros cuatro hombres de edad.

—Entra, Peter —le dijo—. Supuse que volveríamos a vernos muy pronto.

El muchacho se movía como un autómatas y cuando entró en la habitación se sentó casi a ciegas en una silla.

—Perdone. Quiero... —comenzó a decir y de pronto cerró la boca—. Quiero... tengo que... —En ese punto parpadeó. Era obvio que no podía proseguir.

—Espera —le dijo Don y de un cajón de la cómoda sacó una botella de whisky, del cual sirvió una cantidad en un vaso para agua. Al entregárselo a Peter, añadió—: Bebe un poco de esto y ponte cómodo. Luego cuéntame todo lo que sucedió. No pierdas tiempo pensando que no te creeré, porque te creeré. Y también te creerán el señor Hawthorne y el señor James, cuando se lo trasmita.

—Mis amigos mayores —señaló Peter y bebió un poco de whisky—. Así los llamó él. Dijo que usted imaginaba que su nombre era Greg Benton.

Peter se estremeció al pronunciar el nombre y Don tuvo la sensación de *shock* que provoca una nueva certeza: cualquiera que fuese el peligro involucrado para sí mismo, destruiría a Greg Benton.

—Lo conociste —dijo.

—Mató a mi madre —afirmó Peter con voz opaca—. Su hermano me retuvo y me obligó a mirar. Creo... creo que bebieron su sangre. Como la de esos animales. Y él mató a Jim Hardie. Yo lo vi, pero escapé.

—Sigue —dijo Don.

—Y dijo que alguien... no recuerdo su nombre... podría llamarle un manitou. ¿Sabe lo que quiere decir eso?

—He oído el nombre.

Peter hizo un gesto, como si la respuesta lo satisficiera.

—Y se transformó en lobo. Lo vi. —Peter dejó su vaso en el suelo, lo miró, volvió a levantarlo y bebió otro sorbo. Le temblaban tanto las manos que derramó whisky por sobre el borde del vaso—. Apestan... son como cosas muertas, podridas... Tuve que fregarme y fregarme... Donde Fenny me tocó.

—¿Viste a Benton transformarse en lobo?

—Sí. No, en realidad, no. Exactamente, no. Se quitó los anteojos. Tiene ojos amarillos. Dejó que yo lo viera a *él*. Era... no era otra cosa que odio y muerte. Era como un rayo laser.

—Comprendo —dijo Don—. Lo he visto. Pero nunca lo vi sin anteojos.

—Cuando se los quita, es capaz de obligarlo a uno a hacer cosas, Puede hablar dentro de la mente de uno. Como la percepción extrasensorial. Y son capaces de hacerle ver muertos a uno, o fantasmas, pero cuando uno los toca, estallan, o algo así. Sólo que no estallan. Lo agarran a uno y lo matan. Pero a la vez están muertos. Alguien es su dueña... su benefactora. Hacen lo que ella quiere.

—¿Ella? —repitió Don y recordó a la hermosa mujer que sostenía el mentón de este muchacho en una cena.

—Esa Anna Mostyn —dijo Peter—. Pero ella estuvo aquí antes.

—Sí, estuvo —asintió Don—. En forma de actriz.

Peter lo miró con una sorpresa llena de gratitud.

—He llegado a imaginar parte de la historia, Peter —dijo Don—. En los últimos pocos días. —Mirando al muchacho tembloroso en la silla, añadió—: Parece que tú imaginaste correctamente mucho más de lo que imaginé yo, y en menos tiempo.

—Dijo que era *yo* —dijo Peter, con el rostro demudado—. Dijo que *él era yo*. Quiero *matarlo*.

—Lo mataremos juntos, entonces —le aseguró Don.

—Están aquí porque yo vine —afirmó entonces—. Lo dijo Ricky cuando me uní al grupo de él y Sears y Lewis Benedikt... señaló que nosotros pusimos a estos... estos seres... dentro de foco. Que los habíamos reunido aquí. Quizá si yo no hubiese venido, las cosas se limitarían a unas ovejas o vacas muertas y allí habría terminado todo. Pero nunca hubo tal posibilidad, Peter. No podía mantenerme alejado... y saben que yo tendría que venir. Y ahora pueden hacer todo lo que quieran.

Peter lo interrumpió.

—Todo lo que les ordene *ella*.

—Es verdad. Pero no estamos indefensos. Podemos luchar contra ellos. Y lucharemos. Nos desharemos de ellos de cualquier manera posible. Y esto es una promesa.

—Pero están muertos ya —observó Peter—. ¿Cómo podemos matarlos? Yo sé que están muertos... tienen ese olor horrible...

Comenzaba a caer en el pánico otra vez y Don extendió una mano y le tomó la suya.

—Lo sé por las historias. Estas cosas no son nuevas. Probablemente han estado entre nosotros durante siglos... más tiempo aún. No hay duda de que hace siglos que se habla y se escribe sobre ellas. Creo que son lo que la gente solía llamar vampiros y hombres lobos y que probablemente son base de millares de historias de fantasmas. Bien, en las historias, y creo referirme con esto al pasado, la gente hallaba medios para hacerlos morir definitivamente. Alfileres a través del corazón, balas de plata... ¿Recuerdas? El caso es que es posible destruirlos. Y si hacen falta balas de plata,

recurriremos a ellas. Pero no creo que las necesitemos. Tú quieres vengarte y yo también y nos vengaremos.

—Pero usted habla de ellos, solamente —dijo Peter, mirando a Don a la cara—. ¿Y ella?

—Será más difícil. Ella es la capitana. Pero la historia está llena de jefes militares muertos. —Era una respuesta fácil, pero el muchacho pareció serenarse—. Y ahora, creo que será mejor que me cuentes todo, Peter. Comienza por la forma en que murió Jim si eso señala el comienzo. Cuanto más recuerdes, más útil nos será. Trata, pues, de contarme todo.

—¿Por qué no se lo confiaste a nadie? —preguntó a Peter cuando éste terminó.

—Porque sabía que nadie me creería, salvo usted. Usted oyó la música. Don hizo un gesto afirmativo.

—Y nadie me creerá, ¿no? Pensarán que son patrañas como las de Scales y sus marcianos.

—No diría eso. La Chowder Society te creerá. Por lo menos, así lo espero.

—¿Se refiere al señor James y al señor Hawthorne? Y a...

—Sí. —Ambos se miraron, pues sabían que Lewis había muerto—. Seremos un número suficiente, Peter. Somos los cuatro contra ella.

—¿Cuándo empezamos? ¿Qué haremos?

—Me reuniré con los otros esta noche. Creo que tú debes irte a casa. Tienes que ver a tu padre.

—No me creerá. Sé que no me creerá. Nadie me creería, a menos que ellos mismos... —La voz del muchacho calló poco a poco.

—¿Quieres que te acompañe?

Peter movió la cabeza.

—No. No se lo diré. No serviría para nada. Tendré que decírselo más adelante.

—Tal vez sea mejor. Y si necesitas ayuda cuando llegue el momento, te la proporcionaré, Peter. Creo que has sido sumamente valeroso. La mayoría de los adultos se habrían deshecho como papel de seda. Tendrás que tener más valor aún, no obstante, a partir de hoy. Es posible que debas proteger a tu padre además de a ti mismo. No le abras la puerta a nadie, a menos que sepas quién es.

Peter asintió.

—No la abriré. Se lo aseguro. Pero, ¿por qué están aquí? ¿Por qué está ella aquí?

—Es lo que voy a establecer esta noche.

Peter se levantó y se dispuso a marcharse, pero al meter una mano en el bolsillo, descubrió allí un folleto doblado.

—Lo olvidaba. El hombre del automóvil azul me dio esto después de haberme llevado a casa del señor Benedikt. —Sacó entonces *El Atalaya* y lo alisó antes de dejarlo sobre el escritorio de Don. Bajo el nombre, en grandes letras negras sobre el papel ordinario y burdo, aparecían las palabras EL DOCTOR PATA DE CABRA ME CONDUJO AL PECADO.

Don rompió el papel en dos.

Harold Sims iba caminando por la parte alta del bosque, indignado consigo mismo y con Stella Hawthorne. Tenía empapados los zapatos y el borde de los pantalones. Los zapatos estaban probablemente arruinados. Pero todo estaba arruinado... Había perdido su empleo y cuando finalmente pidió a Stella que se fuese con él, al cabo de semanas de pensar en ella, la había perdido también. Maldición, ¿pensaba ella acaso que se lo había pedido obedeciendo a un impulso del momento? ¿No lo conocía bien? Apretó los dientes con furia.

Se dijo que no se trataba de que hubiese olvidado que ella tenía sesenta años. Aquello le preocupaba bastante. —Llegué a esa perra con las manos limpias —dijo en voz alta, pero las palabras se esfumaron delante de él. Lo había traicionado. Lo había insultado. Nunca, según veía ahora, lo había tomado realmente en serio.

¿Y qué era ella, después de todo? Una vieja loca sin moral y con una extraña estructura ósea. Intellectualmente, no era nada.

Y tampoco era verdaderamente adaptable. No había más que recordar su opinión de California... ¡Campamentos para acoplados de turismo y comida mexicana! Era superficial... Milburn era la ciudad para ella. Con ese marido convencional e insignificante que siempre hablaba de películas antiguas.

—¿Sí? —dijo—. Acababa de oír un ruido, un jadeo, muy cerca.

—¿Necesita ayuda? —Nadie repuso. Harold se llevó las manos a las caderas y miró a su alrededor.

Había sido un ruido humano, un ruido de dolor.

—Lo ayudaré si me dice dónde está —dijo. Luego se encogió de hombros y se dirigió al sector de donde creía que provenía el ruido.

Se detuvo en el instante en que vio el cuerpo que yacía al pie de los pinos. Era un hombre, o mejor dicho, lo que quedaba de un hombre. Sims se obligó a mirarlo. Fue un error, pues por poco no vomitó. Cayó en la cuenta, entonces, de que tendría que mirar otra vez. Sintió un rugido en los oídos. Al inclinarse sobre la cabeza destrozada vio que era, en realidad, Lewis Benedikt. Junto a la cabeza había un perro muerto. Al principio Lewis había imaginado que el perro era una parte del cuerpo de Lewis.

Tembloroso, se irguió. Tenía deseos de huir corriendo. Cualquiera que fuese el animal que le había hecho esto a Lewis estaba todavía cerca... no podía estar a más de un minuto de distancia.

Oyó entonces un fuerte crujido entre los arbustos y sintió demasiado terror para moverse. Creyó ver algún animal inmenso que saltaba sobre él desde detrás de los árboles, un oso gigantesco. Sims abrió la boca, pero no salió de ella sonido alguno.

Un hombre con cara de luna llena apareció entre los pinos. Respiraba con afán y tenía un arma antiquísima con la cual apuntaba al estómago de Sims.

—Quieto ahí —dijo el hombre.

Sims estaba seguro de que aquel hombre de aspecto alarmante lo partiría por la mitad. Sintió que se ensuciaba de miedo.

—Debería matarlo ahora mismo —señaló el hombre.

—Por favor...

—Pero tiene un día de suerte, asesino. Lo llevaré hasta un teléfono y llamaré a la policía. ¿Por qué le hizo esto a Lewis?

Como Sims no respondiese, seguro tan sólo de que aquel campesino horrible no lo mataría, después de todo, Otto se acercó despacio hasta colocarse detrás y le hundió los caños de la escopeta en la espalda.

—Bien. A jugar a los soldados, *Scheisskopf*. Marche. *Mach Schnell*.

Historia Antigua

12

Don esperaba la llegada de Sears y Ricky dentro de su automóvil, frente a la casa de Edward Wanderley. Mientras tanto descubrió en sí mismo todas las emociones observadas en Peter Barnes aquella noche. Al mismo tiempo, el recuerdo del muchacho era un reproche a su propio temor. En pocos días, Peter había logrado y comprendido más que él y los amigos de su tío en un mes.

Tomó los dos libros sacados de la biblioteca pública de Milburn poco antes de llegar Peter. Los dos corroboraron la teoría que se le había ocurrido cuando conversó con los tres hombres en casa de Sears: creía saber contra qué estaban luchando. Sears y Ricky le darían la razón. Luego, si la historia de ellos coincidía con su teoría, haría lo que ellos le habían solicitado al invitarlo a Milburn. Les daría la explicación que deseaban. Y si la explicación parecía absurda, era bien posible que lo fuese y aun que estuviese equivocada. Sin embargo, la historia de Peter y el ejemplar de *El Atalaya* probaban que hacía mucho ya que habían sido precipitados en una época en la cual la locura ofrecía una interpretación más exacta de los hechos que la cordura. Si su propia mente y la de Peter se habían quebrantado, Milburn lo estaba igualmente y según el mismo patrón. Y de los resquicios habían surgido Gregory y Fenny y su benefactora, todos ellos personajes a quienes era necesario destruir.

«Aunque nos cueste la vida», pensó Don. Ellos eran los únicos que tenían alguna probabilidad de destruirlos.

Los faros de un automóvil aparecieron entre un remolino de nieve. Al cabo de un instante, Don vio la silueta de un automóvil alto y oscuro detrás de los faros. El vehículo se aproximó al cordón de la acera opuesta de Haven Lane. Se apagaron los faros y primero Ricky y luego Sears bajaron del viejo Buick negro. Don bajó de su automóvil y cruzó de prisa la calle para ir al encuentro de ellos.

—Y ahora, Lewis —le dijo Ricky—. ¿Estaba enterado?

—En términos concretos, no. Pero lo imaginaba.

Sears, que había estado escuchando el breve diálogo, hizo un gesto impaciente.

—Usted lo imaginó. Ricky, dale las llaves. —Al abrir la puerta Don, oyó a Sears rezongar detrás de él—. Espero que nos cuente cómo obtuvo su información. Por si acaso Hardesty imagina ser el pregonero del pueblo, tomaré medidas para que lo pasen por el asador.

Los tres hombres entraron en un zaguán cubierto y Sears encontró el conmutador de luz.

—Peter Barnes vino a verme esta tarde —les dijo Don—. Vio a Gregory Bate matar a su madre. Y vio además lo que seguramente era el fantasma de Lewis.

—Mi Dios —susurró Ricky—. Ay, mi Dios... pobre Christina.

—Hagamos funcionar la calefacción antes de seguir hablando —dijo Sears—. Si todo está desmoronándose delante de nuestros propios ojos, por lo menos quiero estar abrigado hasta el fin. —Los tres hombres comenzaron a recorrer la planta baja de la casa y a levantar las fundas que protegían los muebles del polvo—. Extrañaré mucho a Lewis —señaló Sears—. Antes solía criticarlo muchísimo, pero en realidad lo quería. Nos daba ánimo. Como su tío, Don. —Sears dejó caer al suelo una de las fundas—. Y ahora está en la morgue del condado de Chenango, víctima, según parece, de un sanguinario ataque por algún animal misterioso. Un amigo de Lewis acusó del crimen a Harold Sims. En circunstancias distintas, el hecho sería más bien cómico. —El rostro de Sears estaba desencajado—. Echemos una buena ojeada al escritorio de su tío, Don. Luego nos ocuparemos de la calefacción. No sé si puedo soportar esto *ya*.

Sears los condujo a una habitación muy grande en los fondos de la casa, mientras Ricky se ocupaba de encender la caldera de calefacción central.

—Este era su escritorio —dijo. Cuando apretó un botón, se encendieron focos en el techo que iluminaban un viejo sofá de cuero, un escritorio con una máquina de escribir eléctrica, un archivo y una máquina Xerox. En un ancho estante que sobresalía debajo de otros más angostos, llenos de cajas blancas con cintas grabadas, había un grabador de cinta y un aparato para *cassettes*.

—¿Esas cajas contienen las cintas que utilizaba para sus libros?

—Me imagino que sí.

—¿Y ni usted, ni Ricky, ni los otros vinieron aquí después de su muerte?

—No —dijo Sears, contemplando el cuarto ordenado. Le hacía recordar al tío de Don mucho más que ninguna fotografía, pues irradiaba la satisfacción de un hombre feliz de hacer lo que le gusta. Tal impresión contribuyó a aclarar las palabras siguientes de Sears—. Supongo que Stella le comentó que nosotros teníamos miedo de entrar aquí. Quizá sea en parte verdad, pero creo que lo que en realidad nos mantuvo alejados fue un sentimiento de culpa.

—Y eso fue parte del motivo que los llevó a invitarme a venir a Milbutu.

—Sí. Creo que todos, salvo Ricky, imaginábamos que usted... —Sears hizo un signo muy gráfico de espantar algo con las manos— nos libraría de alguna manera mágica de nuestra culpa. John Jaffrey, sobre todo, era el más convencido. Aquí reside la sabiduría de saber mirar hacia atrás.

—Porque fue la fiesta de Jaffrey.

Sears hizo un gesto seco y salió del escritorio.

—Seguramente queda todavía un quintal de leña en los fondos. ¿Por qué no trae un poco para que podamos encender el fuego?

—Ésta es la historia que nunca creímos que llegaríamos a contar —dijo Ricky diez minutos más tarde. Sobre la mesa polvorienta delante del sofá había una botella de Old Parr y unos vasos—. Ese fuego fue una buena idea —agregó—. Sears y yo tendremos un punto a donde mirar. ¿Le dije alguna vez que fui yo quien comencé todo cuando le pregunté a John cuál era la peor acción que había cometido en su vida? Él repuso que no podía decírnoslo y en lugar de ello contó una historia de fantasmas. La verdad es que yo no debí haberle pedido tal cosa. Sabía muy bien cuál había sido tal acción. Todos lo sabíamos.

—¿Entonces, por qué se lo preguntó?

Ricky estornudó ruidosamente y Sears repuso:

—Sucedio en 1929, en octubre de 1929. Hace muchísimo tiempo de eso. Cuando Ricky preguntó a John qué era lo peor que había hecho en su vida, lo único que pensábamos era lo referente a su tío Edward, Don... fue sólo una semana después de su muerte. Eva Galli era lo que estaba más lejos de nuestra mente en aquel momento.

—Bien, ahora sí que hemos atravesado el Rubicán —dijo Ricky—. Hasta el instante en que dijiste ese nombre, no estaba yo seguro aún de que contaríamos todo. Pero ahora que estamos aquí, será mejor continuar sin detenerse. Lo que sea que le haya contado Peter Barnes puede esperar hasta que nosotros terminemos... si acaso entonces todavía tiene ganas de estar en el mismo cuarto con nosotros. Y ahora creo que lo que le sucedió a él tiene que estar relacionado con el asunto de Eva Galli, Bien, acabo de decir esto, además.

—Ricky no quería que usted se enterase del asunto de Eva Galli —dijo Sears—. Hace ya tiempo, cuando yo le escribí, manifestó que sería un error remover eso otra vez. Creo que todos estuvimos de acuerdo con él. Por lo menos, yo lo estaba.

—Creí que enturbiaría las aguas —señaló Ricky con su voz acatarrada—. Estaba convencido de que no podía tener absolutamente nada que ver con nuestro problema. Cuentos de fantasmas. Pesadillas. Presagios. Cuatro viejos tontos que pierden su hombría. Pensaba que no venía al caso y de todos modos, había tal confusión, que... Debí haber sido más listo cuando vino esa muchacha a pedir trabajo. Y ahora que se fue Lewis...

—¿Y sabe una cosa? —dijo Sears—. Ni siquiera entregamos nunca a Lewis los gemelos de John.

—Lo olvidamos —afirmó Ricky, y bebió un poco de whisky. Tanto él como Sears estaban ya profundamente involucrados en la historia que debían contar, tan totalmente concentrados en ella que Don, sentado cerca de ellos, se sentía invisible.

—Bien. ¿Qué le sucedió a Eva Galli? —preguntó.

Sears y Ricky se miraron. Seguidamente los ojos de Ricky se fijaron en el vaso que sostenía, y los de Sears en el fuego.

—Sin duda resulta obvio —dijo Sears—. La matamos.

—¿Los dos? —preguntó Don, tomado por sorpresa por la declaración. No era la respuesta que había esperado.

—Todos nosotros —repuso Ricky—. La Chowder Society. Su tío, John Jaffrey, Lewis, y Sears y yo. En octubre de 1929. Tres semanas después del Lunes Negro y el colapso de los mercados de valores. Aún aquí en Milburn se advertían los comienzos

del pánico. El padre de Lou Price, que también era corredor de Bolsa, se suicidó de un balazo en su oficina. Y nosotros matamos a una mujer llamada Eva Galli. No fue un asesinato... un asesinato propiamente dicho. Nunca nos condenaron por nada... ni siquiera podrían habernos condenado por homicidio impremeditado. Pero habría habido un escándalo.

—Y nosotros no podíamos permitirnoslo —dijo Sears—. Ricky y yo comenzábamos nuestra carrera como abogados y trabajábamos en la firma de su padre. John se había diplomado como médico sólo el año anterior. Lewis era hijo de un pastor. Todos estábamos en idéntica situación. Nos habríamos arruinado. Poco a poco, si no inmediatamente.

—Fue por ello que decidimos hacer lo que intentamos —explicó Ricky.

—Así es —convino Sears—. Hicimos algo obsceno. De haber tenido treinta y tres años, en lugar de veintitrés, probablemente habríamos acudido a la policía y aceptado lo que viniera. Pero éramos tan jóvenes... Lewis no había cumplido aún veinte años. Por ello tratamos de ocultarlo. Y entonces, finalmente...

—Finalmente —dijo Ricky— llegamos a ser como los personajes de uno de nuestros cuentos. O de su novela, Don. Hace dos meses que estoy volviendo a vivir los últimos diez minutos. Hasta oigo nuestras voces, las cosas que dijimos cuando la pusimos en el automóvil de Warren Seales...

—Comencemos por el principio —propuso Sears.

—Comencemos por el principio, sí.

—Muy bien —empezó diciendo Ricky—. Comienza con Stringer Dedham. Iba a casarse con ella. No hacía dos semanas que había llegado Eva Galli a Milburn cuando Stringer comenzó a cortejarla. Era mayor que Sears y que yo, de unos treinta y dos años, supongo, y estaba en posición de poder casarse. Dirigía la finca del coronel y sus establos con ayuda de las muchachas, trabajaba duramente y tenía muy buenas ideas. En resumen, era próspero y bien conceptuado y un excelente partido para la mayoría de nuestras chicas. Además, era un hombre apuesto. Mi mujer dice que era el hombre mas hermoso que hubiese visto ella nunca. Todas las mujeres de edad mayor que la de las alumnas del colegio secundario lo perseguían. Pero cuando llegó Eva Galli con su dinero, sus costumbres mundanas y su belleza, Stringer quedó atrapado. Lo embrujó. Se compró esa casa en Montgomery Street y...

—¿Cuál casa en Montgomery Street? —preguntó Don—. ¿La casa donde vivía Freddy Robinson?

—Sí, la misma, la que queda enfrente de la de John. La casa de la señorita Mostyn. Ella compró la casa, la amuebló con piezas nuevas y con un piano y un gramófono. Y fumaba cigarrillos y tomaba *cocktails*, y llevaba el pelo corto... Era una verdadera *flapper*.

—No diría eso exactamente —observó Sears—. No era una de esas *flappers* con la cabeza vacía de seso. De todos modos, había pasado ya la época de esas tontas. Además era educada. Había leído muchísimo. Sabía conversar con inteligencia. Eva Galli era una mujer encantadora. ¿Cómo describirías su aspecto físico, Ricky?

—Como una Claire Bloom de la década del veinte —dijo Ricky sin titubear.

—Típico de Ricky Hawthorne. Se le pide que describa a alguien y nombra a una actriz de cine. Como descripción, diría que es bastante exacta. Eva Galli tenía todo ese cautivante encanto de mujer moderna, moderna para Milburn, por lo menos, pero había en ella además un aire de refinamiento, un aire de... gracia.

—Es verdad —convino Ricky—. Y tenía además un cierto misterio que todos hallábamos sumamente atractivo. Como su Alma Mobley. No sabíamos nada de ella, salvo lo que ella insinuaba... que había vivido en Nueva York, que aparentemente había estado algún tiempo en Hollywood y actuado en películas mudas. Tuvo un pequeño papel en una película llamada Perla de la China. Con Richard Barthelmess.

Don sacó un trozo de papel y anotó el nombre de la película.

—Y era obvio que tenía sangre italiana, pero en una ocasión dijo a Stringer que sus abuelos maternos eran ingleses. Su padre había sido un hombre de sólida fortuna, según deducía uno, pero había quedado huérfana muy niña y la criaron unos parientes en California. Era todo lo que sabíamos acerca de ella. Decía que había venido a Milburn en busca de paz y aislamiento.

—Las mujeres intentaron protegerla —dijo Sears—, pues debemos recordar que para ellas también era una gran adquisición. Una muchacha rica que había vuelto la espalda a Hollywood, sofisticada y refinada... todas las mujeres de cierta posición social en Milburn le enviaron invitaciones a sus casas. Todas las pequeñas sociedades femeninas existentes en aquella época querían atraerla como miembro. Creo que lo que querían hacer era domesticarla.

—Hacerla identificable —recalcó Ricky—. Sí. Domesticarla. Porque con todas sus cualidades, había algo más en ella. Algo mágico. Lewis tenía entonces una imaginación inclinada a lo romántico y me dijo que Eva Galli era como una aristócrata, una princesa o alguien noble que hubiese vuelto la espalda a la vida cortesana para refugiarse en el campo y morir allí.

—Sí, a nosotros nos afectaba, también —dijo Sears—. Desde luego, para nosotros era inalcanzable. La idealizábamos. La veíamos de vez en cuando...

—Le rendíamos homenaje —interrumpió Ricky.

—Ni más ni menos. Homenaje como a alguien de sangre real. Había rechazado con gran cortesía todas las invitaciones de las mujeres, pero en cambio no tenía inconvenientes en que cinco muchachos desgarbados apareciesen junto a su puerta algún sábado o domingo. Su tío Edward fue el primero de nosotros. Era más osado que nosotros cuatro. Para esa época, todos sabían que Stringer Dedham estaba perdidamente enamorado de ella, de modo que en cierto sentido se la consideraba como bajo su protección... como si siempre contase con una especie de dueño invisible a su lado. Edward se deslizó entre los resquicios de las convenciones. La visitó, ella se mostró de un encanto deslumbrante y muy pronto todos adquirimos la costumbre de visitarla. Stringer no parecía tener objeciones. Nos tenía simpatía, aunque él pertenecía a un mundo diferente.

—El mundo de los adultos —dijo Ricky—. El mundo de Eva. Aunque no podía haber tenido entonces más de dos o tres años más que nosotros, era como si tuviese veinte. Nada podría haber sido más convencional que nuestras visitas. Desde luego, las viejas las hallaban escandalosas. El padre de Lewis pensaba lo mismo. Teníamos,

no obstante, una posición social suficiente como para poder hacerlas. Hacíamos nuestras visitas en grupo una vez roto el hielo por Edward, e íbamos aproximadamente cada quince días. Era como alejarse totalmente del tiempo en su sentido convencional. No sucedía nada extraordinario y hasta la conversación era común, pero durante las pocas horas que pasábamos con ella, nos sentíamos en un reino mágico. Nos encantaba totalmente. Y el hecho de que todos la conocieran como la novia de Stringer hacía la cosa inofensiva.

—En aquella época la gente no crecía con tanta rapidez —señaló Sears—. Que unos jóvenes de veintitrés o veinticuatro años estuviesen embelesados frente a una mujer de veintiséis, como si fuera una sacerdotisa sagrada puede parecerle a usted algo risible, pero era así como la veíamos. Era de Stringer y en lo único que pensábamos era que cuando se casaran cabía esperar que ambos nos recibiesen en su nueva casa tan bien como lo había hecho ella en la suya.

Los dos hombres mayores callaron unos momentos. Mientras contemplaban el fuego en casa de Edward Wanderley, bebían whisky. Don no los instó a hablar, convencido de que había llegado un punto decisivo en la historia y de que terminarían de relatarla tan pronto como pudieran hacerlo.

—Estábamos en una especie de paraíso asexual, prefreudiano —dijo Ricky por fin—. En un sortilegio. A veces bailábamos con ella, pero hasta tenerla en nuestros brazos, ver cómo se movía, no tenía nada que ver para nosotros con lo sexual. En un plano consciente, que pudiésemos reconocer. Bien, este paraíso terminó en octubre de 1929, poco después del derrumbe económico y de Stringer Dedham.

—Murió el paraíso —repitió Sears—, y tuvimos ocasión de verle la cara al diablo —dijo por fin, volviendo la cabeza hacia la ventana.

13

—Miren cómo nieva —comentó Sears.

Los otros dos miraron a su vez y vieron los copos blancos que caían en ráfagas contra la ventana.

—Si su mujer llega a encontrarlo —prosiguió Sears—, Omar Norris se encontrará trabajando con la barredora antes del amanecer.

Ricky bebió un poco de whisky.

—Hacía un calor tropical —dijo, uniendo la tormenta inusitada con el tiempo caluroso inusual para octubre de hacía cincuenta años—. El trillado se hizo muy tarde ese año. Era como si la gente no pudiese decidirse a trabajar. La gente decía que Stringer tenía preocupaciones financieras que le impedían pensar en sus tareas. Según las hermanas Dedham, no se trataba de eso, sino de que esa mañana había visitado a la señorita Galli y encontrado a alguien allí. O algo.

—Saringer metió los brazos en la trilladora —continuó— y sus hermanas echaron la culpa a Eva. Dijo cosas cuando agonizaba envuelto en frazadas sobre aquella mesa. Pero no les fue posible a sus hermanas descifrar nada de lo que creyeron oírle decir. Una cosa fue «enterrarla» y otra, «despedazarla» como si hubiese visto lo que habría de sucederle a él mismo.

—Y hay una cosa mas —acotó Ricky—. Las muchachas Dedham dijeron que gritó algo más... pero eso estaba tan mezclado con sus otros gritos que no estaban seguras de lo que habían oído. Algo como «Biiii... orquídea» que repetía sin cesar. Era obvio que deliraba, que estaba enloquecido de *shock* y de dolor. Días después lo enterraron con todas las ceremonias. Eva Galli no asistió al entierro. La mitad de la ciudad se congregó en Pleasant Hill, pero no estaba la novia del muerto. Eso sí que dio que hablar a todos.

—Las viejas, las mujeres a quienes Eva había ignorado —señaló Sears— se encarnizaron con ella. Afirmaban que había arruinado a Stringer. Desde luego, la mitad de ellas tenía hijas casaderas con los ojos puestos en Stringer mucho antes de la aparición de Eva Galli. Dijeron que Stringer había descubierto algo... un marido abandonado, o un hijo ilegítimo, o algo semejante. La transformaron en una verdadera Jezabel.

—Nosotros no sabíamos qué hacer —dijo Ricky—. Teníamos miedo de ir a visitarla después de la muerte de Stringer. Pensábamos que quizás estuviese apenada como si fuera una viuda, pero en realidad era una mujer soltera y libre. Les correspondía a nuestros padres, no a nosotros, reconfortarla. Si hubiésemos ido a verla, las malas lenguas femeninas no habrían tenido descanso. Nos quedamos, pues, tranquilos, sencillamente, sin hacer nada. Todos suponían que haría su equipaje y volvería a Nueva York. Por otra parte, nosotros no podíamos olvidar las tardes pasadas con ella.

—Cabría señalar que se nos aparecieron más mágicas, más nostálgicas —observó Sears—. Ahora sabíamos lo que habíamos perdido. Un ideal... y una amistad romántica llevada al calor de dicho ideal.

—Sears dice bien —comentó Ricky—. Pero al final, llegamos a idealizarla más aún. Eva Galli se convirtió en el emblema del dolor, de un corazón destrozado. Lo único que deseábamos era visitarla. Le enviamos una nota de pésame y hubiéramos sido capaces de cualquier cosa con tal de verla. Lo que no osábamos transgredir era esa convención social rígida que la colocaba en un lugar aparte. No hallábamos ningún resquicio por el cual pasar por esa convención.

—En lugar de eso, ella vino a visitarnos a nosotros —dijo Sears— al departamento que tenía entonces su tío. Edward era el único de nosotros que vivía solo. Nos reuníamos en su casa a conversar y a beber coñac de manzana. Allí hablábamos de todo lo que pensábamos hacer en el futuro.

—Y también hablábamos de ella —siguió Ricky—. ¿Recuerdan el poema de Ernest Dowson que dice: «Te fui fiel, Cynara, a mi manera»? Lewis lo descubrió y nos lo leyó. Ese poema fue como una puñalada para nosotros. «Tus pálidos lirios perdidos». Evidentemente exigía un fuerte consumo de coñac. Y de «música más alocada y vino más potente». Qué tontos éramos. El caso es que Eva Galli apareció una noche en el departamento de Edward.

—Y cómo estuvo de desenfundada —comentó Sears—. Daba miedo. Era como un huracán.

—Dijo que se sentía sola —prosiguió Ricky—, que estaba harta de esta maldita ciudad y de todos los hipócritas que vivían en ella. Quería beber y quería bailar y no

le importaba nada quién se escandalizase. Dijo que esta ciudad muerta con toda su gente mezquina y también muerta bien podía irse al infierno, por lo que a ella le importaba. Y que si nosotros fuésemos hombres, en lugar de chicos, también maldeciríamos nuestra ciudad.

—Nos quedamos atónitos —dijo Sears—. Allí estaba nuestra diosa inalcanzable, jurando como un carrero, furiosa... actuando como una prostituta. «Música más alocada y vino más potente»... es lo que obtuvimos, no le quepa duda. Edward tenía un pequeño gramófono y algunos discos y ella nos hizo darle cuerda y poner en él la música de jazz más estruendosa que teníamos. ¡Era tan vehemente! Fue todo una locura. Nunca habíamos visto a ninguna mujer comportarse de ese modo y para nosotros, había sido hasta entonces... cómo describirla... una especie de cruce de la Estatua de la Libertad con Mary Pickford. Baila conmigo, sapito... dijo a John y John se asustó tanto que apenas se atrevía a tocarla. Los ojos de Eva eran ascuas.

—Creo que lo que sentía era odio —observó Ricky—. Contra nosotros, la ciudad, Stringer. Era odio, un odio desbordante, un ciclón de odio. Cuando estaban bailando besó a Lewis y éste dio un salto hacia atrás como si lo hubiesen quemado. Bajó los brazos y ella giró hacia Edward y lo obligó a bailar. Tenía una expresión terrible... rígida. Edward siempre había sido más mundano que el resto de nosotros, pero también se sintió sacudido por el desenfreno de Eva... nuestro paraíso se desmoronaba alrededor de nosotros y con cada paso de baile, ella lo hacía polvo. Y con cada mirada. Era, realmente, demoníaca, una mujer poseída. Usted sabe cómo cuando una mujer se enoja, se enoja realmente, es capaz de sacar de su interior una furia capaz de destrozar a cualquier hombre... ¿Sabe cómo puede surgir tal sentimiento y derribarlo a uno como un gran camión? Así era ella. «Y ustedes, cobardes, no piensan beber?», decía. Bebimos, pues.

—Fue indescriptible. Sentíamos como si nos doblase en tamaño. Creo que sabía bien lo que vendría. No podía sobrevenir más que una cosa. Pero carecíamos de la madurez suficiente para encararla.

—No sé si yo advertía lo que se aproximaba, pero ocurrió, de todos modos —dijo Ricky—. Intentó seducir a Lewis.

—Era el peor candidato posible —señaló Sears—. No era más que un muchachito joven. Quizás alguna vez había besado a alguna chica, pero decididamente nunca había ido más lejos. Todos amábamos a Eva, pero probablemente Lewis la amaba más que nadie... era él quien había encontrado el poema de Dowson, recuerden. Y por amarla más que nadie, la actuación de Eva esa noche y el odio que manifestaba lo dejaron abrumado.

—Y ella lo sabía —continuó Ricky— y estaba encantada. Le agradaba ver a Lewis tan afectado que apenas podía pronunciar una palabra. Y cuando Eva rechazó a Edward para correr detrás de Lewis, Lewis se quedó rígido de horror. Como si hubiese visto a su madre comenzar a actuar de ese modo.

—¿Su madre? —preguntó Sears—. Sí, digamos eso. Por lo menos expresa la intensidad de sus fantaseos acerca de Eva... los de todos nosotros, para expresarlo con mayor exactitud. Y se quedó mudo. Eva lo rodeó con brazos que parecían serpientes y lo besó. Era como si estuviese devorándole la mitad de la cara.

Imagínenlo... esos besos llenos de odio derramados sobre uno, toda esa furia mordisqueándole a uno la boca. Tiene que haber sido como los besos de una navaja. Cuando apartó la cabeza, el rostro de Lewis estaba lleno de lápiz labial. Normalmente esto habría sido cómico, pero de alguna manera, nos resultó horripilante. Era como si estuviese manchado de sangre.

Edward se le acercó y le dijo: «Cálmese, señorita Galli», o algo por el estilo. Y la muchacha se volvió vivamente hacia él y todos sentimos aquella presión enorme de su odio otra vez. «Tú también lo deseas, ¿eh, Edward?», dijo. «Debes esperar tu turno. Primero deseo a Lewis. Porque mi pequeño Lewis es tan bonito.»

—Y entonces —prosiguió Ricky— se volvió hacia mí. «También tendrás lo que quieres, Ricky. Y tú también, Sears. Todos lo tendrán. Pero quiero a Lewis primero. Quiero mostrarle lo que vio ese insufrible Stringer Dedham cuando me espié por una de mis ventanas», dijo y comenzó a quitarse la blusa.

—«Por favor, señorita Galli», dijo Edward, —recordó entonces Sears—, pero ella le ordenó callar y terminó de quitarse la blusa. No usaba corpiño. Tenía senos maduros, menudos y turgentes, como manzanitas. Su aspecto era de una lascivia increíble. «Y ahora, mi bonito Lewis, veamos lo que eres capaz de hacer», dijo y comenzó otra vez a devorarle la cara.

—Todos pensamos entonces que lo que había visto Stringer por la ventana era a Eva haciendo el amor con otro —agregó Ricky—. Esto, tanto como su desnudez y lo que estaba haciéndole a Lewis, nos chocó moralmente. Estábamos profundamente avergonzados. Por fin Sears y yo la tomamos cada uno por un hombro y la separamos de Lewis. Y entonces ella maldijo. Con palabras de una increíble procacidad. «No pueden esperar, hijos de tal por cual, etc. etc.» empezó entonces a aflojarse la falda y luego que ésta cayó pasó sobre ella, Edward estaba al borde de las lágrimas. «Eva, le dijo, por favor.» «¿Qué te pasa, marica? ¿Tienes miedo de lo que tengo?»

—Estábamos a distancias infinitas de lo que éramos capaces de manejar —prosiguió Sears—. Se quitó entonces la combinación y se acercó con pasos de baile a su tío, Don. «Creo que te daré un mordisquito, mi pequeño Edward», dijo y se inclinó hacia el cuello de él. Edward le dio una bofetada.

—Una fuerte bofetada —dijo Ricky—. Y ella le pegó más fuerte aún, poniendo todas sus fuerzas en el ataque. Sonó como un disparo. John, Sears y yo por poco no nos desmayamos. Estábamos indefensos. No podíamos movernos.

—De haber podido movernos, habríamos detenido a Lewis —observó Sears—, pero estábamos como postes, contemplándolo. Y de pronto Lewis levantó vuelo casi, como un avión... voló por el cuarto hacia ella y le hizo una tacleada. Estaba sollozando, gimiendo, gritando... había perdido todo su control. Fue una verdadera tacleada de jugador de rugby. Ambos cayeron como un edificio bombardeado, con un ruido tan fuerte como debió haberlo hecho la crisis de la Bolsa de ese lunes negro. Eva no volvió a levantarse.

—Había golpeado el borde de la chimenea con la cabeza —dijo Ricky—. Lewis montó sobre la espalda de ella y arrodillado, levantó los puños, pero vio en seguida la sangre que brotaba de su boca.

Los dos viejos estaban jadeantes.

—Así pues terminó eso —dijo Sears—. Estaba muerta. Desnuda y muerta, con nosotros cinco parados, rodeándola como autómatas. Lewis vomitó en el suelo y el resto de nosotros no estuvimos muy lejos de hacer lo mismo. No podíamos creer lo que había sucedido, lo que acabábamos de hacer. No es una excusa, pero en realidad estábamos en estado de *shock*. Creo que por algún tiempo nos quedamos allí, vibrando en medio del silencio.

—Porque el silencio nos parecía inmenso —recordó Ricky—. Y se cernió sobre nosotros como... como esa nieve afuera. Por fin Lewis dijo:

«Hay que llamar a la policía». «No», dijo Edward. «Nos mandarán a todos a la cárcel. Por asesinato.»

—Sears y yo intentamos decirle que nadie había cometido asesinato. Pero Edward nos preguntó: «¿Les gustará que les quiten el derecho de ejercer su profesión? Es lo que sucederá». John le tomó el pulso y verificó la respiración. No existían. «Yo creo que es asesinato», dijo. «Estamos perdidos.»

—Ricky preguntó qué debíamos hacer —dijo Sears— y John repuso: «Hay una cosa que podemos hacer y es ocultar su cadáver. Ocultarlo donde nadie lo encuentre». Miramos todos el cuerpo y la cara ensangrentada y nos sentimos derrotados por ella... había triunfado. Era la sensación que teníamos. Su odio había provocado algo que se parecía mucho al asesinato, aunque no lo fuese según la ley. Y ahora estábamos hablando de ocultar nuestro acto... tanto legal como moralmente, un paso condenable. Y decidimos darlo.

—¿Dónde decidieron ocultar su cuerpo? —preguntó Don.

—Hay una antigua laguna a unos ocho o diez kilómetros de la ciudad. No existe ya, pues la rellenaron y construyeron allí un centro comercial. Debía tener más de seis metros de profundidad.

—El auto de Lewis tenía un neumático pinchado —dijo Sears—. Envolvimos el cadáver en una sábana y dejamos a Lewis allí para ir a la ciudad y buscar a Warren Scales. Sabíamos que había ido allí a hacer compras con su mujer. Era buena persona y nos tenía simpatía. Le diríamos que le habíamos arruinado su automóvil y que le compraríamos uno mejor. Nos tocaría a Ricky y a mí pagar la mayor parte.

—Warren Scales era el padre del ranchero que habla de matar a los marcianos? —preguntó Don.

—Elmer era el primer hijo varón de Warren y el cuarto de la familia. En aquella época ni siquiera había sido concebido. Fuimos, pues, al centro de la ciudad, encontramos a Warren y le prometimos devolverle el automóvil en una hora, aproximadamente. Luego volvimos a casa de Edward, bajamos a la mujer por la escalera y la metimos en el auto. Tratamos de meterla en él.

—Estábamos tan nerviosos, atemorizados y torpes, aparte de que no podíamos creer todavía lo ocurrido ni lo que estábamos por hacer. Y tuvimos gran dificultad para meterla dentro —continuó Ricky—. «Ponle los pies primero», dijo alguien y entonces deslizamos el cuerpo en el asiento de atrás y se nos enredó la sábana y Lewis comenzó a quejarse de que se le había enganchado la cabeza en alguna parte y

la volvió a sacar a medias. Y John gritó que se había movido. Edward lo insultó y le dijo que sabía que no podía moverse... ¿Acaso John no era médico?

—Por fin logramos meterla dentro, no obstante... y Ricky y John tuvieron que viajar atrás con ella. Fue un viaje de pesadilla a través de la ciudad. —Sears calló para contemplar el fuego—. Mi Dios. Yo conducía. Acabo de recordarlo. Estaba tan afectado que no recordaba cómo ir a la laguna. Iba y venía y me desvié seis o siete kilómetros del camino. Por fin alguien me dijo cómo llegar allí y nos internamos por el caminito de tierra que iba hasta la laguna.

—Todo parecía tan nítido —recordó Ricky —, tan nítido y sin relieve como los dibujos de un libro. Cuando bajamos del auto la realidad nos golpeó de pronto. «¿Es necesario que hagamos esto?», preguntó Lewis. Estaba llorando. Edward le contestó: «Querría de verdad no tener que hacerlo».

—Entonces Edward tomó el volante —dijo Sears—. El auto estaba a unos diez o quince metros de la laguna, cuya orilla era muy escarpada y caía a pico a la profundidad máxima del agua. Puso el motor en marcha, mientras yo hacía girar la manija de arranque. Edward retardó la marcha, pasó a primera, empujó el embrague y saltó fuera del auto, que avanzó muy despacio hacia la orilla.

Ambos hombres volvieron a callar y se miraron.

—Y entonces... —continuó Ricky y Sears lo animó a proseguir con un gesto— ...no sé cómo decir esto...

—Entonces vimos algo —afirmó Sears—. Tuvimos una alucinación. O algo así.

—La vieron viva otra vez —dijo Don—. Lo sé.

Ricky lo miró con una sorpresa mezclada con fatiga.

—Probablemente sí. Le vimos la cara por la ventanilla de atrás. Nos miraba... se reía. Se mofaba de nosotros. Casi nos caímos muertos. En el segundo siguiente el auto cayó en la laguna y empezó a hundirse. Todos corrimos y tratamos de mirar por las ventanillas de los costados. Creí morirme de miedo. Sabía que estaba muerta allá en el departamento. Lo *sabía*. John se arrojó al agua en el instante en que el auto comenzó a hundirse. Cuando volvió nos dijo que había mirado por una ventanilla y que...

—No vio a nadie en el asiento de atrás —dijo Sears a Don—. Según manifestó.

—El automóvil se hundió y no volvió a subir. Seguramente está aún allí, bajo treinta mil toneladas de tierra de relleno —aseguró Ricky.

—¿Pasó alguna otra cosa? —preguntó Don—. Por favor, traten de recordarlo. Es importante.

—Sucedieron dos cosas —dijo Ricky—. Pero después de esto, necesito beber —añadió y se sirvió un poco de whisky en su vaso, bebiendo antes de volver a hablar—. John Jaffrey vio un lince en la orilla opuesta de la laguna. Y después lo vimos todos. Dimos un salto hasta las nubes. El sentido de culpa de haber sido observados. Por un animal, aunque sólo fuese. El lince meneó la cola y desapareció en el bosque.

—¿Eran comunes aquí los lince hace cincuenta años?

—No. Quizá más al norte, sí. Pero era un lince. El otro hecho fue que la casa de Eva se incendió. Cuando volvimos a pie a la ciudad, vimos a todos los vecinos congregados allí, observando el trabajo de los bomberos.

—¿Alguno de ellos vio cómo había empezado?

Sears hizo un gesto negativo y Ricky continuó la historia.

—Aparentemente se inició en forma espontánea. Verlo nos hizo sentirnos peor aún, como si nosotros lo hubiésemos provocado, además.

—Uno de los bomberos voluntarios dijo algo extraño —recordó Sears—. Seguramente todos nosotros teníamos un aspecto tan desencajado, parados allí y contemplando el fuego, que los bomberos imaginaron que nos preocupaba la seguridad de las casas de la misma calle. Dijo que los demás edificios estaban a salvo porque el fuego comenzaba a disminuir en intensidad. Dijo lo que había visto. Era como si parte de la casa hubiese estallado *hacia adentro*. No podía explicarlo bien, pero era la impresión que tenía. Y el incendio se registró sólo en esa parte de la casa, en la planta alta. Vi a qué se refería. Se veían algunos de los tirantes y estaban curvados hacia abajo, hacia el fuego.

—¡Y las ventanas! —señaló Ricky—. Las ventanas estaban rotas, pero no había vidrios en el suelo. Estallaron hacia adentro.

—Implosión —dijo Don.

Ricky asintió con la cabeza.

—Sí. No recordaba el término. Vi ocurrir eso con una lamparilla eléctrica una vez. De cualquier manera, el fuego destruyó el piso alto, pero la planta baja quedó intacta. Un año o dos más tarde una familia compró la casa y le hizo reparaciones. Todos estábamos trabajando a la sazón, y para entonces nadie hacía ya conjeturas sobre el paradero de Eva Galli.

—Salvo nosotros —observó Sears—. Pero nunca hablábamos de ello. Pasamos algunos momentos desagradables cuando la compañía constructora comenzó a rellenar la laguna, hace unos quince o veinte años, pero no encontraron el auto. Se limitaron a enterrarlo. Con lo que fuese que había en su interior.

—No había nada en él —dijo Don—. Eva Galli está aquí ahora. Ha vuelto. Por segunda vez.

—¿Vuelto? —preguntó Ricky levantando vivamente la cabeza.

—Ha vuelto como Anna Mostyn. Y antes vino como Verónica Moore. Como Alma Mobley me conoció a mí en California y mató a mi hermano en Amsterdam.

—¿La señorita Mostyn? —preguntó Sears, incrédulo.

—¿Fue eso lo que mató a Edward? —preguntó Ricky.

—Estoy seguro de ello. Probablemente vio lo mismo que vio Stringer... Ella le hizo verlo.

—Me niego a creer que la señorita Mostyn tenga nada que ver con Eva Galli, Edward o Stringer Dedharn —dijo Sears—. La idea es ridícula.

—¿A qué se refiere cuando habla de «lo que vio»? —preguntó Ricky—. ¿Qué le hizo ver ella?

—Ella misma cambiando de forma —respondió Don—. Y creo que planeó que él lo viese, segura de que lo mataría, literalmente, de susto.

—Don miró a los dos hombres mayores—. Aquí hay otra cuestión y es que probablemente ella sabe que estamos aquí esta noche. Porque para ella somos un asunto no terminado.

¿Sabes lo que significa tener nostalgia de Nueva Orleans?

14

—Cambiando de forma —repitió Ricky.

—Cambiando de forma, nada menos —dijo Sears con mayor impaciencia—. Usted acaba de decir que Eva Galli y la actriz jovencita de Edward y nuestra secretaria son una sola persona.

—Una persona, no. Un mismo ser. El lince que vieron ustedes en la orilla opuesta de la laguna era ella también, probablemente. No es una persona, Sears. Cuando usted sintió el odio de Eva Galli ese día en que fue al departamento de mi tío, creo que percibió lo que hay de más auténtico en ese ser. Creo que fue a provocarlos y llevarlos a la destrucción, la destrucción de la propia inocencia. Creo que no tuvo éxito y que ustedes la hirieron. Por lo menos el episodio prueba que es posible dañarla. Ahora ha vuelto a hacerles pagar por aquello. Y a hacerme pagar a mí, además. Se alejó de mí para atrapar a mi hermano, pero sabía que finalmente yo aparecería aquí. Y entonces podría destruirnos a todos, uno a uno.

—¿Era ésta la idea de la que quería hablarnos? —preguntó Ricky.

Don hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué le hace imaginar que no sea una idea particularmente absurda? —preguntó Sears.

—Entre otras cosas, Peter Barnes —repuso Don—. Creo que esto lo convencerá también, Sears, y si no lo convence, le leeré algo de un libro que tiene que persuadirlo. Pero hablemos primero de Peter. Hoy Peter fue a la casa de Lewis, como le dije antes. —Seguidamente Don relató todo lo ocurrido a Peter Barnes, la excursión a la estación abandonada, la muerte de Freddie Robinson, la muerte de Jim Hardie en casa de Anna Mostyn y por fin, los hechos terribles y definitivos de la mañana—. Por ello creo que es indiscutible que Anna Mostyn es la «benefactora» mencionada por Gregory Bate. Ella anima a Gregory y a Fenny... Peter dice que intuyó que Gregory era propiedad de algo, una especie de perro malvado que obedece a un dueño cruel. Quieren destruir juntos a toda la ciudad. Como el doctor Pata de Cabra en la novela que yo tenía planeada.

—¿Están tratando de hacer que la novela se vuelva realidad? —preguntó Ricky.

—Creo que sí. Ellos también se llamaban a sí mismos centinelas nocturnos. Son juguetones. Piensen en esas iniciales. Anna Mostyn, Alma Mobley, Ann-Verónica Moore. Ese es el espíritu juguetón que los mueve a desear que notemos la similitud. Estoy seguro de que envió a Gregory y a Fenny porque Sears los había visto con anterioridad. O bien, hace años se le aparecieron a él porque ella sabía que podría utilizarlos en el futuro. Y no es casualidad que yo haya visto a Gregory en California. Yo decidí también que era un hombre lobo.

—¿Por qué no es casual, si es eso lo que usted afirma que es? —preguntó Sears.

—No afirmo que no lo sea. Pero los seres como Anna Mostyn o Eva Galli figuran en todos los cuentos de fantasmas o relatos sobrenaturales escritos hasta ahora —dijo Don—. Son los originales de todo lo que nos inspira miedo en lo sobrenatural. Considero que logramos controlarlos en cierto modo cuando los incluimos en nuestros cuentos. Pero por lo menos estas historias nos demuestran que es posible destruirlos. Gregory Bate no es un hombre lobo, como no lo es Anna Mostyn. Es lo que la gente ha descrito como hombre lobo, O como vampiro. Se alimenta de cuerpos vivientes. Se vendió a su benefactora a cambio de la inmortalidad.

Don tomó uno de los libros que había traído.

—Este es un libro de consulta, el *Standard Dictionary of Folklore, Mythology and Legend*. En él hay un largo artículo bajo «Cambio de forma», escrito por un profesor llamado R. D. Jameson. Escuchen esto: «Si bien no se ha llevado a cabo una estadística de los seres que cambian de forma, el número de ellos hallados en el mundo alcanza cifras astronómicas». Dice que figuran en el folklore de todos los pueblos. El artículo tiene una extensión de tres columnas y es uno de los más largos del diccionario. Me temo que no sea de gran utilidad para nosotros, aparte de señalarnos que estos seres han sido mencionados en la evolución del folklore a través de milenios, porque Jameson no menciona medios, si acaso existen, por los cuales las leyendas afirman que es posible destruir a estas criaturas. Escuchen, no obstante, lo que dice al final del artículo: «Los estudios realizados sobre cambios de forma registrados en zorros, tejones, etc., tienen validez, pero no se ocupan del nudo del problema, el cambio de forma en sí. Este cambio de forma en el folklore está claramente relacionado con las alucinaciones que estudia la psicopatología. Hasta que se hayan analizado con mayor detenimiento los fenómenos en ambos campos, no podemos ir más allá de la observación general de que nada es, en realidad, lo que aparenta ser».

—Amén —dijo Ricky.

—Ni más ni menos. Nada es lo que aparenta ser. Estos seres pueden llegar a convencernos de que estamos perdiendo la razón. Le ha sucedido a cada uno de nosotros. Hemos visto y sentido cosas que más tarde hemos desechado a fuerza de razonar. No puede ser verdad, nos decimos. Estas cosas no suceden. Pero suceden, y las vimos. Ustedes las vieron. Vieron a Eva Galli incorporarse en el asiento de atrás del auto y la vieron aparecer en forma de lince momentos más tarde.

—Supongamos, tan sólo —dijo Sears— que uno de nosotros hubiese tenido un rifle ese día y disparado al lince. ¿Qué habría ocurrido?

—Creo que habrían visto algo extraordinario, pero no alcanzo a imaginar qué. Tal vez habría muerto. Tal vez habría pasado a otra forma de su preferencia... tal vez, de haber estado sufriendo mucho, habría sufrido una sucesión de cambios. Y tal vez habría quedado indefenso.

—Son muchas conjeturas —observó Ricky.

—No tenemos otros elementos de juicio —señaló Don.

—Eso, en el caso de que aceptemos su teoría.

—Si ustedes tienen una mejor, estoy dispuesto a oírla. Pero por Peter Barnes sabemos lo que le sucedió a Freddy Robinson y a Jim Hardie. Además, yo hice averiguaciones ante su agente teatral y descubrí algunas cosas sobre Ann-Veronica Moore. Apareció literalmente de la nada. No hay ningún dato relativo a ella en la ciudad donde decía haber nacido. No lo había porque era imposible que lo hubiese. Nunca existió una Ann-Veronica Moore hasta el día que se inscribió en un curso de arte dramático. Llegó, en una forma verosímil y debidamente documentada, a la puerta de un teatro, por saber que era una forma de llegar hasta Edward Wanderley.

—Entonces estos... estos seres que según usted existen... son más peligrosos aún. Tienen inteligencia —dijo Sears.

—Sí, tienen inteligencia. Les encantan las bromas y elaboran planes muy extensos y, como a los manitou de los pieles rojas, les encanta jactarse de su ingenio. Este segundo libro nos ofrece un buen ejemplo de esto. —Don lo levantó y mostró el lomo a los dos hombres—. *Vine por aquí*, por Robert Mobley. Era el pintor que según Alma era su padre. Cometí el error de olvidar consultar sus datos biográficos hasta hoy. Ahora creo que ella quería que leyese esa autobiografía y descubriese que, al llamarse a sí misma Mobley, hacía un juego de palabras relacionado con una aparición anterior. El Capítulo IV se llama «Nubes negras»... no es una autobiografía muy bien escrita, pero quiero que oigan unos cuantos párrafos de este capítulo.

Don abrió el libro en la página que había marcado. Los otros dos hombres no hicieron el menor movimiento.

—»Aun en una vida en apariencia tan afortunada como la mía han existido períodos sombríos y difíciles que dejaron su marca imborrable de dolor a través de meses y de años. El año 1958 fue uno de ellos. Creo que sólo merced a haberme dedicado con la mayor concentración a mi trabajo pude mantener el equilibrio mental ese año. Familiarizada con las soleadas acuarelas y la rígida experimentación en óleo que fueron características de mi obra durante los cinco años previos, la gente me ha interrogado a menudo acerca de la transformación de mi estilo que me llevó al llamado período sobrenatural. Hoy sólo puedo decir que seguramente sufrí un desequilibrio psíquico y que el violento desorden de mis emociones halló expresión en las obras que me obligaba a mí mismo a realizar.

«El primer hecho doloroso de ese año fue la muerte de mi madre Jessica Osgood Mobley, cuyo afecto y consejo lleno de sabiduría habían...» Saltaré una o dos páginas aquí. —Don leyó rápidamente la página y la volvió—. Aquí estamos. «El segundo, una pérdida mucho más devastadora aún, fue la muerte por suicidio, a los dieciocho años, de mi hijo mayor, Shelby. Mencionaré aquí sólo las circunstancias que rodearon la muerte de Shelby y que me llevaron directamente a mi trabajo durante ese llamado período sobrenatural, ya que este libro es principalmente la relación de mi vida como pintor. Sin embargo, debo decir que mi hijo era un espíritu alegre, ingenuo y lleno de vida y estoy seguro de que solamente un profundo *shock* moral, el haber aprehendido de algún modo algún mal hasta entonces insospechado, pudo llevarlo a quitarse la vida.

«Poco después de la muerte de mi madre, vendieron una casa muy grande cerca de la mía a una mujer obviamente rica y muy atrayente, de más de cuarenta

años, cuya única familia consistía en una sobrina de catorce que estaba bajo su tutela después de haber quedado huérfana. La señora Florence de Peyser era cordial y a la vez discreta, una mujer de modales encantadores que siempre había pasado nuestro invierno en Europa, como mis propios padres. En realidad parecía ser más representativa de una época pasada que de la que vivíamos y durante algún tiempo acaricié la idea de hacer su retrato en acuarela. Coleccionaba cuadros, como pude comprobar cuando me invitó a su casa y aun estaba al corriente de mi propia obra, a pesar de que mis obras abstractas de aquel momento habrían armonizado mal con sus simbolistas franceses... Sin embargo, y a pesar de todo el encanto de la señora de Peyser, la principal atracción de su casa no tardó en ser su sobrina. La belleza de Amy Monckton era casi etérea y creo que era la persona más femenina que yo hubiese visto jamás. Cada cosa que hacía, ya fuese entrar, simplemente, en un cuarto, o servir una taza de té, expresaba infinita elegancia, una elegancia serena. La niña era un encanto, llena de dominio de sí misma y de modestia... delicada y tal vez más inteligente que Pansy Osmond, aquella niña por la cual la Isabel Archer de Henry James se sacrificó tan de buena gana. Amy era siempre bien recibida en mi casa y mis dos hijos se sentían atraídos por ella».

—Y aquí la tenemos —dijo Don—. Una Alma Mobley de catorce años, bajo la guía de la señora de Peyser. El pobre Mobley no sospechaba a quién había dejado entrar en su casa. Dice luego: «Aunque Amy era de la misma edad que Whitney, mi hijo menor, fue Shelby, muchacho de gran sensibilidad quien trabo mayor amistad con ella. En ese momento pensé que era una prueba de la cortesía de Shelby dedicar tanto tiempo a una adolescente cuatro años menor que él. Y aun cuando advertí señales evidentes de afecto (el pobre Shelby se ruborizaba cada vez que se mencionaba el nombre de la chica), jamás habría imaginado que pudiesen haber caído en una conducta morbosa, degradante o procaz. En verdad uno de mis grandes deleites era contemplar a mi hijo, alto y hermoso, paseando por nuestro jardín con esa bonita niña. No me sorprendió, por lo tanto, que Shelby me confiase un día que cuando ella cumpliera dieciocho años y él veintidós, se casaría con Amy Monckton.

«Al cabo de varios meses comencé a notar que Shelby estaba cada vez más taciturno. Había perdido todo interés por sus amigos y en los últimos meses de su vida no le interesaba nada más que la casa de la señora de Peyser y de Amy Monckton. En fecha reciente se había incorporado a la familia un sirviente moreno y de aspecto siniestro llamado Gregorio. Desconfié de Gregorio a primera vista e intenté hacer alguna advertencia a la señora de Peyser sobre él, pero me informó que conocía al hombre y a su familia desde hacía muchos años y que era un chófer excelente. Creí prudente no hacer otros comentarios.

«En este breve relato sólo puedo señalar que mi hijo adquirió un aspecto desencajado y una actitud furtiva durante los dos últimos meses de su vida. Por primera vez en mi experiencia actué como padre autoritario y le prohibí seguir frecuentando la casa de la señora de Peyser. Su actitud me había llevado a sospechar que bajo la influencia de Gregorio estos dos chicos probaban drogas y estaban quizá mezclados en juegos sexuales morbosos. Esa hierba malsana y degradante, la marihuana, se obtenía aun entonces en los arrabales de Nueva Orleans. Temía

asimismo que estuviesen experimentando con algunas formas esotéricas de hechicería común entre los mestizos de la región. Esas cosas armonizan con las inclinaciones de los jóvenes aficionados a la droga.

»Cualquiera que fuese la naturaleza de las actividades en que había caído Shelby, los resultados fueron trágicos. Desobedeció mis órdenes y siguió frecuentando en forma clandestina la casa de los Peyser y el último día de agosto volvió a casa, tomó el revólver del ejército que yo tenía en un cajón de mi dormitorio y se suicidó. Fui yo, que estaba pintando en mi estudio, quien oyó el disparo y descubrió su cuerpo.

»Lo que ocurrió luego debe de haber sido consecuencia de mi estado de *shock*. No se me ocurrió llamar a la policía ni a una ambulancia, sino que fui afuera, enloquecido, imaginando que seguramente habría llegado ya algún tipo de auxilio. Me encontré en el camino fuera de nuestra casa y mirando la residencia de la señora de Peyser. Lo que vi allí por poco no me hizo perder los sentidos.

»Imaginé ver al chófer Gregorio parado junto a una ventana del piso alto, riendo con desdén. La malignidad parecía fluir de todo él. Estaba lleno de júbilo. Traté de gritar, pero no pude. Miré luego hacia abajo y vi algo mucho peor. Amy Monckton estaba en un costado de la casa, mirándome del mismo modo, pero con un rostro sereno, impassible y gran serenidad. ¡Y sus pies no tocaban el suelo! Amy parecía flotar a veinticinco o treinta centímetros del césped. Frente a estas dos imágenes, sentí un terror indescriptible y me llevé las manos a la cara. Cuando las aparté y volví a mirar, las dos visiones habían desaparecido.

»La señora de Peyser y Army enviaron flores al entierro de Shelby, pero para ese entonces habían partido ya para California. Si bien estaba convencido entonces, como lo estoy ahora, de haber imaginado esa última visión de la niña y del chófer, preferí quemar las flores en vez de adornar con ellas el ataúd de Shelby, Las obras de mi período llamado sobrenatural, que consideraré a continuación, fueron fruto de esta experiencia».

Don miró a los dos hombres.

—Leo esto hoy por primera vez. ¿Ven lo que quiero decir cuando afirmo que se exhiben, que se vanaglorian? Quieren que sus víctimas sepan, o por lo menos sospechen, qué tipo de cosas les ha ocurrido. Robert Mobley sufrió un *shock* que por poco no le hizo perder la razón y luego realizó las mejores obras de su vida. Alma quería que yo leyese acerca de esto y supiese que ella había vivido en Nueva Orleans con Florence de Peyser bajo un nombre diferente y matado a ese muchacho con tanta certeza como yo sabía que mató a mi hermano.

—¿Por qué no nos mató ya Anna Mostyn? —preguntó Sears—. Tuvo todas las oportunidades para hacerlo. Ni siquiera puedo fingir no estar convencido por lo que acaba de contarnos, pero ¿por qué ha esperado? ¿Por qué nosotros tres no estamos tan muertos como los otros?

Ricky se aclaró la garganta antes de hablar.

—La actriz de Edward dijo a Stella que yo sería un buen enemigo.

Creo que lo que esperaba era el momento en que supiésemos exactamente contra quién debíamos enfrentarnos.

—Te refieres a este momento —dijo Sears.

—¿Tienes un plan? —preguntó Ricky a Don.

—No, sólo unas pocas ideas. Volveré al hotel, recogeré mis cosas y me instalaré aquí. Es posible que en las cintas que grabó para mi tío haya información que podamos utilizar. Además, quiero meterme en la casa de Anna Mostyn. Espero que me acompañe. Es posible que hallemos algo allí.

—Lo que va a encontrar es un buen salto al vacío —observó Sears.

—No, no creo que estén aún allí. Los tres deben saber que probaremos la casa primero. Seguramente han encontrado ya otro refugio.

Don miró a Sears y a Ricky.

—Me queda aún una cosa que decirles. Como preguntó Sears, ¿qué habría sucedido si uno de ustedes hubiese disparado sobre el lince? Es lo que tenemos que determinar. Esta vez tendremos que dispararle al lince, cualesquiera que sean las consecuencias. —Dicho esto, Don dirigió una sonrisa a los dos hombres—. Va a ser un invierno infernal —dijo por fin.

Sears James gruñó algo que indicaba acuerdo y Ricky preguntó:

—¿Qué probabilidades calcula usted que existen de que nosotros tres y Peter Barnes podamos poner fin a esto?

—Mínimas —opinó Sears—, pero la verdad es, Don, que usted hizo lo que le pedimos que viniera a hacer aquí.

—¿Debemos confiar en alguien? —preguntó Ricky. ¿Deberíamos intentar convencer a Hardesty?

—Qué ridiculez —respondió Sears con desdén—. Terminaríamos todos en una celda.

—Que supongan todos que están luchando contra marcianos —dijo Don—. Sears tiene razón. Pero yo le ofrezco una apuesta mucho mejor que la que me propuso usted a mí.

—¿Cuál?

—Apuesto a que su secretaria no irá a trabajar mañana.

Cuando los dos viejos lo dejaron a solas en la casa de su tío, Don puso más leña en el fuego y ocupó el lugar abrigado de Ricky en el sofá. Mientras la nieve se amontonaba en los tejados e intentaba introducirse por los resquicios de puertas y marcos de ventanas, recordó una noche tibia y a la vez fresca, el olor de hojas quemadas, el gorrión posado en un cerco y un rostro pálido y amado ya que le sonreía con sus ojos luminosos desde una puerta. Y una mujer desnuda que miraba por una ventana negra y pronunciaba palabras que sólo ahora podía comprender.

«Eres un fantasma.» Tú. Donald. Tú. Era la desdichada percepción que se halla en el centro de todo cuento de fantasmas.

II

La ciudad sitiada

Narciso, al contemplar la propia imagen en la fuente, lloró.
Cuando su amigo que pasaba preguntó la razón,
Narciso repuso: «Lloro porque perdí mi inocencia».
Su amigo replicó: «Sería más sabio llorar porque
alguna vez la tuviste».

1

Diciembre en Milburn, Milburn en marcha hacia Navidad. La memoria de la ciudad es larga y este mes siempre ha significado ciertas cosas, como caramelos de azúcar de arce, patinaje en el río y esquí en las colinas de las afueras de la ciudad. En diciembre, bajo muchos centímetros de nieve, Milburn siempre adquiría un aire festivo, un aspecto de una belleza casi mágica. En la plaza se erigía siempre un inmenso árbol de Navidad y Eleanor Hardie competía con su iluminación decorando el frente del hotel Archer. Los niños formaban fila delante de Papá Noel en la gran tienda de los hermanos Young y le elevaban sus pedidos no negociables para Navidad... y sólo los mayores advertían que Papá Noel se parecía un poco a Omar Norris y olía un poco como él. (Diciembre siempre reconciliaba a Omar no sólo con su mujer, sino también consigo mismo. Bebía la mitad de lo habitual y conversaba con los pocos camaradas que tenía de «trabajar extra en la tienda».) Como lo había hecho ya su padre, Norbert Clyde siempre conducía su trineo tirado por caballos a través de la ciudad y permitía andar en él a los niños, para que supiesen cómo sonaban realmente las campanillas del trineo de la canción, y para que conociesen la sensación de deslizarse en una atmósfera saturada de aroma de pino detrás de dos excelentes caballos. Y como había hecho su padre, Elmer Scales abría un portón en uno de los cercos de sus campos de pastaje y permitía a la gente de la ciudad venir a bajar en trineo por la colina que bordeaba sus tierras. Siempre se veían unos cuantos automóviles rurales detenidos a lo largo del cerco y a unos cuantos padres jóvenes tirando de trineos livianos cargados de niños entusiastas hasta la cima de la colina de Elmer. Algunas familias hacían caramelos en la cocina, otras asaban castañas en la chimenea. Humphrey Stalladge adornaba la parte superior de la barra con luces verdes y rojas y comenzaba a preparar bebidas tradicionales de la época de Navidad. Las amas de casa de Milburn intercambiaban recetas culinarias. Los carniceros recibían pedidos de pavos de diez kilos y regalaban recetas para la preparación de salsa para el pavo. Los niños de ocho años de la escuela primaria recortaban árboles de Navidad de papel de colores y los pegaban a las ventanas de las aulas. Los de la escuela secundaria se concentraban más en el hockey que en el idioma y la historia y pensaban en los discos que comprarían con los cheques que los tíos les regalarían para las fiestas. Las asociaciones comunales como la Kiwanis, el Rotary y los Kaycees

celebraron un baile inmenso en el gran salón del hotel Archer con tres *barmen* importados de Binghamton y obtuvieron varios miles de dólares de beneficio para sus obras de ayuda a los ancianos de la Edad Dorada. De esa velada, así como de otros *cockrailsparties* ofrecidos por los residentes más jóvenes y recientes de Milburn, los que todavía no eran del todo conocidos por gente como Sears y Ricky, a pesar de que bien podrían haber vivido en Milburn desde hacía años, todos llegaban a su trabajo sufriendo dolores de cabeza y malestar de estómago.

Ese año las fiestas llamadas *cocktail party* se ofrecían aún y las mujeres preparaban todavía masitas típicas de Navidad, pero el diciembre de Milburn fue diferente. La gente que se encontraba en la gran tienda de los hermanos Young no decía ya «¿No es agradable tener una Navidad Blanca?» sino «Espero que estas nevadas no continúen». Omar Norris debía trabajar el día entero con la barredora municipal y los empleados menores aseguraban que sólo se meterían dentro de su disfraz de Papá Noel si lo fumigaban primero. El alcalde y el personal de Hardesty levantaron un árbol inmenso, pero Eleanor Hardie no tuvo ánimo para adornar el frente del hotel. La verdad es que comenzó a mostrar un aspecto tan atormentado y perdido que una pareja de turistas de Nueva York le dirigió una sola mirada y decidió en seguida proseguir su camino hasta encontrar un motel. Y Norbert Clyde, por primera vez en la memoria de todos, no sacó su trineo del establo ni engrasó los patines. Desde que había visto «eso» en su campo, estaba declinando en forma misteriosa. Se lo oía en el bar de Humphrey o bien en otros de las afueras, afirmando siempre que el agente rural del condado «no distinguía un codo de un culo» y que si la gente tuviese más sentido común comenzaría a escuchar más a Elmer Scales, quien no había abierto su portón para que la gente se deslizase en trineo por su colina y en lugar de ello dejaba de comer y garabateaba versos absurdos, pasando noches enteras de guardia con su escopeta cargada sobre las rodillas. Su caterva de niños andaba en trineo sola y se sentía marginada. Nevaba de la mañana a la noche y los montículos cubrieron primero los cercos y luego llegaron a los aleros de las casas. Durante las dos últimas semanas de diciembre clausuraron las escuelas por ocho días. La calefacción de la escuela secundaria se descompuso y el consejo escolar cerró dicha escuela hasta mediados de enero, cuando por fin un ingeniero especialista en calefacción pudo venir desde Binghamton a hacer la reparación. La escuela primaria cerró sus puertas pocos días más tarde. Los caminos estaban casi intransitables y de todos modos los padres no habrían llevado a sus hijos a la escuela. La gente de la edad de Ricky y de Sears, los que representaban la memoria de la ciudad, recordaron los inviernos de 1947 y 1926, cuando durante semanas no hubo tránsito alguno hacia Milburn y fuera de ella, se agotó el combustible y los viejos (no más viejos que Sears y Ricky ahora), junto con Viola Frederickson, la del pelo rojo y el rostro exótico, murieron congelados.

Ese diciembre Milburn tenía no tanto el aspecto de una población de tarjeta postal como el de una plaza sitiada. Los caballos de las hermanas Dedham, olvidados aun por Nettie, murieron de hambre en sus establos. Ese diciembre la gente se quedaba en su casa más que lo habitual y el humor se puso pésimo. Algunos llegaron a sufrir crisis de nervios. Philip Kneighler, uno de los nuevos residentes de Milburn,

se metió en su casa y propinó una paliza a su mujer después de habersele roto el esparcidor de nieve en su camino de acceso. Ronnie Byrum, sobrino de Harlan Bautz, que pasaba su licencia del cuerpo de Infantería de Marina en casa de sus tíos, se enfureció ante los comentarios inofensivos de un hombre parado junto a él en un bar y le fracturó la nariz. Le habría fracturado también la mandíbula si dos de los antiguos compañeros de escuela secundaria de Ronnie no le hubiesen inmovilizado los brazos a la espalda. Dos muchachos de dieciséis años llamados Billy Byrum (hermano de Ronnie) y Anthony «Especial» Ortega provocaron una conmoción cerebral a un chico que insistió en hablar mientras se proyectaba en la sección de las seis y cuarto la película *Noche de los Muertos Vivientes* en el teatro Rialto de Clark Mulligan. En todo Milburn la gente encerrada en sus casas reñía a propósito de niños, dinero, programas de televisión. Un diácono de la Iglesia Presbiteriana del Espíritu Santo, la misma cuyo pastor fue el padre de Lewis en una época, se encerró en el edificio sin calefacción una noche, dos semanas antes de Navidad y lloró y maldijo y rezó toda la noche, porque temía estar volviéndose loco: creía haber visto al niño Jesús desnudo y de pie sobre un montículo de nieve fuera de las ventanas de la iglesia y pidiéndole que saliera.

En el mercado Bay Tree, Rhoda Flager arrancó un mechón de pelo rubio del cráneo de Bitsy Underwood porque Bitsy insistió en llevarse las tres últimas latas de puré de zapallo. Como los camiones no podían efectuar sus entregas, las existencias comenzaban a agotarse. En el barrio llamado de la hondonada, un barman desocupado llamado Jim Blazek acuchilló y mató a un mulato, cocinero de fonda, Washington de Souza, porque un hombre alto con la cabeza afeitada y vestido como un marinero le dijo que de Souza tenía relaciones con su mujer.

Durante los sesenta y dos días entre el primero de diciembre y el treinta y uno de enero, los siguientes diez ciudadanos de Milburn murieron por causas naturales: George Fleischner (62), síncope cardíaco; Whitey Rudd (70), desnutrición; Gabriel Fish (58), intemperie; Omar Norris (61), exposición prolongada a la intemperie, consecutiva a conmoción cerebral; Marion Le Sage (73), ataque cerebral; Ethel Birt (76), mal de Hodgkins; David Griffen (5 meses), hipotermia; Harlan Bautz (55), síncope cardíaco; Nettie Dedham (81), ataque cerebral; Penny Draeger (18), *shock*. La mayoría murieron durante lo peor de las tormentas de nieve y sus cuerpos, junto con los de Washington de Souza y varios otros, debieron ser conservados en las pilas cubiertas con sábanas en uno de los depósitos de la diminuta cárcel de Walter Hardesty... el furgón de la morgue con sede en la capital del condado no podía llegar a Milburn.

La ciudad se encerró dentro de sí misma y hasta el patinaje sobre hielo en el río cesó. Al principio se patinaba como de costumbre. En cualquier momento del día se veía a veinte o treinta chicos de la escuela secundaria, yendo y viniendo sobre el río congelado, jugando y patinando de espaldas. Era como un grabado tradicional norteamericano de Currier e Ives. Pero si los estudiantes de los dos últimos años que barrían la superficie helada no repararon en la muerte de tres ancianas y cuatro ancianos ni tampoco lamentaron demasiado la de su dentista, otra muerte, en cambio, los golpeó como una bofetada tan pronto como se deslizaron sobre el río

helado. Jim Hardie había sido el mejor patinador en toda la historia de Milburn y él y Penny Draeger habían perfeccionado espectáculos de patinaje en fila que para sus contemporáneos eran tan buenos como cualquiera que pudiese verse en los Juegos Olímpicos. Peter Banes había sido casi igualmente bueno, pero ese año se negó a salir a patinar y aun cuando hubo una tregua en el mal tiempo, Peter permaneció en casa. Pero a Jim era a quien extrañaban más. Aun cuando solía aparecer de mañana con los ojos enrojecidos y sin afeitarse, animaba el ambiente. No era posible mirarlo sin sentir deseos de patinar mejor uno mismo. Y ahora ni Penny aparecía. Como Peter Barnes, se había encerrado en su vida privada. Muy pronto otros entre los patinadores hicieron lo mismo. Día tras día era necesario barrer más nieve de la superficie del río y algunos de los muchachos que cumplían esta tarea comenzaron a sospechar que Jim Hardie no estaba, después de todo, en Nueva York. Tenían el presentimiento de que algo le había sucedido... algo en lo cual no deseaban pensar demasiado. Días antes de que el hecho quedase establecido, sabían que había muerto.

Un día, durante su descanso de la tarde, Bill Webb tomó sus viejos patines de hockey de su armarito detrás del restaurante, caminó hacia el río y allí se quedó contemplando con aire melancólico los treinta centímetros de nieve inmaculada y recién caída que lo cubrían como un manto. Por este invierno, el patinaje también había terminado.

Clark Mulligan no se tomó el trabajo de reservar la nueva película de Disney que siempre traía para Navidad, sino que durante toda la época de las fiestas exhibió películas de horror. Algunas noches tenía seis o siete espectadores; otras, sólo dos o tres. Otras noches empezaba el primer rollo de *Noche de los Muertos Vivientes* y sabía que el único que estaba viéndola era él. La *matinée* de los sábados atraía generalmente siete u ocho chicos que habían visto ya la película, pero que no tenían otra cosa que hacer. Comenzó a dejarlos entrar gratis. Todos los días perdía un poco más de dinero, pero por lo menos el Rialto le permitía alejarse de casa. Mientras las líneas de energía siguiesen tendidas, le sería posible mantenerse abrigado y entretenido y eso era todo lo que pedía. Una noche bajó de su cabina de proyección para ver si alguien había tenido deseos de meterse por la salida de emergencia y vio a Penny Draeger sentada al lado de un hombre con aspecto de lobo y con anteojos negros. Clark volvió de prisa a su cabina, pero tenía la certeza de que el hombre le había dirigido una ancha sonrisa antes de que pudiese volver la espalda. No sabía por qué, pero aquello lo asustó mucho. Muchísimo.

Por primera vez en la vida de casi todos, los residentes de Milburn vieron al tiempo como una fuerza malévola y hostil capaz de matarlo; si lo permitían. A menos que uno subiese al tejado y barriese la nieve acumulada en ellos, los tirantes se rajarían y hundirían con el peso y en menos de diez minutos una casa podría convertirse en un cascarón frígido y destrozado, inhabitable hasta la primavera. El viento llevaba a veces la temperatura a menos de cincuenta grados bajo cero, y si uno permanecía afuera durante un tiempo algo mayor que el necesario para correr desde el automóvil hasta la casa, era posible oír a ese viento mofándose de uno junto al oído, seguro de que tenía a todos bajo su dominio. Ése era un enemigo, el peor que conocían. Pero después de que Walt Hardesty y uno de sus oficiales identificaron los

cuerpos de Jim Hardie y de Christina Barnes y se divulgaron los pormenores sobre el estado de dichos cadáveres, los habitantes de Milburn optaron por correr sus cortinados y mirar televisión, en lugar de ir a la reunión ofrecida por el vecino, y todos se preguntaban si había sido un oso lo que había matado a ese apuesto Lewis Benedikt. Y cuando, como en el caso de Milly Sheehan, vieron que una barra de nieve se había metido por un costado del vidrio doble contra tormentas para instalarse desafiante sobre el alféizar, comenzaron a preguntarse qué otra cosa sería capaz de introducirse en sus casas. Y ellos, como toda la ciudad, se encerraron, enclaustraron, pensaron en sobrevivir. Unos pocos recordaron a Elmer Scales, de pie delante de la estatua y delirando sobre el tema de los marcianos. Sólo cuatro personas conocían la identidad de un enemigo más hostil que aquel tiempo asesino.

Viaje sentimental

2

—Veo en los noticiosos que la situación es peor aún en Buifalo —dijo Ricky. Hablaba más por decir algo que por pensar que a los otros les interesaría el comentario. Sears conducía su Lincoln en su estilo característico: el trayecto entero hasta la casa de Edward, donde habían recogido a Don y ahora de regreso al sector oeste de la ciudad, encorvado detrás del volante y a unos veinte kilómetros por hora. En cada intersección hacía sonar la bocina para advertir a todos que no tenía intención de detenerse.

—Deja de decir tonterías, Ricky —dijo y apretó la bocina antes de atravesar Wheat Row hacia el extremo norte de la plaza.

—No tenías por qué hacer sonar la bocina. Había luz verde —señaló Ricky.

—Mmmm. Todos andan a demasiada velocidad para detenerse.

Don, sentado en el asiento de atrás, contuvo la respiración y rogó por que las luces en el otro extremo de la plaza se volviesen verdes antes de que Sears llegase frente a ellas. Cuando pasaron delante de la escalera del hotel, vio que las luces frente a Main Street eran amarillas. Se encendieron las verdes en el instante en que Sears empujó con la palma de la mano la palanca de cambio y condujo el largo automóvil, flotando casi como un galeón, hacia Main Street.

Aun con los faros encendidos, los únicos objetos realmente visibles eran las luces de tránsito y los puntos luminosos verdes y rojos del árbol de Navidad. El resto se disolvía en masas blancas y en un constante movimiento envolvente. Los pocos automóviles que pasaban cerca aparecían primero como haces de luz amarilla y luego como masas informes o como animales de gran tamaño. Don veía su color sólo cuando quedaban a la altura del Lincoln, proximidad que Sears reconocía con otro imperioso toque de la bocina.

—¿Qué haremos cuando lleguemos allá, si acaso llegamos? —preguntó Sears.

—Echaremos un vistazo. Puede ser útil. —Ricky lo miró con una expresión que hacía innecesarias las palabras y Don añadió—: No, no creo que ella esté allí, ni tampoco Gregory.

—¿Trajo un arma?

—No tengo ninguna. ¿Y usted?

Ricky hizo un gesto afirmativo y le mostró un cuchillo de cocina.

—Es tonto, lo sé, pero...

Don no lo hallaba tonto y por un instante deseó haber traído también un cuchillo, cuando no un lanzallamas o una granada.

—Por simple curiosidad... ¿En qué estaba pensando en este momento? —le preguntó Sears.

—¿Yo? —repuso Don. El automóvil se desplazó lentamente hacia un costado y Sears tocó apenas el volante para corregir la dirección.

—Sí.

—Estaba recordando algo que ocurría a veces cuando estudiaba en un internado secundario de un Estado del centro. Cuando teníamos que elegir universidad, el personal solía darnos charlas sobre el «Este». El «Este» era el punto a donde deseaban que fuéramos a estudiar. Era simple esnobismo y en ese sentido mi internado era bastante anticuado, pero daba gran prestigio a un colegio que una buena proporción de sus egresados fuese a Princeton, Harvard o Cornell... o aun a una universidad oficial, pero situada en la costa del Este. Todo el mundo pronunciaba la palabra como seguramente pronuncia un musulmán la palabra «Meca». Y ahora estamos en el Este.

—¿Fue a estudiar al Este? —le preguntó Ricky—. No sé si Edward lo mencionó alguna vez.

—No. Fui a California, donde creen en el misticismo. Allí no ahogaban a las brujas, sino que les daban la oportunidad de ofrecer charlas.

—Omar no llegó a limpiar Montgomery Street —dijo Sears. Sorprendido, Don miró por su ventanilla y vio que mientras conversaban habían llegado al extremo de la calle de Anna Mostyn. Sears tenía razón. En la calle Maple, por la que iban ahora, la nieve estaba apisonada y tenía unos cinco centímetros de espesor, y mostraba además las huellas y hondos surcos de la barredora de nieve de Omar Norris. En Montgomery, la nieve tenía más de un metro de espesor. Casi llenas otra vez de nieve nueva, las profundas huellas en el centro de la calle indicaban por dónde dos o tres automovilistas habían luchado por llegar hasta Maple.

Sears detuvo el motor, pero dejó las luces de estacionamiento encendidas.

—Si tenemos que hacer esto, no veo por qué esperar —dijo.

Los tres hombres bajaron a la superficie congelada de Maple. Sears se levantó el cuello de piel de su gabán y suspiró.

—Pensar que en una época yo me resistí a meterme en ocho o diez centímetros de nieve en el prado de nuestro Virgilio... —comentó.

—Detesto la idea de volver a entrar en esa casa —dijo Ricky.

Veían ahora la casa entre los remolinos de la nieve que caía.

—Nunca me metí en una casa ajena hasta ahora —declaró Sears—. ¿Cómo piensan entrar?

—Peter dijo que Jim Hardie rompió un vidrio de la puerta de los fondos. No hay más que meter la mano y hacer girar el picaporte.

—¿Y si los vemos? ¿Si están esperándonos?

—En tal caso trataremos de pelear mejor aún que el sargento York —dijo Ricky—. Se me ocurre... ¿Recuerda al sargento York, Don?

—No —repuso Don—. Ni siquiera recuerdo a Audie Murphy. Entremos —añadió y pisó el montículo dejado por la barredora. Tenía tan fría la frente ya que era como si le hubiesen pegado una plancha de metal sobre la piel. Cuando llegaron a la parte alta del montículo, Ricky y él tendieron las manos a Sears, quien tenía los brazos extendidos como un niño. Tiraron entonces de él y lograron subirlo. Sears parecía una ballena que pasa por una roca. Seguidamente los tres bajaron del montículo para hundirse en la nieve honda de Montgomery Street.

Les llegaba hasta las rodillas. Don advirtió que los dos hombres mayores esperaban que él los condujese. Se volvió, pues, y comenzó a avanzar por la calle hasta la casa de Anna Mostyn, tratando de pisar las huellas dejadas por un caminante anterior. Lo seguía Ricky, haciendo lo mismo, y por fin Sears, pisando la nieve blanda del costado, cerraba la marcha. El borde de su gabán negro se agitaba detrás de él como una cola.

Les llevó veinte minutos llegar a la casa. Cuando se encontraron delante del edificio, Don vio nuevamente que los dos hombres lo miraban y decidió que no se moverían a menos que él los obligase a hacerlo.

—Por lo menos hará menos frío adentro —comentó.

—La verdad es que detesto la idea de volver a entrar allí —dijo Ricky en voz baja.

—Ya lo dijiste —señaló Sears—. ¿Entramos por atrás, Don?

—Sí, rodeando el costado hasta la puerta de servicio.

Otra vez encabezó la pequeña procesión. Detrás de él, Ricky estornudaba al avanzar entre la nieve que le llegaba casi hasta la cintura. Como Jim Hardie y Peter Barnes, se detuvieron delante de una ventana lateral y miraron hacia el interior. Vieron sólo un cuarto vacío y a oscuras.

—Desierto —comentó Don y prosiguió la marcha hacia los fondos de la casa.

Encontró la ventana rota por Jim Hardie y en el momento en que Ricky se detenía junto a él en el escalón superior, metió una mano e hizo girar el picaporte de la puerta de la cocina. Jadeante, Sears se unió a ellos.

—Salgamos de esta nieve —dijo—. Estoy congelado. —Era una de las declaraciones más valerosas oídas por Don y debió responder a ella con igual coraje. Después de empujar la puerta, entró en la cocina de la casa de Anna Mostyn. Sears y Ricky lo siguieron muy de cerca.

—Bien, llegamos —dijo Ricky—. Pensar que han pasado cincuenta años, o poco menos... ¿Debemos separarnos?

—¿Te da miedo, Ricky? —preguntó Sears con tono impaciente, a la vez que se sacudía la nieve del abrigo—. Creeré en esos aparecidos sólo cuando los vea. Tú y

Don pueden revisar los cuartos de arriba y los que dan a los rellanos. Yo me ocuparé de esta planta baja y del sótano.

Y si las declaraciones anteriores habían sido actos de valor, ésta, pensó Don, era una demostración indudable de amistad: ninguno de ellos quería estar solo en la casa.

—Muy bien —dijo—. También yo me sorprenderé de que encontremos algo. Conviene empezar.

Sears marchó adelante cuando salieron de la cocina y entraron en el vestíbulo.

—Sigán —ordenó—. No me pasará nada. Así ahorraremos tiempo y cuanto más pronto terminemos esto, mejor. —Don estaba ya al pie de la escalera, pero Ricky miraba con aire de duda a Sears.

—Si ves algo, grita —dijo.

3

Don y Ricky Hawthorne quedaron solos en la escalera.

—No era así antes —dijo Ricky—. En lo más mínimo, le diré. Esta casa era entonces un lugar hermosísimo. Esos cuartos de la planta baja... y su dormitorio, allí, sobre el descansillo... Simplemente hermoso.

—También eran hermosos los cuartos de Alma —observó Don. Él y Ricky oían los pasos de Sears en el piso de madera del cuarto de la planta baja. Este ruido hizo que una expresión de alerta apareciese en la cara de Ricky.

—¿Qué pasa? —le preguntó Don.

—Nada.

—Cuénteme. Su expresión cambió completamente.

Ricky se ruborizó.

—Esta es la casa con la cual soñamos. Nuestras pesadillas tienen como marco esto. Pisos desnudos, cuartos vacíos... el ruido de algo que se mueve, como se mueve Sears en este momento en el piso de abajo. Es así como comienza la pesadilla. Cuando la tenemos, estamos en un dormitorio... allá. —Ricky señaló el final de la escalera—. En el piso alto—. Subió unos cuantos escalones—. Tengo que subir. Tengo que ver ese cuarto. Puede ser que... que sirva para hacer cesar la pesadilla.

—Lo acompañaré —dijo Don.

Cuando llegaron al descansillo, Ricky se detuvo bruscamente.

—¿No le dijo Peter que fue aquí donde...? —preguntó, señalando una mancha oscura en la pared.

—Donde Bate mató a Jim Hardie —Don tragó involuntariamente—. No nos detengamos aquí más de lo necesario.

—No me importa que nos separemos —se apresuró a decir Ricky—. ¿Por qué no revisa el antiguo dormitorio de Eva y los cuartos en el descansillo próximo, mientras yo paseo un poco por el piso alto? Será más rápido así. Si encuentro algo, lo llamaré. Yo también quiero alejarme de aquí... no puedo soportar estar en esta casa.

Don hizo un gesto comprensivo. Estaba enteramente de acuerdo con Ricky. Este siguió subiendo la escalera y Don llegó a un descansillo entre dos pisos y abrió la puerta del dormitorio de Eva Galli.

Vacío, desolado, luego los ruidos de una multitud invisible, pasos furtivos y susurros, crujido de papeles. Vacilante, Don dio un paso dentro del cuarto vacío. La puerta se cerró con un golpe a sus espaldas.

—¿Ricky? —preguntó. Sabía que su voz no era más alta que los susurros a sus espaldas. La luz escasa vacilaba y desde aquel momento no pudo distinguir ya las paredes y tuvo la sensación de estar en un cuarto mucho más vasto, cuyas paredes y cielo raso se habían expandido, dejándolo en un espacio psíquico del cual no podía librarse. Una boca helada apretada contra su oído le dijo, o bien él creyó haber oído, la palabra «Bienvenido». Al volverse para ver de dónde provenía el susurro, pensó, demasiado tarde, que sólo había imaginado la boca y la palabra de saludo. Su puño se agitó en el aire.

Como si quisiera castigarlo con un movimiento juguetón, alguien le hizo una zancadilla y cayó sobre las manos y las rodillas. Sus palmas rozaron una alfombrilla que poco a poco cobró color, azul marino, y de pronto advirtió que ahora volvía a ver. Al levantar la cabeza, vio a un hombre de pelo blanco con un *blazer* del color de la alfombra y pantalones de franela gris sobre unos mocasines lustrados como espejos, de pie frente a él. El *blazer* cubría un vientre de aspecto próspero. El hombre le sonrió con aire compasivo y le ofreció una mano. Detrás de él se movieron otros hombres. En seguida Don supo quién era.

—¿Tuvo un accidente, Don? —preguntó—. Vamos, tómese de mi mano. —El hombre lo ayudó a levantarse y prosiguió—: Me alegro de que pudiera llegar. Estábamos esperándolo.

—Sé quién es usted —dijo Don—. Usted es Robert Mobley.

—El mismo. Y usted leyó mis memorias. Aunque querría que se hubiese mostrado un poco más elogioso en cuanto a mi estilo. No importa, muchacho, no importa. No tiene por qué disculparse.

Don estaba mirando el cuarto con su piso de tablones largos y algo picados que terminaban en un pequeño escenario. No veía ninguna puerta y las paredes pálidas se elevaban a alturas que eran casi de catedral. Muy alto, unas lucecitas brillaban y parpadeaban. Bajo aquel cielo falso se movían cincuenta o sesenta personas, como en una fiesta. En un extremo del cuarto, donde habían instalado un pequeño bar, vio a Lewis Benedikt, con chaqueta de color oliva y con una botella de cerveza. Estaba conversando con un hombre vestido de gris, de mejillas hundidas y expresión trágica, seguramente el doctor John Jaffrey.

—Su hijo debe de estar aquí —dijo Don.

—¿Shelby? Desde luego. Ese es Shelby, allá —dijo, señalando a un muchacho de cerca de veinte años, que les sonrió—. Hemos venido todos para el espectáculo, que promete ser muy entretenido.

—Y ustedes estaban esperándome.

—La verdad es, Donald, que sin usted nada de esto podría haber sido organizado.

—Me voy de aquí.

—¿Irse de aquí? ¡Imposible, muchacho! Tendrá que dejar que el espectáculo se desarrolle, me temo... habrá notado ya que aquí no hay puertas. Y no hay nada que temer... nada aquí puede hacerle mal. Todo es una diversión, le diré... simples sombras e imágenes. Nada más.

—Váyase al infierno —le dijo Don—. Esto es una especie de charada urdida por ella. «Sí»

—¿Se refiere a Anna Monckton? No, no es más que una niña. No puede imaginar que...

Don se dirigía ya al costado del escenario.

—Es inútil, muchacho —lo llamó Mobley—. Tendrá que quedarse con nosotros hasta que todo haya terminado. —Don apretó las manos contra la pared, consciente de que todos en la habitación lo observaban. La pared estaba cubierta de un material pálido y aterciopelado, pero debajo de esta tela había algo frío y duro como el hierro. Levantó la vista hacia los puntos de luz parpadeante. Seguidamente golpeó la pared con la palma de la mano. No había nada, depresión, puerta disimulada, nada, salvo una superficie lisa y compacta.

Las luces invisibles se debilitaron, como las estrellas artificiales. Dos hombres lo asieron, uno de un brazo, el otro de un hombro y por la fuerza lo obligaron a volverse hacia el escenario en el cual brillaba un único foco. Iluminado por este foco había un tablero con dos anuncios. El primero rezaba:

PRODUCCIONES PATA DE CABRA DE PEYSER
TIENE EL ORGULLO DE PRESENTAR

Una mano apareció contra la luz y quitó este cartel.

UNAS BREVES PALABRAS DE NUESTRO ANUNCIADOR

El telón se levantó y dejó ver un televisor. Don creyó que no estaba encendido hasta que advirtió ciertos detalles en la pantalla blanca, el ladrillo rojo de una chimenea, la «nieve» que era nieve de verdad. En aquel instante la imagen adquirió vida para él.

Era una toma hecha desde un ángulo elevado sobre Montgomery Street, desde arriba de la casa de Anna Mostyn. Inmediatamente después de haber reconocido Don la escena, aparecieron los personajes. El, Sears James y Ricky Hawthorne avanzaban con trabajo por el centro de Montgomery Street. El y Ricky contemplaron la casa durante todo el tiempo que aparecieron en la pantalla, mientras Sears miraba hacia abajo como para dar deliberadamente cierto contraste a la toma. No había sonido y Don no podía recordar qué habían hablado entre ellos antes de avanzar hacia la casa. Tres rostros en primeros planos fugaces, con las cejas cubiertas de blanco. Parecían soldados que realizasen una operación de limpieza en alguna guerra del Artico. El rostro fatigado de Ricky era obviamente el de alguien muy resfriado.

Estaba sufriendo y esto resultó mucho más claro para Don ahora que cuando estaban fuera de la casa.

Luego apareció su acción de meter la mano por la ventana rota. Una cámara exterior siguió a los tres hombres dentro de la casa, a través de la cocina y del vestíbulo a oscuras. Se vio más conversación muda. Una tercera cámara captó a Don y a Ricky subiendo la escalera y a Ricky señalando la mancha de sangre. En el rostro civilizado de Ricky se advertía la expresión de dolor observada por Don. Se separaron y la cámara dejó a Don en el momento en que empujaba la puerta del dormitorio de Anna Mostyn.

Lleno de aprensión, Don contemplaba la cámara que seguía a Ricky al piso alto. Un corte y pase al final del corredor vacío. Ricky visto en silueta al pasar por un descansillo y subiendo después al piso superior. Otro corte. Ricky llegando al piso superior, probando la primera puerta y entrando en el cuarto.

Ahora, el interior de éste. Ricky traspuso la puerta mientras la cámara lo acechaba como un atacante escondido. Ricky respirando con afán, mirando el cuarto con la boca abierta y ojos llenos de asombro. Era, entonces, el cuarto de la pesadilla, tal como lo había imaginado. La cámara comenzó a acercarse a Hawthorne con sigilo. Y entonces, la cámara, o bien el ser que representaba, dio un salto.

Dos manos aferraron el cuello de Ricky, asfixiándolo. Ricky luchó, empujando las manos del asesino, pero era demasiado débil para romper estas tenazas. Las manos apretaron y Ricky comenzó a morir, no con limpieza, como en los programas de televisión que imitaba este «aviso comercial», sino mal, con ojos desorbitados y lacrimosos y lengua sangrante. La espalda se le arqueó, brotaron líquidos de sus ojos y su nariz, el rostro se le ennegreció.

Peter Barnes dijo que tienen el poder de hacernos ver cosas, pensó Don, y es lo que hacen ahora...

Ricky Hawthorne murió delante de él, en colores y en una pantalla de veinte pulgadas.

4

Ricky se obligó a sí mismo a abrir la puerta del primero de los dormitorios del piso superior de la casa. Habría deseado estar en casa con Stella. Su mujer había quedado muy trastornada por la muerte de Lewis, a pesar de no conocer la historia de Peter Barnes.

«Quizás era aquí donde terminaba todo, pensó, y atravesó el cuarto. Y luego se ordenó permanecer quieto. Hasta el aire en el interior de su cuerpo tenía impulsos de huir. Era el cuarto del sueño y cada uno de sus átomos parecía estar impregnado de la desdicha de la Chowder Society. Ahí cada uno de ellos había sufrido sudores fríos y una parálisis de terror. En esa cama, que era en ese momento sólo un colchón cubierto por una manta gris, cada uno de ellos había luchado inútilmente por moverse. En la prisión de aquella maldita cama habían esperado todos el fin de su vida. El cuarto representaba solamente la muerte. Era emblema de la muerte y aquella lóbreguez desnuda y helada era su imagen.

Recordó que Sears estaba, o bien estaría pronto en el sótano. Pero no había bestia del sótano, tal como no había un Ricky Hawthorne cubierto de sudor y prisionero en la cama. Se volvió muy despacio, y contempló todo el cuarto.

En una pared lateral colgaba la única anomalía, un espejito.

(Espejito, espejito en la pared, dime... ¿quién es el más temeroso de todos?)

(Yo, no, dijo la gallinita roja.)

Ricky rodeó la cama para acercarse al espejo. Ubicado frente a la ventana, reflejaba un sector blanco del cielo. Unos copos diminutos de nieve caían sobre su superficie y desaparecían en la parte inferior del marco.

Al acercarse Ricky un poco más, un susurro de brisa le acarició la mejilla. Se inclinó y unos pocos copos de nieve ligeros y sueltos se esparcieron para tocarle el rostro.

Cometió el error de mirar directamente en lo que imaginó confusamente que era, sin duda, una ventanita abierta a la intemperie.

Delante de él apareció una cara, una cara conocida, desencajada, perdida. Entonces vio a Elmer Scales avanzando con torpeza entre la nieve y con una escopeta en la mano. Como la primera aparición, el ranchero tenía el rostro salpicado de sangre. El rostro de orejas salientes estaba cadavérico, con la piel tensa sobre los huesos, pero en esta flacura desafiante de Scales había algo que hizo pensar a Ricky que *había visto algo hermoso... Elmer siempre había aspirado a ver algo hermoso*. Esto se elevó como una burbuja en la mente de Ricky y se quebró. Elmer gritaba frente a la furiosa tormenta y esgrimía su escopeta para disparar contra una forma diminuta hasta que la derribó en medio de un charco de sangre...

Luego Elmer y su pequeño blanco desaparecieron y se encontró contemplando la espalda de Lewis. Una mujer desnuda estaba delante de Lewis y pronunciaba palabras inaudibles. *Escrituras*, pudo leer y luego *¿Lees las Escrituras en la laguna. Lewis?* La mujer no estaba viva, ni tampoco era hermosa, pero Ricky advirtió los rasgos de un deseo renovado en el rostro muerto y vio que estaba contemplando a la mujer de Lewis. Trató de retroceder para huir de la visión, pero descubrió que no podía moverse.

En el momento en que la mujer se aproximó a Lewis hasta fundirse ambas figuras en formas irreconocibles, Ricky vio a Peter Barnes agazapado en un rincón de la tormenta. No, en un edificio, un edificio que le era familiar, pero que no reconocía. Un rincón conocido desde hacía mucho tiempo, una alfombra gastada, una pared curvada de color crema con una luz débil en un candelabro de pared... un hombre como un lobo estaba inclinado sobre el aterrado Peter Barnes, sonriéndole con dientes afilados y salientes. Esta vez no hubo esfumado, caída de nieve que ocultase a Ricky Hawthorne el horroroso espectáculo: la criatura se inclinó sobre un Peter Barnes acurrucado de miedo, lo levantó en vilo y como un león cuando mata a una gacela, le quebró el espinazo. Y como un león, mordió la piel del muchacho y comenzó a comer.

Sears James había inspeccionado los cuartos del frente de la casa sin encontrar nada. Y lo más probable, según creía, era que no encontrasen nada en todo el resto. Una escalera vacía no justificaba mover un solo pie fuera de la puerta de la propia casa con un tiempo como éste. Volvió al vestíbulo, oyó a Don caminar de un lado a otro en un dormitorio al final de la escalera y por último hizo una rápida inspección de la cocina. Pisadas húmedas, las de ellos, sobre el piso sucio. Un solitario vaso de agua muy empañado estaba en un rincón cubierto de polvo. Una piletta vacía, estanterías vacías. Sears se frotó las manos y volvió al vestíbulo sumido en la oscuridad.

Ahora Don estaba golpeando las paredes en el piso alto, buscando un panel disimulado, pensó Sears, agitando la cabeza. Que los tres estuviesen aún con vida y vagando por esa casa era prueba para él de que Eva se había ido sin dejar nada detrás.

Abrió la puerta que bajaba al sótano. Los escalones de madera llevaban a unas tinieblas totales. Sears apretó el botón de la luz y se encendió una lamparilla arriba del hueco de la escalera. La luz reveló escalones y un piso de cemento debajo, pero el piso parecía extenderse sólo dos metros o dos metros y medio más allá del pie de la escalera. Aparentemente la única luz allí era la que acababa de encender, lo cual significaba, para Sears, que nunca se había usado ese sótano. Los Robinson nunca habían transformado ese sótano en un cuarto familiar o de juegos para los chicos.

Bajó unos pocos escalones y escudriñó la oscuridad. Lo que pudo distinguir le recordaba cualquier otro sótano de Milburn. Se extendía por toda la casa, tenía algo más de dos metros de altura y paredes de bloques de cemento pintado. La antigua caldera estaba ubicada junto a la pared, en el extremo más alejado, y proyectaba la sombra de muchos brazos fantásticos que se entrecruzaban y se fundían en las tinieblas.

A un lado se levantaba el cilindro alto del agua caliente y a un costado dos piletas de hierro desconectadas de dicho cilindro.

Sears oyó un golpe sordo arriba y le dio un vuelco el corazón. Estaba muchísimo más nervioso de lo que se hallaba dispuesto a admitir. Inclinando la cabeza en la dirección de la parte superior de la escalera, escuchó atentamente para determinar si se producían otros ruidos o señales de dificultad, pero no los oyó. Probablemente había sido el golpe de una puerta al cerrarse.

Baja y juega en la oscuridad, Sears.

Sears bajó un escalón más y vio su sombra gigantesca avanzando por el piso de cemento. *Ven, Sears.*

No oyó las palabras habladas dentro de su mente, ni vio imágenes o cuadros. Pero acababa de recibir una orden y siguió a su sombra abultada hasta llegar al piso de cemento.

Ven a ver los juguetes que te dejé.

Al llegar al piso de cemento experimentó una morbosa sensación de placer que no le era propia.

Se volvió totalmente, temeroso de que algo estuviese por atacarlo desde la base de la escalera de madera. La luz formaba rayas sobre el cemento y entraba entre los

escalones de madera. No había nada allí. Tendría que alejarse de la protección de la luz y revisar los rincones del sótano.

Avanzó, deseando intensamente al mismo tiempo haber traído también él un cuchillo, y su sombra desapareció en la oscuridad. Y entonces todas sus dudas se disiparon.

—¡Dios mío! —exclamó.

John Jaffrey avanzaba hacia la luz tenue reflejada junto a la caldera.

—Sears, mi viejo amigo —le dijo. Hablaba con voz opaca—. Gracias al cielo que viniste. Me dijeron que vendrías, pero no sabía que... quiero decir que... —John movió la cabeza— ..., todo ha estado tan *confuso*.

—No te me acerques —le dijo Sears.

—Vi a Milly —dijo John—. Y sabes... Milly no me deja entrar en la casa. Pero se lo advertí... Quiero decir, que le dije que te advierta... y que advierta a los otros. Acerca de algo. No recuerdo qué ahora. —John levantó el rostro hundido y su boca dibujó una sonrisa melancólica—. Fui más allá. ¿No es lo que te dijo Fenny? ¿En tu historia? Ni más ni menos. Fui más allá y ahora Milly... Milly no quiere abrir... aaah —dijo, llevándose una mano a la frente—. Ah, es sencillamente horrible, Sears. ¿No puedes ayudarme?

Sears retrocedió unos pasos, sin poder hablar.

—Por favor. Qué extraño. Aquí otra vez, en esta casa. Me hicieron venir aquí... esperarte. Por favor, ayúdame, Sears. Gracias a Dios que viniste.

Jaffrey avanzó tambaleante hacia la luz y Sears vio el fino polvo que le cubría la cara y las manos extendidas y los pies descalzos. Avanzaba en un círculo penoso, senil, y tenía los ojos cubiertos también, en apariencia, de una mezcla de polvo y lágrimas secas... todo lo cual indicaba un dolor mucho mayor que sus palabras confusas y su marcha vacilante. Y Sears, que recordaba la historia de Peter Barnes sobre Lewis, por fin sintió más lástima que temor.

—Sí, John —dijo y el doctor Jaffrey, quien aparentemente no veía con la luz de la lamparilla desnuda, se volvió en la dirección de su voz.

Sears avanzó para tocar la mano extendida del doctor Jaffrey. En el último segundo cerró los ojos. La sensación de cosquilleo pasó por sus dedos y avanzó hasta la mitad de su brazo. Cuando abrió los ojos, John no estaba ya allí.

Volvió de prisa a la escalera y se golpeó las costillas. *Juguetes*. Maquinalmente comenzó a frotarse la mano contra la chaqueta. ¿Encontraría otras criaturas vacilantes y atontadas como John?

No, no, no era eso lo que tendría que hacer. Muy pronto Sears descubrió la razón del nombre plural. Al alejarse de la luz en dirección a la caldera vio un montón de ropa apilada junto a la pared más alejada. Una pila de botas viejas y de trapos. Le recordaron en forma alarmante los cuerpos lanudos de las ovejas en la finca de Elmer Scales. Tuvo deseos de volverse: todas las cosas realmente malas habían comenzado allá, con Ricky congelándose en la colina fría y blanca. Vio una mano flácida, un mechón de pelo rubio. Entonces reconoció uno de los trapos como el abrigo de Christina Barnes. Estaba estirado, casi vacío, cubriendo un segundo cuerpo aplanado

y vaciado, rodeando algo gris y hueco que terminaba en pelo rubio y que era el cuerpo de Christina.

Instintivamente el grito escapó de él, llamando a los otros dos. Y luego Sears se obligó a sí mismo a dominarse y fue al pie de la escalera para repetir desde allí metódica, fuerte, osadamente los nombres de ellos.

6

—De modo que ustedes tres los encontraron —dijo Hardesty—. Debo decirles que parecen bastante impresionados. —Sears y Ricky estaban sentados en un sofá de la casa de John Jaffrey y Don en una silla al lado de ellos. El *sheriff*, vestido aún con abrigo corto y cubierto con su sombrero, estaba apoyado en la repisa de la chimenea, tratando de disimular el hecho de que estaba sumamente enojado. Las huellas de sus pies mojados sobre la alfombra, motivo de evidente irritación para Milly Sheehan hasta que Hardesty le ordenó retirarse de la habitación, mostraban una senda curvada de talones firmes y puntas cuadradas.

—Usted también —dijo Sears.

—Sí. Es bien posible. Nunca vi nada que se pareciese a los cadáveres de esos dos. Ni siquiera Freddy Robinson se veía así. ¿Alguna vez vio cadáveres como éstos, Sears James? ¿Eh?

Sears hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Usted lo ha dicho. Nadie vio cadáveres como éstos. Y yo tengo que guardarlos en mi cárcel hasta que pueda llegar la fiambra hasta aquí. Y yo soy el pobre infeliz que tiene que llevar a la señora Hardie y al señor Barnes a que vean esas cosas monstruosas y las identifiquen. A menos que usted prefiera hacerlo en mi nombre, ¿eh, señor James?

—Es su trabajo, Walt —señaló Sears.

—Mierda. Mi trabajo, ¿eh? Mi trabajo es establecer quién hizo eso, mientras ustedes dos, viejos búhos, se quedan sentados allí, ¿no? Supongo que los descubrieron por casualidad. Por casualidad se metieron en esa casa particular, por casualidad estaban dando un paseo en un día estupendo como éste, supongo, y se les antojó meterse en una casa... Jesús, tendría que encerrarlos a los tres en la misma celda con los tres cadáveres. Y con los pedazos de Lewis Benedikt y el negro ése, de Souza, y del chico Griffen que se murió congelado porque sus padres *hippies* eran demasiado pobres para ponerle una estufa en el cuarto. ¡Qué diablos! Eso es lo que tendría que hacer.

Hardesty no podía ya ocultar su furia y después de escupir en el fuego dio un puntapié a la mampara protectora.

—Jesús, tengo que vivir en esa cárcel maldita y en serio, debería llevarlos a ustedes allá para ver si les gusta o no.

—Cálmese, Walt —le dijo Sears.

—Claro. Por Dios, que si no fueran ambos un par de abogados decrepitos con la dentadura en la mano, me los llevaría.

—Lo digo seriamente, Walt —insistió Sears con serenidad—. Si deja de insultarnos por un momento, le diremos quién mató a Jim Hardie ya la señora Barnes. Y a Lewis.

—Me lo dirán, ¿eh? Qué bien. Supongo que no tengo que sacar las mangueras y hacerlos cantar, entonces.

Reinó el silencio un instante y luego Hardesty dijo:

—¿Y...? Todavía no me he ido.

—Fue la mujer que se hace llamar Anna Mostyn.

—Qué bien. Fantástico. Muy bien. Anna Mostyn. Claro, fue en su casa, de modo que fue ella. Buen trabajo. Y ahora veamos. ¿Qué hizo? ¿Se los chupó hasta dejarlos secos, como los perros salvajes cuando encuentran un huevo? ¿Y quién los inmovilizó? No conozco a ninguna mujer que pudiese haberse entendido con ese loco de chico Hardie por sí sola. ¿O sí?

—La ayudaron —dijo Sears—. Fue un hombre que dice llamarse Gregory Bate, o Benton. Y ahora, quédese quieto un poco, Walt, porque ahora viene la parte difícil. Bate murió hace casi cincuenta años. Y Anna Mostyn...

Sears calló. Hardesty había cerrado los ojos con aire de sufrimiento. Ricky decidió proseguir.

—*Sheriff*, en cierto modo usted tuvo razón desde el principio. ¿Recuerda cuando miramos las ovejas de Elmer Scales? ¿Y usted nos habló de otros incidentes, gran número de ellos ocurridos en la década de 1960?

Los ojos enrojecidos de Hardesty se abrieron de pronto.

—Se trata de lo mismo —dijo Ricky—, Es decir, creemos que probablemente se trata de lo mismo. Sucede que aquí, no obstante, están matando gente.

—Entonces, ¿qué es esta Anna Mostyn? —preguntó Hardesty, con el cuerpo rígido—. ¿Fantasma? ¿Vampiro?

—Algo por el estilo —repuso Sears—. Alguien que cambia de forma, pero lo que dijo usted sirve para describirla.

—¿Dónde está ahora?

—Es por eso que fuimos a su casa. Para ver si podíamos descubrir algo. —Y eso es lo que van a decirme. Y nada más.

—No hay nada más —manifestó Sears.

—Me pregunto si alguien es capaz de mentir como un abogado centenario —dijo Hardesty y escupió otra vez hacia el fuego—. Bien, ahora les diré una cosa. Pienso sacar un comunicado sobre esta Anna Mostyn y no haré nada más. Es todo lo que pienso hacer. Por lo que a mí se refiere, ustedes dos, viejos lechuzones, y este muchacho pueden pasar el resto del invierno cazando fantasmas. Están locos, a mi juicio, mal de la cabeza. Y si atrapo a un *asesino* que bebe cerveza y come hamburguesas y saca a sus chicos a pasear en auto los domingos, pienso llamarlos y reírme de ustedes en sus mismas narices. Y cuidaré que nadie de la gente de aquí deje de reír cada vez que se hable de ustedes. ¿Me comprendieron bien?

—No nos grite, Walt —le dijo Sears—. Estoy seguro de que comprendimos perfectamente. Y comprendemos una cosa más.

—¿Qué demonios es?

—Que usted está asustado, *sheriff*. Pero tiene mucha compañía en esto.

Conversación con G

7

—¿Eres realmente marinero, G?

—Mmm.

—¿Viajaste por muchos lugares?

—Sí.

—¿Cómo puede ser que permanezcas tanto tiempo en Milburn? ¿No tienes barco al cual volver?

—Licencia de tierra.

—¿Por qué nunca quieres hacer nada, salvo ir al cine?

—Por nada.

—Pues a mí me agrada estar contigo.

—Mmm.

—Pero, ¿por qué no te quitas nunca los anteojos?

—Por nada.

—Un día de éstos te los quitaré.

—Más adelante.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Conversación con Stella

8

—Ricky, ¿qué está sucediéndonos? ¿Qué le está sucediendo a Milburn?

—Algo terrible. No quiero decírtelo ahora. Habrá tiempo de sobra cuando todo haya terminado.

—Me asustas.

—Yo también estoy asustado.

—Yo estoy asustada porque tú lo estás. —Por unos instantes, los Hawthorne se quedaron abrazados el uno al otro.

—Sabes quién mató a Lewis, ¿no?

—Creo que sí.

—Pues yo descubrí algo asombroso en cuanto a mí misma. Soy capaz de ser cobarde. Así que no me lo digas. Sé que te lo pregunté, pero no me lo digas. Sólo quiero saber cómo terminará esto.

—Sears y yo haremos que termine. Con ayuda del muchacho Wanderley.

—¿Él *puede* ayudarte?

—Puede. Nos ayudó ya.

—Si sólo terminasen estas nevadas terribles.
—Sí. Pero no cesarán.
—Ricky, ¿te he causado muchos malos momentos? —Stella se apoyó en un codo para mirar a Ricky a los ojos.
—Peores que los que dan la mayoría de las mujeres —dijo Ricky—, pero pocas veces deseé yo a otras mujeres.
—Siento haberte causado dolor. Ricky, nunca quise a otro hombre tanto como te he querido a ti. A pesar de mis aventuras. Sabes que todo eso ha terminado, ¿no?
—Lo adivinaba.
—Era un hombre espantoso. Estaba en mi auto y de pronto caí en la cuenta de cuánto mejor eres tú que él. Y entonces lo obligué a bajar. —Stella sonrió—. Y me gritó. Según parece, *soy* una perra.
—No hay duda de que lo eres, a veces.
—A veces. ¿Sabes, Ricky? Tiene que haber encontrado el cuerpo de Lewis casi inmediatamente después.
—Ah. Me preguntaba qué estaba haciendo allá.
Silencio. Ricky retenía un hombro de su mujer, consciente de aquel perfil junto a él que no envejecía nunca. Si ella no hubiese sido como era, ¿podría haberlo soportado todo durante tanto tiempo? Pero si ella no hubiese sido como era, no habría sido Stella. Eran conjeturas descabelladas.
—Dime una cosa, mi amor —le dijo Stella en voz baja—. ¿Quién era esa otra mujer a quien deseaste?
Ricky se echó a reír. Por unos momentos, al menos, rieron los dos

9

Días inmóviles. Milburn yacía congelada bajo la nieve cada vez más espesa. Los propietarios de garajes descolgaron sus aparatos telefónicos, ya que sabían que contaban ya con bastante trabajo en despejar la nieve de su clientela habitual. Omar Norris llevaba una botella en cada uno de sus hondos bolsillos y arremetió con la barredora municipal contra los automóviles estacionados el doble de veces que de costumbre. Cumplía un triple horario y a menudo pasaba por las mismas calles dos o tres veces por día, y había días, cuando volvía al garaje municipal, que estaba tan borracho que se conformaba con dejarse caer en un catre en la oficina del capataz en lugar de volver a su casa. En los fondos de la sala de redacción había paquetes atados aún de ejemplares del diario «El Ciudadano». Los canillitas no podían llegar a los puntos de distribución. Por fin Ned Rowles clausuró el diario por una semana y mandó a todo el mundo a su casa con una bonificación para Navidad.

—Con este tiempo —dijo a su personal— no sucederá nada, excepto más mal tiempo. Que tengan todos ustedes una feliz Navidad.

Pero aun en una ciudad inmovilizada, suceden cosas. Docenas de automóviles salieron de las carreteras a las banquetas y permanecieron días con la nariz enterrada en la nieve, sepultados bajo nuevas moles. Walter Barnes pasaba horas en su cuarto de televisión, acariciando una serie de vasos llenos de bebida y contemplaba una

sucesión interminable de programas de competencias con premios, sin poner el sonido. Peter preparaba sus comidas.

—He podido comprender muchísimas cosas —dijo Barnes a su hijo—, pero la pura verdad es que no puedo comprender *eso*. —Y volvió a beber sin interrupción, mudo.

Un viernes por la noche, Clark Mulligan colocó el primer rollo de *Noche de los muertos vivientes* en el proyector para exhibir la película en la sección de mediodía del sábado, apagó todas las luces, sacudió el cerrojo roto de la salida de emergencia y después de haber decidido no preocuparse más por él, salió en medio de la tormenta, para descubrir el cadáver de Penny Draeger cubierto a medias de nieve junto a un automóvil abandonado. Le palmeó vivamente la cara y le frotó las muñecas, pero nada de lo que hizo logró devolver el aliento a esa garganta ni cambiar la expresión de ese rostro. Por fin G le había permitido que le quitase los anteojos oscuros.

Y, finalmente, también Elmer Scales encontró a su marciano.

10

Sucedió el día antes de Navidad. La fecha no significaba nada para Elmer. Hacía semanas que cumplía sus tareas habituales en una furia ciega de impaciencia, golpeando a sus hijos cuando se acercaban mucho y dejando toda la organización de los festejos de Navidad a su mujer. Ella compró los regalos y levantó el árbol, después de haber renunciado a lograr nada con Elmer, hasta que él comprendiese que lo que esperaba noche tras noche no existía y nunca se quedaría en las inmediaciones, de haber existido, para que lo matasen. En Nochebuena la señora Scales y los niños se acostaron temprano y dejaron a Elmer sentado con su escopeta sobre las rodillas y su papel y lápiz sobre la mesa a su derecha.

La silla de Elmer estaba frente a la gran ventana y con las luces apagadas, le era posible ver hasta el establo, el cual formaba una gran silueta en la oscuridad. Salvo en los lugares en que había retirado la nieve con una pala, ésta llegaba casi hasta la cintura y bastaba para entorpecer la marcha de cualquier criatura que estuviese merodeando detrás de sus animales. Elmer no necesitaba luz para garabatear las líneas que se le ocurrían al azar. Ni siquiera le era necesario ahora mirar el papel. Podía escribir sin dejar de mirar con atención por la ventana.

*Los veranos los árboles eran altos como para deslizarse
y luego
Dios Dios el campo es trabajo de mula
y
Algo no una ardilla rascando bajo el alero*

frases que estaba seguro de que no servirían para nada, no eran poesía, eran un disparate, pero tenía que escribirlas simplemente porque se ocurrían. A veces se les agregaban otras frases, parte de una conversación que sostenía alguien con su padre

y también escribía algunos de estos fragmentos: *Warren. ¿Puedes prestarnos tu auto? Te prometemos traértelo bien pronto. Bien pronto. Tenemos un trabajo urgente.*

A veces le parecía que su padre estaba allí con él en el cuarto a oscuras, tratando de explicarle algo relacionado con los viejos caballos de tiro que por fin reemplazó por un tractor John Deere, tratando de decirle que aquéllos eran buenos caballos, «hay que cuidarlos, hijo, nos sirvieron muy bien. Esos cinco chicos que tienes podrían divertirse mucho con esos buenos caballos viejos...» ¡caballos muertos hacía veinticinco años...! tratando de decirle algo sobre ese automóvil. «*Cuidado con esos dos abogaditos, hijo, me rompieron el auto y desapareció, lo hundieron en un pantano o algo por el estilo, me pagaron en efectivo pero no hay que confiar en chicos como éstos, por ricos que sean sus papás...*» la voz vieja y cascada le llegaba como si su padre viviese aún. Elmer escribía todo y se le mezclaba con la poesía que no era poesía.

Entonces vio una silueta que se deslizaba hacia la ventana, que se aproximaba entre la nieve y la noche con ojos relucientes. Elmer dejó caer el lápiz y levantó la escopeta, disparando casi ambos caños a través de la ventana antes de que advirtiese que la criatura no huía... sino que sabía que él estaba allí y se acercaba para atacarlo.

Elmer dio un puntapié a la silla y se levantó. Palpándose los bolsillos para estar seguro de que tenía más balas, levantó la escopeta y apuntó, esperando que el objeto se cercase lo suficiente para poder él reconocerlo.

A medida que el objeto avanzaba, Elmer comenzó a dudar. Si sabía que él esperaba allí, pronto a dispararle hasta que diese casi en el establo, ¿por qué no huía? Amartilló el arma. La cosa venía por la senda, entre dos grandes montículos de nieve y por fin Elmer vio que era mucho más baja de lo que había visto antes.

Luego salió de la senda y se aproximó por la nieve hasta apretar la cara contra la ventana. Y entonces Elmer vio que era un niño.

Elmer bajó la escopeta, sin poder moverse a causa de su confusión. No podía matar a un niño. El rostro detrás de la ventana lo miraba con expresión de gran ansiedad. Era el rostro de la desdicha, de toda la infelicidad humana concebible. Con esos ojos amarillos, le suplicaba que saliera, que lo socorriera. Elmer fue hacia la puerta, oyendo siempre la voz de su padre a sus espaldas. Se detuvo con la mano en el picaporte y con la escopeta baja en la otra mano y por fin abrió la puerta.

Un aire glacial y una nieve como polvo le golpearon la cara. El niño estaba parado en la senda, con el rostro oculto. Alguien dijo:

—Gracias, señor Scales.

Elmer volvió la cabeza y vio al hombre alto de pie sobre un montículo a su izquierda. Allá, en equilibrio sobre la nieve, como una pluma, sonriendo con suavidad al ranchero. Tenía un rostro de color marfil y ojos que parecían un conjunto vibrante de... así le pareció a Elmer... cien tonos de oro.

Era el hombre más hermoso que hubiese visto jamás Elmer y Elmer sabía que no podría matarlo aunque estuviera delante de él durante diez años con su escopeta cargada y amartillada.

—Usted... mire... yo... —logró decir.

—Precisamente, señor Scales —dijo el hermoso hombre y sin el menor esfuerzo saltó desde el montículo de nieve a la senda. Cuando se encontró delante de Elmer, los ojos parecían brillarle de sabiduría.

—Usted no es un marciano —observó Elmer. Ni siquiera sentía ya el frío.

—No, desde luego que no. Soy parte de *ti*, Elmer. Lo ves bien, ¿no?

Elmer asintió con un gesto mudo.

El hermoso ser apoyó una mano en el hombro de Elmer.

—Vine aquí para hablar contigo sobre tu familia. Tú querías venir con nosotros, ¿no, Elmer?

Elmer volvió a asentir con la cabeza.

—En tal caso, hay unos cuantos detalles que hay que resolver. En este momento te encuentras un poco... ¿trabado, quizá? No puedes imaginar el daño que te ha hecho la gente que te rodea, Elmer. Temo que hay cosas referentes a ellos que tienes que saber.

—Dime —dijo Elmer.

—Con mucho gusto. Y luego, sabrás lo que tienes que hacer, ¿no?

Elmer parpadeó.

11

Unas horas más tarde esa Nochebuena, Walt Hardesty despertó en su oficina y advirtió que el ala de su sombrero ancho ostentaba una nueva mancha... seguramente había volcado un vaso al quedarse dormido con la cabeza apoyada en el escritorio y la pequeña cantidad de whisky que quedaba en el vaso le había empapado el sombrero de fieltro.

—Estúpidos —dijo al pensar en su personal y luego recordó que su personal se había retirado horas antes y no volvería en los próximos dos días. Levantó el vaso y parpadeó, mirando a su alrededor. La luz de su ordenada oficina le molestaba, pero al mismo tiempo era de una extraña palidez, débil y a la vez rosada, como en la mañana de una primavera de Kansas cuarenta años atrás. Tosió y se frotó los ojos. Se sentía un poco como el individuo aquel del cuento que se quedó dormido un día y despertó con el pelo blanco y una larga barba, con unos cien años más encima—. Rip Van Mierda —musitó, furioso y luego luchó unos instantes por arrancarse las flemas de la garganta. Después trató de quitar la mancha del sombrero frotando el ala contra su manga, pero la mancha, a pesar de estar todavía húmeda, no salía ya. Se levantó el sombrero hacia la nariz. La marca del whisky. *Bien, qué diablos...* pensó y chupó la mancha de color café. Pelusa, polvo, un leve gusto a whisky, todo le entró en la boca junto con el ingrato sabor del fieltro mojado.

Se acercó al lavatorio que había en la oficina, se enjuagó la boca y se inclinó para mirarse al espejo. Allí estaba, realmente, Rip Van Mierda en persona, famoso chupador de sombreros, espectáculo que distaba mucho de agradarle. Estaba por volverse cuando por fin advirtió que detrás de él y a su izquierda, apenas visible sobre su hombro, la puerta a las celdas usadas como depósitos estaba abierta de par en par.

Y eso era imposible. Abría aquella puerta sólo cuando León Churchill o algún otro de sus ayudantes llegaba con otro cadáver que esperaba ser enviado a la morgue del Condado... el último había sido el de Penny Draeger, con el largo pelo negro, sedoso y sucio y mezclado con tierra y nieve. Hardesty había perdido la noción del tiempo desde que descubrió los cuerpos de Jim Hardie y de la señora Barnes y desde el comienzo de las intensas nevadas, pero creía que Penny Draeger había ingresado por lo menos hacía dos días... y esa puerta había permanecido cerrada desde entonces. Pero en ese momento estaba abierta... abierta de par en par... como si uno de esos cuerpos hubiese salido por ella caminando, lo hubiese visto dormido con la cabeza apoyada en la mejilla y vuelto otra vez a su celda y a su sábana.

Pasó delante de la hilera de archivos y de su arruinado escritorio hacia la puerta, la movió una y otra vez por un momento, con aire pensativo y luego pasó hacia el corredor donde estaban las celdas. Había en él una alta puerta metálica que no había tocado después de dejar en la celda el cuerpo de la muchacha Draeger y también estaba sin el cerrojo echado.

—Jesús! —murmuró Hardesty. Sus hombres tenían llaves de la primera puerta, pero sólo él tenía la de ésta y ni siquiera había mirado la puerta metálica en dos días. Tomó por lo tanto la llave del gran llavero que llevaba colgado cerca de la pistolera, la introdujo en la cerradura y en seguida oyó cerrarse el mecanismo, haciendo correr el cerrojo. Contempló la llave un segundo, como si quisiese ver si era capaz de abrir la puerta por sí sola y luego hizo la prueba de abrirla él. La tarea fue difícil como siempre, pues era necesario empujar mucho la llave antes de que girase. Comenzó entonces a abrir la puerta muy despacio, casi temeroso de mirar las celdas detrás de ella.

Recordó la historia de locos relatada por Sears James y Ricky Hawthorne, algo que parecía salido de las películas de horror de Clark Mulligan. Aquello era una cortina de humo para ocultar lo que realmente sabían, algo que solamente un loco podría haber creído. Si hubiesen sido más jóvenes, les habría dado unos cuantos golpes. Se burlaban de él, le ocultaban algo. Si no fuesen abogados...

Oyó un ruido en el interior de las celdas.

De un golpe abrió la puerta y entró en el angosto pasaje entre las sucias celdas. Aun en la oscuridad, el aire parecía saturado de una luz sucia y rosada, brumosa y apenas perceptible. Los cuerpos estaban debajo de sus sábanas, como momias en un museo. No podía haber oído ruido alguno, no era posible. A menos que hubiese oído crujir la cárcel misma.

Descubrió que estaba asustado y se odió por estarlo. Ni siquiera sabía ya quiénes eran la mayoría de ellos, eran tantos, tantos cuerpos cubiertos por sábanas... pero sabía que los cadáveres de la primera celda a su derecha eran los de Jim Hardie y de la señora Barnes, y esos dos nunca volverían a hacer el más mínimo ruido.

Miró en el interior de esa celda a través de las barras. Los cuerpos estaban en el piso de cemento, bajo la cama contra la pared del fondo. Dos formas blancas e inmóviles. No había nada extraño allí. *Espera un poco*, pensó, tratando de recordar el día en que los había dejado en la celda. ¿No había puesto a la señora Barnes sobre la cama? Estaba casi seguro... miró con gran atención los dos bultos. *Espera, espera un*

poco, pensó y aun en medio del frío que reinaba en esas celdas sin calefacción comenzó a sudar. Un paquetito blanco que no podía ser otra cosa que el niño de los Griffen —muerto de frío en su propia cuna— estaba sobre la cama. *No, espera un segundo*, se repitió, *esto no puede ser*. Había puesto al bebé de Griffen con de Souza, en una celda en el lado opuesto del pasaje.

Lo que tenía ganas de hacer era cerrar otra vez todas las puertas y abrir una botella nueva —*salir de este lugar ahora mismo*—, pero no obstante ello, empujó la puerta de la celda y entró. Tenía que haber una explicación: uno de los hombres había vuelto aquí y redistribuido los cadáveres para hacer un poco más de lugar... pero esto tampoco podía ser, pues en ningún momento volvió aquí ninguno de ellos... vio el pelo rubio de Christina Barnes asomando por debajo del borde de su sábana. Un segundo antes la sábana había estado bien metida alrededor de la cabeza.

Retrocedió unos pasos hacia la puerta de la celda. Le era absolutamente imposible permanecer tan cerca del cadáver de Christina Barnes. Cuando llegó al umbral, miró con los ojos muy abiertos los otros cadáveres. Todos le parecieron sutilmente diferentes, como si se hubiesen movido uno o dos centímetros, girando sobre sí mismos, o cruzando las piernas mientras les daba la espalda. Se quedó en la entrada de la celda, con una sensación ingrata de estar de espaldas a todos esos cadáveres, pero sin poder dejar de mirar a Christina Barnes. Le pareció que algo más de su pelo aparecía ahora como espuma por debajo de la sábana.

Cuando miró el paquetito sobre la cama el estómago le dio un vuelco y sintió que se ahogaba. Como si el niño se hubiese arrastrado dentro de su envoltura blanca, la coronilla de su cráneo sin pelo aparecía ahora por una abertura de la sábana, en una grotesca parodia del nacimiento.

Hardesty dio un salto atrás y se encontró en el oscuro corredor. Aunque no los veía moverse, tenía esa sensación, incontrolable, llena de pánico, de que todos los cuerpos en las celdas estaban en movimiento, de que si se quedaba un segundo más allí, en la oscuridad, todos se colocarían en forma de señalarlo como las agujas de una docena de Imanes.

De una celda al final del pasaje, que estaba vacía, estaba seguro de ello, le llegó un ruido seco, áspero, sin voz. Una risa ahogada. Este vacío ruido de hilaridad se desplegó en su mente más como una idea que como sonido. Nervioso, Hardesty marchó de espaldas por el pasillo hasta que chocó con el borde de la puerta de metal. Se volvió con rapidez y la cerró de un golpe.

Las cintas de Edward

Apoyado en la ventana, Don miraba con ansiedad en dirección a Haven Lane, por donde deberían haber llegado hacía quince o veinte minutos por lo menos. A menos que Sears estuviese encargado de todo. Si Sears había insistido en traer su automóvil, Don no tenía la menor idea del tiempo que podría llevarle cubrir la

distancia desde la casa de Ricky. Se arrastrarían a ocho o diez kilómetros por hora por las calles nevadas, con el riesgo de chocar en cada intersección o frente a cada luz de tránsito, aunque por lo menos no se matarían viajando a la velocidad a que iba Sears. Pero era posible aislarlos, alejarlos de lo que suponían la seguridad proporcionada por la casa de Ricky y la de su tío. Si estaban allá afuera solos en la nieve, a pie, con el automóvil detenido junto al borde de la carretera, Gregory podría acercarse, hablando con gran amabilidad, esperando hasta que se moviesen o bien huyeran corriendo.

Al apartarse de la ventana, preguntó a Peter Barnes:

—¿Quieres café?

—No, gracias —repuso Peter—. ¿Los ves llegar?

—Todavía, no. Pero llegarán.

—Qué noche horrorosa. La peor, hasta ahora.

—Bien, estoy seguro de que no tardarán mucho. ¿No tuvo inconveniente tu padre de que salieras de tu casa en Nochebuena?

—No —repuso Peter y por primera vez esa noche su expresión fue de verdadera tristeza—. Creo que... está llorando a mamá. Ni siquiera me preguntó a dónde iba. —El rostro inteligente no cambió de expresión ni se permitió manifestarse en lágrimas que Don sabía que estaban próximas a brotar.

Don volvió a la ventana y se inclinó, apretando las manos contra el vidrio frío.

—Llega alguien.

Peter se levantó para acercarse a él.

—Sí, se detienen. Son ellos.

—El señor James se aloja ahora en casa del señor Hawthorne, ¿no? —fue idea de ellos. Todos nos sentíamos más seguros de esa manera.

—Don se quedó contemplando a los dos hombres que bajaban del automóvil y avanzaban penosamente por el sendero.

—Quiero decirte una cosa —dijo Peter detrás de él y Don se volvió hacia el alto muchacho—. Me alegro muchísimo de que estés aquí.

—Peter —dijo Don—, si logramos destruir esto antes de que nos destruya a nosotros, será gracias a ti.

—Lo destruiremos —dijo Peter en voz baja. Cuando Don se acercó a la puerta para abrirla, tuvo la certeza de que ambos estaban mutuamente agradecidos por la presencia del otro.

—Adelante —dijo a los dos hombres mayores—. Peter llegó ya. ¿Cómo está su resfrío, Ricky?

Ricky Hawthorne agitó la cabeza.

—Estacionario. ¿Tiene algo que podamos escuchar?

—En las cintas magnetofónicas de mi tío. Los ayudaré a quitarse los abrigos.

Minutos más tarde precedía a ambos por el vestíbulo.

—Me costó bastante localizar las cintas que quería —dijo—. Mi tío nunca rotulaba las cajas donde las guardaba. Es por ello que el cuarto tiene este aspecto —agregó, abriéndoles la puerta. El piso estaba cubierto de cajas blancas vacías y de rollos de cinta de grabar. Sobre el escritorio había más cajas blancas.

Sears apartó un rollo de cinta de una silla y se sentó en ella con gran cuidado. Ricky y Peter ocuparon sillas plegables delante de una pared tapizada de libros.

Don se ubicó detrás del escritorio.

—Me imagino que mi tío Edward tenía algún sistema de clasificación para su material, pero no logré descubrirlo. Tuve que revisar todo antes de encontrar las cintas de la Moore —dijo y se sentó al escritorio—. Si fuera otra clase de novelista, no me sería necesario inventar una trama nunca más. Mi tío tiene aquí más material escabroso y confidencial que los periodistas de Watergate.

—De cualquier manera —dijo Sears, estirando las piernas deliberadamente para derribar una pila de cajas blancas— usted las encontró. Y ahora quiere que escuchemos las cintas. A escuchar, pues.

—Sobre la mesa hay bebida —les dijo Don—. Les hará falta. Sírvanse.

—Mientras Ricky y Sears se servían whisky y Peter una gaseosa, Don describió el método de grabación de su tío.

—Hacía funcionar, sencillamente, el grabador... le gustaba registrar todo lo que decía el entrevistado. No solamente, como es lógico, durante las sesiones formales de grabación, sino también durante las comidas, cuando bebían, o miraban televisión, para poder captar cualquier cosa que surgiese del entrevistado. Así pues, de vez en cuando, éste solía quedarse solo en el cuarto sin que dejase de funcionar el grabador. Vamos a oír dos trozos surgidos de momentos como el que acabo de señalar.

Don hizo girar su sillón y empujó el botón del grabador detrás de él.

—Está preparado para reproducir casi exactamente lo que yo deseaba. De modo que no tengo que decirles de qué se trata. —Cuando Don apretó a continuación un botón más, la voz de Edward Wanderley llenó la habitación, flotando hacia abajo desde los grandes parlantes instalados arriba y detrás del escritorio.

«Así que la castigaba por el dinero que gastaba en lecciones de arte dramático?»

Una voz muy juvenil repuso:

«No. Me castigaba por el solo hecho de existir».

«¿Cuáles son sus sentimientos en la actualidad?».

Reinó un silencio y luego la otra voz repuso:

«¿Quiere darme algo de beber, por favor? Me resulta difícil hablar de esto».

«Sin duda, sin duda, lo comprendo muy bien. ¿Campari con soda?».

«Lo recordó. Qué amable».

«Volveré en seguida».

Ruido del sillón detrás del escritorio al crujir, pasos. Una puerta al cerrarse.

En los pocos segundos de silencio que siguieron, Don mantuvo los ojos fijos en Sears y Ricky. Ambos contemplaban los rollos que giraban con un ruido característico.

«¿Me escuchan ahora mis viejos amigos?» —Era otra voz, mayor, más cortante, más seca. «Quiero saludarlos a todos».

—Es Eva —dijo Sears—. Ésa es la voz de Eva Gaffi. —En lugar de temor su tono indicaba enojo. Ricky Hawthorne tenía una expresión que hacía pensar que se le había empeorado de pronto el resfrío.

«Nos separamos, la última vez que nos vimos, en forma tan ignominiosa, que quería que sepan todos que los recuerdo muy bien. A ti, querido Ricky. Y a ti, Sears... ¡Qué aspecto pomposo has adquirido! Y a ti, hermoso Lewis. ¡Qué suerte tienen de estar escuchando hoy! ¿Nunca te preguntaste, Lewis, qué habría sucedido si hubieses ido al cuarto de esa niña, en lugar de que tu mujer respondiese al llamado? Y mi pobre y feo John... quiero agradecerte de antemano tu maravillosa fiesta. Pienso divertirme muchísimo en ella, John, y además, dejaré un regalo antes de irme... un símbolo de presentes futuros para todos ustedes».

Don retiró el rollo del grabador y dijo:

—No digan nada por ahora. Escuchen el siguiente, primero. —Colocó el segundo rollo y lo hizo girar hasta un número que tenía anotado en un papel. Luego apretó el botón.

Edward Wanderley: «¿Quiere que interrumpamos por un rato? Podría preparar almuerzo para los dos.»

«Por favor no se preocupe por mí. Me quedaré aquí y miraré sus libros hasta que todo esté listo.»

Cuando Edward salió de la habitación, volvió a oírse la voz de Eva Galli por los parlantes.

«Hola, mis viejos amigos. ¿Y ahora no se les ha unido un amigo joven?»

—Tú no, Peter, yo —señaló Don.

«¿Está Don Wanderley con ustedes? Don, me encantará volver a verte a ti también. Porque te veré, ¿sabes? Los visitaré a todos, uno a uno, y les agradeceré personalmente el trato que me acordaron hace tiempo. Espero que estén llenos de expectación por ver las cosas extraordinarias que les reservo.

En este punto calló, utilizando los espacios entre las oraciones para señalar párrafos.

«Los llevaré a lugares que nunca vieron.»

«Y veré cómo se les escurre la vida.»

«Y los veré morir como insectos. *Insectos.*»

Don apretó el botón interruptor.

—Hay otra cinta que quiero que oigan, pero pueden ver ya por qué quise que escuchen éstas.

Ricky tenía un aspecto muy agitado aún.

—*Sabía.* Sabía que todos nos sentaríamos aquí... que la oiríamos. Que oiríamos sus amenazas.

—Pero se dirigió a Lewis y a John —señaló Sears—. Esto es bastante sugestivo.

—Ni más ni menos. Usted ve lo que significa. No puede predecir las cosas, sino que puede adivinar, solamente. Pensó que uno de ustedes oiría estas cintas poco después de la muerte de mi tío. Y que sufrirían después de haberlo hecho, por lo menos durante un año, hasta que celebrase el aniversario de la muerte de Edward matando a John Jaffrey. Era obvio que suponía que ustedes me escribirían y que *yo* vendría a tomar posesión de la casa. Sin duda poner mi nombre en esa cinta significaba que ustedes tendrían que comunicarse conmigo. Siempre fue parte de sus planes que yo viniese aquí.

—La verdad es que nos sentimos bastante mal antes de que usted viniese — observó Ricky.

—Creo que ella les causó las pesadillas. De todos modos, quería vernos a todos juntos aquí para matarnos uno a uno. Y ahora quiero que oigan la última cinta. — Don retiró la cinta que acababa de pasar y tomando la tercera, la colocó en el grabador.

Una voz melodiosa con típico acento del Sur brotó de los parlantes.

—Don. ¿No fuimos felicísimos juntos? ¿No nos quisimos? No quería dejarte... realmente, se me destrozó el corazón cuando debí irme de Berkeley. ¿Recuerdas el olor a hojas quemadas cuando me acompañabas a casa y el perro que ladraba muy lejos? Fue todo tan hermoso, Don... ¡Y mira en qué cosa maravillosa lo convertiste! Estaba tan orgullosa de ti. Pensabas y pensabas en mí y llegaste tan cerca... Yo *quería* que tú vieses, quería que vieses todo y que abrieses tu mente a todas las posibilidades que representamos... a lo largo de las historias sobre Tasker Martin y la X.X.X...

Don apretó el botón.

—Alma Mobley —dijo—. No creo que necesiten oír el resto.

Peter Barnes se movió en su silla.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó.

—Quiere convencernos de su omnipotencia. Asustarnos tanto que renunciemos a lo que nos hemos propuesto —Don se inclinó sobre el escritorio—. Pero esas cintas nos prueban que no es omnipotente. Comete errores. Del mismo modo sus secuaces pueden cometerlos también. Es posible derrotarlos.

—Bien, usted no es el gran entrenador del equipo y éste no es el gran partido — señaló Sears—. Me voy a casa. A casa de Ricky, quiero decir. A menos que haya otros fantasmas a los que usted quiere que escuchemos.

Sorprendió a todos que Peter fuese quien le respondiera.

—Perdóneme, señor Sears —dijo—, pero creo que está equivocado. Este es el gran partido... es una comparación tonta y sé que usted la usó por eso mismo, pero deshacernos de esas *cosas* horribles es la tarea más importante que tendremos en toda la vida. Y me alegro de que hayamos descubierto que son capaces de equivocarse. Creo que no está bien referirse a esas cosas con sarcasmo. Usted no actuaría de ese modo si las hubiese visto... y las hubiese visto matar a alguien.

Resignado, Don pensó que Sears apabullaría al muchacho, pero el abogado se limitó a apurar el resto de su whisky antes de inclinarse lentamente y hablar a Peter con tono tranquilo.

—Olvidas algo —dijo—. Vilo que tú llamas «cosas»... Conocí a Eva Galli y la vi sentarse después de haber muerto. Y conozco a la bestia que mató a tu madre y a su patético hermanito, el que te retuvo y te obligó a mirar, también lo conocí. Cuando era sólo un escolar retardado, traté de salvarlo de Gregory, tal como tú debes de haber tratado de salvar a tu madre y como tú, fracasé. Y como tú me siento moralmente agraviado al oír esa voz presuntuosa. Es incalificable que nos desafíe de este modo después de lo que ha hecho. Supongo que lo que quise expresar fue que me sentiría más feliz si iniciáramos alguna acción concreta. —Sears se levantó—. Soy

un hombre viejo y estoy acostumbrado a expresarme como quiero. A veces temo ser mal educado. —Sears dirigió una sonrisa al muchacho—. Eso también podría ser moralmente ofensivo. Pero espero que vivas lo suficiente para disfrutar del placer de serlo alguna vez.

«Si alguna vez necesito un abogado», pensó Don, «tú serás el mío».

Aparentemente, las palabras habían calmado al muchacho.

—No sé si yo sería capaz de desplegar su estilo —dijo Peter, sonriendo a su vez.

Y así, reflexionó Don cuando todos partieron, las voces de las cintas habían fracasado. Las cintas habían hecho que los cuatro se uniesen más que antes, Los comentarios de Peter a Sears habían expresado en términos de adolescente algo que de cualquier manera era un tributo. Sears, por su parte, se había mostrado complacido por él.

Don volvió a acercarse al grabador. Alma Mobley estaba encerrada en él, prisionera en unos pocos rollos de material impregnado de color ámbar. Con el ceño fruncido, empujó el botón de «voz». Suave como la seda al principio, llena de dulzura, la voz volvió a hablar: «y Alan McKechnie y todas las historias que utilicé para ocultarte la verdad. Es verdad, quería que vieses: tu intuición era mayor que la de todos. Hasta Florence de Peyser sintió interés por ti. ¿Pero de qué servía? Como tu personaje Rachel Varney, yo vivo desde la época en que tu continente estaba iluminado tan sólo por las pequeñas hogueras en la selva, cuando los norteamericanos vestían pieles y plumas y aun entonces, los que son como yo y los que son como tú siempre nos odiamos. Los que son como tú son tan serenos y satisfechos de sí mismos y aplomados en la superficie y tan neuróticos y temerosos y aferrados al calor del hogar en el fondo. La verdad es que los detestamos porque los hallamos aburridos. Podríamos haberles envenenado la civilización hace siglos, pero por nuestra propia voluntad preferimos vivir en los bordes de ella, provocando erupciones y conflictos y pánicos localizados. Optamos por vivir en los sueños y la imaginación de ustedes porque sólo en ellos son ustedes interesantes.

«Don, cometes un grave error al subestimarnos. ¿Podrías vencer a una nube, un sueño, un poema? Están ustedes a merced de sus imaginaciones humanas y cuando nos buscan, deben buscarnos siempre en lugares de su propia imaginación. En lugares de sus sueños. Pero a pesar de hablar tanto de imaginación, somos implacablemente reales, reales como las balas y los cuchillos, ya que ¿no son ellos, acaso, sólo instrumentos de la imaginación? Y si queremos asustarlos, es sólo para matarlos de susto. Porque tú morirás, Don. Primero tu tío, luego el doctor, luego Lewis. Luego Sears, y después de Sears, Ricky. Y luego tú y quienquiera a quien tú hayas reclutado para que te ayude contra nosotros. En realidad, Donald, estás muerto ya. Estás terminado. Y Milburn está terminada junto contigo». El acento de Louisiana había desaparecido. Hasta el tono femenino había desaparecido de esa voz. Era una voz carente de toda inflexión humana.

«Pienso destrozarte Milburn, Donald. Mis amigos y yo le destrozaremos el alma a esta ciudad mezquina y patética y destrozaremos sus huesos con los dientes.»

Se produjo un silencio sibilante. Don arrancó la cinta del grabador y la metió en una caja de cartón. Veinte minutos más tarde había guardado todas las cintas de su tío en sus cajas. Llevó entonces todas las cajas al *living-room* y metódicamente las arrojó a las llamas del fuego de leños, donde humearon y se enroscaron y apestaron hasta fundirse por fin en negras burbujas sobre los troncos ardientes. Si Alma pudiese verlo, se reiría de él. Estaba seguro de ello.

Estás muerto ya, Donald.

—Es lo que crees —dijo en voz alta. Recordó el rostro demacrado de Eleanor Hardie, en el cual de pronto se había instalado la vejez. Hacía décadas que Alma se burlaba de él y de la Chowder Society, menoscabando sus éxitos y tramando sus tragedias, ocultándose en las tinieblas detrás de un rostro falso, esperando el momento de saltar y decir: «¡El cuco!»

Y Milburn ha terminado contigo.

—No, si te atrapamos primero a ti —dijo al fuego—. No, si esta vez matamos al lince.

III

Fin de la Chowder Society

—¿Y qué es la inocencia? —preguntó Narciso a su amigo.

—Es imaginar que toda tu vida es un secreto —repuso él— y en particular, imaginarla un secreto entre tú y el espejo.

—Comprendo —dijo Narciso—. Es el mal cuya cura consiste en mirarse al espejo.

¿Podrías vencer una nube, un sueño, un poema?

Alma Mobley

1

Aproximadamente a las siete de la mañana Ricky Hawthorne se volvió en la cama y dejó escapar un quejido. Lo invadían sentimientos de pánico y de peligro, que daban una cualidad amenazadora a las tinieblas. Tenía que abandonar la cama, moverse, para evitar una tragedia terrible.

—¡Ricky! —murmuró Stella junto a él.

—Estoy bien, estoy bien —repuso Ricky y se sentó en la cama. La ventana en un extremo del cuarto tenía un brillo gris oscuro veteado por la nieve que caía perezosa, en copos tan grandes como bolas. Ricky oía latir su corazón. *Fin, fin, fin*. Alguien corría un peligro horroroso. En el instante de despertar en forma súbita, había visto una imagen y sabido, con una sensación de dolor, de quién se trataba. Ahora lo único que sabía era que le resultaba imposible quedarse en la cama. Levantó pues las frazadas y sacó una pierna por el costado.

—¿Fue otra vez la pesadilla, querido? —preguntó Stella con voz ronca.

—No, no. No es eso. Estoy bien, Stella —dijo y palmeándole un hombro, se levantó. Seguía teniendo aquella sensación de urgencia. Metió los pies en unas zapatillas, se puso una bata sobre el pijama y caminó hasta la ventana.

—Mi amor, estás agitado, vuelve a la cama.

—No puedo —Ricky se frotó la cara. Sentía siempre la sensación incontrolable, prisionera en su pecho como un pájaro, de que alguien corría un peligro mortal. La nieve había transformado el jardín de los fondos de la casa en una cadena de colinas que cambiaban de lugar y se llenaban de hoyos.

Fue la nieve que le recordó la que soplaba por un espejo en la casa de Eva Galli y la visión fugaz de Elmer Scales, con rostro crispado por su sumisión a una belleza autoritaria y cruel, corriendo torpemente entre los montículos de nieve. Esgrimiendo una escopeta, convirtiendo una silueta menuda en un chorro de sangre. El estómago de Ricky se retorció y le envió puntadas de dolor hacia los intestinos. Se llevó una

mano a la carne blanda de abajo del ombligo y se quejó. La finca de Elmer Scales, donde acababa de comenzar la última fase de la agonía de la Chowder Society.

—Ricky, ¿qué te pasa?

—Es algo que vi en el espejo —dijo él, enderezándose ahora que se había disipado el dolor, consciente de que lo que acababa de decir no tendría sentido para Stella—. Quiero decir que vi algo relacionado con Elmer Scales. Tengo que ir a su finca.

—Ricky, son las siete de la mañana del día de Navidad.

—No importa.

—No puedes ir. Llámalo primero.

—Sí —dijo y ya salía del dormitorio y pasaba junto al rostro pálido y asombrado de Stella—. Probaré de llamar.

Estaba en el descansillo fuera del dormitorio, con aquella sensación de emergencia insistente que recorría sus venas (fin, fin, fin) y por un segundo se sintió indeciso entre correr al guardarropa y ponerse cualquier prenda y correr abajo a hablar por teléfono.

Un ruido abajo lo decidió. Con una mano sobre la barandilla bajó la escalera.

Sears, completamente vestido y con el gabán con cuello de piel en el brazo salía en aquel momento de la cocina. La expresión de agresiva serenidad que había sido característica en él toda la vida había desaparecido. El rostro de su viejo amigo estaba tan tenso como el suyo propio.

—Tú, también —exclamó Sears—. Lo siento.

—Acabo de despertarme —dijo Ricky—. Sé lo que sientes... quiero ir contigo.

—No intervengas —le dijo Sears—. Lo que haré es llegar allá y asegurarme de que todo marcha bien. Me siento como un gato pisando ascuas.

—Stella tuvo una buena idea. Llaniémoslo primero. Después iremos allá juntos.

Sears movió la cabeza.

—No, me harás moverme más despacio, Ricky. Estaré más seguro si voy solo.

—Vamos —dijo Ricky, apoyando una mano en el codo de Sears y llevándolo hasta el sofá—. Nadie irá a ninguna parte hasta que tratemos de hablar por teléfono. Después conversaremos sobre lo que conviene hacer.

—No hay de qué hablar —afirmó Sears, pero se sentó. Volvió el cuerpo para mirar a Ricky cuando éste retiró el teléfono de su repisa y lo puso sobre la mesa baja—. ¿Sabes el número?

—Sí —repuso Ricky y lo marcó. El teléfono de Elmer sonó y sonó, y volvió a sonar—. Le daré un poco más de tiempo —decidió Ricky y lo dejó sonar diez, doce veces. Y volvió a oír aquel pulso frenético: Fin, fin, fin.

—Es inútil —dijo Sears—. Será mejor que vaya. Probablemente no llegaré, de todos modos, con los caminos como están.

—Sears, es muy temprano aún —insistió Ricky, dejando el teléfono—. Puede ser que nadie lo haya oído sonar.

—A las siete... —Sears miró su reloj—. ¿A las siete y... diez de la mañana de Navidad? ¿En una casa con cinco chicos? ¿Te parece posible? Sé que pasa algo allá y

si puedo llegar, quizá podré impedir que las cosas se pongan peor. No pienso esperar hasta que te vistas.

—Sears se levantó y comenzó a ponerse el gabán.

—Por lo menos, llama a Hardesty y dile que vaya hasta allá. Tú sabes lo que vi allá en esa casa.

—Qué mal chiste, Ricky. ¿Hardesty? No seas tonto. Elmer no me disparará. Los dos sabemos eso.

—Sé que no lo hará —dijo Ricky, muy deprimido—. Pero estoy preocupado, Sears. Esto es algo que está haciendo Eva... como lo que le hizo a John. No debemos dejar que nos separe. Si salimos corriendo en distintas direcciones nos agarrará, nos destruirá. Deberíamos llamar a Don para que venga con nosotros. Sé que está pasando algo terrible allá. Estoy seguro de esto, pero arriesgas que ocurra algo peor aún si tratas de ir solo.

Miró el rostro suplicante de Ricky Hawthorne y la impaciencia de su rostro se disipó.

—Stella no me lo perdonará jamás si te permito que vuelvas a sacar a pasear ese resfrío. Y llevaría a Don media hora o más llegar allá. No puedes hacerme esperar, Ricky.

—Nunca pude hacerte hacer nada que no quisieses hacer.

—Correcto —dijo Sears, abotonándose el gabán.

—No tienes siete vidas, Sears.

—¿Quién las tiene? ¿Quieres nombrarme una sola persona que las tenga, Ricky? Ya perdí demasiado tiempo, de modo que no me retengas mientras tratas de justificarte hablando de Hitler, Albert de Salvio, Richard Speck, o...

—¿De qué diablos están hablando los dos? —Stella estaba en la puerta del *living-room*, alisándose el pelo con las palmas de las manos.

—Clava a tu marido a ese sofá y llénalo de whisky hasta que yo vuelva —le dijo Sears.

—No lo dejes ir, Stella —le dijo Ricky—. No puede ir solo.

—¿Es urgente?

—Por amor de Dios... —murmuró Sears y Ricky hizo un gesto de asentimiento.

—En tal caso, que vaya. Espero que pueda hacer arrancar el auto.

Sears se dirigió al vestíbulo y Stella se apartó para dejarlo pasar. Pero antes de llegar a él, Sears se volvió por última vez hacia Ricky y Stella.

—Volveré. No te preocupes por mí, Ricky.

—Debes darte cuenta de que es demasiado tarde ya.

—Probablemente hace cincuenta años que es demasiado tarde —dijo Sears y volviéndose, se alejó.

2

Se puso el sombrero y salió a la mañana más fría que pudiese recordar. En seguida comenzaron a arderle la punta de la nariz y las orejas. Momentos después, la parte descubierta de su frente también le ardía de frío. Avanzó con cuidado por la

senda resbaladiza y notó que la nieve de la noche anterior era menos copiosa que en las últimas tres semanas. Había sólo diez o quince centímetros de nieve fresca sobre la anterior y ello significaba que tenía probabilidades de poder sacar el viejo Lincoln a la carretera.

La llave se trabó cuando la introdujo hasta la mitad y maldiciendo de impaciencia, la retiró bruscamente y se quitó un guante para buscar su encendedor de cigarros en un bolsillo. El frío le mordió y le hirió los dedos, pero el encendedor hizo llama. Sears la pasó una y otra vez por la llave y cuando sentía ya que se le caerían los dedos de frío, la metió sin dificultad en la cerradura. Abrió la puerta y se sentó en el asiento de cuero.

Vino entonces la tarea interminable de poner en marcha el motor. Con los dientes apretados, trató de hacerlo funcionar por obra de su sola voluntad. Vio la cara de Elmer Scales tal como la viera cuando despertó a medias, mirándolo con ojos de loco y diciendo: *Tiene que venir, señor James, no sé qué he estado haciendo, venga por amor de Dios...* El motor hizo diversos ruidos de fricción y de explosión, y afortunadamente arrancó, Sears apretó varias veces el acelerador, haciendo rugir el motor y luego hizo que el automóvil marchase hacia adelante y hacia atrás para que pudiese salir de la depresión y de la nieve acumulada alrededor.

Cuando tuvo el vehículo ubicado en dirección a la calle, tomó la paleta de quitar la escarcha y limpió con ella el parabrisas. Los grandes copos de nieve suelta revoloteaban alrededor en un amanecer mudo. Luego Sears utilizó el lado afilado de la paleta para hacer un agujero de unos veinte centímetros directamente delante del volante. La calefacción haría el resto.

«Hay cosas que es mejor que no sepas, Ricky.», se dijo, al pensar en las huellas infantiles que había visto fuera de su ventana sobre los montículos de nieve en los últimos tres días. La primera mañana cerró bien los cortinados, por si acaso entraba allí Stella a limpiar. Un día después descubrió que el sistema de limpieza de Stella era bastante desordenado y que ni aun el soborno habría sido capaz de inducirla a entrar en el cuarto de huéspedes. Stella esperaba hasta que la mujer que hacía la limpieza pudiese llegar desde el barrio de la hondonada. Durante dos mañanas, esas huellas de pies descalzos marcaron la nieve que subía implacable hasta la ventana, aun en el lado protegido de la casa donde estaba el cuarto de Sears. Esa mañana, después de que el rostro atontado de Elmer lo sacó sin la menor ceremonia de su sueño, vio las pisadas sobre el alféizar. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que Fenny apareciese dentro de la casa de los Hawthorne, y trotase alegremente por la escalera? ¿Una noche más? Si Sears lograra apartarlo, tal vez ganaría un poco más de tiempo para Ricky y Stella.

Entretanto, debía ocuparse de Elmer Scales, y *llegar allí por amor de Dios...* También Ricky había captado la señal, fuese cual fuese, pero afortunadamente Stella había aparecido para retenerlo en casa.

El Lincoln llegó a la calle y comenzó a avanzar por la nieve. Se le ocurrió a Sears que tenía un consuelo, el de que a esa hora en aquella mañana de Navidad la única persona en las calles sería Omar Norris.

Hizo desaparecer la cara y la voz de Elmer Scales de su conciencia y se concentró en manejar el automóvil. Omar había vuelto a trabajar toda la noche, según parecía, porque casi todas las calles del centro de Milbum estaban barridas hasta mostrar los últimos diez o quince centímetros de nieve congelada y compacta. En esas calles el único peligro era el de patinar en la superficie dura como el vidrio bajo los neumáticos, hacer una vuelta y chocar contra algún automóvil semisepultado... pensó en Fenny Bate sobre su alféizar, levantando la ventana de guillotina, metiéndose sigilosamente en la casa, olfateando el olor de seres vivos... pero no, esas ventanas estaban protegidas por vidrios dobles y él había cuidado cerrar bien los interiores con sus pasadores.

Tal vez estuviese haciendo las cosas mal. Tal vez debería dar media vuelta y volver a casa de Ricky.

Pero cayó en la cuenta de que no podía hacer esto. Pasó la luz roja al final de la plaza y levantó el pie del acelerador, dejando que el automóvil se deslizase solo delante del hotel. No podía volver. La voz de Elmer parecía hablar más fuerte ahora, con un tono de profundo dolor, confusión (*Jesús, Sears, no me da la cabeza para entender qué ha pasado aquí*). Tocó apenas el volante para corregir la dirección. El único sector difícil ahora sería la carretera, esos pocos kilómetros de colinas traicioneras, con automóviles apilados en las zanjas sobre ambos costados... Quizá se vería obligado a caminar.

Jesús, Sears, no entiendo toda esta sangre... parece que esos intrusos se metieron aquí por fin y ahora estoy bien asustado, Sears, realmente asustado.

Su pie apretó el acelerador apenas un centímetro.

3

Al final de Underhill Road se detuvo. Era mucho peor lo que había temido. A través de la nieve y la penumbra de la mañana veía las luces rojas de la barredora de nieve de Omar, avanzando con una lentitud exasperante hacia la carretera. Un montículo de más de dos metros con la forma de una ola ideal para un aficionado al *surf* se levantaba por todo el sector sin barrer de Underhill Road. Si trataba de pasar alrededor del tractor de Omar, enterraría el Lincoln en ese montículo.

Por un segundo tuvo un loco impulso de hacer esto, ni más ni menos, de apretar el acelerador hasta el fondo, salir volando cincuenta metros hasta el pie de la colina y luego hundir el Lincoln en la nieve, pasando a través de ella y alrededor del lento trono de Omar, para irrumpir por fin con una explosión fuera del alto montículo y en la carretera... era como si Elmer le indicara que lo hiciese. *Haga moverse ese auto, señor James. Lo necesito mucho...*

Hizo sonar la bocina golpeando el botón con la palma de la mano y Omar se volvió para mirarlo boquiabierto. Al ver el Lincoln, levantó un dedo y lo agitó en el aire y Sears lo vio por la ventanilla de atrás de la cabina moverse con torpeza en el asiento. Llevaba una gorra pasamontañas cubierta de nieve y al verlo Sears vio dos cosas: Omar estaba ebrio y medio muerto de fatiga y le gritaba indicándole que diese

media vuelta y no bajase por la colina. Los neumáticos del Lincoln jamás se aferrarían a la pendiente.

La voz insistente, plañidera de Elmer, le había impedido reparar en ello. El Lincoln siguió unos centímetros por la larga pendiente. Omar hizo detenerse el motor de la barredora y se asomó con medio cuerpo fuera de la cabina, apoyándose en una de las hojas de la máquina. Tenía una mano con la palma hacia adelante, como un agente de tránsito. Sears pisó con fuerza el pedal del freno y el Lincoln se detuvo, tembloroso, en la carretera resbaladiza y ya barrida. Omar estaba haciendo movimientos circulares con la mano libre y le decía que se volviese o bien retrocediese despacio.

El automóvil bajó otros quince centímetros colina abajo y Sears asió el freno de mano sin pensar ya en cómo conducir el automóvil, sino en cómo hacerlo detenerse. Oyó a Elmer decirle *Sears... necesito... necesito....* la voz obstinada, aguda que insistía en que el vehículo se moviese.

Y entonces vio a Lewis Benedikt al pie de la colina, corriendo hacia él, agitando los brazos para que se detuviese, con la chaqueta de color oliva volando detrás y el pelo revuelto por el viento.

...necesito... necesito...

Soltó el freno de mano y empujó con el pie el acelerador. El Lincoln dio un salto y los neumáticos posteriores patinaron con un chirrido, mientras el vehículo caía por la larga pendiente, y su parte posterior se mecía de un lado a otro como la cola de un pez. Detrás de la silueta borrosa de Lewis, Sears vio la de Omar Norris, igualmente borrosa, de pie inmóvil junto a la barredora.

A cerca de cien kilómetros por hora, el Lincoln atravesó la figura de Lewis Benedikt. Sears abrió la boca y gritó, volcando violentamente el volante hacia la izquierda. El Lincoln hizo un giro de tres cuartos de círculo y chocó con la barredora con el guardabarro posterior, antes de lanzarse contra el inmenso montículo ondulado.

Con los ojos cerrados Sears oyó el ruido blando y horroroso de un objeto pesado que golpeaba el parabrisas. Momentos después sintió que la atmósfera a su alrededor se espesaba y en el segundo que siguió, interminable, el automóvil se detuvo como si hubiese chocado con una muralla.

Abrió los ojos y vio que estaba a oscuras. Le ardía la cabeza en el punto donde se había golpeado con el choque. Se llevó una mano a la sien y comprobó que sangraba. Con la otra encendió la luz interior. La cara enmascarada de Omar Norris apretada contra el parabrisas, escudriñaba con un ojo vacío el asiento de atrás. El automóvil estaba inmovilizado por casi dos metros de nieve que era como cemento.

—Ahora, hermanito —dijo una voz profunda desde el asiento de atrás.

Una manita con uñas llenas de suciedad se extendió y rozó la mejilla de Sears.

La violencia de su propia reacción sorprendió a Sears, pues saltó hacia un costado en el asiento, apartando el cuerpo de detrás del volante y sin haberlo planeado o previsto, movido por una repugnancia automática. Sentía la mejilla dañada donde el niño la había tocado y ya, en aquel automóvil cerrado, olía la

corrupción de ellos. Estaban sentados en el asiento de atrás, inclinados hacia adelante, con los ojos relucientes y la boca abierta. También él los había sorprendido.

Lo invadió un profundo odio contra estos seres obscenos. No moriría mansamente en sus manos. Se lanzó hacia adelante con un gruñido, preparando el único golpe de puño que había propinado en sesenta años: el puño tocó la mejilla de Gregory Batey resbaló, rompiendo la carne de una blandura húmeda y maloliente. Un liquido viscoso se deslizó por la mejilla lastimada.

—De modo que es posible herirte —dijo Sears—. Por Dios que es posible...

Los dos se lanzaron sobre él con un grito de bestias.

Mediodía, Navidad

4

Ricky supo que Hardesty estaba borracho otra vez en el instante en que Walt musitó dos palabras por teléfono. Y tan pronto como el policía pronunció dos oraciones, supo que Milburn no contaba ya con *sherzff*

—Ya sabes dónde puedes meterte este empleo —dijo Hardesty y eructó—. Te lo metes bien allí. ¿Me oyes, Hawthorne?

—Lo oigo, Walt —Ricky se sentó en el sofá y miró a Stella, que tenía el rostro oculto detrás de las dos manos. Lamentando ya, pensó, haberlo dejado ir allá solo, haberlo enviado allá sin una bendición, sin darle siquiera las gracias. Don Wanderley estaba en cucullas junto a Stella y le rodeó un hombro con el brazo.

—Sí, me oyes. Bien, escucha. Yo fui infante de Marina. ¿Lo sabías, avenegra? Corea. Me gané tres galones. ¿Me oíste? —Se oyó un fuerte ruido. Hardesty se había caído sobre una silla o bien derribado una lámpara. Ricky no repuso—. Tres galones de porquería. Infante. Podrías llamarme héroe. Qué me importa... Bueno, no necesité que me dijeras que fuese a la finca. Fue un vecino allí a eso de las once, y... los encontró a todos. Los mató. Y después se acostó debajo de su árbol y se saltó la tapa de los sesos. Los policías rurales se llevaron todos los cadáveres en un helicóptero. Y ahora, dime por qué lo hizo, abogado. Y dime cómo sabías que había sucedido algo allá.

—Porque una vez pedí prestado el automóvil de su padre, Walt —dijo Ricky—. Sé que esto parece un disparate.

Don lo miró desde su lugar junto a Stella, pero ella sólo hundió más aún la cara entre las manos.

—Disparate... mierda. Qué bonito. Bien, pueden buscarse un nuevo *sheriff* para esta ciudad. Pienso desaparecer de aquí tan pronto como entren las barredoras de nieve del condado. Puedo ir a donde quiera... con antecedentes como los míos. ¿A cualquier parte? No, por culpa de eso de allá... no, por culpa de la matanza de Scales. Con usted y sus puercos amigos ricos tapando algo todo el tiempo... *todo el tiempo*... y lo que sea que hace esas cosas... es más malo que un cerdo furioso. ¿Sí, o no? Fui a la

casa de Scales, ¿no? Se le metieron en la *cabeza*. Son capaces de meterse en cualquier parte, ¿no? ¿Me oye, señor abogado? Usted... ¿me oye?

Ricky no contestó.

—Puede llamarlo Anna Mostyn, pero eso es disparate de abogado. Qué diablos, siempre creí que usted era una porquería, Hawthorne. Pero ahora se lo digo, que si aparece cualquier cosa aquí con la idea de sacarme, la haré pedazos. Usted y sus compañeros tienen todas las ideas originales, si acaso le quedan ya compañeros, y pueden hacerse cargo de la cosa. Yo me quedaré hasta que despejen las carreteras, haya mandado a mis hombres a su casa y si alguien llega aquí, el primer disparo lo haré yo. Las preguntas, más tarde. Y después, me voy.

—¿Y Sears? —preguntó Ricky, seguro de que Hardesty no se lo diría hasta que se lo preguntase—. ¿Nadie vio a Sears?

—Ah, Sears James. Sí. Curioso, eso. Los policías del Estado de Nueva York también lo encontraron. Vieron el auto medio enterrado en la nieve, al pie de Underhill Road, y la barredora toda arruinada... puede enterrarlo cuando se le antoje, compañero. Si todos en esta ciudad de porquería no terminan cortados en pedacitos y vaciados y secos o cortados por la mitad. ¡Bah! —Otro eructo—. Estoy borracho como una cuba, abogado. Y seguiré así. Y después desaparezco de aquí. Al diablo con usted y con todo lo suyo —dijo Hardesty y cortó la comunicación.

Ricky dijo entonces:

—Hardesty se enloqueció y Sears ha muerto. —Stella se echó a llorar. Luego él y ella y Don se encontraron formando un círculo todos abrazados para consolarse en esa forma elemental—. Sólo quedo yo, Stella. Mi Dios, sólo quedo yo...

Tarde esa noche cada uno de ellos, Ricky y Stella en su dormitorio, Don en su cuarto de huéspedes, oyeron la música que recorría la ciudad con estrépito de trompetas y de saxofones que carraspeaban, la música agreste de la noche del espíritu, la música líquida del fondo subterráneo de los Estados Unidos. Y había en ella una cadencia adicional de regocijo y de libertad. La banda del doctor Pata de Cabra festejaba su triunfo.

5

Pasada Navidad hasta los vecinos dejaron de verse y los pocos optimistas que tenían aún planes para celebrar la noche del Año Nuevo los olvidaron sin hacer mayor ruido. Todos los edificios públicos seguían cerrados, como también la gran tienda de Young y la biblioteca, las farmacias y las iglesias y oficinas. En Wheat Row la nieve cubría las fachadas de las casas casi hasta las troneras de desagüe. Hasta los bares permanecían cerrados y el gordo Humphrey Stalladge se quedaba en su casa de madera a los fondos de la taberna jugando a las cartas con su mujer, pensando que cuando llegasen las barredoras de nieve del condado comenzaría a ganar más dinero que un Rockefeller, ya que nada atraía tanto a la gente a los bares como los malos tiempos. Y su mujer le decía que no hablase como un sepulturero y con ello la conversación languidecía y también el juego, durante un rato. Todos estaban enterados de lo sucedido a Sears James y a Omar Norris y lo que era peor que todo,

sabían lo que había hecho Elmer Scales. Se tenía la sensación de que si uno permanecía bastante tiempo escuchando se oiría el silbido de la nieve decir que estaba esperándolo a uno para atraparlo, y transmitirle algún secreto terrible, un secreto capaz de convertir en tinieblas la vida de cualquiera. Algunos habitantes de Milburn despertaban a horas insólitas, las tres de la madrugada, por ejemplo, o las cuatro, y creían ver a uno de esos pobres chicos de Scales al pie de la cama, sonriéndoles: no identificaban bien al chico, pero tenía que ser Davey, o Butch o Mitchell. Y tomaban una píldora para volver a dormirse y olvidar el aspecto que tenía el pequeño Davey o quienquiera que fuese, con las costillas relucientes bajo la piel y el rostro escuálido reluciente también.

Por fin la ciudad se enteró acerca del *sheriff* Hardesty, de que estaba encerrado en su oficina con todos esos cadáveres en las celdas usadas como depósitos. Dos de los muchachos de Pegram tenían pequeños automóviles con patines para la nieve y merodeaban por la puerta de la oficina para ver qué hacía, y comprobar si estaba tan chiflado como afirmaba la gente. Una cara saturada de whisky se apretó contra la ventana cuando bajaban de sus vehículos. Hardesty levantó la pistola y la apuntó a los muchachos para que la viesan bien y les gritó que si no se quitaban esos malditos pasamontañas como máscaras y mostraban la cara, no les quedaría rostro que mostrar. La mayoría conocía a alguien con un amigo que había tenido que pasar delante de la oficina del *sheriff* y juraba que había oído a Hardesty gritarle a alguien, o bien gritar a solas, o en fin, a lo que fuese que se movía con tanta libertad en Milburn con ese tiempo, deslizándose dentro y fuera de sus sueños, regocijándose entre las sombras cada vez que volvían un instante la cabeza, lo que fuese capaz de explicar esa música oída por algunos aproximadamente a medianoche en Nochebuena., música inexplicable que debería haber sonado jubilosa, pero estaba en realidad dolorosamente henchida de las emociones más sombrías que hubieran conocido. Apoyaban la cabeza en sus almohadas y se decían que era sólo la radio o bien una broma del viento. Se decían cualquier cosa, con tal de no creer que había algo allá afuera capaz de hacer un ruido tan aterrador.

Peter Barnes se levantó de la cama esa noche por haber oído la música e imaginó que esta vez los hermanos Bate y Anna Mostyn y el doctor Pata de Cabra de Don hacían una salida especial para atraparlo (pero sabía que había otra causa). Cerró su puerta con llave y volvió a meterse en la cama, tapándose los oídos con las manos. La música alocada era cada vez más fuerte, no obstante, y provenía de la calle, más y más estrepitosa.

Se detuvo directamente delante de su casa. Se cortó en mitad de un compás, como si hubiesen empujado el botón de un grabador. El silencio estaba más cargado de posibilidades que la música antes. Por fin Peter no pudo soportar ya la tensión y sin hacer ruido abandonó su cama y espió la calle por la ventana.

Allá abajo, donde en una época había visto a su padre dirigirse al trabajo con su aspecto regordete y eslavo, había una hilera de personas bajo una luna radiante. Nada pudo impedirle reconocer las figuras de pie en la nieve reciente en el punto donde debería haber estado la calle. Estaban parados allí, mirándolo con ojos entrecerrados y la boca abierta, los muertos de la ciudad y nunca habría de saber si

estaban sólo dentro de su imaginación o bien si Gregory Bate y su benefactora habían confeccionado esas imágenes para conferirles luego movimiento, O finalmente, si la cárcel de Hardesty y una serie de tumbas se habían abierto para que saliesen caminando de ellas sus habitantes. Vio a Jim Hardie mirando con fijeza la ventana, al hombre de los seguros Freddie Robinson, al viejo doctor Jaffrey y a Lewis Benedikt y a Harlan Bautz, quien había muerto cuando estaba paleando nieve. Omar Norris y Sears James estaban junto al dentista. Peter sintió emoción al ver a Sears. Había adivinado que estaría allí cuando volvió a resonar la música. Una muchacha dio un paso detrás de Sears y Peter parpadeó al ver a Penny Draeger, con aquel rostro antes cautivante y lleno de vida tan impasible y muerto como los otros. Un grupiro de niños estaba de pie, silencioso, junto a un hombre con aspecto de espantapájaros y con una escopeta en la mano y Peter hizo un gesto con la cabeza, musitando el nombre «Scales». No lo había sabido. Y luego la multitud se dividió para abrirle paso a su madre.

No era el fantasma con aspecto de ser viviente que había visto en la playa de estacionamiento. Como los demás, su madre carecía del menor rastro de vida, estaba vacía aun de desesperanza. Parecía animarla tan sólo el ansia, un ansia que ocupaba un nivel por debajo de cualquier sentimiento. Con aspecto de escorzo al hallarse tan debajo del ángulo de visión de Peter, Christina se adelantó entre la nieve hasta el límite de su casa. Le extendió los brazos y su boca no se movió. Peter sabía que de aquella boca no podrían haber brotado palabras, ni tampoco de aquel cuerpo que no le pertenecía. Seguramente sólo había gemido, o gritado. Ella, ellos, todos le suplicaban que saliera, o bien suplicaban una tregua, o sueño... Peter se echó a llorar. Eran fantasmagóricos, pero no le causaban miedo. Parados allá abajo al pie de su ventana, tan lastimosamente vacíos, eran como seres meramente soñados. Los Bate y su benefactora los habían enviado, pero era a él a quien necesitaban. Con las lágrimas heladas en las mejillas, Peter se apartó de la ventana: eran tantos, tantos, tantos...

Se tendió de espaldas en la cama, contemplando el cielo raso con ojos muy abiertos. Sabía que se irían. ¿O bien al mirar por la mañana los encontraría allí todavía, congelados e inmóviles como muñecos de nieve? La música sonó ruidosamente otra vez, tan presente allí, de pronto, como un vivo corte de sangre y... sí, se alejarían, detrás del alegre ritmo del doctor Pata de Cabra.

Cuando cesó poco a poco la música, Peter se levantó de la cama y miró por la ventana. En efecto. Se habían ido. Ni siquiera habían dejado huellas sobre la nieve.

Bajó a la planta baja a oscuras. Al pie de la escalera vio una raya de luz que se filtraba por debajo de la puerta del cuarto de televisión. Con mucha suavidad, Peter empujó la puerta hasta abrirla.

La televisión mostraba un diseño de puntos que se movían, divididos por una barra que se levantaba muy despacio. El cuarto estaba saturado del olor pardusco del whisky. Su padre estaba reclinado en su sillón con la boca abierta, la corbata floja, la piel del rostro y del cuello grisácea y semejante a un pergamino. Respiraba con el ritmo suave de un niño. Una botella casi vacía, un vaso lleno en el cual se había derretido el hielo, estaban a su lado sobre la mesa. Peter se acercó al televisor y lo apagó. Agitó entonces el brazo de su padre con gran cariño.

—Mmmm. —Su padre abrió los ojos de expresión opaca y confusa—. Peter, oí música.

—Soñaste.

—¿Qué hora es?

—Cerca de la una.

—Estaba pensando en tu madre. Te pareces a ella, Peter. Mi pelo, su cara. Qué suerte... Podrías haberte parecido a mí.

—También yo estaba pensando en ella.

Su padre se levantó del sillón, se frotó las mejillas y dirigió a Peter una mirada de inesperada lucidez.

—Has crecido, Peter —dijo—. Es extraño. Lo acabo de ver... eres un hombre.

Lleno de vergüenza, Peter calló.

—No quise decírtelo antes. Esta tarde me llamó Ed Venuti... se enteró por la policía estatal. Elmer Scales... ¿Recuerdas al ranchero que vivía en las afueras de la ciudad? Tenía su hipoteca en nuestro banco. ¿El que tenía todos esos chicos? Ed dice que los mató a todos. Mató a todos los chicos y luego a su mujer y por último se suicidó. Peter, esta ciudad está perdiendo la razón. Está enferma, loca.

—Subamos —le dijo Peter.

6

Durante algunos días Milburn permaneció tan inmóvil como la partida de cartas después de que Humphrey Stalladge y su mujer pronunciaron una palabra que les pareció obscena a ambos. «Sepulturero» y «Tumbas» eran tema tabú, cuando todos en la ciudad conocían bien o estaban emparentados con los cadáveres cubiertos por sábanas en la cárcel. La gente se instaló delante de sus televisores a comer *pizza* sacada de la congeladora, rezando al mismo tiempo por que las líneas de energía no se derrumbasen. Evitaban encontrarse. Si uno miraba al exterior y veía al vecino luchando en su jardín para poder llegar a la puerta de su casa, éste adquiría un aspecto ultraterreno, convertido por el esfuerzo en la versión harapienta e hirsuta del hombre de fronteras que podría haber sido. Y uno estaba seguro de que atacaría a cualquiera que amenazase tocar su reserva de alimentos, cada vez menor. Lo había tocado aquella música salvaje de la cual uno había tratado de escapar y si miraba por el ventanal de vidrio doble sus ojos apenas eran los de un ser humano.

Y si el bueno del viejo Sam (subgerente del taller de reparación de neumáticos de Horn y excelente jugador de poker) o el bueno del viejo Ace (capataz jubilado de la fábrica de calzado de Endicott y hombre aburridísimo, a pesar de haber hecho estudiar medicina a su hijo) no estaban afuera, tratando de atraer la mirada de uno con una expresión hambrienta que significaba *quítame los ojos de encima, canalla*, era peor todavía, ya que lo que uno miraba no tenía aspecto amenazante sino de muerto. Las calles intransitables, salvo a pie, los montículos de tres o cuatro metros de altura, el constante agitarse de los copos blancos en el aire, un cielo torvo. Las casas en Haven Lane y en la avenida Melrose parecían vacías, con los cortinados corridos contra la desolación del exterior. En la ciudad la nieve se amontonaba en los techos y

cubría las calles; las ventanas reflejaban una helada quietud. Milburn tenía un aspecto como si todos en la ciudad estuviesen inmóviles bajo una sábana en alguna de las celdas de Hardesty. Y cuando alguien como Clark Mulligan o Rollo Draeger, quienes habían vivido toda su vida en Milburn, contemplaba el espectáculo, un glacial susurro del viento le rozaba el corazón.

Eso era durante el día. Entre Navidad y el día de Año Nuevo la gente común de Milburn, los que nunca habían oído hablar de Eva Galli o de Stringer Dedham y asociaban la Chowder Society, si acaso alguna vez pensaban en ella, con una colección de piezas de museo, terminaron retirándose a la cama más y más temprano, a las diez, luego a las nueve y media, porque la idea de aquel tiempo horrible afuera les daba ganas de cerrar los ojos y no volver a abrirlos hasta el amanecer. Si los días eran amenazadores, las noches eran feroces. El viento rugía alrededor de las esquinas de las casas, sacudiendo persianas y ventanas dobles y dos o tres veces por noche una violenta ráfaga se aplastaba contra las paredes como una ola inmensa y con fuerza suficiente para hacer temblar todas las luces. Y a menudo sentía la gente común de Milburn que mezcladas con todos esos golpes y silbidos afuera había voces, voces que no podían contener su regocijo. Los muchachos Pegram oyeron algo que golpeaba la ventana de su dormitorio y por la mañana vieron las huellas de pies desnudos sobre un montículo de nieve. El pobre Walter Barnes con su duelo no era el único en Milburn que hallaba que la ciudad entera estaba perdiendo la razón.

El último día del año el alcalde pudo comunicarse por fin con sus tres colaboradores y les dijo que tenían que sacar a Hardesty de la oficina e internarlo en un hospital. El alcalde temía que muy pronto comenzara el saqueo de los comercios, a menos que se consiguiese despejar la nieve de las calles. Nombraría *sheriff* a Leon Churchill. Era el más grande y el más tonto de los miembros de la policía, el más indicado para obedecer órdenes. Dijo luego a éste que si no arreglaba la máquina barredora de nieve de Omar Norris él mismo y comenzaba a limpiar las calles, perdería su empleo para siempre. Así pues el día de Año Nuevo Leon Churchill fue a pie al garaje municipal y descubrió que los daños de la máquina no eran tan grandes como había supuesto. El gran automóvil de Sears James había doblado algunas de las chapas, pero funcionaba aún. Esa mañana sacó la barredora y durante la primera hora de trabajo llegó a sentir mayor respeto por Omar Norris que el que nunca había abrigado por el alcalde.

Pero cuando los policías llegaron a la oficina del *sheriff*, todo lo que encontraron fue un cuarto vacío y un catre maloliente. Walt Hardesty había desaparecido en algún momento en los cuatro días últimos, dejando allí seis botellas de whisky vacías, pero ningún mensaje, ni tampoco dirección a donde fuese posible ponerse en contacto con él, nada, sin duda, que revelase el pánico físico que sintió una noche cuando levantó la cabeza que había tenido apoyada sobre el escritorio para servirse otro trago y oyó más ruidos del fondo de las celdas. Al principio le pareció como si fuera una conversación y luego como el ruido que hace el carnicero al golpear un trozo de carne cruda sobre el mostrador. No esperó hasta que quienquiera que estuviese allí se acercase por el pasillo, sino que se puso el sombrero y la chaqueta y

salió a la intemperie. Llegó hasta la escuela secundaria antes de que una mano le aferrara el codo y una voz tranquila le dijera al oído:

—¿No es hora ya de que nos conozcamos, *sheriff*? —Cuando el tractor de Leon lo dejó al descubierto, Walter Hardesty parecía un trozo de marfil tallado, una estatua de tamaño natural de un hombre de noventa años.

7

Si bien la estación meteorológica predijo mayores nevadas durante la primera semana de enero, no nevó durante dos días. Humphrey Stalladge abrió su taberna y trabajó solo todo el día. —Anna y Anni, en el campo todavía, estaban cercadas por la nieve— y comprobó que los negocios marchaban tan bien como había predicho. Vivió largas jornadas, trabajando dieciséis o diecisiete horas y cuando llegó su mujer para preparar hamburguesas, le dijo:

—Muy bien. Por fin limpiaron las carreteras, de modo que la gente puede conducir otra vez sus automóviles y el primer lugar a donde vienen es al bar. Y aquí se quedan todo el día. ¿Tiene algún sentido para ti?

—Tú lo has dicho —dijo ella tan sólo.

—De todos modos, es tiempo propicio para beber —comentó Humphrey.

¿Tiempo propicio para beber? Más que eso. Don Wanderley, quien se dirigía con Peter Bames a casa de Ricky Hawthorne, hallaba que aquel día gris, todavía de una frialdad brutal, era como el tiempo que reina dentro de la mente de un ebrio. No contenía ninguno de los misteriosos chispazos de sol que había observado en Milburn a principios del invierno. No brillaban las columnas de las puertas de entrada ni las chimeneas, ni tampoco saltaba de pronto a la vista ningún color. No existía ninguno de esos trucos de mago. Todo lo que no era blanco era borroso en aquel tiempo gris y empecinado. Al no existir sombras y con el sol siempre oculto, todo parecía sumido en intensa penumbra.

Don miró por sobre el hombro en dirección al paquete enrollado sobre el asiento de atrás. Sus pobres armas, halladas en casa de Edward. Eran de una simplicidad casi infantil. Ahora que tenía un plan y que los tres iban a luchar, hasta el tiempo deprimente parecía anunciar su derrota. El, un muchacho tenso de diecisiete años y un viejo muy resfriado: por un instante todo le pareció cómico, imposible. Pero sin ellos tres, no podía vivir la esperanza tampoco.

—El policía este no limpia tan bien como Omar —comentó Peter a su lado. Habló simplemente para cortar el silencio, pero Don hizo un gesto afirmativo. El chico tenía razón. Le costaba a ese policía mantener la barredora en un nivel constante y cuando terminaba de barrer una calle, ésta mostraba el aspecto de una serie de terrazas. Las variantes de ocho o diez centímetros en la superficie de la calle hacían sacudirse el automóvil como si fuera uno de los tranvías que recorren las ferias rurales. En cada lado de la calle veían los buzones inclinados en ángulos curiosos sobre los montículos de nieve. Churchill los había tocado con el borde de la barredora.

—Esta vez vamos a hacer algo —afirmó el muchacho y dio al comentario una inflexión que lo hizo sonar a medias como una pregunta.

—Lo intentaremos —dijo Don, mirándolo. Peter parecía un joven soldado que hubiese presenciado una docena de encuentros en dos semanas. Bastaba mirarlo para apreciar la amargura de toda la adrenalina que debía haber segregado.

—Estoy preparado —aseguró Peter y a la vez que Don percibió la firmeza en el tono, percibió asimismo los nervios tensos y se preguntó si el muchacho que tanto más que él y Ricky había hecho ya, podría soportar mucho más.

—Espera hasta oír lo que tengo pensado —le dijo Don—. Quizá no quieras intervenir. Y no me importaría, Peter. Yo sabría comprender.

—Estoy preparado —repitió el muchacho y Don sintió cómo temblaba—. ¿Qué vamos a hacer?

—Volveremos a la casa de Amia Mostyn —repuso Don—. Te lo explicaré en casa de Ricky.

Peter dejó escapar un profundo suspiro.

—Estoy siempre preparado —repitió.

8

—Era parte del mensaje en la cinta de Alma Mobley —dijo Don. Ricky estaba inclinado hacia adelante en su sofá y no miraba a Don, sino la caja de pañuelos de papel delante de sí. Peter Barnes lo observó un instante y se volvió otra vez, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Stella Hawthorne había desaparecido hacia el piso alto, pero no sin haber dirigido a Don una mirada llena de advertencias.

—Era un mensaje para mí y yo no quise que nadie más lo soportase —explicó Don—. Especialmente, tú, Peter. Los dos pueden imaginar el tipo de cosa que era.

—Guerra psicológica —observó Ricky.

—Sí. Pero he pensado en algo que ella dijo. Algo... démosle este solo nombre. Podría explicar dónde está. Creo que tuvo la intención de que fuese una pista, o un indicio, o como prefieran llamarlo.

—Prosiga —le dijo Ricky.

—Dijo que nosotros... los seres humanos... estamos a merced de nuestra imaginación, y que si deseamos buscarla, o buscar a cualquiera de ellos, debemos buscar en los lugares de nuestros sueños. En los lugares que imaginamos.

—En los lugares de nuestros sueños —repitió Ricky—. Comprendo. Quiso decir la calle Montgomery. Bien. Debí haber sabido que no habíamos terminado con esa casa. —Peter extendió un brazo por el borde del respaldo del sofá y se hundió algo más en el asiento—: rechazo. Con toda intención no te llevamos con nosotros la primera vez que fuimos allá —dijo Ricky a Peter—. Desde luego ahora tienes mayores motivos aún para no desear ir. ¿Qué opinas?

—Tengo que ir —repuso Peter.

—Tiene que ser lo que ella quiso decir —continuó Ricky al tiempo que estudiaba disimuladamente al muchacho con los ojos—, Sears, Lewis, John y yo tuvimos todos sueños relacionados con esa casa. Soñábamos con ella casi todos los

días y eso duró cerca de un año. Y cuando Sears, Don y yo fuimos allí, cuando encontramos a tu madre y a Jim, ella no nos atacó físicamente, pero atacó nuestra imaginación. Si en algo te consuela, la sola idea de volver me provoca un miedo horroroso.

Peter hizo un gesto de comprensión.

—Desde luego —dijo—. Por fin, como si la admisión por parte de otro del miedo que sentía le diese algún valor, se inclinó hacia adelante. ¿Qué tiene el paquete, Don?

Don se inclinó y levantó la frazada arrollada junto al asiento.

—Son dos cosas que encontré en la casa. Es posible que nos sean útiles.

—Después de poner el rollo sobre la mesa, los abrió. Los tres vieron entonces el hacha de mango largo y el cuchillo de caza que estaban ahora visibles sobre la frazada.

—Pasé la mañana afilándolos y aceitándolos. El hacha estaba oxidada... Edward la usaba para cortar leña. El cuchillo es regalo de un actor. Lo utilizó en una película y se lo dio a mi tío cuando publicaron el libro sobre él. Es un hermoso cuchillo.

Peter se inclinó para tomarlo.

—Es pesado —observó yio volvió entre las manos. Tenía una hoja de veinte centímetros con una curva cruel en la punta y una ranura en toda su longitud y el mango estaba tallado a mano. Era obvio que había sido diseñado con un único fin, el de matar. Pero no, recordó Don. Ese era sólo su aspecto, no lo que era. Había sido hecho para la mano de un actor, para que se lo fotografiase bien. En cambio junto a él, el hacha tenía un aspecto brutal y torpe.

—Ricky tiene su propio cuchillo —dijo Don—. Peter, tú puedes llevar éste. Yo llevaré el hacha.

—¿Vamos allá ahora mismo?

—¿Qué objeto tiene esperar?

—Un momento —dijo Ricky—. Iré arriba a decirle a Stella que salimos. Le diré que si no volvemos dentro de una hora, debe llamar a quienquiera que esté en la oficina del *sheriff* ahora y pedir que envíen un patrullero a la casa de Robinson. —Dicho esto salió y se lo oyó subir la escalera.

Peter volvió a inclinarse para tocar el cuchillo.

—No llevará una hora —comentó.

9

—Entraremos otra vez por los fondos —señaló Don a Ricky, inclinándose para hablarle junto al oído. Estaban en la puerta de la casa. Ricky asintió—. Habrá que moverse sin hacer ruido.

—No te preocupes por mí —le dijo Ricky. Su voz era la de un hombre más viejo y más cansado que en otras ocasiones—. ¿Sabes que yo vi la película donde usaban ese cuchillo? Una gran escena... una escena sobre el proceso de templar la hoja. El hombre que lo hizo fundió un pedazo de asteroide, o de meteoro que tenía... lo utilizó para hacer el cuchillo. Se suponía que tenía... —Ricky calló y respiró con

esfuerzo un instante, para estar seguro de que Peter Barnes lo escuchaba— ...que tenía cualidades especiales. La sustancia más dura que hubiese visto nadie nunca. Como magia. Del espacio. —Ricky sonrió—. Típico disparate del cine. Pero con todo, parece un cuchillo muy bueno.

Peter lo sacó del bolsillo de su abrigo «Montgomery» y por un segundo cada uno de ellos, casi avergonzados de encontrarse en medio de un acto tan infantil, volvió a mirarlo bien.

—El espacio ultraterrestre hizo milagros para el coronel Bowie en sus luchas —dijo Ricky—. Por lo menos, en la película.

—Bowie... —comenzó a decir Peter, al recordar algo relativo a un curso de historia de la escuela primaria, pero de pronto cerró la boca y *calló*. Bowie murió en la batalla de Alamo. Tragó saliva, movió la cabeza y se volvió hacia la casa de Galli. Era lo que debería haber aprendido de Jim Hardie, que la mejor magia reside en el esfuerzo humano, exclusivamente, mientras que la mala magia puede provenir de cualquier origen.

—Vamos —dijo Don y miró con atención a Peter para asegurarse bien de que tendría tacto suficiente como para no hacer el menor ruido.

Apartaron la nieve de la puerta de los fondos con las manos para poder abrirla y luego, avanzando en silencio y en fila india, entraron. Para Peter la casa parecía casi tan oscura como durante la noche en que entraron en ella con Jim Hardie. Sólo en el momento en que Don lo precedió por la cocina tuvo la seguridad de poder dar ese primer paso dentro de la casa. Aun entonces, temió por un instante desmayarse, o lanzar un grito... las tinieblas de la casa parecían susurrar a su alrededor.

Una vez en el vestíbulo, Don les señaló la puerta del sótano, Ricky y él sacaron sus cuchillos y Don abrió la puerta. El escritor los condujo en silencio por los escalones de madera que bajaban al subsuelo.

Peter supo inmediatamente que esto y la llegada al descansillo de la escalera serían la peor parte para él. Miró un instante debajo de la escalera y lo único que vio fue una telaraña que flotaba. Luego él y Don se aproximaron muy despacio a la caldera con brazos de pulpo, mientras Ricky se alejaba hacia el lado opuesto del sótano. Sopesó el cuchillo, era grande, afilado y macizo, y aun cuando sabía que muy pronto tendría que mirar el lugar donde Sears había descubierto los cuerpos de su madre y de Jim Hardie, sabía asimismo que no se desmayaría, ni gritaría, ni haría nada digno de un chico. El cuchillo parecía comunicarle algo de su eficacia.

Llegaron al sector sumido en sombras más profundas junto a la caldera. Don se metió sin vacilar detrás de ella y Peter lo siguió, aferrando con toda su fuerza el mango del cuchillo. *Hay que cortar hacia arriba*, se dijo al recordar una vieja historia de aventuras. *Si bajas la hoja, es más fácil que te la quiten*. Entonces vio acercarse a Ricky, encogiéndose ya de hombros, desde el otro lado del sótano.

Don bajó el hacha. Los dos miraron debajo del banco de carpintero junto a la pared más próxima. Peter se estremeció, pues era allí donde habían estado los cuerpos. Sin duda no había nada allí ahora. Lo adivinó por la forma en que Don y Ricky se irguieron. No había saltado de allí ningún Gregory Bate, listo para empezar

a hablarles... ni siquiera había manchas de sangre. Peter intuyó que los dos hombres aguardaban a que él se moviera. Se inclinó con viveza y miró por segunda vez debajo del banco. Sólo una pared de cemento sumida en las sombras y un piso de cemento gris. Se irguió otra vez.

—Al piso alto, ahora —susurró Don y Ricky hizo un gesto afirmativo.

Cuando llegaron a la mancha marrón en el descansillo Peter aferró aún más fuerte el cuchillo y tragó saliva. Miró por sobre su hombro para asegurarse de que Bate no estaba de pie allá abajo, con su peluca rizada de Harpo Marx y sus anteojos negros, sonriéndoles. Luego escudriñó el tramo siguiente de la escalera. Ricky Hawthorne se volvió para interrogarlo en silencio por medio de una mirada afectuosa. Peter hizo un gesto que expresaba «Estoy bien» y avanzó sigilosamente detrás de los dos hombres.

Fuera del primer dormitorio en la planta alta de la casa Ricky se detuvo e hizo otro gesto afirmativo. Peter sopesó su cuchillo. Tal vez fuese el cuarto con el cual habían soñado los viejos, cualquiera que fuese el significado de esto. Pero era además el cuarto donde había encontrado a Freddy Robinson, el cuarto donde podría haber muerto. Don se adelantó a Ricky y apoyó firmemente la mano en el picaporte. Ricky lo miró, apretó los labios y le hizo otro gesto de que abriera la puerta. Cuando Don lo hizo, Peter vio de pronto el hilo de sudor que corría por el rostro del escritor, tan súbito como un brote de vertiente y todo en su interior pareció secarse. Don atravesó con paso rápido el umbral, levantando el hacha al mismo tiempo. Las piernas de Peter lo llevaron sin que él supiese cómo dentro del cuarto, como si tirase de él una cuerda invisible.

Percibió el dormitorio como en una serie de imágenes instantáneas. Don junto a él, agazapado, con el hacha a su lado, una cama vacía, un piso polvoriento, una pared desnuda, la ventana que había forzado para saltar hacia siglos, Ricky Hawthorne de pie junto a él, boquiabierto, con la mano extendida y el cuchillo en ella, como si estuviese por regalarlo, una pared con un espejito. Un dormitorio vacío.

Don bajó el hacha y poco a poco la tensión se disipó en su rostro. Ricky comenzó a recorrer el cuarto, como si necesitase revisar cada centímetro antes de poder convencerse de que Anna Mostyn y los Bate no estaban ocultos en él. Peter advirtió entonces que sostenía el cuchillo muy flojo a un costado del cuerpo y ello le indicó que se había aflojado él mismo. El cuarto no ofrecía peligro. Y si el cuarto no ofrecía peligro, tampoco lo ofrecía la casa. Miró a Don, quien curvó apenas los labios en una levísima sonrisa.

Y entonces se sintió un idiota, por estar en ese cuarto sonriéndole a Don y dio un paso para controlar a su vez los puntos revisados ya por Ricky Hawthorne. Nada bajo la cama. Un armario empotrado vacío. Se acercó a la pared más alejada. Sentía un músculo tenso en la parte baja de la espalda, que luego se aflojó de pronto. Peter rozó con los dedos la pared: fría. Y sucia. Tenía polvillo gris en los dedos. Dirigió una mirada al espejo.

Con un grito cuya intensidad le chocó, la voz de Ricky Hawthorne llegó hasta él desde el lado opuesto del cuarto:

—¡El espejo no, Peter!

Pero era ya demasiado tarde. Lo había rozado una brisa proveniente de lo más hondo del espejo y sin pensar, Peter se volvió para mirarlo con mayor atención. Su propio rostro estaba disolviéndose hasta ser sólo un pálido contorno y debajo de él, en el lado opuesto, subiendo lentamente como en el agua, estaba el rostro de una mujer. No la conocía, pero la miró como si estuviese enamorado de ella: ligeras pecas, pelo de un suave tono rubio, ojos brillantes y de expresión tierna, la boca dibujada con la expresión más suave que hubiese visto jamás. La imagen tocó toda la tensión que sentía, todas sus sensaciones, y vio cosas en aquel rostro que estaba seguro de no comprender, promesas, cantos, traiciones que no habría de vivir en años. Sintió todo el provincialismo y la superficialidad de sus propias relaciones con las muchachas que había conocido, besado, tomado y vio que las zonas de sus vivencias con las mujeres nunca habían sido suficientes, nunca completas. Y con una ola de ternura, en medio de una nube de emoción, oyó que ella le hablaba. *Mi hermoso Peter. Quieres ser uno de nosotros. Eres ya uno de nosotros. Peter no se movió ni habló, pero su gesto fue un «Sí» Y también son nuestros tus amigos, Peter. Puedes vivir a través del tiempo cantando esa sola canción que es mi canción... puedes estar conmigo y con ellos para siempre, moviéndote como una canción. Usa el cuchillo, Petar, ya sabes cómo, úsalo bien. Usa el cuchillo, levántalo, levanta el cuchillo y vuélvete...*

Estaba blandiendo el cuchillo cuando el espejo comenzó a caer, hablando aún con tono musical, si bien ya no lo oía tan bien, a causa del ruido de un golpe y una voz cerca de su propia cabeza: el espejo cayó al suelo y se quebró.

—Fue un truco, Peter —le decía Ricky—. Debí habértelo advertido antes, pero temía decir nada —su rostro y sus ojos llenos de experiencia estaban junto al de Peter y éste, al mirarlo a su vez con una expresión anonadada, vio en un primer plano, casi surrealista, el doble nudo de la corbata de lazo de Ricky—. Fue un truco —repitió éste. Peter se estremeció y lo abrazó.

Cuando se separaron, Peter se inclinó hacia las dos mitades del espejo y colocó la palma sobre una de ellas. Una brisa deliciosa (*La canción que es mi canción*) se levantó desde el vidrio. Sintió, o bien intuyó que Ricky se ponía rígido junto a él. Apenas visible bajo su mano, había la mitad de una boca de contornos tiernos. Hundió el taco en el espejo quebrado y repitió el gesto una y otra vez, hasta que el espejo plateado quedó reducido a un rompecabezas disperso en el suelo.

10

Quince minutos más tarde habían vuelto al automóvil y se dirigían lentamente hacia el centro de la ciudad, siguiendo el trayecto caprichoso y lleno de rodeos de las calles barridas.

—Quiere hacernos como Gregory y Fenny —afirmó Peter—. Es lo que quiso decir. «Vivir a través del tiempo». Quiere convertirnos en esos seres.

—No tenemos por qué permitirlo —dijo Don.

—Usted habla con tanto valor, a veces —observó Peter, agitando la cabeza—, pero ella dijo que yo era ya uno de ellos. Porque cuando vi a Gregory transformarse

en... usted sabe... él dijo que él era yo. Fue como Jim. Moverse todo el tiempo. Sin detenerse. Sin dudar.

—Y a ti te gustaba esa cualidad de Jim Hardie —dijo Don. Peter asintió. Tenía el rostro surcado de lágrimas—. A mí también me habría gustado —observó Don—. La energía siempre atrae.

—Pero ella sabe que yo soy el eslabón débil —continuó Peter y se llevó las manos a la cara—. Trató de usarme y casi le dio resultado. Podría usarme para destruirlo a usted y a Ricky.

—La diferencia entre tú... entre todos nosotros... y Gregory Bate —dijo Don— es que Gregory deseaba que lo usaran. Lo eligió. Lo buscó.

—Pero ella casi me lo hizo elegir a mí —insistió Peter—. ¡Cuánto los odio!

Ricky habló entonces desde el asiento de atrás.

—Se llevaron a tu madre, a la mayor parte de mis amigos y al hermano de Don, Peter. Todos los odiamos. Podría hacernos a cualquiera de nosotros lo que te hizo a ti allá.

Mientras Ricky hablaba con tono reconfortante desde su asiento, Don no dejaba de conducir, sin preocuparse ya de reparar en la desolación provocada por la nieve. En menos de una hora nevaría otra vez, o por lo menos en menos de uno o dos días como máximo, y Milburn quedaría entonces completamente aislada del mundo exterior, como dentro de una cárcel. Una nevada intensa más y se produciría una ola de muertes que se llevaría a la mitad de los pobladores.

—Detén el auto —dijo Peter de pronto—. *Detento* —dijo y se echó a reír—. Sé dónde están. El lugar de los sueños. —La risa de Peter era estridente y temblorosa y partía como una espiral de la histeria del muchacho—. ¿No dijo ella «el lugar de los sueños»? ¿Y cuál es el único lugar de Milburn que permaneció abierto durante todas las tormentas de nieve?

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Don, volviéndose para mirar a Peter. El rostro de éste se veía de pronto abierto, seguro de sí mismo.

Frente a ellos, en la calle y en gigantescas letras de neón, decía:

RIALTO

Y abajo, en letras más pequeñas, había una última muestra del ingenio de Anna Mostyn:

NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES

Por centésima vez Stella miró su reloj y luego se levantó para ver qué hora daba el que estaba sobre la chimenea. Estaba tres minutos adelantado, como siempre. Hacía treinta o treinta y tres minutos que Ricky y los otros habían partido para alguna parte. Creía saber cómo se había sentido Ricky aquella mañana de Navidad...

que si no salía de la casa y entraba en acción, sucedería algo terrible. Y ahora Stella sabía que si ella no iba a la casa de Robinson a toda prisa, Ricky se encontraría en un peligro enorme. Le había dicho que les diese una hora, pero evidentemente era demasiado tiempo. Lo que fuese que había asustado a Ricky y al resto de la Chowder Society se encontraba en aquella casa, aguardando para volver a atacar. Stella jamás se habría descrito a sí misma como feminista, pero hacía mucho tiempo que sabía que los hombres están persuadidos de que todo tienen que hacerlo ellos. Las Milly Sheehan se encerraban con llave y sufrían alucinaciones, o lo que fuese, cuando sus hombres las dejaban o morían. Si alguna catástrofe inexplicable se llevaba a sus hombres, permanecían acurrucadas y muertas de miedo en una pasividad propia de mujeres y esperaban así la lectura del testamento.

Ricky había supuesto, sencillamente, que ella no servía para ir con ellos. Hasta un chico les era de mayor utilidad que ella. Volvió a mirar su reloj y vio que había transcurrido un minuto más.

Del armario empotrado de abajo retiró un abrigo, se lo puso y luego volvió a quitárselo, por haber decidido que después de todo, probablemente no podría serle útil a Ricky.

—Qué tontería —dijo en voz alta y sacando otra vez el abrigo, se lo puso y salió.

Por lo menos no nevaba en aquel momento y Leon Churchill, que la miraba con admiración desde que era un niño de doce años, había despejado algunas de las calles. Len Shaw, de la estación de servicio, otra conquista lograda por control remoto, había despejado su propia senda de acceso tan pronto como pudo llegar su tractor a la casa de los Hawthorne. En un mundo carente de justicia, Stella no vacilaba nunca en aprovechar su belleza para sus fines. Puso en marcha el automóvil sin dificultades (Len, señalaba Stella, había consagrado una atención casi erótica al motor del Volvo) y salió por el sendero hasta la calle.

Una vez hecha la decisión de ir allá, Stella tenía una prisa casi frenética por llegar a la calle Montgomery. El acceso directo era imposible a causa de algunas calles bloqueadas y aceleró para internarse luego en la red enmarañada de calles barridas por Leon. Se quejó casi en voz alta al advertir que el trayecto estaba llevándola a las inmediaciones de la escuela secundaria. Desde allí tendría que cortar camino por School Road hasta Harding Lane y luego pasar a Lone Pine Road, volviendo por donde había pasado ya, hasta dirigirse por fin a Candlemaker Street después del cine Rialto. Con este mapa intrincado en la memoria, Stella llevó el automóvil a una velocidad casi normal. Los hoyos y elevaciones dejados por el manejo del tractor barrenieve por parte de Churchill la hacían saltar contra el volante, pero dobló la esquina de School Road a buena velocidad, sin advertir en aquella penumbra espesa como lana que el nivel de la calzada bajaba de pronto unos veinte centímetros. Cuando el frente del automóvil chocó contra la nieve acumulada y compacta, empujó el acelerador hasta el fondo, tratando de pensar siempre en las calles que la llevarían a Montgomery Street una vez que saliera de Candlemaker Street.

La parte posterior del automóvil patinó hacia un costado, golpeó un cerco de metal y un buzón y luego siguió girando hasta que Stella se encontró atravesada en

el medio de la calle. Llena de pánico, maniobró desesperadamente con el volante en el instante mismo en que el vehículo se hundía en otra de las terrazas excavadas por Churchill. El automóvil se inclinó sobre un lado, las ruedas giraron en el aire y por fin tocó sin haberse detenido, el cerco metálico.

—¡Maldición! —dijo Stella y con las manos apretadas sobre el volante respiró hondo, para obligarse a dejar de temblar. Abrió la puerta y miró. Si se deslizaba despacio del asiento y bajaba las piernas estaría aún a un metro del suelo. El automóvil podía quedar donde estaba, y por otra parte, no había alternativa. Tendría que llamar un camión de auxilio para que lo retirase del cerco. Stella extendió las piernas hasta que quedaron colgando fuera de la puerta abierta, respiró hondo otra vez y saltó del asiento.

Cayó con fuerza, pero logró mantenerse de pie y echó a andar por School Road sin mirar una sola vez hacia atrás en dirección al automóvil. La puerta abierta, la llave colocada, apoyado en el cerco como un juguete de trapo... tendría que llegar hasta donde se encontraba Ricky. Frente a ella y a medio kilómetro de distancia en la calle, la escuela secundaria era una nube vaga de color marrón oscuro.

Acababa de caer en la cuenta de que tendría que pedir que la llevase alguien cuando a sus espaldas, entre el borrrón de niebla gris, apareció un automóvil azul. Por primera vez en su vida, Stella Hawthorne se volvió para enfrentar el automóvil que se aproximaba y levantó el pulgar.

El vehículo azul se acercó y aplicó los frenos. Cuando estuvo ya casi junto a ella, Stella bajó el brazo y cuando se inclinó para mirar dentro del automóvil vio a un hombre rechoncho que se inclinaba y le dirigía una mirada cordial. Inclinado sobre el asiento abrió la puerta del lado de ella y dijo:

—Está contra mis principios. Pero tiene aspecto de necesitar que la lleven.

Stella entró en el automóvil y se apoyó en el respaldo, olvidando por un instante que el comedido hombrecito no podría adivinar lo que pensaba. En seguida reanudaron la marcha y Stella dijo: —Ah, por favor, discúlpeme, pero tuve un accidente y todavía estoy confusa. Tengo que...

—Por favor, señora Hawthorne —dijo el hombre y volviéndose hacia ella, le sonrió—. No pierda el tiempo en hablar. Me imagino que iba a Montgomery Street. No se moleste. Fue todo un error.

—¿Me conoce usted? —le preguntó Stella—. Pero, ¿cómo sabía que...? El hombre la hizo callar cuando extendiendo un brazo con la agilidad de un boxeador, la aferró del pelo.

—Despacio —dijo y la voz, antes tan tímida y cordial como correspondía al aspecto de su dueño, se volvió ahora la más baja que Stella hubiese oído jamás.

Don fue el primero de ellos que vio el cuerpo de Clark Mulligan. El dueño del teatro estaba doblado sobre la alfombra detrás del mostrador de venta de golosinas, otro cadáver con los signos de los apetitos de los Bate.

—Es verdad, Peter —dijo—. Tienes razón. Están adentro.

—¿El señor Mulligan? —preguntó Peter en voz baja.

Ricky se acercó al mostrador y miró por encima de él.

—No, no —dijo y sacó el cuchillo del bolsillo de su abrigo—. No sabes aún si lo que intentamos hacer es posible, ¿no? Dentro de lo que sabemos, bien puede ser que debamos utilizar púas de madera, o balas de plata, o fuego, o...

—No —interrumpió Peter—. No necesitamos ninguna de esas cosas. Tenemos todo lo que nos hace falta aquí mismo. —El muchacho estaba muy pálido y evitó mirar por arriba del mostrador hacia donde estaba el cuerpo de Mulligan, pero la determinación retratada en su rostro no se parecía a nada de lo que había visto Don hasta entonces: era la negación del temor—. Era así como mataban a los vampiros y a los hombres lobos... lo que imaginaban ser vampiros y hombres lobos. Podrían haber utilizado cualquier cosa. —Directamente ahora, desafió a Don—: ¿No es lo que piensa usted?

—Sí —repuso Don, sin agregar que una cosa era representar una teoría en un cuarto confortable y otra, arriesgar la vida en nombre de ella.

—Yo, también —dijo Peter. Sostenía el cuchillo con la hoja para arriba y tan rígido que Don sentía casi la tensión de los músculos hasta el brazo mismo del muchacho—. Vamos —agregó—. Sé que están adentro.

En aquel momento habló Ricky, para decir lo que era obvio.

—No tenemos alternativa.

Don levantó su hacha y retuvo la cabeza bien apretada contra el pecho pasando luego sin hacer ruido por las puertas que llevaban a la platea. Los otros dos lo siguieron.

En el recinto a oscuras se apretó bien contra la pared, al caer en la cuenta de que no había pensado en la posibilidad de que se estuviese proyectando una película en ese momento. Por la pantalla se movían siluetas gigantescas que aullaban y destrozaban. Los Bate debían de haber matado a Mulligan algo menos de una hora antes de haber llegado al teatro ellos tres. Clark había colocado el rollo de película, puesto en marcha el proyector como lo había hecho siempre durante las tormentas de nieve y bajado luego, para encontrarse con Gregory y Fenny esperándolo en el vestíbulo. Don se desplazó de costado junto a la pared buscando movimiento en las butacas que tenía al frente.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, vio tan sólo los respaldos redondeados desplegándose hilera tras hilera. El sonido de la película le llenaba la cabeza de gritos y alaridos. Estaba siendo exhibida a un auditorio vacío. Y de todos los espectáculos que les había brindado su enemigo, Don hallaba que sin duda éste era el más extraño de todos... los horrores de la pantalla, el tumulto de voces y de música en oleadas sucesivas entre la oscuridad, todo ello sobre aquellas butacas vacías. Miró de reojo a Peter Barnes y aun en la oscuridad vio la expresión decidida en su rostro. Señaló el pasillo más apartado de ellos. Luego se inclinó hacia adelante, para ver a Ricky, quien era sólo una sombra contra la pared y le hizo un gesto, indicando el ancho pasillo central. En seguida Peter se alejó hacia el otro costado de la sala. Ricky se dirigió más despacio hacia el centro y verificó la posición

de Peter y de Don antes de inclinarse, para asegurarse de que Gregory y Fenny no estaban ocultos en esa fila. Luego todos avanzaron, revisando cada hilera sucesivamente.

«¿Si Ricky los descubre?» pensó Don. «¿Podremos llegar junto a él con tiempo para salvarlo? Está muy expuesto allí en ese espacio abierto...

Pero Ricky, sosteniendo su cuchillo a un costado del cuerpo, pasó al pasillo central y miró calmosamente hacia ambos lados como si hubiese perdido su entrada y estuviese buscándola. Actuaba con tanta minuciosidad como si hubiese estado en la casa de Anna Mostyn.

Don se movía siguiendo a los otros, tratando de ver en la oscuridad entre las filas de butacas. Envolturas de caramelos, papeles, lo que parecía ser la acumulación de polvo de todo el invierno, filas de asientos, algunos rotos, algunos reparados con cinta plástica, unos cuantos en cada hilera con los brazos quebrados y en medio de cada hilera, un pozo de tinieblas que parecía querer atraerlo, aspirarlo. Sobre su cabeza y al frente, la película mostraba una serie de imágenes que Don captaba como cuadros desconectados cada vez que miraba desde el piso de la sala. Cadáveres levantándose de sus tumbas, automóviles que viraban a una velocidad peligrosa por las esquinas, el rostro desolado de una muchacha... Don miró hacia la pantalla y creyó por un instante estar viendo una película sobre él mismo en el sótano de Anna Mostyn.

Pero, no, desde luego que no era así. La escena era sólo parte de la película con un hombre que no se parecía a él en un sótano que tampoco se parecía al de Anna. La familia de la película se había atrincherado en un sótano y la atmósfera resonaba con el ruido de puertas que se cerraban: *quizá sea así como se lucha contra ellos, refugiándose en un sótano hasta que se van... se aprietan los labios y se cierran los ojos. Y se abriga la esperanza de que agarren a tu hermano, a cualquiera antes de que te agarren a ti...* y se daba cuenta de que esto era lo que habían hecho los centinelas nocturnos. Revisó las filas de butacas y las vio llenas de las víctimas de Gregory y en seguida vio a Ricky y a Peter, que lo miraban con curiosidad. Estaba dos hileras detrás de ellos. Don volvió a inclinarse y descubrió que estaba contemplando con expresión de asombro una caja de palomitas aplastada. Rápidamente avanzó por los anchos escalones para ponerse a la par de los otros.

Cuando llegaron a la primera fila sin haber encontrado nada, Don y Peter pasaron al pasillo central para reunirse con Ricky.

—Nada —dijo Don.

—Sin embargo están aquí —susurró Peter—. Tienen que estar aquí.

—Está la cabina de proyección —dijo Don—. Los baños. Y seguramente Mulligan debía de tener una oficina.

En la pantalla se golpeó una puerta: ruido de vida amurallada y de muerte encerrada junto con la vida.

—El balcón, quizá —sugirió Peter y levantó la vista hacia la pantalla. ¿Y qué hay detrás? ¿Cómo se pasa al otro lado?

Volvió a golpearse una puerta. Las voces inhumanas que armonizaban en volumen con los personajes en la pantalla, inflados de emociones fingidas, llegaban hasta ellos desde los altoparlantes.

La puerta se abrió con un ruido seco, breve, el que hace una barra metálica cuando al apretarla levanta un cerrojo. En seguida volvió a cerrarse.

—Claro —dijo Ricky—, es allí donde ellos... —pero los otros dos no le prestaban atención. Habían reconocido el ruido y estaban mirando la entrada a un túnel profundo e iluminado a la derecha de la pantalla. Sobre el túnel un cartel blanco rezaba SALIDA.

El sonido los envolvió, a un costado las formas gigantescas representaban una pantomima romántica digna de la música, pero lo que ellos escuchaban era un ruido leve, seco, proveniente del pasillo de salida en dirección a la luz, un ruido como el de manos que aplaudiesen. Era el ruido de pies descalzos.

En el final del pasillo apareció un niño y se detuvo al borde de la zona iluminada. Los miró... era una aparición salida de los estudios hechos en la década de 1930 de la miseria rural, un chico que mostraba un pecho palpitante y costillas salientes y una cara sucia y llena de sombras que nunca se vería animada por el pensamiento. Estaba en el límite de la luz del corredor y la saliva caía de su labio inferior. El chico levantó los brazos, los puños cerrados frente a sí e hizo el ademán de agitar hacia arriba y hacia abajo una barra de hierro. Luego echó la cabeza hacia atrás y rió, haciendo una vez más el gesto de cerrar una puerta pesada.

—Mi hermano les dice que las puertas están cerradas —dijo una voz más arriba de ellos. Los tres se volvieron rápidamente, Don con el hacha levantada. Gregory Bate estaba de pie en el escenario junto a la cortina roja que flanqueaba la pantalla. Aunque gente de aventura y tan valerosa como ustedes no querría otra cosa, ¿no? ¿Vinieron para esto, no? Especialmente *usted*, señor Wanderley, desde tan lejos, California, Fenny y yo lamentamos no haber sido presentados a usted como es debido allá. —Gregory se movió con agilidad hacia el centro del escenario y la imagen se deformó y cubrió la superficie con su cuerpo—. ¿Y creen, en realidad, que pueden hacernos daño con esos instrumentos medievales que llevan? Pero señores... —Gregory extendió los brazos y sus ojos brillaban como ascuas. Todo él estaba cubierto de formas gigantescas... una mano abierta, una lámpara volcada, una puerta rota.

Y debajo de todo esto, Don comprobó lo que Bate había demostrado a Peter Barnes, que la dicción cuidada y los modales teatrales eran un ropaje insubstancial para cubrir una concentración terrible, un propósito tan implacable como el de un autómatas. Bate estaba parado en el escenario y les sonreía.

—*Ahora* —dijo con el tono de un dios que ordena que se haga la luz.

Don saltó hacia un costado, oyó algo que pasaba a toda carrera junto a él y vio el cuerpecito enloquecido de Fenny que chocaba con el de Peter Barnes. Ninguno de ellos había visto moverse al niño. Ahora estaba encima de Peter empujándole los brazos hacia el suelo de la sala, gruñendo, manteniendo alejado el cuchillo de Peter de modo que no podía usarlo, lanzando chillidos que se perdían entre los gritos que partían de los altoparlantes.

Don levantó el hacha y sintió que una mano vigorosa lo asía de la muñeca. *Immortal* susurró subiendo por su brazo, *¿no quieres serlo?*

—¿No querrías vivir siempre? —le dijo Gregory Bate al oído, respirándole en la cara con su aliento hediondo—. ¿Aun cuando debas morir primero? Es un buen negocio de cristianos, después de todo.

La mano lo hizo volverse con toda facilidad y Don sintió que perdía todas sus fuerzas, como si la mano de Bate sobre su muñeca se la quitase, como un imán. La otra mano de Bate lo tomó del mentón y se lo levantó, obligando a Don a mirarlo a los ojos. Recordó que Peter le había contado cómo murió Jim Hardie, que Bate le sorbió la vida con la mirada, pero era imposible no mirar. Tenía, además, la sensación de que sus pies flotaban, sus piernas eran de agua y de que en el fondo del oro reluciente de esos ojos había una total sabiduría y más en el fondo aún, una total maldad, una violencia incontenible, un huracán de muerte como el que arrasa el bosque en el invierno.

—Cuidado, inmundo —oyó decir vagamente a Ricky. La atención de Bate se desvió de él y tuvo ahora la sensación de que se le llenaban las piernas de arena y un lado de la cabeza del hombre lobo se apartó de su propia cabeza muy despacio, como en un sueño. Algo hacía un ruido ensordecedor y el rostro de perfil de Bate se deslizó junto al suyo, piel macilenta y oreja, perfecto como una estatua... Bate lo arrojó a un lado.

—¿Ves esto, inmundo? —gritaba Ricky, y Don tendido sobre su hacha (*¿Y para qué era?*) atrapado a medias bajo una de las butacas de la primera fila, miró como entre sueños y vio a Ricky hundiendo el cuchillo en la nuca de Fenny.

—Malo —susurró, y luego—: No —y dejó de estar seguro de que no era simplemente parte de la confusa acción que se desenvolvía arriba de todos ellos. Por fin vio a Gregory arrojar al viejo Ricky sobre el cuerpo inmóvil de Peter Barnes.

13

—No hace falta crear dificultades, ¿eh, señora Hawthorne? —dijo el hombre que la tenía asida del pelo—. Me oye bien, ¿no? —Al decir esto tiró del pelo y le causó dolor.

Stella hizo un gesto afirmativo.

—¿Y oyó lo que dije? No es necesario ir a Montgomery Street... en lo más mínimo. Su marido no está ya allí. No encontró lo que buscaba y se fue a otra parte.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de un amigo. Un buen amigo de un buen amigo. —Sin soltar el pelo el hombre extendió una mano para accionar el cambio automático y el automóvil comenzó a avanzar—. Mi amigo tiene muchas ganas de conocerla.

—Suélteme —le dijo Stella.

El hombre tiró de ella hacia sí.

—Basta, señora Hawthorne. Le esperan momentos extraordinarios. De modo que... basta. Nada de resistirse, o la mataré aquí mismo. Y sería un gran desperdicio.

Ahora, prométame quedarse quieta. Vamos solamente a los arrabales, al Hollow. ¿De acuerdo? ¿Se quedará quieta?

Stella, aterrorizada y temerosa de perder el mechón de pelo del cual la tenía asida el hombre, dijo:

—Sí.

—Muy inteligente. —El hombre le soltó el pelo y posó una mano sobre su sien—. Eres una mujer tan bonita, Stella...

Stella se apartó con repugnancia.

—¿Quieta?

—Quieta —murmuró ella, y muy despacio el hombre tomó la dirección de la escuela secundaria. Stella miró por la ventanilla de atrás y no vio otros automóviles. El suyo, volcado contra el cerco, era cada vez más pequeño.

—Piensa matarme —dijo.

—No, a menos que me obligue a matarla, señora Hawthorne. Soy una persona muy religiosa en mi vida actual. No me gustaría nada tomar una vida humana. Somos pacifistas, ¿sabe?

—¿Somos?

El hombre le dirigió una sonrisa irónica, los labios levemente fruncidos, e hizo un gesto señalando el asiento de atrás. Al mirar hacia allí, Stella vio docenas de ejemplares de *El Atalaya* desparramados en el asiento.

—Entonces me matará su amigo. Como a Sears y a Lewis y a los otros.

—Precisamente así, no, señora Hawthorne. Bien, tal vez un poco como al señor Benedikt. Ésa fue la única muerte que nuestra amiga llevó a cabo sola. Pero puedo asegurarle que el señor Benedikt vio muchas cosas interesantes y extraordinarias antes de pasar a mejor vida. —Pasaban en aquel momento frente a la escuela y Stella oyó un ruido familiar, un chirrido, antes de reconocerlo. Miró desesperada por la ventanilla y vio el tractor barrenieve avanzando contra un montículo de cuatro metros de altura.

—La verdad es —prosiguió el hombre— que cabría afirmar que se entretuvo muchísimo. En cuanto a usted, vivirá una experiencia que muchos envidiarían... verá directamente el fondo de un misterio, señora Hawthorne, un misterio que ha persistido en su cultura durante siglos. Algunos dirían que vale la pena morir por él. Especialmente cuando la alternativa es morir en forma bastante sucia aquí mismo.

Ahora hasta la máquina barredora había quedado detrás de ellos, a una cuadra. La calle despejada siguiente, Harding Lane, estaba a unos seis metros y Stella se vio por anticipado alejada cada vez más de la seguridad, de Leon con su tractor, hacia un peligro terrible, pasiva en manos de ese Testigo de Jehová loco.

—Le diré, señora Hawthorne —dijo el hombre—, que ya que colabora tanto...

Stella dio un puntapié con todas sus fuerzas y sintió la punta de su bota hundirse bien en el tobillo del hombre. Éste dio un alarido de dolor y se volvió hacia ella. Stella se arrojó sobre el volante, interponiéndose entre éste y el hombre, quien estaba pegándole en la cabeza, y logró llevar el automóvil contra el banco de nieve dejado por el tractor.

Ahora, si sólo Leon mirase hacia ellos, rogó. El automóvil, no obstante, chocó con un ruido ahogado contra el banco de nieve.

El hombre la arrancó del volante y la empujó contra la puerta, causándole una dolorosa torcedura de las piernas. Stella levantó los puños y lo golpeó en la cara, pero el hombre apoyó todo su peso en ella y le apartó las manos. ¡Quieta! gritaba algo en su mente y Stella estuvo a punto de desmayarse. *Mujer estúpida, estúpida.*

Abrió los ojos y vio la cara sobre ella, abotagada de grasa, con poros abiertos y negros en la gruesa nariz, sudor en la frente, ojos cobardes e inyectados en sangre, la cara de un hombrecito mezquino de los que dicen a quienes recogen que ello está, contra sus principios. Estaba golpeándole en los lados de la cabeza y cada golpe iba acompañado por una lluvia de saliva. *¡Mujer estúpida!*

Gruñendo, el hombre metió una pierna entre las rodillas de ella y le aferró la garganta con ambas manos.

Stella le golpeó los costados y por fin logró hundirle una mano bajo el mentón. No bastaba. Seguía apretándole la garganta y la voz en su mente repetía *estúpida, estúpida, estúpida.*

Recordó entonces.

Bajó las manos, tiró de su solapa con la derecha y tocó la cabeza de perla del alfiler de sombreros. Recurrió a toda la fuerza de su brazo derecho para hundírselo en una sien.

Los ojos cobardes se volvieron saltones y la voz monótona que hablaba sin cesar en la mente de Stella se transformó en una mezcla de voces múltiples y asombradas. *Qué qué (ella) no está (espada) mujer que...* Las manos del hombre se aflojaron y luego cayó sobre ella como una roca.

Entonces Stella consiguió gritar.

Se movió para abrir la puerta y cayó de espaldas en la nieve. Por unos instantes después de haber caído permaneció anhelante en el suelo, con el sabor de sangre dentro de la cabeza, mezclado con nieve sucia y sal gruesa. Se irguió y vio la cabeza calva del hombre colgando en el borde del asiento. Con un sollozo ahogado, se levantó.

Se volvió de espaldas al automóvil y corrió por School Road hacia Leon Churchill, quien estaba ahora de pie junto a la máquina, mirando algo oscuro que acababa de desenterrar, evidentemente. Stella lo llamó a gritos, disminuyó el paso hasta caminar y el hombre se volvió al verla aproximarse.

Echó una última mirada a la cosa oscura en la nieve y luego se acercó al trote a Stella, quien estaba demasiado espantada para advertir que el policía estaba tan horrorizado como ella. Cuando estuvo junto a él le dijo después de obligarla a volverse:

—Vamos, señora Hawthorne... no hace falta que vea eso, y qué le pasa, de todos modos... ¿tuvo un accidente, señora Hawthorne?

—Acabo de matar a un hombre —dijo ella—. Le pedí que me recogiera. Trató de atacarme. Le hundí un alfiler de sombreros en la cabeza. Lo maté.

—¿Trató de hacerle mal? —preguntó Leon—. Vaya... —Miró hacia donde estaba su tractor y luego el rostro de Stella Hawthorne—. Vamos, echemos una miradita. ¿Sucedio allí? —dijo, señalando el automóvil azul—. Vamos, tuvieron un accidente.

Mientras él la acompañaba hasta el automóvil, Stella trató de explicarle todo.

—Tuve un accidente con mi automóvil y él se detuvo para recogerme y luego trató de matarme. Me hizo mal. Y yo tenía este alfiler largo y...

—Bien, no lo mató, de todos modos —dijo Leon, mirándola con aire indulgente.

—No se muestre superior conmigo.

—No está en el automóvil —dijo Leon y apoyando las manos en los hombros de ella, la volvió para que mirase por la puerta abierta el asiento vacío.

Stella por poco no se desmayó.

Leon la sostuvo y trató de explicarle.

—Mire, lo que seguramente ocurrió es que usted sufrió un *shock* después del accidente, ese hombre fue a buscar auxilio y aun es posible que usted se haya desmayado por un instante. Se golpeó al salir el auto de la calle. ¿No quiere que la lleve a casa en el tractor, señora Hawthorne?

—No está —dijo Stella.

Un perro blanco de gran tamaño saltó a la cima del banco de nieve desde el terreno de una de las casas vecinas, marchó un poco por dicha cima y volvió a saltar hacia la calle, en medio de una lluvia de nieve.

—Sí, por favor, lléveme a casa, Lean —dijo Stella.

Leon miró preocupado en dirección a la escuela.

—Sí, de todos modos tengo que volver a la oficina. Quédese aquí Y volveré en cinco segundos con la barredora de nieve.

—Muy bien.

—No diré que sea un gran carruaje —dijo Lean sonriendo.

14

—Ahora, señor Wanderley —dijo Bate—, volvamos al tema que estábamos discutiendo. Bate avanzó hacia Don por el pasillo.

Lo gritos, los gemidos, el aullido del viento furioso llenaban la sala.

—*Vivir siempre.*

—*Vivir siempre.*

Don extendió las piernas y miró atontado la pila de cuerpos tendidos bajo la tarima que llegaba al escenario. El rostro pálido del viejo estaba en una posición forzada, frente a él, y yacía sobre el cuerpo de un niño descalzo. Peter Barnes estaba debajo de los dos, moviendo débilmente las manos.

—Deberíamos haber concluido este asunto hace dos años —dijo Bate con tono suave, felino—. Se habría ahorrado tanto trabajo si lo hubiéramos hecho. Recuerda hace dos años, ¿no?

Don imaginó la voz de Alma Mobley diciendo *Se llama Greg. Nos conocimos en Nueva Orleans* y recordó un momento determinado con tanta claridad como si estuviese allí otra vez: él mismo, parado en una esquina de Berkeley y contemplando

con una sensación de *shock* a la mujer en las sombras junto a la puerta de un bar llamado El Ultimo Escollo. La súbita sensación de derrota le hizo imposible moverse.

— Tanto trabajo — repitió Bate—. Pero eso hace mucho más grato este momento, ¿no cree?

Peter Barnes, sangrando de una mejilla, logró salir a medias de debajo de los otros cuerpos.

— Alma — pudo decir Don.

El rostro de marfil de Bate se movió apenas.

— Así es. Su Alma. La Alma de su hermano. No olvidemos a David. No resulta tan entretenido como usted.

— Entrenido.

— Sí, lo que dije. Nos gusta el entretenimiento. Es justo, ya que nosotros hemos contribuido con tanto. Ahora, míreme otra vez, Donaid — dijo y se inclinó para levantar a Don del suelo, con una fría sonrisa.

Peter dejó escapar un gemido y consiguió zafarse del todo. Confuso, Don lo miró y vio que Fenny también se movía y se volvía sobre un costado, el rostro sucio, una mueca que expresaba un grito mudo.

— Hirieron a Fenny — dijo Don, parpadeando, y vio la mano de Bate acercarse poco a poco hacia él. De pronto extendió las piernas y se apartó de Bate en un movimiento tan rápido como nunca había hecho otro en su vida. Se puso de pie con dificultad y quedó interpuesto entre Gregory y Peter, quien estaba...

— *Vivir siempre...*

...abriendo y cerrando los ojos, delante de la figura inquieta y gesticulante de Fenny Bate.

— Hirieron a Fenny — dijo Don, y el significado del sufrimiento de Fenny se introdujo en él como corriente eléctrica. Los gigantescos sonidos de la película volvieron a restablecerle el sentido del oído.

— Tú, no — dijo a Bate y miró debajo de las butacas. Su hacha estaba fuera de su alcance.

— Yo no, ¿qué?

— Vives siempre.

— Vivimos mucho más que ustedes — afirmó Bate y el barniz de cultura de su tono se rasgó para revelar la violencia debajo. Don retrocedió hacia Peter, sin mirar a Bate a los ojos, sino a la boca—. Tú no vivirás ni un minuto más — agregó Bate y dio un paso.

— Peter — dijo Don y miró por sobre el hombro al muchacho.

Peter sostenía el cuchillo sobre el cuerpo de Fenny, quien se retorció sin cesar.

— Hazlo — gritó Don, y Peter hundió el cuchillo en el pecho de Fenny. Algo blanco y sucio brotó hacia arriba, como un surtidor maloliente, del interior del torso de Fenny.

Gregory se abalanzó sobre Peter, dando alaridos y arrojó violentamente a Don contra la primera fila de butacas.

Al principio Ricky Hawthorne creyó estar muerto, pues el dolor de espalda era tan intenso que a su juicio sólo la muerte o bien morir se podía justificarlo. Pero luego vio la alfombra gastada contra su rostro, con sus hebras de lana que parecían tener varios centímetros de altura y oyó gritar a Don: estaba vivo. Moviéndose entonces la cabeza. Lo último que recordaba era haberle cortado el cuello a Fenny Bate. Después lo había aplastado una locomotora.

Algo junto a él se movió. Cuando levantó la cabeza para ver qué era, el pecho desnudo y abierto dio un salto ante sus ojos, hasta parecer tener dos metros de altura y por lo menos otro sobre el piso. Por la piel blanca pululaban gusanitos blancos. Ricky se apartó y a pesar de sentir que tenía la espalda fracturada, logró sentarse.

A su lado, Gregory estaba levantando en vilo a Peter Barnes, gritando al mismo tiempo como si llevase un órgano dentro del pecho. Una parte del haz de luz del proyector iluminó los brazos de Gregory y el cuerpo de Peter y por un instante una serie de manchas blancas y negras se desplazaron sobre ellos. Sin dejar de gritar, Bate arrojó a Peter contra la pantalla.

Ricky no encontraba su cuchillo y, de rodillas, comenzó a buscarlo. Sus dedos asieron por fin un mango de cuerno y la larga hoja reflejó una línea de luz gris. Fenny se agitaba junto a él y se volvió sobre su mano, lanzando agudos chillidos. Ricky retiró entonces el cuchillo de debajo de la espalda de Fenny, sintió la propia mano mojada y se obligó a sí mismo a incorporarse.

Gregory corría en aquel momento por el escenario para perseguir a Peter a través de la rotura de la pantalla. Con su mano libre, Ricky asió el grueso cuello de su chaqueta de marinero. De pronto Bate se puso rígido pues tenía reflejos de gato y Ricky supo, lleno de terror, que lo mataría, que se volvería con manos capaces de reducir a polvo y dientes asesinos, a menos que él, Ricky, hiciese lo único que era posible hacer.

Antes de que Bate llegase a moverse, Ricky le hundió el cuchillo en la espalda.

No oía ahora nada, ni los ruidos de los altoparlantes, ni los gritos que seguramente brotaban de Bate. Se quedó inmóvil apretando con fuerza el mango de cuerno, atontado por la enormidad de lo que acababa de hacer. Bate cayó hacia atrás y una vez caído de espaldas, mostró a Ricky Hawthorne un rostro que habría de acompañar a éste el resto de su vida: ojos cargados de furia, de tormenta y una boca negra y abierta como un abismo.

—Inmundo —dijo Ricky, casi sollozando.

Bate cayó hacia él.

Don saltó sobre las butacas con el hacha, en un esfuerzo desesperado por atacar a Bate antes de que le destrozase la garganta a Ricky. Vio entonces desplomarse el cuerpo musculoso, que Ricky, jadeante, empujaba lejos de sí. Bate había caído delante del escenario, pero se arrodilló. Un líquido brotaba de su boca.

—Aléjese, Ricky —le dijo Don, pero el viejo abogado no podía moverse.

Bate comenzó a arrastrarse hacia él. Cuando estuvo junto a Ricky, echó la cabeza hacia atrás y lo miró directamente a los ojos.

—*Vivir siempre.*

Don levantó entonces el hacha sobre su propia cabeza y dejó caer la filosa hoja en el cuello de Bate, llegando a hacerle un profundo corte en el torso. El hachazo siguiente lo degolló.

Arrastrándose, Peter Barnes pasó a través de la pantalla rota, confuso de dolor y encandilado por el haz de luz del proyector. Con enorme esfuerzo recorrió unos pocos centímetros de piso sin alfombra hasta el borde del escenario, oyendo todo el tiempo la algarabía de voces que gritaban, en la creencia de que si llegaba hasta el cuchillo antes de que Bate lo viese, por lo menos salvaría a Don. Habían matado a Ricky con el primer golpe. Estaba seguro de ello, pues había visto su fuerza. Vio entonces, bajo el haz de luz, lo que estaba haciendo Don. El cuerpo decapitado de Gregory Bate se agitaba bajo los hachazos. Junto a él Fenny se movía también sin cesar, cubierto de algo blanco que se movía.

—Déjenme —dijo, y tanto Ricky como Don lo miraron con expresiones desencajadas.

Una vez que Peter estuvo junto a ellos en el piso de la sala, le tomó el hacha a Don y la dejó caer sin fuerza, pues su estado de histeria y su odio malograron el golpe. De pronto se sintió más fuerte, no obstante, fuerte como un leñador y tuvo la sensación de arder, de estar lleno de luz. Levantó el hacha sin esfuerzo entonces, sin sentir el menor rastro de su dolor y la dejó caer otra vez, y otra y otra, pasando luego a Fenny.

Cuando los dos quedaron reducidos a jirones de piel y huesos destrozados, una leve brisa se levantó de sus cuerpos, formando volutas bajo el haz de luz del proyector y pasó junto a Peter con tanta fuerza que lo hizo apartarse.

Peter se inclinó a recoger el cuchillo.

—Por Dios... —dijo Ricky y se acercó con pasos vacilantes a una de las butacas.

Cuando salieron del cine, renqueando, con la mente atontada, repararon en el viento impaciente, apresurado, aun dentro del vestíbulo... un viento que pareció agitarse en remolinos a través del espacio vacío, en busca de una salida, agitando carteleras y las bolsas de papas fritas en el mostrador de las golosinas, buscando escapar... y cuando abrieron por la fuerza las puertas, el viento cayó sobre ellos para reunirse con el peor vendaval de la temporada.

15

Don y Peter debieron cargar casi a Ricky Hawthorne a casa en medio de la tormenta. Y ahora había dos convalecientes en casa de los Hawthorne. Peter se lo explicó a su padre en los siguientes términos:

—Pasaré la noche con el señor y la señora Hawthorne, papá... me he quedado atrapado en su casa. Don Wanderley y yo trajimos al señor Hawthorne de regreso a casa en una angarilla o poco menos. Está en cama y ella también, pues se siente mal después de un pequeño accidente que tuvo con su automóvil...

—Esta tarde habrá muchos accidentes en las calles —dijo su padre.

—Y por fin conseguimos que venga un médico a darles un sedante. Y el señor Hawthorne tiene un resfrío fortísimo y el doctor dijo que se pescará una pulmonía si no hace reposo. Por eso Don Wanderley y yo nos quedemos a cuidar a los dos.

—No comprendí del todo bien, Peter. ¿Tú estabas *con* este Wanderley y con el señor Hawthorne?

—Sí.

—Bien, querría que se te hubiese ocurrido llamar antes. Estaba medio muerto de preocupación. Eres lo único que me queda, ¿sabes?

—Perdóname, papá.

—Bien, por lo menos estás con gente buena. Trata de volver a casa cuando puedas, pero no te arriesgues a la tormenta.

—Muy bien, papá. —Peter colgó el receptor, contento de que su padre no tuviese voz de haber bebido y, más aún, de que no le hubiese hecho más preguntas.

Prepararon con Don una sopa para Ricky y se la llevaron al cuarto de huéspedes, donde el viejo estaba descansando mientras su mujer dormía tranquila en el dormitorio.

—No sé qué me sucedió —dijo Ricky—. No podía dar un solo paso más. De haber estado solo, me habría muerto congelado allá.

—Si cualquiera de los tres hubiera estado solo... —Don no pudo terminar la frase.

—O si hubiésemos sido sólo dos —agregó Peter—, estaríamos muertos. Nos habría matado con toda facilidad.

—La verdad es que no nos mató —dijo Ricky, muy animado—. Don tenía razón en cuanto a ellos. Y ahora se ha realizado los dos tercios de nuestra tarea.

—Quiere decir que debemos encontrarla a ella —observó Peter—. ¿Cree que lo lograremos?

—Sí —repuso Don—. Es posible que Stella pueda decirnos algo. Tal vez se haya enterado de algo... oído algo. Creo que no hay duda de que el hombre del automóvil azul es el mismo que te persiguió a ti. Seguramente podremos hablar con ella esta noche.

—¿Servirá para algo? —quiso saber Peter—. Estamos otra vez bloqueados por la nieve. No podremos ir a ninguna parte en auto, aun cuando la señora Hawthorne sepa algo.

—En tal caso, iremos a pie —dijo Don.

—Sí —opinó Ricky—. Si hace falta, iremos a pie. —Se reclinó entonces en las almohadas—. ¿Saben una cosa? Ahora *nosotros* somos la Chowder Society. Los tres. Cuando encontraron a Sears muerto creí... dije que sólo quedaba yo. Me sentí sumamente solo. Sears era mi mejor amigo, como un hermano para mí. Y lo extrañaré mientras viva. Pero sé que cuando Gregory acorraló a Sears, debió defenderse como una fiera. Hizo todo lo que pudo por salvar a Fenny hace mucho tiempo y sé que hizo todo lo que pudo contra ellos cuando le llegó el momento de hacerlo. No, no hay motivo para estar triste por Sears... probablemente actuó mejor que cualquiera de nosotros, si hubiéramos estado solos.

Después de dejar su plato de sopa, vacío ya, sobre la mesa, prosiguió:

—Y ahora tenemos una nueva Chowder Society y aquí estamos todos. Y no hay whisky, ni cigarros, ni estamos vestidos como corresponde... ¡Mírenme a mí! Ni siquiera tengo puesta mi corbata de lazo —comentó, tirando del cuello abierto de su pijama y sonriéndoles—. Y les diré una cosa más. Basta de historias de horror y de pesadillas. Gracias a Dios.

—No estoy seguro en cuanto a las pesadillas —observó Peter.

Cuando Peter Barnes se retiró a su cuarto a descansar una hora, Ricky se sentó en la cama y miró con gran franqueza a Don a través de sus anteojos.

—Don, cuando usted llegó aquí seguramente notó que yo no le tenía mucha simpatía. No me gustaba que estuviese aquí y hasta que vi que en muchos aspectos se parecía a su tío, no me gustó mucho como persona. Pero no necesito decirle que todo eso cambió, ¿no? Dios, ¡estoy charlando como un loro! ¿Qué había en esa inyección que me dio el doctor?

—Una dosis enorme de vitaminas.

—La verdad es que me siento mucho mejor. Todavía tengo este resfrío terrible, sin duda, pero hace tanto que lo tengo que es como un amigo. Quiero decirle ahora, Don, que después de todo lo que hemos pasado juntos, no me sería posible apreciarlo más. Si Sears era como un hermano para mí, usted es como un hijo. Está más próximo a mí que mi hijo, en realidad. Mi hijo Robert no se comunica conmigo muy bien... no puedo dialogar con él... Y esto sucede desde que cumplió catorce años. Por ello creo que lo adoptaré espiritualmente, si usted no tiene inconveniente.

—Me siento tan orgulloso de mí mismo, que no podría objetar jamás —dijo Don, y le tomó la mano.

—¿Está seguro de que había solamente vitaminas en esa inyección?

—Yo...

—Si es así como hace sentirse la droga, comprendo que John se volviese drogadicto. —Ricky se apoyó en las almohadas y cerró los ojos—. Cuando haya terminado todo esto, suponiendo que aún estemos con vida, la llevaré a Stella a Europa. Le enviaré un bombardeo de tarjetas postales.

—Me encantará —dijo Don e iba a decir algo más, cuando vio que Ricky estaba ya dormido.

Poco después de las diez de la noche, Peter y Don, que habían comido abajo, llevaron un bife a la plancha, una ensalada y una botella de borgoña al cuarto de Ricky. Otro plato sobre la bandeja contenía otro bife para Stella. Don golpeó a la puerta y oyó a Ricky decir:

—Adelante. —Entró, entonces, con la cargada bandeja.

Stella Hawthorne, con el pelo envuelto en una echarpe, levantó la vista para mirar a Don desde el lugar que ocupaba junto a su marido en la cama del cuarto de huéspedes.

—Me desperté hace más o menos una hora —explicó—, y como me sentí un poco sola, vine a estar con Ricky. ¿Comida? Qué buenos son los dos... —añadió sonriendo a Peter, quien permanecía junto a la puerta con aire tímido.

—Mientras ustedes nos comían todo lo que tenemos abajo, tuve una charla con Stella —dijo Ricky. Tomó la bandeja y la apoyó en el regazo de Stella, retirando de

ella un plato para sí—. ¡Qué lujo es esto! Stella, debimos haber tenido mucamas hace mucho tiempo.

—Creo haberlo mencionado alguna vez —señaló ella. Si bien estaba todavía agitada y extenuada por la experiencia, había mejorado muchísimo durante la tarde. Ahora no parecía ya una mujer de una cuarentena de años y seguramente nunca volvería a aparentar esa edad, pero tenía la mirada bien limpida.

Ricky se sirvió vino y le sirvió un poco a Stella y cortó un trozo de carne.

—No hay duda de que el hombre que recogió a Stella era el mismo que te siguió a ti, Peter. Hasta le dijo a ella que era Testigo de Jehová.

—Pero estaba *muerto* —afirmó Stella y por un instante el *shock* volvió a aparecer en su rostro. Con un gesto rápido tomó la mano de Ricky y la retuvo entre las suyas—. Estaba muerto, sí.

—Lo sé —dijo Ricky y se dirigió nuevamente a los otros dos—. Pero cuando Stella volvió con alguien que ayudase, el cuerpo había desaparecido.

—¿Quieren decirme, por favor, qué está pasando? —preguntó Stella, al borde de las lágrimas.

—Te lo diré —repuso Ricky—, pero ahora, no. Todavía no hemos terminado. Este verano te lo explicaré todo. Cuando salgamos de Milburn.

—¿Cuándo salgamos de Milburn?

—Quiero llevarte a Francia. Iremos a Antibes y a St. Tropez y a Arlés, y a cualquier parte que nos atraiga. Seremos un par de turistas viejos y de aspecto raro. Pero primero tienes que ayudarnos. ¿Te molesta?

El espíritu práctico de Stella le fue útil ahora.

—No, siempre que lo que dijiste sea una promesa y no un simple soborno.

—¿Viste algo más cerca del auto cuando volviste con Leon Churchill?

—No había nadie más —replicó Stella, más tranquila.

—No me refiero a otras personas. ¿Viste animales?

—No recuerdo. Me sentía tan... tan irreal. No, nada.

—¿Estás segura? Trata de recordar la escena. El auto, la puerta abierta, el banco de nieve con que chocaste...

—Ah —recordó la mujer, y Ricky se quedó con el tenedor levantado antes de llevárselo a la boca—. Tienes razón. Vi un perro. ¿Por qué es importante? Saltó arriba del banco desde el terreno de alguien y luego saltó a la calle. Reparé en él porque era muy bonito. Blanco.

—Eso es —dijo Don.

Peter Barnes miró sucesivamente a Don y a Ricky con la boca entreabierta.

—¿Quieres un poco de vino, Peter? ¿Y tú, Don? —preguntó Ricky.

Don dijo que no, pero Peter aceptó. Ricky le pasó su vaso.

—¿Puedes recordar algo de lo que dijo el hombre?

—Fue todo tan horrible... Creí que estaba loco. Y luego pensé que me conocía, llamó por mi nombre y dijo que no debía ir a Montgomery Street porque ustedes no estaban ya allí... ¿Dónde estaban?

—Te lo contaré todo bebiendo Pernod. Esta primavera.

—¿Hay algo más que recuerde? —preguntó Don—. ¿Dijo adónde pensaba llevarla?

—A casa de una amiga —dijo Stella y se estremeció—. Añadió que vería un misterio. Y habló de Lewis.

—¿Nada referente a dónde estaba esta amiga?

—No. Espere. No. —Stella miró su plato y empujó la bandeja hacia los pies de la cama—. Pobre Lewis. Basta de preguntas. Por favor.

—Será mejor que nos dejen a solas —le dijo Ricky.

Peter y Don estaban junto a la puerta cuando Stella dijo:

—Ahora recuerdo. Dijo que me llevaría al Hollow. Estoy segura de que dijo eso.

—Suficiente por ahora —señaló Ricky—. Los veré por la mañana, muchachos.

Y por la mañana Peter y Don se sorprendieron al ver a Ricky en la cocina cuando ellos bajaron. Estaba preparando huevos revueltos, deteniéndose de vez en cuando para sonarse la nariz en un pañuelo de papel proveniente de una caja que tenía cerca.

—Buenos días —les dijo—. ¿Vienen a ayudarme a pensar en el Hollow?

—Tendría que estar en cama —le reprochó Don.

—¡Por nada me quedaría en cama! ¿No huelen lo *cerca* que estamos?

—Lo único que huelo es huevos —contestó Don—. Peter, saca platos de la alacena.

—¿Cuántas casas hay en el Hollow? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? No muchas más. Y ella está en *una*.

—Está allí, esperándonos —afirmó Don, y Peter, que estaba poniendo platos sobre la mesa de los Hawthorne, se detuvo y puso el último plato más despacio—. Y seguramente anoche tuvimos treinta centímetros de nieve. Y sigue nevando. No podríamos llamarla ahora una tormenta de nieve, pero es bien posible que la tengamos por la tarde. Hay un aviso de emergencia en todo el estado de Nueva York. ¿Quieren ir a pie al Hollow y golpear cincuenta o sesenta puertas?

—No, lo que quiero es pensar —dijo Ricky y después de llevar la sartén a la mesa sirvió porciones de huevos revueltos en cada plato—. Hagamos tostadas —agregó.

Cuando tuvieron todo listo, tostadas, jugo de naranja y café, los tres se desayunaron, siguiendo el ejemplo de Ricky. Era un hombre lleno de vida, sentado a la mesa en su bata azul y parecía casi exaltado. Era obvio, además, que había estado pensando mucho en el Hollow y en Anna Mostyn.

—Es la única parte de la ciudad que no conocemos bien —dijo Ricky—. Y es por ello que ella fue allí. No quiere que la encontremos todavía. Probablemente sabe que sus secuaces murieron. Por el momento, debe postergar sus planes. Necesitará refuerzos, seres como los Bate, o bien como ella. Stella se deshizo del único otro que había, con ayuda de su alfiler de sombreros.

—¿Cómo sabe que era el único? —preguntó Peter.

—Porque estoy seguro de que habríamos visto a los otros, si estuviesen aquí.

Durante algunos minutos, comieron en silencio.

—Creo, entonces, que está escondida, seguramente en un edificio vacío, hasta que lleguen más de ellos. No debe de estar esperándonos. Debe creer que no podemos movilizarnos con esta nieve.

—Y querrá vengarse —dijo Don.

—También podría ser que tenga miedo.

Peter levantó vivamente la cabeza.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo ayudé a matarla una vez ya. Y te diré algo más. Si no la encontramos pronto, todo lo que hicimos se verá malogrado. Stella y nosotros tres logramos una tregua para toda la ciudad, pero tan pronto como llegue el tránsito de afuera... —Ricky mordió una tostada— las cosas serán peor aún que antes. No estará solamente deseosa de vengarse, sino llena de furia. Dos veces hemos frustrado sus planes. Será mejor, pues, que preparemos todo lo que nos sea posible llevar al Hollow. Y será mejor, además, que lo hagamos ya mismo.

—¿No era ése el lugar donde vivía antes el personal doméstico? —preguntó Peter—. ¿Cuando todo el mundo tenía sirvientes?

—Sí —repuso Ricky—. Pero tiene que haber algo más que eso. Estoy pensando en lo que ella dijo en la cinta de Don, sobre «Los lugares de tus sueños». Encontramos uno de esos lugares, pero pienso que tiene que haber otro, algún lugar a donde podrían habernos atraído si no hubiésemos encontrado a Gregory y a Fenny en el Rialto. Aunque la verdad es que no se me ocurre...

—¿Conoces a alguien que viva allá? —le preguntó Don.

—Claro que sí. He vivido aquí toda mi vida. Pero no alcanzo a ver qué relación puede haber...

—¿Cómo era antes el Hollow? —preguntó Peter—. ¿En los viejos tiempos?

—¿En los viejos tiempos? ¿Quieres decir, cuando yo era niño? Ah, muy diferente, mucho más bonito. Mucho más limpio que ahora. Un poco pecaminoso. Solíamos considerarlo el sector bohemio de la ciudad. Había allá un pintor que vivía en Milburn a la sazón... ilustraba tapas de revistas. Vivía allí, tenía una magnífica barba blanca y usaba capa... tenía el aspecto exacto que todos atribuimos a un pintor. Ah, pasábamos bastantes horas allá. Había un bar con una orquesta de jazz. A Lewis le gustaba ir... tenía un saloncito de baile. Como la taberna de Humphrey, pero más pequeño y más agradable.

—¿Una banda? —preguntó Peter, y Don levantó la cabeza.

—Sí, sí —dijo Ricky, sin advertir el súbito interés de ellos—. Una banda pequeña de seis u ocho miembros, bastante buena para lo que era posible oír en este pueblecito que era Milburn... —Ricky recogió los platos y los llevó a la piletta, enjuagándolos con agua caliente—. Ah, Milburn era hermosísimo entonces... Todos acostumbábamos caminar kilómetros... íbamos y volvíamos al Hollow, oíamos música, bebíamos uno o dos vasos de cerveza, hacíamos paseos a pie al campo... —Ricky tenía los brazos sumergidos en agua jabonosa y de pronto se quedó inmóvil—. Mi Dios... Ya sé. Ya sé. —Con un plato enjabonado aún en la mano, se volvió hacia ellos—. Fue Edward. Fue Edward, repito. Solíamos ir a ver a Edward al Hollow. Se mudó allá cuando quiso tener su propio departamento. Yo estaba en la Liga

Socialista Juvenil, algo que mi padre detestaba —aquí Ricky dejó caer el plato y pisó los fragmentos sin verlos—, y yo estaba encargado de inspeccionar las propiedades arruinadas. Y el dueño del departamento era uno de mis primeros clientes negros. ¡El edificio está todavía en pie! La municipalidad lo declaró inhabitable la primavera pasada y se supone que será demolido el año próximo. Le conseguimos a Edward ese departamento... Sears y yo —Ricky se secó las manos en la bata—. Eso es. Estoy seguro. El departamento de Edward. *El lugar de nuestros sueños*.

—Porque el departamento de Edward ... —empezó a decir Don. Sabía que el viejo tenía razón.

—...era donde Eva Galli murió y nuestros sueños comenzaron —dijo Ricky—. Por Dios que la tenemos.

16

Vistieron toda la ropa abrigada con que contaba Ricky, poniéndose varias camisetas y dos camisas. No era posible abotonarse las camisas de Ricky sobre las prendas interiores, pero ello significaba dos capas más de aire retenido y, por último, tricotas. Dos pares de medias, y hasta Don consiguió meter los pies en un viejo par de botas con cordones de Ricky. Por esta vez, Ricky sintió placer en ver justificada su afición a la ropa.

—Tenemos que sobrevivir hasta llegar allá —dijo. Estaba revisando una caja llena de echarpes viejas—. Nos envolveremos estas echarpes en la cara. Debe de haber algo más de un kilómetro hasta el Hollow. Me alegro de que estemos en una ciudad chica. Cuando todos teníamos veinte años, solíamos caminar allá desde este sector, al departamento de Edward y volver dos o tres veces por día.

—¿Está seguro, entonces, de poder encontrar el lugar? —preguntó Peter.

—Bastante seguro —repuso Ricky—. Bien, veamos qué aspecto tenemos.

Parecían muñecos de nieve, tan acolchados estaban por las capas de ropa.

—¡Ah, sombreros! Por suerte tengo muchos. —Dicho esto dio a Peter un alto gorro de piel, se puso él mismo una gorra roja de caza que debía tener por lo menos cincuenta años y dijo a Don—: Esta siempre me quedó un poco grande. —Era una gorra de blando *tweed* verde y le quedaba perfectamente a Don—. La compré para ir a pescar con John Jaffrey. La usé una sola vez. Detesto pescar. —Después de estornudar, se enjugó la nariz con un pañuelo de papel rosado que sacó del bolsillo de la chaqueta—. En aquella época, prefería la caza.

Al principio la ropa de Ricky los mantuvo abrigados, y a medida que avanzaban entre una nieve ligera que caía contra una luminosidad cruda e intensa, pasaban delante de los que luchaban por limpiar sus senderos de acceso con palas y sopletes. Sobre los montículos jugaban los niños con sus ropas para la nieve de colores vivos y eran puntos de color bajo aquel resplandor. Hacía unos cuantos grados bajo cero y el frío cortaba las partes expuestas de sus rostros, pero podría habérselos tomado por tres hombres como todos los que realizan un cometido cualquiera, por ejemplo, buscar niños que se han alejado o bien un comercio abierto.

Pero aun antes de que el tiempo cambiase, la marcha les resultaba difícil. Los pies fueron los primeros en comenzar a sentir el frío y no tardaron en sentir cansancio en las piernas a causa del esfuerzo de atravesar esa nieve tan honda. Pronto dejaron de permitirse el lujo de hablar, pues exigía demasiadas energías. El aliento se les congelaba sobre las gruesas echarpes de lana y la humedad se enfriaba y se volvía sólida. Don sabía que la temperatura estaba cayendo con mayor rapidez que nunca en su experiencia. Comenzó a nevar más fuerte y sintió el cosquilleo de los dedos helados dentro de los guantes. Sentía también el frío en las piernas.

Y a veces, cuando doblaban una esquina y miraban alguna calle oculta detrás de un largo y ancho banco de nieve apilada hasta cinco metros de altura, se le ocurría que los tres recordaban seguramente esas fotografías de exploradores polares, hombres condenados y desesperados con los labios ennegrecidos y la piel congelada, figuras diminutas en un paisaje inmenso y blanco.

A mitad de camino hacia el Hollow, Don se sintió seguro de que la temperatura había bajado más aún por debajo de cero. Su bufanda era una rígida máscara sobre la cara y el aliento al endurecerse le daba una especie de barniz duro. El frío le mordía las manos y le pies. Iban los tres caminando lentamente más allá de la plaza, levantando los pies de la nieve blanda e inclinándose para poder adelantar bien el pie que daba el paso siguiente. El árbol de Navidad levantado por el alcalde y sus colaboradores en la plaza era visible sólo como una pirámide de ramas aisladas que sobresalían de una mole de nieve. Cuando despejaba Main Street y Wheat Row, Omar Norris lo había enterrado.

Cuando llegaron a las luces de tránsito, se había vuelto muy nublado y la nieve apilada no brillaba ya, sino que tenía un aspecto tran gris como la atmósfera. Don levantó la vista y vio millares de copos que giraban entre espesas nubes. Estaban solos. Por Main Street, vieron la parte superior de algunos automóviles asomar entre la nieve como platos invertidos entre los montículos. Todos los edificios estaban cerrados. Y ahora la nieve caía en remolinos alrededor de ellos. El ambiente estaba tan oscuro que era casi negro.

—¿Ricky? —preguntó Don y al hablar sintió el sabor de la lana congelada. Las mejillas expuestas al aire, le ardían.

—Estamos cerca —jadeó Ricky—. No se detengan. Llegaré.

—¿Cómo vas, Peter?

El muchacho miró a Don por debajo de la gorra de piel cubierta de nieve dura.

—Oíste al jefe —dijo—. Sigamos.

La nieve nueva caía al principio mansamente, sin ser mayor obstáculo que la semejante a azúcar hilado del principio de la excursión. En cambio cuando recorrieron tres cuadras más en medio de un viento cada vez más Intenso, Don tuvo ya la sensación de que los pies eran como dos bloques de hielo soldados dolorosamente a sus tobillos. Esta nueva nevada era decididamente una tormenta: no caía en forma vertical, o bien girando con gracia, sino que lo hacía en diagonal, con intervalos entre ráfagas como oleadas. Donde golpeaba, provocaba ardor. Cada vez

que llegaban al final de uno de los altos montículos la nieve caía sobre ellos sin piedad, siguiendo las corrientes del viento, hiriendo sus pechos y sus rostros.

Ricky cayó sentado y se quedó allí hundido hasta el pecho, como un muñeco. Peter se inclinó para ofrecerle el brazo. Don se volvió para ver si podía ayudar y sintió entonces el viento cargado de nieve contra la espalda.

—¡Ricky! —llamó.

—Tengo que sentarme. Un minuto solamente.

Respiraba con trabajo y Don estaba seguro de que el frío le laceraba la garganta y le enfriaría los pulmones.

—Faltan sólo dos o tres cuadras —dijo Ricky y tomando la mano de Peter, se incorporó—. *Está* allí. Unas pocas cuadras más.

Cuando Don volvió a enfrentar la tormenta le fue imposible ver por un instante. Luego vio infinidad de veloces partículas blancas que giraban hacia él, tan juntas que eran como una valla de fuerza. Vastos velos de semitransparencia lo aislaban de Ricky y Peter. Sólo en parte visible detrás de él, Ricky le hizo un gesto de que avanzara.

Nunca supo bien en qué momento entraron en el barrio llamado del Hollow. En medio de la tormenta, la hondonada no se diferenciaba mucho del resto de Milburn. Tal vez los edificios pareciesen superficialmente más derruidos, tal vez brillase menor número de luces débiles en el interior de los cuartos, haciéndolos parecer a muchos metros de distancia. Una vez había escrito en su diario que el sector tenía cierta gracia, la de las fotografías a la sepia de la década de 1930. Aquello le parecía indeciblemente inexacto ahora. Todo era ladrillo grisáceo, sombrío y sucio y ventanas reparadas con cinta adhesiva. Pero con la excepción de las pocas luces mortecinas que parpadeaban detrás de cortinados, todo el lugar parecía amenazador y desierto. Don recordó que había escrito al azar en su diario: *Si alguna vez hay dificultades en Milburn, comenzarán en el Hollow*. Las dificultades habían llegado a Milburn y aquí en el Hollow, un día de sol a mediados de octubre y cincuenta años atrás, era donde había comenzado.

Los tres se detuvieron bajo la débil luz de un farol callejero. Ricky Hawthorne avanzaba con pasos vacilantes y miraba atentamente la acera opuesta, donde se levantaban tres edificios de ladrillo idénticos. Aun entre los ruidos de la tormenta Don oyó la respiración de Ricky.

—Allá —dijo con voz tonca.

—No sé bien —dijo Ricky y agitó la cabeza. Una lluvia de nieve cayó de la gorra de caza roja—. No sé bien —repitió, y trató de escudriñar a través de la nieve, levantando la nariz como un perro que husmea su presa. Levantó entonces la mano que sostenía el cuchillo y con ella señaló las ventanas del tercer piso. No tenían cortinas y una de ellas estaba entreabierta—. Allí —señaló—. Allí está el departamento de Edward. Allí.

El farol callejero sobre sus cabezas se apagó y quedaron a oscuras. Don contempló las ventanas altas del desolado edificio, imaginando, tal vez, que vería aparecer allí una cara, llamándolos. Un temor más intenso que la tormenta hizo presa de él.

—Sucedió, por fin —dijo Ricky—. La tormenta derribó los cables de energía. ¿Tienes miedo a la oscuridad?

Los tres avanzaron con dificultad y cruzaron la calle.

17

Don empujó la puerta principal del edificio y entró en el vestíbulo seguido por los otros dos. Se apartaron entonces las bufandas de la cara y su aliento formaba vahos de vapor en aquel espacio frío y reducido. Peter se sacudió la nieve del sombrero de piel y del frente de su chaqueta. Ninguno habló. Apoyado en la pared, Ricky daba la impresión de estar demasiado débil para subir las escaleras. Sobre sus cabezas colgaba una lamparilla eléctrica apagada.

—Abrigos —dijo Don en voz baja, pues temía que estas prendas empapadas les harían avanzar más despacio. Don dejó el hacha en el suelo sumido en la oscuridad, se desabotonó la chaqueta y la dejó caer. Luego cayó en la echarpe, que apestaba a lana mojada. Tenía aún entumecidos los brazos por las tricotas apretadas, pero por lo menos el peso mayor no estaba sobre sus hombros. Peter se quitó también su chaqueta y ayudó a Ricky a hacer lo mismo.

Vio los rostros pálidos junto a él y se preguntó si aquel era el último acto. Contaban con las armas que habían destruido a los hermanos Bate, pero los tres estaban tan extenuados que parecían trapos. Ricky tenía los ojos cerrados, y echada hacia atrás, con los músculos flojos, su cara parecía una máscara fúnebre.

—¡Ricky! —Susurró Don.

—Un minuto. —La mano de Ricky tembló cuando la levantó para soplar sobre los dedos fríos. Luego aspiró, retuvo el aire unos instantes y lo dejó escapar—. Muy bien. Tú vas primero. Yo cierro la marcha.

Don se inclinó y levantó el hacha. Detrás de él Peter limpió la hoja de su cuchillo en una de sus mangas. Don localizó el primer escalón con una punta del pie entumecida y subió a él. Miró hacia atrás. Ricky estaba junto a Peter, apoyado en la pared de la escalera. Tenía otra vez los ojos cerrados.

Señor Hawthorne. ¿Quiere quedarse aquí, abajo? —susurró Peter.

—Jamás.

Seguido por los otros dos, Don subió el primer tramo de escalones. Una vez, tres muchachos ricos que iniciaban su práctica del derecho y de la medicina, habían subido y bajado por aquellas escaleras. Cada uno de ellos había tenido cerca de veinte años en aquella década de los años veinte. Y por aquellas mismas escaleras había subido la mujer de quien estaban enamorados, como lo había estado él mismo de Alma Mohley. Llegó al segundo descansillo y miró con cautela por el ángulo en dirección al final del último tramo. Con parte de la mente, sintió deseos de ver una puerta abierta, un cuarto vacío, nieve que volase sin que nadie lo impidiese por un departamento vacío.

Lo que vio en lugar de ello le hizo retroceder. Peter miró y sobre su hombro e hizo un gesto afirmativo. Y por fin Ricky apareció a su vez y miró por la puerta en el final de las escaleras.

Por debajo de la puerta se filtraba una luz fosforescente que iluminaba el descansillo y las paredes con un suave tono verdoso.

Silenciosamente llegaron desde el último escalón y quedaron dentro de esa luz fosforescente.

—A las tres —murmuró Don y levantó el hacha apenas arriba de su cabeza, Peter y Ricky hicieron un gesto, asintiendo.

—Uno, dos —Don aferró la parte superior de la baranda con su mano libre—. *Tres.*

Golpearon la puerta los tres al mismo tiempo y la puerta fue derribada bajo el peso.

Y cada uno oyó una palabra bien clara, pero la voz que la pronunció fue diferente para cada uno de ellos. La palabra era *Hola*.

18

Don Wanderley, atrapado en una distorsión inmensa, giró sobre los talones al oír la voz de su hermano. Caía a su alrededor una luz tibia y los ruidos del tránsito lo asaltaron. Tenía tan fríos los pies y las manos que temió que quizás estuviesen congelados, pero era verano. Verano en Nueva York. Reconoció la esquina casi en seguida.

Estaba en una de las calles Cincuenta del Este y era tan familiar porque cerca — en un lugar bastante cerca— había un café con mesitas al aire libre donde solía encontrarse con David siempre que viajaba a Nueva York.

No era una alucinación, no una alucinación común, por lo menos. *Estaba* en Nueva York y era verano. Don sintió un peso en la mano derecha y al mirar hacia abajo, vio que llevaba un hacha. *¿Un hacha? Pero, qué...* Dejó caer el hacha como si hubiese saltado de su mano. Su hermano lo llamó:

—¡Don! ¡Aquí!

Sí, había estado acarreando un hacha... habían visto luz verde... había estado volviéndose, moviéndose con rapidez.

—¡Don!

Miró hacia el lado opuesto de la calle y vio a David, con aspecto de salud y prosperidad, de pie junto a una de las mesitas, sonriéndole y saludándolo con una mano. David vestía un traje liviano de color azul y unos anteojos de aviador le cubrían los ojos y sus patillas se perdían en el pelo rubio dorado.

—¡Despierta! —le gritó David por encima del rumor del tránsito.

Don se frotó la cara con sus manos heladas. Era importante no mostrar confusión delante de David. David lo había invitado a almorzar. David tenía algo que decirle.

¿Nueva York?

Sí, sí, era Nueva York y allí estaba David, mirándolo con aire divertido, feliz de verlo, lleno de cosas que contar. Don miró la acera. El hacha había desaparecido. Corrió entre los automóviles y abrazó a su hermano, oliendo a la vez a cigarros, champú, colonia fina. Estaba aquí y David se hallaba vivo.

—¿Cómo estás? —le preguntó David.

—No estoy aquí y tú estás muerto. —Esas palabras brotaron de su boca. David se mostró confuso, pero trató de disimularlo con otra sonrisa.

—Será mejor que te sientes, hermanito. No tienes que hablar ya así. —Tomándolo de un codo, David lo llevó hasta una silla debajo de las sombrillas. Un martini con hielo llenaba de escarcha el exterior de un vaso.

—Que no tengo que... —empezó a decir Don. Se sentó pesadamente en la silla, mientras el tránsito de Manhattan circulaba por la placentera calle de las Cincuenta. En la acera opuesta, por encima de la parte superior de los vehículos, leyó el nombre de un restaurante francés pintado en oro sobre vidrio negro. Hasta sus pies helados percibían que la acera estaba recalentada,

—Apuesto a que tienes calor —dijo David—. Te pedí un bife. ¿Está bien? Sé que no quieres comida demasiado succulenta —comentó, mirando con afecto a Don. Los modernos anteojos le ocultaban los ojos, pero el resto de la cara irradiaba cordialidad —. Dicho sea de paso, ¿te queda bien ese traje? Lo encontré en tu armario. Ahora que saliste del hospital, tendrás que comprarte ropa nueva. Usa mi cuenta corriente en Brooks, ¿quieres? —Don miró lo que llevaba puesto, un traje de verano de color tostado, una corbata rayada marrón y verde, mocasines marrones. Era todo un poco fuera de moda y gastado, junto a la elegancia de David.

—Ahora mírame y dime que estoy muerto —le dijo David.

—No estás muerto.

David suspiró, contento.

—Muy bien. Así me gusta. Me tenías preocupado con eso, hermano. Y ahora... ¿Recuerdas algo de lo que sucedió?

—No. ¿El hospital?

—Tuviste una de las mayores depresiones nerviosas que se haya visto, hermano. Estuviste al borde de la muerte. Pasó inmediatamente después de haber terminado tu libro, *Centinela Nocturno*.

—¿*Centinela Nocturno*?

—¿Qué otro? Perdiste todo contacto con la realidad, y cada vez que hablabas, decías locuras, que yo estaba muerto y que Alma era algo horrible y misterioso. Estabas fuera de órbita. Si no recuerdas nada se debe a los tratamientos de *sbock* que te hicieron. Y ahora hay que estabilizaste otra vez. Hablé con el profesor Lieberman y dice que volverá a darte trabajo en otoño... Realmente te apreciaba, Don.

—¿Lieberman? No, dijo que yo era...

—Eso fue antes de que viese lo enfermo que estabas. Sea como fuere, te saqué de México y te interné en un hospital privado en Riverdale. Pagué todas las cuentas hasta que te curaste. Ya van a traer tu bife. Y es mejor que bebas ese martini. El tinto de aquí no es nada malo.

Con un gesto sumiso Don bebió unos sorbos de su bebida: aquel gusto familiar, helado, potente...

—¿Por qué tengo tanto frío? —preguntó a David—. Estoy helado.

—Consecuencias de la quimioterapia —le dijo David palmeándole la mano—. Me dijeron que te sentirías así durante uno o dos días, con frío, desorientado... ya pasará. Te lo prometo.

Llegó una camarera con la comida. David le permitió retirar su propio martini.

—Tenías todas estas ideas trastornadas —decía su hermano—. Ahora que estas bien otra vez, te chocarán. Creías que mi mujer era una especie de monstruo que me había matado en Amsterdam... estabas convencido. El doctor dijo que no podías encarar la idea de haberla perdido. Es por ello que nunca viniste a Nueva York a hablar del problema. Terminaste creyendo que lo que habías escrito en tu novela era la realidad. Después que enviaste el libro a tu agente, te quedaste sentado en tu cuarto del hotel, sin comer, sin bañarte... ni siquiera te levantabas para ir al cuarto de baño. Y tuve que ir hasta la ciudad de México a traerte.

—¿Qué estaba haciendo yo hace una hora? —le preguntó a David.

—Estabas recibiendo una inyección de sedante. Luego te metieron en un taxi y te enviaron aquí. Creí que te gustaría comer otra vez en este lugar. Algo que fuese familiar para ti.

—¿Estuve un año en el hospital?

—Casi dos. En los últimos meses, empezaste a progresar mucho.

—¿Por qué no lo recuerdo?

—Fácil. Porque no quieres. En cuanto a ti se refiere, naciste hace cinco minutos. Pero todo volverá poco a poco. Puedes recuperarte en nuestra casa de la isla... mucho sol, arena, unas mujeres... ¿Te gusta la idea?

Don parpadeó y miró a su alrededor. Todo su cuerpo estaba inusitadamente frío. Una mujer alta se acercaba caminando por la acera hacia ellos, arrastrada o poco menos por un enorme perro ovejero o a una correa. La mujer era esbelta y estaba quemada, llevaba los anteojos negros levantados sobre la frente y por un instante fue el símbolo de todo lo que es real, la esencia de todo lo que no es alucinación, imaginación, la imagen de la cordura. No era nadie de importancia, sino una desconocida, pero si lo que David le decía era verdad, representaba la salud.

—Verás a muchas mujeres —le dijo David, riendo casi—. No te quemes los ojos con la primera que se te cruza en el camino.

—Y ahora estás casado con Alma —afirmó Don.

—Desde luego. Se muere por verte. Y te diré una cosa —dijo David sonriendo y con un pedazo de carne muy bien cortado en la punta de su tenedor—. Se siente un poco halagada por ese libro tuyo. ¡Siente que ha hecho una contribución a la literatura! Y te diré algo más. —David acercó un poco su silla—. Piensa en las consecuencias de esto, si lo que decías en el libro era verdad. Si realmente existieran seres como éstos, y de todos modos, tú creías que existían, ¿sabes?

—Lo sé —repuso Don—. Yo creía que...

—Espera. Déjame terminar. ¿No te das cuenta de lo insignificantes que debemos parecerles? Vivirnos... ¿cuánto? Unos míseros sesenta o setenta años, quizá. Y ellos vivirán siglos... durante siglos. Y serían lo que quisieran ser. Nuestras vidas se producen en forma gratuita, merced a una combinación ciega de genes... ellos se

hacen a voluntad. Nos detestarían y tendrían razón al hacerlo. Al lado de ellos, todos seríamos detestables.

—No —dijo Don—. Todo eso es errado. Son sanguinarios y crueles y viven de la muerte... —Tenía la sensación de que estaba por vomitar—. No puedes decir esas cosas.

—Tu problema es que sigues atrapado por la historia que te contaste a ti mismo... aunque hayas salido ahora de ella... la historia sigue merodeando por algún punto de tu memoria. Tu médico me contó que nunca había visto nada parecido... cuando tenías una crisis, la crisis se expresaba en una *historia*. Caminabas por un pasillo del hospital y sostenías conversaciones con gente que no estaba allí. Estabas involucrado en una especie de conspiración. Los médicos se impresionaron muchísimo. Les hablabas, y ellos te contestaban, pero tú volvías a responder como si estuvieras dirigiéndote a un individuo llamado Ricky. —David sonrió, agitando la cabeza con aire de asombro.

—¿Qué pasó al final de la historia?

—¿Qué?

—¿Qué paso al final de la historia? —Don bajó el tenedor y se inclinó hacia adelante para mirar atentamente el rostro mgenuo de su hermano.

—No te permitieron ir allá —explicó David—. Temían... dabas la impresión de estar buscando que te matasen. La verdad es que eso era parte de tu problema. Te inventaste unos seres fantásticos, hermosos, y luego escribiste tu propia inclusión en el relato en calidad de enemigo de esos seres. Pero jamás será posible derrotar algo de esa naturaleza. Por mucho que te esforzases, ellos ganarían siempre al final.

—No, eso no es... —dijo Don. Eso no era exacto. Recordaba tan sólo los vagos «contornos» de la «historia» a que David se refería, pero estaba seguro de que su hermano se hallaba equivocado.

—Tus médicos comentaron que fue la manera más interesante de suicidarse un novelista de que ellos tuviesen noticia. Por eso no podían llevar la cosa hasta el fin, ¿sabes? Tuvieron que arrancarte del intento.

Don estaba sentado como si estuviese en medio de un viento glacial.

—Hola. Bienvenido —dijo Sears—. Todos hemos tenido ese sueño, pero me imagino que eres el primero que lo tienes en una de nuestras reuniones.

—¿Qué? —preguntó Ricky, levantando la cabeza vivamente.

Estaba en la amada biblioteca de Sears, con sus anaqueles cerrados por vidrios, los sillones de cuero dispuestos en círculo, las ventanas oscuras. En seguida, Sears, frente a él, aspiró su cigarro y lo miró de una manera que reflejaba algo de exasperación. Lewis y John, con sus vasos de whisky y vestidos como Sears de *smoking* parecían sentirse más turbados que fastidiados.

—¿Qué sueño? —preguntó Ricky y agitó la cabeza. También él vestía traje de etiqueta: por el cigarro, por la calidad de la oscuridad, por mil detalles familiares, sabía que estaban en la fase final de una reunión de la Chowder Society.

—Te dormiste —dijo John—. Tan pronto como terminaste tu cuento.

—¿Cuento?

—Y luego —agregó Sears— me miraste de frente y me dijiste «estás muerto».

—Ah. La pesadilla —dijo Ricky—. Sí, recuerdo. ¿Dije eso? Vaya, qué frío tengo.

—A nuestra edad, todos tenemos mala circulación —señaló el doctor Jaffrey.

—¿Qué día es hoy?

—En verdad te dormiste —dijo Sears, arqueando las cejas—. Es el nueve de octubre.

—Y Don, ¿está aquí? ¿Dónde está Don? —Ricky miró desesperado por toda la biblioteca, como si el sobrino de Edward pudiese estar oculto debajo de un mueble.

—Realmente, Ricky —rezongó Sears—. Acabamos de votar en favor de escribirle, si puedes recordarlo. Es poco factible que aparezca antes de que le hayamos escrito.

—Tenemos que contarle acerca de Eva Galli —dijo Ricky, al recordar el voto—. Es esencial.

John sonrió apenas. Lewis se apoyó en el respaldo de su sillón y miró a Ricky como si sospechase que había perdido la razón.

—La verdad es que tienes los contrastes más increíbles —afirmó Sears—. Señores, como nuestro amigo necesita obviamente irse a dormir, propongo que levantemos la sesión.

—Sears —dijo Ricky, movido de pronto por otro recuerdo.

—Sí, Ricky.

—La próxima vez que nos reunamos, cuando nos reunamos en casa de John, no cuentes la historia en que estoy pensando. No puedes contarla. Tendrá las consecuencias más horribles.

—Quédate aquí un momento, Ricky —le ordenó Sears y al mismo tiempo acompañó a los otros dos que se retiraban.

Volvió con su cigarro encendido otra vez y una botella.

—Pareces necesitar un trago. Tiene que haber sido un sueño terrible.

—¿Estuve dormido mucho tiempo? —Ricky alcanzaba a oír, abajo en la calle, el ruido del Morgan de Lewis al ponerse en marcha.

—Diez minutos. No más. Y ahora, ¿qué es eso sobre mi cuento para la próxima vez?

Ricky abrió la boca, trató de recordar una vez más algo que había sido tan importante minutos antes y cayó en la cuenta de que debía de estar dando la impresión de ser un tonto.

—No lo recuerdo ya —dijo—. Algo referente a Eva Galli.

—Puedo asegurarte que no pensaba hablar de eso. No creo que ninguno de nosotros lo haga nunca y además estoy convencido de que es mejor así. ¿No lo crees?

—No, no. Tenemos que... —Ricky advirtió que estaba por mencionar otra vez a Don Wanderley y se ruborizó—. Supongo que fue, seguramente, parte de mi sueño. ¿Está abierta mi ventana, Sears? Estoy helándome. Además, me siento muy cansado. No alcanzo a imaginar qué...

—Edad. Ni mas ni menos. Estamos llegando al final de nuestro ciclo, Ricky. Todos nosotros. Hemos vivido ya lo suficiente, ¿no?

Ricky negó esto con la cabeza.

—John esta muriéndose ya. Lo ves en su rostro, ¿no?

—Sí, creí ver... —dijo Ricky al recordar un momento en los comienzos de la reunión— un plano de sombras que se deslizó por la frente de John.

—Y ahora dicho momento le pareció sumamente lejano.

—La muerte. Es lo que imaginaste ver. Es la verdad, mi viejo amigo.

—Sears le sonrió con aire benévolo—. He estado pensando muchísimo en esto y el hecho de que hayas mencionado a Eva Galli... bueno, lo revive todo. Te diré lo que he estado pensando. —Sears chupó su cigarro y se inclinó con todo su peso hacia adelante—. Yo creo que Edward no murió por causas naturales. Yo creo que tuvo una visión de una belleza tan terrible y sobrenatural que el choque sufrido por su pobre organismo mortal lo mató. Creo que hace un año que andamos vagando por los bordes de la belleza que mencioné, con nuestros cuernos.

—No, belleza, no —dijo Ricky—. Es algo obsceno... algo terrible.

—Espera. Quiero que consideres la posibilidad de que exista otra raza de seres... seres poderosos, hermosos, que todo lo saben. Si existiesen, nos detestarían. Seríamos como ganado, comparados con ellos. Vivirían siglos... cien siglos, de tal manera que tú y yo seríamos niños para ellos. No estarían restringidos por el azar, la coincidencia o la ciega combinación de genes. Tendrían razón para detestarnos: junto a ellos, seríamos detestables. —Sears se levantó, depositó su vaso sobre la mesa y empezó a pasearse—. Eva Galli. Fue entonces cuando perdimos nuestra mejor oportunidad. Ricky, podríamos haber visto cosas que valían todas nuestras vidas patéticas.

—Ellos son *más* vanidosos aún que nosotros, Sears —señaló Ricky—. Ah, ahora lo recuerdo. Los *Bate*. Esa es la historia que no puedes contar.

—Ah, todo eso terminó ahora —dijo Sears—. Todo terminó ahora. —Acercándose a Ricky, se apoyó en su sillón para mirarlo—. Me temo —continuó— que a partir de ahora todos nosotros estamos... ¿Cómo se dice? ¿*Hors de commerce*, o bien *hors de combat*?

—En tu caso, estoy seguro de que es *bors de combat* —dijo Ricky, al recordar el papel que debía recitar. Se sentía enfermo, aterido y consciente de los estragos del peor resfrío sufrido en su vida, un resfrío que parecía humo en sus pulmones y pesaba sobre sus brazos como la nieve de todo un invierno.

Sears se inclinó hacia él.

—Eso se aplica a todos nosotros, Ricky. Pero, con todo, nuestro viaje fue feliz, ¿no? —Quitándose el cigarro de la boca, extendió una mano para palpar el cuello de Ricky—. Imaginé haber visto ganglios inflamados. Tendrás suerte si no mueres de una pulmonía. —La mano maciza de Sears rodeó la garganta de Ricky.

Sin poder hacer nada, Ricky estornudó.

—Escúchame bien —le dijo David—. ¿Comprendes la importancia de esto? Te colocaste en una posición donde el único fin lógico es tu muerte. De manera que si bien imaginaste conscientemente a estos seres que inventaste como malvados, en el plano inconsciente advertiste que eran superiores. Es por ello que tu «cuento» era tan peligroso... Inconscientemente, según tu médico, viste que iban a matarte.

Inventaste algo tan superior a ti que querías entregarles tu vida. Todo esto es peligroso, hermanito.

Don lo negó con la cabeza.

David bajó el tenedor y el cuchillo.

—Hagamos una prueba —dijo—. Yo puedo probarte que quieres vivir. ¿Quieres?

—Sé que quiero vivir. —Don contempló la calle, indiscutiblemente real, y vio la mujer indiscutiblemente real que caminaba por la acera opuesta, siguiendo siempre al perro ovejero. No, no caminaba por la acera de enfrente, según veía ahora, sino que bajaba de ella, como si se hubiese acercado a él. Era como una película que muestra a la misma extra en diferentes escenas, en diferentes papeles y que al sacudirnos con su presencia, nos recuerda que todo es algo ficticio. A pesar de ello, allí estaba, caminando con paso ágil detrás del hermoso perro, no algo ficticio, sino parte de la escena callejera.

—Lo probaré. Te apretaré la garganta y te asfixiaré. Cuando quieras que deje de apretar, dímelo.

—Qué ridículo.

David se estiró rápidamente por sobre la mesa y lo asió de la garganta.

—Basta —le dijo Don. Los músculos de David se pusieron tensos y en el mismo instante, David mismo se levantó de su silla, empujando la mesa. La garrafa de vino se volcó, el vino se derramó sobre el mantel. Ninguno de los otros comensales pareció darse cuenta de nada, sino que siguieron comiendo y conversando, con sus modales indiscutiblemente reales, introduciéndose bocados obviamente reales en sus bocas también reales—. Basta —intentó decir David otra vez, pero ahora las manos de David lo apretaban demasiado y no podía formular la palabra. El rostro de David era el de quien está escribiendo tranquilamente un informe o lanzando lejos su línea de pescar. Al mismo tiempo derribó la mesa con la cadera.

Y luego la cara de David dejó de ser tal para convenirse en la cabeza de un ciervo enorme, de una lechuza, o bien de ambas cosas.

A una distancia tan corta que le provocó un shock, alguien estornudó estrepitosamente a su lado.

—Hola, Peter. Conque quieres mirar detrás de escena. —Clark Mulligan retrocedió de la puerta de su cabina de proyección y lo invitó a entrar—. Me alegro de que lo haya traído, señora Barnes. No me visitan mucho aquí. ¿Qué pasa? Pareces algo confuso, Peter.

Peter abrió la boca, volvió a cerrarla.

—Yo...

—Podrías darle las gracias, Peter —dijo su madre con sequedad.

—Esa película lo asustó un poco, seguramente —observó Mulligan—. Tiene ese efecto sobre la gente. La he visto ya centenares de veces, pero sigue dándome miedo. No era nada, Peter. Sólo una película.

—¿Una película? —preguntó Peter—. No... estábamos subiendo las escaleras... —Al extender la mano, vio que tenía ella el cuchillo de caza...

—Allí es donde terminó el tambor. Ti madre dijo que te interesaba ver cómo se ve todo desde aquí arriba. Y como ustedes son las dos únicas personas en la sala, no tiene nada de malo hacerles el gusto, ¿no?

—Peter, ¿se puede saber qué haces con ese cuchillo? —le preguntó su madre—. Dámelo ahora mismo.

—No, tengo que... Mmmm... tengo que... —Peter retrocedió un paso y dirigió una mirada extraviada a toda la cabina de proyección. Una chaqueta de cordero colgaba de una percha. En la pared del fondo estaban fijos con tachuelas un calendario y un papel mimeografiado. Hacía tanto frío como si Mulligan estuviese proyectando la película en plena calle.

—Será mejor que te pongas cómodo, Peter —le dijo Mulligan—. Bien. Desde aquí puedes ver nuestros proyectores y el último tambor está listo para ser colocado. ¿Ves? Los preparo todos de antemano y cuando aparece una marquita en dos o tres imágenes del que está por terminar, sé que tengo tantos segundos para colocar el...

—¿Qué pasa al final? —preguntó Peter—. No alcanzo a aclarar dentro de la cabeza cuál es...

—Bah, mueren todos, desde luego —repuso Mulligan—. No hay otra manera de terminarlo, ¿no? Cuando los comparas con los que están combatiendo, parecen todos algo patéticos, ¿no? Son gente insignificante, que vive por accidente, después de todo, y lo que combaten es... bien, espléndido, en definitiva. Si ustedes quieren, pueden ver el final desde aquí, conmigo. ¿Está de acuerdo, señora Barnes?

—Será mejor para él —repuso la señora Barnes, acercándose con cautela hacia el muchacho—. No sé qué tipo de trance tuvo cuando estaba abajo. Dame ese cuchillo, Peter.

Peter ocultó el cuchillo detrás de la espalda.

—Ah, lo verá todo bien pronto, señora Barnes —aseguró Mulligan y levantó una palanca en el segundo proyector.

—¿Saben? —dijo Peter—. Estoy muriéndome de frío.

—Se rompió la calefacción. Yo corro peligro de tener sabañones aquí. ¿Saben? Bien, primero matan a esos dos, como es lógico, y después... pero debes verlo por ti mismo.

Peter se inclinó para mirar por la ranura en la pared y allí estaba el interior vacío del Rialto, allí el hueco haz de luz que se ensanchaba al aproximarse a la pantalla...

Junto a él un Ricky invisible estornudó muy fuerte y Peter tuvo conciencia de que todo volvía a cambiar, las paredes de la cabina de televisión se ondulaban, vio retroceder algo con una expresión de disgusto, algo con la cabeza enorme de un animal que retrocediese como si Ricky hubiese escupido sobre él y luego Clark Mulligan volvió a aparecer en su imagen real y dijo:

—La película tiene un punto defectuoso aquí, pero aquí está ya bien —pero su voz temblaba y la madre de Peter le decía una vez más

—Dame el cuchillo, Peter.

—Es todo un truco —dijo Peter—. Es otro truco asqueroso.

—No seas grosero, Peter —lo reprendió su madre.

Clark lo miró con aire preocupado y cierta perplejidad retratada en el rostro. Peter, recordando un consejo de alguna vieja historia de aventuras, hundió su cuchillo en el gran estómago de Mulligan. Su madre gritó, derritiéndose ante sus propios ojos, como todo lo que le rodeaba y Peter apretó ambas manos alrededor del mango de cuero y lo levantó hacia arriba. Dejó escapar un grito de sufrimiento y pesar y Mulligan cayó hacia atrás sobre los proyectores, derribándolos de sus soportes.

19

—¡Sears! —dijo Ricky con voz anhelante. Le ardía la garganta—. ¡Ay, mis pobres amigos! —Por un momento todo había cobrado vida y su frágil mundo había vuelto a integrarse. La doble pérdida de sus amigos y de su mundo comfortable reverberaba a través de todo su ser y las lágrimas brotaban ardientes de sus ojos.

—Mire, Ricky —oyó decir a Don y la voz era tan autoritaria que no pudo menos que volver la cabeza. Cuando vio lo que sucedía en el suelo del departamento, se sentó.

—Fue obra de Peter —oyó decir a Don cerca de él.

El muchacho estaba parado a unos dos metros de ellos. Tenía los ojos fijos en el cuerpo de una mujer tendida algo más lejos. Don estaba de rodillas, frotándose el cuello. Ricky miró a Don y vio reflejados en los ojos de éste el horror y el dolor, y por fin ambos miraron a Anna Mostyn.

Por un instante presentó el aspecto que había tenido la primera vez que la vieron en la oficina de recepción de Wheat Row una mujer joven con un bello rostro y cabellos oscuros. Ahora, hasta el viejo Ricky vio la inteligencia astuta y la falsa humanidad del rostro ovalado. La mano aferraba el mango de hueso que sobresalía exactamente debajo de su esternón. La sangre oscura manaba ya de la larga herida. La mujer se sacudía en el suelo, con el rostro crispado. Parpadeaba. Unos copos de nieve entraron por la ventana abierta y cayeron sobre cada uno de ellos.

Los ojos de Anna Mostyn se abrieron de pronto y Ricky se preparó, seguro de que ella diría algo, pero los hermosos ojos dejaron de enfocarlos y no parecían reconocer ya a ninguno de los tres. Una ola de sangre brotó de su herida, luego otra, que le cubrió el cuerpo y llegó a las rodillas de los dos hombres. Anna sonrió apenas y una tercera ola surgió de su cuerpo y formó un charco en el piso.

Por un instante tan sólo, como si el cadáver de Anna Mostyn fuese una película fotográfica, un diapositivo transparente dispuesto sobre otra sustancia, los tres vieron el agitarse de la vida a través de la piel —no como de un ciervo o una lechuza, no como un cuerpo humano o animal, sino como una boca abierta debajo de la boca de Anna Mostyn, y un cuerpo contenido dentro del ropaje sangriento de Anna Mostyn que se agitaba con feroz vitalidad. Era tan removido y variado como una mancha de petróleo en el mar y lanzó destellos furiosos hacia ellos durante los momentos que duró. Por fin se ennegreció y se disipó y sólo quedó en el suelo la mujer muerta.

En el segundo siguiente, el color del rostro pasó a una blancura de tiza y los miembros se curvaron hacia adentro, movidos por un hálito que los otros no percibían. La muerta se encogió como una hoja de papel arrojada al fuego y todo el cuerpo se curvó sobre sí mismo como los brazos y las piernas. La vieron agitarse y perder consistencia delante de sus propios ojos: se redujo primero a la mitad, luego a la cuarta parte de su tamaño normal y dejó ya de ser algo humano. Era solamente un trozo de carne torturada que se enroscaba y se encogía, movida y golpeada por aquel viento que nadie sentía.

El cuarto mismo del arruinado departamento dio la sensación de suspirar, con un suspiro sorprendentemente humano que pasó por lo que fuera que restaba de la garganta de Anna Mostyn. Una luz verdosa brilló frente a ellos y se levantó como la de mil fósforos encendidos. Y el resto del cuerpo de Anna Mostyn se agitó por última vez y desapareció dentro de sí mismo. Ricky, quien estaba ahora inclinado hacia adelante y apoyado sobre las manos y las rodillas, vio caer las partículas de nieve donde aquel cuerpo se había agitado en un vendaval para seguir a éste a la nada.

A trece cuadras de distancia, la casa frente a la de John Jaffrey en Montgomery Street estalló hacia adentro. Milly Sheehan oyó la explosión y cuando se acercó corriendo a la ventana del frente llegó a tiempo para ver la fachada de la casa de Eva Galli doblarse sobre sí misma como un cartón y luego desintegrarse en mil ladrillos que cayeron dentro de la hoguera que rugía ya por el centro de la casa.

—El lince —susurró Ricky. Don apartó los ojos del punto en el suelo donde Anna Mostyn se había convertido en aire y vio un gorrión posado en el alféizar de la ventana abierta. El pajarito inclinó la cabeza hacia un lado al verlos. Don y Ricky se arrastraban ya por el suelo hacia él, Peter, mirando siempre el espacio vacío. Entonces el gorrión levantó vuelo del alféizar y salió por la ventana.

—Se acabó, ¿no? —preguntó Peter—. Terminó todo ya. Y nosotros lo logramos.

—Sí, Peter —dijo Ricky—. Todo terminó ya.

Y por un instante los dos cambiaron miradas de comprensión mutua. Don se levantó y se acercó con pasos lentos hacia la ventana. Lo único que vio fue una tormenta que comenzaba a amainar. Volviéndose al muchacho lo abrazó.

20

—¿Cómo te sientes? —preguntó Don.

—Me preguntas cómo me siento —contestó Ricky, apoyado en las almohadas de su cama en el hospital de Binghamton. Una neumonía no es lo más divertido que hay. Tiene efectos negativos sobre el organismo. Te aconsejo que te abstengas de tener una.

—Haré lo posible —dijo Don—. Estuviste a punto de morir. Lograron habilitar la calle con el tiempo justo para acercar la ambulancia y traerte aquí. Si no hubieses sobrevivido, tendría que haber llevado a tu mujer a Francia esta primavera.

—No se lo digas a Stella. Vendrá corriendo y me arrancará los tubos de oxígeno —dijo Ricky con una sonrisa maliciosa—. Tiene tantas ganas de ir a Francia que hasta iría con un cachorro como tú.

—¿Cuánto tiempo tendrás que quedarte aquí?

—Dos semanas más. Aparte de cómo me siento, no estoy tan mal. Stella consiguió tener aterradas a todas las enfermeras y me cuidan muy bien. De paso, gracias por las flores.

—Te he extrañado mucho —le dijo Don—. Y Peter también te extraña.

—Gracias —dijo Ricky con sencillez.

—Es muy curioso todo este asunto. Me siento más cerca de ti y de Peter, y de Sears, creo que debería agregar, que de nadie desde que conocí a Alma Mobley.

—Ya sabes lo que opino sobre esto. Los eliminé a todos cuando ese doctor joven me dopó hasta la boca. La Chowder Society ha muerto, viva la Chowder Society. Sears me dijo una vez que le habría gustado no ser tan viejo. En ese momento me quedé un poco desconcertado, pero ahora estoy de acuerdo con él. Me gustaría ver madurar a Peter Barnes... me gustaría ayudarlo. Tendrás que hacer esto en mi nombre. Le debemos la vida, ¿sabes?

—Lo sé. Todo lo que no debemos a tu resfrío.

—Estaba completamente confuso, allá en el cuarto.

—También yo.

—Bien, gracias a Dios por haber tenido a Peter. Me alegro de que no se lo hayas dicho.

—Sí. Pasó ya bastante. Pero todavía queda un lince por matar.

Don asintió con la cabeza.

—Porque —prosiguió Ricky— de lo contrario ella volverá. Y seguirá volviendo hasta que todos nosotros y la mayoría de nuestras familias hayan muerto. Y por mucho que deteste tener que decírtelo, sospecho que la tarea te tocará a ti.

—Desde todo punto de vista —dijo Don—. En realidad fuiste tú quien destruyó a Gregory y a Fenny. Y Peter mató a su patrona. Yo debo ocuparme del resto.

—No te envidio la tarea, pero tengo fe en ti. ¿Tienes el cuchillo?

—Lo recogí del suelo.

—Me alegro. No me gustaría nada que se hubiese perdido. Te diré que en aquel cuarto horroroso creo haber visto la respuesta a uno de los enigmas que Sears y yo y el resto solíamos comentar. Creo que vi la razón del ataque cardíaco que sufrió tu tío.

—Yo también creo que la vi —dijo Don—. Por un solo segundo. No sabía que también tú lo advertiste.

—Pobre Edward. Seguramente entró en el cuarto de huéspedes de John, pensando que lo peor que habría de encontrar sería a su pequeña actriz acostada con Freddy Robinson. Pero en lugar de ello... ¿qué hizo la chica? Se arrancó la máscara.

Ricky estaba ahora muy fatigado y Don se levantó para irse. Dejó una pila de libros y una bolsa llena de naranjas sobre la mesa junto a la cama de Ricky.

—¡Don! —Hasta la voz del viejo estaba áspera de agotamiento.

—¿Qué?

—No pienses tanto en mimarme. Mata solamente un lince en mi nombre.

Tres semanas después, cuando por fin dieron de alta a Ricky del hospital, las tormentas habían cesado del todo y Milburn, libre ya del estado de sitio, convalecía y se reponía con la misma rapidez que el viejo abogado. Llegaban las mercaderías a los

comercios y supermercados, Rhoda Flagler vio a Bitsy Underwood en el mercado «Bay Tree», se puso roja como un tomate y corrió hacia ella a pedir disculpas por haberle tirado del pelo.

—No es nada —dijo Bitsy—. Fueron días terribles. Seguramente te habría dado primero si hubieses llegado tú antes a ese maldito zapallo.

Las escuelas reabrieron sus puertas, los hombres de negocio y los banqueros volvieron a su trabajo, levantando sus persianas y enfrentando las montañas de papeles acumuladas en sus escritorios y, poco a poco, los aficionados al aerobismo y a la marcha reaparecieron en las calles. Annie y Anni, las dos hermosas camareras de Humphrey Stalladge lloraban la muerte de Lewis Benedikt, pero se casaron con los hombres con quienes vivían. Concibieron sus respectivos hijos con una semana de diferencia. Si llegasen a ser varones, los llamarían Lewis.

Algunos comercios no volvieron a abrir sus puertas. Unos pocos habían quebrado. Hay que pagar alquiler e impuestos en un comercio, aunque esté enterrado bajo una montaña de nieve. Otros cerraron por motivos más sombríos. Leota Mulligan consideró la posibilidad de manejar ella misma el Rialto, pero terminó vendiendo el cine a una cadena de salas y meses más tarde se casó con el hermano de Clark. Larry no era tan soñador como Clark, pero se podía contar con él, era buena compañía y le gustaba cómo cocinaba Leota. Ricky Hawthorne cerró sin mayor ruido su oficina, pero un abogado joven lo persuadió de que le vendiese el nombre de la firma, así como el prestigio de que gozaba. El nuevo titular volvió a tomar a Florence Quast y colocó nuevas chapas en la puerta del edificio. Hawthorne y James era ahora Hawthorne, James y Whittacker.

—Qué lástima que no se llame Poe —comentó Ricky, pero Stella no halló bueno el chiste.

Durante todo este tiempo, Don esperaba. Cuando vio a Ricky y a Stella, hablaron de los folletos de viajes que cubrían ahora la enorme mesa baja. Cuando vio a Petar Barnes, hablaron de Cornell, de los autores que estaba leyendo el muchacho y de la forma en que estaba adaptándose su padre a la ausencia de Christina. Dos veces Ricky y Don fueron en automóvil a Pleasant Hill y dejaron flores en todas las tumbas ocupadas después del entierro de John Jaffrey. Enterrados el uno al lado del otro en una hilera estaban Lewis, Sears, Clark Mulligan, Freddy Robinson, Harlan Bautz, Penny Draeger, Jim Hardie... tantas tumbas nuevas, tantas pilas separadas de tierra, todavía húmeda. Con el tiempo, cuando la tierra se asentase, habría losas en cada tumba. Christina Barnes estaba sepultada algo más lejos debajo de otro montón de tierra húmeda, en la mitad de un lote doble adquirido por Walter Barnes. La familia de Elmer Scales estaba algo más cerca de la cima de la colina, en el lote familiar adquirido entre los primeros por el abuelo de Elmer. Un ángel de piedra carcomido por el tiempo velaba sobre ellos. Allí también depositaron flores.

—Ni rastros de lince por ahora —comentó Ricky cuando volvían a la ciudad.

—Ni un lince —dijo Don. Ambos sabían que cuando apareciera, no sería un lince y que la espera podría durar meses, años.

Don leía mucho, esperaba con placer las cenas en casa de Ricky y Stella, miraba series completas de películas en el televisor (Clark Gable con una chaqueta de caza

en los trópicos, transformándose en Dan Duryea en un traje muy entallado y reemplazado a su vez por un elegante y simpático Fred Astaire en un *smoking* digno de la Chowder Society) y descubrió que no podía escribir. Esperaba. A veces despertaba en mitad de la noche, sollozando. También él debía curarse.

En la mitad de marzo, en un día sombrío y tormentoso como los que habían soportado él y la Chowder Society, una camioneta postal le entregó un pesado paquete de una compañía de alquiler de películas de Nueva York. Le había llevado dos meses encontrar una copia de Perla de China.

Preparó el proyector de su tío, instaló la pantalla y vio que le temblaban tanto las manos que había necesitado tres intentos para encender un cigarrillo. Sólo una serie de movimientos necesarios para colocar en el proyector la única película hecha por Eva Galli trajeron a su memoria la aparición de Gregory Bate en el Rialto, donde todos ellos podrían haber muerto. Descubrió, asimismo, que temía comprobar que Eva Galli tenía la cara de Alma Mobley.

Había conectado los parlantes, por si acaso hubiesen agregado sonido a la película muda, ya que databa de 1925. Cuando hizo funcionar el proyector y se sentó en el sillón con un vaso de whisky para calmar sus nervios, notó que la compañía distribuidora había alterado el original. No se trataba solamente de Perla de China, pues se había agregado sonido y comentario y la película figuraba con el número treinta y ocho en una serie llamada Clásicos del Cine Mudo. Esto significaba, seguramente, que la película estaba bastante recortada.

«Uno de los grandes astros de la era del cine mudo fue Richard Barthelmess», dijo la voz sin inflexiones del comentarista y la pantalla mostró al actor caminando por la reproducción de una calle de Singapur. Iba rodeado de filipinos y japoneses de Hollywood vestidos de malayos, aunque se suponía que eran chinos. Pasó luego el orador a describir la carrera de Barthelmess y luego resumió una historia sobre un testamento, una perla robada, una falsa acusación de asesinato: habían suprimido el primer tercio de la película. Barthelmess estaba en Singapur buscando al verdadero asesino, quien había robado «la famosa perla de Occidente». Lo secundaba Vilma Banky, dueña de un bar «frecuentado por la escoria de los muelles», pero quien por ser una muchacha de Boston, «tiene un corazón tan grande como Cape Cod...»

Don hizo callar los parlantes. Durante diez minutos contempló al actor, menudo y con los labios pintados, mirar con ojos de carnero degollado a Vilma Banky, derribar a la «escoria de los muelles», desplazarse en bote. Esperaba poder reconocer a Eva Galli si aparecía en esta versión cortajada. El bar de Vilma Banky cobijaba a un número de mujeres que se enroscaban en los clientes y con aire lánguido bebían de altos vasos. Algunas de estas prostitutas eran feas; algunas de ellas, deslumbrantes: cualquiera de ellas, suponía Don, podría haber sido Eva Galli.

Pero entonces apareció una muchacha recortada contra el marco de una puerta del bar y con un fondo de niebla de estudio a sus espaldas e hizo una mueca mirando la cámara. Don vio el rostro sensual y de ojos enormes y sintió que se le helaba el corazón. Rápidamente hizo funcionar el sonido otra vez.

«...la notoria Sal de Singapur», decía el comentarista. «¿Atrapará al protagonista?». Desde luego, no era la notoria Sal de Singapur, invención de quienquiera que hubiese preparado el absurdo comentario. El sabía, en cambio, que era Eva Galli. Caminó con pasos elegantes delante del bar y se aproximó a Barthelmess. Le acarició la mejilla y cuando él le apartó la mano, se sentó en sus rodillas y levantó una pierna bien alta. El actor la dejó caer al suelo. «Así terminó Sal de Singapur», dijo satisfecho el comentarista.

Don desconectó otra vez el sonido de un tirón, detuvo la proyección y volvió a pasar la película desde la entrada de Eva Galli. Otra vez miró toda la toma.

Había pensado que sería hermosa, pero no lo era. Debajo del maquillaje, era una muchacha común, más o menos bonita. No se parecía en lo más mínimo a Alma Mobley. Se había divertido representando ese papel, según pudo apreciar, el papel de una muchacha ambiciosa que interpretaba un papel. ¡Cuánto habría gozado de ser estrella! Como Ann-Veronica Moore, había jugado otra vez con el mismo tema. Hasta Alma Mobley habría sido apta para ser actriz de cine. La cara pasiva y bella podría haberse adaptado a muchísimos papeles. Pero en 1925 se había equivocado, cometido un error. Las cámaras mostraban demasiado, y lo que se veía al mirar la pantalla era una mujer joven y no muy atrayente. Tampoco Alma había sido simpática y Anna Mostyn misma, observada con atención, como en la fiesta de los Barnes, daba la impresión de ser fría y perversa, motivada por una fuerte voluntad. Por un tiempo podían despertar amor humano, pero nada en ellas era capaz de retribuirlo. Lo que se veía, en definitiva, era lo vacías que eran y podrían disimular esto algún tiempo también, pero nunca en forma definitiva y en ello residía el gran error, el error de su existencia. Don se creía capaz de reconocerlo en cualquier parte ahora, en cualquier centinela nocturno que fingiese ser un hombre o una mujer.

En los primeros días de abril Peter Barnes vino a visitarlo. El muchacho, que apa»rentemente había estado recuperándose del invierno terrible, se sentó pesadamente en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

—Lamento interrumpirte. Si estás ocupado, me iré.

—Siempre puedes venir a verme —le dijo Don—. Nunca debes pensarlo dos veces. Lo digo sinceramente, Peter. Nunca sentiré otra cosa que alegría al verte. Te lo aseguro.

—Esperaba que dijeras algo así. Ricky se va dentro de una o dos semanas, ¿no?

—Sí. Los llevaré al aeropuerto el próximo viernes. Los dos están entusiasmados con el viaje. Pero si quieres ver a Ricky ahora, no tengo más que llamarlo por teléfono. Vendrá.

—No, por favor —repuso el muchacho—. Es bastante ya que te moleste a ti...

—Por amor de Dios, Peter —dijo Don—. ¿Qué sucede?

—Nada. Me he sentido muy mal en los últimos tiempos. Por eso quería verte.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Qué pasa?

—Todo el tiempo veo a mi madre. Quiero decir que sueño con ella todo el tiempo. Es como si estuviese otra vez en casa de Lewis y veo otra vez a Gregory Bate asiéndola y sueño siempre con el aspecto de Bate cuando estaba en el suelo del

Rialto. Todos esos trozos de él que se movían. Que no querían morir. —Peter estaba a punto de llorar.

—¿Hablaste de esto con tu padre?

Peter hizo un gesto afirmativo.

—Lo intenté. Quería contarle todo, pero no escucha. No escucha con atención. Me mira como si yo tuviese cinco años y estuviese contándole unos disparates que he inventado. Me callé, entonces, antes de haber empezado, en realidad.

—No puedes culparlo mucho, Peter. Nadie que no hubiese estado con nosotros podría creerlo. Si puede escuchar alguna parte de la historia sin pensar que estás loco, basta. Parte de él te escuchaba, seguramente. Puede ser que parte de él te crea. Te diré que hay otro problema, además. Creo que temes que si renuncias al horror y al temor, renunciarás al mismo tiempo a tu madre. Tu madre te quería. Pero ahora está muerta y murió de un modo terrible, pero te dio su amor durante diecisiete o dieciocho años y eso es mucho amor. Lo único que puedes hacer es proseguir acompañado por ese amor.

Peter asintió.

—Una vez —prosiguió Don— conocí a una muchacha que pasaba todo el día en la biblioteca y afirmaba tener una amiga que la protegía contra lo vil. No sé qué fue de su vida, pero sé, en cambio, que nadie puede proteger a los demás contra la vileza. Ni contra el dolor. Lo único que puedes hacer es no permitir que te quiebre en dos partes y proseguir hasta llegar al otro lado.

—Sé que es verdad —dijo Peter—, pero hacerlo me parece tan difícil...

—Estás haciéndolo ahora mismo. Venir aquí y hablar conmigo es parte de llegar al Otro lado. Ir a Cornell será otra gran parte. Tendrás tanto trabajo que no tendrás tiempo de cavilar sobre Milburn.

—¿Te veré otra vez? ¿Cuando esté ya en la universidad?

—Puedes venir a verme todas las veces que quieras. Y si no estoy aquí, te escribiré para que sepas mi nueva dirección.

—Me alegro —dijo Peter.

23

Ricky le envió postales desde Francia. Peter siguió visitándolo, pero poco a poco Don vio que el muchacho estaba dejando a los hermanos Bate y Anna Mostyn perderse en el fondo de sus experiencias. Con el buen tiempo y con una nueva amiga que también estudiaría en Cornell, Peter comenzó a aflojarse.

Pero era una paz falsa y Don seguía esperando. Nunca dejaba a Peter ver su propia tensión, pero dicha tensión aumentaba semana tras semana. Había vigilado a las personas recién llegadas a Milburn y conseguido inspeccionar a todos los turistas que se alojaban en el hotel Archer, pero ninguno de ellos le había provocado la sensación de temor proyectada por Eva Galli a través de cincuenta años. Varias noches después de haber estado bebiendo demasiado, marcó en el dial el número telefónico de Florence de Peyser y dijo:

—Anna Mostyn murió.

La primera vez, la persona en el otro extremo de la línea se limitó simplemente a colgar el receptor. La segunda vez, una voz femenina preguntó:

—¿No habla el señor Williams del Banco? Creo que el préstamo está por ser cancelado, señor Williams. —La tercera vez, la voz de una operadora le dijo que habían pasado ese teléfono a un número que no figuraba en las nóminas de abonados.

La otra mitad de su ansiedad derivaba del hecho de que estaba quedándose sin dinero... No tenía en el Banco más de doscientos o trescientos dólares... y ahora que había vuelto a beber demasiado, esta suma duraría sólo un par de meses. Después tendría que buscar trabajo en Milburn y, cualquiera que fuese, le impediría patrullar las calles y las casas de comercio, en busca del ser cuya llegada le había anunciado Florence de Peyser.

Todos los días pasaba dos o tres horas, ahora que hacía buen tiempo, sentado en un banco cerca del sector de juegos infantiles de la única plaza de Milburn. Se decía que debía recordar la escala del tiempo de ellos. Debía recordar que Eva Galli se había concedido cincuenta años para atrapar a la Chowder Society. Un niño que creciese sin ser advertido en Milburn podría conceder a Peter Barnes y a él mismo quince o veinte años de aparente tregua, antes de comenzar a jugar con ellos. Y para entonces, sería alguien a quien todo el mundo conociese. Tendría un lugar en Milburn. No sería tan visible como alguien de afuera. Esta vez, el centinela nocturno desplegaría mayor cautela. El único límite en el tiempo residía en que querría actuar antes de que Ricky muriese por causas naturales. En vista de ello, tendría que estar pronto ya dentro de unos diez años.

¿Qué edad tendría que tener ahora? Ocho o nueve años. Diez, quizá. *Si acaso...*

24

Y así fue como la encontró. Al principio tuvo dudas, mientras observaba a la niña que apareció en el sector de juegos esa tarde. No era bonita, ni aun atrayente: morena y reconcentrada, con ropa que nunca parecía estar limpia. Los otros niños la evitaban, pero los niños suelen hacerlo. Y su aire de estar aparte de ellos, cuando se mecía describiendo arcos en un columpio o bien saltaba hacia arriba y hacia abajo en un sube y baja vacío, bien podría ser la reacción defensiva de una niña normal frente al rechazo.

Era posible, no obstante, que los niños fuesen más rápidos para identificar verdaderas diferencias que los adultos.

Sabía que debería decidirse pronto. No le quedaban en el Banco más de ciento veinticinco dólares. Pero si se llevaba a la niña y descubría que se había equivocado, ¿en qué quedaría convertido? ¿En un maniático? Comenzó a llevar el cuchillo atado a la cintura debajo de la camisa cuando iba al parque.

Aun cuando estuviese en lo cierto y aquélla fuese el «lince» de Ricky, ella podía aferrarse al papel que representaba ahora. Si Don se la llevaba, podría causarle un daño irreparable al no revelar nada y esperar que la policía los localizase. El caso era que el centinela nocturno los quería muertos. Si él estaba en lo cierto, no creía que

ella permitiría que la policía o el sistema legal lo castigase en lugar de ella. Le agradaban los desenlaces más espectaculares.

La niña parecía no advertir su presencia, pero comenzó a aparecer en sus sueños, sentada cerca de él, mirándolo impasible, y Don imaginaba que aun cuando estaba sentada en un columpio, absorta en apariencia en el juego, estaba espiándolo a hurtadillas.

Tenía sólo un elemento de juicio que indicase que no era la niña como todas que aparentaba ser y Don se aferraba a dicho elemento con la desesperación de un fanático. La primera vez que la vio, había sentido una ola de frío.

Se convirtió en una presencia permanente en el parque, un hombre inmóvil que nunca se hacía cortar el pelo y rara vez se afeitaba y al cabo de varias semanas de verlo allí, en aquel banco, era tan normal como ver la hilera de columpios. Ned Rowles había escrito un breve artículo sobre él en «El ciudadano» al comenzar la primavera, y por ello todos lo reconocían y nadie lo molestaba, ni lo hacían retirarse con la policía. Era escritor, presumiblemente estaba preparando un libro y tenía una propiedad en Milburn. Si la gente lo hallaba raro, le agradaba tener un excéntrico famoso en la ciudad. Además, todos sabían que era amigo de los Hawthorne.

Don cerró su cuenta bancaria y retiró todo el dinero que le quedaba en efectivo. No podía dormir, ni aun cuando bebía. Sabía que estaba recayendo en los síntomas de su crisis nerviosa después de la muerte de David. Todas las mañanas se colocaba el cuchillo con ayuda de tira adhesiva en un costado, antes de ir caminando al parque.

Sabía que si no actuaba, llegaría el día en que no sería capaz de abandonar la cama. La indecisión se apoderaría otra vez de cada átomo de su vida. Lo paralizaría. Esta vez no podía liberarse de la parálisis escribiendo.

Una mañana hizo un gesto a uno de los chicos y el niño se acercó con aire tímido.

—¿Cómo se llama esa chica? —preguntó, señalándola. El niño parpadeó, agitó los pies en el polvo y repuso:

—Angie.

—¿Angie qué?

—No sé.

—¿Por qué no juega nadie con ella?

El niño entrecerró los ojos para mirarlo, con la cabeza hacia un lado. Cuando decidió que podía confiar en Don, se inclinó con un gesto simpático y se rodeó la boca con las manos, como para revelar un secreto sombrío.

—Porque es *horrible* —repuso y huyó brincando. La niña estaba en el columpio, hamacándose, ida, vuelta, ida, vuelta, más alto, más alto, sin prestar atención a nada.

Angie. Sentado con sus ropas transpiradas bajo el cálido sol de las once, Don se quedó inmóvil, helado.

Esa noche, en mitad de una pesadilla atormentadora, Don se cayó de la cama y se levantó trastabillando. Se llevó las manos a la cabeza, pues la sentía como si se le hubiera fracturado como un plato que hubiesen dejado caer. Fue a la cocina a buscar

aspirina y un vaso de agua y vio —o imaginó ver— a Sears James sentado a la mesa del comedor y jugando al solitario. La alucinación lo miró con aire disgustado y le dijo:

—Sería hora ya de que se te aclarasen las cosas, ¿no?

Dicho esto, reanudó su juego de naipes.

Don volvió al dormitorio y comenzó a meter ropa dentro de una valija y sacando el cuchillo de arriba de la cómoda, lo envolvió en una camisa y también lo metió en la valija.

A las siete de la mañana, por resultarle imposible ya esperar más, fue al parque en su automóvil y una vez en su banco, esperó.

La niña apareció, caminando por el pasto húmedo, a las nueve. Vestía un gastado vestidito rosado que había visto muchas veces ya y caminaba con rapidez, absorta en su aislamiento. Estaban solos por primera vez desde que Don tuvo la idea de observar el sector de juego del parque. Cuando Don tosió, la niña lo miró con fijeza.

Y Don creyó comprender entonces que todas esas semanas en las que él había permanecido sentado allí, pegado al banco y temiendo por su propia salud mental, mientras ella jugaba sola, ensimismada, concentrada, había sido parte del juego de la niña. Hasta la duda (que no se le disipaba del todo) era parte del juego. Lo había fatigado, debilitado, torturado como seguramente había torturado a John Jaffrey antes de persuadirlo de que saltase del puente al río helado. Si estaba en lo cierto.

—Oye —dijo.

La niña se sentó en un columpio y lo miró a través del sector de juego.

—Ven aquí.

La niña se levantó de la silla del columpio y se acercó. No podía evitarlo... le inspiraba miedo. Se detuvo a cincuenta centímetros de él y lo miró con ojos inescrutables, oscuros.

—¿Cómo te llamas?

—Angie. Nadie me habla nunca.

—¿Angie qué?

—Angie Messina.

—¿Dónde vives?

—Aquí. En la ciudad.

—¿Dónde?

Angie señaló vagamente hacia el oeste, en la dirección del Hollow.

—¿Vives con tus padres?

—Murieron.

—Entonces, ¿con quién vives?

—Con gente.

—¿Alguna vez oíste hablar de una mujer llamada Florence de Peyser?

Angie hizo un gesto negativo con la cabeza. Quizá fuese verdad, quizá, no.

Don levantó los ojos hacia el sol, bañado en sudor, sin poder hablar.

—¿Qué quieres? —le preguntó la niña.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿A dónde?

—A andar en auto.

—Bueno —dijo la niña.

Tembloroso, Don se levantó. Qué fácil. *Qué fácil*. Nadie los vio alejarse.

¿Qué es la peor cosa que hiciste en tu vida? ¿Secuestraste a una niña desamparada y la llevaste, sin dormir, comiendo apenas, robando dinero cuando se acabó el tuyo?... ¿Le pusiste un cuchillo contra el pecho huesudo?

¿*Qué fue lo peor?* No fue la acción, sino las ideas relacionadas con la acción, la película violenta que se desenvolvía en tu mente.

EPÍLOGO

Mariposa En Un Frasco

—Guarda ese cuchillo —dijo la voz de su hermano—. Me oyes, ¿no, Don? Guárdalo. No te servirá de nada ya.

Don abrió los ojos y vio el restaurante al aire libre y el cartel con letras doradas calle por medio. David estaba sentado frente a él, siempre apuesto, lleno de solicitud, pero vestido con una bolsa cubierta de moho que en una época había sido un traje. Las solapas estaban cubiertas de polvillo gris y de las costuras brotaban hilos blancos. En las mangas había moho.

Tenía delante de sí su bife y su copa de vino. A su derecha tenía su tenedor, y a la izquierda, un cuchillo de caza con mango de cuerno. Don se abrió un botón de la camisa para deslizar el cuchillo entre ésta y su piel.

—Estoy harto de tus trucos —dijo—. No eres mi hermano, y no estoy en Nueva York. Estamos en un cuarto de un motel de Florida.

—Y tú no has dormido casi nada —señaló su hermano—. Por tu aspecto, diría que estás mal, muy mal. —David apoyó un codo en la mesa y se quitó los anteojos ahumados de aviador—. Pero tal vez tengas razón. Ya no te trastorna tanto, ¿no?

Don movió la cabeza. Hasta los ojos de su hermano estaban bien. Era una osadía que ella hubiese copiado los ojos de su hermano con tanta exactitud.

—Prueba que tenía razón —dijo.

—En cuanto a la niñita del parque, quieres decir. Claro, tenías razón en cuanto a ella. Tenías que encontrarla, inevitablemente. ¿Todavía no lo tienes bien claro?

—Sí. Lo tengo bien claro.

—Pero en pocas horas la pequeña Angie, la pobre huerfanita, estará otra vez en el parque. Dentro de diez o doce años, tendrá ni más ni menos la edad apropiada para Peter Barnes, ¿no crees? Sin duda el pobre Ricky se habrá suicidado mucho antes que esto.

—Suicidio.

—Muy fácil de arreglar, hermano.

—No me llames *hermano*.

—Sí, somos hermanos. No lo dudes —dijo David y chasqueó los dedos.

En el cuarto del motel, un hombre negro y de aspecto fatigado se instaló en una silla frente a él y se quitó del cuello un saxofón tenor.

—Y ahora estoy seguro de que a mí me conoces —dijo, dejando el instrumento sobre la mesa de luz.

—El doctor Pata de Cabra.

—El célebre doctor.

El músico tenía un rostro macizo y autoritario, pero en lugar del vistoso atuendo de músico de barraca que Don había imaginado para él, tenía un traje arrugado de color marrón veteado de hilos iridiscentes de un tono marrón más pálido, casi rosado. El mismo se veía ajado, fatigado de una vida pasada en un circo

ambulante. Los ojos del doctor Pata de Cabra eran tan opacos como los de la niña, pero la córnea era tan amarillenta como las teclas de un piano viejo.

—No lo imaginé con mucha exactitud.

—No importa. No me ofendo con facilidad. No puede pensar en todo. La verdad es que hay mucho en que usted no pensó. —La voz alegre y aplomada del músico tenía el timbre de su saxofón—. Unas cuantas victorias fáciles no significan que haya ganado la guerra. Tengo la sensación de deber recordar siempre esto a la gente. Quiero decir, que hizo que yo viniera, pero, ¿adónde llegó usted mismo? Esto es un ejemplo de lo que tiene que tener presente, Don.

—Llegué a verme frente a frente con usted —dijo Don.

El doctor Pata de Cabra levantó el mentón y se echó a reír.

Y en mitad de esa risa, cruda y contagiosa, tan pareja como la piedra que rebota sobre el agua, Don estuvo en el departamento de Alma Mobley, con todos los objetos costosos en sus lugares habituales alrededor de él. Alma estaba sentada en un almohadón a su lado.

—Bien, esto no es muy nuevo, ¿no? —observó la muchacha, riendo aún— Frente a frente... es una posición que adoptamos muchas veces, si mal no recuerdo. E invertidos, también.

—Eres despreciable —dijo Don. Estas transformaciones comenzaban a surtir su efecto. Le ardía el estómago y le dolían las sienes.

—Creía que estabas más allá de eso —afirmó Alma con su voz ligera, radiante—. Después de todo, sabes más acerca de nosotros que casi nadie en todo el planeta. Si no te gusta nuestro carácter, por lo menos deberías respetar nuestras habilidades.

—No más de lo que respeto los trucos baratos de un mago de *cabaret*.

—En tal caso, deberé enseñarte a respetarlas dijo la joven e incinándose hacia él, volvió a ser David, pero con la mitad del cráneo destrozado, la mandíbula fracturada y la piel cortada y sangrando en muchos lugares.

—¿Don? Por amor de Dios, Don... ¿No puedes ayudarme? Jesús, Don. —David cayó de costado sobre la alfombra Bukhara, gimiendo de dolor—. *Haz algo...* por amor de Dios...

Don no pudo soportarlo más. Corrió alrededor del cuerpo de su hermano, seguro de que si se inclinaba a socorrerlo lo matarían y abrió la puerta del departamento de Alma, gritó «¡No!» y vio que estaba en un cuarto repleto saturado de olor a sudor, un *cabaret* (es sólo porque dije *cabaret*, pensó y ella recogió la palabra y me metió en ella) donde había blancos y negros sentados alrededor de mesas redondas delante de una tarima para una banda.

El doctor Pata de Cabra estaba sentado en el borde de la tarima y le hacía gestos. Tenía otra vez el saxofón colgado de una cadena y mientras hablaba jugaba con los botones.

—Te diré, muchacho. *Tienes* que respetarnos. Podemos sacarte el cerebro y volverlo papilla. —El hombre se levantó y se acercó a Don—. Muy pronto... —y la voz chocante era ahora la de Alma— no sabes ni dónde estás ni lo que haces, todo dentro de ti es confusión, no sabes qué es mentira y qué es verdad. —Sonriendo, añadió con su voz de doctor y levantando el saxofón hacia Don—: Piensa en este

saxofón. Puedo decirles a las chiquitas que las amo por este saxofón y probablemente es mentira. O bien puedo decir que tengo hambre y te juro que esto es verdad. O puedo decir algo hermoso y ¿quién sabe si es mentira o no? Es un asunto complicado, ¿sabes?

—Hace demasiado calor aquí —dijo Don. Le temblaban las piernas y la cabeza parecía girarle describiendo grandes círculos. Los otros músicos en la tarima estaban afinando sus instrumentos, algunos de ellos reproduciendo la nota que les daba el pianista, otras haciendo escalas. Don temió que cuando comenzasen a tocar, la música lo haría añicos—. ¿Podemos irnos? —preguntó.

—Comprendiste —dijo el doctor Pata de Cabra. El amarillo alrededor de las pupilas relucía.

El baterista golpeó un platillo y la nota palpitante de un contrabajo vibró en el aire húmedo como un pájaro, llevándose con ella el estómago de Don. Y entonces todos los músicos rompieron a tocar a la vez y el sonido lo golpeó como una ola inmensa.

Y se encontró caminando a lo largo de una playa del Pacífico con David, ambos descalzos, con una gaviota que planeaba arriba y no quiso mirar a David, pues llevaba el horroroso traje de muerto cubierto de moho. Miró pues el agua y vio capas brillosas y marcadas de petróleo que se deslizaban en los pozos alrededor de ellos.

—Se apoderaron de todo —decía David— y nos acecharon durante tanto tiempo que nos conocen enteramente, ¿sabes? Es por eso que no podemos ganar nunca... es por eso que tengo este aspecto. Es posible que tengas unos pocos golpes de suerte como los que tuviste en Milburn, pero créeme que no te dejarán escapar ahora. Y las cosas no están tan mal,

—¿No? —susurró Don, casi pronto a creerlo y mirando detrás de David, de su cabeza horrible, vio a espaldas de ambos, en una roca, la «cabaña» donde se alojaron él y Alma varios miles de años antes.

—Es como cuando comencé a ejercer mi profesión —le explicó David—. Creí ser tan genial, Don... creí que haría una revolución con todos. Pero los viejos de esa firma, Sears y Ricky, sabían tantos trucos, eran hábiles como los que más. Y eso fue lo único que falló. Por ello decidí aprender, hermano. Me volví aprendiz de ellos y decidí que si alguna vez quería llegar a alguna parte debía aprender. ser exactamente como ellos. Fue así como progresé.

—¿Como Sears y Ricky? —preguntó Don.

—Claro. Hawthorne, James y Wanderley. ¿No es eso lo que era?

—En cierto modo, sí —dijo Don y parpadeó al mirar el sol rojizo.

—En buena medida. Y eso es lo que tienes que hacer ahora, Don. Tienes que aprender a honrar a tus mayores. Humildad, respeto, si prefieres. Fíjate que esa gente vive para siempre y nos conoce hasta el fondo. Y cuando crees que los tienes atrapados se escurren y reaparecen frescos como pimpollos... Como los viejos abogados de mi primera firma. Pero yo aprendí, como ves, y obtuve todo esto. — David hizo un gesto que abarcaba todo, la casa, el océano, el sol.

—Todo esto —dijo Alma, ahora junto a él con su vestido blanco— y yo, además. Como dice tu ejecutante de saxofón, es un asunto complicado.

Las curvas de petróleo en el agua se volvieron más marcadas y los colores que se fundían les rodearon las pantorrillas.

—Lo que necesitas, muchacho —dijo el doctor Pata de Cabra, junto a él— es una salida. Tienes una aguja de hielo en el estómago y un clavo que te atraviesa la cabeza y estás tan cansado como tres semanas de verano en Georgia. Tienes que llegar al bar final. Necesitas una puerta, hijo.

—Una puerta —repitió Don, pronto a caer. Se encontró delante de una alta puerta de madera colocada verticalmente sobre la arena. A la altura de los ojos había clavado en ella un papel. Don avanzó unos pasos y leyó lo que había escrito a máquina:

Motel «Gulf View».

1. La Gerencia solicita que todos los huéspedes partan a mediodía, o bien paguen una noche adicional de alojamiento.

2. Nosotros respetamos sus bienes. Por favor, respete los nuestros.

3. Prohibido freír, asar o hervir nada en las cabañas.

4. La Gerencia les ofrece una cordial bienvenida, una feliz permanencia y una partida con buen destino.

La Gerencia.

—¿Viste? —dijo David detrás de él—. Una partida con buen destino. Tienes que hacer lo que te indica la Gerencia. A eso me refería yo... ábrela, Don.

Don abrió la puerta. El sol abrasador de Florida caía sobre él, sobre el asfalto reluciente de la playa de estacionamiento. Angie estaba delante de él y mantenía abierta la puerta de su automóvil. Don vaciló sobre las piernas y se apoyó en el flanco rojo de un sedan Chevrolet. El hombre parecido a Adolf Eichmann, encerrado en su casilla de cemento, volvió la cabeza para mirarlo con sorpresa. La luz se reflejaba en sus finos anteojos con armazón de oro.

Don se metió en el automóvil.

—Y ahora, conduce el auto y sal de aquí —dijo el doctor Pata de Cabra a su lado, arrellanándose en el asiento—. Encontraste la puerta que necesitabas, ¿no? Todo saldrá muy bien.

Don salió hacia la calle de salida.

—¿Hacia dónde? —preguntó.

—¿Hacia dónde, hijo? —El negro rió, malicioso y luego estalló en una carcajada explosiva—. Por nuestro propio camino. Es el único camino que tienes. Nos iremos solitos a algún lugar en el campo, ¿comprendes?

Y desde luego, Don lo comprendió. Al salir a la carretera en dirección opuesta a Panama City, no vio la carretera, sino un ancho prado, un mantel a cuadros de pasto, con un molino de viento que giraba bajo una brisa perfumada.

—No —dijo—. No haga eso.

—Bien, hijo. Conduce.

Don miró hacia el frente, vio la línea amarilla que dividía la carretera, jadeó. Necesitaba aire. Y estaba tan cansado que bien podría dormirse en el volante.

—Muchacho, apestas como un chivo. Necesitas una ducha.

Tan pronto como calló la voz musical, una lluvia torrencial azotó el parabrisa. Don hizo funcionar los limpiaparabrisa y cuando el vidrio quedó limpio por un instante, vio una cortina de lluvia que golpeaba la carretera, y que cortaba un aire que de pronto se había vuelto oscuro.

Lanzó un grito, y sin saber bien que estaba por hacerlo, apretó a fondo el acelerador.

El automóvil se lanzó hacia adelante con un chirrido, la lluvia entró por la ventanilla abierta y todos saltaron sobre el borde de la carretera y cayeron por la banquina inclinada.

La cabeza de Don golpeó el volante y éste advirtió que el automóvil daba varias vueltas, quedando invertido una vez, sacudiéndolo sobre el asiento, dando otra vuelta y quedando hacia arriba otra vez, con la nariz hacia abajo, rodando hacia las vías ferroviarias y el Golfo.

Alma Mobley estaba en las vías, levantando los brazos como para detenerlos. Se apagó como si fuese un foco de luz cuando el automóvil rebotó sobre los rieles y siguió ganando velocidad hacia la carretera de acceso.

—Maldito cerdo blanco —gritó el doctor Pata de Cabra y después de caer con violencia sobre él volvió a ser arrojado contra la puerta.

Don sintió un súbito dolor bajo la camisa, se palpó y encontró el cuchillo. Se abrió la camisa de un tirón, gritando algo que no era palabras y cuando el negro se abalanzó sobre él, lo enfrentó con la hoja del cuchillo.

—Maldito... *cerdo* —logró decir el doctor Pata de Cabra. El cuchillo chocó con una costilla, los ojos del músico se abrieron y su mano aferró la muñeca de Don y Don empujó, deseándolo con todas sus ganas. Y la larga hoja pasó bajo la costilla y llegó al corazón.

La cara de Alma Mobley apareció delante del parabrisa, trastornada y ajada como la de una anciana. Chillaba, furiosa. La cabeza de Don estaba contra el cuello del doctor Pata de Cabra y sintió la sangre sobre su mano.

El automóvil se levantó veinte centímetros en el aire, izado por una ráfaga interior que lanzó a Don contra la puerta y le empujó la camisa contra la cara. Por fin rebotaron fuera del camino de acceso y prosiguieron en la marcha mortal del centinela nocturno hacia el Golfo.

Y el automóvil se hundió a medias en el agua y Don vio encogerse y desintegrarse el cuerpo del hombre como antes el de Anna Mostyn. Sintió algo cálido en el cuello y reparó en que la lluvia había cesado antes de ver el sol que caía a raudales sobre la forma torturada que se agitaba sobre el asiento del automóvil. El agua entraba por debajo de las puertas y sus chorros giraban para participar de la última danza del doctor Pata de Cabra. Los lápices y los mapas sobre el tablero saltaron y giraron locamente.

Lo rodeaban mil voces que gritaban:

—Ahora, canalla —susurró, esperando el gemido del ánima dentro de aquella forma que se disipaba.

Un lápiz giró sobre sí mismo y desapareció. La luz verdosa y vibrante tenía todo como un relámpago verde. *Cerdo*, susurró una voz que no provenía de parte alguna y el automóvil se volcó hacia adelante y unos haces de luz violeta, como si el automóvil fuese un prisma, partieron del centro de las aguas arremolinadas.

Don calculó un punto a pocos centímetros del torbellino y extendió ambas manos, lanzándose hacia adelante en el instante mismo en que sus oídos registraron el hecho de que lo último de aquella voz semejante a un silbido era ahora tan sólo un zumbido furioso y tenaz.

Sus manos se cerraron alrededor de una forma tan menuda que al principio creyó no haber aferrado nada. El movimiento lo impulsó hacia adelante y sus manos unidas golpearon el borde de la ventanilla antes de que cayese al agua desde el asiento.

Lo que tenía entre las manos le ardía.

¡Suéltame!

Volvió a arderle y sintió que sus manos se volvían pelotas de fútbol. Frotándose las palmas retuvo la cosa en la mano izquierda.

¡Déjame ir!

Apretó la mano y sintió un escozor más antes de que la voz inmensa dentro de su cabeza se perdiese en un grito débil y tembloroso.

Lloraba ahora, en parte a causa del dolor, pero mucho más a causa del loco sentido de triunfo que le hacía sentir que resplandecía como el sol, que irradiaba luz por todos los poros, pero pudo hacer uso de la mano derecha para tomar el cuchillo del asiento empapado y abrir la puerta que lamían las aguas del Golfo.

Y entonces la voz dentro de su mente se volvió sonora como la de un cuerno de caza. La avispa lo picó dos veces en la base de dos de sus dedos.

Se arrastró sollozando por el asiento y se metió en el agua, que le llegaba hasta la cintura. *Hora de ver qué sucede cuando mates al lince*. Al erguirse vio a una fila de hombres de pie a unos setenta metros, delante de los galpones, que lo miraban sorprendidos. Un hombre gordo con uniforme de policía particular corría hacia la orilla del agua.

Hora de ver qué sucede. Hora de ver. Don hizo un gesto al hombre de que se alejara, agitando una mano, la derecha, y hundió la izquierda en el agua para ahogar la avispa.

El hombre vio el cuchillo en su mano y llevó la suya a la pistolera.

—¿Está bien? —gritó.

—¡Váyase!

—Escuche, compañero...

¡DÉJAME IR!

El policía bajó la mano, retrocedió un poco en la playa y el asombro reemplazó la expresión agresiva en su rostro.

¡A TIENES QUE DEJARME IR!

—Nada de eso —dijo Don y cuando salió a la arena se arrodilló y volvió a apretar la mano izquierda—. Hora de volver a tirar sobre el lince.

Levantó el cuchillo sobre la mano izquierda, hinchada y roja y abrió muy despacio los dedos, apenas una fracción de centímetro a la vez. Cuando parte del cuerpo de la avispa, con patas en movimiento y panza hinchada, aparecieron en la palma entreabierta, bajó el cuchillo.

¡NO! ¡NO PUEDES HACER ESTO!

Al volcar la palma hacia el suelo, la parte seccionada de la avispa cayó sobre la arena. Otra vez dejó caer el cuchillo y cortó lo que quedaba del insecto por la mitad.

¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO PUEDES!

—Oiga, Don... —dijo el policía particular, acercándose por la arena—. Se cortó toda la mano.

—Tuve que cortármela —repuso Don, dejando caer el cuchillo junto a los trozos de la avispa.

La voz enorme, potente se había convertido en un gririto débil y fino. El policía, con el rostro congestionado y perplejo, miraba los fragmentos de la avispa que se agitaban aún furiosamente sobre la arena.

—Avispa —dijo—. Creí que quizá esa tormenta inesperada lo había hecho caer de... —El hombre se frotó los labios—. Seguramente la avispa lo picó en ese momento, ¿no? Vaya, no sabía que esos bichos siguen viviendo cuando uno los ha... ha...

Después de envolverse la mano en la camisa, Don la hundió en el agua salada para que se le deshinchara un poco.

—Seguramente quiso vengarse del bicho ese, ¿no?

—Sí —repuso Don y al ver los ojos intrigados del hombre, rió—. Así es, quería vengarme —dijo.

—Y se vengó —afirmó el policía. Ambos contemplaron los trozos de la avispa que se agitaban en la arena mojada—. Pero parece que eso no piensa lanzar su último suspiro, ¿no?

—Parece que no —Don recurrió a su zapato para cubrir con arena lo pedazos del insecto. Aun entonces los hoyitos y depresiones le indicaron que el objeto seguía luchando. «hi»

—La marea se la llevará cuando suba —dijo el policía. Hizo un gesto hacia los galpones donde estaban los hombres, llenos de curiosidad— ¿Podemos hacer algo por usted? —preguntó—. Podríamos bajar un camión hasta aquí, llamar a la planta para que puedan sacarle el auto del agua.

—Buena idea. Gracias.

—¿Tiene que ir de prisa a alguna parte?

—De prisa, no —repuso Don. De pronto tuvo la certeza de lo que haría—. Pero tengo que encontrar a una mujer en San Francisco. —Los dos se dirigieron a los galpones donde los otros hombres esperaban, inmóviles. Don se detuvo para mirar hacia atrás. Vio sólo arena. No veía ni siquiera el punto donde los había enterrado.

—La marea se llevará esa porquería hasta Bolivia, por lo menos —dijo el policía gordo—. No piense más, compañero. Será comida para los peces antes de las cinco de la tarde.

Don se metió el cuchillo en el cinturón y se sintió invadido por una ola de amor hacia todo lo mortal, lo dotado de un ciclo vital corto y definido... ternura hacia todo lo que fuese capaz de alumbrar, de morir, todo lo que fuese capaz de vivir, como estos hombres bajo el sol. Sabía que era todo consecuencia de su alivio, pero de todos modos, tenía una emoción mística, sagrada, quizá. Querido Sears. Querido Lewis. Querido David. Querido John, desconocido. Y queridos Ricky y Stella, y en fin, querido Peter. Queridos hermanos, querida humanidad.

—Para ser alguien cuyo auto está cubriéndose de sal, tiene aspecto de hombre feliz —comenté el policía.

—Sí —contestó Don—. Estoy feliz. No me pida que le explique por qué.